

343.71 (45) "18"

94 (45) "18"

BM / 1413

MD

ALFONSO BULLON DE MENDOZA



EL BANDO
 LERISMO
 EN LA
 YTALIA
 MERIDIONAL

1000 Ducas
 Por la CABEZA
 Del delincuente

POR
 D. JUAN
 MAÑE
 FLAQUER
 Y
 D. JOAQUIN MOLA
 Y
 MARTINEZ

Lit. Varover

1533

 An engraving of a dining room scene. Four people are gathered around a table covered with a white tablecloth. A woman stands on the left, holding a cloth. A man is seated at the head of the table, and another man and woman are seated opposite him. The room has a window in the background. The entire scene is framed by a decorative border with crossed swords and banners.



N. A. 525262

Bc: 118.095



CEU
Universidad
San Pablo

Biblioteca Universitaria

HISTORIA

DEL

BANDOLERISMO Y DE LA CAMORRA

EN LA ITALIA MERIDIONAL,

CON LAS BIOGRAFIAS DE LOS GUERRILLEROS CATALANES

BORGES Y TRISTANY,

POR

D. Juan Mañé y Flaquer y D. Joaquin Mola y Martinez.

EDICION DE LUJO

ilustrada con los retratos de los principales
personajes históricos.

BARCELONA

IMPRENTA Y LIBRERÍA DE SALVADOR MANERO

Rambla de Sta. Mónica, núm. 2, frente á Correos.

1864.



HISTORIA

DE

BANDOLERISMO Y DE LA CAMORRA

EN LA ITALIA MERIDIONAL

CON LAS FIGURAS DE LOS GUERRILLEROS CATALANES

BORGES Y TRISTANY

Y

D. Juan José y Blas y D. Joaquín de la y Martínez

ES PROPIEDAD DE SALVADOR MANERO.

BIBLIOTECA

IMPRESA Y LIBRERIA DE SALVADOR MANERO

En la calle de San Juan, número 4, de Madrid

1861

RESEÑA GEOGRÁFICA.

Límites del reino de Nápoles.-Líneas estratégicas montañosas.

El estado de las Dos Sicilias se compone del reino de Nápoles propiamente dicho, de la isla de Sicilia, de las de Lipari y otras que cercan su costa especialmente por la parte de Campania.— Su superficie total es de 2,560 leguas cuadradas, ocupada por 8.800,000 habitantes.

Los límites de Nápoles son: al Noroeste, los Estados de la Iglesia; al Nordeste, el mar Adriático; al Este, el mar Jónico; al Mediodía y al Sudeste, el Mediterráneo. El Estrecho ó faro de Messina separa la tierra firme de la Sicilia.

El reino de Nápoles, esto es la tierra firme, como todos los grandes promontorios que se dirigen al mar, presenta ásperas cordilleras y costas escarpadas. Esto, unido á lo despoblado que se encuentra el país, ha permitido la creacion y conservacion de grandes bosques que en las guerras extranjeras ofrecieron una ventajosa ofensiva á los napolitanos, al paso que, en tiempos normales, esa disposicion del terreno favorecia la natural tendencia de un pueblo perezoso al bandolerismo y á la vida de peligros y aventuras, á la

que tan aficionados se muestran los habitantes de los países meridionales.

El reino de Nápoles cuenta con grandes líneas defensivas y con multitud de puntos estratégicos, ora para resistir una invasión extranjera, ora para alimentar una guerra civil, puesto que cruzan el país las masas mas elevadas del Apenino central y del Apenino meridional ó napolitano.

Los Abruzzos, la mas escarpada y tambien la mas pobre de las provincias de la Italia inferior, pueden considerarse como un gran *bulevar* que penetra unas veinte y cinco leguas dentro de los Estados de la Iglesia. En esta lengua de tierra que parece invadir el territorio pontificio se encuentran solamente dos caminos carreteros, practicables en todo tiempo, que conducen al Norte y al Mediodía. De estas dos carreteras la una se dirige de Rieti á Sulmona por Aquila, y la otra de la costa del Adriático á Sulmona tambien por el valle de Pescara, prolongándose, despues de su bifurcacion, en una sola via que baja á las llanuras de la Campania por Castel-Sangro. Una de estas carreteras se encuentra cerrada por Aquila y la otra por Pescara. Esta ciudad seria la verdadera llave de los Abruzzos si estuviese bien fortificada.

Las montañas de los Abruzzos, considerada su altura y su estension, pueden clasificarse sin inconveniente alguno entre las de primer orden; sin embargo, ninguna de sus cúspides alcanza la region de las nieves permanentes y en general presentan un aspecto descarnado. La parte por la cual estas montañas son de mas difícil acceso es la de los valles secundarios del Tiber en atencion á que todos ellos presentan desfiladeros que se prestan perfectamente á la defensa. Despues de cruzar la cordillera principal se encuentran aun obstáculos considerables, ora por el gran número de valles escabrosos y barrancos de fondo pedregoso, en los cuales la nieve se conserva hasta el mes de abril, ora por los muchísimos torrentes que en la primavera y en el otoño interrumpen con frecuencia las comunicaciones, y finalmente por la falta de caminos ó por la escasez de provisiones. Con todo, estas mismas montañas son practicables para la infantería ligera y aun de vez en cuando se encuentra en ellas algun valle fértil.

Los habitantes de los Abruzzos, mas toscos y sóbrios que sus afeminados vecinos, son en su mayor parte pastores cuya vida prefieren á la del colono; viven casi esclusivamente del producto de sus rebaños y por lo mismo pueden ofrecer muy poca cosa al ejército que opera en su país. Todo ejército, pues, debe procurar atravesar rápidamente la region montañosa, ó de lo contrario llevar consigo una cantidad de provisiones suficiente para su manutencion.

Al Sur del Apenino, la entrada de la Campania por la parte de la Romanía es tambien muy fácil de defender; lo accidentado del terreno no puede ser mas á propósito para una guerra de guerrillas. El camino de la costa termina en la plaza fuerte de Gaeta, mientras que el superior, que pasa por Valmonte, presenta diferentes posiciones en las cuales puede hacerse frente á un ejército. Antes de llegar á Capua, en donde se reunen ambos caminos, ofrece la posicion de Ceprano, sobre el Garellano; el desfiladero de San Germano, sobre el Fiume Rápido; las alturas de la Peccia, cerca de Mignano; y últimamente el largo desfiladero del Calvi. Todos estos puntos, por poco que el arte viniese en su auxilio, se lograria convertirlos en obstáculos considerables, si bien es verdad que pueden flanquearse por la izquierda, especialmente en el verano, siguiendo el valle del Garellano, en cuya estacion es bastante despejado y practicable para un ejército.

Al salir del valle inferior de aquel rio y tan luego como se encuentra el Vulture, se estiende á lo largo de las playas del golfo de Nápoles, hasta las montañas del litoral de Castellamare, la hermosa y fértil llanura de Campania. A la estremidad Sudeste levántase el cono aislado del Vesubio, cuya base, perfectamente cultivada y con una poblacion compacta, termina en la costa en Resina y Torre-del-Greco. De 90 kilómetros de longitud, sobre 30 de anchura, esta llanura ofrece pocos sitios pantanosos y éstos á la orilla misma del mar, al Sur del Garellano cerca de Mondragone, y hácia la desembocadura del Vulture. En las demás partes de dicha llanura la pródiga naturaleza parece haber arrojado sobre ella sus ricos dones á manos llenas. Ni la llanura Lombarda, ni el valle del Arno pueden compararse con esta region privilegiada, ora por la inagotable fecundidad del suelo, ora por la rica exuberancia de su

vegetacion. En el Norte es preciso que un asiduo cultivo obligue á la tierra á recompensar los afanes del hombre: aquí, por el contrario, la naturaleza por sí sola se encarga de satisfacer las necesidades de sus habitantes. En medio de estos campos que dan varias cosechas al año, abundan extraordinariamente los árboles frutales en cuyas ramas la vid suspende sus guirnaldas. En las alturas, sin necesidad de cultivo ni cuidado alguno, crecen lozanamente el olivo, la higuera y la morera, y sin embargo, al penetrar en las casas de campo que se encuentran aisladas y esparcidas por toda esa espaciosa llanura, lo mismo que en los lugarcillos y pueblos de alguna consideracion, asombra el no observar en ellos ese aspecto de curiosidad y de bienestar que caracterizan la Lombardía y el valle del Arno. Esta indigencia en medio de tanta riqueza, es la consecuencia de la pereza y sobriedad del napolitano, que prefiere las privaciones al trabajo que le permitiría disfrutar, sobriedad que pide rara vez á sus brazos mas de lo que es indispensable á su existencia personal.

Las vertientes mismas del Sub-Apenino del Vesuvio, que cercan los valles del Vulture y del Calore y sus tributarios, en nada ceden á la llanura respecto á fertilidad; do quiera que esas vertientes no son demasiado rápidas y descarnadas, los agricultores cultivan en ellas trigo, maiz y hortalizas. Las casas de campo carecen absolutamente de regularidad y los pueblos están en su mayor parte situados en las alturas ó en las vertientes de las montañas, ofreciendo, en razon de los muros antiguos que los cercan, la posibilidad de una resistencia mas ó menos larga.

El país que se estiende á la parte opuesta de las montañas de Castellamare rodeando el valle inferior del Sele, y que siguiendo el golfo de Salerno hasta el pié del Monte Piano se prolonga hácia la Punta-della-Licosia, presenta un aspecto muy diferente del de la llanura de Campania. Allí, como en la campiña de Roma, el aire es insalubre y maléfico; se advierte una soledad tan completa en la comarca que ni siquiera se encuentran en ella los *casali* de la *campagna*; de vez en cuando se tropieza con la cabaña de algun pastor y con algunos rebaños nómadas que se apacentan en vastas praderas cubiertas de yerba de medio metro de altura.

La Calabria fué ya célebre en la antigüedad por la feracidad de su suelo. Aun cuando hay grandes fajas de terreno en la orilla del mar incultas y abandonadas, en los valles se admira todavía la prodigalidad de una naturaleza meridional. Por do quier su suelo calcáreo se ostenta cubierto de una capa de tierra negruzca y fértil. Bosques magníficos llenan de sombra las cúspides del Apenino, mientras que otros bosquecillos de laurel y de guirnaldas formadas por la vid adornan sus vertientes; solamente falta el trabajo del hombre para restituir á esta provincia su antigua fertilidad debida á la bondad de su clima. Hemos dicho ya que ni la naturaleza del terreno ni las demás condiciones permiten en este país las operaciones militares verificadas por grandes cuerpos de ejército.

La llanura de Apulia ó Pulla, al Este del Apenino napolitano, cerrada por el Monte-Gárgano que estiende hasta el mar Adriático sus elevadas cúspides cubiertas de espesos bosques, ocupa una vasta estension de territorio que empieza en el Candelaro y termina en las inmediaciones de Bari. Árida y escasa de aguas, no tiene mas corrientes ni manantiales despues del Candelaro que el Cervaro, el Carapella y el Ofanto. Los habitantes de esta comarca recogen el agua de lluvia en cisternas ó aljibes, pues estos mismos ríos desaparecen casi por completo en el verano. En el invierno, por el contrario, henchidas por las nieves y las lluvias, estas corrientes, precipitándose de lo alto de las montañas, ocasionan á veces daños de consideracion en la llanura, mientras que al secarse dejan en su cauce un limo que exhala esos miasmas corrompidos que producen las calenturas perniciosas que se padecen en la Pulla. Cuando se atiende despues de esto al calor sofocante del verano y á la indolencia meridional de la poblacion, es mas que evidente que la agricultura en esta provincia debe encontrarse muy atrasada, y que la superficie de esta espaciosa llanura debe parecerse mas bien á una estepa que á un país cultivado.

Solamente en los alrededores de las ciudades populosas se observa cierto desarrollo y esmero en los trabajos agricolas; por lo que respecta al resto de llanura, algunos campos de maiz cercados de pared bastan para alimentar á una poblacion escesivamente sóbria.

Los pueblos son raros en esta comarca, y las casas de labranza aisladas y casi desconocidas; gracias si algunos oasis de castaños y olivos interrumpen de vez en cuando la monotonía de las praderas en las cuales se apacentan algunas yeguas vigorosas y numerosos rebaños de carneros.

En el confín oriental de la punta de la Pulla, entre Otranto y Brindisi, y en el centro, entre San Vito y Gioja, es en donde se encuentran bosques de alguna estension. Por esta parte el terreno empieza á presentarse accidentado y se ven montañas tan elevadas como las de las inmediaciones de Minervino, de Gravosa y de Altamura. Estas montañas son tan descarnadas y solitarias como la llanura, y forman grandes cordilleras con mesetas espaciosas y vertientes, suaves unas veces y peñascosas otras, separadas por grandes barrancos.

La misma indolencia que se nota en el cultivo de la tierra se observa asimismo en todo lo que se refiere á la facilidad de las comunicaciones. Como en el Sub-Apenino romano, casi todos los caminos que existen en esta region montañosa, pedregosa y llena de desfiladeros, consisten en senderos por los cuales únicamente pueden transitar las caballerías, y á veces con bastante dificultad, en razon de los espesos bosques de castaños y olivos que los cortan en muchas partes. Verdad es que no faltan caminos en la llanura, pero todos se encuentran en el mas pésimo estado; el tránsito por ellos depende en gran parte de los caprichos de la estacion, pues como no hay ningun puente en los torrentes, éstos no pueden vadearse en sus rápidas y frecuentes crecidas. Esta falta de puentes se siente de una manera especial en la Campania á causa de sus numerosos canales de riego. Esto hace que los movimientos de las tropas sean tan difíciles en esta comarca como en los campos de la Lombardia.

Líneas estratégicas fluviales.

Los rios del reino de Nápoles se precipitan en tres mares diferentes, pero su curso es muy limitado. De los que desaguan en el Adriático los mas considerables son el Pescara, el Fortore, el Can-

delaro, el Cervaro, el Carapella y el Ofanto; los demás, como el Salmello, el Tordino, el Vomano, el Silvano, el Sangro, el Trigno, el Biferno, etc., son torrentes cuya importancia militar aumenta ó disminuye segun el estado de la temperatura. El mas caudaloso de estos últimos es el Sangro, el cual despues de precipitarse por una garganta estrecha y sombría recibe el Rio-Tordo que baja de la parte de Alfidena.

El Pescara nace en la meseta pantanosa de Monreale; pasa por Aquila con el nombre de Aterno, toma el de Pescara en Popoli, despues de haber recibido el Gizio que procede de Sulmona, y se precipita en el mar mas allá de la fortaleza de Pescara. Hasta Aquila este rio no se vadea con facilidad, pero desde esta ciudad toma por momentos un carácter de torrente mas pronunciado, á causa de su pendiente rápida, y pasado Chieti se divide en distintos brazos, lo cual facilita su paso. Los alrededores de su desembocadura son muy insalubres en verano por los miasmas que emanan de su suelo arcilloso debido á los desbordamientos periódicos del rio.

El Fortore nace en el Monte-Chilone, y despues de recibir el caudal de aguas de diferentes arroyos, forma en su curso algunos pantanos mas abajo de Calenza y en Ponterotto: este rio entra en el mar enfrente de las islas Tremitti, no léjos del lago de Lesina.

El Candelaro, que nace en el Monte Gárgano, recibe el Triolo, el Salgola con el Volgone y el Celone, y se precipita en el golfo de Manfredonia, atravesando el Lago-Salzo.

El Cervaro y el Carapella, que cortan paralelamente la llanura de Apulia, terminan el primero en el Lago-Salzo y el segundo en el Lago-di-Salpi, que probablemente fueron golfos en otro tiempo.

El nacimiento del Ofanto se encuentra en el Monte-Gatella. Este rio penetra en el mar cerca de las salinas de Barletta despues de bañar á Canosa; su curso es lento y su fondo fangoso. En la estacion de las lluvias no puede pasarse sin puentes, pero en verano es vadeable por muchos puntos.

El Brandano, el Basiento, el Salandrella, el Agri y el Sinno que desaguan en el golfo de Tarento por la parte de la Basilicata; el Crati y el Neto que penetran tambien en él por el litoral de la Calabria, son torrentes sin importancia y ofrecen por consiguiente un

gran número de vados, pudiendo cruzarse casi por todas partes en su estado ordinario. Sus valles son bastante abiertos, excepto el del Neto que empieza en el bosque de Silla y es estrecho y pedregoso.

Los ríos mas considerables del reino de Nápoles son los que desaguan en el Mediterráneo.

El Liri nace en un estrecho desfiladero de los Abruzzos, no léjos de Petrella; despues de describir numerosas curvas atraviesa el valle de Roveretto, generalmente muy angosto, baña Sora, recibe el Sacco en la frontera de Roma y toma entonces el nombre de Garellano. Encaminándose en seguida hácia el Sudeste, aumenta sus aguas el impetuoso Melfa y cruza el territorio de Ponte-Corvo por donde penetra en la llanura. Finalmente, despues de formar un nuevo recodo cerca de la confluencia del Peccia, se dirige al Sur para perderse en el golfo de Gaeta. El valle del Garellano forma una larga garganta. En la primavera y en el otoño sus tributarios causan estragos en los caminos con sus desbordamientos poniéndolos con frecuencia intransitables. En Ceprano, el Liri tiene cerca de 42 metros de ancho y de 0^m 70 á 2 metros de profundidad; su cauce es arenoso y su pendiente rápida. Hasta Ponte Corvo, en donde empieza á admitir barcas pequeñas, aquel río es vadeable por varios puntos á pesar de la impetuosidad de su corriente.

El lago Fucino, con sus desbordamientos periódicos, ocasiona con frecuencia daños de consideracion en la comarca; tratábase tiempo atrás de hacer que el sobrante de las aguas de dicho lago se dirigiese al Liri por el antiguo canal de desagüe abierto por Claudio. El proyecto principal consistia en transformar el lago Fucino en un vasto depósito del cual debian desprenderse dos canales de navegacion que fuesen á parar el uno al Mediterráneo y el otro al Adriático. Aquel lago tiene de 28 á 30 kilómetros de circunferencia, sobre 12 á 15 de anchura, con una profundidad de 16 á 17 metros. Forman sus orillas una faja estrecha de terreno llano, pantanoso y cubierto de juncos, llanura que termina al pié de montañas calcáreas, elevadas y desnudas que le ciñen por todas partes.

El Vulturno nació al Oeste de Isernia. Desembocando al poco trecho de las montañas, toma la direccion del Sur hasta la confluencia del Calore, en cuyo punto tuerce al Oeste serpenteando por la llanura

de la Campania aprisionado entre dos orillas altas y escarpadas casi siempre cubiertas de bosque. Este rio desemboca en el mar en Castel-Vulturno. Despues de haber recibido el Calore, henchido por varias pequeñas corrientes que aumentan sus aguas en el valle de Benevento, lo cual no impide que sea vadeable en verano, el Vulturno adquiere una anchura de 75 metros y una profundidad tan considerable que no se puede ya cruzar en adelante sino por los puentes de Venafro, Capua y Castel-Vulturno, únicos que posee. En las inmediaciones de Capua la corriente del Vulturno se vuelve mansa; el fondo de su cauce es arenoso y ligeramente ondulado, y su valle, como el del Garellano, es enfermizo en cierto trecho. Antes de llegar á Capua se encuentra un buen vado cerca de los molinos de Treflisco, contruidos fuera del alcance del cañon de la plaza.

El Lagni (Regii Lagni), que ha sido canalizado, procede de las inmediaciones de Rocca-Rajuola, y despues de atravesar toda la Tierra de Labor, parte de él desemboca en el golfo de Gaeta por Lago di Patria. En toda la estension de este rio se encuentran puentes con mucha frecuencia. Los Regii Lagni consisten en tres canales paralelos que siguen la longitud de dicho rio, separados el uno del otro por diques de anchura y elevacion convenientes. El del centro recoge las aguas del Calabricito, del Mofito y de otros arroyos, en tanto que los dos canales laterales reciben y conducen las aguas pluviales que inundarian los campos durante la estacion de las lluvias. La comarca, designada con el nombre de *Campagna Felice*, debe su fertilidad actual á estas magníficas y útiles construcciones, puesto que permiten recoger cada año abundantes cosechas en una estension de 20,000 hectáreas de terreno antes pantanoso y estéril.

Al Sur de Castellamare, el único rio de alguna importancia que el mar recibe de la vertiente occidental del Apenino es el Sela, cuyas aguas aumentan el Tanagro y el Bianco que riegan el Principado Citerior. Su valle está cerrado por altas montañas hasta la confluencia del Tanagro lo mismo que los valles secundarios bañados por sus tributarios. Pasado el puente de Evoli, sus márgenes reciben la sombra del gran bosque de Persano. En las Maremmas su valle se ensancha hasta formar una vasta llanura; pero el terreno es pantanoso y las orillas del rio tan elevadas que no se puede vadear.

El Lao, el Savuto y el Lamato, que desaguan en el golfo de Eufemia; y el Mosina, que muere en el de Gioja, son arroyos de poca importancia y su curso es tambien muy corto.

Líneas estratégicas de Sicilia.

La isla de Sicilia ha desempeñado en todas épocas un papel muy importante en las guerras estrangeras y en los sucesos políticos del reino de Nápoles para que omitamos hablar de su importancia militar. En una guerra de invasion, cuando el pueblo une su suerte á la del soberano, la isla de Sicilia, como en la guerra del imperio, es el refugio de una dinastía vencida en los campos de batalla de tierra firme. Contra un gobierno intransigente ú opresor, Sicilia es el cuartel general donde organiza sus fuerzas la revolucion para arrancar concesiones, como en 1849, ó derribar un trono, como en 1860, en la época de la expedicion de los Mil. La isla de Sicilia, en dos fechas muy recientes, ha llamado hácia sí la atencion del mundo y se han verificado en ella sucesos memorables que encontrarán un lugar preferente en la historia contemporánea. Las operaciones militares emprendidas por Garibaldi en 1860 cuando marchó de triunfo en triunfo hasta realizar la conquista de un reino minado por la traicion, y en 1862 cuando de retirada en retirada llegó el descalabro final de Aspromonte, darán á las líneas estratégicas de aquella isla toda la importancia que se merecen.

Separada de la punta meridional de Italia por el estrecho de Messina, la estensa isla de Sicilia ocupa una ventajosa posicion en el Mediterráneo, ora se la considere bajo el punto de vista militar, ora bajo el aspecto mercantil. Esta grande isla está rodeada de grupos de otras mas pequeñas entre las cuales citaremos las islas Lipari ó Eolianas, al Norte; las Egades, al Oeste; y las Pantellarias, al Mediodía.

Las montañas de Sicilia deben considerarse como la continuacion de los Apeninos con los cuales se les encuentra en efecto una grande analogía geognóstica. La cordillera principal del Apenino insular empieza en el cabo Pelero, en el estrecho, y se estiende por la costa

septentrional hasta Trápani y el cabo San-Vito. Los antiguos le dieron los nombres de montes *Heroei* y de montes *Nebrodes*, nombres que tomaron sucesivamente una multitud de denominaciones locales.

La mas oriental de estas cordilleras se eleva por término medio á una altura de 2,000 á 2,500 piés. Esta altura aumenta de repente hácia el centro de la cordillera cerca del nacimiento del Salso y del Giaretta; de modo que el Pizzo di Case, su punta culminante, alcanza una elevacion de 6,111 piés sobre el nivel del mar, del cual dista solamente unos 25 ó 30 kilómetros. Mas al Oeste la altura de esta cordillera disminuye otra vez, aunque el Monte Camarata, en las inmediaciones de Castronuovo, mide todavía 4,922 piés. Desde este punto la altura de la montaña decrece considerablemente para no volver á levantarse hasta cierta distancia de Palermo y de Trápani en montes redondos, en forma de cúpula, de 2 á 3,000 piés de elevacion.

La vertiente septentrional de esta cordillera baja bruscamente sobre la costa, formando pendientes escarpadas y pedregosas, mientras que las vertientes meridionales, por el contrario, presentan vastas mesetas que se inclinan insensiblemente hácia el mar, y solo en muy contados sitios ofrecen cortaduras escarpadas ó pendientes rápidas.

Estas mesetas encierran varias llanuras bajas de las cuales las de mayor estension son las de Terranova, Leutici, Augusta y Catania. Interrumpen la monotonía de estas llanuras algunas montañas aisladas de 1,000 á 2,000 piés sobre el nivel general, entre las cuales descuella en la provincia de Siracusa el Monte Laura que mide 2,225 piés.

El Etna, ó Monte Gibello, está separado de la cordillera principal por los valles del Alcántara y del Gabella, tributario del Giaretta, como igualmente por la disposicion del terreno que se estiende desde Randazzo á Bronte. Circunscrita de este modo su base, la masa gigantesca del Etna se encuentra tan aislada como la del Vesubio. Su cúspide, coronada eternamente de hielo (10,200 piés sobre el nivel del mar), sobrepuja á los mas elevados picos del Apenino Central. Sus vertientes septentrional y occidental son las mas escarpadas, y aun cuando la que mira al Oriente es mas suave, está sur-

cada de barrancos é inundada de masas formidables de lava; estos barrancos terminan casi todos en la costa entre Taormina y Catania; finalmente, las vertientes meridionales de aquel monte concluyen en la llanura baja de Catania. Las regiones inferiores de este volcan, cuya base tiene de 130 á 140 kilómetros de circunferencia, se distinguen por la rica y lozana vegetacion que las cubre hasta una altura de 7,800 piés; la region de los bosques está forrada de una masa espesa de encinas, de castaños, de pinos y de hayas; la region alpina se presenta alfombrada de soberbios pastos.

Los estribos inferiores del Etna, lo mismo que las pequeñas llanuras de la costa en general, especialmente las de Messina, Melazzo, Palermo, Trápani, y algunos valles, como el de Noto, etc. están muy bien cultivados y su fertilidad es extraordinaria. Véase prosperar en ellos no solamente los cereales, la vid y los frutos mas sabrosos del Mediodía, si que tambien otros que pertenecen á la vegetacion tropical. El interior de la isla no está tan bien cultivado, y hasta en muchos parages es inculto y desierto. Las alturas, desde la cúspide hasta cerca de su base, carecen de vegetacion, mostrando un aspecto descarnado, mientras que las vastas mesetas, verdaderas estepas por su aridez y soledad, ofrecen solamente algunos escasos pastos á varios rebaños errantes de carneros y bueyes. Los rios, meros torrentes, contribuyen muy poco á aumentar la fertilidad de la isla, y la lluvia es en el pais un fenómeno tan raro, que, escepto algunas semanas, el sol envia sobre él constantemente sus ardientes rayos desde un cielo despejado.

A pesar de estas desfavorables condiciones y de la falta de cultivo, esta isla, que fuera en otro tiempo el granero de Italia, produce todavía un excedente considerable de cereales que el cultivador depositaba bajo el gobierno borbónico en los graneros públicos (*carricatori*), por el precio que fijaba la autoridad de la isla. Cuando sobrevenia una mala cosecha el cultivador acudia á este depósito comun, y si no habia escasez de trigo, se esportaba el grano depositado.

Lo mismo que en la Pulla, la poblacion en Sicilia se encuentra aglomerada en una multitud de pueblecillos y ciudades pequeñas; no se encuentran casas de campo aisladas sino en las inmediaciones de Messina y en la llanura de Catania.

Los ríos mas notables de la isla son: el Alcántara, el Giaretta, el Trachino, el Dittaino y el Crisas, al este de la isla; el Ragusa, el Salso, que recibe el Bertaglia, el Blatani, y el Palici, al Mediodía; y el Términi, el Fiume-Grande y el Pollina, al Norte. Estos ríos ofrecen á los habitantes de la isla en una guerra multitud de líneas defensivas que aumentan su resistencia, al paso que presentan á cada momento nuevos obstáculos á un ejército invasor y en una contienda civil al ejército regular. Ninguno de estos ríos es navegable, pues todos ellos tienen el carácter de torrentes y son por lo mismo fáciles de vadear; pero en la corta estacion de las lluvias, ó en los puntos en donde se opone á ello la naturaleza escarpada y pedregosa de sus orillas, estas corrientes pueden detener á fuerzas considerables. Además, en todos estos ríos no solamente son muy raros los puentes, sino los materiales para construirlos.

La isla de Sicilia carece tambien de buenas vías de comunicacion por las cuales puedan transitar furgones militares ó artillería rodada. Las mercancías se trasportan á lomo de mulo ó asno, cuyos animales abundan mucho en el país. Los caminos son tan malos que en muchos sitios se corre peligro, aun yendo á caballo, á causa de la naturaleza arcillosa del suelo. Despues, tanto en las llanuras como en las montañas, los jardines, los campos y los senderos están cercados de setos impenetrables de pitas, ó de gruesos muros de lava, lo que contribuye á aumentar las dificultades en la marcha de una tropa.

El camino que da casi la vuelta completa al rededor de la isla, por la costa, y que pone en comunicacion las ciudades situadas á la orilla del mar, no se ha convertido en carretera regular sino desde Messina á Trápani por Palermo. Posteriormente se emprendió la continuacion de esta importante obra en repetidas ocasiones, pero los trabajos duraron poco y la carretera no adelantó. Los caminos carreteros del interior consisten en tres vías de comunicacion en muy mal estado, el de Catania á Palermo, por Nicosia y el paso de Polizza; el de Catania á Alicata por Minco y Terra Nova; y finalmente el de Catania á Girgenti, por Piazza y Caltanissetta. Estos tres caminos se comunican por el que se dirige de S. Filippo á Alicata por Castro-Giovani. Hay en la actualidad empezadas algunas nue-

vas vías de comunicacion, mientras que por otras partes se prolongan algunas de las que se encontraban en estado de construccion.

Despues de lo que dejamos dicho fácil es deducir que la guerra es muy difícil en este país, en el cual, si bien es verdad que la infantería puede transitar por todas partes, en cambio la caballería tiene un espacio muy reducido. En cuanto á la artillería, de cuya arma no se puede á penas prescindir en un territorio en el que tanto abundan los castillos, las fortalezas y las plazas fuertes; no podría seguir á un ejército porque se lo impediría la falta de caminos á propósito.

Por otra parte, la isla de Sicilia no podría atacarse ni defenderse con buen éxito sin el concurso de una escuadra numerosa. La posesion de esta isla es de una grande importancia para el reino de Nápoles. Una vez rechazado de tierra firme, el ejército encontraria en Messina, que puede considerarse como la cabeza de puentes de la isla, nuevos recursos para sostener la independenciam del Estado, como sucedió cuando la invasion francesa á principios del siglo actual, y volver á tomar la ofensiva en tiempo oportuno.

RESEÑA HISTÓRICA.

I.

La naturaleza de esta breve reseña no consiente entrar en profundas investigaciones sobre la procedencia ú origen étnico de los primeros pobladores de la Italia del Sud; hemos de ceñirnos á tiempos menos remotos y á datos menos oscuros, ya que esto basta á nuestro propósito y nos evita inútiles digresiones.

La historia de las Dos Sicilias como reino independiente es muy moderna, abraza un reducido número de siglos y abreviaría mucho nuestra tarea si á ella nos ciéramos; pero como los sucesos de la historia están tan íntimamente enlazados; como para comprender los hechos posteriores es preciso remontarse á los anteriores, que son sus causas, hemos creído conveniente tomar como punto de partida el establecimiento de las primeras colonias griegas que dieron al Mediodía de Italia el nombre de Magna Grecia,

A esos colonos procedentes de una nacion entonces la mas culta, se debe la fundacion de Sibaris, Locros, Regio, Posidonia, y Cu-

mas en el continente, y de Messana, Catana, Siracusa, Agrigento, Panormo en Sicilia.

Habia sonado la hora de la decadencia de Grecia, y dos pueblos rivales iban á disputarse el imperio de la Europa occidental sin contar con el que antes imponia la ley á sus vecinos: Roma se apoderó de todo el territorio continental situado al sur de Italia; y Cartago tomó posesion de Sicilia, hasta que á su vez fué desalojada de esta isla por los vencedores hijos del Lacio.

Roma supo sacar de esta parte de la Italia inmensos recursos; pero en cambio encontró allí el narcótico fatal de su clima voluptuoso y enervador. Desde el cabo de Miseno al de Sorrento y á la isla Tiberina se hallan escritas en caracteres de piedra las angustias mortales de la república que moria de enervacion y los vicios monstruosos de un imperio que habia de sucumbir bajo el peso de sus criminales locuras.

La debilidad del imperio dió facil acceso á la invasion de los bárbaros; y despues de la primera arremetida de los éruulos, los godos se apoderaron de la Italia continental, desde los Alpes á Reggio, al paso que los vándalos ocuparon la isla de Sicilia; pero unos y otros fueron arrojados de sus conquistas, tras larga y porfiada lucha, por las armas victoriosas de Belisario.

Dividida en provincias la Italia por los emperadores de Oriente, y mandadas estas por gobernadores con el título de duques dependientes del Exarcado de Ravena, representante del Emperador, trastornóse completamente la organizacion que le dieron los romanos y que habian respetado los bárbaros. El general Narcés, compañero de Belisario en la conquista de Italia, y conservando en ella poderosa influencia, ofendido por el emperador Justino, trató de vengarse excitando á los longobardos á que invadieran la Península, como así lo verificaron, apoderándose de casi toda ella (año 568) y estableciendo el sistema feudal.

Ya en el siglo viii, el Pontífice en lucha con los iconoclastas, llamó en su ayuda á Carlo Magno, que entonces ocupaba el trono de Francia. Este famosísimo monarca logró fácilmente derrotar á los longobardos, arrojándolos á los Alpes, mereciendo en premio grandes donaciones y el título de emperador de Oriente que le confirió el Santo Padre.

Rehiciéronse los longobardos al abrigo de los inespugnables Alpes, descendieron á la llanura, y emprendieron afortunadas correrías al interior del país mientras los griegos molestaban el litoral con repetidos desembarcos y el ducado de Benavento era presa de encarnizada guerra. Los sarracenos, apoderados desde mucho tiempo de la isla de Sicilia, aprovecharónse de este desórden para enseñorearse de varias ciudades de Pulla y Calabria y esparcir el terror por todos los puntos de la costa accesibles á sus naves.

II.

En 1038, tres hijos de Fernando de Altavilla, señor de Normandía, cediendo á los instintos aventureros de su raza, y escitados por los elogios que los peregrinos hacían del clima y fertilidad de Italia, dirigieronse al territorio napolitano con buen número de compañeros de fortuna, y entraron al servicio de los príncipes de Capua y Salerno. Acreditados ya su valor y pericie, los griegos, que aun conservaban algun territorio en la Pulla, pactaron con ellos para reconquistar la Sicilia. No habiéndoseles cumplido lo pactado, y haciéndoseles dura la condicion de mercenarios, resolvieron pelear por cuenta propia, lo cual les ofrecía la ventaja de vengarse de la mala fé de los griegos.

Preparados lo mejor que les fué posible, cayeron de improviso sobre la Pulla, arrojaron de ella á sus falsos aliados, y tomaron posesion de aquel territorio, del que se tituló conde Guillermo *Brazo de hierro*, el mayor de los Altavillas. Muerto éste, y asesinado alevosamente otro de los hermanos, Ufredo, el tercero, tomó el mando supremo, castigó á los griegos y estendió considerablemente sus conquistas.

El poder de esos advenedizos infundió recelo al pontífice; pero se dieron ellos tan buena maña que lograron atraerse su favor hasta el punto de conseguir Ufredo la investidura de señor de la Pulla, de Calabria, de Sicilia y cuantas tierras conquistara, pero sujetándose á la alta soberanía del papa. A estas nuevas, acudieron al lado

de su hermano otros dos hijos de Tancredo de Altavilla, Roberto Guiscardo y Rugerio, con nuevos aventureros.

Muerto Ufredo, Roberto se quedó con el señorío de Nápoles, al que agregó los principados de Amalfi y de Salerno, mientras que Rugerio conquistó para sí la isla de Sicilia. Muerto este último en 1101, dejó en herencia el poder supremo de la isla á su hijo del mismo nombre.

Por muerte de Roberto Guiscardo y de su hijo Rugerio, que no dejó sucesion, presentóse á reclamar los dominios de Nápoles, Rugerio, el soberano de Sicilia. Nególe el papa la investidura, que despues obtuvo del anti-papa Anacleto, con el título que ambicionaba.

Afianzado en el trono pontificio el papa Inocencio, declaró la guerra á Rugerio; pero éste logró apoderarse de la persona del Soberano Pontífice, y le obligó á que le reconociese por rey no solo de Sicilia, sino tambien de Pulla y de Calabria. Rugerio fué, pues, el primer soberano de las Dos-Sicilias, y pocos le aventajaron despues como militar entendido, legislador inteligente, administrador sagaz y protector de las artes y las ciencias en sus estados. Murió en 1154, dejando el trono á su hijo Guillermo que, con decir que mereció el renombre de el *Malo*, bastará para que se sepa que no tenia ninguna de las virtudes del padre. Túvolas no obstante su hijo, llamado tambien Guillermo, quien siguió noblemente las huellas de su abuelo, por lo que mejoró notablemente la prosperidad y cultura de sus dominios.

A su muerte, que aconteció en 1189 á falta de heredero directo, dejó la corona á su hermana Constanza, casada con Enrique de Suavia, hijo del emperador Barbarroja.

Disgustados los barones con este cambio de dinastía, proclamaron rey á Tancredo, hijo natural de Rugerio. Murió Tancredo durante la lucha que sostenia con el de Suavia; sucedióle su hijo, quien acabó sus dias desgraciadamente á manos del cruel Enrico. Desaparecido ese estorbo, los reinos de Nápoles y Sicilia pasaron á la casa de Suavia, en 1194.

III.

Enrico terminó su cruel reinado muriendo en San Juan de Acre. Un año le sobrevivió su esposa Constanza, dejando un hijo de menor edad, llamado Federico, como inmediato sucesor al trono. El Padre Santo, para poner término á los disturbios de aquella minoría, declarólo mayor de edad apenas cumplidos los trece años.

Habiendo faltado al juramento que prestara de no incomodar á su sobrino en la posesion de sus reinos, Filipo, hermano de Enrico, incurrió en la excomulgacion del papa y perdió la corona imperial, por lo que recayó el imperio por unánime eleccion en Federico, ya rey de Nápoles y de Sicilia.

Al morir Federico, legó sus dos coronas á su primogénito Conrado, que casi hubo de conquistar la de Nápoles y Sicilia por la oposicion que le hizo el papa; y la disfrutó corto tiempo, muriendo en 1254. Correspondia la corona á su hijo Conradino, de edad de dos años; pero por hallarse ausente ejerció el gobierno su tio Manfredo, primero en calidad de vicario y despues en la de rey, á pretesto de que habia fallecido el niño Conradino.

Para vencer la resistencia de Manfredo, los papas llamaron á Cárlos de Anjou, conde de Provenza, ofreciéndole la investidura de rey de Nápoles y de Sicilia. Empezó la lucha con incierta fortuna, pero la traicion inclinó la balanza á favor del de Anjou. Vendido por los suyos Manfredo en la batalla de Benavento, buscó y halló la muerte en la refriega; y su viuda é hijos perecieron inhumanamente á manos de los franceses, despues de haberse refugiado en el castillo de Nocera.

Mostróse tan injusto y cruel el de Anjou, que los barones se conjuraron para arrojarle del trono y poner en su lugar á Conradino, jóven ya de diez y ocho años, oculto en una aldea de Alemania por temor al puñal de los usurpadores de la corona de sus mayores. Llamado por los conjurados napolitanos y favorecido por el duque de Austria, tomó el camino de Italia con buenas tropas y abundante dinero. Vencido en las llanuras de Tallacozzo, en el Abruzzo

y hecho prisionero, fué condenado á muerte y ejecutado en Nápoles en presencia de un numeroso pueblo que lloraba su inmerecida desgracia. Estando ya sobre el fatal tablado, este gallardo jóven, último vástago de la dinastía suava, protestó solemnemente contra aquella horrible injusticia, declaró sucesor suyo á D. Pedro de Aragon, marido de la hija de Manfredo y de Constanza, y arrojó á la multitud aquel famoso guante que habia de ser prenda de la herencia para el monarca aragonés.

Este triunfo ensoberbeció al de Anjou, y fué como un nuevo estímulo á sus crueldades y desaciertos, que provocaron repetidas y severas amonestaciones del Pontífice, las prevaricaciones del monarca trascendian á sus delegados y al ejército, que agoviaba al pais con toda clase de violencias, lo mismo en el continente que en Sicilia. En esta isla, llegado al colmo el sufrimiento, organizóse una vasta y secreta conjura; á la voz de Juan de Prócida, su jefe, el dia segundo de Pascua de 1282, al toque de vísperas, los conjurados asesinaron mas de ocho mil franceses en toda la isla y en dos horas.

Don Pedro de Aragon, ó de acuerdo con los conjurados ó por casualidad, navegaba por los mares de Sicilia en persecucion de los piratas sarracenos, y al saber lo que pasaba en la isla acudió tan á tiempo que los sicilianos lo proclamaron rey coronándolo en la catedral de Palermo, como heredero del desgraciado Conradino.

Furioso el de Anjou por este golpe inesperado, desafió al monarca aragonés, señalándole campo en Gascuña y tomando por padrino y juez al rey de Inglaterra. Mientras Cárlos de Anjou acudia al sitio designado para el duelo, que no llegó á realizarse, Roger de Lauria, almirante de la escuadra del rey de Aragon, cayó de improviso sobre varios puntos del continente napolitano, y sobre la misma capital, apoderándose de ella y haciendo prisionero al príncipe de Salerno, hijo y heredero de Cárlos de Anjou. Este, acudia presuroso á vengar el desastre cuando murió en Faggia el año 1282. ||

El príncipe prisionero, despues de cuatro años de cautiverio, fué puesto en libertad por mediacion de la Inglaterra, y alcanzó del papa la investidura de rey de Nápoles y de Sicilia, D. Jaime II, sucesor del rey D. Pedro, apeló á las armas contra esa concesion,

pero llamado luego á ocupar el trono de Aragon, dejó en Sicilia á su hermano D. Fadrique en calidad de lugar-teniente. Rebelóse este contra su hermano y señor, lo cual trajo nuevas complicaciones, que cesaron con el restablecimiento de la concordia entre los dos hermanos y el enlace de D. Fadrique con una hija del nuevo rey Cárlos de Nápoles. Al verificarse este casamiento se pactó que, á la muerte de D. Fadrique, la isla de Sicilia volveria á la casa de Anjou, pacto que disgustó sobremanera á los catalanes y aragoneses ausiliares del hermano de su rey, por lo que abandonaron la isla con rumbo á Oriente donde realizaron empresas verdaderamente asombrosas.

A la muerte de Cárlos, sucedióle en el trono de Nápoles su hijo segundo, Roberto, por haber sido llamado el primogénito á empuñar el cetro de Hungría. Intentó Roberto reconquistar á Sicilia; pero la peste destruyó, en Trápani, su ejército de mar y tierra.

El recuerdo de la pasada opresion mantenía vivo el ódio de los sicilianos á los franceses, por lo que á la muerte de D. Fadrique, negándose al cumplimiento de lo por éste pactado, proclamaron rey de la isla á D. Pedro, hijo de Pedro II de Aragon. Solo dos años reino D. Pedro, y á su muerte, siempre con la idea de no caer nuevamente bajo el dominio de la casa de Anjou, fué proclamado rey D. Luis, hermano del difunto D. Pedro, que contaba solo cinco años de edad.

Los disturbios consiguientes á una larga minoría, ancho campo donde se agitan todas las ambiciones, decidió á gran número de personas influyentes á buscarles un término en el cumplimiento de lo pactado por D. Fadrique. Adelantadas ya las negociaciones con el rey Roberto de Nápoles, murió este transmitiendo sus derechos á las dos coronas á su hija doña Juana casada con el príncipe Andrés, hijo del rey de Hungría.

La incompatibilidad de caracteres entre la reina Juana y su esposo convirtiéndose en aversion, y mas tarde en ódio mortal, por la influencia de una plebeya de Catanea, que dominaba en el ánimo de la reina, y la de los cortesanos húngaros, que se enseñorearon de la voluntad del rey. Un dia el desgraciado Andrés apareció estrangulado, con sospechas de haberlo sido por orden de su esposa; sospechas que tomaron mayor fuerza cuando, á los pocos meses y

sin dispensa, doña Juana casó en segundas nupcias con su primo don Luis, príncipe de Taranto.

El rey de Hungría, ganoso de vengar la muerte de su hermano, cayó con numerosas huestes sobre Nápoles, obligando á la reina Juana á refugiarse en Aviñon; pero fueron tal y tan numerosas las atrocidades cometidas por los húngaros, que los mismos napolitanos, antes pocos aficionados á doña Juana, solicitaron su vuelta y la indulgente proteccion del Padre Santo. Bendecido por el soberano pontífice el segundo matrimonio de doña Juana, el rey consorte se encargó de espulsar á los extranjeros invasores; y lo hizo con tan buena fortuna que, despues de ajustar una paz ventajosa, pudo ser solemnemente coronado, juntamente con su esposa, en la catedral de Nápoles el año 1351.

Los barones de Sicilia reanudaron con doña Juana las negociaciones interrumpidas por la muerte del rey Roberto; y puestos de acuerdo, pasó la reina á tomar posesion de la isla, pero rechazóla el pueblo que quiso mantenerse fiel á don Fadrique, nieto de su antecesor del mismo nombre.

La reina doña Juana enviudó otras dos veces, casando en terceras nupcias con un príncipe aragonés y en cuarto matrimonio con uno de la casa de Brunswik. En ninguno de estos matrimonios logró Juana sucesion, por lo que estando enferma de gravedad, designó como heredero de sus derechos á Cárlos Durazzo, esposo de una sobrina suya.

Juana, que pudo salir de aquel grave estado, al ocurrir el cisma llamado de Aviñon, declaróse á favor de Clemente, mas su sobrino Durazzo, impaciente por heredarla y previendo el triunfo de Urbano, tomó con gran calor el partido de éste, y le reclamó en premio de sus servicios, cuando hubo triunfado, la investidura del reino de Nápoles.

Habiendo obtenido Durazzo del Papa lo que pretendia, atacó á mano armada los derechos de su reina, que eran sus propios derechos, pues que solo por voluntad de doña Juana existian. Defendióse doña Juana poniendo al frente de las tropas á su marido; pero la fortuna le fué adversa, y cayó prisionera en manos de Durazzo, quien correspondió á su bienhechora mandándola estrangular en el castillo de Muro, en la Basilicata (1381).

Mientras doña Juana estuvo situada en Castelnuovo, ya para castigar la ingratitude de su sobrino, ya para buscarse un poderoso auxiliar, revocó su testamento á favor de Durazzo, y nombró su heredero á Luis de Anjou, hermano del rey de Francia. Hemos visto ya que esta revocacion no la libró del triste fin que le reservaba la suerte, pero en cambio trajo calamidades sin cuento al reino de Nápoles con la invasion de los franceses, quienes próximos á poner el sello á su conquista con la ocupacion de la capital, emprendieron la retirada, primeramente en buen orden y despues en completa dispersion, por haber muerto Luis de Anjou que los capitaneaba.

Irritado el Papa por la villana conducta de su protegido, declaróle la guerra; pero Durazzo se dió tan buena maña que sorprendiendo al Pontífice, que se hallaba sin prevencion en Nocera, le hizo prisionero y lo envió á Génova. Desembarazado de sus enemigos, ideó apoderarse del trono de Hungría que se hallaba á la sazón vacante; marchó confiadamente á solicitarlo en persona, mas al pisar el territorio de aquel reino fue asesinado alevosamente (1386).

Ladislao hijo mayor de Durazzo, ocupó el trono de Nápoles, bajo la tutela de su madre. Invadido el reino por Luis de Anjou, hijo del que murió ante los muros de Nápoles, la Reina y su pupilo tuvieron que encerrarse en Gaeta. Gran parte de los estados napolitanos cayeron en poder del pretendiente; mas volviéndole las espaldas la hasta entonces propicia fortuna, hubo de tomar la vuelta de Francia.

Luego que Ladislao llegó á su mayor edad descubriéronse en él la misma desmesurada ambicion y aviesos sentimientos que afearon la vida de su padre. No pudiendo, como intentara, conquistar el trono de Hungría, revolvióse sobre los estados vecinos, y se apoderó de Toscana y despues de Roma, titulándose rey de Romanos. Tambien concibió el pensamiento de hacerse soberano de toda la Italia, lo que produjo una liga entre el Papa, los florentinos y los franceses. Mientras se preparaba Ladislao á hacerla frente, envenenóle en Feruggia su querida, de resultas de lo cual murió en Nápoles en 1410.

Vacante otra vez el trono de Nápoles, heredólo doña Juana, viuda del duque de Austria y hermana del difunto Ladislao. Casó con

un príncipe francés de la casa de Borbon, quien para poner coto á la vida licenciosa de su esposa, condenóla á reclusion y encerró en seguros calabozos á sus favoritos Pandolfello, Alapo y Sforza. Juana tuvo medio de interesar al pueblo en favor suyo y logró que una insurreccion la restableciese en el trono, espulsando de Nápoles á su atribulado marido, quien se refugió en Sicilia y tomó el hábito de San Francisco.

Uno de los primeros actos de Juana fué poner en libertad á Sforza; mas celoso este de su rival Seigio Caracciolo concertóse con Luis de Anjou para que invadiera el reino. Apurada la Reina llamó en su ayuda á don Alfonso de Aragon, que á la sazón guerreaba en Sicilia. Acudió el aragonés, y con el auxilio del valiente condottiero Braccio Mantone, rompió las líneas de las fuerzas combinadas del de Anjou y Sforza y penetró triunfante en la capital.

En los primeros momentos la Reina recibió con grandes muestras de gratitud al libertador que de tan estrecho apuro la sacara; mas luego, olvidada de lo que á su auxilio debía y de la promesa formal de cederle la corona con que quiso interesarle, declaróse abiertamente hóstil y se retiró á Capua.

Mientras don Alfonso egercia desde Castelnuovo la soberanía del reino de Nápoles, Juana reconciliada con Sforza, revocaba la donacion hecha á favor del aragonés y la conferia al de Anjou. Siguiéron la guerra y los excesos de Juana hasta su muerte, que acaeció al cabo de tres años, dejando por heredero de sus derechos á Renato de Anjou, hermano de Luis.

Renato, que se hallaba prisionero, envió á su esposa Isabel á tomar posesion del trono y gobernar el reino. Digna de alabanza fué esta regencia; y si bien, al alcanzar su libertad, su esposo continuó la buena gobernacion que encontrara establecida no pudo conjurar su mala fortuna en la guerra. Reducido á defenderse en la ciudad de Nápoles, una noche don Alfonso de Aragon penetró en la plaza por un camino ó conducto subterráneo, obligando á Renato á retirarse á Provenza, donde acabó sus dias entregado al apacible ejercicio de las letras.

Con la muerte de Renato concluyó la segunda dominacion de la casa de Anjou, y volvieron á juntarse bajo un mismo cetro el conti-

nente napolitano y la isla de Sicilia. Grande actividad é inteligencia desplegó don Alfonso así en regularizar y uniformar la administracion como en reformar las leyes y favorecer la prosperidad del reino y de sus súbditos; con lo cual y la buena fortuna en sus empresas guerreras para reconquistar y devolver las Marcas al Pontificado, y librar al ducado de Milán de las invasiones de los genoveses y florentinos, alcanzó merecida fama de entendido y justiciero.

A la muerte de don Alfonso quedó nuevamente separado el gobierno de la isla del del continente, pasando, en virtud del testamento del difunto, la corona de Sicilia á su hermano don Juan y el del reino de Nápoles á su hijo natural don Fernando.

Don Fernando, á no dejarse dominar por su hijo don Alfonso, duque de Calabria, príncipe cruel y de antipático carácter, continuara la obra de su difunto padre y llevára la prosperidad del reino á su mas alto grado, pues se le vió decidido protector de las letras y las artes. Los barones irritados porque de continuo se atropellaban sus fueros y prerogativas, se declararon en rebelion; pero por la mediacion del Papa se llegó á un arreglo y los rebeldes depusieron las armas. Entonces, como para celebrar la concordia, Fernando mal aconsejado por su hijo, convidóles á un festin en Castelnovo, y cuando los tuvo reunidos en aquella fortaleza, los pasó á cuchillo, ejemplo que mas tarde habia de seguir un príncipe de Oriente para acabar de una vez con los famosos genizaros.

Cárlos VIII de Francia, instado por los descontentos y principalmente por el Papa, invadió la Italia, en 1694, llevando por principal objeto el apoderarse del reino de Nápoles, como representante de la antigua casa de Anjou.

El rey don Fernando, ya de avanzada edad, sucumbió al disgusto que le causara la noticia de la invasion del francés. Acudió á la defensa del reino su hijo y sucesor, el aborrecido duque de Calabria: pero desconfiando de la lealtad de sus súbditos, que le odiaban por sus crueldades, y sabiendo que el Papa habia dado la investidura y coronado rey de Nápoles á Cárlos VIII, huyó á Sicilia, donde se metió á fraile, abdicando la corona á favor de su hijo don Fernando. Este era valeroso y se aprestó á la defensa, mas convencido de que no podia contar con los suyos, levantó á los barones el

homenaje y juramento de fidelidad, despues de lo cual se retiró tambien á Sicilia. Sin duda tomó esta resolucion fiando en los caprichos de la fortuna y la inconstancia de los napolitanos.

Y no anduvo desacertado en sus cálculos, pues que el insolente despotismo del rey de Francia y la rapacidad de los franceses, prontó recordaron á los napolitanos que vivia en el ostracismo, y no muy léjos de ellos, un jóven príncipe irresponsable de la debilidad de su abuelo y de la crueldad de su padre. Sabedor don Fernando de lo que pasaba, concertóse con los enemigos de los franceses, ya odiados en toda la Italia; y en todas partes halló armas y dinero, para su empresa, ausiliado por un poderoso ejército español al mando del tan afamado Gonzalo Fernandez de Córdoba, conocido en la historia por el *Gran Capitan*.

Tambien acudió en su ausilio un ejército de varios príncipes italianos, mandado por el marqués de Mántua. Agoviado el francés con tantos enemigos juntos, retiróse á toda prisa y con grande pérdida de gente.

Muerto Fernando, al poco tiempo de restablecido en el trono, la corona pasó á su tio Federico, quien hubo de disputar luego su posesion contra las huestes de Luis XII, que iba ganoso de vengar la derrota de su antecesor. El rey católico de España, envió un ejército con apariencias de ausiliar al de Nápoles, pero en realidad para apoderarse del reino. Federico, viendo ocupadas por los españoles las plazas fuertes y la capital, y considerándose impotente para luchar con tan poderosos enemigos, retiróse á la vida privada.

Al abandonar el trono, que para él fué lecho de espinas, dejó un hijo suyo confiado á la lealtad de algunos barones que lo custodiaban en Tarento. El general español, el mismo Gran Capitan, fué har-to poco generoso para apoderarse de su persona y enviarlo prisionero á España, á pesar de haber jurado sobre una Hostia consagrada, y en presencia de los barones, que le dejaria en completa libertad.

Disputáronse entonces el reino españoles y franceses, hasta que ganada por el Gran Capitan la reñida batalla de Cerinola, en la cual pereció el duque de Nemours, general de los franceses, terminó la contienda quedando la posesion del ambicionado trono por el rey de España don Fernando, heredero de los derechos de la casa de Aragon (1503).

Tomó posesion del nuevo reino el Gran Capitan, en calidad de virey, título que tambien tomó el gobernador de Sicilia, quedando de esta manera convertidos aquellos dos reinos en provincias de España.

El Gran Capitan, primer virey, mostróse entendido y hábil administrador; pero los celos que inspiró su popularidad al suspicaz Fernando V fueron causa de que se le relevara. A la muerte de los reyes Católicos, y por incapacidad de su hija doña Juana, la corona de las Dos Sicilias, que formaba parte de la de España, pasó á las sienes de Cárlos V de Alemania. Las desavenencias de este monarca con Francisco I de Francia, trajeron perturbaciones en la Italia é impusieron grandes sacrificios al reino de Nápoles.

El rey de Francia, luego de recobrada su libertad, faltando abiertamente á lo pactado, formó liga con el Papa y renovó la guerra contra el español. Un ejército napolitano, á las órdenes de los hermanos Colonna, marchó á poner cerco á Roma; y el Papa despechado dió la investidura del reino de Nápoles á Mr. de Valdemot, de la familia de Anjou. Este tomó el título de rey, y al frente de un ejército francés invadió el reino de Nápoles, llegando hasta las puertas de la capital, donde fué derrotado y puesto en fuga por un ejército de diez y seis mil españoles á las órdenes del virey Cárlos de Lenois.

Despues de esta derrota, el virey entró en tratos con el Papa, y las cosas caminaban á un arreglo pacífico cuando se amotinó el ejército español de Lombardía, y obligó á su gefe el duque de Borbon á marchar contra Roma. Tomaron por asalto la capital del mundo cristiano, y como dice Mariana «no hay ningun género de contumelia y atrocidad que no cometiese el soldado.»

El rey de Francia quiso vengar aquel incalificable atentado, para lo cual envió una expedición contra Nápoles, mandada por Lautrec. Hugo de Moncada, gobernador de Sicilia, que pasó á Nápoles para reemplazar á Lenois que habia fallecido, encontró el reino completamente invadido por los franceses. No atreviéndose á combatirlos por tierra, atacóles con mal éxito por mar, y en el ataque perdió la vida.

Sucedióle en el mando el príncipe de Orange, á punto en que

venecianos y franceses ocupaban casi todo el país y tenían en aprieto la capital. Socorrida esta por el arrojado de un bandido, y habiendo llegado en auxilio de los españoles la peste y algunas tropas de refuerzo, quedó exterminada la expedición francesa y muerto su jefe. Libre de los franceses invasores, el nuevo virrey se ocupó en arrojar del país á los venecianos, atajar los estragos de la peste y en castigar con implacable rigor á los que favorecieron la invasión, contándose entre ellos á no pocas personas principales.

Quando el reino empezaba á reponerse de los efectos de las pasadas calamidades, en 1532, tuvo la buena suerte de que fuera á gobernarle en calidad de virrey D. Pedro de Toledo marqués de Villafranca, persona de grandes dotes de mando y de altísimas prendas de carácter. Nada menos que todas estas circunstancias se necesitaban para restablecer el imperio de las leyes, el respeto á la autoridad y la seguridad personal en un país esquilado por la guerra, asolado por la peste, plagado de malhechores y espoliado por la mala administración. Puso remedio á todos estos males el de Toledo, mereciendo el aplauso y las bendiciones del pueblo agradecido. No faltaron émulos de su gloria ó gente mal avenida con el orden y la justicia que trataron, aunque en vano, de indisponerle con el monarca.

Un solo disgusto grave tuvo D. Pedro de Toledo durante su por tantos títulos célebre virreinato de Nápoles. Temiendo el monarca español que se propagara en aquellas tierras la doctrina de Lutero, ordenó al de Toledo que protegiera el establecimiento del tribunal del Santo Oficio. Al intentarlo (1547) levantóse en masa el reino de Nápoles, y después de seis meses de revuelta, el virrey, apesar de su inmensa popularidad, hubo de renunciar á que se estableciera aquel odiado y odioso tribunal.

Las deplorables consecuencias de esta nueva perturbación hubieran desaparecido pronto á poder acudir á ellas la hábil mano del marqués de Villafranca; pero una orden del emperador mandándole marchar contra Viena al frente de un cuerpo de ejército, y su muerte acaecida en Florencia mientras iba á cumplir las órdenes superiores, no le dieron tiempo para ello.

La isla de Sicilia tuvo que lamentar aun mayores desgracias que

el reino de Nápoles durante los reinados de los Reyes católicos y de Carlos V, pues no le cupo en suerte un virey como D. Pedro de Toledo. Crueles ó lividinosos los delegados del monarca español, torpes y corrompidos los representantes del país, llegó á tal extremo el desórden y la miseria y á tal punto el descontento que á no descubrirse una conspiracion muy adelantada, la isla iba á entregarse á Francisco I de Francia.

Con malos auspicios empezó allí el reinado de Felipe II de España, pues mientras se estaba celebrando con grandes festejos su advenimiento al trono fueron acometidas y saqueadas por el corsario Dragut las costas de Calabria y de Sicilia. Luego vino la guerra con Francia, á cuyo rey dió la investidura de monarca de aquellos países el papa Pablo IV enemigo intransigente de la casa de Austria.

Acudió el duque Alba, nombrado virey, á poner dique á aquella nueva invasion, y con su energía característica puso en aprieto á Roma y desbarató en el Abruzzo el ejército del duque de Guisa. Continuaba la guerra con buena fortuna cuando por mediacion de los venecianos se llegó á una paz ventajosa.

Aquellas guerras incesantes y costosísimas que llenaron el reinado de la casa de Austria en España, en sus posesiones de Italia como en la metrópoli, despoblaron y arruinaron el país á fuerza de levass y exacciones. A estos males, comunes á todas las provincias de la vastísima monarquía española, vinieron á agregarse en las italianas espantosos terremotos que destruyeron poblaciones enteras, epidemias tenaces que esparcieron el luto por dó quiera y la propaganda de innovadores sectarios que exigió crueles rigores.

Apesar de atravesar unos tiempos tan difíciles, los vireyes españoles continuaron regularizando la administracion de justicia, fomentando las mejoras materiales, aunque no siempre anduvieron acertados en las medidas administrativas.

IV.

Felipe III hubo de luchar contra las tramas del famoso Campañella, que andaba en tratos secretos con los turcos, contra un im-

postor que fingia ser el rey D. Sebastian de Portugal, contra los bandidos de la Calabria que exigian sus contribuciones hasta á las ciudades mas populosas, contra los corsarios berberiscos que infestaban las costas de la Pulla y contra la mal disimulada ambicion del duque de Osuna. Este virey adquirió gran popularidad en Nápoles, como mas tarde Joaquin Murat, por su carácter aventurero, el modo estravagante con que hacian pronta justicia, su magnificencia y hasta sus devaneos.

V.

Ocupando el trono español Felipe IV, su tristemente famoso valido el duque de Olivares dispuso que los recursos en gente y dinero para sostener la guerra de Lombardía, entonces muy embravecida, se sacaran solamente de Nápoles y de Sicilia. A estos sacrificios, ya exorbitantes, se añadieron los que exigió la guerra de Cataluña y de Portugal y para colmo de males una terrible erupcion del Vesubio arrasó los campos, y lluvias continuadas y copiosísimas vinieron á destruir las cosechas y á anegar las llanuras. En esta tristisima situacion, para dar cumplimiento á las locas exigencias del gobierno de la metrópoli hubo necesidad de aumentar los impuestos y crear otros nuevos, tanto mas odiosos por cuanto gravaban los artículos de primera necesidad de un pueblo reducido á la última miseria. Todas estas causas reunidas produjeron una rebelion, que estalló en Palermo en 1647, y duró muchos meses, obligando al virey de aquella isla á transigir con los amotinados.

Ella atravesó el estrecho y se propagó en el continente. En el verano del mismo año 1647, con motivo del derecho de entrada en Nápoles impuesto á la fruta, amotinóse el pueblo capitaneado por un jóven llamado Masanielo ó Tomaso Aniello, simple pescador.—¡Notable coincidencia! Un siglo antes, en 1547, el primero que se puso al frente de la insurreccion contra el tribunal del Santo Oficio fué un tal Masaniello de Sorrento.—Los sublevados incendiaron varios palacios de los altos empleados y edificios públicos, cometiéndose todo linage de escesos, segun es costumbre en semejantes casos.

Propagóse la insurreccion en las provincias, de manera que Masanielo llegó á tener á sus órdenes un ejército de cien mil insurrectos y egerció en Nápoles el poder mas absoluto. A los once dias, sea efecto de la fatiga y de sus multiplicadas atenciones, ó del desvanecimiento por su inesperada elevacion, ó por efecto de alguna pócima—pues todas estas suposiciones se han hecho—dió manifiestas señales de locura, y fué asesinado en los claustros de un convento y arrastrado su cadáver por el populacho, que poco antes adoraba en él cual si fuera un semi-dios. El duque de Arcos, virey de Nápoles, refugiado en Castelnuovo, no supo aprovechar aquellos momentos de reaccion; y el pueblo, al dia siguiente, fué á recoger los restos de su inmolido gefe, cubriéndolo con régias vestiduras y les dió culto como á las reliquias de un santo. La sublevacion, privada del gefe que egercia autoridad en las turbas amotinadas y por haber venido á la capital gran número de bandidos, tomó un carácter feroz. Tratóse de reemplazar á Masanielo con el príncipe de la Massa; pero sus ideas de conciliacion disgustaron al pueblo que lo asesinó miserablemente.

Una armada española, al mando de D. Juan de Austria, llegó al socorro del virey, que continuaba encerrado en Castelnuovo. Cañoneó la ciudad, pero sin fruto; pues el motin, dirigido por un tal Annése, maestro arcabucero, tomó el carácter de una verdadera revolucion política y social.

En lucha encarnizada con la nobleza y resueltos á declararse independientes, llamaron los amotinados al duque de Guisa, que se hallaba accidentalmente en Roma. Llamóle la revolucion para constituir el reino en república y él acudió con el secreto designio de proclamarse rey en calidad de descendiente de la casa de Anjou; pero no pudo realizar su atrevido pensamiento á causa de negarle su apoyo el gobierno francés y por el desprestigio que le atrajeron sus desaciertos.

El conde de Oñate, que reemplazó al duque de Arcos, supo aprovecharse del cansancio y del disgusto que necesariamente habia de producir una tan prolongada anarquía, y en combinacion con el príncipe D. Juan de Austria, verificó una salida de Castelnuovo, tan hábil y oportunamente realizada que en veinte y cuatro horas res—

tableció el orden en la ciudad y en pocos días pacificó todo el reino.

Al contrario de lo que debía esperarse, durante el reinado del débil Carlos II, no se turbó la tranquilidad en el continente napolitano. No fué tan afortunada la isla de Sicilia pues que las antiguas rivalidades de Messina y Palermo se tradujeron en sangrienta lucha. En Messina mismo combatíanse dos bandos, y habiendo triunfado el que siempre se mostró enemigo de la dominacion española, declaróse la ciudad en abierta rebelion y llamó en su auxilio al rey de Francia Luis XIV. No habiéndose propagado la insurreccion en otros puntos, fuéles dable á los vireyes de Sicilia y de Nápoles acudir con fuerzas para sitiár la ciudad por mar, mientras una escuadra española combatía contra la francesa fondeada en aquel puerto. Muchos meses duró la lucha, y mas se prolongara á no acudir en socorro de la armada española una escuadra holandesa, que desbarató las fuerzas navales francesas. A consecuencia de este combate, que costó la vida al almirante holandés, rindióse Messina á discrecion el año 1678.

Los años de paz que trascurrieron hasta la muerte del desdichado Carlos II, aprovecharon los vireyes de Nápoles y de Sicilia en borrar las huellas de los pasados disturbios, y en fomentar la industria, la navegacion y el comercio.

VI.

Al subir al sólio español el rey Felipe V, nieto de Luis XIV de Francia, juráronle con disgusto en Nápoles y Sicilia á causa de las pocas simpatías que siempre tuvieron allí los franceses. El emperador de Austria, desairado en sus pretensiones al trono de España, quiso aprovechar esta circunstancia para crear embarazos al monarca español, y á este fin eligió á Caraffa y á Sangro, nobles napolitanos que servían en el ejército imperial, para insurreccionar el reino de Nápoles. Nada pudieron conseguir estos emisarios porque los conjurados exigían condiciones inaceptables; y tanto tiempo se perdió en negociaciones que por fin el Virey tuvo noticia de

lo que se tramaba y pudo evitar el golpe. Viendo frustrados sus intentos, reuniéronse los conjurados para acordar lo que mejor convenia á sus planes. Opinaron el mayor número que era prudente esperar ocasion mas oportuna. El príncipe de Macchia, jóven de ilustre cuna, pero de escasos medios, impaciente por mejorar su posición, resolvióse á probar fortuna y dió el grito de rebelion. Escaso de fuerzas para reprimirla, encerróse el Virey en Castelnovo, hasta que viendo que renacian entre los sublevados las antiguas luchas de clase y que se introducía en su campo el desórden y la confusión, publicó un perdon general tan á tiempo que muchos de los sublevados se sometieron y los mas comprometidos se pusieron en salvo.

Quiso el rey Felipe visitar aquel reino, y estuvo allí dos meses mostrándose clemente y generoso. Marchó luego á Lombardia para atajar los progresos del ejército austriaco mandado por el príncipe Eugenio; mas luego hubo de acudir á España donde el archiduque Carlos obtenia grandes ventajas en la corona de Aragon. Entonces fué cuando el príncipe Eugenio envió á Nápoles al general Daun con un numeroso ejército, que auxiliado por los descontentos y revoltosos, pudo en breve tiempo conquistar aquel reino. Así pasó el continente napolitano al dominio de la casa de Austria, conservándose la Sicilia como parte integrante de la corona española hasta la paz de Utrech.

VII.

Al firmarse esta paz, en 1713, que si bien privaba á España de sus estados de Italia, afirmaba la corona de España y de las Indias en las sienes de Felipe V, no convino en ella el archiduque Carlos, sentado en el trono imperial con el nombre de Carlos VI, y continuó la guerra hasta obtener el reino de Nápoles, la isla de Cerdeña, el Milanesado y los presidios de Toscana, que se le cedieron por el convenio de Rastadt.

Cedióse por este mismo convenio la isla de Sicilia á Victor Amadeo de Saboya, que nombró Virey de la isla al conde Maffei. Tres

años hacia que la gobernaba pacíficamente, cuando se presentó de improviso una escuadra española, al mando del almirante Lecde, de origen flamenco, y se apoderó por sorpresa de Palermo, Catánea, Trápani y Siracusa. Acudieron todas las potencias para castigar esta infracción de los tratados, y después de destruir casi por completo la escuadra española, restablecieron el dominio del Piamonte en toda la isla.

Tomando pretexto de este suceso, el emperador formó la liga llamada de la cuádruple alianza para imponer al rey de España un nuevo arreglo hecho en Lóndres, mas ventajoso para el iniciador que los anteriores. Por este tratado pasaban Sicilia y Nápoles bajo la soberanía del emperador Carlos VI; se dió la Cerdeña á Víctor Amadeo, y al infante Carlos de Borbon, hijo segundo del rey de España, la sucesión inmediata de los estados de Parma y Plasencia, de los que tomó posesión al poco tiempo.

En 1733, con motivo de la guerra para la sucesión al trono de Polonia, la Francia envió un ejército á conquistar el Milanesado, y Felipe V de España otro á proteger los estados de su hijo D. Carlos. El duque de Montemar general de las tropas españolas llevaba órdenes secretas de conquistar el reino de Nápoles para el infante D. Carlos. Atacados de improviso los imperiales, fuéles tan adversa la fortuna que hubieron de refugiarse en la plaza de Gaeta rotos y desmoralizados.

Mientras esto acontecía en el reino de Nápoles, donde eran recibidos con entusiasmo sus antiguos dominadores, en Lóndres se arreglaba la sucesión de Polonia, dándose el ducado de Lorena al vencido pretendiente al trono polaco, al duque de Lorena los estados de Parma y Plasencia, y al infante D. Carlos de Borbon la corona de Sicilia. Mas este, cuidándose muy poco de lo que se trataba en Lóndres continuó su conquista del reino de Nápoles hasta dejarla terminada con la célebre batalla de Bitonto, gloriosamente ganada por el ilustre duque de Montemar. Terminada esta conquista, pasó el ejército vencedor á Sicilia, donde fué acogido como libertador y recibido con el mismo entusiasmo que en el continente napolitano.

Preparábase el rey D. Carlos á corresponder á las esperanzas de

sus nuevos súbditos restableciendo la tranquilidad y la prosperidad en aquellos reinos, cuando estalló la guerra por la sucesion al trono imperial declarándose Francia, España, Prusia y Baviera contra la célebre María Teresa, al paso que Austria, Inglaterra, Holanda, Rusia y Saboya se coaligaron para protegerla. Rotas las hostilidades, presentóse en la bahía de Nápoles una escuadra inglesa mandada por el almirante Martins é intimó al rey Cárlos que destruiria la ciudad sino prometia solemnemente guardar una absoluta neutralidad en la lucha empeñada. Irritóse sobre manera el esforzado príncipe, mas aun que por la insolencia del inglés por la imposibilidad en que se encontraba de castigarla. Careciendo de buques, y siendo débiles y mal artilladas las fortificaciones del puerto hubo de suscribir, con harto dolor de su corazon, á tan soberbia exigencia por librar á la capital del reino de una destruccion inmerecida. Los alemanes, lejos de respetar esa neutralidad, creyendo que habia llegado el momento de reconquistar el reino de Nápoles, le acometieron con grande ímpetu. El rey Cárlos despues de dirigir un enérgico manifiesto á la Europa, diciendo que tomaba las armas para defender sus estados y rechazar la fuerza con la fuerza, marchó con 39,000 hombres contra el ejército invasor que constaba de 35,000. Confiado en la superioridad numérica de sus tropas y en las simpatías del país, estando descuidado en Veletri, dejóse sorprender de noche por el enemigo que le puso en completa derrota y se apoderó de grandes provisiones de todas clases. El rey, que hubo de apelar á la fuga para salvarse, reunió y reorganizó con brevedad suma sus dispersas tropas, cayó de improviso sobre los descuidados tudescos diezmándolos y arrojándolos de Veletri, con lo cual aseguró definitivamente sobre su cabeza la corona de las dos Sicilias.

VIII.

Restablecida la paz dedicóse el rey D. Cárlos, si cabe con mas ahinco que antes, á la reforma y mejoramiento de sus estados, para lo cual tuvo un eficaz é inteligente ausiliar en su primer ministro el

florentino Bernardo Tanucci. Las reformas que introdujo en todos los ramos de la administracion pública fueron tan considerables como inteligentes y acertadas: acabó con los restos del feudalismo, recopiló y ordenó las leyes de distintas épocas, acomodándolas á las necesidades de los tiempos presentes, disminuyó el número de los conventos, redujo el derecho de inmunidad, hizo estensivos los impuestos á los bienes eclesiásticos, ajustó un ventajoso concordato con Roma y tratados de comercio con Dinamarca, Holanda, Suecia y las regencias berberiscas; y para dar mas impulso al comercio hasta permitió la entrada á los judíos, providencia que hubo de revocar por lo mal recibida que fué del pueblo. Todo lo grande, monumental y hermoso que se ve aun hoy en Nápoles y sus alrededores, así el muelle como el famoso teatro de S. Carlos, las atarazanas como el soberbio acueducto de Maddalone, así el hospital general como los renombrados palacios de Capodimonti, de Pórtici y de Caserta, todo se debe á la incansable iniciativa y al talento administrativo de ese gran monarca que llevó á cabo obras tan colosales sin imponer nuevos gravámenes al pueblo.

Tambien alcanzaron á la isla de Sicilia parte de estas ventajas, mas ni fueron tan radicales las reformas ni tan eficaces las órdenes del soberano ya por la índole particular de los turbulentos é indomables habitantes de aquella provincia, ya por tenerse que confiar el cumplimiento de las órdenes superiores á delegados que no siempre despliegan el debido celo cuando saben que los ojos del soberano no alcanzan á sindicar sus actos.

Días de guerras, de trabajos, de reformas, de engrandecimiento, de abundancia y de paz, formaron,—dice el historiador que nos sirve de guia en este resúmen,—los 25 años del reinado en Nápoles de D. Carlos de Borbon, y aun esperaban sus súbditos muchos mas de prosperidad y de reposo, cuando la muerte, sin sucesion, de su hermano el rey de España D. Fernando VI, lo llamó á ocupar el trono de ambos mundos.

El hijo mayor del rey D. Carlos, enfermo de cuerpo y de espíritu, fué declarado incapaz de ocupar el trono que dejaba vacante su padre. El hijo segundo tampoco podia ocuparlo por ser de derecho príncipe de Asturias y heredero del trono español: recayó pues la

herencia en su hijo tercero D. Fernando, de edad entonces de ocho años. A este se confirió pues la corona de Nápoles y de Sicilia el día 6 de octubre de 1759, é inmediatamente fué jurado como rey con el título de Fernando IV. Nombrósele un consejo de regencia, compuesto de personas principales, pero todas subordinadas á la voluntad del caballero Tanucci, el laborioso y sesudo ministro de su ausente padre.

IX.

La educacion del nuevo rey fué sumamente descuidada pues que el príncipe de S. Nicandro le dejó seguir sus naturales inclinaciones, poco en armonia con el papel que habia de representar en la sociedad y los elevados deberes que le imponia su nacimiento. Robusto, ágil y de agudo ingenio, preferia los ejercicios corporales y el trato de la plebe al estudio y al roce con los hombres doctos.

Mientras tanto Tanucci, que era entonces el verdadero soberano, continuó la marcha reformadora del anterior reinado, para lo cual mantuvo frecuente correspondencia con el que era entonces Carlos III de España, y que sin olvidar los deberes de su nuevo cargo, tenia tiempo aun para ocuparse en los asuntos de la que fué antes su patria y era entonces la de su hijo.

Muchas, importantes y generalmente acertadas fueron las reformas de Tanucci en todos los ramos de la administracion, bien que algunas adolecieron de su excesiva aficion á las ideas enciclopedistas, pero en sus medidas económicas fué verdaderamente desgraciado por participar de los errores bastante generales en aquella época de la intervencion del Estado en los negocios de contratacion particular.

El día 12 de enero de 1767, Fernando IV fué declarado mayor de edad. Al tomar las riendas del Estado, para lo cual le hacian poco apto sus gustos y su escasísima instruccion, encontróse en lucha abierta con el Papa, ya á causa de las reformas de Tanucci, ya por la espulsion de los jesuitas que fué uno de sus primeros actos como rey, ya por la cuestion de la famosa *acanea* y consiguiente

tributo al Papa, en señal de vasallaje, que se negó á pagar en lo sucesivo.

La casa de Austria, que no apartaba los ojos del reino de Nápoles, supo atraerse la voluntad del rey Fernando, de manera que cuando resolvió tomar estado eligió para esposa á la infanta doña María Josefa, hermana del Emperador; y habiendo muerto esta en vísperas de celebrarse la boda reemplazola su hermana María Carolina. El fin político de este matrimonio, visible ya desde luego, se comprende aun mas al recordar que en las capitulaciones matrimoniales se estipuló que la Reina asistiría á los consejos de Estado.

María Carolina era hermosa, altanera é instruida, y siendo además austriaca y adiestrada para el papel que iba á representar, no es extraño que muy pronto se hiciera sentir su influencia en la política internacional. Desde luego manifestó sus antipatías á Tanucci, quien se vió obligado al fin á retirarse á la vida privada, muriendo pobre y sin enemigos, circunstancias que son su mayor elogio despues de haber ocupado tantos años el poder y habiéndolo ejercido de una manera absoluta durante un largo período.

En 1777 la Reina dió á luz un príncipe; y creyendo que la ocasión era oportuna para enseñorearse del poder, exigió luego de restablecida la asistencia á los consejos y consultas de Estado. Libre la Reina de la oposición de Tanucci, que era el único que podia poner algun obstáculo á sus miras, el rey Fernando cada dia mas alejado de los negocios públicos, la política de Nápoles se pautaba ya sin reparo alguno en las instrucciones recibidas de Viena. Lo primero que se hizo fué romper los vínculos que unian el reino de las Dos Sicilias con España y estrecharlos con Inglaterra. Púsose la corte con grande ostentacion apesar de los apuros de la hacienda y de tenerse que proveer á la organizacion y aumento del ejército y la marina.

X.

Presentáanse graves acontecimientos y las naciones se aprestaban para resistir á la tempestad que amagaba. Reconociéndose pues que le faltaban al reino de las Dos Sicilias tropas y naves de guerra,

pensóse para lo primero en reclamar el auxilio de un general austriaco, y para lo segundo en nombrar almirante al caballero inglés Juan Acton, que se hallaba al servicio de Toscana. Precedido por una gran fama de entendido y valeroso, cuando en 1779 se presentó en la corte de Nápoles fué acogido con gran favor por los monarcas y la aristocracia.

Audaz y dotado de ciertas cualidades exteriores que fascinan, el célebre aventurero, ya ministro de marina, trató de alejar de la corte al príncipe de Caramánico, que compartía con él el favor de la corte. Libre ya del único estorbo que enfrenaba su ambición, y seguro del favor de la Reina y de la confianza y respeto del Rey, gobernó sin trabas y dió rienda suelta á sus ambiciosos anhelos. «Mariscal de campo, teniente general, capitán general, todo lo fué el afortunado Acton en pocos días, dice el citado historiador, y se vió condecorado con las primeras grandes cruces de Europa, y hasta por servicios hechos á su patria en el ministerio de Nápoles, obtuvo el nobilísimo título de lord de Inglaterra, creciendo en riquezas, al paso que en honores y en importancia política.»

Ese aventurero supo dar tales apariencias de verdad al mentido engrandecimiento del reino de las Dos Sicilias, que los soberanos de España y de Francia buscaron su alianza; pero gobernado aquel país, y de una manera absoluta por una Reina austriaca y por un favorito inglés, fueron desairados con poquísimo miramiento. Disgustado Carlos III de aquella inesperada repulsa, escribió como padre ofendido á su hijo Fernando IV, reprendiéndole su alejamiento de los negocios públicos y aconsejándole la espulsion del audaz aventurero: todo fué en vano, pues que las naturales inclinaciones y mala educacion de Fernando estaban en oposicion invencible con los buenos deseos de aquel padre amoroso y con los prudentes consejos del consumado político.

En 1783, pareció que la naturaleza entera habia desencadenado sus furores contra el reino de las Dos Sicilias. Los terremotos arruinaron doscientas treinta y tres ciudades y pueblos, ocasionaron sesenta mil víctimas, cambiaron la topografía de provincias enteras; y los huracanes, los aguaceros, las inundaciones vinieron á completar aquel cuadro de desolacion y espanto. El año próximo, cuando el

país empezaba á reponerse de tantos estragos, fueron á visitar á la Reina sus hermanos José II y el Gran Duque Leopoldo. Esta visita despertó en la Reina el deseo de viajar, siquiera por Italia, pero no de incógnito como sus hermanos, sino con grande ostentacion y lujo prodigioso.

El año 1785, embarcáronse los monarcas en un navío verdaderamente regio, escoltado por otros doce buques de guerra, tomaron el rumbo de Liorna, donde fueron á recibirles los príncipes toscanos. De allí pasaron á Pisa y Florencia, á Milan, Turin y Génova, gastando diez y seis millones de reales en los cuatro meses que duró el viaje. ¡Estrañas aberraciones! mientras sus prodigalidades en los países que visitaba le valian el apodo de *rey de oro*, en sus reinos quedaban sin reparar los estragos causados en la Calabria y en Sicilia por los recientes terremotos.

Un incidente de este viaje nos presenta ocasion de apreciar las dotes intelectuales y el carácter del rey Fernando. Estando en la corte del Gran Duque, parece que éste, haciendo gala de sus ideas enciclopedistas, enumeró las reformas introducidas en sus Estados, y preguntó al napolitano ¿cuáles y cuántas habia él introducido en los suyos? Parece que á esta pregunta entre vanidosa y burlona, Fernando contestó: *nninguna*; pero añadiendo, tras un breve silencio en que el Gran Duque gozó de su triunfo: «Gran número de toscanos vienen á mi reino á pedirme empleos; ¿cuántos napolitanos vienen aquí á pedírselos á V. A?..»... Con lo cual dejó corrido y humillado á su cuñado.

La malicia y oportunidad de esta réplica bastarian para probar la agudeza de su ingenio, que es aun proverbial en Nápoles. Con una educacion mas esmerada y propia de quien habia de ocupar un tan elevado destino, cultivándose las indisputables dotes de su inteligencia, tal vez Fernando hubiera sido un digno continuador del inmortal reinado de su prudente é ilustrado padre; pero la fatalidad quiso que éste faltara de su lado antes de estar formados su corazon y su entendimiento, que los encargados de su educacion descuidaran por completo la de su espíritu; y así resultó que con ser el rey Fernando el mejor ginete y el mas diestro é infatigable cazador de sus reinos, con ser el primero en todos los ejercicios del cuerpo,

apenas supiera leer y escribir, le fatigaran las ocupaciones graves y huyera el trato de las personas de distincion. En cambio gozaba de gran favor en la plebe, entre la cual se complacia, tomando parte en sus fiestas, vistiendo su traje, hablando su dialecto, é imitando sus costumbres y maneras hasta el punto que le haya quedado el apodo de *rey lazzarone*.

XI.

Tambien en la corte de Nápoles estuvieron de moda las pretensiones filosóficas y las aficiones literarias que, imitando los gustos de la sociedad francesa, se introdujeron en casi todas las naciones de Europa por las mismas clases elevadas que habian de sufrir sus consecuencias; y tambien en la corte de Nápoles, así como en las demás cortes de Europa, pronuncióse una viva reaccion contra aquellas ideas luego que la revolucion francesa vino á enseñar cuáles eran los amargos é inesperados frutos de aquella agradable semilla.

Previéndose que la guerra se iba haciendo inevitable pusieron en actividad todas las fábricas y arsenales del Estado y se aumentaron considerablemente las tropas de mar y tierra. Al propio tiempo cesaron las reformas, la Reina cerró su corte á los filósofos y fueron perseguidos los libros y los escritores que poco antes eran objeto de inusitadas consideraciones.

Mientras el famoso Acton negociaba una liga italiana contra la república francesa y dilataba la recepcion del embajador de Francia, presentóse en el puerto el almirante Latouche con una escuadra de catorce navíos, exigiendo de una manera poco diplomática satisfaccion por aquel retardo y la promesa de guardar neutralidad. Aun que habia medios para resistir faltó ánimo para hacerlo y se pasó por cuanto quiso el almirante. En cambio no faltó resolucion para establecer un sistema de reaccion fanática contra las reformas de Tanucci y de persecucion feroz contra todas las personas tachadas de sospechosas de liberalismo.

Ganoso el Rey de las Dos Sicilias de romper el humillante tratado

que le impuso el almirante Latouche, coligóse secretamente con Inglaterra, con España y con Cerdeña, y la escuadra napolitana tomaba parte en las operaciones contra Tolon y la isla de Córcega, mientras que un ejército de mas de 40,000 hombres sostenia la guerra en Lombardía.

Los cuantiosos gastos de esta cooperacion en la guerra contra la Francia dejaron exhausto el tesoro público, obligando al gobierno á recurrir á empréstitos llamados patrióticos y por fin á echar mano de los bancos y fondos públicos. A la penuria del Erario vino á unirse la miseria y el terror causados por una espantosa erupcion del Vesubio, que durante tres dias sumergió en la mas profunda oscuridad el territorio comprendido en treinta millas á la redonda ocultando el sol con su espesa y dilatada nube de humo.

Despues de combatir su ejército y su escuadra con gloria en varios encuentros, firmóse la paz en Paris obligándose el rey de las Dos Sicilias á guardar una verdadera neutralidad, disminuir sus fuerzas terrestres y marítimas y á pagar treinta y dos millones de reales como indemnizacion de guerra. Pero la ocupacion de Roma por los franceses, la destitucion y arresto del Sumo Pontífice, la toma de Malta por Bonaparte y la noticia de acercarse á las costas de Sicilia la escuadra que fué veneciana, obligaron al gobierno napolitano á reforzar la guarnicion de la isla, á aumentar la defensa de sus costas y á enviar un cuerpo de observacion al Garellano y á los Abruzzos.

La Francia, codiciosa de apoderarse de aquel reino, apelando para ello á cualquier pretexto, exigió del rey de Nápoles la expulsion de los emigrados romanos, la despedida del embajador de Inglaterra, el destierro del ministro Acton, paso franco para las guarniciones de Pontecorbo y de Benevento, el restablecimiento del antiguo vasallaje al Papa, y entonces á la república romana proclamada sucesora de la autoridad del Pontífice.

Cumplió el rey de Nápoles con parte de estas exigencias, evadió las restantes; y para evitar la triste suerte que se le preparaba, unióse en tratado secreto con Austria, Rusia, Inglaterra y Turquía. A esto llegó al puerto de Nápoles el almirante Nelson, trayendo consigo los buques franceses apresados en el combate de

Aboukir. El recibimiento que se hizo á Nelson casi igualaba al que en los tiempos antiguos se hacia á los grandes triunfadores; así es que el embajador francés pidió esplicaciones sobre este recibimiento que á su juicio rompía el tratado de paz y neutralidad. Dió una respuesta evasiva el rey de Nápoles y mandó reorganizar sus tropas dando el mando de un cuerpo de ellas al general austriaco Mack.

Tambien pidió esplicaciones sobre estos hechos el embajador francés, al que se contestó que tales preparativos no tenian mas objeto que la defensa del reino; pero al poco tiempo se declaró la guerra, el Rey se puso al frente de su ejército y marchó sobre Roma arrojando á los franceses de la ciudad eterna. En cambio otro cuerpo de napolitanos que desembarcaba en Liorna tuvo que reembarcarse perdiendo la brigada que mandaba el general Naselli.

Noticioso el rey de Nápoles de que las tropas francesas mandadas por los generales Championet y Magdonald se dirigian á Roma á marchas dobles huyó disfrazado y apresuradamente, no considerándose seguro hasta encontrarse en su palacio de Caserta.

Restablecida la república romana emprendióse formalmente la conquista del reino de Nápoles. Entró por los Abruzzos el general Duhesme, por los Apeninos el general Monnier, por las Lagunas el general Rey y por Frosinone y Ceparado el general Magdonald. Derrotado el ejército napolitano en todos los encuentros, y habiendo caido en poder de los franceses las principales plazas fuertes, el Rey apeló á la insurreccion del país en masa proclamando la guerra nacional. Sucedióles allí á los franceses lo que mas tarde les habia de suceder en España: dueños tan solo del suelo que pisaban, no podian apartarse un paso de las filas sin sucumbir á los golpes de un enemigo invisible que les privaba de toda comunicacion y socorro. Apurada iba siendo su situacion, cuando la corte de Nápoles le ocurrió en mal hora huir á refugiarse en la isla de Sicilia, lo que verificó al amanecer del 21 de diciembre de 1798. El pueblo de Nápoles asombrado dudaba de lo que estaba viendo; pero por fin hubo de creer en lo que le decian los edictos fijados en las esquinas de que el Rey iba en busca de refuerzos, que volveria pronto, y que durante su ausencia mandaria en calidad de Vicario General el príncipe Pignatelli y en calidad de general del ejército el austriaco

Mack. Una tempestad horrorosa se opuso durante tres dias á la travesía de la escuadra napolitana é inglesa que conducia y escoltaba á la familia Real de Nápoles; y aprovechado este retardo, enviáronse al Rey varios mensajes suplicándole que no abandonara su capital y ofreciéndole toda clase de socorros para que pudiera defenderla contra los franceses; pero todo fué en vano. Salieron del golfo los buques en direccion á su destino, y dispersados en el camino por la tempestad, el navío mandado por el almirante inglés Nelson, que conducia la familia Real, llegó á Palermo en muy mal estado, mientras que anclaba en el mismo puerto sin la menor avería el buque que montaba el almirante napolitano Caracciolo, lo cual no dejó de humillar al inglés.

Apesar del desaliento que produjo esta inconcebible huida, el general Mack se preparó para la defensa y logró de los franceses un armisticio de dos meses; pero hallándose Nápoles sin guarnicion y enardecidas las pasiones, sublevóse el populacho, apoderóse de los castillos, arrojó de la ciudad á Pignatelli, obligó al general Mack á refugiarse en Caserta que estaba en poder del enemigo y nombró jefes que fuesen de su gusto. Los excesos indescriptibles é incalificables cometidos por aquellas desenfrenadas turbas alejaron de la defensa á gran número de personas sensatas y la privaron de poderosos auxiliares; no obstante esto, fué tan tenaz y hasta feroz la resistencia que hicieron los napolitanos defendiendo la ciudad palmo á palmo, que á no haber acudido la traicion en auxilio de los invasores es muy probable que aquellas tropas siempre victoriosas, mandadas por cuatro de sus mejores generales, tuvieran que abandonar su empresa despues de sufrir numerosas é irreparables pérdidas. El dia 22 de enero de 1799 el ejército francés, considerablemente mermado, quedó dueño de la ciudad y estableció la República Partenopéa.

XII.

Apesar de haber sido declarada independiente esta nueva república, llegó á Nápoles un comisario enviado por el gobierno de Pa-

HISTORIA DEL BANDOLERISMO.

ris para tomar posesion de los bienes del Patrimonio Real, de los de los monasterios suprimidos, de las encomiendas de Malta, de las fábricas de porcelana y hasta de las ruinas de Pompeya. Opúsose el general Championet á estas pretensiones; pero el comisario logró su destitucion y así pudo llevar á cabo sus escandalosos despojos.

Mientras los republicanos desde la capital revolvian toda la legislacion y constitucion político-social del reino y tomaban providencias á cual mas absurda, crecia la miseria y el malestar en todo el país, y el bandolerismo infestaba todas las comarcas, llegando en sus atrevidas correrías hasta las mismas puertas de Nápoles. Los refugiados en Sicilia creyeron que era ocasion de aprovechar estas circunstancias, y enviaron á la Calabria al famoso cardenal Ruffo, hombre de escasa instruccion y bastante limitado talento, pero audaz, fanático y ambicioso. Su calidad de príncipe de la Iglesia y el prestigio que gozaba en el país su ilustre familia, y quizás tambien sus mismos defectos personales le atrajeron desde luego gran número de partidarios y formó con ellos *el ejército de la fé*. Ausiliado por las escuadras inglesa y napolitana, dirigidas por Nelson, que hacian frecuentes desembarcos en distintos puntos de la costa, el cardenal Ruffo, ya convertido en general, obligó á los franceses á tomar la retirada abandonándole todo el país.

La reaccion contra la república se hacia cada dia mas general, llegando hasta insurreccionarse las islas de Ischia y Prócida que se hallan en el mismo golfo de Nápoles; y el desconcierto iba en aumento entre los republicanos que no recibian los socorros prometidos por la Francia, y apenas podian contener á los descontentos lazaroni por momentos mas audazmente realistas. Avanzaba entre tanto el general Purpurado, llevando á sus órdenes á numerosas turbas armadas al mando de los famosos guerrilleros Fra Diávolo, Mammoni, Sciarpa y otros de igual nombradía, y tambien algunos batallones y escuadrones rusos, turcos y sicilianos. Púsose cerco á la ciudad, y atacóse la el dia de S. Antonio. Tenaz y encarnizada fué la resistencia; pero los defensores tuvieron que refugiarse en los fuertes y pedir capitulacion. Justamente desconfiados, exigieron que asistiesen á la capitulacion, además del cardenal, los generales ruso y otomano y el comodóro inglés. Firmose la capitulacion segun la

cual se habian de entregar los fuertes al ejército del Rey, permitiendo á los republicanos que los guarnecian, y los refugiados en ellos salir libres y con toda seguridad para trasladarse á país extranjero; que se publicaria y sostendria una amnistía general para los partidarios inactivos de la república, y que el castillo de S. Telmo, y varios personajes realistas quedarian en rehenes del cumplimiento de lo pactado.

En virtud de este tratado se evacuaron las fortalezas, embarcándose sus guarniciones y buen número de personas comprometidas en algunos buques mercantes preparados al efecto. Pero antes de hacerse á la vela llegó Nelson con el resto de la escuadra, negóse á reconocer la validez de la capitulacion, exigió la entrega de los capitulados para abandonarlos al furor de sus enemigos políticos. Horror é indignacion causa semejante villanía que empaña la gloria de ese célebre marino, tan enérgico y sereno en el combate como débil y ciegamente apasionado ante los seductores atractivos de lady Hamilton, aventurera de desconocido origen primero, esposa del embajador en Nápoles despues, y que mas tarde alcanzó el inmerecido honor de enlazarse con el famoso almirante á quien deshonorara aconsejándole aquella ruptura de capitulacion que repugnara al hombre mas reñido con las leyes del honor.

Conservábase aun como rehenes en poder de los republicanos el castillo de S. Telmo; pero entrególo pérfidamente su gobernador y la guarnicion y los en él refugiados fueron víctimas del furor de las desenfrenadas turbas. Una vez terminada aquella orgía sangrienta, que presenciaron impasibles los representantes de las principales naciones europeas signatarios del infringido tratado, y con el auxilio del almirante de la humanitaria Inglaterra, Nelson fué á Sicilia en busca del Rey y lo trajo á la bahía de Nápoles. Sin desembarcar, dictó varias providencias regularizando la persecucion, nombró autoridades, y despues de confiar el mando supremo al cardenal Ruffo tomó la vuelta de Palermo, donde se le hizo un triunfal recibimiento.

Para dar ocupacion á los turbulentos y peligrosos *soldados de la fé* acordose una expedicion contra Roma, que tuvo por resultado el obligar á los franceses á que la evacuaran. Aquellas indisciplinadas

y fanatizadas tropas reprodujeron en Roma los mismos excesos que cometieron en Nápoles, y en vez de levantar la bandera pontificia enarbolaron la napolitana.

La caída del Directorio y la batalla de Marengo restablecieron el poder de la Francia y trajeron el armisticio del 15 de junio de 1800. El rey de Nápoles reforzó la guarnición de Roma y por su actitud amenazadora quedó excluido de la paz de Luneville; mas luego entró en la de Amiens.

La reina de Nápoles, que se había trasladado á Viena, regresó á la capital de sus Estados donde fueron á reunírsele su esposo Fernando, los demás individuos de la familia Real y el famoso Acton, que se conservaba en la plenitud del favor. Continuó la desacertada política de las persecuciones, creció la miseria y vinieron las erupciones y los terremotos á aumentar las desventuras de aquel desgraciado país.

Napoleon Bonaparte se había declarado Emperador de los franceses y rey de Italia; y aun que la Europa vivía en paz, todas las naciones preveían la guerra y se preparaban para ella: Austria, Rusia, Suecia y Prusia se coaligaban, y el reino de las Dos Sicilias negociaba para entrar en la liga. Inclínada siempre la corte de Nápoles en favor de los ingleses por la omnipotencia que en ella ejercía Acton, celebró con ruidosas fiestas la victoria alcanzada por los buques de la Gran Bretaña en el combate de Trafalgar. Napoleon que no ignoraba los tratos secretos de la Reina y su favorito con sus enemigos, aprovechó esta ocasión para mandar á Saint-Cyr que invadiera el reino de las Dos Sicilias antes de que pudiera ser auxiliado por los rusos y los ingleses. Asustada la corte con esta nueva, negoció el tratado de 21 de setiembre de 1805 comprometiéndose á permanecer neutral, pero apenas había transcurrido un mes que se aliaba con el Austria, la Rusia y la Inglaterra contra la Francia.

En virtud de este último tratado desembarcaron en Nápoles 19000 hombres de tropas rusas, montenegrinas é inglesas, que con 12000 soldados napolitanos marcharon á las órdenes del general Lacy al encuentro de Massena pero luego tuvieron que replegarse sobre la capital ante las tropas vencedoras del Emperador.

Después de firmada la paz de Presburgo, Napoleon decretó la

ruina del trono de Nápoles, y envió para conquistarlo á los generales Massena y Saint-Cyr á las inmediatas órdenes del príncipe imperial José Bonaparte. Los generales rusos é ingleses resolvieron reembarcar sus tropas y dejar al reino de Nápoles abandonado á sus propios recursos. Grande fué la consternacion que esta noticia produjo en la corte; y escepto la Reina y su favorito que opinaron por reproducir la guerra nacional los demás estaban impacientes por refugiarse de nuevo en Sicilia. No habiendo dado resultados las tentativas que se hicieron para levantar gente en los Abruzzos y la Calabria, partió el Rey para Sicilia dejando de Vicario al príncipe heredero. Bonaparte publicó un manifiesto diciendo que iba contra la familia Real y no contra el pueblo. La Reina viendo que no habia medio de detener al enemigo que se iba acercando á la capital, embarcóse con sus hijos y con Acton en direccion á Palermo. El príncipe Francisco se trasladó á la Calabria para probar el último esfuerzo; y la ciudad de Nápoles con guarnicion escasa amenazada á todas horas de saqueo por los lazzaroni, envió una comision á los invasores pidiéndoles primeramente un armisticio, y ofreciéndoles despues la entrega de la ciudad si respetaban la religion, la propiedad y la libertad individual de sus habitantes. Con estas condiciones tomaron posesion de la capital el 14 de febrero de 1806.

XIII.

Sentado en el trono de Nápoles en calidad de lugarteniente de su hermano el Emperador, José Bonaparte empleó los primeros meses de su mando en tomar las plazas que aun se mantenian fieles al Rey destronado y pacificar el país. Formó un ministerio compuesto de cuatro napolitanos distinguidos, un francés y un corso para que le ayudara á llevar á cabo las muchas y provechosas reformas que introdujo en el país: bien que copió demasiado servilmente la organizacion administrativa, las leyes y las prácticas francesas.

Pacificado casi por completo el reino, pero con la pérdida de la isla de Cápri tomada por los ingleses, el emperador Napoleon, por decreto fechado en Paris el 30 de marzo de 1806 confirió á su her-

mano el título de rey de Nápoles. Pero á los dos años escasos de este nombramiento, el omnipotente Emperador, que consideraba las monarquías como simples prefecturas, trasladó con ascenso á su hermano José al trono de España. El día 2 de Julio de 1808 se publicó un edicto por el cual José Bonaparte participaba su ascenso á los napolitanos y les regalaba un código político que tomó el nombre de *Constitucion de Bayona*.

El 15 del propio mes y año un decreto del Emperador conferia á su cuñado Joaquin Murat el empleo que habia dejado vacante en Nápoles su hermano José. Su renombre de valiente, sus prodigalidades, su ruda franqueza de soldado, su porte marcial, lo pomposo y teatral de su atavío, le grangearon gran popularidad entre sus nuevos súbditos. Mientras se ocupaba en el cumplimiento de las reformas ya hechas y en el planteamiento de otras nuevas, recibió orden del Emperador para que diera cumplimiento á uno de sus decretos aboliendo el dominio temporal del Papa. En su consecuencia envió seis mil hombres á Roma para verificar aquel despojo, contra el cual protestó el Pontífice encerrándose en San Angelo y excomulgando á los invasores.

Desde el principio de su reinado habia reconquistado Murat la isla de Cápri ocupada por los ingleses, y despues resistió con buen éxito á una invasion anglo-sícula, que si bien hizo algunos desembarcos dejando en el continente numerosas partidas de bandidos y guerrilleros, volvió á Sicilia en son de fuga.

Murat fué á Paris para asistir á las bodas del Emperador con la archiduquesa María Luisa, y de allí volvió con proyecto de conquistar á Sicilia; y tenia ya adelantados los aprestos cuando un navío inglés que apareció en el golfo bastó para dispersar y destruir la escuadrilla napolitana. Irritado mas que descorazonado Murat, marchó á establecer un campamento numeroso cerca del Faro reuniendo tambien allí buen número de lanchas cañoneras y buques de transporte. Tres meses duraron estos preparativos que no habian de dar resultado alguno, pues que desengañado el rey Joaquin determinó volverse á Nápoles para ocuparse seriamente en la persecucion de los bandidos que infestaban y dominaban la Calabria. Encargó esta comision al general francés Manhés, que la desempeñó con una ferocidad inhumana.

Aun que Murat tomó parte en la campaña de Rusia, hízose esta guerra muy á disgusto suyo: y por esto y porque iba tomando por lo serio el papel de monarca independiente, hubo de disgustarse y disgustar al dispensador de tronos, quien exigia la sumision mas absoluta, y fué reemplazado en el mando por el príncipe Beauharnais, y partió visiblemente disgustado á sus estados.

La suerte de la Sicilia, bien que á cubierto de las calamidades de la guerra, era si cabe mas triste que la del continente. La corte y los cortesanos que con ella fueron de Nápoles consideraban aquella isla como país conquistado, y para nada se contaba con los fueros, las leyes y las personas de valía de aquel Estado. A tal punto llegaron las cosas, que el gobierno inglés mandó á Lord Bentink, jefe de las tropas inglesas, que tomara tambien el mando de las fuerzas sicilianas. Hízolo así el general británico: modificó el ministerio, exigiendo la caida de Médicis, sucesor de Acton en importancia y favor secreto. Viendo los monarcas menospreciada hasta tal punto su autoridad y no encontrandose con fuerzas para sacudir el yugo de sus aliados, el Rey abandonó las riendas del Estado al príncipe heredero Francisco que gobernaba con el título de Vicario, y la Reina despues de haberse alejado de la córte, partió definitivamente para Viena, donde murió en 1814. Tambien por influencia de Inglaterra el Rey dió una Constitucion parecida á la de la Gran Bretaña, pero si bien fué jurada solemnemente por el Vicario General nunca fué puesta en práctica.

Disgustado Murat, como hemos dicho, de la manera despótica y hasta despreciativa con que le trataba su cuñado el Emperador, y poco dispuesto ya á seguir los vaivenes de su fortuna, mayormente desde que veia que se iba eclipsando la estrella del hasta entonces venturoso conquistador, entró en tratos con Austria y Rusia contra el hombre á quien todo lo debia. Un momento sonrió la fortuna al Emperador en Sajonia, y Murat volvió á prestarle su apoyo; pero al saber el descalabro de Leipsik, pacta con Inglaterra y Austria para ayudarlas en la destruccion del imperio á condicion de que le conserven en el trono de Nápoles y ensanchen sus estados con territorio tomado á los de la Iglesia. No obstante esto, durante los Cien días, pónese al frente de un numeroso cuerpo de tropas napolita-

nas y marcha hácia Toscana, escitando á los pueblos á levantarse á favor de Napoleon; nadie hizo caso de sus escitaciones y fué derrotado en todos los encuentros que tuvo con los alemanes y con los ingleses.

El olvido del mal gobierno de los Borbones, los trabajos secretos y la propaganda de los carbonarios y el descrédito en que le hundieran las recientes derrotas, cambiaron completamente la opinion pública respecto al rey Joaquin. Conociéndolo este, retiróse á Capua, donde capituló la vuelta de los Borbones y se fué á buscar un asilo en Francia á la sombra de su vacilante imperio.

El historiador que nos sirve de guía dice: «El que podemos llamar gobierno francés de Nápoles acabó el año de 1815, al desaparecer el rey creado por Napoleon; pero quedó la civilizacion y los adelantos que aquellos diez años introdujeron con gran beneficio del país. El código civil que en 1805 se componia de cien volúmenes indigestos y contradictorios, era en 1815 el Código Napoleon, modelo de sabiduría; la hacienda pública, antes tan embrollada y mal segura, estaba bien administrada y dirigida: el sistema tributario uniforme y expedito, igualaba á los contribuyentes, designaba la materia imponible y aseguraba la recaudacion sin vejámenes ni privilegios: la division del territorio daba espedicion al gobierno, y facilidad de reconocer el verdadero estado de la riqueza nacional, y las necesidades del país; la disciplina militar quedaba establecida, asentado el crédito, mejores máximas de gobierno establecidas, mas práctica de obediencia, mas respeto á las leyes, menos distancia entre las diferentes clases del estado, mejor educacion pública, destruidos completamente los bandoleros, disminuidos notablemente los lazarones.

XIV.

Las tropas austriacas ocuparon á Nápoles á fin de evitar los órdenes que trajera indudablemente el interregno hasta la llegada de Fernando, que se hallaba en Sicilia. Precedieron á ésta varias proclamas con las promesas de costumbre, y que segun cos-

tumbre olvidólas pronto el que las hizo. El Rey llegó el día 4 de junio de 1815 á la bahia de Baya: el día 6 pasó á Pórtici y el 9 hizo su solemne entrada en la capital. Quedaban aun algunas fortalezas en el reino de Nápoles en poder de los franceses, que las conservaban á nombre de Murat; pero rindiéronse todas ellas á la noticia del desastre de Waterlloo.

Murat, malavenido con la pérdida del trono de Nápoles, consultando mas su loca ambicion y valor desmedido que los consejos de la prudencia mas vulgar, partió de Córcega con algunos aventureros y desembarcó en Pizzo de Calabria para reconquistar un reino con 28 hombres. Apenas tomó tierra y fué reconocido, en vez de despertar simpatías y encontrar entusiastas partidarios, no halló mas que persecucion y ódio. Al ver este triste recibimiento trató de reembarcarse, pero el capitán del buque que le habia traído se hizo á la vela y le dejó abandonado á su suerte. Preso y maltratado por el populacho, pusieron fin á sus sufrimientos pasándole por las armas en el patio del castillo de Pizzo.

El congreso de Viena reconoció á Fernando como rey de las Dos Sicilias, y como tal se intituló Fernando I en vez de Fernando IV. Sea por inclinacion propia, por consejo de los que le rodeaban ó por exigencias diplomáticas, dejó en desuso y condenó al olvido la Constitucion de Sicilia pautada sobre la de Inglaterra. Del régimen anterior solo conservó el Código francés y el sistema administrativo, aun que alterados por el restablecimiento de antiguos abusos.

Mal acuerdo fué este, pues que el ensayo de un gobierno liberal habia echado raices, creado intereses y alentado esperanzas que no podian tolerar aquel despotismo, aquellas arbitrariedades en malhora restauradas, aunque antes con mas resignacion sufridas. A la sombra del descontento producido por la reaccion robusteciase y propagábase la secta de los carbonarios, protegida antes por la difunta reina que quiso hacer de aquella sociedad secreta un instrumento contra el gobierno de Murat.

Hacinados ya suficientes elementos revolucionarios al llegar allí la noticia de haber estallado en España la insurreccion militar capitaneada por Riego, un cuerpo de tropas napolitanas acantonado en Nola quiso imitar el ejemplo de las tropas sublevadas en las Cabezas

de San Juan pidiendo la Constitucion. Hizose general el movimiento y dominó luego en la capital. Accedió el Rey á dar la Constitucion de Sicilia para evitar mayores trastornos; pero ya los sublevados no se contentaban con ella y exigian la proclamada en España, que era la del año doce. Hubo de ceder el Rey mal de su grado; y lo chocante fué que era tan poco conocida en Nápoles la Constitucion que les tenia tan entusiasmados, que no hallándose un solo ejemplar en todo el reino tuvieron que pedirlo á la legacion de España para el ácto del juramento.

Esta forzosa condescendencia del monarca que, calmó por de pronto los ánimos en el continente, causó graves trastornos en Sicilia, pues allí el pueblo se dividia en dos bandos pidiendo el uno la constitucion hecha en aquella isla y reclamando los otros la constitucion española; pero en lo que estuvieron ambos de acuerdo fué en proclamar la independendencia de la isla expulsando de ella al lugarteniente. Las córtés reunidas en Nápoles, aun que liberales, tomaron muy á mal esos alardes de independendencia y propusieron terribles medidas que por fortuna no llegaron á realizarse.

Entretanto reuníanse en Troppan los soberanos de la Santa Alianza, y escribian al rey Fernando intimándole á que fuese á Laybach para ponerse de acuerdo con ellos sobre la manera de satisfacer las exigencias de la opinion pública sin menoscabo de la dignidad real y de los tratados existentes. Grande alboroto produjo en la capital la comunicacion de esta noticia á las córtés; pero calmados los ánimos por las seguridades que dió el Rey, consintióse en que partiera para acudir al congreso.

Fernando en sus primeras comunicaciones ni una sola palabra hablaba del objeto político de su viaje, y cuando ya la ansiedad pública iba convirtiéndose en marcado descontento, el príncipe Francisco, que habia sido nombrado regente del reino, recibió una carta de su padre en la cual le decia que los soberanos reunidos en Laybach no querian reónocer el sistema constitucional del reino de las Dos Sicilias, y que si no se adoptaba otro mas conforme con el tratado de Viena acudirian á una intervencion armada. Esta carta coincidió con la noticia de que un ejército austriaco iba marchando hácia la frontera napolitana, lo cual puso el colmo á la alarma y la exal-

tacion producidas por la misiva del Rey. Los discursos pronunciados en el parlamento con este motivo fueron de una violencia inaudita; y despues de proponerse muchos acuerdos irrealizables, adoptóse la proposicion del diputado Pocrío que aconsejaba declarar la guerra al Austria y á la Santa Alianza y considerar al Rey como prisionero de los extranjeros.

Improvisáronse dos cuerpos de ejército, uno al mando del general Carrascosa y otro á las órdenes del general Pepe, que debian ser sostenidos por una reserva de milicianos nacionales. El príncipe heredero y su esposa despedian los regimientos poniendo en sus banderas las corbatas tricolores y animándoles á defender la libertad. El entusiasmo era general y nadie dudaba de la victoria.

Entretanto 60,000 austriacos se habian acercado á la frontera. El general Carrascosa, militar prudente, se mantuvo á la defensiva, al paso que el impetuoso Pepe, empujado por los hombres de ideas exaltadas, quiso coronarse de gloria por un acto de osadía atacando al enemigo en sus posiciones de Rieti. Dióse la accion el 6 de julio de 1821, y en pocos momentos los austriacos vencieron y desbarataron completamente á aquella indisciplinada tropa que con su ejemplo enseñó á las reservas la manera de apelar á una vergonzosa fuga. El general Carrascosa, temiendo ser atacado y previendo la poca resistencia que habia de oponer su mal organizado ejército, sobre todo estando desmoralizado por la derrota de las tropas de Pepe, marchó á situarse detrás del Volturno.

Pasaron los enemigos el Garellano y se aproximaron sin dificultad á la capital. Aterrorizados los liberales por la derrota sufrida en el Abruzzo y por la proximidad de un enemigo vencedor, no tuvieron acuerdo para oponer resistencia, y la capital abrió sus puertas á los austriacos, que entraron en ella como amigos. Disolvieron el parlamento, abolieron la constitucion y proclamaron á Fernando I rey absoluto de las Dos Sicilias.

La reaccion trajo su séquito obligado de persecuciones encarnizadas, venganzas, ejecuciones políticas ilegales, anulaciones de leyes convenientes y necesarias, restauracion de abusos y premio de iniquidades.

El Rey, que se habia trasladado á Florencia cuando los austriacos

emprendieron su marcha hácia Nápoles, despues de haber gobernado su reino desde aquella ciudad de Toscana, púsose en camino para la capital de sus estados, donde fué recibido con grandes festejos pero con poco entusiasmo y alegría.

Algun tiempo despues invitósele á tomar parte en un nuevo congreso que debia celebrarse en Verona, en el cual se acordó acabar con los gobiernos representativos del continente europeo. De vuelta del congreso el Rey visitó la capital de Austria, y ya restablecido en Nápoles murió el día 4 de enero de 1825. Contando 76 años de edad y habiendo reinado 65.

Sucedióle en el trono el duque de Calabria con el título de Francisco I. Su carácter conciliador, la práctica en la administracion pública adquirida siendo vicario del reino en vida de su difunto padre, su entusiasmo liberal al marchar las tropas napolitanas contra los austriacos en 1821, y muy particularmente el deseo de que se pusiera fin á una situacion tan triste y violenta infundieron esperanzas á cuantos deseaban una política menos tirante y mas en armonía con los progresos del siglo; pero estas esperanzas no tardaron en quedar desvanecidas, pues si bien mejoró algunos puntos de la administracion, dejó el país abandonado al celo de la policía y aumentaron si cabe las persecuciones.

En 1829 vino á España con su esposa acompañando á su hija doña María Cristina prometida esposa del rey D. Fernando VII. Efectuadas las bodas en Madrid, trasladóse la córte de las Dos Sicilias á Paris con el propósito de pasar allí una buena temporada, pero habiendo enfermado el rey, tomaron la vuelta de Nápoles, y el 7 de noviembre de 1830 exhaló Francisco I el último suspiro, antes de cumplir los seis años de su reinado.

XV.

A la muerte de Francisco I, fué proclamado rey su hijo, con el título de Fernando II. Los primeros actos de su reinado fueron verdaderamente restauradores, paternales, y marcados con el sello de una política elevada é inteligente: publicó una amnistía haciendo

esperar que se haria estensiva á los emigrados por causas políticas, cambió el ministerio y buen número de empleados que la opinion pública señalaba como indignos de ocupar sus puestos, introdujo economías y orden en la administracion, aumentó los productos de las rentas estancadas, abolió ciertos privilegios, y la prohibicion de exportar granos, y reorganizó el ejército y la milicia nacional. Apesar de que estas medidas se hicieron estensivas á la isla de Sicilia continuó allí el disgusto, haciéndose cada dia mas profunda la antipatía entre sicilianos y napolitanos y sucediéndose las tentativas para declarar la isla independiente.

Las antipatías del pueblo siciliano y su prevencion contra todo lo que procedia del continente, se pusieron terriblemente de manifiesto en 1836. Sabido es, que á la aparicion del cólera por primera vez en varios estados europeos, el pueblo vivamente impresionado por los estragos de aquella gran calamidad, atribuyólo no á causas naturales sino á la malquerencia de los que él creia ó le hacian creer que eran sus enemigos. Así recordamos que en España se hizo circular la voz de que los frailes envenenaban las fuentes públicas, en Rusia se atribuyó á la malevolencia de los polacos y en Sicilia se dijo que los médicos, seducidos por el gobierno napolitano, envenenaban á los enfermos. Una vez arrojada esta idea entre la multitud, el terror producido por aquella terrible epidemia que en seis semanas causó 26000 víctimas solamente en Palermo, y su inveterada tradicional enemistad con los napolitanos bastaron para producir un grave conflicto. Estalló una sangrienta insurreccion en Palermo, que tuvo eco en Catania, Siracusa y en varios otros puntos de la isla. En todas partes la insurreccion se entregó á culpables excesos y en Catania tomó un carácter político bajo la direccion del marqués de San Juliano.

El gobierno envió 3000 soldados suizos y al ministro de policia del Caretto para ahogar la insurreccion y castigar á los insurrectos! Las tropas no hallaron resistencia, porque á medida que fué cediendo el cólera aplacóse tambien la ira popular; no obstante buen número de jefes de los insurrectos fueron entregados á las comisiones militares y castigados con la última pena. Mas tarde el mismo Rey pasó á Sicilia y, por decreto de 31 de octubre de 1837, suprimió la adminis-

tracion particular y declaró la isla provincia napolitana con todos los efectos legales de esta declaracion.

Inglaterra, que tiene puestos los ojos en la isla de Sicilia, no dejaba pasar ocasion de intervenir mas ó menos directamente en los asuntos de esta provincia napolitana, y con este intento obligó al rey de Nápoles á romper un tratado que para la esploracion del azufre habia hecho con una casa francesa.

En 1843, la política de Nápoles que se habia inclinado casi siempre á los estados absolutos manifestó visibles tendencias hácia las monarquías constitucionales; y dos princesas de la familia real de Nápoles casaron una con el emperador del Brasil y otra con el duque de Aumale. Pero como en la política interior no se realizó cambio alguno continuaba la fermentacion de los ánimos así en los estados de tierra firme como en la isla de Sicilia, dando ocasion á desgraciadas tentativas.

En marzo de 1844 fracasó una tentativa de insurreccion hecha en Cosenza por los afiliados á la *Joven Italia*, y tambien tuvo un triste desenlace el desembarco operado en las costas de Calabria por algunos insurrectos á las órdenes del conde Ricciotti y de los hermanos Emilio y Etilio Bandiera, quienes fueron presos y pasados por las armas.

Para ser justos hemos de confesar que si bien el rey de Nápoles no se apresuraba á introducir reformas políticas en su país, en cambio aventajaba á los demás soberanos de Italia en actividad para las mejoras materiales, el desarrollo de la industria y del comercio y prosperidad de la hacienda pública.

XVI.

La agitacion que produjeron en toda la Italia los primeros actos políticos de Pio IX habian de hacerse sentir necesariamente en los Estados napolitanos y con preferencia en Sicilia. El gobierno trató de calmar esa agitacion y prevenir un desbordamiento haciendo concesiones y reduciendo los impuestos, pero esto no bastó para evitar varias tentativas de insurreccion en Palermo, Reggio, Mesina, y mas

seriamente en Calabria y los Abruzzos, que fueron sangrientamente reprimidas. A últimos de 1847, temiendo sin duda el Rey la repetición de pasados disturbios, quiso desarmar la malquerencia del pueblo con algunas medidas que le fueran simpáticas; y á este fin indultó á varios sublevados condenados á muerte, dió nueva organización al ministerio, destituyó al odiado ministro Santángelo y á otros funcionarios públicos, y separó á su confesor, señalado por sus opiniones anti-liberales.

No bastaron estas medidas para calmar la fermentacion que mantenian y aumentaban las noticias llegadas del resto de Italia. En diciembre de 1847 hubo en Nápoles algunos desórdenes que produjeron sangrientos conflictos, nuevas persecuciones y la espulsion de los estudiantes extranjeros. Pero la agitacion iba siempre en aumento, particularmente en Sicilia. Los días 6 y 7 de enero de 1848 hubo en Mesina desórdenes que las autoridades pudieron dominar; pero el día doce del propio mes, estalló en Palermo una revolucion que despues de haber espulsado de la ciudad á las tropas reales dejó la capital de Sicilia en poder del pueblo. Luego que la noticia llegó al continente enviáronse allí numerosas tropas para reprimir el movimiento, y despues al conde de Aquila, hermano menor del rey, para que sirviera de mediador, pero ninguno de estos medios produjo resultado. El 18 de enero publicáronse varios decretos ensanchando las facultades de los consejos de Estado creados en 1824 para Nápoles y Sicilia, prometiéndole modificaciones liberales en la administracion municipal y provincial, y á los sicilianos una organizacion administrativa separada, segun se les habia prometido en 1816. Tambien se prometian una amnistía y mas libertad en la imprenta, promesas que se realizaron con liberalidad, pero sin lograr el objeto que se proponia el Rey.

A pesar de haber sufrido Palermo un horroroso bombardeo, la insurreccion fué ganando terreno en la isla y se desesperó de dominarla por medio de la fuerza. El gobierno provisional constituido en Palermo rechazó las concesiones hechas por el Rey, exigió la convocacion de un parlamento y que se restableciera la Constitucion española de 1812.

En el continente los sucesos marchaban tambien á prisa. El 27

de enero se verificó en Nápoles una manifestacion popular pidiendo una Constitucion; y el Rey en vez de apelar á la fuerza para reprimirla creyó prudente hacer nuevas concesiones. El dia 23 apareció un decreto dando al país un gobierno constitucional con dos cámaras, la libertad de imprenta, la responsabilidad de los ministros, y la organizacion de la milicia nacional. Al mismo tiempo fué destituido el odiado ministro de policía, del Carretto, y constituido un nuevo ministerio presidido por el duque de Serra-Capriola. Todas estas providencias fueron bien acogidas, aunque algunos lazzaroni aprovecharon la ocasion para manifestar sus simpatías al antiguo régimen.

En Sicilia continuó la lucha entre los revolucionarios y las tropas reales, pero ganando siempre terreno la insurreccion. El gobierno provisional de Palermo, presidido por Ruggiero Settimo, declaró espresamente el dia 3 de febrero que la Sicilia no soltaria las armas hasta que el parlamento general, convocado y reunido en Palermo, hubiese acomodado á las circunstancias actuales la constitucion que el país no habia perdido nunca de derecho. El 6 de marzo se hicieron nuevas tentativas de conciliacion; nombrándose teniente general de la isla á Ruggiero Settimo, dándole un ministerio particular y convocándose el parlamento siciliano para reunirse el 25 de marzo en Palermo.

Continuaron las negociaciones sirviendo de mediador la Inglaterra, que no pondria mucho empeño en que se llegara á una avenencia. Los Sicilianos persistieron en exigir una completa separacion administrativa, á la cual no se quiso acceder en Nápoles. Rotas completamente las relaciones, el nuevo parlamento reunido en Palermo, en sesion del 13 de abril de 1848, declaró excluidos del trono de Sicilia á Fernando de Borbon y su dinastía.

El dia 10 de febrero del mismo año proclamóse en Nápoles la constitucion, lo cual dió motivo á una série de fiestas populares que demostraban el entusiasmo por aquel nuevo código político. No obstante esto, las dificultades que los asuntos de Sicilia creaban al gobierno se aumentaron á causa de la actitud tomada por el Austria en Lombardía, que produjo manifiesta fermentacion entre el pueblo de Nápoles. En una de las manifestaciones populares, las turbas se

propasaron á vías de hecho, contra el palacio de la embajada de Austria, por lo cual el embajador pidió sus pasaportes y salió de Nápoles el 28 de marzo.

Habia llegado la época fijada para la reunion del parlamento, y la primera dificultad que surgió sobre la manera de prestar el juramento. Los diputados querian prestarlo condicionalmente, pues estaban resueltos á modificar la constitucion otorgada por la corona. Los debates promovidos con este motivo dieron ocasion á escenas tumultuosas; la guardia nacional se declaró á favor de los diputados; levantáronse barricadas; pero el gobierno que estaba preparado salió vencedor con la ayuda de los regimientos suizos y de los lazzaroni. El 15 de mayo será un dia memorable en los fastos de Nápoles por la sangre derramada en abundancia y los inauditos excesos á que se entregó el populacho. Con motivo de estos tristes acontecimientos, dispersáronse la mayor parte de los diputados, y desmayó el partido liberal conservador al ver que estas tentativas iban á comprometer el ensayo de una constitucion calcada sobre la del Piamonte.

No obstante esto, en 24 del propio mes de mayo, prometió el Rey conservar la constitucion, y convocó un nuevo parlamento, para el 1.º de julio. Los campesinos y la clase media, ó poco aficionados antes ó disgustados ya del gobierno representativo, no acudieron á las urnas, por lo que salió otra vez triunfante de ellas el partido radical. Como la nueva cámara se presentó con las mismas pretensiones de constituyente que la anterior, el monarca se vió obligado á disolverla el dia 5 de setiembre; y el pueblo de Nápoles acogió el real decreto gritando: ¡Viva el Rey! ¡abajo la constitucion!

Hizo el Rey un tercer ensayo en febrero de 1849, pero con tan malos resultados como los anteriores: ni los electores se mostraron mas celosos en acudir á las urnas, ni los diputados quisieron cederle en sus pretensiones. Arrojaron el guante al gobierno oponiéndose al cobro de los impuestos, y el monarca lo recogió disolviendo la cámara en marzo y suspendiendo la constitucion indefinidamente.

En Sicilia se llevaron las tendencias separatistas hasta las últimas consecuencias. El 10 de julio fué proclamado rey de la isla el duque de Génova, hijo menor del rey Carlos-Alberto, que no quiso

aceptar la corona que se le ofrecía. Cuando el rey de Nápoles hubo logrado restablecer su autoridad en el continente y pudo disponer de sus tropas, envió una expedición contra Sicilia, que se apoderó de la plaza fuerte de Messina después de algunos días de encarnizados combates. Caída esta ciudad en poder de las tropas reales, la reconquista de toda la isla hubiera sido poco menos que una marcha triunfal para las tropas napolitanas; pero los almirantes de las flotas francesa é inglesa, so pretexto de la sangre vertida en Messina, se opusieron á que el general Filangieri continuara sus operaciones militares.

Desde la toma de Messina (setiembre de 1848) hasta marzo de 1849, la Francia y la Inglaterra se esforzaron en vano para llegar á un arreglo entre los sicilianos y el gobierno de la metrópoli; pero las autoridades revolucionarias de Palermo rehusaron toda clase de proposiciones, escitaron el odio de los demagogos contra los intermediarios y se prepararon para una lucha desesperada. Rotó el armisticio ó la suspensión forzosa de hostilidades el 31 de marzo, el general Filangieri emprendió de nuevo sus operaciones; y solamente Taormina y Catania le opusieron una séria resistencia. «Un loco valeroso y algunas veces elocuente (dice un historiador de estos sucesos) el héroe aventurero de las insurrecciones de Posen y de Baden, Mierolawski, hizo prodigios con algunos centenares de polacos y de guardias movilizados franceses. La revolucion siciliana presentaba tan poca consistencia, que un general francés que se trasladó á Palermo, seducido sin duda por el apoyo que su gobierno prestaba á los sicilianos, rehusó tomar parte en la guerra. Mierolawski y los guardias movilizados franceses, algunos spahis y zefiros de reemplazo y un corto número de sicilianos componian las fuerzas que el general Filangieri hubo de combatir. Las poblaciones corrieron al encuentro del ejército napolitano para festejar la vuelta de la fuerza pública y de la seguridad. El repique de las campanas y los gritos de viva el Rey acompañaron al general Filangieri hasta Palermo. El general en jefe, á fin de evitar la efusion de sangre, hizo alto frente de la ciudad para dar á las autoridades tiempo de someterse. Palermo se rindió sin combatir. Mientras que los jefes de la insurreccion buscaban su libertad en la fuga, el ge-

neral Filangieri, compadeciéndose de los demócratas franceses que fueron allí para hacer una guerra formal, les saldó las pagas atrasadas, despues de lo cual se embarcaron libremente gritando: « ¡viva Filangieri! (1) »

Sofocada la insurreccion de Sicilia, ni en la isla ni en el continente se pensó ya mas que en volver las cosas al ser y estado en que se encontraban antes de la revolucion.

Al huir el Papa de Roma, despues del asesinato de Rossi, refugióse en Gaeta, trasladando á esta fortaleza napolitana el centro de su gobierno pontificio; y cuando en mayo de 1849 empezó la lucha para la restauracion de su poder en sus Estados, el ejército napolitano tambien dió su contingente, que por cierto no se coronó de gloria al querer interceptar el paso á las fuerzas mandadas por Garibaldi.

XVII.

En enero de 1850, estalló otra vez una insurreccion en Sicilia, que fué prontamente reprimida y sus jefes pasados por las armas, en virtud de las leyes militares que allí regian.

Tambien en Nápoles funcionaban con grande actividad los tribunales contra las sociedades secretas y los comprometidos en los anteriores acontecimientos; y si bien el Rey se propuso y cumplió el conmutar todas las sentencias de muerte, no es menos cierto que los procedimientos fueron tachados de irregulares y que á las personas acusadas se las trató con pocos miramientos y hasta con crueldad. Con este motivo lord Gladstone escribió una carta condenando duramente á nombre de la humanidad las crueldades que habia visto y oido en Nápoles. Los manejos poco cautelosos de Inglaterra para apoderarse de Sicilia y el afan de lord Palmerston en comunicar á sus agentes diplomáticos cerca de todos los gobiernos de Europa la carta de Gladstone, quitó á este documento parte de la reputacion de imparcialidad que le daba la calidad de tory de su autor.

El gobierno de Nápoles protestó contra el proceder de lord Pal-

(1) Anuario de la Revista de Ambos Mundos.—1850.

merston al mezclarse en los asuntos interiores de las Dos Sicilias, con manifiesta infraccion del derecho de gentes, y mandó publicar una refutacion de los hechos aducidos por lord Gladstone. Pero como la prensa liberal de toda Europa se puso de parte del ministro inglés, y la historia de las reacciones del reino de Nápoles estaba muy conforme con los abusos por aquel denunciados, el gobierno napolitano salió mal parado ante la opinion pública en una lucha diplomática que sostuvo con valor.

El año siguiente (1852) el gobierno napolitano se decidió á mostrarse benigno para con los sicilianos proclamando una amnistía en su favor y declarando á Messina puerto franco. No obstante esto, nunca cesaron las señales de descontento, que tomaron cierta direccion muratista despues del restablecimiento del imperio en Francia.

Cuando en 1854 estalló la guerra de Oriente, el rey Fernando se declaró neutral; pero en esta neutralidad se vió desde luego su afinidad de opiniones políticas con el emperador de Rusia y sus mal ocultas simpatías en favor de uno de los beligerantes. Así es que cuando la falta de los cereales procedentes de los puertos rusos del mar Negro y del mar de Azoff encarecia las subsistencias en Francia y en Inglaterra, al paso que dificultaba el aprovisionamiento de sus ejércitos en campaña, el rey de Nápoles prohibió la estraccion de las pastas y harinas de sus reinos. Esta manera de practicar la neutralidad irritó sobremanera á Francia é Inglaterra, quienes tomaron sus represalias.

En medio de las enemistades que suscitara al rey de Nápoles la cuestion de la esportacion de cereales, produjéronse en el país varios incidentes de política interior que no carecian de gravedad, y de ahí tomó pié su gobierno para aconsejarle como de costumbre algunas medidas represivas. El ministro de policia dirigió en marzo de 1855 una circular á los intendentes de provincia (gobernadores civiles) para que vigilasen escrupulosamente á todos los hombres conocidos por sus opiniones liberales y se enterasen hasta de los actos de su vida privada. La circular les autorizaba á violar la correspondencia particular y á remitirla al ministro si hacia referencia ó alusion á cualquiera combinacion política, y finalmente los inten-

dentes debian formar listas de las personas que se distinguieran de las demás en su manera de vestir y de llevar la barba.

A pesar del carácter confidencial y reservado de esta circular tardó pocos dias en ver la luz pública en un diario de Génova, y la prensa europea, tomándola por su cuenta, dirigió al rey de Nápoles los mas rudos ataques.

En agosto de este año el gobierno de Nápoles provocó indirectamente una cuestion con la Inglaterra, de esas que se suscitan tan fácilmente cuando existe tirantez en las relaciones de dos gobiernos. El director de policia amonestó una noche públicamente al duque de Satriano, superintendente de los teatros, porque admitió en su palco á un individuo de la legacion británica. La Inglaterra pidió explicacion de este hecho y exigió la destitucion del director de policia, que pasó á consecuencia de esto á desempeñar otro cargo en el Consejo de Estado.

Casi al mismo tiempo el gobierno napolitano tenia que responder á una reclamacion de la Francia porque el dia 15 de agosto, fiesta del Emperador, el gobernador militar de la plaza no hizo ondear en su morada la bandera nacional como es costumbre entre naciones amigas. Esto parecia una falta de atencion premeditada cuando habia en el puerto de Messina un buque de guerra francés que habia hecho la correspondiente salva, y cuando el vice-cónsul francés habia prevenido de antemano al gobernador. El gobierno napolitano trató de disculpar al funcionario con la falta de reglamento para semejantes casos, pero el gabinete de las Tullerías no se dió por satisfecho y recibió una satisfaccion del ministerio de Nápoles diciendo que reconocida por él la justicia de las quejas de la Francia habia dado instrucciones para que no volviese á repetirse un suceso como el que habia dado lugar á aquellas contestaciones.

Desde la conducta poco satisfactoria del gobierno napolitano en la guerra de Oriente, Francia é Inglaterra no olvidaron nunca á Fernando II. En el congreso de Paris, despues de la discusion sobre la situacion de los Estados italianos, que tanto eco hizo en Europa, los representantes de las diferentes potencias que tomaron parte en aquel congreso acordaron aconsejar al soberano de las Dos Sicilias algunas medidas de clemencia en favor de sus súbditos. Esta

resolucion causó una honda impresion en Nápoles y al principio produjo hasta cierto punto recriminaciones entre el gabinete napolitano y las naciones que, en su concepto, se habian inmiscuido en asuntos domésticos que no eran de la incumbencia del congreso. El gabinete de Fernando II habia definido bien la tendencia de cada representante en la discusion que celebró el congreso acerca de los asuntos de la Península itálica. Habia observado que el Austria, sin negar la necesidad de las medidas de clemencia, insistió respecto al principio de la independenciam de los Estados; habia notado tambien que al mismo tiempo que tomaba la iniciativa de este deseo, el plenipotenciario francés se espresaba en un lenguaje mas moderado que el representante británico y sobre todo que los delegados del Piamonte. El gobierno napolitano se propuso sacar partido de esta diversidad de miras, y creyendo que una vez disuelto el congreso no tendrian igual empeño en que se llevase á efecto su acuerdo tocante á la Italia, llegó hasta á hacerse la ilusion que podria contar con la abstencion del Austria. Apoyado tal vez en esta esperanza, el gobierno napolitano se negó á dar oidos á las primeras proposiciones hechas por Inglaterra y Francia á fin de alcanzar alguna modificacion en el sistema que regia en las Dos Sicilias. El ministerio napolitano se escudaba con el principio de la independenciam de las naciones, diciendo que al soberano tocaba elegir el momento oportuno para hacer reformas si lo creia conveniente. La prensa del gobierno no tuvo reparo en acusar á las dos grandes potencias dando á entender que con esas proposiciones intempestivas alentaba las esperanzas de los revolucionarios, al paso que á los ojos del pueblo debilitaba la fuerza moral del gabinete.

El Austria por su parte aconsejó á Fernando II la necesidad de hacer concesiones; preciso es decir que los consejos de esta potencia influyeron tanto en el ánimo del rey de Nápoles, que al poco tiempo su gobierno empezó á dictar algunas medidas generosas que podian interpretarse como el primer paso dado en la senda por la cual las potencias del congreso de Paris deseaban encaminar la política del gobierno de las Dos-Sicilias.

Sin embargo, las miras atrevidas del conde de Cavour, consecuencia del objeto que se propuso este hombre de Estado eminente

al suscitar en el congreso la cuestion de Italia, y el principio del desenvolvimiento de su política en la península, alarmaron luego al gabinete de Viena. En mayo de 1856 el Austria inició esa larga série de protestas y reclamaciones contra la conducta del Piamonte que prepararon la guerra que estalló pocos años despues.

Puede decirse tambien que en esta fecha empezó una nueva era para la dinastía de Fernando II, puesto que desde entonces el trono que debia dejar vacante á los pocos años, marchó á pasos agigantados hácia su ruina. Esta circunstancia nos obligará á ser algo mas estensos al referir los hechos de este período crítico para la corte de Nápoles. El gobierno de las Dos Sicilias vió con cierta satisfaccion la actitud del Austria respecto á las potencias firmantes del tratado de Paris y se unió á ella en todas cuantas protestas hizo contra el Piamonte quejándose de que el conde de Cavour agitaba por baja mano los diferentes Estados de Italia. Fernando II, aun cuando sabia que se indisponia cada vez mas con la Francia y la Inglaterra, hacia alarde públicamente de su amistad y benevolencia para con el emperador de Rusia, como si no bastára la politica parcial que observó durante la guerra de Crimea. Francia é Inglaterra no desperdiciaban por su parte ninguna ocasion para mortificar al gobierno de Nápoles, ora dándole consejos en forma amistosa por medio de sus representantes, ora pasándole notas que hacian público en Europa el descontento y la sorda agitacion que reinaban en la Italia meridional y particularmente en Sicilia.

El 21 de mayo de 1856 el conde Walewski envió un despacho al gobierno napolitano apoyando el derecho de inmiscuirse en los asuntos interiores de Italia con las razones siguientes. El ministro de negocios extranjeros del emperador Napoleon decia:—«La conservacion del órden en la Península siciliana es una de las condiciones esenciales de la estabilidad de la paz; por consiguiente, todas las potencias europeas están en el deber y tienen interés en hacer todos los esfuerzos posibles para evitar que la agitacion se propague á esta parte de Europa.»

Despues de decir al gobierno de Nápoles que su política represiva no era la mas propia y acertada para calmar aquella agitacion, Mr. Walewski añadia:—«Abrigamos la conviccion de que la situa-

cion actual, así en Nápoles como en Sicilia, constituye un peligro grave para la tranquilidad de Italia, y amenazando este peligro la paz de las naciones no podia menos de llamar la atencion del gobierno del Emperador, imponiéndole el deber de despertar la solitud de la Europa y poner sobre sí á los Estados mas directamente interesados en conjurar eventualidades deplorables.

La respuesta á esta nota se hizo aguardar hasta el 30 de junio, y aunque el contenido es bastante extenso está toda ella resumida en el corto párrafo siguiente:—«Ningun gobierno tiene derecho á inmiscuirse en la administracion interior de otro Estado, y sobre todo en lo relativo á la justicia.»

Es preciso confesar que en el terreno del derecho la posicion del gobierno de las Dos Sicilias era bastante fuerte. El rey Fernando contaba mucho tambien con el sentimiento instintivo de las masas que les hace mirar con antipatia la intervencion extranjera, por mas que esta intervencion se presente con tendencias generosas; pero olvidaba que bajo la influencia de las ideas modernas los pueblos no se conmueven en ciertas ocasiones porque se intervenga en favor de ellos contra los reyes, cuando se interviene con tanta frecuencia por los reyes en perjuicio de los pueblos.

La prensa que pasaba por adicta al gobierno de Nápoles, y que se suponía recibir sus inspiraciones, acusaba á la Francia y la Inglaterra de abuso de la fuerza al dirigirse ambas en un tono que parecia amenazador contra una potencia de tercer orden; y hasta dió á entender, si bien veladamente, que la Gran Bretaña obraba así porque deseaba tener influencia en ciertas islas situadas á la otra parte del Faro, mientras que la Francia podia abrigar la idea de recordar á los napolitanos que existía el heredero de Murat. Los diarios de Francia é Inglaterra respondian á estas maliciosas insinuaciones con palabras mortificantes para la córte de Nápoles.

La tirantez que existía en las relaciones del gabinete de San James y del gobierno de las Dos Sicilias fué objeto de algunas discusiones en el parlamento inglés, y como para hacer ver que ni la Francia ni la Inglaterra obraban con prevencion ni por resentimiento, los ministros de la reina Victoria manifestaron que aquellas diferencias podian terminar amistosamente si otras potencias mas

desembarazadas y ajenas á dichas cuestiones consentian en mediar de una manera oficiosa y aconsejar desinteresadamente al rey Fernando. La alusion no podia ser mas directa, y el Austria no opuso reparo alguno en dar un paso que podia evitar un rompimiento en Italia y quitar al Piamonte una nueva ocasion para llevar adelante sus proyectos. A consecuencia de esta resolucion, el general Martini y Mr. de Hubner fueron el uno á Nápoles y el otro á Paris como embajadores para allanar las dificultades que pudiera ofrecer una inteligencia mas cordial en las relaciones de la córte de Nápoles y la de las Tullerías.

El rey Fernando conocia que el Austria no podia abandonarle por el auxilio que le podia prestar en Italia, y, aunque muy atento con el enviado del emperador de Austria, se mostró poco condescendiente. Díjole que habia concedido espontáneamente la amnistía á determinadas personas, y que en tanto que se encontrase bajo la presion de las potencias occidentales seria muy parco en concesiones, mayormente cuando la ocasion era poca oportuna en razon á que las sociedades secretas no cesaban de agitar el reino con sus maneos y proclamas.

La actitud de las potencias occidentales por un lado, los progresos de los revolucionarios por otro, y el lema alarmante de *Mani agitate e agitatevi* habian colocado al rey Fernando en una posicion muy crítica. Como si le amenazara algun peligro oculto contra el cual era necesario estar prevenido, el gobierno de Nápoles hacia grandes armamentos; reorganizaba el cuerpo de artillería bastante descuidado hasta entonces y completaba los regimientos suizos. Las tropas se situaron en las cercanías de la capital en tal disposicion que el Rey podia reunir en poco tiempo 30,000 hombres sin debilitar las guarniciones de Gaeta y Capua. Al mismo tiempo se armaban en Castellamare seis fragatas de vapor destinadas al parecer á trasportar tropas á Sicilia en donde se decia que hacian grandes progresos las ideas revolucionarias. En el mes de setiembre el rey de Nápoles estaba en disposicion de resistir cualquiera ataque, ora viniese del exterior, ora procediese del interior.

Al ver desplegar tanta actividad y energía, las potencias occidentales creyeron prudente disminuir algun tanto sus exigencias y la

tirantez de sus relaciones en la córte de Nápoles, pues conocieron que al fin de la senda en que habian entrado iban á tropezar con la guerra ó la revolucion. Como ninguna de estas dos cosas convenia entonces á la Francia y á la Gran Bretaña, los representantes de estas dos potencias dijeron al ministro de Estado napolitano que reconociendo los inconvenientes que se oponian á que el Rey hiciese concesiones y que diese una amnistía general, sus gobiernos se darían por satisfechos si concedia un indulto á los presos políticos que lo solicitasen acompañado de una promesa de sumision.

Fernando comprendió sin duda las razones que obligaban á la Francia y la Inglaterra á moderar sus pretensiones. Al estado á que habian llegado las cosas, el rey de Nápoles se esponia cuando mas á un rompimiento diplomático, á ver salir de la capital á los representantes de las dos potencias, y tal vez á ver aparecer en el golfo una escuadra franco-inglesa, así es que en lugar de ceder á las reclamaciones de los dos representantes, Fernando se entregó completamente al partido de la resistencia. Al tener noticia de que Francia é Inglaterra ofendidas hacian preparativos marítimos, el Rey hizo construir baterías en las costas, mandó reparar las fortificaciones de Capua y Gaeta, y encargó á su hermano el conde de Aquila la defensa del reino.

Este estado de cosas debia tener un término. El 21 de octubre el embajador francés entregó al ministro de Estado napolitano una nota del conde Walewski participándole la ruptura de las relaciones diplomáticas, al mismo tiempo que el *Monitor* esplicaba los motivos de esta resolucion, pero ofreciendo la esperanza de volverlas á reanudar si el gobierno de Nápoles hacia justicia á las reclamaciones de la Francia.

Así que Fernando II tuvo conocimiento de esta nota celebró en seguida un consejo de ministros; el gabinete opinó que la dignidad del soberano impedia toda especie de concesion, pero dijo tambien que para dar al mismo tiempo una prueba de que el gobierno napolitano no buscaba un rompimiento no mandaria retirar á sus embajadores de Lóndres y Paris.

La noticia de la interrupcion de las relaciones diplomáticas con las dos potencias mencionadas produjo una honda sensacion en Ná-

poles y fué necesario emplear la fuerza armada para dispersar algunos grupos que se habian formado en algunos sitios públicos. Los embajadores de Francia é Inglaterra pidieron sus pasaportes y los gobiernos de estas naciones los entregaron al representante de Nápoles aun cuando estos no los habian solicitado. La ruptura diplomática fué completa, si bien los agraviados tratasen cada cual por su parte de mantenerse en esta situacion sin agravarla con ningun nuevo hecho.

El 22 de noviembre estalló en Sicilia un principio de insurreccion que puso en alarma al gobierno de Nápoles. Algunos sicilianos exaltados, á las órdenes del baron Bentivenga, antiguo diputado del Parlamento nacional de la isla en 1848, enarbolaron la bandera revolucionaria; pero no siendo secundados por el pais se dispersaron buscando refugio en los bosques en donde fueron capturados al poco tiempo por las tropas. Bentivenga y algunos otros jefes fueron juzgados por un consejo de guerra y pasados por las armas. Entonces era imposible un movimiento en la isla porque el gobierno tenia en ella numerosas tropas, y este fué quizás el principal motivo porque el país no respondió al llamamiento del malogrado baron de Bentivenga.

El año 1836 terminó con un suceso tan grave como deplorable. El 8 de diciembre con motivo de la fiesta de la inmaculada Concepcion, el Rey habia mandado celebrar una misa á la cual, además de los príncipes de la familia real y de los altos funcionarios de la corte, asistian 25,000 hombres de todas armas. Despues de la misa el Rey revistó las tropas. En el momento del desfile un soldado llamado Agesilao Milano, procedente de la insurreccion de 1848, se abalanzó contra el Rey asestándole un bayonetazo. La bayoneta-sable chocó antes de tocar al Rey en una de las pistoleras y esto amortiguó la violencia del golpe que solo hirió ligeramente al monarca en un costado. El bayonetazo fué dado con tanta fuerza que la bayoneta se dobló haciendo saltar la carabina de las manos del regicida al mismo tiempo que su chacó rodaba por el suelo. Un coronel de húsares, ayudante del Rey, echó su caballo sobre Milano arrojándole al suelo. El asesino fué sujetado con poco trabajo. El Rey mandó á los que le rodeaban que no dijesen nada por entonces á fin de que

el suceso no llegase á noticia de la Reina que presenciaba el desfile un poco mas léjos. El desfile continuó como si nada hubiese sucedido y el Rey nada dijo á la Reina hasta que estuvieron en palacio. A pesar de la interrupcion de las relaciones diplomáticas, los soberanos de Inglaterra y Francia felicitaron á Fernando II. Cuatro dias despues del atentado, Milano espíó su crimen en el patíbulo.

Si bien el crimen de Milano fue al parecer un hecho aislado, concebido por la mente exaltada de un fanático, se adoptaron en Nápoles grandes medidas de precaucion; las tropas estuvieron algunos dias sobre las armas, hiciéronse visitas domiciliarias, abriéronse las cartas sospechosas en el correo, los estudiantes fueron objeto de una vigilancia especial y se arrestó á gran número de personas. La corte soñaba en una terrible y vasta conspiracion y hasta se estableció una seccion de policia para vigilar el ejército.

A principios de 1857 se notaba en el país un descontento general, reinando al propio tiempo una sorda agitacion precursora de graves acontecimientos. La policia con su esceseivo celo y sus abusos disgustaba hasta á aquellas personas adictas al monarca que no participaban del fanatismo ni de la intolerancia del partido de la represion exagerada que dominaba en la córte. En la Calabria habia tambien algunas pequeñas gavillas que no dejaban de infundir recelos al gobierno, porque podian ser el núcleo de una faccion imponente, y en la isla de Sicilia se sostenian varias partidas aunadas á las cuales ni la actividad ni la incesante persecucion de las tropas habian podido esterminar. Queriendo concluir de una vez con aquel estado de cosas, el gobierno napolitano nombró una comision compuesta del general Nunziante, el príncipe del Vasto, el prefecto de policia y un coronel de la guardia á fin de estudiar un proyecto de defensa y represion por si las circunstancias hacian necesaria su aplicacion.

La suspension de las relaciones diplomáticas entre el reino de las Dos Sicilias y las dos grandes potencias occidentales podia producir consecuencias tan graves para la paz de Europa que la diplomacia hizo algunas tentativas para salir de esta situacion anómala. En marzo de este año se recurrió á un arbitraje; el embajador de Prusia en Londres dió algunos pasos oficiosos cerca del gobierno britá-

nico, pero estos pasos no podian dar resultado alguno porque en el momento de entablarse las negociaciones entre las potencias agraviadas el recuerdo y la evocacion de los hechos pasados hacia imposible todo arreglo presente. El aislamiento en que se encontraba el rey de Nápoles (pues el Austria pretendia entonces una estrecha alianza con la Inglaterra y esto les hacia sacrificar en parte sus afeciones hácia la dinastía borbónica) hacia que Fernando buscase apoyo allí donde le parecia que podia encontrarlo. Como de día en día se le iban cerrando una tras otra todas las puertas en el extranjero, este apoyo debia buscarlo en su pueblo; al efecto trató de atraerse al clero y asegurarse su influencia por medio de disposiciones beneficasas, ofreciéndole reformar el concordato de 1818 en algunos puntos que no satisfacian al brazo eclesiástico.

Hacia ya algun tiempo que se hablaba de una tentativa de insurreccion en las Dos Sicilias apoyada por expediciones organizadas en el extranjero. El 25 de junio salió de Genova el vapor mercante *Cagliari* con destino para Tunez. A mas de la tripulacion del buque compuesta de treinta y dos marineros y el capitán, habia á bordo treinta y tres pasajeros veinte y siete de los cuales se habian embarcado con el objeto de provocar una revolucion en el reino de Nápoles. El jefe de los revolucionarios era Cárlos Pisacane, duque de San Giovanni, ex-oficial de ingenieros del ejército napolitano, cuyo servicio habia dejado en 1847 para ingresar en la legion extranjera francesa en clase de subteniente. En 1848 Pisacane dejó la legion extranjera para servir á su país, entonces libre; cuando la reaccion volvió á triunfar en Nápoles, se dirigió á Roma al lado del triunviro Mazzini de quien recibió el empleo de coronel. La ocupacion de Roma por los franceses despues de un largo sitio le hizo espatriarse, y desde entonces estuvo en contacto con los revolucionarios de Londres.

Así que el *Cagliari* estuvo en alta mar el coronel Pisacane obligó al capitán del buque á hacer rumbo hácia la isla de Ponza, en la cual habia detenidos gran número de presos políticos. Despues de dar fondo los revolucionarios hicieron guardar el *Cagliari* por algunos de los suyos y saltaron en tierra en donde se les agregaron algunos habitantes que les ayudaron á poner en libertad á los presos. Pisacane regresó á bordo con una fuerza de 323 hombres.

Desde Ponza el *Cagliari* se dirigió á Sapri, en el golfo de Policastro. Sin duda los sublevados pensaron despues de otro modo, ora porque temiesen asumir una responsabilidad demasiado grave, ora porque se creyesen pocos para llevar á cabo una empresa tan árdua, pues dijeron al capitan que volviese á conducirlos á Cerdeña ó á Génova. El capitan les contestó que no tenia carbon y que no les quedaba otro recurso que abordar en las costas de Nápoles que era el punto mas próximo de tierra. Esta contrariedad obligó á Pisacane y á los suyos á llevar adelante su atrevida expedicion. Los expedicionarios desembarcaron á las pocas horas en territorio napolitano á los gritos de «viva la Italia» «viva la república» pensando sublevar el país como habian sublevado la isla de Ponza. Sin embargo, la gente de la costa los recibió con frialdad ó con desconfianza, pues los agentes del gobierno hicieron correr en seguida la voz que eran presidarios evadidos que habian desembarcado para entregarse al robo y al asesinato. Los sublevados no tan solo no vieron engrosar sus filas con hombres del país, sino que no encontraron á los miles de adeptos que les ofrecieran esperarlos en el punto de desembarco.

Atacados á las pocas horas por los gendarmes, los invasores comprendieron que la montaña les ofrecia mas probabilidades de resistencia y por consiguiente se internaron. El 1.º de julio los insurrectos fueron atacados en Pádula, y al dia siguiente en Sanza; el primer dia perdieron 53 hombres y el segundo 27. Pisacane fué herido y hecho prisionero con su segundo Nicotera. Pisacane sucumbió al poco tiempo á consecuencia de sus heridas; la mayor parte de los suyos fueron muertos en los combates ó fusilados despues de caer en manos de las tropas napolitanas, y los pocos que quedaron consiguieron reembarcarse otra vez en el *Cagliari*, cuyo buque fué apresado poco despues por dos fragatas de guerra napolitanas.

Esta invasion, aunque tan prontamente y con tanta suerte sofocada, causó grande alarma en las regiones oficiales de Nápoles, á pesar de que el gobierno y la prensa oficial se esforzaban en probar que el aborto de aquella tentativa revolucionaria se debia á la lealtad de los habitantes de las provincias meridionales. El año 1858 espiró sin que ocurriese en el reino de las Dos Sicilias ningun otro suceso político notable.

En el mes de enero de 1858 el Tribunal criminal de Salerno juzgó á los insurrectos cogidos á bordo del *Cagliari*; el acta de acusacion de este proceso creó graves dificultades entre Nápoles y el Piemonte cuyo gobierno calificó de ilegal la captura del buque. Estos debates fueron largos y ofrecian muchas peripecias en razon á que la Inglaterra intervino en ellos porque los maquinistas del vapor, presos tambien, eran súbditos británicos. El rey Fernando, cuando vió que no le quedaba otro recurso, prefirió entregar el *Cagliari* á un comisionado inglés á hacerlo al gobierno del Piemonte, aunque los gabinetes de estas naciones arreglaron despues este asunto entre ellas. La parte relativa al proceso de las prisiones terminó en julio sentenciando el tribunal al baron Nicotera y á otros seis gefes á la pena de muerte y casi todos los demás á presidio. Sin embargo Nicotera y sus compañeros vieron conmutadas sus sentencias por la de presidio perpétuo.

El resto del año 1858 trascurrió con muy pocas variaciones respecto al estado político del reino. El rey Fernando pasó una gran parte del año en la isla de Ischia rodeado de guardias y tomando tantas precauciones como Luis XI en su residencia de Plessis-les-Tours; el fantasma de las conspiraciones no le abandonaba un solo momento, soñando siempre en peligros y atentados que solo existian en su imaginacion sobrecitada por una lucha continua. El gobierno por su parte contribuía con sus precauciones ridículas y sus medidas represivas á dar una apariencia de realidad á los temores del Rey. Porque en el mes de setiembre apareció una mañana un cadáver en una calle de Nápoles en cuyos bolsillos se encontraron algunos papeles sospechosos, la policia arrestó mil doscientas treinta personas. Verdad es que casi todos los presos fueron puestos en libertad á los pocos dias, pero esto en nada disminuyó la alarma y la perturbacion que esta medida llevó al seno de la sociedad napolitana y de las familias de los detenidos.

El 27 de diciembre se publicó un decreto conmutando la pena de trabajos forzados en la de destierro para los condenados políticos. A consecuencia de este decreto el 20 de enero de 1859 salieron para Cadiz en el *Stromboli* setenta detenidos comprendidos en el decreto, entre los cuales se encontraban los conocidos patriotas Poerio y Se-

tembrini. El buque que conducia á los desterrados iba escoltado por una fragata de guerra de la marina napolitana. En Cadiz debia fletarse por cuenta del gobierno de Nápoles un barco mercante que condujese á los desterrados á Nueva-York, punto de su destino. Despues de muchas dificultades, el capitan del buque norte-americano *David Stewart* se ajustó para llevar á Setembrini y demás compañeros á los Estados-Unidos. El 19 de febrero el buque se hizo á la mar desde Cádiz escoltado por la fragata de guerra que lo acompañó hasta la distancia de doscientas millas del puerto. Apenas la fragata napolitana estuvo fuera de la vista, los desterrados presentan una protesta escrita al capitan del *David Stewart* manifestándole que querian ir á Inglaterra. El capitan se escusó diciendo que habia empeñado su palabra de honor al gobierno napolitano de conducirlos á Nueva-York. Viendo el capitan que toda resistencia seria inútil, reunió la tripulacion, á la que presentó la protesta de los emigrados; convínose despues de una corta discusion que harían rumbo para Cork, en Irlanda, y asi recobraron su libertad unos hombres que por sus opiniones liberales habian sufrido un cautiverio mas ó menos largo en las cárceles y en los presidios de Nápoles.

El rey Fernando residia á la sazón en la isla de Bari situada en la costa del Adriático. Hacia mucho tiempo que el monarca habia abandonado la capital para vivir en las islas ó en las plazas fuertes del reino. La salud de Fernando se encontraba muy alterada y los médicos le aconsejaban que abandonase la isla. El Rey, despues de resistirse por mucho tiempo á dejar su residencia, consintió el 7 de marzo en trasladarse al continente. Condujéronle en una camilla á bordo de la fragata de guerra *Rugiero* la cual hizo en seguida rumbo hácia Porliers. Desde esta ciudad Fernando se hizo trasladar directamente á Caserta sin pasar siquiera por Nápoles. La enfermedad del Rey hacia rápidos progresos y llegó el momento en que se creyó necesario hacer público su estado. Apenas la vida de Fernando se creyó comprometida formóse un partido considerable al lado de la Reina cuya influencia se dejaba ya traslucir en todos los actos oficiales. No obstante la gravedad que ofrecia la enfermedad del Rey no fué posible ocultarle por mas tiempo lo que ocurría en la Alta Italia; esta noticia fué para él un golpe fatal. Apesar de todo tuvo

la energía suficiente para hacer anunciar á las grandes potencias su intencion de observar una completa neutralidad.

Aun cuando fuese este el pensamiento de Fernando, el partido de la Reina se inclinaba hácia el Austria. A la sombra de estas dos opuestas tendencias se tramaban en la córte sordas intrigas que traian divididos á los mismos individuos de la familia real. El príncipe de Siracusa, hermano del Rey y hombre de opiniones liberales, recibió un aviso atento encargándole que no se ocupase en política; al propio tiempo conspirábase en la córte para sentar en el trono de Nápoles al conde de Trani, el primer varon del segundo matrimonio; esta conspiracion abortó por falta de tiempo á pesar de contar con numerosos partidarios. El 22 de marzo Fernando II succumbió á la enfermedad contra la cual habia luchado por espacio de cinco meses, y el duque de Calabria le sucedió sin contratiempo ni oposicion alguna con el nombre de Francisco II.

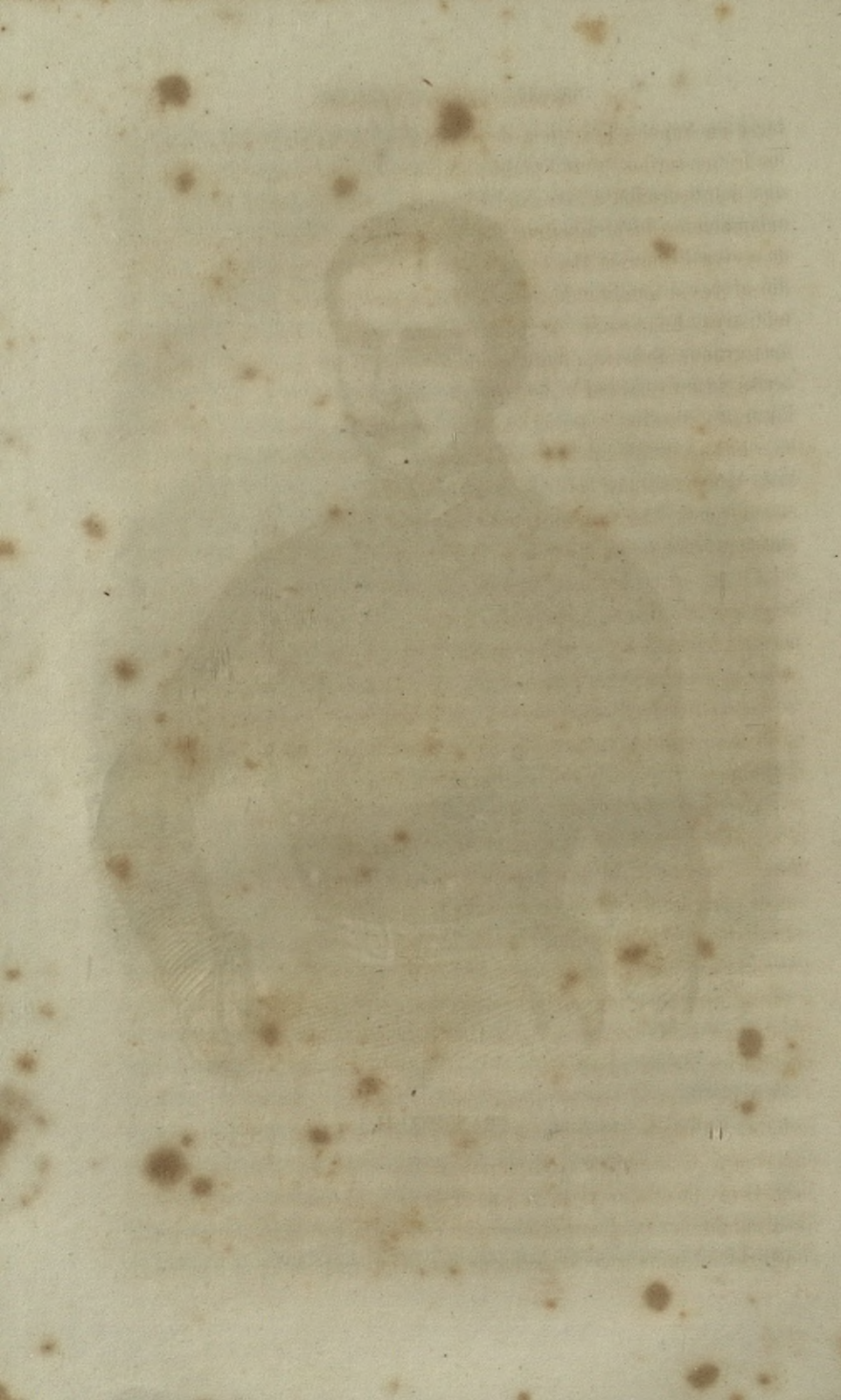
El monarca inauguró su reinado confirmando en sus puestos á todas las autoridades constituidas, manifestando tambien que queria permanecer neutral en la lucha que iba á estallar entre el Austria y el Piamonte. En cuanto á las proclamas que publicó anunciando su advenimiento al trono, dejaba muy pocas esperanzas á los hombres de opiniones liberales, quienes habian creido que con el nuevo reinado iba á empezar tambien una nueva era para la nacion.

En sus últimos momentos el rey Fernando habia obtenido de su familia la promesa de que se uniria para continuar el mismo sistema de gobierno que él siguiera con tanta obstinacion. Por consiguiente, en cuanto á la política interior nada debia tocarse ni cambiarse, y, respecto al exterior, la Francia y la Inglaterra, cansadas de una ruptura diplomática que rayaba en ridicula, se apresuraron á reanudar sus interrumpidas relaciones con el nuevo soberano. Por lo que hace á los napolitanos ni siquiera tuvieron la pequeña satisfaccion de un cambio de ministerio, y gracias si á los esfuerzos del general Filangieri el gobierno otorgó un simulacro de amnistia que se publicó por un decreto fechado el 16 de junio.

Examinemos ahora la impresion que produjo en el reino de las Dos Sicilias la guerra de 1859. La influencia de los sucesos de que era teatro la Alta Italia llevó al poder al general Filangieri. Al reci-



FRANCISCO II.



birse en Nápoles la noticia de la victoria de Magenta, alcanzada por los franco-sardos, reuniéronse algunos miles de personas para hacer una manifestacion á favor del Piamonte, y en medio de las ruidosas aclamaciones inspiradas por las emociones belicosas diéronse gritos de «viva Francisco II» «viva el estatuto.» Esta manifestacion decidió al rey á nombrar al general Filangieri presidente del consejo de ministros. En Sicilia, la emocion causada por aquella noticia fué mas grande todavía, tanto que las autoridades creyeron prudente cerrar la universidad y declarar la capital en estado de sitio. En Catania y Messina la policía hizo numerosos arrestos; en todas partes el gobierno desplegaba el mayor rigor y en Nápoles era tan violenta la situacion, que las legaciones de Francia y el Piamonte no se atrevieron á hacer iluminaciones por no provocar manifestaciones que comprometiesen á los liberales napolitanos. Fuese que el general Filangieri no se considerase capaz de dominar aquella situacion, fuese que no quisiese asumirse la responsabilidad de una política impuesta, se retiró á Sorrento temporalmente y mas tarde se hizo conceder una licencia para abandonar los negocios.

Vamos á referir unos sucesos ocurridos en Nápoles que prueban hasta que punto la guerra de la independenciam italiana influa en el ánimo de una parte de las fuerzas que componian el ejército napolitano. Las opuestas simpatías á favor de los beligerantes habian producido frecuentes altercados entre los suizos franceses y alemanes que servian al rey de Nápoles. Estos mercenarios figuraban entonces por 14,000 en el ejército napolitano. El 7 de julio, á causa de esta divergencia de opiniones, estalló en los cuarteles suizos un movimiento que tomó al poco tiempo proporciones alarmantes. Pasóse á vias de hecho y los soldados de ambos partidos se estuvieron batiendo por espacio de seis horas. Los descontentos, es decir, los partidarios de la causa italiana, fueron á reclamar en número de 1,200 hombres el cumplimiento de las condiciones bajo las cuales se habian alistado. Llegados á palacio se detuvieron en las verjas y enviaron á decir al Rey que querian su bandera ó su licencia. Francisco II les ofreció su licencia y les mandó ir al Campo de Marte. Al dia siguiente los amotinados fueron cercados por los suizos del partido contrario; al intimarles la órden de rendicion respondieron con una

descarga que hirió al general de las fuerzas enemigas y á unos veinte soldados. La artillería empezó entonces á obrar contra los revoltosos causándoles en poco tiempo 75 muertos y 233 heridos. La insubordinacion quedó sofocada, pero el gobierno no pudo volver á restablecer la disciplina, y fué necesario licenciar todo el cuerpo suizo del cual solo quedaron unos ochocientos veteranos que habian adquirido en el servicio de Nápoles algunos derechos pasivos. El triunfo del gobierno sobre esta sedicion militar dió nuevos bríos al partido reaccionario dirigido por la reina madre, y las cosas quedaron en Nápoles en peor estado, si cabe, que antes de la muerte de Fernando.

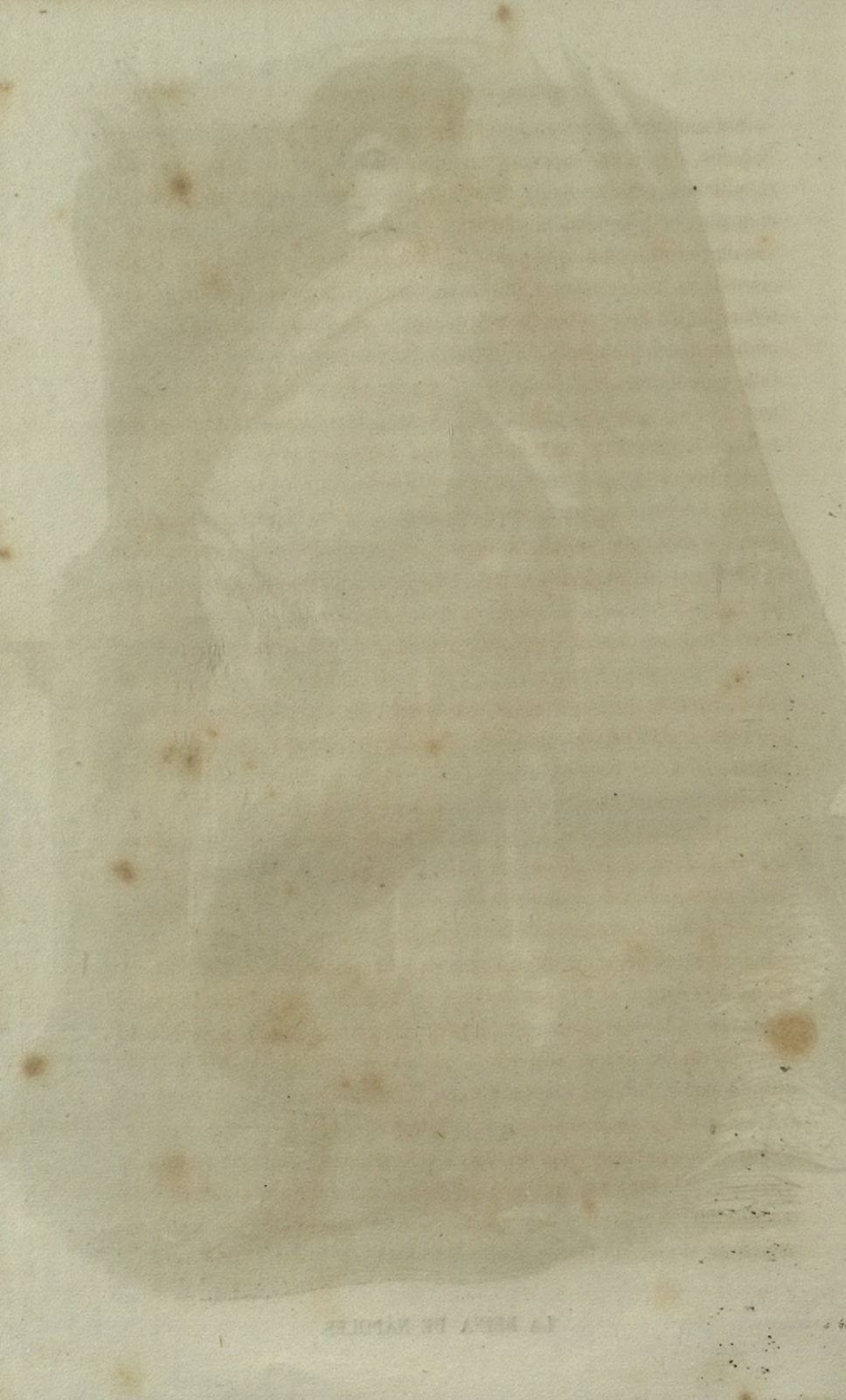
En octubre hubo en Sicilia un principio de insurreccion que el gobierno se apresuró á sofocar despues de tomar las precauciones necesarias para que la noticia no llegara al continente. Caltanissetta, Monreale, Corleone, Villabata y Bagaria, fueron las ciudades que primeramente dieron el grito; pero las autoridades militares obraron con tanta energía y amenazaron á los sublevados con penas tan severas que estos obedecieron la intimacion de deponer las armas en el término de veinte y cuatro horas que se les habia señalado para verificarlo. La capital de la isla fué declarada en estado de sitio y la policia ejercia una activa vigilancia sobre las personas conocidas por opiniones liberales.

Lo que mas preocupaba á la sazón á la córte de Nápoles era la proximidad de Garibaldi y la influencia que su nombre ejercia en la Península. El gobierno no dejó de la mano los preparativos militares y decretó una quinta extraordinaria de 18,000 hombres; fortificáronse los desfiladeros de Antròdoco y Popoli y establecióse un campo atrincherado en Pescara cuyo cuartel general se alojó en Teramo. Todos estos preparativos fueron ordenados por el general Filangieri quien hacia poco tiempo que habia vuelto á encargarse del ministerio de la guerra.

La influencia del Austria no habia perdido un ápice de fuerza en la córte de Nápoles aun despues de su desgraciada campaña de Lombardía; al contrario, parecia que la jóven esposa de Francisco II debia comunicarle nueva fuerza. El rey siguió exactamente por la misma senda en la cual su difunto padre encontró tantos disgustos y peligros.



LA REINA DE NÁPOLES.



LA BIBLIOTHÈQUE

Sin embargo, acercábase el momento crítico para la dinastía de Nápoles, esa hora suprema en que minada por la deslealtad y la revolución, y abandonada de sus amigos, iba á espiar su predilección por las potencias absolutistas del Norte de Europa y los motivos de resentimiento que habia dado á Inglaterra y Francia. Francisco II no podia esperar auxilio de nadie en la lucha que debia sostener dentro de algunos meses contra la revolución apoyada por la ambición del Piamonte. El Austria habia quedado demasiado abatida y quebrantada despues de la paz de Villafranca para tomar una parte activa á favor del soberano de las Dos Sicilias, por mas que tratase de conservar la influencia que ejercia en aquella córte.

A últimos de 1859 el estado político de Nápoles era en extremo grave. La revolución rugia por dó quiera y la insurrección militar de los regimientos suizos, á mas de privar al gobierno de una parte de las mejores tropas del ejército napolitano, habia ejercido un ejemplo pernicioso sobre los regimientos nacionales.

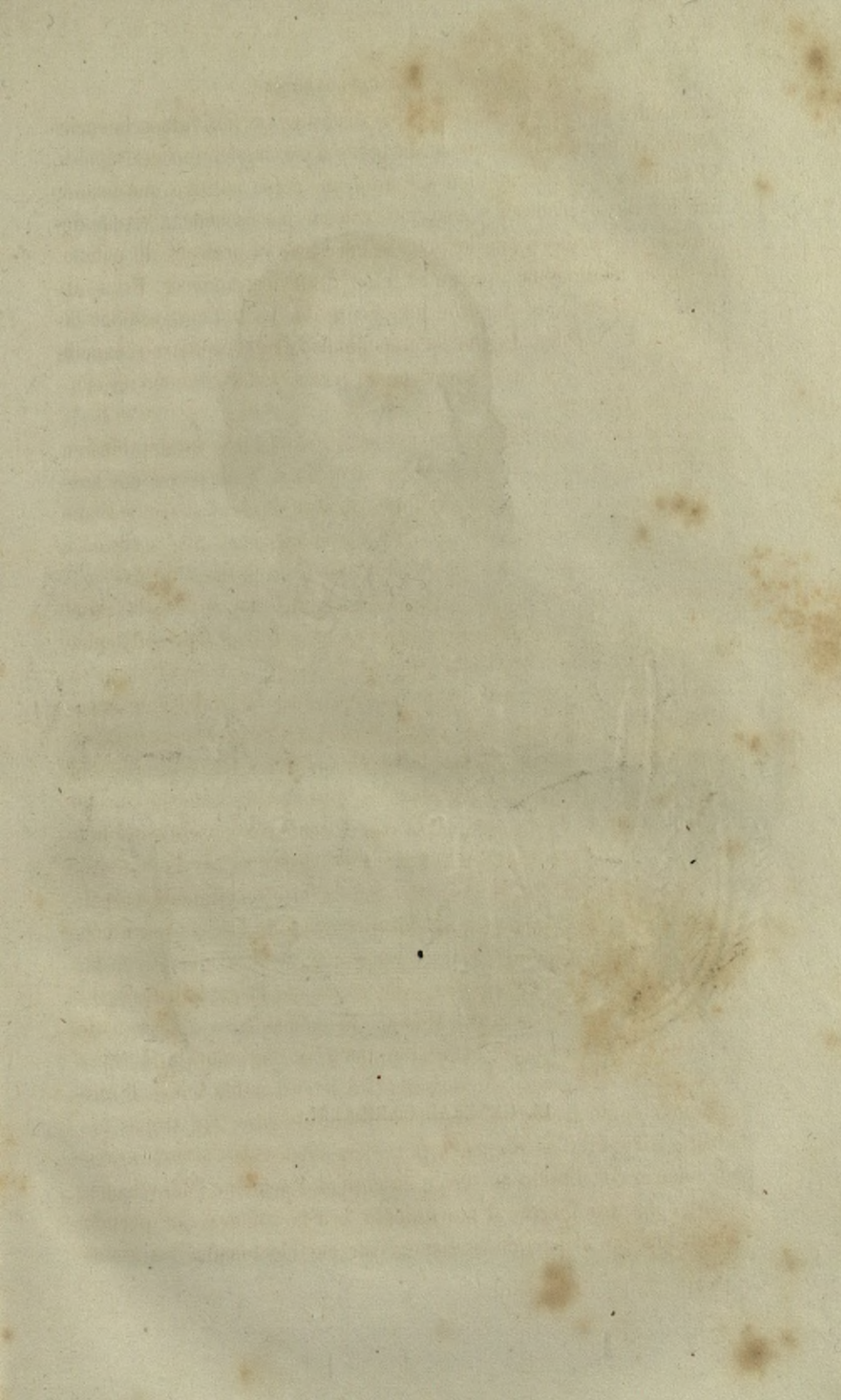
Al empezar el año 1860 la diplomacia estaba muy preocupada á causa del aspecto sombrío que presentaba la situación de las Dos Sicilias. Francia é Inglaterra no cesaban de dirigir amistosos consejos al jóven Francisco II. Lord Jonh Russell le hacía decir por su representante que restringiese la acción de la policía y adoptara un régimen liberal, único medio de afirmar su vacilante trono; pero todo era inútil. El 16 de enero lord Russell encargaba á Mr. Elliot, que viese al ministro de estado napolitano para decirle que el trono de Nápoles peligraba, indicándole de paso las medidas que á su parecer debian adoptarse para prevenir el terrible conflicto que se acercaba. El ministro contestó que no veia la necesidad de emprender reformas cuando habia tranquilidad en el país y los fondos napolitanos eran solicitados en todas partes. En cuanto al rey Francisco II creia de buena fé que no podia ser malo un sistema con el cual su difunto padre habia atravesado todas las grandes crisis que ocurrieron en sus Estados desde 1848 hasta su muerte.

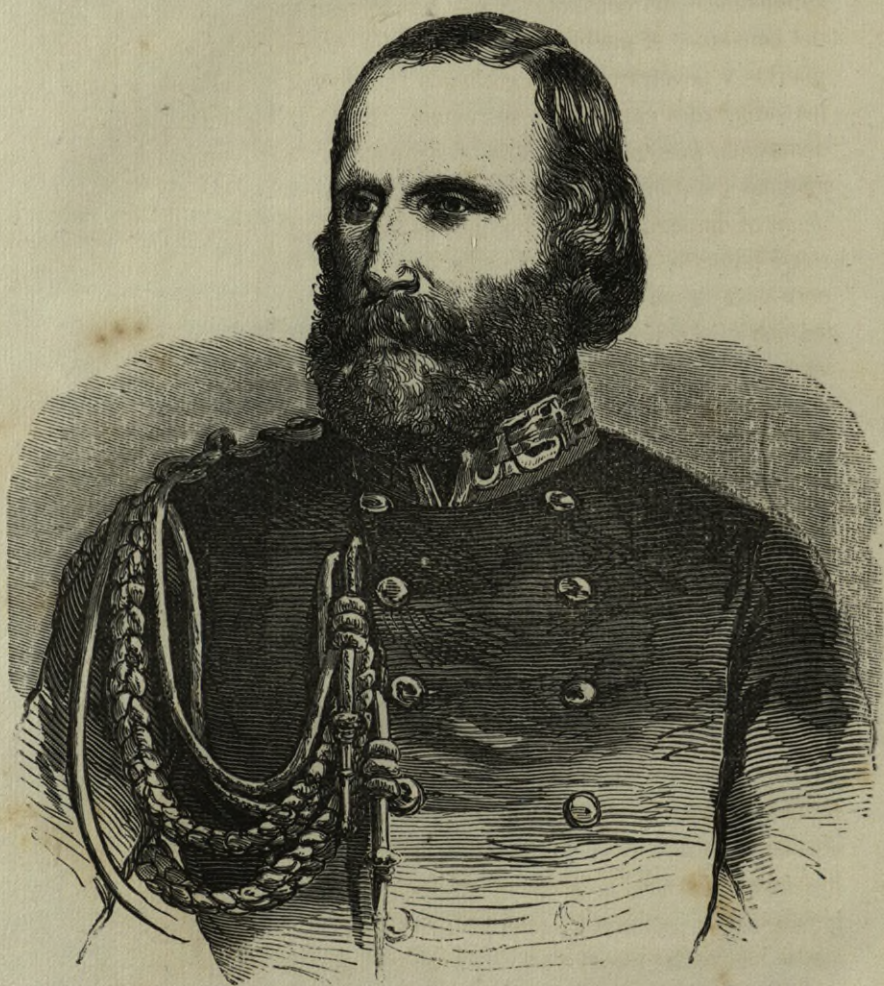
Pero si el gobierno napolitano parecia estar tranquilo respecto á la situación del reino, la vigilancia de la policía revelaba el temor y la posibilidad de próximos trastornos. El rey trató en aquella fecha de aumentar el ejército con soldados extranjeros y obtuvo una autori-

zacion del gobierno austríaco para alistar á los individuos licenciados de su ejército que quisieran pasar á servir al reino de Nápoles. El ministerio creyó tambien dar un gran golpe político publicando una ley de sospechosos y una autorizacion para verificar visitas domiciliarias siempre que lo juzgase necesario el prefecto de policía, de cuyas medidas no estaban exentos ni los extranjeros. Estas absurdas disposiciones llenaron de gente en poco tiempo todas las cárceles de Nápoles. Era tal la impopularidad del gobierno napolitano que el rey, en caso de apuro, no podia contar sino con el ejército y los lazzaroni.

Los abusos de la administracion eran todavía mas intolerables en Sicilia; el pueblo de Palermo hacia á menudo manifestaciones violentas. La antipatía de los sicilianos contra el gobierno napolitano quedará esplicada diciendo que existia un decreto que prohibia á todo siciliano poner el pié en Nápoles aun cuando fuese de paso para el extranjero; los sicilianos transeuntes que hacian escala en el puerto de la capital tenian que permanecer á bordo todo el tiempo que el buque estaba fondeado.

A pesar de la desconfianza de los sicilianos, la tirantez de la situacion les hizo probar nuevamente la fortuna de las armas para sacudir el duro yugo de la administracion napolitana. Los religiosos del convento de la Gancia, en Palermo, se pusieron de acuerdo con un pequeño número de patriotas, los cuales tenian ya hechos algunos trabajos revolucionarios en el interior de la isla. El movimiento estalló el 4 de abril, dia de Miércoles Santo; este movimiento pareció al principio poco alarmante. El plan primitivo de los conspiradores era no intentar nada en Palermo hasta que la insurreccion en las principales ciudades del interior hubiese dejado la capital desguarnecida de tropas. Avisada con tiempo, la policía hizo abortar este proyecto. Las autoridades mandaron atacar el convento de la Gancia en donde se habian reunido sesenta ó setenta sublevados; al mismo tiempo se declaraba la capital en estado de sitio, las tropas tomaban posicion en las plazas, y la policía sorprendió al comité revolucionario constituido en sesion en casa del príncipe Monteleone. Lo que daba mas fuerza al movimiento era la alianza del partido democrático con el partido siciliano; este partido tomaba las armas





EL GENERAL GARIBALDI.

para tremolar su bandera favorita, la independencia de la isla. Los frailes de la Gancia, afiliados á este último partido, habian hecho de antemano gran acopio de armas y municiones que guardaban en los subterráneos del convento. A pesar de la resistencia que hicieron los del convento, el pueblo no se movió; las tropas echaron abajo las puertas y penetraron en el edificio á viva fuerza, degollando á cuantos sublevados cayeron en sus manos. El pueblo palermitano tenia demasiado presentes todavía las venganzas de 1849, venganzas sangrientas que llenaron de estupor á los habitantes de la isla. Al saberse al dia siguiente en Messina los sucesos de Palermo, formáronse numerosos grupos y la ciudad tomó un carácter amenazador; pero poco despues la noticia de la derrota de los insurrectos enva-
lentonó á la policía y á la tropa hasta el extremo que las patrullas hacian fuego contra cualquier grupo que encontrasen en la calle sin intimarle siquiera la órden de dispersarse. Messina fué declarada tambien en estado de sitio. En el interior se formaron varias partidas que, si bien es verdad que no podian hacer frente á la tropa, sostenian la agitacion en el país y alentaban las esperanzas de los liberales asi dentro como fuera de la isla.

En el continente se ignoraba completamente lo que ocurría en Sicilia, pues el gobierno habia tomado todas las precauciones imaginables á fin de que no circulase mas que la correspondencia oficial. En vista de la gravedad que presentaba la situacion de las Dos Sicilias, el conde de Siracusa, tío de Francisco II, escribió á su sobrino para que formase una alianza con el Piamonte y restableciese la antigua constitucion. Esta alianza hubiera sido en efecto un grande obstáculo para los proyectos de Garibaldi que se disponia en aquellos momentos á volar al auxilio de los patriotas sicilianos. La revolucion estaba próxima á sucumbir á causa de la activa persecucion que le hacian las tropas y del quietismo en que el rigor mantenía á los pueblos.

La expedicion de los Mil.

Francisco II desechó el prudente consejo del conde de Siracusa;

esa obstinacion de la corte de Nápoles fué la sentencia que contra sí misma pronunció la dinastía borbónica de las Dos Sicilias.

Garibaldi, despues de organizar su expedicion en las inmediaciones de Génova, se embarcó haciendo rumbo para Marsala, ciudad de 20,000 almas situada á 156 kilómetros de Palermo. La eleccion del punto de desembarco no podia ser mas acertada: en primer lugar porque, si se veian perseguidos, la poca profundidad del mar no permitia que los buques de guerra napolitanos se acercasen á tierra hasta el punto de impedir que los expedicionarios ganasen la costa, y despues porque siendo el país accidentado y careciendo de caminos, era fácil sostenerse haciendo una guerra de guerrillas. Además, Garibaldi contaba en Marsala con numerosos amigos y partidarios. Garibaldi tomó tierra en la punta de la Regencia, cerca de Cabo Bueno, y despues de procurarse provisiones mandó que los vapores *Piamonte* y *Lombardo* en que iba la expedicion, se dirigiesen hácia Marsala.

Los vapores expedicionarios fueron descubiertos por los cruceros napolitanos, y aun cuando los primeros tenian en su favor cuatro horas de ventaja, el desenlace de la caza se presentó dudoso bastante tiempo en razon á que los buques perseguidores eran mas veloces. Cuando la expedicion llegó á Marsala (11 de mayo) las fragatas napolitanas *Capri* y *Stromboli* se encontraban solamente á media legua de distancia del puerto. Garibaldi y Bixio se colocaron al abrigo de dos buques de la marina Real inglesa, el *Argos* y el *Independencia*, que se encontraban fondeados en el puerto, y dieron principio al desembarco. Los comandantes de los buques napolitanos enviaron á decir al almirante inglés que tuviese la bondad de retirarse á fin de no hacer imposible el ataque. Los jefes británicos respondieron que estaban prontos á verificarlo, pero que antes era preciso que avisasen á los marineros ingleses que se encontraban á tierra para que se retirasen á bordo. Esta operacion necesitó dos horas y es de suponer que los ingleses se tomaron todo este tiempo con el objeto de favorecer á los expedicionarios. Garibaldi tuvo tiempo de desembarcar toda su gente y municiones, si bien no le fué posible echar á tierra la artillería que llevaba. Las fragatas napolitanas atacaron luego que pudieron á los buques expedicionarios apoderándose del *Piamonte* y echando á pique el *Lombardo*.

La presencia del *Argos* y del *Independencia* en el puerto de Marsala, hizo decir á los diarios oficiales de Nápoles que los ingleses estaban en connivencia con los espedicionarios; las acusaciones fueron tan violentas y desembozadas, que lord Russell se vió obligado á defender en la Cámara de los Comunes la conducta del almirante inglés. Esto dió lugar á un cambio de notas entre los dos gabinetes, y el ministro de Estado napolitano tuvo al fin que desmentir que los buques británicos tomasen ninguna disposicion que impidiese la accion de la marina de guerra napolitana.

Garibaldi se detuvo poco tiempo en Marsala; dirigióse en seguida á Salemi en donde estuvo acampado tres dias, esperando la gente que debia reunírsele procedente del interior. Las fuerzas insurrectas ascendian á 4000 hombres dispuestos á todo; despues de tomar las provisiones necesarias, Garibaldi dejó el campamento de Salemi. Las tropas napolitanas, á las órdenes del general Lanza, se concentraban en las inmediaciones de la capital cuya direccion tomaron los espedicionarios; únicamente el brigadier Landi se habia fortificado en Calatafimi con 4000 hombres. Atacados por unos 700 hombres de Garibaldi, los napolitanos fueron desalojados de su posicion despues de una lucha larga y encarnizada. Landi quiso sostenerse por espacio de cinco dias para cortar el paso á los garibaldinos, pero vióse tan acosado por las partidas de campesinos que le hostilizaban de dia y de noche por todas partes que se vió obligado á replegarse á Palermo.

El dia 14 de mayo Garibaldi proclamó como soberano de la isla al rey Víctor Manuel. El 17 la columna espedicionaria llegó á Alcamo en donde se instaló el gobierno revolucionario representado por Crispi; el 20 pernoctó en Pioppo situado á tres kilómetros de Monreale. Habiendo resuelto flanquear esta ciudad, Garibaldi dió orden de continuar la marcha por caminos estraviados y casi intrasitables á causa de una lluvia de muchos dias; en algunos trozos fué necesario arrastrar la artillería á fuerza de brazos de cuyo trabajo no se eximia el mismo general. El 22 los invasores llegaron á Parco, á la parte opuesta de Monreale, que dista diez kilómetros de Palermo. Garibaldi fingió fortificarse en esta posicion. El 24 los insurrectos fueron atacados por el comandante Bosco que salió de

Monreale con una columna compuesta en su mayor parte de cazadores bávaros. Garibaldi se retiró lentamente, pero sin dejarse estrechar por el enemigo.

Al anochecer las fuerzas espedicionarias se dividieron formando dos columnas. Una de ellas, compuesta de una compañía de garibaldinos y de la mayor parte de los sicilianos con la artillería y los bagages, al mando del coronel Orsini, se dirigió hácia Corleone con una precipitacion afectada, mientras que la otra, conducida por Garibaldi, tomó por la izquierda sin ser observado, por una trocha que conducia á Marineo, en la direccion de Palermo. Bosco siguió á Orsini, cuyo jefe trataba de alejarlo todo lo posible de la capital, y Garibaldi, despues de pasar la noche en un bosque á fin de no llamar la atencion, reunióse al dia siguiente en Misilmeri con el coronel La Masa á quien habia enviado al interior de la isla con el objeto de reclutar gente.

El 26 Garibaldi tomó el camino de Palermo resuelto á intentar un golpe de mano contra esta ciudad no obstante las escasas fuerzas con que contaba. El 27 á eso de las cuatro de la mañana, Garibaldi, á la cabeza de sus cazadores, se apoderó á la bayoneta de la puerta de San Antonino, penetrando hacia la plaza de las Cuatro Esquinas situada en el centro de la ciudad. Desde esta plaza sus cazadores se posesionaron de la espaciosa calle de Toledo secundados con entusiasmo por la poblacion. Habiendo ocupado tambien la larga calle de Macqueda, los invasores cortaban las comunicaciones del general Lanza con los fuertes de la ciudad, mientras que los voluntarios sicilianos, parapetados en las afueras, impedian igualmente la reunion de las fuerzas napolitanas. Garibaldi estableció aquel mismo dia su cuartel general en las Casas Consistoriales en el centro de Palermo. El general Lanza dió orden de empezar el bombardeo y la escuadra y los fuertes lanzaron sobre la poblacion una lluvia de proyectiles. Como si esto no fuese bastante, los soldados napolitanos saqueaban las casas que podian entregándolas á las llamas despues de asesinar á sus moradores.

El 30 el general Lanza hizo proponer á Garibaldi una suspension de armas provisional y una entrevista que debia verificarse á bordo de uno de los buques de guerra extranjeros fondeados en la rada.

Los dos generales se encontraron á mediodía á bordo del *Anibal* de la armada Real británica. Garibaldi no quiso aceptar las condiciones del general napolitano, en razón á que parecian dictadas por un jefe vencedor; convínose únicamente en que la tregua se prorogaría hasta las doce del dia siguiente para descansar algunas horas, en las cuales unos y otros recogerian los heridos y harian enterrar á los muertos.

Mientras se estaba en estas negociaciones regresaba á Palermo la columna del comandante Bosco batida por el coronel Orsini. Encaminándose hácia la puerta de Términi, Bosco lanzó sus cazadores sobre las barricadas defendidas por voluntarios garibaldinos y palermitanos, pero sus fuerzas fueron rechazadas. El 31 de mayo, antes de espirar la hora de la tregua, el jefe de estado mayor del general Lanza pasó al cuartel general de Garibaldi á decirle que su jefe aceptaba las condiciones que le habia propuesto el dia antes. Acordóse además un armisticio de tres dias durante los cuales el jefe de Estado mayor de Lanza debia pasar á Nápoles á fin de obtener del rey la autorizacion para evacuar á Palermo, condicion exigida por el vencedor. No habiendo regresado el jefe de estado mayor al espirar el armisticio, prorógose éste por tres dias mas. Desde este momento dejaba de ser dudosa la evacuacion de Palermo por las fuerzas napolitanas. Garibaldi tomó entonces el título de dictador constituyéndose en la ciudad un gobierno regular. El primer acto del nuevo gobierno fué decretar que en adelante todo se haria en nombre de Víctor Manuel, rey de Italia, dictando al propio tiempo algunas medidas de órden público.

El dia 3 de junio regresó de Nápoles el jefe de estado mayor del general Lanza con los poderes necesarios para la evacuación de Palermo. Costó no poco trabajo convencer á Francisco II de esta necesidad, pues no queria creer que un puñado de voluntarios pusiese en tan apurado extremo á un ejército de 30,000 hombres. El 6 se hizo la capitulacion en virtud de la cual el armisticio quedó nuevamente prorogado hasta la completa evacuacion de la capital por las tropas reales.

El 19 los napolitanos abandonaron á Palermo por mar, yendo unos á reforzar la guarnicion de Messina y retirándose los demás á

Nápoles á sembrar el desaliento y la desconfianza. Con la capitulación de la capital, las ciudades del interior de la isla acabaron de decidirse á favor de Garibaldi; en algunas de ellas los habitantes atacaron á las guarniciones, de modo que á los pocos dias solo quedaban á los napolitanos las plazas fuertes de Augusta, Siracusa, Melazzo y Messina de las cuales habian huido casi todos los habitantes. Las tres primeras tardaron poco en caer en manos del dictador, pero Messina se sostuvo hasta que desapareció de Nápoles la dinastía borbónica.

En tanto que se realizaban estos sucesos en Sicilia, el continente se disponia con cierta debilidad á la revolucion, pues el sistema de falsedades adoptado por el gobierno hacia vacilar á todo el mundo. En varias ciudades se celebraba un *Te-Deum* por las victorias de Calatafimi y Catania y la derrota y fusilamiento de Garibaldi. El ministro de Estado de Francisco II, viendo el sesgo que tomaban los asuntos en Sicilia, reunió á los representantes de las diferentes potencias y pidióles una declaracion oficial manifestando que no permitirian que se atentase á la integridad del territorio napolitano. Inglaterra y Francia proclamaron á consecuencia de esto el principio de no-intervencion, obligando hasta cierto punto á que lo observasen tambien las demás potencias. Entonces Francisco II ofreció someterse al arbitraje de Napoleon III, pero el Emperador se negó formalmente á aceptar el papel de mediador.

El señor de Martino, embajador de Nápoles cerca de la corte de Roma, despues de asistir á un consejo de ministros que duró veinte y una horas, salió para Francia é Inglaterra con el siguiente plan de gobierno acordado en dicho consejo: Conceder una constitucion y proclamar al conde de Trani rey de Sicilia, con la constitucion de 1812, bajo la condicion de que Garibaldi saldria de la isla. Este plan era patrocinado por la reina madre que deseaba una posicion para su hijo mayor. El señor de Martino se dirigió á Fontainebleau en donde se encontraba á la sazón el Emperador. El comisionado napolitano pudo convencerse del mal efecto que habia producido en el ánimo del jefe de la Francia el bombardeo de Palermo; sin embargo, aconsejósele que se adoptase en Nápoles una politica francamente nacional, que Francisco II se aliase de buena fé con el Pia-

monte, y que Francia é Inglaterra tratarian de influir para que Garibaldi no pasase al continente. Sondeado el gobierno británico sobre este asunto, se escusó de dar ningun paso en este sentido y aun dió á entender que el comisionado napolitano no seria bien acogido en Londres. El señor de Martino regresó á Nápoles desde Francia y dió cuenta á su gobierno del mal éxito de su mision. Hasta el Austria abandonó á Francisco II en aquellos momentos criticos; los diarios de Viena, que nada podian decir sin autorizacion del gobierno, manifestaban que era inútil ausiliar á un ejército desmoralizado como el napolitano, y culpaban á la corte por no haber hecho en tiempo oportuno concesiones que hubieran evitado el conflicto que habia estallado. Francisco II se propuso entonces promulgar por sí la Constitucion, pero el país no creia en su sinceridad acordándose de lo pasado.

Los sicilianos manifestaban mayor entusiasmo de dia en dia hácia el dictador, pero murmuraban de sus ministros á causa del estado intranquilo de la capital y de la carestía de los víveres. El gobierno de Sicilia habia publicado algunos decretos que no fueron bien recibidos del público. Divididos tambien en la cuestion política, algunos individuos del gobierno presentaron su dimision por no estar conformes con el dictador respecto á la ley electoral y á la época en que debia verificarse la anexion de la isla de Sicilia á los Estados de Víctor Manuel.

Digamos algo ahora de la política del Piamonte en estas circunstancias. El conde de Cavour era contrario á la expedicion de los Mil; conociendo el carácter de Garibaldi sabia que este caudillo popular no se contentaria con la conquista de Sicilia. Aquel ilustre hombre de Estado adivinó con su sagaz prevision todos los inconvenientes y el peso enorme que la anexion de la Italia meridional debia ser para el Piamonte. Los sucesos de Nápoles despues de la votacion del plebiscito, y los sacrificios que la anexion ha impuesto á las demás provincias italianas han justificado completamente la repugnancia del difunto conde de Cavour. Sin embargo, Víctor Manuel alentaba por bajo mano á los expedicionarios contra los consejos de su ministro y la expedicion se hizo á la mar. Realizada en su mayor parte la conquista de Sicilia, el ministro de Víctor Manuel quiso

evitar que el dictador atravesase el Estrecho despues de arrojados los napolitanos del resto de la isla. El conde de Cavour tenia un grande empeño en que Garibaldi no fuese á Nápoles; para lograrlo buscó un jefe de prestigio que pudiese desbaratar los planes atrevidos del dictador, ó neutralizarlos cuando menos, y hasta eclipsar á aquel hombre si era posible. Cavour envió á Sicilia á Mé dici con tres mil hombres armados y organizados por el Piamonte; creia el ministro que estos soldados aguerridos oscurecerian á los voluntarios de Garibaldi. Mé dici quiso lucirse con su gente en la accion de Melazzo, pero tuvo tan mala fortuna que los borbónicos le hubiesen derrotado completamente si el dictador no lo hubiese socorrido á tiempo. La suerte de Garibaldi le era entonces demasiado propicia y él estaba destinado á brillar mas que nadie en aquellos sorprendentes sucesos.

Antes de emprender nuevas operaciones el dictador quiso aguardar los refuerzos que debian llegarle de Génova conducidos por Bertani. Estas fuerzas se embarcaron para Sicilia aunque no todas llegaron á su destino. Unos 1,000 hombres que iban á bordo del buque americano *Rochester* y del pequeño remolcador *Utile* cometieron la imprudencia de pasar demasiado cerca de Civita-Vechia; avisado el gobierno napolitano por las autoridades pontificias de esta ciudad, los dos buques fueron apresados por la marina de guerra de Nápoles y conducidos á Gaeta. El señor de Villamarina protestó contra esta captura, lo cual es una nueva prueba de la complicidad del gobierno de Turin en los asuntos de Sicilia. El embajador norteamericano unió sus reclamaciones á las del funcionario piamontés so pretexto de que el buque apresado pertenecia á su nacion. El gobierno napolitano, para no empeorar su posición, restituyó al poco tiempo los buques poniendo en libertad á la gente que llevaban á bordo.

Luego que el dictador tuvo á su disposicion las fuerzas que deseaba se puso en movimiento hácia Melazzo, cuya ciudad era preciso tomar antes de acercarse á Messina. El 20 de julio, á las seis de la mañana, el general Garibaldi hizo romper el fuego contra Melazzo, cuya ciudad defendia el coronel Bosco. Los napolitanos tenian buena artillería, sus fuerzas eran mayores que las del enemigo, y el

terreno les ofrecia numerosos parapetos naturales para cubrirse. A la segunda carga á la bayoneta, los voluntarios llegaron hasta el dique que une el istmo á la ciudad y al poco tiempo atacaron la fortaleza que defiende la entrada de la península en que aquella está situada. Los enemigos se batieron un buen rato cuerpo á cuerpo, y finalmente los napolitanos fueron rechazados al interior de la plaza en donde continuó la lucha. Los napolitanos se refugiaron en el castillo; atacados tambien allí por los voluntarios se dejaron tomar una puerta y un baluarte. La victoria estuvo algun tiempo indecisa hasta que vino á decidirla una feliz ocurrencia de Garibaldi. El dictador pasó á bordo del *Tuckery*, uno de los dos buques que estaban á sus órdenes, y atrajo sobre sí los fuegos de los fuertes poniéndose al alcance de sus tiros. Entre tanto las tropas de tierra estrecharon mas á los sitiados, intimando la rendicion á Bosco que defendia el castillo con 3,000 hombres. El jefe napolitano contestó que aun podia continuar la defensa y que no queria capitular en razon á que no tenia orden para hacerlo. Precisamente en aquel momento llegaron á las aguas de Melazzo cuatro fragatas napolitanas con el coronel de estado mayor Anzani. Sabiéndose en Nápoles que el castillo de Melazzo por la falta de víveres y hasta de agua no podia hacer una resistencia larga, el rey envió al jefe de estado mayor Anzani para tratar de la capitulacion. Francisco II sabia además que la única plaza inexpugnable de Sicilia era Messina y deseaba conservar para su defensa el mayor número de tropas posible.

Convínose pues en que las tropas napolitanas saldrian de Melazzo con sus armas y efectos dejando en los fuertes la artillería, municiones y víveres que hubiese en los almacenes. El general Clary, que guarnecía á Messina con 16,000 hombres, recibió orden de defender la plaza á toda costa; los preparativos de resistencia que se hicieron amedrentaron tanto á los habitantes que abandonaron sus casas, yendo á acampar en las playas del Estrecho. No obstante, ora fuese que Clary viese á sus soldados desalentados, ora que retrocediese ante el clamoreo que iba á levantar en Europa la destruccion de Messina, el general napolitano hizo el 25 de julio un convenio con Garibaldi en el cual quedó estipulado que le entregaria la ciudad y él conservaria la ciudadela. El 29 el dictador entró en Mes-

sina en medio de las aclamaciones de los habitantes que regresaron contentos á sus casas. La primera condicion del armisticio ofrecia todas las seguridades posibles á la poblacion, puesto que decia que la ciudadela no podia hacer fuego contra ella, aun cuando fuese atacada, á no levantarse las baterías dentro de la misma ciudad. El 1.º de agosto, por otro convenio celebrado entre el general Clary y el dictador, se acordó la evacuacion de las plazas de Siracusa y Augusta ocupadas todavía por los napolitanos. Libre ya de cuidados por esta parte, Garibaldi solo pensó en pasar al continente, empezando á disponer en seguida todo lo necesario para atravesar el Estrecho.

La córte de Nápoles comprendió lo crítico de su situacion; la fuerza moral del gobierno habia decaido extraordinariamente y el pueblo se conducia como si contára con la seguridad de su triunfo sobre la policia y la administracion. El 22 de junio celebróse un largo consejo de ministros en el que se acordó adoptar la bandera italiana, dar una constitucion, y solicitar la alianza del Piamonte. Todas estas disposiciones aparecieron en un decreto publicado el 26 añadiendo además una amnistía general y creando un Parlamento especial para la Sicilia. El rey cambió el ministerio llamando al poder algunos de los hombres que habian figurado en 1848. Francisco II tuvo la desgracia de que este cambio de política no fuese considerado de buena fé ni en el país ni en el extranjero. El Piamonte exigia por condicion de la alianza que se le proponia que se reuniese antes el Parlamento napolitano. En aquellos dias estallaron en Nápoles graves desórdenes; los *lazzaroni* hirieron al embajador de Francia al pasar por una calle en su carruaje. El 28 los *barraccani* (obrerros liberales del barrio de las Barracas enemigos de los *Luciani* realistas del de Santa Lucía) asaltaron las oficinas de las doce comisarías de policia de Nápoles, incendiándolas en medio de los aplausos de la muchedumbre. A consecuencia de estos hechos proclamóse el estado de sitio, la ciudad fué ocupada militarmente, y el señor Liborio Romano fué nombrado prefecto de policia.

A pesar de sus esfuerzos y de sus buenos deseos, el ministerio no podia dominar la situacion. Con una sinceridad digna de elogio, no obstante el sentimiento de anarquía que imperaba en las masas, el gobierno levantó el estado de sitio en todas partes, y el 1.º de julio

restableció la constitucion de 1848 convocando los colegios electorales para el 19 de agosto y el Parlamento para el 10 de setiembre. La prensa no hizo desde luego buen uso de la libertad, pues una parte de ella aun que encubiertamente, atacó la dinastía y abrazó la causa de Garibaldi. Liborio Romano ejerció de dia en dia mas influencia en el gobierno, adoptando la torcida conducta que se convirtió mas tarde en manifiesta traicion. El prefecto de policia mantuvo relaciones secretas con el dictador, revelábale los planes del gobierno y allanaba las dificultades que se oponian á su proyectada invasion.

El 15 de julio los granaderos de la guardia se dispersaron en grupos por las principales calles de la capital y se pusieron á insultar y maltratar á todo el mundo, invadiendo los cafés y las tiendas á los gritos de «abajo la constitucion» «viva el rey.» Para restablecer el órden entre aquella soldadesca, fué preciso que los ministros, los generales y sus oficiales, sable en mano, obligaran á volver á los alborotadores á sus cuarteles. El ministerio pidió la disolucion de un regimiento de granaderos, mas el rey se opuso y solo accedió á que la guardia ocupase los fuertes en vez de seguir acuartelada en la ciudad. Despues de los sucesos del 15, Liborio Romano entró en el ministerio con la cartera del interior. Aquel movimiento fué preparado por la camarilla; no obstante su derrota, ésta no se dió por vencida y el 20 los soldados cometieron nuevos desórdenes en la capital, pero esta vez la poblacion les hizo frente en algunos sitios y respondió á sus manifestaciones reaccionarias con manifestaciones á favor de Garibaldi. La confusion habia invadido todos los ramos de la administracion, el rey desconfiaba de todo el mundo y llegó un momento en que creyéndose todo perdido cada cual podia proponer su plan particular de salvacion. Un sugeto llamado La Cecilia obtuvo de los ministros una suma de 1,200 ducados con autorizacion para hacer á Garibaldi las siguientes proposiciones:—1.ª permitirle el paso por las Pullas y los Abruzzos para ir á atacar las Marcas y la Umbría; 2.ª autorizarle para alistar voluntarios en el reino; 3.ª facilitarle víveres y trasportes; 4.ª poner á sus órdenes 50 mil soldados y la escuadra napolitana para libertar el Véneto; 5.ª entregarle 3 millones de ducados si desistia de atacar las provincias de tierra firme. Este estraño episodio, puesto en duda por muchos

fué confirmado por el mismo La Cecilia en una carta fechada en Potenza el 27 de agosto y publicada el 10 de setiembre en el *Diario Oficial* de Nápoles.

En el continente la inminencia del desembarco de Garibaldi en las costas del reino tenia alarmados á los habitantes de las grandes ciudades; temíanse especialmente las desgracias, y mas que las desgracias los excesos que podian cometer unos soldados entre los cuales habia hecho terribles progresos la indisciplina. En la capital los ánimos estaban preocupados ante la posibilidad de un bombardeo como la última venganza de la reaccion. Para hacer frente á los invasores el gobierno tenia 25,000 hombres en las Calabrias y 40,000 en Nápoles y sus inmediaciones, pero conociendo la audacia del dictador suponíasele capaz de dirigirse á la capital directamente. Esta era la situacion de las Dos Sicilias en tanto que el dictador amenazaba sus costas desde la isla vecina.

Conquista de Nápoles.

Garibaldi habia construido en el Faro una batería de cuarenta piezas bajo cuyos fuegos tenia preparado un convoy de trescientas barcas. Aquella batería interrumpia las comunicaciones entre la ciudadela de Messina y Nápoles. El dia 8 de agosto el dictador hizo marchar al comandante Missori con treinta y dos barcas hácia la costa de enfrente cuya travesía se hizo en una hora. En tierra no se supo la presencia del enemigo hasta despues de haber desembarcado y cuando las lanchas vacías regresaban otra vez á Sicilia. Missori tuvo que ganar la montaña á causa de su escasa fuerza, atacado por una columna napolitana. Aquel jefe se situó en Aspromonte en donde se le unieron varias partidas de voluntarios calabreses. El 10 por la noche la brigada Bixio, compuesta de 4,000 hombres, desembarcó en Alta-Fiumara, entre Squillace y Villa-San-Gioyanni. Siguiéronle en los dias sucesivos Mé dici, y Cosenz con 11,000 hombres que tomaron tierra en cabo Dell'Armi, entre Reggio y Melito. Mientras que se verificaba esta operacion la escuadra napolitana fué á atacar la batería del Faro. El 18 por la noche Garibaldi cruzó el

estrecho á bordo del *Franklin* y desembarcó á media milla de Mileto en tanto que otra expedicion, conducida por Bixio, saltaba á tierra en Sapri para cortar desde allí las comunicaciones entre las fuerzas napolitanas de la Calabria. El dictador marchó al encuentro del comandante Missori, dirigiéndose á Reggio por Lazzaro con dos brigadas; Bixio mandaba la vanguardia. A la entrada del arrabal de Reggio el jefe napolitano rompió el fuego contra los invasores. Bixio se sostuvo hasta que fué apoyado por las fuerzas del dictador y las de Missori. Cargados á la bayoneta por todas estas tropas, los napolitanos se retiraron á la fortaleza perseguidos por Garibaldi, en tanto que Bixio se posesionaba de la ciudad. El fuego continuó hasta las tres de la mañana, y al dia siguiente (21) el fuerte de Reggio capituló. El 22 estaban ya en el continente todas las fuerzas del dictador.

El general Bosco habia tomado posicion en Monteleone, pueblecillo situado en el camino de Reggio á Cosenza. Al salir de Reggio el dictador encontró en San-Giovanni una fuerza napolitana que derrotó sin gran trabajo. El 24 capitularon las guarniciones de Alta-Fiumara, Torre-Cavallo, y Scylla, y el dia anterior se habian rendido á discrecion, despues de un corto tiroteo, las brigadas Melendez y Briganti que estaban en Piale. Algunos de los oficiales napolitanos se unieron á Garibaldi, y en cuanto á los soldados, unos se fueron á sus casas y otros pasaron á reunirse con el general Ruiz. El general Briganti fué muerto á culatazos por algunos de los suyos á los gritos de «viva el rey.» La desmoralizacion del ejército napolitano no podia ser mas completa; con semejantes soldados era imposible vencer.

La revolucion se habia propagado á la Basilicata y la Capitanata. Un regimiento enviado á Potenza para sofocar la insurreccion se pronunció en Auletta gritando «viva Víctor Manuel,» «viva Garibaldi.» En muy pocos dias la revolucion tuvo en Potenza de 12 á 15 mil hombres armados á cuyo frente se puso el coronel Boldoni. El movimiento se estendió rápidamente hasta Cilento, Campo-Basso y Avellino distante veinte leguas de Nápoles. El gobierno de Turin, viendo el sesgo que tomaban los asuntos en las Dos-Sicilias, envió á las aguas de Nápoles dos buques de guerra con tropas de desem-

barco. La presencia de las tropas piemontesas en la bahía de Nápoles coincidía con la de dos comisionados de Francisco II en Turin solicitando la alianza piemontesa: es decir, que el gobierno piemontés examinaba por un lado las proposiciones de la corte de Nápoles y por el otro se disponía á recojer la herencia de la dinastía que iba á derribar la revolucion. Si el rey permanecía todavia en la capital se debia tan solo á la falta de energia del pueblo napolitano. Francisco II se quedaba solo de dia en dia; parientes, amigos, cortesanos, todos huian de él y le abandonaban en medio de tan desesperada situacion. Las divisiones que se enviaban al encuentro de los invasores se disipaban como el humo: las unas se pasaban al dictador y las otras se comprometian por escrito á no combatirle.

Cansado de tanta cobardía y tanta traicion, de tanta indiferencia y tanta mala fé, el rey creyó inútil toda resistencia en Nápoles. El general Bosco le aconsejó que se trasladase á Gaeta, lo cual verificó despues de despedirse de sus ministros y de los gefes de la guardia nacional, á quienes encargó que mantuviesen el órden en la capital hasta la llegada del dictador.

El 26 de agosto Garibaldi se encontraba todavia en Palmi. El comité unitario de Nápoles y los gefes de la guardia nacional fueron á encontrarle á Salerno para pedirle que fuese enseguida á la capital. El 7 de setiembre el dictador entró en Nápoles con unos cuantos amigos, dejando atrás todo su ejército para que no pareciese que tomaba á viva fuerza una ciudad que se le entregaba sin resistencia. El entusiasmo de la poblacion fué grande al saber su llegada; pero en honor de la verdad es preciso decir que disgustó mucho al dictador el no ver mas que lazzaroni en todas partes y que la aristocracia se manifestaba retraida. Al dia siguiente no se veia en Nápoles mas que blusas encarnadas en todas las plazas y calles; todo el mundo se habia hecho garibaldino. Para dar gusto al pueblo, el dictador tuvo que desempeñar por algun tiempo el papel del soberano destronado; fué preciso que pasase á la catedral y que hiciese despues la peregrinacion de Piedigrotta. Garibaldi disolvió en seguida el comité revolucionario que se habia formado en Nápoles bajo la presidencia de Ricciardi, y por un decreto puso la escuadra napolitana bajo las órdenes del almirante Persano. El dictador formó

un ministerio en el cual figuró Liborio Romano, el que habia precipitado la caida de Francisco II con su conducta desleal. La inmoralidad de premiar la traicion con un destino de tan alta importancia disgustó á muchas personas de las que se habian adherido á la revolucion.

Garibaldi cometi6 tambien entonces una imprudencia que debia despertar en Europa muchos recelos y suscitarle en todas partes muchos enemigos. Al insistir los sicilianos en su pretension de anexionarse cuanto antes al Piamonte, el dictador les di6 una respuesta negativa, diciéndoles que queria proclamar la anexion *desde lo alto del Quirinal*. La disputa sobre la anexion dividi6 hasta tal punto á los que habian hecho la revolucion, que Garibaldi tuvo que pasar á Palermo por algunos dias para calmar la irritacion de los ánimos. El dictador regres6 á Nápoles despues de dejar al frente del gobierno de la isla al señor Mordini, hombre hábil y enemigo de las anexiones.

En Nápoles llovian los decretos del gobierno, decretos que lo destruian todo sin crear nada, que convertian la administracion en un caos de desorden y confusion. Entre otros decretos disparatados public6se el que conferia á Mr. Alejandro Dumas el empleo de director de los Museos y de las escavaciones de Nápoles; el público recibió con disgusto el nombramiento de este extranjero que el dia de su entrada en la capital de las Dos Sicilias tuvo la *modestia* de alojarse en un palacio Real.

El conde de Cavour alarmado con el creciente poder de Garibaldi y con las prendas que soltaba respecto á Roma, trat6 de neutralizar su influencia por todos los medios posibles; el envío de tropas piamontesas á la capital de Nápoles tenia por objeto secundar los pasos de los partidarios de su política. Cavour tom6 las disposiciones necesarias á fin de que el dictador no intentase nada contra Roma, disposiciones que en el último extremo hubiese apoyado con la fuerza. El antagonismo de Garibaldi y Cavour se hizo público cuando en 18 de diciembre el *Diario oficial de Nápoles* insert6 una carta del dictador, dirigida á un amigo suyo, diciendo que nunca se reconciliaria con el ministerio, y que si bien estaba dispuesto á sacrificar todos sus resentimientos en aras de la patria, jamás

tenderia su mano á los hombres que habian humillado la dignidad nacional y vendido una provincia italiana. Antes de esta declaracion ruidosa el dictador escribió á Victor Manuel diciéndole:—Señor: despedid á Cavour y Farini, dadme el mando de una brigada piemontesa, enviadme á Pallavicino Trivulzio como prodictador, y respondo de todo.» El rey contestó á Garibaldi que era soberano constitucional y que no podia despedir á sus ministros mientras gozasen de la confianza pública.

Reinaba en Nápoles la anarquía en razon de los distintos poderes que obraban separadamente y que se contrariaban siempre que podian; al poco tiempo la presencia de Mazzini en la capital de las Dos Sicilias aumentó mas aquella agitacion por la influencia que este hombre ejercia sobre cierta parte del pueblo. Entre tanto la reaccion, alentada desde Gaeta, empezaba á dar señales de vida y á levantar la cabeza en algunas provincias. Garibaldi se propuso completar la conquista del reino de Nápoles. Despues de publicar un decreto fijando los poderes de los prodictadores trasladóse con sus 14,000 hombres á Caserta y situó sus avanzadas en Santa María. Aunque las fuerzas del dictador eran muy escasas, propúsose apoderarse de Cápua; sus voluntarios pasaron el Vultureo cerca de Cajazzo y flanquearon la plaza encontrándose de este modo cercada por la parte de Gaeta y la de Nápoles. Los napolitanos se retiraron á la ciudad despues de sostener algunas acciones con el enemigo. El 18 el general Türr empeñó una accion para apoderarse de Cajazzo, posicion importante en la cual debia colocarse un puente á fin de cortar las comunicaciones entre Cápua y Gaeta. Una brigada de voluntarios amagó un ataque falso contra la primera plaza para facilitar la colocacion del puente, pero esta fuerza se adelantó demasiado y tuvo que retirarse con algun desórden ante 11,000 napolitanos que salieron de la fortaleza. Esta accion hizo comprender á los voluntarios que quedaban todavía á Francisco II las mejores tropas apoyadas en dos plazas fuertes y que tenian que batirse en adelante con un enemigo respetable.

Los voluntarios que habian acompañado á Garibaldi desde el principio de la espedicion se encontraban muy diezmadados y esto le obligó á cubrir las bajas con gente del país que no eran ni va-

lientes ni subordinados. El ejército napolitano que pensaba organizar el dictador no pasó de proyecto, así es que se presentó delante de Cápua con mucha desventaja respecto al enemigo. El 22 de septiembre salieron de la plaza 8,000 hombres, la mayor parte suizos y bávaros, y atacaron la posición de Cajazzo defendida por 1,000 voluntarios. El jefe garibaldino fué al encuentro del enemigo, pero al retirarse al pueblo acosado por fuerzas tan superiores los habitantes le recibieron á tiros. Los voluntarios lograron mantenerse algun tiempo en Cajazzo en cuyas calles habian construido barricadas y otras defensas; pero la artillería de los napolitanos destruyó todos los obstáculos y los garibaldinos tuvieron que huir dejando 400 muertos en el pueblo y el resto de la fuerza tuvo que salvarse atravesando el rio á nado. Si los generales de Francisco II no hubiesen carecido de entusiasmo y arrojo hubieran podido recobrar á Nápoles á cualquiera hora. Las siguientes palabras del general Salzano, jefe de las fuerzas de Cápua, esplican el estado del ejército napolitano. El general garibaldino Milbite pasó á la plaza á recomendar á los heridos:—«Entre vosotros y nosotros, le dijo el general napolitano, no hay diferencia de opiniones; nosotros nos batimos puramente por deber militar.»

Los patriotas de Nápoles empezaban á desconfiar del resultado de la empresa de Garibaldi y todo el mundo volvía los ojos hácia los piemonteses que se encontraban en Ascoli, en la frontera del reino. El dictador se dejó ganar tambien por la influencia que ejercía aquella opinion, y conociendo que no podía llevar á cabo su obra contra un ejército regular provisto de tantos elementos, se resignó á consentir en la anexion inmediata á la que se opusiera hasta entonces. Desde este momento quedó resuelta la ocupacion del reino de las Dos Sicilias por las tropas piemontesas, y la ocupacion se llevó á efecto penetrando los soldados de Víctor Manuel en un pais amigo sin mediar siquiera la declaración de guerra.

Los dos ejércitos enemigos continuaban en frente el uno del otro separados por el Vulture, cuya corriente dominaban los napolitanos. Los generales de Francisco II acordaron hacer una salida vigorosa para reconquistar la capital. El rey se encontraba en medio del ejército para escitar el entusiasmo de sus soldados. El 1.º de

octubre, á las cuatro de la mañana, dió principio la batalla de Santa María de Caserta que hubiera terminado con la derrota completa de Garibaldi si el señor de Villamarina, accediendo á las reiteradas súplicas de Bixio, no hubiese enviado al campo de batalla las fuerzas piemontesas que habia en Nápoles. Este refuerzo arrancó la victoria de las manos de los soldados de Francisco II que tuvieron que retirarse otra vez á la plaza fuerte de Cápua. Desde este día Garibaldi se mantuvo á la defensiva esperando la llegada de los piemonteses. El día 9 entraron en el reino de Nápoles por los Abruzzos las primeras tropas de Víctor Manuel, mientras que otro cuerpo de 8,000 hombres lo hacia por mar dirigiéndose á Nápoles. La mitad de esta fuerza fué á reforzar á las voluntarios de Garibaldi que estaban á la vista de Cápua. El precio de estos refuerzos era la votacion del plebiscito para la anexion. Despues de los trabajos electorales necesarios, el 21 de octubre el pueblo napolitano votó el plebiscito y Víctor Manuel fué proclamado rey de Italia.

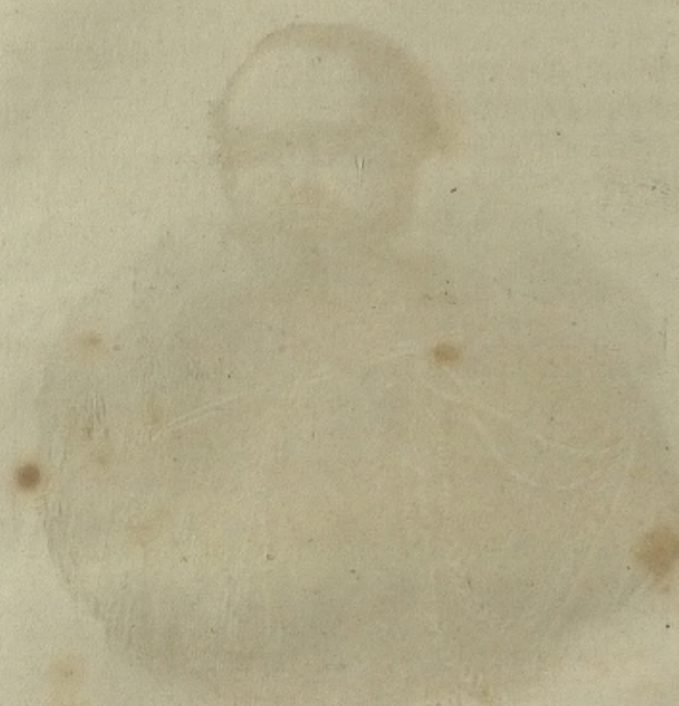
El rey del Piamonte se dirigió á Nápoles por los Abruzzos. El 28 llegó á Cápua en donde encontró á Garibaldi. El soberano y el general que aumentaba sus dominios con diez millones de almas y un territorio vastísimo, pasaron por delante de las tropas cogidos de la mano y los soldados parecian aplaudir este buen acuerdo con entusiastas vivas.

Francisco II desde la plaza de Gaeta enviaba á las grandes potencias notas y protestas contra todos los actos del gobierno invasor. Estas notas eran recibidas con indiferencia, pues la mayor parte de ellas quedaban sin contestacion. Solamente el último despacho del gobierno de Gaeta obtuvo una satisfaccion de alguna importancia, puesto que la Francia se negó á reconocer el bloqueo de aquel puerto declarado por el almirante Persano. El objeto de Francia con esta medida, mas que asegurar una retirada á la corte de Francisco II, como decia, tendia seguramente á retardar ó hacer imposibles los proyectos que Garibaldi formára contra el Véneto, proyectos que el dictador habia aplazado despues de grandes esfuerzos hasta el mes de marzo de 1861.

Desde la llegada de los piemonteses habia enfrente de Cápua un ejército de 30,000 hombres y 16 baterías. La intervencion de las



VICTOR MANUEL.



LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF CHICAGO

tropas regulares habia cambiado completamente el aspecto de las operaciones; las cosas se hicieron desde entonces militarmente. El dia 15 de octubre los sitiados, en número de 8,000 hombres, hicieron una salida conducidos por el general Re; despues de un combate de dos horas y media los napolitanos fueron rechazados al interior de la plaza, abandonando las posiciones exteriores que conservaban en las orillas del Vulturno. Los generales napolitanos habian tomado sus disposiciones para concentrar todas sus fuerzas en las inmediaciones de Gaeta. Para verificar este movimiento el 25 volvieron á atacar á los piemonteses, pero con tan mala fortuna que dejaron en sus manos dos cañones, una bandera y ochocientos prisioneros, entre ellos el general Scotti. Al dia siguiente se repitió el ataque en presencia de Francisco II, y el resultado fué perder otros seiscientos prisioneros sin contar un gran número de muertos y heridos.

El 27 los napolitanos se establecieron en la línea de Garellano, dejando en Cápua la guarnicion necesaria. Los piemonteses pasaron el Vulturno por Venafro y Cajazzo, y cortando de este modo la comunicacion de la plaza hacian inevitable su rendicion. El 1.º de noviembre á las cuatro de la tarde los piemonteses empezaron el bombardeo contra Cápua; á las dos de la mañana del dia siguiente el general sitiado firmó la capitulacion con el jefe piemontés della Rocca. La guarnicion, compuesta de 10,000 hombres, salió de la plaza con los honores militares. El sitio duró cuarenta y ocho dias; Cápua no hubiese sucumbido seguramente sin la presencia de las tropas regulares del Piemonte.

Los esfuerzos de los sardos debian dirigirse entonces contra el último asilo de la dinastía borbónica. El 3 de noviembre la division del general de Sonnaz se apoderó de tres pasos en el Garellano por los cuales el ejército piemontés atravesó este rio al dia siguiente. Los napolitanos se retiraron hácia Gaeta siguiendo la orilla del mar á la vista de la escuadra piemontesa; el almirante sardo no pudo hostilizarlos á causa de la presencia de la escuadra francesa que no permitió hacer fuego á los buques piemonteses. Sin empeñar ninguna nueva accion, el general de Sonnaz ocupó á Mola de Gaeta, pueblecillo situado á poca distancia de la plaza. Los movimientos

estratégicos de los sardos obligaron á penetrar en el territorio pontificio una division napolitana compuesta de 30,000 hombres, 5,000 caballos y 32 piezas de artillería.

Gaeta quedó á los pocos dias sitiada por Cialdini general en jefe del ejército piemontés que penetró en Nápoles por los Abruzzos. Los trabajos del sitio los dirigia el general Menabrea. La presencia de la escuadra francesa en las aguas de Gaeta mantenía abiertas las comunicaciones por mar. Sin embargo, la rendicion de aquella fortaleza era tan solo cuestion de tiempo, y aun cuando se defendió con bastante energía, el cansancio, la escasez de municiones, el permiso concedido últimamente por la Francia para atacarla por mar y cerrarle completamente las comunicaciones, ocasionaron su rendicion el 13 de febrero de 1861. Francisco II se retiró á Roma y los piemonteses quedaron dueños de las Dos Sicilias encargados de hacer frente á la anarquía que imperaba en el reino, á la reaccion que levantaba la cabeza en algunas provincias, y al bandolerismo que se disponia á no dejar que los sardos disfrutasen con tranquilidad la posesion de su fácil conquista.

Retrocedamos un poco á fin de seguir al rey Víctor Manuel desde el campamento de Cápua, en donde le dejamos, hasta su entrada en Nápoles. El 9 de noviembre la capital de las Dos Sicilias recibió á su nuevo soberano en medio de una lluvia terrible. El rey iba en carruaje y tenia á su lado á Garibaldi que llevaba puesta la blusa encarnada y su hongo pardo deslucido por la lluvia y el sol. Los napolitanos hacian mas caso de su héroe favorito que del rey, y los gritos y aclamaciones de la muchedumbre se dirigian á él particularmente. Entre las graves dificultades que rodearon á Víctor Manuel en Nápoles, la mas difícil de resolver era la que ofrecia el dictador con sus planes de emancipacion y la inflexibilidad de su carácter. El rey se manifestaba agradecido y generoso para con él, puesto que le hizo ofrecer desde luego el empleo de capitán general de ejército, la codiciada distincion del collar de la Anunciata, un palacio, una pension para su hijo mayor, el puesto de oficial de órdenes para el segundo, y un dote régio para su hija. Garibaldi rehusó todo lo que podia hacer su fortuna y la felicidad de su familia, y mandó á decir al rey que solo queria la condecoracion de



CIALDINI.



la órden de la Anunciata para sus productadores, y para él el título de lugarteniente de las Dos Sicilias, por espacio de un año, con poderes ilimitados. Esta pretension revelaba los proyectos del dictador contra Venecia y contra Roma. En cuanto al deseo de Garibaldi, el gobierno no podia permitir, sin asumirse una gran responsabilidad, que continuasen por un año mas á la disposicion del dictador y del partido extremo que estaba detrás de él diez millones de habitantes y los recursos de una nacion. Respecto á los productadores, se hizo á Garibaldi la ofensa de rehusar la condecoracion de la Anunciata á Mordini porque participaba de sus miras respecto á las anexiones, mientras que se concedió á su cólega Pallavicino partidario de la unidad. De cuantas cosas se ofrecieron al conquistador del reino de las Dos Sicilias, nada quiso aceptar del gobierno ni del rey; el único fruto de su empresa fué una placa de diamantes que le regalaron los individuos que sobrevivieron de la espedicion de los Mil. El rey le hizo nombrar capitan general de ejército á pesar de su resistencia; pero nada pudo evitar el que Garibaldi se retirase á su quinta de la isla de Caprera, en donde posee una pequeña propiedad que le reditúa la modesta suma de 1,500 francos. Víctor Manuel regresó á Turin á principios de noviembre despues de haber visitado la ciudad de Palermo.

El estado de las Dos-Sicilias cuando Víctor Manuel dejó á la capital puede resumirse en pocas palabras. La reaccion tomaba incremento en las provincias; el bandolerismo se organizaba en numerosas partidas; los pueblos, moralmente decaidos por un régimen que los mantuvo en la ignorancia y en el embrutecimiento, no daban esperanzas de comprender la libertad en mucho tiempo; las exigencias de los que habian contribuido á crear el nuevo órden de cosas no tenian límites, y eran un obstáculo para el ejercicio regular de la administracion; finalmente, la hostilidad de los gobiernos extranjeros manifestada por la ruptura de las relaciones diplomáticas de Baviera y la conducta ambigua del gabinete de las Tullerías, multiplicaban las complicaciones en torno de la lugartenencia de Nápoles y del gobierno de Turin.

La salida de Garibaldi de Nápoles dejó un gran vacío en el país; parecia que su nombre y su popularidad eran el dique que mantenía

aprisionadas todas las quejas, todas las ambiciones, todas las exigencias y hasta las oposiciones que iban á nacer despues. Para comprender lo que fué el dictador en la capital de las Dos-Sicilias y el poder que ejercia su persona, es preciso que le dediquemos el siguiente capítulo especial.

Garibaldi en Nápoles.—Las dos oposiciones del país.—Los partidos despues de la marcha del dictador.

La audaz aventura de Garibaldi fué una sorpresa, una especie de calaverada en cuyo éxito nadie creia; aun despues de su triunfo muchos se preguntaban si era verdad que habia llegado á Nápoles y derribado una monarquía secular. Quien mas que nadie creia en la marcha triunfal de Garibaldi era el pueblo bajo de las Dos-Sicilias y de toda la Italia, esos hombres de imaginacion exaltada que tenian al héroe de Marsala por algo mas que un hombre. La existencia azarosa del dictador; sus aventuras por mar y tierra; sus combates y sus naufragios; las proezas que de él se contaban, aun cuando algunas estuviesen basadas en la fábula, rodearon á Garibaldi de una aureola que deslumbraba al pueblo que lo contemplaba. La mezcolanza de sus soldados, la blusa encarnada, los recuerdos de Velletri, exagerados por el pánico de un ejército que se habia dispersado á la vista de algunos cuerpos francos sin instruccion ni disciplina, eran cosas mas que suficientes para que los napolitanos creyesen que allí donde iba Garibaldi, allí estaba la victoria. No eran pocos los fanáticos que juraban que el héroe popular despues de un combate sacudia su blusa encarnada de la cual caian las balas que habian respetado su persona.

Además, habia otro sentimiento propicio generalmente á los célebres aventureros; este sentimiento era el miedo. Garibaldi, segun sus amigos, cree, y tal vez no sin razon, que el miedo gobierna el mundo. El miedo tuvo una gran parte en los triunfos de Garibaldi. El miedo y la traicion disolvieron á su vista un ejército bien organizado y le permitieron entrar casi solo en la capital de las Dos-Sicilias.

Aquí empezaron realmente las dificultades de Garibaldi y desde aquel momento en adelante podían naufragar tal vez en horas los triunfos y la gloria de toda su vida. El grueso del ejército napolitano se encontraba á dos horas de la capital y habia una parte de él, los cazadores bávaros, que avergonzados de lo que habian hecho sus compañeros desde Reggio á Nápoles, pedían que se les condujese contra las fuerzas del dictador. Los bávaros acreditaron que sus deseos eran verdaderos. Los triunfos de Garibaldi cesaron en la línea del Vulturno, y el 1.º de octubre de 1860 el rey de Nápoles hubiese vuelto á recobrar su capital si en el momento más crítico de la batalla las fuerzas piamontesas que habia en Nápoles no hubiesen decidido la victoria contra los soldados de Francisco II.

Sin embargo, como de costumbre, la gloria de la jornada fué para Garibaldi. Tal era la fé que el pueblo tenia en la buena estrella del dictador que ni siquiera se apercibió del peligro que corriera el pronunciamiento contra la dinastía borbónica el día de la batalla de Santa María de Caserta. Durante el bloqueo de Cápua, todo el tiempo que el ejército de Garibaldi estuvo en la orilla del Vulturno, las operaciones militares tuvieron entretenido al pueblo napolitano y mantuvieron cerrada la boca de los partidos cuyos gefes, hasta entonces emigrados, acudieron á la capital después de la entrada del dictador. Este silencio y esta tregua duraron hasta la llegada de Víctor Manuel á Nápoles. Entonces pareció que la presencia del rey volvía al pueblo y á los partidos al camino de la reflexión, y la reflexión les condujo naturalmente á pensar en lo porvenir.

Este porvenir podía ser halagüeño para algunas individualidades á quienes la anexión debía elevar á muy altos destinos y colmar de honores, pero para la gran masa del pueblo, que iba á ser absorbida por otro pueblo de carácter y costumbres diferentes y que se esponía á perder mucho sin saber siquiera lo que podía ganar, la llegada de Víctor Manuel era un motivo de retraimiento y de meditación. Oscurecido por la presencia del rey de Cerdeña, el astro que deslumbrara á los napolitanos y que servía de núcleo á todos los partidos, dejó de ejercer su influencia sobre ellos. Con la desaparición de Garibaldi de la escena pública los partidos volvieron á pensar en sus doctrinas, á recordar sus aspiraciones, empezaron á

pasar revista á su gente y á ponerse á la expectativa. Al dia siguiente de la llegada de Víctor Manuel á la capital de las Dos-Sicilias se manifestaron dos oposiciones, la una entre los letrados y la otra entre el pueblo, oposiciones que se definieron mas de dia en dia. Dejemos que las describa un autor contemporáneo, testigo de los sucesos que en aquella fecha ocurrieron en la capital del reino de Nápoles.

«Tratemos, dice el autor mencionado, de poner de manifiesto estas dos oposiciones. Conozco que pongo el pié en una pendiente muy resbaladiza, pero el medio mejor para no tropezar es marchar por ella con resolucion. Voy pues á hablar con completa franqueza; tengo bastante esperiencia para saber que la suprema habilidad es la sinceridad perfecta.

»La oposicion de los letrados (no digo de la clase media porque esta palabra seria impropia en Nápoles) tuvo por origen mil razones distintas, pero fueron las principales pasiones de localidad y ambiciones no satisfechas. Habíase apoderado del poder una camarilla influyente compuesta en su mayor parte de emigrados. Estas víctimas de 1848 eran los patriotas mas considerados de las Dos-Sicilias. Dispersados por toda la Europa, pero reunidos en el Piamonte en número considerable, habian encontrado en este país no solamente un refugio, sino una acogida simpática y generosa. En el destierro es casi una necesidad conspirar poco ó mucho; los emigrados napolitanos conspiraron, si bien con moderacion. Conducidos primeramente por Manin, que los dirigia desde Paris, aconsejaron á sus compatriotas la resistencia legal. Escribieron manifiestos y *memorandums* en los cuales pedian á la Europa á Fernando II gobernando con instituciones liberales. Manin murió, y Fernando continuó siendo el mas absoluto de los monarcas. Entonces los emigrados fundaron sus esperanzas en Francisco II, algunos de ellos en Murat, aunque este pretendiente tenia las manos atadas por la Inglaterra. Respecto á Francisco II, tan luego como subió al trono, anunció que seguiria el sistema de su difunto padre.

»Sin embargo, la emigracion se habia robustecido. Antes de su muerte Fernando II habia entreabierto las puertas de la cárcel á algunos políticos eminentes. El baron Poerio se habia evadido de ella

con sus compañeros de infortunio. Su historia es muy reciente todavía. Deportado á América, tuvo la feliz ocurrencia de hacer escala en Irlanda desde donde se dirigió á Turin. Poerio habia estado en relaciones con los proscritos de toda la Europa; á pesar de ser presidario no habia cesado un instante de conspirar, y él era el que dirigia á los patriotas de Nápoles. Poerio les contenia desde el interior del presidio, y sin embargo de arrastrar un grillete les decia que esperasen.

»Con la llegada de Poerio y sus compañeros de destierro á Turin, la emigracion se encontró allí completada, constituyendo una falange compacta, célebre y formidable mas que todo por sus infortunios. La emigracion se habia desengañado respecto á Fernando lo mismo que sobre Francisco II y Murat; habiendo crecido y prosperado bajo la proteccion del Piamonte se habia hecho piamontesa. La campaña de Lombardía, la anexion de los Ducados, de las Legaciones y de la Toscana, bosquejó de repente á la vista de todos la imágen tanto tiempo soñada, y desechada tantas veces como una ilusion fatal, de la Italia una.

»Cuando Francisco II promulgó la Constitucion y la amnistía, los emigrados se presentaron en Nápoles en tropel para fomentar con toda la fuerza de su influencia la desconfianza universal y por eso nadie puso fé en las concesiones del jóven soberano por creerlas hijas de la necesidad. La emigracion hizo prevenir á Garibaldi, que se encontraba todavía en Sicilia, y hasta trató de sublevar el país sin su intervencion; los cañones del fuerte de San Telmo hicieron fracasar aquella tentativa. Resignáronse entonces los emigrados á apoyar al dictador y á dirigir el comité secreto. Gracias á ellos, desde el momento de su llegada al continente, Garibaldi encontró no tan solo un pueblo dispuesto, sino un ministerio formado.

»He insistido en los precedentes de los *consorti*, como se les llama aquí, para ser justo. He querido dar á conocer sus servicios antes de combatir sus errores; debo añadir que quizá salvaron el país durante la dictadura, pues tuvieron el valor y la fuerza suficientes para contener la revolucion. Tal vez sin ellos la revolucion hubiera ido á estrellarse contra las fronteras romanas. Los emigrados llamaron á voz en grito á Víctor Manuel.

»Ya en Nápoles el rey del Piamonte, los emigrados fueron los dueños de la situación y quizá abusaron un poco de su poder. No quiero hacerme aquí eco de la prensa apasionada, como no quiero creer tampoco ni en la venalidad ni en el favoritismo de los nuevos señores. Creo sí, que se sometieron demasiado ciegamente á la corte de Turin, y que la corte de Turin apreciaba mal la cuestión de Nápoles.

»Hé aquí esta cuestión explicada en dos palabras. Los napolitanos habian declarado con su plebiscito que su voluntad era de reunirse á la Italia única bajo el cetro constitucional de Víctor Manuel. Turin comprendió que los napolitanos pedian ser anexionados y asimilados lo mas pronto posible. Este es el motivo verdadero del desacuerdo y del descontento.

»Los *consorti* pusieron su mano en todo no pensando sino en apresar la absorcion de Nápoles dentro del nuevo reino de Italia. La tarifa de Aduanas quedó cambiada de la noche á la mañana, medida de que se resentirá por largo tiempo la industria local. Modificáronse los Códigos en sentido piamontés, y esto causó un amargo pesar á los jurisconsultos del país, que encontraban excelentes sus leyes, y que si algo echaban en cara al gobierno borbónico era que no las hiciera cumplir. En casi todos los ramos de la administración se cambiaron los nombres y se conservaron las cosas, mientras que el supremo arte, después de una conquista, consiste en cambiar las cosas conservando los nombres. En vez de hacer insensible la transición, tratóse de hacerla sentir todo lo posible, acrecentando el poder de Turin á costa de Nápoles. Dióse toda la importancia á la capital en lugar de suavizar su peso, y esta fué una falta enorme, tanto mas cuanto esa capital apartada, desconocida, casi extranjera, era en cierto modo una capital intrusa que no tenia otro mérito que el de dar asilo al rey.

»Hé aquí explicadas en pocas palabras las quejas de la oposición de los letrados. Uniéronse á estos descontentos los hombres acomodados, los cuales, no teniendo mas política que sus negocios, acusaban al poder de dilapidaciones que no se cometian, y los impacientes, siempre numerosos, que exigen de toda revolución beneficios instantáneos y que la condenan si estos beneficios se hacen esperar.

Nápoles tenía necesidad de escuelas, de hospicios, de cárceles, de calles, de carreteras, de caminos de hierro, de puertos, de faros, de todo. En vez de esto diéronsele tan solo leyes inoportunas y prematuras; la oposicion se estendió y se fué háciendo general, y quiero decir con esto que los creyentes, los optimistas y los satisfechos, se encontraron pronto en minoría.

»Sin embargo, esta oposicion, téngase presente, permaneció conservadora, no pidió ni reaccion ni revolucion, ni á Francisco II ni á Mazzini; quejábase del Piamonte sin pensar en separarse de la Italia. Hé ahí como se esplica que un pais descontento enviase al Parlamento diputados ministeriales. Apesar de su disgusto, esos hombres conocidos, ilustrados y moderados, eran los que representaban mejor la opinion pública; los liberales avanzados causaban miedo y casi repugnancia, puesto que la mayor parte eran patriotas calaveras, incultos y violentos, y además ignorados.

»La oposicion carecia de color, era puramente napolitana. Su conducta en las Cámaras es la mejor prueba de ello; los napolitanos que interpelaron al ministerio acerca de los asuntos de su pais pertenecian á todas las opiniones: los habia de la izquierda y de la derecha. Todos sus discursos fueron de un municipalismo muy subido; el municipalismo es la verdadera opinion, el verdadero partido de Nápoles. El mas municipalista de todos los napolitanos es el señor Ricciardi, el orador que con mas frecuencia ha llamado la atencion de la Cámara esponiéndole las quejas de su pais. El señor Ricciardi se cree republicano y se engaña: no es mas que napolitano.

»He dicho ya todo cuanto debia de la oposicion letrada. Réstame ahora describir la oposicion popular, oposicion mas franca y mas viva, pues declara sin embozo que no quiere á los piamonteses ni á Víctor Manuel.

»La clase popular de Nápoles siente contra los piamonteses la aversion de los meridionales hácia la gente del Norte. El contraste era demasiado brusco y violento entre las blusas encarnadas y los capotes grises. Despues de los voluntarios ardientes, alborotadores, pintorescos, gloriosos, hombres que arrojaban el dinero á puñados como si tratasen de vivir bien antes de morir de un balazo;

despues de esos bohemios heróicos llegaron de pronto soldados instruidos, disciplinados, pacíficos, sóbrios, pobres y frios. Los recién venidos paseaban á pié, bebían poco y apenas fumaban, así es que no podían ser muy útiles á los pobres; no tenían mas que un uniforme y los domingos vestían lo mismo que los demás dias de la semana; no voceaban cuando paseaban por las calles, parecían plantas exóticas bajo el cielo de Nápoles; además hablaban una lengua casi francesa. El pueblo se alejó de estos hombres taciturnos vestidos de color pardo, y los piemonteses, como en otro tiempo los suizos, formaron una familia separada.

»La oposicion popular fué todavía mas injusta con el rey. Cuando Víctor Manuel se presentó en Nápoles cometió un grande error olvidando los galones y los bordados de oro; no desenvainó su espada y llevaba botas muy bajas: el pueblo se entusiasma por los grandes sables y las botas de montar. En una palabra, el rey *galantuomo* en nada se parecia á Murat sino en lo valiente; pero el valor no produce efecto en Nápoles sin plumero.

»Hubo todavía motivos mas graves de oposicion; el pueblo no ha comprendido nunca bien lo que Víctor Manuel fué á hacer en Nápoles. La cuestion italiana le parece complicada, apenas empieza á explicársela y la ha mirado siempre con frialdad. En el primer momento el pueblo napolitano solo vió una cosa: que venia el rey y que se iba Garibaldi. La marcha triste, solitaria, oscura del que habia sido dueño de Nápoles y dado nueve millones mas de habitantes á su soberano, causó pena. Vióse en esto una injusticia manifiesta, una ingratitud cruel; así á lo menos lo creyeron los garibaldinos descontentos. Olvidose el objeto de la revolucion, la decision del plebiscito, y repitióse por do quier (y se dice todavía entre el pueblo bajo) que Víctor Manuel, tercero en discordia, habia ido á apoderarse de Nápoles y arrojar del reino á Garibaldi como este habia arrojado á Francisco II.

»Estos fueron los motivos de la oposicion popular. Los que han hablado de otros los han inventado. Decir que el ex-lazzaroni es jacobino ó republicano, es confesar que nunca se ha puesto el pié en este pais; no se trata aquí de principios ni convicciones, sino de simpatías ó antipatías.»

Convenimos en que solo un hombre fué verdaderamente poderoso y popular en Nápoles; este hombre fué Garibaldi. Su prestigio se hubiese gastado probablemente pronto, el mismo día que el dictador hubiese tratado de organizar aquel desconcierto. Cuando agotados todos los recursos y los fondos de las sociedades particulares hubiera tenido que cerrar su mano pródiga, cuando el omnipotente pueblo de Nápoles hubiese tenido que doblar su cerviz á una ley cualquiera y la justicia pedir cuentas de hechos que cubriera hasta entonces el túpido velo de la revolucion, el mito, el ídolo popular se habria desvanecido para hacer lugar al hombre, cuya propia dignidad le hubiera obligado á ser jefe y como tal severo aunque justo. Garibaldi, héroe al principio para todo, hubiese sido poco á poco apóstata para algunos, tirano para muchos, déspota para todos. Esta ha sido, es, y será siempre la escala descendente de los héroes populares á quienes el viento de la revolucion ha empujado hasta dejarles en la mas elevada cúspide de la pirámide social.

Garibaldi tuvo la suerte de no tener tiempo para gastarse en su posicion; debe agradecer siempre al que le ofreció la oportunidad de dar una gran muestra pública de modestia y de salir oculto, silencioso é ignorado, pero tribuno, por la opuesta puerta por la cual entraba con brillo y estrépito la monarquía. El día de la salida de Garibaldi de Nápoles se advirtió en el país un descontento casi general: arriba, por espíritu de contradicción y de municipalismo; abajo por la compasión que causara al pueblo, que revela generalmente en masa sentimientos generosos, la retirada del solitario de Caprera.

El partido borbónico en acecho siempre á fin de sacar todo el provecho posible de las mas insignificantes circunstancias, se propuso explotar estas disposiciones. El clero napolitano, tratado con tanto desacato por la revolucion y con tanta rudeza é injusticia por el gobierno, se mantuvo borbónico por resentimiento y por interés. Solo algunas individuales del bajo clero y el obispo de Ariano abrazaron el partido del Piamonte. Los motivos que para esto tuvieron no los sabemos ni queremos indagarlos seguros de encontrar en el fondo alguna cosa demasiado mundana.

Desde el momento de la salida de Garibaldi de Nápoles empeza-

ron los robos y las violencias en los campos y en las ciudades, especialmente en la capital. Organizáronse comités borbónicos, se reunían armas, se acumulaban municiones y hasta se acuñaba moneda con el busto de Francisco II; pero una moneda que no tenía la mitad del valor intrínseco que aparentaba. Los agentes borbónicos reclutaban gente en todo el reino inclusa la capital.

El gobierno se preparó á hacer frente á esta oculta tempestad que rugía bajo sus piés y recelando del clero inauguró contra él una serie de vejaciones y de actos de hostilidad. Al propio tiempo se vigiló á la nobleza y se prendió al duque de Cajaniello, ex-embajador de Francisco II en Paris, acusado de mantener correspondencia con el rey destronado. Los comités borbónicos, como habia sucedido en épocas anteriores, asalariaron al bandolerismo haciéndole tomar un color político y una bandera que no tenia. La reaccion se procuró de esta manera un núcleo de hombres armados y organizados á su modo. Los bandoleros desde entonces tuvieron un pretexto á su parecer legal para saquear é incendiar las propiedades de los partidarios de Víctor Manuel y de fusilar á los dueños si se les antojaba. Las partidas se aumentaron en poco tiempo engrosadas por los soldados licenciados temporalmente, que se morían de hambre en los pueblos, y con los reclutas que les eniaban los comités. Como por encanto se vieron salir á campaña las partidas de Somma, montaña contigua al Vesubio, las de Nolla, las del Gárgano y las de las Calabrias. Estallaron desórdenes en todas partes, y en la Basilicata el movimiento reaccionario tomó una actitud alarmante. La reaccion verdaderamente borbónica desapareció despues de sus primeros esfuerzos, luego que se convenció de que Francisco II no era capaz de reconquistar su trono ni de arrojar á los piamonteses del reino de Nápoles; pero quedó el bandolerismo tremolando en su mano la bandera que arrojára la reaccion. Estudiemos pues el bandolerismo napolitano en su origen y despues de comparar sus hechos podremos decir si perdió algo de su primitivo carácter al presentarse á fines de 1860 en el pais enarbolando una bandera política.

PRÍNCIPES Y SOBERANOS DE LAS DOS SICILIAS.

Príncipes normandos franceses.

TANCREDO, conde de Hauteville, descendiente en 5.º grado de Roberto, duque de Normandía.

Duques de Pulla y Calabria.

ROBERTO GUISCARDO, hijo de Tancredo, duque de Pulla y de Calabria, muerto en 1055.
ROGER, muerto en 1111.
GUILLERMO (William) muerto sin hijos, en 1127.

Reyes de Nápoles y de Sicilia.

ROGER II (hijo de Roger, conde de Sicilia, muerto en 1111; hijo de Tancredo) duque de Pulla, 1127; primer rey de las Dos Sicilias, 1130, muerto en 1154.

ROGER, duque de la Pulla, muerto en 1148. GUILLERMO I (El malo) rey en 1154, muerto en 1166, CONSTANZA, esposa del emperador Enrique VI.

TANCREDO, hijo natural, usurpa el trono en 1189 y muere en 1191, GUILLERMO II (El bueno) rey en 1166, muere en 1189.

GUILLERMO, proclamado rey en 1191, cae en poder de Enrique VI, muere en 1198.

DINASTÍA SUABA.

Reyes de las Dos Sicilias de la casa de Hohenstafen.

ENRIQUE I, (Enrique VI emperador de Alemania) rey en 1189, muerto en 1197. Casó con CONSTANZA, hija de Roger II, heredero del reino.

FEDERICO I (II rey de las Dos Sicilias, en 1198, rey de Alemania en 1212, muerto en 1250

CONRADO, rey en 1250, muerto en 1251.

CONRADO II, llamado CONRADINO, rey en 1254, decapitado en Nápoles en 1268.

MANFREDO, hijo natural proclamado rey en 1258, derrotado y muerto en Benevento en 1266.

CONSTANZA, casa con Pedro III, rey de Aragón en 1262.

El reino es confiado al gobierno de los vireyes.

DINASTÍA FRANCESA.

Reyes de Nápoles de la casa de Anjou.

(1266-1435).

1266.—CARLOS I DE ANJOU, (hermano de S. Luis) conde de Anjou y de Provenza, rey de las Dos Sicilias; investido por el Papa en 1266; pierde á Sicilia en 1282, muere en 1285.

1285.—CARLOS II (El Cojo) rey en 1285, muere en 1369.

1309.—ROBERTO (El Prudente) muere en 1343. FELIPE, príncipe de Achacia y de Tarento, muerto en 1332. JUAN, duque de Duras, muerto en 1335. CARLOS, duque de Duras, 1348. LUIS de Gravina.

1343.—JUANA I, estrangulada en 1382: casó primero con Andres de Hungría estrangulado en 1345: 2.º con LUIS DE TRENTO (su primo) rey en 1352, muere en 1362. MARGARITA, muere en 1412 casada con su primo. CARLOS III, rey en 1382, muere en 1386.

1386.—LADISLAO (El magnánimo) rey de Nápoles, 1386; muere en 1414. JUANA II, reina en 1414 muerta en 1435. Instituye heredero á RENE de Anjou, duque de Lorena,

DINASTÍA ESPAÑOLA.

Reyes de Sicilia y de Nápoles de la casa de Aragon.

1441.—ALFONSO I (V) rey de Aragon, se erige en heredero y sucesor de Juana II, muerto en 1458.)

1458.—Fernando I, hijo natural, legitimado por el Papa.

1494.—ALFONSO II, muerto en 1495. FEDERICO II, rey en 1496, destronado en 1501, muerto en 1504.

(En 1282 Pedro I (III) rey de Aragon, fué hecho rey de Sicilia con motivo de las Visperas sicilianas, y esta dinastía continuó reinando en Sicilia (al mismo tiempo que la dinastía de Anjou reinaba en Nápoles) hasta FERNANDO II (III) EL CATÓLICO rey de Sicilia y Aragon (1479) que se apoderó del reino de Nápoles en 1504 y murió en 1516.

JUANA LA LOCA, hija de los reyes católicos, heredera de la monarquía española, casó con Felipe de Austria, hijo del emperador Maximiliano, 1493, y llevó el reino de las Dos Sicilias á la casa de Austria. Carlos V, su hijo, reunió en sí toda la monarquía.

El reino de las Dos Sicilias continuó, durante dos siglos formando parte de la monarquía española: CARLOS V, que abdicó en 1556;—FELIPE II, muerto en 1598—FELIPE III, muerto en 1621.—FELIPE IV, muerto en 1665.—CARLOS II, muerto sin sucesion en 1704. Instituyó heredero suyo á *Felipe de Francia*, duque de Anjou. Durante estos dos siglos el reino de Nápoles fué gobernado por vireyes.

La guerra de sucesion dura de 1700 á 1713. Por la paz de Utrecht (1713) la rama de los Borbones queda excluida de Italia. Nápoles pasa á la rama alemana (descendiente de Fernando I, hermano de Carlos V) de la casa de Austria. CARLOS VI (hijo del emperador Leopoldo I) renuncia al trono de las Dos Sicilias en 1738.

Reyes de las Dos Sicilias de la casa de Borbon,

1734.—Carlo Borbone (Carlos VII, hijo de Felipe V y de Isabel Farnesio) duque de Parma, 1731. Coronado en Palermo en 1734. Queda reconocido su título por el tratado de Viena de 1738. Rey de España en 1759. Abdicó el trono de Nápoles á favor de su tercer hijo.

1756.—FERNANDO IV, no toma las riendas del gobierno hasta 1767. Por el tratado de Viena toma el título de Fernando I, rey del reino unido de las Dos Sicilias.—Casó primero con Carolina hija del emperador Francisco I y despues, en 1814, con la duquesa de Florida.

FRANCISCO, príncipe real.

FERNANDO II, nacido en 1810, sucede á su padre en 1830.—Casa: 1.º en 1832 con María Cristina, hija del difunto Víctor Manuel, rey de Cerdeña, muere en 1836: 2.º, en 1837, con María Teresa Isabel, hija del difunto Carlos, archiduque de Austria, muere en 1859.

FRANCISCO II, hijo de Fernando II y de María Cristina, nacido en 1836. Sucede á su padre en 1859. Casó en 1859, con María, Sofía, Amelia; hija de Maximiliano José duque de Baviera. Fué destronado en 1860.

DINASTÍA DE LA CASA DE SABOYA CARIGNAN.

VICTOR MANUEL II (I), nacido en 1820. Sucedió á su padre en el trono de Cerdeña en 1849. Casó en 1842 con María Adelaida, hija de Reniero archiduque de Austria, y quedó viudo en 1853. En 1860, espulsado Francisco II, el reino de las Dos Sicilias pasó á formar parte de los estados del rey de Cerdeña.

PROCES-VERBAUX DE LA SOCIÉTÉ DE LA VILLE DE PARIS

Le 15 Mars 1884, à 8 heures du soir, s'est réunie la Société de la Ville de Paris, sous la présidence de M. le Président, pour discuter le rapport de M. le Secrétaire sur les travaux de l'année 1883.

M. le Président a lu le rapport de M. le Secrétaire, qui a été adopté par acclamation.

M. le Secrétaire a ensuite lu le rapport de M. le Trésorier, qui a été également adopté par acclamation.

M. le Président a proposé de remercier M. le Secrétaire et M. le Trésorier de leur dévouement et de leur zèle.

M. le Secrétaire a répondu qu'il se félicitait de l'approbation de ses collègues et qu'il se réjouissait de leur confiance.

M. le Trésorier a également répondu, exprimant sa satisfaction de pouvoir rendre compte de sa gestion devant ses collègues.

M. le Président a proposé de lever la séance, qui a été levée à 9 heures.

PROCES-VERBAUX DE LA SOCIÉTÉ DE LA VILLE DE PARIS

Le 22 Mars 1884, à 8 heures du soir, s'est réunie la Société de la Ville de Paris, sous la présidence de M. le Président, pour discuter le rapport de M. le Secrétaire sur les travaux de l'année 1883.

M. le Président a lu le rapport de M. le Secrétaire, qui a été adopté par acclamation.

M. le Secrétaire a ensuite lu le rapport de M. le Trésorier, qui a été également adopté par acclamation.

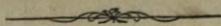
M. le Président a proposé de remercier M. le Secrétaire et M. le Trésorier de leur dévouement et de leur zèle.

M. le Secrétaire a répondu qu'il se félicitait de l'approbation de ses collègues et qu'il se réjouissait de leur confiance.

M. le Trésorier a également répondu, exprimant sa satisfaction de pouvoir rendre compte de sa gestion devant ses collègues.

M. le Président a proposé de lever la séance, qui a été levée à 9 heures.

EL BANDOLERISMO ANTIGUO.



EL BANGOLERISMO ANTICUO.

ORÍGEN DEL BANDOLERISMO.

Basta abrir la historia para convencerse de que el bandolerismo ha existido en todos tiempos en las provincias centrales y meridionales de la Península itálica. En Nápoles no han faltado nunca partidas mas ó menos considerables de bandidos en todas épocas, bajo todos los reinados, bajo todas las dinastías, desde las invasiones de los sarracenos y de los normandos hasta nuestros días.

En Nápoles todo parece á propósito para favorecer y mantener el bandolerismo, plaga incurable de algunas provincias del reino. La configuracion del pais cruzado en todos sentidos de valles solitarios, estos mismos valles surcados á su vez de barrancos y el todo dominado por gigantescas montañas coronadas de peligrosos despeñaderos, morada de las águilas, ó cubiertas de bosques vírgenes refugio seguro del bandido.

La indolencia de los diferentes gobiernos que desde la edad media han venido reinando sobre un pueblo sóbrio y de muy pocas necesidades, les inclinó á gobernar con el menos trabajo posible, así es que nada ó muy poco hicieron para sacar al pais de su embrutecimiento moral, ni llamarle á la actividad intelectual de los demás pueblos del resto de Europa.

Unos habitantes nacidos bajo un cielo hermoso y criados sobre un terreno fértil de sí que produce lo necesario para su subsistencia sin

exigirles en cambio grandes sudores, unos hombres á los cuales su aislamiento en las localidades donde vieron la luz no permitió conocer las comodidades ni los goces que engendran el trato y la comparacion, se conformaron fácilmente con la pobreza que les rodeaba y en nada mas pensaban cuando habian satisfecho las necesidades materiales de la vida. Los gobiernos los dejaron encerrados en sus comarcas sin abrirles las vias mas indispensables de comunicacion, esas salidas que poniendo en movimiento al hombre le presentan nuevos horizontes sugiriéndole la idea de esplotar tesoros sobre los cuales hasta entonces su vista se fijara con indiferencia.

Escepto en las grandes poblaciones del litoral napolitano, á las cuales el tráfico exterior ha dado vida, el resto del pais es agrícola, y aun en este terreno los cultivadores no conocen mas reglas que la rutina que aprendieron de sus padres. Gran número de individuos á quienes hasta falta la fuerza de voluntad suficiente para entregarse á las fáciles tareas del cultivador napolitano, prefieren la vida nómada y errante de los pastores, y pasan el verano en las mesetas de las elevadas montañas en medio de un aislamiento salvaje. Estos pastores guardan sus rebaños y al mismo tiempo están al acecho en las orillas de los caminos por si pasa algun viajero imprudente ó curioso que vaya mal acompañado.

El napolitano, como todos los hombres de los países meridionales, está dominado por dos pasiones imperiosas, el amor y la venganza, y de ahí la multitud de crímenes que en todos tiempos se cometieron en el reino de Nápoles y el que sus autores, pobres ó ricos, ilustrados ó ignorantes, huyesen á la montaña para evadirse de los rigores de la justicia. El jóven que por celos ha degollado al objeto de su cariño ó que ha metido una bala en el cuerpo de su rival, sabe que su única salvacion está en esos montes inaccesibles donde no alcanza el brazo de la ley.

Aquel á quien un crimen obliga á huir del hogar paterno no puede errar mucho tiempo solo sin esponerse á caer en manos de la justicia ó á ser víctima de la desconfianza del bandido que profesa la doctrina de que quien no está con él está contra él. Por eso el hombre que comprometido á causa de uno de esos momentos de

exasperacion ha huido á las montañas no tiene otro recurso que hacerse bandido.

El bandolerismo ha tenido en Nápoles sus períodos de auge y de decadencia, pero nunca se manifestó tan pujante como en el tiempo del feudalismo. En ningun punto de Europa el feudalismo fué mas numeroso ni su poder mas grande que en el reino de las Dos Sicilias, y esto es quizás debido á que la Italia meridional fué mas ocasionada á guerras que los demás países. Nápoles tuvo entre otros el feudalismo normando, el feudalismo tudesco y el feudalismo español. Por eso el feudalismo echó en el reino de Nápoles raíces tan profundas que no ha sido posible hasta ahora arrojarlo completamente del país.

Verdad es que los señores, gracias á la aparicion de algunos ministros político-filósofos y á la accion de algunas leyes impregnadas de cierto espíritu liberal, se vieron obligados á renunciar una parte de sus privilegios; verdad es que la civilizacion que penetró hasta en los países mas atrasados de Europa hizo tambien en el reino de las Dos Sicilias algunos progresos. Sin embargo, estos progresos fueron tan insignificantes que en Nápoles no lograron crear un pueblo como ha sucedido en otras naciones; y no podia formarse alli este pueblo por que ninguno de los grandes acontecimientos que trastornaron la sociedad en algunos de los grandes pueblos de Europa no cambió siquiera la condicion de los señores napolitanos. El incremento del bandolerismo en el reino de Nápoles en tiempo del feudalismo puede atribuirse en gran parte al despotismo y á las injusticias de los señores. Ese pueblo maltratado por el rigor feudal, esquilmdo por las crecientes pretensiones del poderoso, sin poseer en este mundo mas que el sentimiento moral de la familia, espantado por el rigor de las leyes, embrutecido por la ignorancia y por la supersticion, no podia vivir sino en un estado convulsivo, en un desórden permanente. Amenazado siempre por algun peligro desconocido, el hombre que revelaba alguna dignidad, algun sentimiento de independenciam, no tenia al fin otro medio de evitar los lazos que se le tendian por una mano desconocida que huir á la montaña y hacerse bandido para vengarse ó libertarse de un poder que le oprimia.

Pero tambien tuvo Nápoles sus épocas de justicia cuando reinó en ella la casa de Aragon, y eso contribuyó sin duda á que los españoles contando con las simpatías de los napolitanos triunfasen de las armas francesas siempre que estas dos naciones rivales se encontraron frente á frente en los campos de Italia.

La historia recuerda todavía á los napolitanos modernos el gobierno maternal de Isabel de Aragon durante su regencia, y los rasgos de justicia de esta ilustre princesa que fué una decidida protectora de las clases populares contra los desmanes y violencias del feudalismo. El siguiente episodio ocurrido en tiempo de la princesa española bastará para dar una idea de las altas cualidades políticas que distinguian á la que supo sostener en aquella fecha con mano varonil el pesado cetro del reino de las Dos Sicilias.

LA BODA AL PIÉ DEL CADALSO.

Un dia, era en el año 1501, apareció fijado en las plazas y esquinas de las principales calles de Nápoles el edicto siguiente.

«Se entregará la suma de cuatro mil ducados al que presente vivo ó muerto á la justicia, al bandido calabrés Rocco del Pizzo.»

La regente, ISABEL DE ARAGON.

Tres dias despues de la publicacion del anterior edicto se presentó un hombre en casa del ministro de policia para decirle, que sabia un medio infalible para apoderarse de la persona del bandido pregonado; pero le manifestó que en cambio del dinero ofrecido pedía una gracia que solamente la regente podia conceder, y que por consiguiente no queria tratar de este asunto sino con la misma regente.

El ministro contestó á este hombre que no queria molestar á Su Alteza por una bagatela semejante, que se habia ofrecido la cantidad de cuatro mil ducados y nada mas, y que si le convenia esta

suma la tendria en seguida á su disposicion entregando á Rocco del Pizzo.

El desconocido se encogió de hombros desdeñosamente y se retiró.

Aquella misma noche se cometió un robo tan atrevido entre Resina y Torre del Greco que todo el mundo convino en que solamente Rocco del Pizzo era capaz de llevar á cabo una accion tan audaz.

Al dia siguiente, despues de un consejo de ministros, Isabel pidió esplicaciones al ministro de policia acerca de aquel nuevo hecho. El ministro nada pudo decir; esta vez, como todas las demas, habia desaparecido el autor del atentado, quien probablemente ejercia en aquel momento sus habilidades en algun otro punto distante de la capital.

El ministro se acordó entonces del hombre que se presentára la víspera en su casa ofreciendo entregar á Rocco del Pizzo, y refirió á la regente todos los pormenores de su entrevista con el desconocido.

El ministro añadió que como la primera condicion impuesta por aquel hombre habia sido tratar el asunto con Su Alteza, á quien decia, tenia que pedir una gracia particular en vez de los cuatro mil ducados, le pareció prudente desechar aquella oferta mucho mas cuando se la hacia una persona desconocida.

—Habeis hecho mal, dijo la regente. Haced buscar ahora mismo á ese hombre, y si lo encontráis traedle aquí.

El ministro se inclinó ofreciendo poner en seguida en movimiento á todos sus agentes.

Al entrar en su casa el ministro dió las señas del desconocido, encargando que se le buscase por todas partes, y que si se le hallaba fuese conducido á su presencia con todas las atenciones posibles y sin que recibiese el menor daño.

El dia espiró tras mil pesquisas infructuosas.

Aquella misma noche se cometió otro robo en las inmediaciones de Aversa, robo de mucha mayor trascendencia y audacia que el de la noche anterior. Nadie dudó ya que Rocco del Pizzo se habia acercado á Nápoles por motivos de interés personal.

El ministro de policia empezó á arrepentirse de veras de haber

alejado al desconocido de una manera tan absoluta, y el arrepentimiento fué mayor todavía cuando al día siguiente la regente hizo preguntar por dos veces si habia descubierto alguna cosa relativamente al desconocido que le ofreciera entregar á Rocco del Pizzo. Desgraciadamente para el ministro las cosas no podian hacerse dos veces, y este dia, como el anterior, terminó sin haber proporcionado noticia alguna acerca del misterioso revelador.

Y sin embargo, la noche trajo consigo una nueva catástrofe. Al amanecer se encontró un hombre asesinado en el camino de Amalfi á la Cava. El cadáver estaba desnudo y tenia un puñal clavado en medio del corazon.

Con razon ó sin ella, el público atribuyó tambien este nuevo crimen á Rocco del Pizzo.

Al hacerse el reconocimiento del cadáver se averiguó que era el de un jóven de muy buena posicion llamado Raimundo el Bastardo, el cual, á pesar de esta falta de ostografía en su nacimiento pertenecia á la poderosa casa de los Carraccioli, esos eternos favoritos de las reinas de Nápoles. Unó de los individuos de esta familia pasaba á la sazón como desempeñando el cargo hereditario de la familia cerca de la regente.

Esta vez la desesperacion del ministro llegó á su colmo, y con tanto mas motivo cuanto que á la media hora de saber la noticia de este triste suceso recibió una orden de la regente para presentarse en Palacio.

El ministro fué allá poco menos que volando. Isabel le aguardaba con fruncido entrecejo y mirada severa. Al lado de la regente se veia á Antoniello Carracciolo, hermano del jóven asesinado, quien sin duda habia ido á pedir justicia.

Isabel preguntó con laconismo al pobre ministro si sabia algo acerca del desconocido. Aun cuando el ministro habia hecho buscar en todas las plazas, callejas y callejuelas de Nápoles, no habia podido descubrir el menor vestigio del hombre á quien buscaba. La regente le concedió el resto del dia para hacer nuevas averiguaciones, manifestándole que si al día siguiente no habia encontrado al desconocido ó cogido á Rocco del Pizzo solo le admitiria á su presencia para recibir su dimision, puesto que el conde Antoniello Car-

racciolo le había asegurado que únicamente Rocco podía haber asesinado su hermano.

No debe pues estrañar que el ministro se encaminase á su casa con la frente sombría y la cabeza baja. Pero he aquí que al levantar una vez los ojos creyó ver á la parte opuesta de la plaza un hombre embozado en su capa que parecia estar tomando el sol y que se parecia extraordinariamente á su desconocido. El ministro se detuvo primeramente como si le hubiesen clavado en su puesto, pues temblaba temiendo que sus ojos le engañasen. Pero cuanto mas miraba mas se afirmaba en su opinion, y esto le determinó á acercarse hácia aquel hombre. A medida que se acortaba la distancia entre los dos crecia la seguridad del ministro, hasta que se convenció que había dado con el desconocido:

Este le dejó acercarse sin hacer el menor movimiento ni para evitarlo ni para ir á su encuentro. Hubiérasele podido tomar por una estátua.

Al juntarse con él, el ministro le puso la mano en el hombro como si temiera que se le escapase.

—¡Ah! al fin te encuentro, le dijo:

—Sí, soy yo, respondió el desconocido. ¿Qué me quereis?

—Quiero presentaros á la regente, desea hablarte.

—¿Sí? Pero es un poco tarde.

—¡Cómo que es tarde! preguntó el ministro, temblando al pensar que aquel hombre hubiese tomado la resolucion de no revelar nada. ¿Qué quereis decir con eso?

—Quiero decir que si hubieseis hecho tres dias atrás lo que haceis ahora, registraríais en los anales de Nápoles dos robos y un asesinato menos.

—Sin embargo, preguntó el ministro, supongo que no habrás variado de modo de pensar.

—Yo no vario nunca.

—¡Tienes todavía la intencion de entregar á Rocco del Pizzo si se te concede lo que pidas?

—Sí.

—¿Y puedes hacerlo aun?

—Me es tan fácil como entregarme yo mismo.

—Pues sígueme.

—Un instante. ¿Hablaré con la regente?

—A ella misma.

—¿A ella sola?

—A ella sola.

—Os sigo.

—Sin embargo, con una condicion.

—¿Cuál?

—Que antes de entrar en su habitacion entregueis las armas al oficial de guardia.

—¿Es esa la costumbre? preguntó el desconocido.

—Sí, respondió el ministro.

—Entonces no hay inconveniente.

—¿Consentís en ello?

—Sin vacilar.

—Pues vamos.

—Os sigo.

El desconocido echó á andar detrás del ministro quien de diez en diez pasos volvía la cabeza para ver si su misterioso compañero le seguía.

Así llegaron á Palacio.

Todas las puertas se abrieron una tras otra delante del ministro, y á los pocos instantes se encontraron en la antecámara de la regente. El ministro se hizo anunciar y fué introducido inmediatamente, mientras que el desconocido entregaba al oficial de servicio el puñal y las pistolas que llevaba en el cinturón.

Cinco minutos despues el ministro volvió á salir para acompañar al desconocido á donde estaba Su Alteza.

Atravesaron dos ó tres habitaciones y en seguida un largo corredor al extremo del cual se veía una puerta algo entreabierta. El ministro empujó esta puerta que era la del oratorio de la regente. Isabel los aguardaba ya.

El ministro y el desconocido entraron en el oratorio, y aun cuando probablemente era la primera vez que este hombre se encontraba delante de una princesa tan poderosa no se turbó lo mas mínimo. Despues de saludar con cierta rudeza, que no carecia de gracia, se quedó inmóvil y mudo esperando que le interrogasen.

—¿Sois vos, dijo la duquesa, el que se compromete á entregar á Rocco del Pizzo?

—Sí, señora, respondió el desconocido.

—¿Estais seguro de poder cumplir vuestra promesa?

—Os ofrezco mi persona en rehenes.

—Así pues vuestra cabeza...

—Pagaré por la suya si falto á mi palabra.

—Pero el resultado no es igual, dijo Isabel.

—Señora, no puedo ofrecer mas, observó el desconocido.

—Decid pues ahora lo que deseais.

—Deseo hablar á solas con Vuestra Alteza.

—Ese caballero es otro yo, dijo la regente.

—He pedido hablar á solas con Vuestra Alteza; respondió el desconocido: es mi primera condicion.

—Dejadnos solos, don Luis, dijo la duquesa.

El ministro se inclinó respetuosamente y salió.

El desconocido se encontró frente á frente con la regente separado únicamente de ella por el oratorio sobre el cual habia unos Evangelios y encima de estos un crucifijo.

Isabel echó una rápida ojeada sobre el desconocido. Era éste un hombre de treinta á treinta cinco años, de una estatura algo mas que mediana, de rostro tostado y cabellos negros que caian formando bucles hasta el nacimiento del cuello; sus ojos brillantes expresaban al mismo tiempo resolucion y audacia. Como todos los montañeses, era muy bien formado, y adivinábase que cada uno de aquellos miembros tan proporcionados encerraba un prodigio de fuerza y agilidad.

—¿Quién sois, y de donde venís; preguntó la regente.

—Señora, ¿qué importa mi nombre y el pais en donde nací? dijo el desconocido. Soy calabrés, es decir esclavo de mi palabra. Creo que es todo lo que os interesa saber, ¿no es verdad señora?

—¿Y os comprometéis á entregarme á Rocco del Pizzo?

—Sí, señora.

—¿Y qué exigís de mí en cambio?

—Señora, justicia.

—La haré, este es un deber que cumpló y no una recompensa que concedo.

—Ya sé señora que la pretension de todos los soberanos es creeros jueces tan íntegros como Salomon. Desgraciadamente vuestra justicia tiene dos pesos y dos medidas.

—¿Qué quereis decir con eso?

—Que vuestra justicia es pesada para los pequeños y lijera para los grandes, repuso el desconocido; hé ahí vuestra justicia.

—Os engañais, señor mio, contestó la duquesa; la justicia que yo administro es igual para todos y estoy pronto á probároslo. Decidme, ¿para quién pedís justicia?

—Para mi hermana, vilmente engañada.

—¿Contra quién?

—Contra uno de vuestros cortesanos.

—¿Cuál de ellos?

—¡Oh! uno de los mas jóvenes, de los mas bellos, uno de los mas nobles! ¡Pero qué, empieza ya vuestra alteza á vacilar!

—No vacilo, deseo solamente saber lo que ha hecho..... ese hombre.

—Y si lo que ha hecho merece la muerte, ¿me dareis su cabeza en cambio de la de Rocco del Pizzo?

—Pero, observó la duquesa, ¿quién ha de juzgar el crimen?

El desconocido dudó un instante; despues, mirando de hito en hito á la regente:

—La conciencia de Vuestra Alteza, dijo.

—Así, pues, fiais en ella.

—Completamente.

—Haceis bien.

—Por consiguiente, queda convenido que si encontrais el crimen digno de la pena de muerte me dareis su cabeza por la de Rocco.

—Os lo juro.

—¿Sobre qué?

—Sobre estos santos Evangelios y por este crucifijo.

—Está bien. Ahora, señora, escuchad, pues tengo que referiros una historia.

—Escucho.

—«Nuestra familia habita una casita aislada á media legua del pueblo de Rosarno, situada entre Cosenza y Santa Eufemia. Compónese de dos ancianos, que son mis padres, y de dos jóvenes, mi hermana y yo.

«Rodean nuestra casita los dominios de un señor muy poderoso, en cuyas tierras nos hizo nacer la casualidad, y por consiguiente somos sus vasallos.»

—¿Cómo se llama ese señor? interrumpió la duquesa.

—Primeramente os contaré su crimen, y despues os diré su nombre.

—Está bien, continuad.

—«Nuestro jóven señor, á una figura arrogante, allegaba el ser noble, rico y generoso; y á pesar de estas cualidades era temido y odiado. No habia marido que al verle en su casa no temblase por su mujer, padre que no temiese por su hija, hermano que no se alarmase por su hermana. Pero es necesario añadir que todo el mal que hacia este hombre se lo aconsejaba un génio maléfico salido del averno, su hermano natural llamado Raimundo el Bastardo.»

—¡Raimundo el Bastardo! exclamó la regente, ¿el qué fué asesinado anoche?

—El mismo.

—¿Conoceis al asesino?

—Soy yo.

—¿Entonces no fué Rocco del Pizzo? dijo la duquesa.

—Soy yo, repitió el desconocido con la mayor sangre fria.

—¿Y habeis empezado por haceros justicia vos mismo?

—Vine á pedirla ha tres dias y se me negó.

—¿Qué venis pues á pedir hoy?

—La parte principal de mi venganza, señora. Raimundo el Bastardo no fué mas que el instigador del crimen, el criminal es su hermano.

—¡Su hermano! exclamó la duquesa, ¡su hermano! Su hermano es Antoniello Carracciolo.

—El mismo, señora, respondió el desconocido fijando su mirada penetrante en la regente.

Isabel palideció y se apoyo sobre el oratorio como si le falta-

sen las piernas; sin embargo, poco tardó en recobrar su valor.

—Continuad, dijo, continuad.

—¿No cambiará el nombre del culpable en nada el fallo del juez? preguntó el desconocido.

—En nada, respondió la duquesa Isabel, en nada absolutamente, os lo juro.

—¿Por estos Evangelios y por este crucifijo?

—Sí, continuad.

La regente volvió á tomar la misma actitud, y su fisonomía asumió tambien la expresion que tenia antes de oír la terrible revelacion que le hiciera el desconocido. Este continuó con su tono tranquilo la interrumpida relacion.

—«Os decia, pues, señora, que el conde Antoniello Carracciolo era un señor bello, noble, rico y generoso; pero que tenia un hermano que era respecto á él lo que la serpiente para nuestros primeros padres, era el génio del mal.

»Sucedió un dia, hará de esto unos seis meses á corta diferencia, señora; sucedió como os decia, que el conde Antoniello cazaba en una parte del bosque inmediato á nuestra casa. Habíase alejado de sus compañeros corriendo detrás de un ciervo. El conde tenia calor y le devoraba la sed. Vió entonces á una jóven que regresaba de la fuente con un cántaro de agua; el conde se apeó del caballo, pasó el brazo por la brida y se dirigió al encuentro de la jóven para pedirle agua. Esta jóven era Constanza mi hermana.»

La duquesa Isabel se estremeció lijeramente, pero el desconocido continuó su narracion como si no hubiese advertido el efecto que produjeron sus últimas palabras.

—Os he dicho, señora, lo que era el conde Antoniello; permitidme que os diga tambien lo que era mi hermana.

»Constanza era una jóven de diez y seis años, hermosa como un ángel, pura como una vírgen. Al través de sus ojos se veia hasta el fondo de su alma, como á través de una agua límpida se descubre el fondo del lago. Su padre y su madre, que miraban aquel fondo cada dia, no habian podido leer nunca en él la sombra de un pensamiento malo.

»Constanza no amaba á nadie y decia siempre que á nadie ama-

ria nunca sino á Dios; y en efecto, su naturaleza tierna y delicada era demasiado superior á la materia que la rodeaba para que no temiese mancharse con su contacto.

»Pero ya os lo he dicho, señora, el conde Antoniello es un señor bello, noble, rico y generoso. Era la primera vez que Constanza veía á un hombre de esta clase, así como el conde Antoniello veía por primera vez sin duda á una mujer como mi hermana. Estas dos naturalezas superiores, la una por el cuerpo y la otra por el alma, sintiéronse atraídas la una hácia la otra. Cuando se separaron tras una larga conversacion, Constanza empezó á pensar en aquel jóven de arrogante figura, mientras que el conde no podía arrancar de su imaginacion á la bella campesina.»

Los lábios de la regente se crisparon, pero no salió de ellas ni una sílaba.

«Es preciso deciroslo todo, señora; Constanza ignoraba que aquel jóven fuese el conde Carracciolo; creyó que era algun paje ó escudero de los de su séquito, y que siendo ella pura y rica, pues mi hermana es rica en su posicion de labradora, podía oírle y amarle.

»Los dos se vieron tres ó cuatro días seguidos en el camino de la fuente en el mismo sitio donde se encontraron la primera vez; pero una tarde olvidaron el tiempo de tal manera que mi padre viendo que mi hermana no volvía entró en cuidado y fué á su encuentro despues de tomar su carabina.

»En un recodo del camino mi padre vió á Constanza sentada al lado de un hombre.

»A la vista de nuestro padre, Constanza dió un brinco como un ciervo espantado y el jóven se internó en el bosque. El primer movimiento de mi padre fué echarse la carabina á la cara para tirar contra aquel hombre, pero Constanza se interpuso entre el jóven y la boca del cañon. Cuando mi padre retiró el arma reconoció al conde.»

—¿Y era Antoniello Carracciolo? murmuró la regente.

—Sí, señora, dijo el desconocido.

«Aquella misma noche mi padre dijo á su mujer y á su hija que estuviesen prontas á marchar inmediatamente; las dos debían aban-

donar nuestra casa para buscar un asilo en la de una tia nuestra que residia en Monteleone. En el momento de ponerse en marcha mi padre llamó á Constanza aparte y le dijo :

—»Si vuelves á verle, le mataré.

»Constanza cayó de rodillas á los piés de mi padre prometiéndole no verle mas; despues, juntando las manos y con los ojos arrasados en lágrimas, le pidió perdon. Mi padre besóla en la frente y la perdonó. Constanza se puso en camino con mi madre y antes de amanecer ambas se encontraban fuera de las tierras del conde Antoniello.»

La duquesa Isabel respiró.

«Al dia siguiente mi padre fué á encontrar al conde. Ignoro lo que pasó entre ellos, pero si sé que el conde le juró por su honor que nada tenia que temer en lo sucesivo por la virtud de Constanza.

»Al dia siguiente de esta entrevista, el conde se puso tambien en camino para Nápoles.»

—Sí, sí, me acuerdo de su regreso, murmuró la duquesa. ¿Y despues? ¿y despues?

—«Despues, señora, despues, el conde siguió acordándose de lo que debiera haber olvidado. Las diversiones de la corte, las atenciones de las señoras de la alta aristocracia, las esperanzas de la ambicion, ninguna de estas cosas pudo borrar de la mente del jóven noble la imágen de la pobre calabresa. Esta imágen el conde la tenia delante de sus ojos de dia y de noche; ella atormentaba sus vigi-
lias, y alejaba el sueño de sus párpados durante las horas de reposo. Las cartas que el conde escribia á su hermano eran tristes, amargas, hasta la desesperacion. Su hermano se alarmó tanto que creyó prudente pasar á la corte. Raimundo que creia á Antoniello enamorado de alguna reina á cuya mano no se atrevia á pretender, soltó una estrepitosa carcajada cuando supo que el objeto de este amor era una miserable calabresa.

—»Estás loco, Antoniello, le dijo. Esa jóven es tu vasalla, tu sierva, tu súbdita; por consiguiente es propiedad tuya.

—»Pero he jurado á su padre... observó Antoniello.

—»¡Imbécil! pero veamos, ¿qué has jurado?

—»No hacer paso alguno para volver á ver á su hija.

—»Entonces es necesario cumplir la palabra. Un caballero no falta jamás á ella.

—»Ya ves, pues, que no me queda esperanza alguna.

—»¿Has dicho que habias jurado no hacer ningun paso para volverla á ver?

—»Sí.

—»¿Y si ella viene á encontrarte?

—»¡Ella!

—»Sí, ¡ella!

—»¿A dónde?

—»Donde tu quieras. Aquí por ejemplo.

—»Ah! nó, en cualquier parte menos aquí.

—»Pues bien, en tu castillo de Rosarno.

—»Estoy encadenado en la corte: no puedo salir de Nápoles.

—»¿Ni por ocho dias?

—»Por ocho dias sí. No me será difícil encontrar algun pretexto para *dejarla* ocho dias.» Señora, no sé de quien hablaba ni lo que le tenia encadenado; pero estas fueron las palabras del conde.

—Pues yo sí que lo sé, dijo la regente poniéndose lívida. Continúad, buen hombre, continuad.

—«Entonces, dijo Raimundo, te pondrás en camino cuando yo te lo escriba.

—»No me detendré un instante.

—»Quedamos entendidos.

»Los dos hermanos se estrecharon la mano al separarse. El conde Antoniello se quedó en Nápoles y Raimundo el Bastardo tomó el camino de la Calabria.

»Al cabo de un mes el conde Antoniello recibió una carta de su hermano; fiel á su promesa el conde salió de Nápoles el mismo dia.

»Hé aquí lo que sucedió. No os impacientéis, señora, pronto sabreis el fin.»

—No me impaciento, replicó la regente, escucho; solamente que vuestra narracion me hace estremecer.

—«Un dia apareció un hombre asesinado cerca de la fuente de mi casa. Mi padre en aquel mismo instante volvía de cazar y tropezó

con aquel infeliz que estaba espirando. Mi padre voló á su socorro y en tanto que hacia inútiles esfuerzos para volverle á la vida, salieron del bosque dos criados de Raimundo el Bastardo y prendieron á mi padre por asesino.

»Por una rara fatalidad la carabina de mi padre estaba descargada y otra coincidencia mas fatal todavía, cuyo secreto podria explicar Raimundo sino hubiese muerto, hizo que la bala estraida del pecho del cadáver fuese de igual calibre que las que se encontraron á mi padre.

»El proceso fué corto; los dos criados declararon contra mi padre en términos que los jueces tuvieron que pensar muy poco. Mi padre fué condenado á muerte.

»Mi madre y mi hermana supieron á un mismo tiempo la catástrofe, el proceso y la sentencia. Las dos salieron de Monteleone y llegaron á Rosarno el mismo dia en que avisado por la carta de Raimundo el conde llegaba á esta posesion por el camino de Nápoles.

»El conde Carracciolo, como señor de Rosarno, tenia el derecho de hacer justicia. Con una palabra podia dar la vida ó la muerte á mi padre.

»Mi madre ignoraba la llegada del conde, pero encontró á Raimundo el Bastardo que se encargó de darle esta buena noticia, aconsejándole al mismo tiempo que fuese en compañía de su hija á pedir gracia para su marido. No habia que perder tiempo: la ejecucion de la sentencia estaba fijada para el dia siguiente.

»Mi madre acogió con avidez la senda de salvacion que le abriera este consejo que ella creyó un consejo de amigo, y cogiendo á mi hermana hizo que la siguiese sin decirle siquiera á donde iban. El mismo dia de la llegada del noble señor estas dos mujeres, con el llanto en los ojos, fueron á llamar á la puerta de su castillo.

»Mi pobre madre ignoraba el amor del conde y lo que habia ocurrido entre él y mi hermana.

»La puerta del castillo se abrió como puede suponerse, pues el infame Raimundo lo habia preparado todo de antemano para la realizacion de su proyecto. Una vez dentro del castillo, los criados impidieron el paso á las dos angustiadas mujeres diciéndoles que solo podia entrar una de ellas.

»Mi madre entró y Constanza se quedó aguardándola.

»El conde Antoniello la recibió con rostro severo; mi madre se arrojó á su piés, lloró, suplicó. El conde fué inflexible. Dijo que se habia cometido un crimen horrible, que su marido era el culpable, y que era preciso vengar aquel asesinato. Era necesario que la justicia hiciese su curso: la sangre pedia sangre.

»Mi madre salió del cuarto del conde con el corazon partido de dolor, anonadada por la desesperacion é implorando la misericordia de Dios.»

—Pero y vos ¿dónde estabais entonces? preguntó la duquesa al desconocido.

—Al otro extremo de la Calabria, señora, en Tarento, en Brindici, ¿qué sé yo? Estaba muy léjos para saber nada de lo que pasaba. Es todo lo que puedo deciros.

«Mi madre salió como os he dicho desesperada y quiso abandonar el castillo con su hija, pero Constanza la detuvo.

—»Ahora me toca á mí, madre, le dijo, ahora me toca á mí el probar si puedo ablandar el corazon de nuestro amo y señor. Quizá seré mas afortunada que vos.

»Mi madre movió la cabeza en señal de duda y se dejó caer en una silla: nada esperaba.

»Constanza entró á su vez.»

—¡Sabia que aquel nombre la amaba, exclamó la duquesa, y se atrevia á entrar en su cuarto!...

—Mi padre iba á morir, señora, ¿lo comprendeis?

Isabel rechinó los dientes; al cabo de un momento dijo:

—Continuad, continuad.

»Pasaron diez minutos de mortal ansiedad; al fin salió un criado con un papel en la mano.

—»El señor conde concede perdon ámplio y completo al culpable, dijo, he aquí el pergamino firmado y sellado.

»Mi madre arrojó un grito de alegría tan grande que parecia un grito de desesperacion.

—»¡Ah! gracias, gracias, exclamó, besando la firma del conde y corriendo hácia la puerta. Despues, deteniéndose de repente:—¿Y mi hija? dijo.

—»Id corriendo á la cárcel, dijo el criado, al entrar en vuestra casa encontrareis en ella á vuestra hija.

»Mi madre, ébria de alegría y de felicidad, atravesó las calles de Rosarno exclamando: «¡El perdon! ¡el perdon! ¡tengo su perdon!...» Llegó á la puerta de la cárcel en la cual se habia presentado ya antes dos veces sin poder entrar. Quisieron rechazarla ahora por tercera vez, pero enseñó el papel y la puerta se abrió.

»Acompañáronla al calabozo de mi padre.

»Mi padre esperaba al verdugo; pero en vez de la muerte entraba ahora la vida.

»En el fondo de esta mansion de dolor hubo un instante de indecible alegría.

»Mi padre queria saber entonces los pormenores, y cómo ella y Constanza habian tenido noticia de la acusacion que pesaba sobre él, cómo habia llegado hasta al conde, finalmente todo lo que habia ocurrido.

»Mi madre empezó la relacion y mi padre la escuchó interrumpiéndola á cada instante con sus exclamaciones; poco á poco no hizo mas que articular algunas palabras. Un momento despues calló del todo, su cabeza cayó entre sus manos, la angustia cubrió su rostro de sudor frio, y casi al mismo instante el fuego de la vergüenza abrasaba su frente. Finalmente, cuando mi madre le hubo dicho que rechazada por el conde permitió que mi hermana entrase á su vez á interceder, mi padre dió un brinco lanzando un rugido como un leon herido y se precipitó hácia la puerta. La puerta estaba cerrada.

»Mi padre cogió la piedra que le sirviera de almohada y arrojóla con toda su fuerza contra la barrera de hierro que se creia con derecho á hacerse abrir.

»El carcelero se presentó y preguntóle que queria.

—»Quiero salir, gritó mi padre, quiero salir al instante.

—»¡Imposible! dijo el carcelero.

—»¡Tengo el perdon! exclamó mi padre. Lo tengo aquí, ¡míralo!

—»Es verdad, pero dice que no se os ponga en libertad hasta mañana por la mañana.

—»¡Mañana por la mañana! dijo él pero con una exclamacion terrible.

—»Leed si lo dudais, añadió el carcelero.

»Mi padre se acercó á la lámpara y se puso á leer una y otra vez el pergamino. El carcelero tenia razon; fuese casualidad, fuese equivocacion ó cálculo, su libertad estaba fijada para la mañana siguiente.

»El preso no dejó oir ni un grito ni un gemido mas, ni un sollozo siquiera. Fuése á sentar mudo y triste sobre su cama.

»Mi madre se arrodilló delante de él.

—»¿Qué es lo que tienes? le preguntó.

—»Nada, respondió.

—»Pero ¿qué tienes?

—» ¡Oh! poca cosa.

—» ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¿qué crees? ¿qué temes? ¿qué piensas?

—»Pienso que Constanza es indigna de su padre, ya lo sabes.

»Ahora fué mi madre la que se levantó pálida y temblorosa.

—»Pero es imposible.

—» ¡Imposible! ¿porqué?

—»Me han dicho que iba á salir detrás de mí. Me han dicho que nos aguardaria en casa.

—» ¡Pues bien! vé á verlo y si está allí vuelve con ella.

—»Vuelvo en seguida, dijo mi madre.

»Llamó á la puerta y dijo que se le permitiera salir. El carcelero abrió.

»Mi madre corrió á casa. Estaba desierta, Constanza no habia vuelto. Corrió á palacio y pidió á su hija. Respondiéronle que no la comprendian.

»Mi madre volvió á casa; tampoco encontró á Constanza.

»Aguardó hasta la noche, Constanza no se presentó.

»Entonces pensó en su marido y se dirigió otra vez á la cárcel, pero ahora lo hacia lentamente y tan llena de tristeza como si siguiera al cementerio el cadáver de su hija.

»Como la última vez, las puertas se abrieron delante de ella.

»Mi madre encontró á su marido sentado en el mismo sitio. Aun cuando conoció sus pasos ni siquiera levantó la cabeza. Mi madre fué sentarse á sus piés y sin decir una palabra puso su frente sobre sus rodillas.

» ¡Ya comprendereis, señora, la noche horrible que pasarían aquellas dos personas!

» Al día siguiente al amanecer el día se abrieron las puertas del calabozo y anunciaron al preso que estaba en libertad. Ya os lo he dicho, añadió el desconocido soltando una carcajada, ¡ah! el conde Carracciolo es un noble señor que cumple religiosamente su palabra!

» Los dos ancianos salieron sosteniéndose el uno al otro. Había bastado aquella noche para hacerles envejecer como si hubiesen transcurrido diez años.

» Al volver la esquina de la calle desde la cual se descubre nuestra casa vieron á Constanza que los estaba aguardando arrodillada en el dintel de la puerta.

» Los padres no precipitaron un solo paso para correr al encuentro de su hija; la hija no se levantó para ir á recibirlos.

» Cuando estuvieron cerca de ella Constanza juntó las manos y no dijo mas que estas palabras:

— » ¡Perdon!

» Por un movimiento instintivo mi madre estendió el brazo entre su marido y su hija.

» Mi padre se lo apartó con dulzura.

— » ¡Perdon! dijo tendiendo la mano á Constanza, ¡perdon, y ¿qué he de perdonarte, hija mia? ¿No eres un ángel? ¿no eres una santa? Mas que eso ¿no eres una mártir?» Al decirle esto mi padre la abrazó.

» Cuando mi madre un momento despues se retiró al fondo de la cabaña con mi hermana, mi padre descolgó su carabina del recibidor y se la echó al hombro. Un instante despues caminaba hácia el palacio.

» Mi padre dijo que queria ver al conde para darle las gracias.

» Contestáronle que una hora antes habia salido para Nápoles.

» Entonces pidió hablar con Raimundo para dárselas á él.

» Raimundo habia acompañado á su hermano.

» Mi padre se volvió á la cabaña y volvió á colgar la carabina junto á la chimenea. Al poco rato Constanza y mi madre oyeron el ruido que hace un cuerpo pesado al caer al suelo; las dos salieron corriendo y encontraron al anciano tendido en medio del cuarto privado de sentido.

»Colocáronlo como pudieron sobre la cama, y Constanza se quedó á su lado en tanto que mi madre corria á buscar un médico.

»El médico movió la cabeza; sin embargo, sangró á mi padre. A eso del anochecer el anciano abrió los ojos.

»En este momento entraba yo por la puerta de nuestra casa.

»El anciano no vió á su mujer ni á Constanza, solo me vió á mí.

—»¡Hijo mio! ¡hijo mio! exclamó, Dios te envía.

»Yo me arrojé en sus brazos.

—»Dejádnos solos, dijo á mi madre y á Constanza.

»Mi madre obedeció, pero mi hermana quiso quedarse.

»El anciano se incorporó un poco y señaló á Constanza que su madre se alejaba.

»Seguid á vuestra madre, dijo con uno de esos gestos supremos que quieren ser obedecidos; seguid á vuestra madre si quereis mi bendicion.

»Constanza besó la mano del moribundo, me abrazó sollozando y se fué detrás de mi madre.

»Coloqué mi carabina, las pistolas y el puñal sobre una mesa y fuí á arrodillarme junto al lecho del anciano.

—»Dios te envía, repitió mi padre. Escucha, hijo mio, y no me interrumpas; siento que la muerte está muy cerca de mí, escucha.

»Hícele seña de que podia hablar.

»Mi padre me lo contó todo.

»A medida que hablaba, la voz del anciano se iba animando, la sangre refluia en su rostro, la cólera inflamaba sus ojos, hubieran dicho que estaba lleno de fuerza y de vida. Solamente al decir la última palabra, cuando me estaba refiriendo el momento en que volviendo á entrar en casa colgaba la carabina en el clavo de la chimenea, al ver que debía renunciar á su venganza, arrojó un grito ahogado y su cabeza cayó sobre la almohada.

»Mi padre acababa de espirar.

»Sin embargo, lo estuve dudando largo rato, tiraba de su brazo, le llamé repetidas veces, hasta que por último sentí que sus manos se helaban entre las mías, y ví que se empañaban sus ojos.

»Cerré entonces sus párpados, crucé sus manos sobre su pecho, abracéle por última vez, y le cubrí la cabeza con la sábana.

»Fuí á abrir la puerta del fondo, haciendo seña á mi madre y á Constanza de que se acercasen.

—»Venid, les dije, venid á orar por él.

»Las dos se arrojaron sobre el lecho llorando y mesándose los cabellos.

»Mientras tanto volvíme á colocar las pistolas y el puñal en el cinturón, y echándome la carabina al hombro, me dirigí hácia la puerta.

—»¿A dónde vas? exclamó Constanza.

—»Dios lo sabe, respondí.

»Antes de que mi hermana tuviera tiempo de impedirme el paso crucé el umbral de la puerta, y desaparecí en medio de la oscuridad.

»Vine en derechura á Nápoles.

»Había oído decir que no solamente erais la mas hermosa de las mujeres, sino la mas justa de las reinas. Vine pues á Nápoles con la intencion de pedir os justicia.»

—¿Y cómo no os la habeis hecho vos mismo? preguntó Isabel.

—Una puñalada no era castigo suficiente para un crimen semejante, señora, queria el cadalso. Antoniello Carracciolo ha deshonrado á mi familia, quiero tambien la deshonra de Antoniello Carracciolo.

—Es muy justo, murmuró la regente.

—Pero para mayor seguridad todavía, como por el camino supe que se habia pregonado la cabeza de Rocco del Pizzo, y como al llegar á Nápoles leí en la esquina del Mercado Nuevo el edicto en que se ofrecian cuatro mil ducados al que lo presentase vivo ó muerto, me presenté en casa del ministro de Policia ofreciéndole entregar vivo al hombre que buscais por todas partes y que no sabeis encontrar en ninguna. Pero el ministro no quiso concederme lo que le pedia, esto es, una audiencia de Vuestra Alteza. Entonces resolví llegar á mi objeto por otro medio; púseme á robar en el camino de Resina á Torre del Greco.

—¿Entonces erais vos y no Rocco del Pizzo?...

—Despues robé en el camino de Aversa...

—Conque, ¿fuisteis tambien vos y no el que se creia?...

—Luego asesiné en el camino de Amalfi. La muerte de Raymundo era el principio de mi venganza, pues me decidí á recurrir á la venganza cuando ví que no se me hacia justicia.

—Está bien, dijo la regente. Dios ha querido que os encuentre, vale mas que haya sucedido así.

—Sí, vale mas que haya sucedido así, repitió el desconocido.

—¿Y prometeis todavía entregar á Rocco?

—Sí, señora.

—¿Sabeis dónde está?

—Sí, señora.

—¿Respondeis de cogerlo?

—Sí, señora.

—¿Y de entregármelo vivo?

—En cambio de Carracciolo muerto; ya sabeis señora que es esta mi condicion.

—No hay mas que hablar, estad tranquilo. ¿Pero quién me responderá de vos hasta entonces?

—Es muy sencillo: enviadme á la cárcel. El dia de la ejecucion me hareis conducir por dos guardas á una ventana desde la cual pueda presenciar el suplicio de Carracciolo. Despues de muerto el conde Antoniello os entregaré á Rocco del Pizzo.

—Pero, ¿y si no me lo entregais?

—Mi cabeza responderá de la suya; os lo he dicho ya y vuelvo á repetirlo.

—Es verdad, dijo la regente, lo habia olvidado.

La duquesa Isabel dió una palmada y entró el capitan de los guardias.

—Que se encierre este hombre en la Vicaría, dijo.

El capitan entregó el desconocido á dos guardias, y volvió á entrar.

—Ahora, continuó la regente, haced arrestar al conde Antoniello Carracciolo y conducidle al castillo del Vovo.

El capitan se presentó en el palacio de Carracciolo, pero sospechando sin duda algo acerca del peligro que le amenazaba, el conde habia desaparecido.

La regente al saber esta noticia que le confirmaba la culpabilidad

del cortesano, ordenó inmediatamente á los nobles del barrio en el cual habitaban los Carracciolo, que le entregasen al culpable dándoles solamente tres dias de tiempo para obedecer esta orden.

Trascurrieron los tres dias y cinco, y como al fin de ellos el conde no habia parecido, á la mañana siguiente al despertarse los habitantes de Nápoles vieron á cincuenta operarios ocupados en demoler el palacio de Antoniello Carracciolo situado enfrente de la catedral.

Cuando el palacio quedó arrasado completamente, fué labrado y sembrado de sal.

Despues se comenzó á demoler el palacio situado á la derecha del suyo, era el del príncipe Carracciolo, su padre.

Concluida la tarea se hizo en el solar lo que se habia hecho con el otro.

En seguida se empezó á echar abajo el edificio de la izquierda: era el palacio del hermano mayor el duque de Carracciolo. Sembróse en él sal como en los otros dos.

La regente decretó que se hiciese lo mismo con todos los palacios de los Carracciolo hasta que hubiesen entregado al culpable.

La noche despues de este decreto, Antoniello Carracciolo se constituyó preso voluntariamente.

Al otro dia el preso escribió á la duquesa solicitando el favor de una entrevista; pero la duquesa le hizo contestar que no podia recibirle.

Unos y otros renovaron sus tentativas por espacio de ocho dias, pero ninguno de ellos pudo ver á la regente.

A la mañana del noveno dia los habitantes del Mercado Nuevo vieron con una sorpresa mezclada de espanto que las sombras de aquella noche habian ocultado la ereccion de un cadalso.

En uno de los extremos de este cadalso habia un altar y en el otro un tajo: entre éste y el altar veíase en un lado un sacerdote y en el otro el verdugo.

Nadie sabia porque estaban allí aquel cadalso, el verdugo, el sacerdote, el tajo y el altar.

Al poco rato vióse llegar por el anden que se dirige del Muelle al Mercado Nuevo á un hombre acompañado de dos guardas. Al principio creyóse que este hombre era el héroe del drama que se

iba á representar; pero observóse en seguida que entró en una de las casas de la plaza. Algunos instantes despues aquel hombre, siempre con un guarda á cada lado, se asomó á una de las ventanas que estaban en frente del cadalso. El público se habia engañado respecto á la importancia de este individuo, quien, segun todas las probabilidades, debia ser simple espectador del suceso.

De repente oyéronse voces confusas en el anden que conduce del puente de la Magdalena al Mercado Nuevo y tambien en la calle del Suspiro. Adelantábanse á un mismo tiempo dos procesiones; la de la calle del Suspiro. conducia á un jóven arrogante, la otra acompañaba á una jóven bella.

El jóven de arrogante figura era Antoniello Carracciolo.

La jóven bella era Constanza.

Los dos desembocaron en la plaza al mismo tiempo, los dos se acercaron al cadalso al mismo paso, y ambos subian á él, solamente que Constanza lo hizo por el lado donde estaba el sacerdote y Antoniello por el del verdugo.

Llegados á la plataforma, Antoniello hizo un movimiento para correr hácia Constanza, pero el verdugo le detuvo; por otra parte Constanza dió un paso para acercarse á Antoniello, pero se lo impidió el sacerdote.

Entonces el escribano desarrolló un pergamino y leyó su contenido en alta voz. Era el contrato matrimonial del conde Antoniello Carracciolo con Constanza Maselli, contrato en el cual el noble jóven cedia á su futura esposa no solamente sus títulos y honores, sino todos sus bienes.

Aun cuando la plaza estaba cuajada de gente, sin embargo de que esta gente refluia en las calles contiguas, á pesar de que todas las ventanas de la plaza parecian hechas de cabezas humanas, aun cuando los tejados de las casas estaban cubiertos de gente, en el momento que el escribano desplegó el pergamino hubo un silencio tan grande entre esta muchedumbre, que nadie perdió una sola palabra de la lectura del contrato de boda.

Al final aquella multitud inmensa dejó oír un aplauso unánime, y empezaba á comprender que á pesar de la gran desigualdad en

sus condiciones respectivas, la regente habia mandado que el conde restituyese el honor á la labradora.

En cuanto á los novios, que hasta entonces ignoraran probablemente de que se trataba, parecian reanimarse algun tanto; y cuando el sacerdote que habia subido las gradas del altar, les hizo seña de que se acercasen, fueron á arrodillarse con paso firme.

La misa comenzó en seguida con todos los ritos del matrimonio. El sacerdote preguntó á cada uno de los jóvenes si queria el otro por esposo, y ambos pronunciaron el sí solemne con voz inteligible. El sacerdote entregó á Antoniello el anillo nupcial, y el conde lo colocó en el dedo de Constanza.

Los dos jóvenes se arrodillaron entonces otra vez y el sacerdote les dió la bendicion.

Todos los concurrentes lloraban de alegría y de emocion ante este extraño espectáculo y bendecian á su vez á los jóvenes esposos, cuando de pronto el mismo sacerdote que pronunciara las santas palabras del matrimonio entonó con voz sorda la plegaria de la agonía. Al notar este cambio, aquella multitud inmensa se estremeció, dejando oír un murmullo de terror, pues comprendió que solo habia presenciado la mitad de la ceremonia, y que el desenlace seria una catástrofe.

En efecto, mientras que Antoniello, ignorando como todo el mundo el destino que le aguardaba, lanzaba en torno suyo una mirada de espanto, los dos ayudantes del verdugo se apoderaron de su persona, y antes de que tuviera tiempo de oponer la menor resistencia le ataron las manos á la espalda. En tanto que aquellos dos hombres terribles conducian al conde delante del tajo situado al otro extremo del cadalso, y le obligaban á arrodillarse, el ejecutor desenvainaba su cuchilla.

Constanza quiso arrojarse hácia Antoniello, pero el sacerdote la detuvo interponiendo un crucifijo entre ella y su esposo.

Antoniello comprendió entonces que todo habia acabado para él, y se convenció de que su sentencia era irrevocable, en aquel momento solo pensó en morir como buen cristiano. Levantó la cabeza y pronunció una plegaria en alta voz. Despues se volvió hácia Constanza que estaba medio desmayada.

—¡Hasta que nos veamos en el cielo! le dijo, y puso su cabeza sobre el tajo.

En aquel instante la espada del ejecutor brilló, herida por los rayos del sol, y la multitud volvió la cabeza arrojando un grito de horror. La cabeza de Carracciolo cayó rodando al primer golpe, yendo á parar á los piés de los que se encontraban mas inmediatos al cadalso.

Dos cofradías religiosas, una de hombres y otra de mujeres, se acercaron entonces al cadalso. La primera se llevó el cadáver de Carracciolo decapitado y la segunda á Constanza desmayada.

La multitud se precipitó detrás de las cofradías y á los pocos minutos la plaza quedó vacía, quedando solamente en ella erguida y ensangrentada la máquina terrible como para recordar á la población de Nápoles que lo que acababa de ver era una realidad y no un sueño.

Cuando la plaza quedó completamente vacía el hombre que había presenciado la ejecución entre sus dos guardas salió de la casa acompañado por ellos y tomó otra vez el camino del muelle. Pero en vez de volverlo á la Vicaría los soldados lo condujeron al Palacio Real.

Al llegar á él atravesó las mismas habitaciones que la primera vez, y fué conducido al mismo oratorio. La regente estaba ya allí de pié cerca del reclinatorio y con la mano puesta sobre los Evangelios. Los soldados entraron con el desconocido colocándose uno en cada lado de la puerta.

—¡Y bien! dijo Isabel de Aragon, ¿he cumplido mi juramento?

—Religiosamente, señora, respondió el desconocido.

—¿Estais pronto á cumplir el vuestro?

—Sin vacilar, señora.

—¿A dónde está el hombre cuya cabeza está pregonada?

—Delante de Vuestra Alteza.

—¿Así, pues, Rocco del Pizzo!...

—Soy yo, señora.

—Ya lo sabia, dijo la duquesa.

—¿Qué dispone Vuestra Alteza respecto á mí? preguntó el bandido.

—Que sirvais de padre á la huérfana y de protector á la viuda.

—¡Cómo, señora! exclamó Rocco del Pizzo.

—No sé hacer justicia ni perdonar á medias, prosiguió la regente.

En seguida dirigiéndose á los soldados:

—Este hombre es libre de ir á donde quiera, dijo; dejadle salir.

Isabel volvió á sus habitaciones con paso seguro y tranquilo, con un paso de reina.

Constanza volvió á Calabria con su hermano; pues como se recordará, su pobre madre se habia quedado en Rosarno.

Pero cuando murió la anciana, que fué á la noche siguiente, la jóven calabresa volvió á Nápoles para entrar en el convento que le sirviera ya de albergue la primera vez. Despues de pagar su dote, Constanza legó el resto de la inmensa fortuna que le dejára su esposo á la pobre comunidad que se encontró asi rica de repente.

Rocco del Pizzo siguió á su hermana á Nápoles.

Pero el dia que la jóven pronunció su voto, cuando comprendió que no tenia necesidad de su proteccion y que Dios le habia relevado de su cargo, Rocco desapareció sin que nadie volviese á verle despues ni á saber de él.

Créese que Rocco siguió la fortuna de César Borgia y que fué muerto á su lado el dia que este grande hombre perdió la vida.

Sin embargo, en el reino de las Dos Sicilias se ha observado un fenómeno notable. Los bandidos, cuya mayor parte se habian visto arrastrados á esa vida de peligros y de agitacion por circunstancias mas ó menos fortuitas, por defectos inherentes quizá á una sociedad dotada de leyes político-administrativas incompletas ó defectuosas con mucha frecuencia por abusos de los agentes del poder ó de los que debieran ser los protectores de un pueblo vejado, esos hombres, reñidos con la sociedad y en abierta pugna con las leyes, lo último que perdian era el amor á la patria. En las guerras de invasion el bandolerismo napolitano se puso casi siempre al servicio del gobier-

no constituido por medio de una fácil transaccion, y hasta en épocas de revolucion y de trastornos las partidas de bandoleros asumiéron en seguida un color político.

La reaccion, en Nápoles, se ha aliado generalmente con el bandolerismo sirviéndose de él, como de un instrumento docil, y para que le prestára útiles servicios no tuvo que hacer mas que facilitarle recursos y darle cierta direccion.

La revolucion por el contrario, cometió la torpeza de rechazarlo. En 1799, en 1821, en 1848, y 1860 los revolucionarios napolitanos no supieron ni atraerse ni combatir al bandolerismo. Los republicanos no quieren en 1799 escuchar las proposiciones de Sciarpa, y este, ofendido é irritado, ofrece sus servicios al cardenal Ruffo que los acepta con todo el placer del que hace una buena adquisicion.

Convertidos en soldados del rey los bandidos se batien por él como los hombres mas adictos á su causa, y el mismo Fernando, en una carta que escribe al cardenal Ruffo le dice: «¿habeis visto con que entusiasmo se han batido nuestros bandoleros?»

Así pues, tanto en tiempo de paz, como en tiempo de guerra, como en épocas de disturbios intestinos, los bandidos han representado en Nápoles un papel importante y han constituido una especie de poder aparte dentro de la situacion. Hemos indicado ya los servicios que el bandolerismo prestó á la restauracion; ahora debemos decir algo de lo que es en Nápoles el bandido en tiempos normales.

Nada importa que el viajero que pretende internarse en el interior del país se provea de un buen pasaporte estendido en toda regla, este documento le servirá y será muy útil para él en tanto que vaya por mar de una ciudad á otra del litoral, pero para aquel á quien los negocios ó la curiosidad lo llevan tierra adentro, necesita al mismo tiempo que un pasaporte del gobierno un salvo conducto del gefe de la partida que recorre la provincia que piensa visitar. Este documento es fácil de alcanzar y basta dar la comision al guia que se elige, pues hay pocos de estos servidores en Nápoles que no sean bandidos ó que no estén en correspondencia con ellos. Lo mas seguro, una vez fuera del término de las ciudades, es hacerse escoltar por los bandoleros, y en esto no solo se gana en seguridad, sino

que la compañía de esos hombres es alegre é instructiva, pues cada bandido es un deposito de anécdotas interesantes é instructivas, es la crónica hablada del país, es el reflejo de sus costumbres. Es preciso que ofrezcamos á nuestros lectores un tipo verdadero del jovial guia napolitano, de ese hombre interesante y leal para el viajero, luego que éste por medio de un contrato mas ó menos costoso se ha confiado á la proteccion del que se hace un deber de conciencia y de honor en precaverle de todos los peligros y necesidades que medio siglo atrás, amenazaban al que penetraba en el interior del reino de Nápoles. Estos peligros y estas necesidades, con que tal vez, en menor escala, pesarian tambien hoy sobre el que quisiera intentar una excursion al interior del reino de Nápoles.

PÁOLO.

En una de esas tardes sofocantes que tan frecuentes son en verano bajo el tranquilo cielo de Nápoles paseaban por las calles de Toledo dos jóvenes ingleses cogidos del brazo. Cualquiera que hubiese observado atentamente el contraste que ofrecían las facciones de los dos amigos, habria adivinado desde luego que era muy distinto el objeto que llevara á estos dos jóvenes á un país que satisface lo mismo los deseos del hombre ideal que solo sueña en la gloria y grandeza de los tiempos pasados, que abandona el nebuloso y glacial clima del Norte para pisar la tierra que fuera la cuna de las ciencias y de las artes, que del que busca sumergirse en el piélagos de una existencia puramente material.

Melville el mayor de los jóvenes poseedor de una fortuna colosal, estaba próximo á salir de Nápoles, porque esta hermosa capital no podia ofrecer ya nada nuevo á sus escétricos caprichos. Melville se aburría en Nápoles de una manera insufrible y hasta encontraba monótona aquella costa incomparable que arrancó un grito de admiracion á su alma estóica la primera vez que se presentó á su vista

y nada le decia tampoco aquel cielo sereno, salpicado de diamantes que tantas veces le habia hecho murmurar maquinalmente: «¡Si pudiéramos colocar esta hermosa bóveda sobre las islas británicas!»

Fulton, el amigo de Melville, contaba solamente con una fortuna modesta, pero la Italia encerraba para él tesoros mas apreciables y duraderos que los que su amigo agotára en dos años de permanencia en Nápoles. Fulton no solamente habia ido á Italia para estudiar á los grandes maestros en el arte de la pintura, sino que le devoraba la sed de saber y se habia empeñado en penetrar el secreto de una secta misteriosa á la que se atribuia un gran poder.

El anciano á quien, quizá equivocadamente, algunos señalaban como el representante de esta secta, residia desde algun tiempo en un antiguo y ruinoso castillo feudal, aislado, en el interior de una comarca á la cual no se podia penetrar sin correr el peligro de ser robado ó asesinado. Mejnour, el sabio filósofo que se estableciera en aquellas ruinas, se habia convertido en señor y árbitro de la comarca, y á los pocos meses de habitar aquellas tétricas soledades, todos los habitantes de las inmediaciones hubiesen dado gustosas la vida por el anciano que se habia hecho su hùésped.

Mejnour era al parecer pobre, pues todo su ajuar consistia en algunos cajones de libros que nadie mas que él podia leer, y en una especie de laboratorio químico portátil compuesto de aparatos de forma estraña. Sin embargo, cuando algun pobre del país estaba próximo á sucumbir bajo el peso de la miseria, sin que nadie le hubiese avisado, Mejnour se presentaba en aquella casa como un ángel tutelar y socorra generosamente la necesidad de la familia volviendola á la alegría, y otras veces, cuando una madre afligida ó una esposa desconsolada se deshacian en lágrimas junto al lecho de muerte del objeto querido, el anciano se dejaba ver para restituir á la vida el que parecia tocar ya con el pié el dintel de la eternidad.

El misterio que rodeara á Mejnour, el haber fijado su residencia en unas ruinas á las cuales no se hubiera acercado por una fortuna el hombre mas animoso del país, su generosidad en medio de su aparente pobreza, el poder que se le atribuia, el exacto conocimiento que tenia de cada hombre y de cada familia á pesar de no haberla visitado nunca, le habian conquistado en la comarca una venera-

cion mezclada de cierto temor. Las suposiciones que la gente hacia respecto de Mejnour y los estraños rumores que de él circulaban, convertian al anciano filósofo en un ser temible al cual nadie se atrevia á acercarse, mientras que por otra parte sus hechos, y su generosidad espontánea hacian que los habitantes del país le diesen el nombre de Padre y de protector de los pobres.

Fulton habia comunicado á Melville su proyecto de ir á visitar á Mejnour cuyo hombre era tambien conocido en Nápoles y de quien se hablaba con mucha variedad. Algunos otros jóvenes antes que Fulton se habian puesto en camino en direccion á la residencia de Mejnour, y nadie habia vuelto á saber mas de ellos, asi es que Melville; parte por afecto á su amigo, parte por egoismo, hacia todos los esfuerzos posibles para conseguir que Fulton desistiese de este viaje. Melville pensaba en lo mucho que iba á aburrirse haciendo solo el viaje á Lóndres, y queria que su compatriota le acompañase. El fastidio era para Melville el enemigo mas temible del hombre, y el combatir á este enemigo hábia costado al rico inglés muchos miles de libras.

Fulton era sin embargo uno de esos caracteres inflexibles que despues de haber tomado una resolucion no se dejan desviar ni por los peligros ni por la persuacion.

—Os digo, exclamaba Melville con bastante calor dirigiéndose á su compatriota, que si os queda una pizca de sentido comun os vendreis conmigo á Inglaterra. Ese Mejnour no es mas que un impostor peligroso que está en connivencia con los bandidos de la montaña para atraer con sus imposturas á ilusos como vos y hacerles caer en sus manos. Decís que ese hombre ha abandonado á Nápoles porque ha escogido un retiro mas á propósito para él fuera del bullicio del mundo en donde poder entregarse á estudios profundos en los cuales quereis iniciaros. ¡Magnífico santuario para un sabio un país en que la justicia no se atreve á penetrar! Fulton, ¡tiemblo por vos! ¿Qué haceis si ese extranjero á quien nadie conoce, está confabulado con los ladrones, y si esa ciencia que vais á buscar no es mas que el cebo que debe hacerle dueño de vuestra persona y de vuestra vida quiza? ¡Os sonreís con desden! Bien; ya que carecéis de sentido comun, mirad la cuestion como mejor os parezca

y convenceos que el desenlace de vuestra aventura ha de ser de todos modos triste para vos. Si os sale mal, arriesgais vuestra fortuna ó vuestra vida, y si llegais á ver á ese hombre, nadie sabe que duras condiciones os impondrá para iniciaros en los secretos de esa secta á la que atribuíis un poder inmenso y tal vez consumais el resto de vuestros dias en una vida tan triste y tan mística como la de ese solitario á quien vais á consultar. Dejad esas locuras y gozad en tanto que podeis hacerlo. Volved conmigo á Inglaterra y de sechad esos sueños extravagantes. Este es el consejo de un buen amigo y espero que lo seguireis.

—Melville, respondió Fulton en tono áspero, no puedo ni quiero acceder á vuestros deseos. Estoy resuelto á realizar el proyecto que he formado. No hablemos mas de este asunto; idos á Inglaterra y sed feliz.

—Eso es una locura, replicó Melville, os domina hasta tal punto esa idea, que vuestra salud empieza á decaer, y estais tan cambiado que apenas os conozco. Venid, he hecho añadir vuestro nombre en mi pasaporte. Dentro de una hora estaré fuera de Nápoles, y vos, jóven sin experiencia, vais á quedaros aquí sin un amigo que os aconseje, entregado completamente á los delirios de vuestra imaginación.

—Basta! repuso Fulton con frialdad, dejais de ser un buen consejero cuando permitís que vuestras preocupaciones se manifiesten con tan pesada insistencia. Me han hablado con tanta seguridad de los vastos conocimientos científicos de ese hombre y de su poder, que no retrocederé ante mi resolucion aun cuando debiese costarme la vida. Si no volvemos á vernos, Melville, adios!..... y si algun dia, en medio de los antiguos y alegres sitios que frecuentáramos en la niñez, oís decir que Fulton duerme el último sueño en las playas de Nápoles ó en aquellas distantes alturas, decid á nuestros amigos de la infancia. «Murió dignamente, como tantos otros mártires lo hicieron antes que él, por el afan de saber.»

Al decir esto estrechó conmovido la mano de Melville, y separándose precipitadamente de su lado, desapareció entre la multitud.

Este mismo dia Melville salió de Nápoles y á la mañana siguiente Fulton abandonó tambien la ciudad de la alegría y del placer, solo,

montado en un caballo que adquiriera exclusivamente para emprender su corta escursión. El jóven se dirigió hácia aquella parte pintoresca del pais, hácia la cual, por estar entonces infestada de bandidos, pocos viajeros se atrevían á encaminarse á no ser llevando una fuerte escolta y en pleno dia. No puede darse un camino mas solitario. Su caballo, al pisar los fragmentos de roca que cubrían la via, producía un eco triste y melancólico. Ofrecíanse á su vista grandes trechos de terreno árido, interrumpido de vez en cuando por el lozano verdor de los árboles del Sur. A veces alguna cabra montés que asomaba su cabeza por detrás de las escarpadas rocas y huía despavorida haciendo rodar hasta la orilla del camino las piedras que despedían sus piés, ó el grito discordante de algunas aves de rapiña que salían asustadas de su guarida eran las únicas cosas que interrumpían el silencio de estos sitios.

Ninguna otra señal de vida ofrecía aquel camino en el cual no se encontraba alma viviente, ni un punto en donde la vista del viajero pudiera contemplar una humilde choza. Sumergido en sus ardientes y solemnes pensamientos, Fulton seguía andando sin sentir el calor abrasador de los rayos del sol de Mediodía. Una fresca y consoladora brisa del lado del mar que estaba á su derecha á bastante distancia, vino al fin á anunciarle la hora de la tarde. La dirección del camino, cambiando entonces de repente, espuso á su vista uno de esos tristes y arruinados pueblos que se encuentran en el interior del reino de Nápoles.

Después de andar algunos pasos, encontró á un lado del camino una pequeña capilla en cuyo altar veíase pintada con vivos colores la imágen de la Virgen. Alrededor de la capilla habíanse reunido cinco ó seis miserables escuálidos á los cuales la asquerosa lepra había aislado del resto de sus semejantes. Al ver al viajero prorrumpieron en agudos y penetrantes gritos, y sin moverse de su puesto estendieron sus demacrados brazos implorando su caridad en nombre de la divina Madre! Fulton les arrojó al pasar algunas monedas de poco valor, y apartando la vista de aquel cuadro repugnante puso su caballo al galope hasta la entrada del pueblo.

A la presencia de un extranjero en ambos lados de una calle estrecha y sucia se habían formado pequeños grupos de personas hu-

rañas y de mirada traidora, mientras que algunos hombres permanecían recostados contra las negruzcas paredes de sus ruinosas cabañas; otros estaban tranquilamente sentados en el umbral de la puerta y algunos tendidos en el lodo. El joven viajero dudaba si aquellos seres desgraciados debían inspirarle compasión ó infundirle desconfianza: compasión, por su miseria, desconfianza, por el aire feroz que se advertiera en su semblante. Aquellos hombres le miraban con cierto ceño imponente mientras que su caballo andaba con paso lento por aquella calle llena de guijarros; algunos de ellos hablaban entre sí de una manera significativa, pero sin que ninguno se atreviera á detenerle. Hasta los andrajosos muchachos interrumpiendo su gritería le miraban con ojos devoradores diciendo á sus madres: «Mañana si que tendremos buen día!»

El pueblo era en efecto uno de esos villorrios que la ley no ha visitado nunca, y en los cuales la violencia y el asesinato residen impunemente; pueblecillos muy comunes entonces en el interior de Italia donde el nombre de campesino era sinónimo de bandido.

Fulton empezó á experimentar cierta inquietud, así es que la pregunta que iba á dirigir á aquellas gentes espiró en sus lábios. Al fin salió de una de aquellas chozas un hombre que parecía ejercer cierta autoridad sobre los demás. En vez de los harapos que viera hasta ahora, el traje que usaba este individuo estaba caracterizado por todos los adornos del lujo nacional. Sobre su negro cabello, cuyos rizos lustrosos contrastaban notablemente con las rústicas greñas de los salvajes que le rodeaban, llevaba puesto un gorro de paño con una borla de oro que le caía sobre el hombro; sus bigotes estaban rizados con esmero, y ceñía su bien formado cuello aunque algún tanto nervudo, un pañuelo de seda de vivos colores. Su chaqueta de paño grosero estaba adornada con varias filas de botones dorados, mientras que sus calzones llenos de bordados se ajustaban completamente á sus muslos.

En su ancho cinturón, en el que se veían diferentes dibujos, llevaba metidas un par de pistolas de culata plateada y el cuchillo con vaina que acostumbran usar los italianos del pueblo bajo, en cuyo puño de marfil había muchos grabados. Una corta carabina ricamente trabajada que pendía de su hombro completaba el armamento

de este individuo de mediana estatura, de formas robustas y ágiles, y cuyas facciones, si bien tostadas por el sol, eran regulares y expresivas, adivinándose desde luego en ellas mas bien la franqueza que la ferocidad. El aspecto general de este hombre revelaba la audacia compañera de la generosidad; y á no ser por la desconfianza que inspirara su traje, se hubiera encontrado en él algo de simpático.

Fulton, despues de contemplar á aquel hombre algunos instantes con grande atencion, detuvo su caballo y le preguntó cual era el camino que conducia al castillo de la Montaña

El hombre se quitó el gorro al oir esta pregunta en tanto que acercándose al jóven inglés puso su mano sobre las crines del caballo.

—¿Sois vos le dijo en voz baja, un caballero que viene á visitar á nuestro protector? Sin duda sabia ya que ibais á venir, porque me ha mandado que os esperase aquí para acompañaros al castillo; y por cierto caballero, que si me hubiese descuidado en obedecer su órden lo hubieseis pasado muy mal.»

Separándose entonces un poco de Fulton, el napolitano se dirigió á los grupos que habia un poco mas atrás y les dijo en alta voz.

—¡Hola! amigos, es preciso que de hoy en adelante guardéis á este caballero todo el respeto que se merece, porque es un huésped de nuestro bendito patron del Castillo de la Montaña. ¡Dios conserve sus dias, y, como á nuestro protector, le guarde de dias y de noche, en la montaña y en el desierto, del puñal y de las balas! La maldicion del cielo caiga sobre el miserable que se atreva á tocar un cabello de su cabeza ó un bayoco de su faltriquera. De hoy mas le respetaremos y protegeremos por la ley y contra ley, con lealtad y hasta la muerte.

—Sí, sí, respondieron un centenar de voces con una gritería salvaje en tanto que se iban acercando hasta formar un estrecho círculo en derredor del ginete.

—Y para que este caballero puede ser conocido, prosiguió el estraño protector de Fulton, á la vista y al oido, le pongo el cinturón blanco y le doy la sagrada contraseña de *Paz á los bravos*. Señor, cuando lleveis puesto este ceñidor, los hombres mas altivos

de estas comarcas se descubrirán y doblarán su rodilla ante vos. Cuando pronuncieis esa contraseña se pondrán á vuestras órdenes todos los corazones valientes. Si deseais salvar á cualquiera persona ó ejercer una venganza... ganar una belleza ó deshaceros de un enemigo... decid una palabra y todos estamos prontos á obedeceros. ¿No es verdad compañeros?

—Sí, sí! respondieron otra vez aquellas voces terribles.

—Ahora, caballero, le dijo el bravo en voz baja, si teneis algunas monedas de sobra, distribuidlas entre esos grupos y partamos.

Fulton, contentísimo del desenlace pacífico de aquella escena, vació su bolsillo por aquellas calles; y mientras que en medio de juramentos, bendiciones, chillidos y ayes, hombres, mujeres y niños se apoderaban de aquellas monedas á la arrebatada, el bravo, cogiendo las riendas del caballo, lo hizo trotar hasta que entrando en un callejon que habia á mano izquierda se encontraron á los pocos minutos en despoblado y metidos entre montañas. Hasta entonces el guia no soltó la brida del caballo, y dejando ahora que el animal fuese á su paso natural, el bravo miró á Fulton de una manera maliciosa, diciéndole: .

—Juraria, caballero, que no esperabais el magnífico recibimiento que os hemos hecho.

—Y sin embargo, no debia sorprenderme porque en Nápoles me habian pintado el carácter de este vecindario. ¿Y vuestro nombre, amigo mio, si es que me permitís llamaros así.

—Oh! Escelencia no gasteis cumplimientos conmigo. En el pueblo me llaman generalmente maese Páolo. Antes tenia un apodo, que á la verdad no me hacia muy recomendable, apodo que he dejado desde que me retiré del mundo.

—Y decidme, preguntó Fulton, ¿os refugiásteis á estas montañas disgustado de la pobreza ó á consecuencia de algun enredo con la justicia?

—Caballero, dijo el guia riendo alegremente, los ermitaños de mi estofa son poco amantes del confesionario. Sin embargo, mientras que mis piés pisen estos desfiladeros, que mi mano puede apoyarse en el mango de este cuchillo y que mi carabina cuelgue de mi hombro, no temo que mis secretos me comprometan.

Y al decir esto el bandido, como si quisiera imponerse alguna reserva; tosió tres veces, y con el semblante algun tanto nublado por antiguos recuerdos empezó á referir su historia. A medida que se iba engolfando en la narracion, empujado por la corriente de los hechos pasados, el guia pareció ir mas léjos de lo que tuviera intencion, y poco á poco su fisonomía se fué animando con esa viva y variada gesticulacion que caracteriza á los hombres de su país y de su clase.

«Nací en Terracina, prosiguió, ciudad magnífica, ¿no es verdad? Mi padre era un hombre de mucho talento y de muy alta cuna; y mi madre ¡en paz descansen! una mujer hermosa, hija de un fondista. La diferencia de nacimiento fué causa de que mis padres no pudiesen casarse. Mi padre, que desde mi niñez me destinó para la carrera eclesiástica, me hizo recibir una educacion propia para mi profesion y en poco tiempo aprendí perfectamente el latin. Tampoco el buen hombre descuidó mi educacion moral, y facilitaba á mi madre abundantes recursos para que yo fuese un muchacho de prendas; pero pronto se estableció una secreta comunicacion entre la faltriquera de mi madre y la mia.

»A los catorce años llevaba la gorra á lo jaque, un par de pistolas en el cinto, y afectaba el aire de todo un caballero galante y perdonavidas. A esa edad perdí á mi madre y mi padre abrazó la vida monástica. El autor de mis días escribió al poco tiempo una obra religiosa de gran mérito, y como era de una familia muy distinguida, alcanzó pronto el capelo de cardenal. Desde entonces el ilustre varon no quiso reconocer mas á este vuestro humilde servidor. Entregóme á un honrado notario de Nápoles, dándome provisionalmente una suma de doscientas coronas.

»Debo deciros, señor, que al poco tiempo conocí lo suficiente la ley para convencerme de que nunca seria bastante pícaro para brillar en esta carrera. Así, en vez de borrar pergaminos, púseme á hacer el amor á la hija del notario. Mi amo descubrió nuestra inocente diversion y me puso de patitas en la calle. Fué una accion cruel; pero Ninetta me queria y tuvo buen cuidado de que no me viese en la necesidad de tener que ir á mezclarme con los lazaroni. ¡Pobrecita! ¡me parece que la estoy viendo aun, cuando venia con

los piés descalzos y el dedo en los labios á abrir la puerta de la calle para introducirme en la cocina en donde aguardaba al hambriento amante un consolador refrigerio!

»Al fin Ninetta se cansó de mí. Es el defecto del sexo, señor. Su padre negoció su casamiento y la unió á un traficante de pinturas bastante rico. Ninetta se casó y dió con las puertas á los hocicos al pobre amante. Sin embargo, no me desanimé. Viéndome sin un ducado en el bolsillo y sin un mendrugo de pan con que entretenir el hambre, traté de buscar fortuna y entré á bordo de un buque mercante español. El oficio de marinero era un trabajo mas pesado de lo que yo creia; pero felizmente fuimos atacados un dia por un pirata que degolló la mitad de la tripulacion, haciendo prisioneros la otra mitad. Tocóme á mí esta última suerte.

»El capitán pirata me cobró cariño.—¿Quieres servir con nosotros? me dijo un dia.—Con mucho gusto, le respondí. Héme aquí hecho pirata. ¡Oh vida deliciosa! ¡Cuántas veces envié desde el fondo de mi corazon las gracias al notario por haberme puesto en la calle! ¡Vida de festines y combates, de amores y pependencias! A veces saltábamos á tierra en la playa que nos parecia mejor y nos regalábamos como príncipes; otras permanecíamos dias enteros en completa calma en el mar mas sereno que el hombre haya surcado jamás. Y despues, si despertándose la brisa ofrecia á nuestra vista alguna lejana embarcacion ¡cuán alegres nos poníamos!

»Pasé tres años entregado á esta encantadora vida, hasta que un dia vino á darme tormento la ambicion. Codicié el puesto del capitán y me puse á conspirar contra él. Aprovechamos una noche de calma para darle el golpe. Nuestro buque parecia dormir mecido por el mar; la tierra se encontraba fuera del alcance de nuestra vista, y el agua se asemejaba á un espejo inmenso iluminado por una línea clara y poética. Nos levantamos á la señal convenida y á la cabeza de los míos me precipité en la cámara del capitán. El valiente anciano sospechaba sin duda alguna cosa, pues nos aguardaba en el umbral con una pistola en cada mano, en tanto que su ojo (era tuerto), arrojaba un brillo mas aterrador que la boca de sus pistolas.

—» ¡Rendíos! le dije, y os salvaré la vida.

—» ¡Toma! respondió el capitán disparando una pistola cuya bala,

despues de rozarme la megilla, mató al contra maestre que estaba detrás de mí.

»Entonces me agarré á brazo partido con el capitan que disparó la otra pistola sin tocar á nadie. Era un hombre de seis piés y líneas. Fuimos rodando por el suelo. ¡Los dos hacíamos los esfuerzos posibles para sacar el cuchillo.

»Entretanto la tripulacion estaba toda alborotada y engolfada en una espantosa refriega, unos á favor mio y otros á favor del capitan. Oíanse detonaciones, estruendo de armas, gritos y juramentos y de vez en cuando el ruido de un cuerpo que caía en el mar. ¡Los tiburones tuvieron aquella noche una rica cena!

»Al fin el viejo Balboa se puso encima de mí blandiendo el cuchillo dejó caer su brazo, pero no pudo herirme en el corazon. ¡No!... sirviéndome del brazo izquierdo como de un escudo, recibí el golpe en el puño, del cual brotó un gran chorro de sangre. Con la fuerza del golpe el hercúleo capitan vino á chocar su cara contra la mia. Entonces pude cogerle por la garganta con la mano derecha y le hice dar una vuelta redonda, mientras que, casi en el mismo instante, el hermano del contra maestre, holandés de gran corpulencia, le metió un chuzo por el costado.

—»Amigo, dije al capitan cuando su terrible mirada se fijó en mí, no os deseaba mal alguno, pero todos debemos hacer los posibles para prosperar en este mundo.

»El capitan rechinó los dientes y espiró. Subimos en seguida sobre cubierta... ¡qué espectáculo! Veinte habia allí tendidos, y la luna brillaba tranquilamente sobre una balsa de sangre. Mi partido ganó la victoria y el barco quedó mio. Mandé alegremente y fui obedecido como un rey por espacio de seis meses. Pocos dias despues atacamos á un buque francés cuyo casco era doble que el nuestro. ¡Qué lucha! Hacia tanto tiempo que no nos habíamos batido que peleábamos como viejos. Sin embargo, vencimos al fin y nos apoderamos del buque y del cargamento. Mis gentes querian matar al capitan enemigo, pero esto era contrario á mis leyes. Pusimosle unas mordazas porque no cesaba de insultarnos, en seguida con el resto de su tripulacion le trasladamos á nuestro buque que estaba bastante mal parado, y despues de enarbolar la bandera negra en

el francés, partimos tranquilamente al soplo de una brisa favorable.

«Desde que abandonamos nuestra antigua embarcacion la fortuna pareció volvernó la espalda. Un dia un fuerte temporal hizo saltar una tabla del buque y este empezó á hacer aguas de una manera alarmante. Cuando vimos que el barco iba á sumergirse saltamos á los botes; todos tuvimos buen cuidado en recoger el oro, pero nadie se acordó de embarcar una pipa de agua!

«Sufrimos horriblemente por espacio de dos días y dos noches, y al fin abordamos en una playa cerca de un puerto francés. Nuestro triste estado movió á compasion á los habitantes, y como teníamos dinero, nadie sospechó de nosotros, pues la gente no desconfía sino de los pobres.

«Pronto nos recobramos de nuestras fatigas; nos vestimos de nuevo de piés á cabeza, y vuestro humilde servidor fué considerado tan capitán como el que se haya paseado toda su vida por la cubierta de un buque. Mi mala estrella quiso que me enamorase ahora de la hija de un mercero. Amaba con delirio á mi bella Clara. Sí, la amaba tanto que miraba con horror mi vida pasada! Así, pues, resolví arrepentirme y vivir como un hombre honrado despues de casarme con ella. Un dia llamé á mis compañeros para manifestarles mi resolucion y despues de dimitir mi empleo les encargué que se marchasen. Como eran muy buenos muchachos entraron al servicio de un capitán holandés, contra el cual, segun supe despues, se sublevaron felizmente. Desde entonces no he vuelto á saber de ellos.

«Quedábanme doscientas coronas gracias á las cuales obtuve el consentimiento del mercero, y convenimos en continuar juntos su comercio. No tengo necesidad de deciros que nadie sospechaba que mi padre fuese una persona tan respetable, y pasé por hijo de un platero napolitano en vez del primogénito de un cardenal. ¡Entonces era muy feliz, señor... tan feliz que no hubiese hecho daño á una mosca! Si me hubiese casado con Clara hubiera sido el mercero mas honrado y pacífico del mundo.»

El guía calló algunos momentos y era fácil descubrir en él señales de profunda emocion.

«Bien, bien, prosiguió no volvamos la vista atrás con demasiado afán, pues hay recuerdos, que, como los rayos del sol, hacen llorar

los ojos. Acercábase el día fijado para celebrar la boda. La víspera Clara, su madre, su hermana y yo, nos paseábamos por el puerto, y mientras que les estaba contando algunos cuentos de sirenas y serpientes, hé aquí que un mofletudo francés de rostro encarnado se viene flechado hácia mí, y despues de calarse las gafas deliberadamente echó un *Sacre mille tonnerres!* diciendo:—Este es el condenado pirata que abordó el *Niobe*.

—«¡Caballero! haced el favor de no bromearos conmigo, le dije con finura.

—«¡Ah! ¡ah! no puedo engañarme, prosiguió el francés; y cogiéndome por la corbata empezó á gritar, socorro!

«Como debeis suponer, mi contestacion fué arrojarle al canal, pero eso no me sacó de apuros. El capitán llevaba detrás á su segundo que tenia tan buena memoria como su jefe. La gente formó en seguida corro alrededor de mí, vinieron otros marineros y todos tomaron parte á favor del capitán.

»Aquella noche dormí en la cárcel, y á las pocas semanas fuí condenado á galeras. Si me perdonaron la vida fué solo porque el buen francés tuvo la bondad de declarar que yo habia salvado la suya. Ya podeis figuraros que el remo y las cadenas no eran de mi gusto. Un día me fugué con otros dos sentenciados; ellos se hicieron guardas de camino real, lo que me hace creer que mucho tiempo ha habrán espirado en la rueda.

«Yo no tuve valor para lanzarme al crimen, los lindos ojos de Clara estaban aun grabados en mi corazón. Así, pues, limité mis hazañas á robar los andrajos de un pordiosero, dejándole en cambio mi vestido de galeote, y dirigí mis pasos al país de Clara. Era un hermoso día de invierno cuando llegué á las inmediaciones del pueblo. Mi barba y mi cabello eran una buena máscara para no ser descubierto. Pero hé ahí que al entrar en el pueblo tropiezo con un entierro! ¡Para qué callároslo! Clara habia muerto, de amor quizá, pero mas probablemente de vergüenza.

«¿Sabeis como pasé aquella noche? Quité un azadon del cobertizo de un albañil, y solo, en medio de una noche helada, me fui á cavar en su sepultura. Despues de estraer el ataúd arranqué la tapa y ví otra vez á mi amada! No se habia desfigurado lo mas mínimo!

¡Cuando vivía estaba también pálida! ¡Hubiese jurado que dormía. ¡Qué dicha era para mí verla otra vez! Pero después, tenerla que retirar á la tierra, cerrar el ataúd, depositarlo en la sepultura y oír el ruido de la tierra y las piedras sobre el féretro... eso fué terrible!

«Hasta entonces no conocí cuan preciosa es la vida. Al salir el sol me encontré otra vez errando por el mundo. Pero ahora Clara no existía, y el bien y el mal se disputaban nuevamente mi posesión. Al fin pude hacerme admitir á bordo de un buque que se hacía á la vela para Liorna ofreciéndome á servir de marinero durante la travesía. De Liorna me fui á Roma y me instalé en la puerta del palacio del cardenal. Cuando el prelado fué á subir en el lujoso coche que le aguardaba en la calle, me acerqué diciéndole:

—«¡Padre! ¿me conocéis?

«El cardenal me miró y pareció dudar.

—«Soy vuestro hijo, le dije en voz baja.

«El cardenal dió un paso atrás, y después de fijar sus ojos en mí se quedó reflexionando un instante.

—«Todos los hombres son hijos míos, contestó con voz afable, aquí teneis este dinero. Al que pide por primera vez debe dársele limosna; pero al que importuna repitiendo la petición se le envía á la cárcel. Seguid mi consejo y no me molesteis más. ¡El cielo os bendiga!

«Al decir esto el cardenal entró en el carruaje, que tomó el camino del Vaticano. El bolsillo que me entregó estaba bien provisto. Quedeme contento y agradecido y emprendí la marcha para Terracina. A poco de haber pasado las lagunas Pontinas ví dos hombres á caballo que venían hácia mí á galope.

—«Amigo, me dijo uno de ellos haciendo alto; pareceis muy pobre y sin embargo sois joven y robusto.

—«Caballero, le respondí, los hombres pobres y fuertes son útiles y peligrosos al mismo tiempo,

—«Teneis razón, repuso el jinete, seguidnos.

«Obedecí y me hice bandido. Prosperé poco á poco; y como he ejercido siempre mi profesión con hidalguía y he querido dinero y no sangre, he adquirido cierta reputación, tanto que puedo ir á Ná-

poles cuando se me antoje sin que peligren mis huesos ni mi vida. Hace dos años que habito en esta comarca donde he comprado algunas tierras, y ahora solo robo por diversion y por no perder la costumbre. «Creo que he satisfecho vuestra curiosidad. Estamos muy cerca del castillo.

—Y, como, preguntó el inglés á quien la relacion de su guia interesára vivamente, ¿Cómo entrasteis en relaciones con el anciano del castillo? ¿porqué medios se ha conciliado vuestra amistad y la de vuestros compañeros?

Maese Páolo fijó sus negros ojos de una manera muy grave sobre el inglés.

—Caballero, repuso, supongo que sabreis de ese extranjero mucho mas que yo. Todo lo que puedo deciros es, que hará algunos meses que hallándome por casualidad junto á una barraca en la calle de Toledo de Nápoles, ví á un señor respetable que tocándome el brazo ligeramente me dijo:

—Maese Páolo, me conviene ser vuestro amigo, así hacedme el favor de venir conmigo á aquella taberna y echaremos un vaso de lágrima.

—Con mucho gusto le respondí.

Entramos en la taberna, y despues de sentarnos, el anciano me dijo:

—El conde de O... me ha ofrecido alquilarme su viejo castillo cerca del pueblecillo de B... ¿Conoceis aquellos sitios?

—Perfectamente respondí; hace mas de un siglo que su castillo no ha sido habitado, y os advierto que está medio arruinado. ¡Tomaís una habitacion bien rara: me parece que el conde os la alquilará por poco dinero!

—Maese Páolo, dijo el desconocido, soy filósofo y hago poco caso del lujo. Necesito un sitio tranquilo para hacer algunos experimentos científicos y el castillo es á propósito para esto; solo me falta que me acepte por vecino y que vos y vuestro amigo me tomeis bajo vuestra proteccion. Soy rico, pero nada tendré en el castillo digno de ser robado. Por consiguiente, pagaré dos rentas, una al conde y otra á vos.

Pronto estuvimos arreglados, y como este estraño señor duplicó la

suma que le pedí, goza de alto favor entre todos nosotros. Me atrevo á deciros que defenderíamos el castillo contra un ejército. Y ahora, señor ya que yo he sido franco con vos, sedlo tambien conmigo.

¿Quién es ese caballero singular?

—El mismo os lo ha dicho, un filósofo,

—¡Hem! ¿que busca quizá la piedra filosofal, eh? respondió el guia. ¡O algun mago que huye de los agentes del Vaticano!

—Precisamente, dijo Fulton; lo habeis adivinado.

—Me lo figuraba repuso el italiano. ¿Y vos sois su discípulo?

—Sí, contestó el jóven.

—Deseo que salgais con bien, dijo el bandido con gravedad, haciendo la señal de la cruz con mucha devocion. No soy mas bueno que las demás gentes, pero el alma es lo primero. Confieso que es poco honroso robar, ó matar á un hombre si es necesario... pero hacer un pacto con el diablo!... ¡Ah! joven caballero, mirad lo que haceis.

—Creo que hemos llegado, observó Fulton. Bellas ruinas... ¡que vista tan magnífica!

Páolo se despidió del inglés al ver que los criados de Mejnour salian á recibir al joven viajero.

El dueño de aquella antigua mansion recibió á Fulton con afabilidad y cortesía y el mismo le acompañó á la habitacion que le habia destinado.

Fulton permaneció mucho tiempo en compañía de Mejnour dedicado esclusivamente á la contemplacion y al estudio de la naturaleza. El maestro estaba bastante contento del discípulo, si bien veíase obligado muchas veces á combatir su impaciencia. Mejnour hacia que el jóven le acompañase en sus largas escursiones por los alrededores, y se sonreía con amabilidad cuando Fulton daba rienda suelta al entusiasmo que le inspirára la sombría belleza de los sitios que frecuentaban y, que hubiesen hecho palpitar un corazon menos impresionable que el suyo.

Entonces era cuando Mejnour daba á su discípulo lecciones de una ciencia que parecia ilimitada é inagotable. Dábale noticias curiosas, gráficas y minuciosas de las varias razas que habian habitado aquellas comarcas. Verdad es que sus descripciones no se encontraban

en los libros ni estaban autorizadas por sabios cronistas; pero Mejnour poseía el verdadero encanto del narrador y hablaba de todas estas cosas con la animada convicción de un testigo presencial. A veces hablaba también de los durables y elevados misterios de la naturaleza con una elocuencia y pureza de lenguaje que adornaban su conversacion, haciéndola participar al mismo tiempo de la belleza de la poesía y de los encantos de la ciencia.

Fulton observó que en sus paseos Mejnour se detenía con frecuencia en los sitios donde el follaje era más abundante para cojer alguna flor. Un día Fulton preguntó á su maestro:

—¿Acaso estas humildes hijas de la naturaleza que nacen y desaparecen en un día, son útiles para la ciencia que conduce á los elevados secretos? Existe una farmacia para el espíritu así como hay otra para la materia?

—Sí, respondió Mejnour, un viajero visitó una tribu errante que no conocía ninguna de las propiedades de las yerbas; si el viajero hubiese dicho á aquellos salvajes que muchas de las plantas que pisaban cada día estaban dotadas de grandes virtudes; que una podría restituir la perdida salud al hermano moribundo, que otra reduciría al idiotismo al hombre sabio; que otras harían morir instantáneamente á sus más feroces guerreros; que las lágrimas y la risa, la salud y el mal, la locura y la razón, el desvelo y el sueño, la vida y la disolucion existían en aquellas insignificantes hojas ¿No le hubieran tomado por brujo ó embustero?

Respecto de la mitad de las virtudes del mundo vegetal, la humanidad se encuentra en el mismo grado de ignorancia que los salvajes que acabo de citar. Hay facultades en nuestro interior con las cuales ciertas yerba guardan una completa afinidad, y que por lo mismo ejercen sobre ellas un grande poder. El *moli* de los antiguos no es una cosa del todo fabulosa.»

Así se pasaron semanas y meses, y de esta manera la imaginacion de Fulton, acostumbándose gradualmente á esta vida del aislamiento y contemplacion hizo rápidos progresos en los estudios y en las ciencias que le revelára Mejnour. Sin embargo, Fulton estuvo más de una vez próximo á ser víctima de esperimentos atrevidos, que intentára en alguna de las frecuentes ausencias de su maestro.

Una vez, Mejnour lo encontró tendido y sin conocimiento en uno de los laboratorios que poseía.

—Jóven, le dijo Mejnour, juzgad por lo que acabais de experimentar cuan peligroso es buscar los conocimientos antes de estar preparado para recibirlos. Si hubieseis respirado algunos minutos mas el aire de esta habitacion hubiérais perecido.

Por un tiempo considerable el discípulo de Mejnour fué prudente y estuvo ocupado en un trabajo que requería una asidua atención y un cálculo sutil y minucioso, pero sus afanes se veían premiados con resultados sorprendentes y variados. Sus estudios se reducían ahora á hacer descubrimientos químicos cada uno de los cuales le descubría una nueva maravilla.

Algunos meses despues Mejnour dijo un dia á su discípulo, que estaba muy satisfecho de sus adelantos.

—Continuad trabajando, añadió y seguid dominando vuestra impaciencia por saber los resultados hasta que podais penetrar las causas. Voy á ausentarme por algunos dias; si á mi vuelta habeis ejecutado los trabajos que os dejaré encargados os ofrezco completar en poco tiempo vuestra instruccion. Solo tengo que advertiros una cosa que mirareis como una órden interesante. No entreis en este gabinete hasta mi regreso. Dejaré la llave en vuestro poder para probar vuestra obediencia y el dominio que teneis sobre vos. Jóven, resistir esa tentacion es una prueba á la cual os someto. Si quebrantais mi mandato no me volvereis á ver.

Al decir esto, Mejnour le entregó las llaves y á la puesta del sol se ausentó del castillo.

Han transcurrido cuatro años desde que Mejnour dejó solo á Fulton en el castillo del conde de O... Nos encontramos ahora en Lóndres y precisamente en uno de esos dias rigurosos de invierno en que todo inglés acomodado no se atreve á separarse de su chimenea.

—Llenad el hogar de leña y encended luces.

Estas eran las órdenes lacónicas que daba Mr. Melville, antiguo compañero de Fulton, sentado en una muelle butaca y restregándose las manos como si quisiera llamar á ellas cierta dosis de calor.

—Mrs. Melville, acercad un sillón.

Después de encendidas, las luces iluminaban una bonita habitación de veinte y seis pies de longitud, sobre veinte y dos de anchura, bien alfombrada, con ricos sofás y cómodos sillones forrados de terciopelo, mientras que en las paredes se veían algunos cuadros cuyo mérito todo estaba en el marco.

Gracias al dote de su joven esposa, á la que no puede llamarse bella, Mr. Melville era uno de los comerciantes medianamente acomodados de Londres.

El antiguo amigo de Fulton después de arrojar al fuego un cigarro al cual solo faltaba el primer tercio, cogió un diario que estaba tirado en el sillón inmediato y se puso á leer para sí. A los pocos instantes el rostro de Melville se puso pálido y el papel se le cayó de las manos.

—¿Qué teneis, Melville, ¿os habeis puesto malo? exclamó su esposa.

—No, no es nada, dijo Melville. Hacedme el favor de leer una noticia de Nápoles que hay en el correo exterior.

Mrs. Melville se puso á leer en alta voz:

«En el pueblecillo de B. ocurrió anteaayer un combate sangriento entre unas compañías de soldados napolitanos y la partida mandada por Páolo al ir á rescatar un rico comerciante que este célebre bandido se habia llevado de su misma casa, logrando hacerlo bajar á la calle y entrar en un carruaje por medio de una estratagema tan ingeniosa como audáz. La tropa sufrió pérdidas considerables. Entre los bandidos que quedaron en el campo encontróse el cadáver de Páolo, de ese gefe atrevido que de algun tiempo á esta parte tenia en alarma á las personas ricas de esta capital.»

—Me alegro que haya muerto ese bribon que secuestró á un comerciante rico; pero no es eso, creo que la noticia á que me referio está mas abajo.

«Ayer se encontró muerto en su laboratorio al sabio químico inglés Mr. Fulton al que un año há trajeron del castillo del conde de O... en las inmediaciones del pueblecillo de B... en un estado deplorabile á consecuencia de un accidente desgraciado ocurrido en un experimento químico peligroso. Mr. Fulton ha sido sin duda vícti-

ma de algun atrevido ensayo. La Inglaterra ha perdido uno de sus hijos mas ilustres y las ciencias uno de sus mas asiduos é infatigables adalides.»

— ¡Pobre Fulton! murmuró Melville.

— ¿Quién era ese Fulton? le preguntó su esposa con indiferencia.

— Un amigo testarudo á quien predije su suerte, que cometió la calaverada de preferir las artes y las ciencias á los placeres y al comercio, y los azares de una vida errante y aventurera á las comodidades domésticas.

Un año antes de la revolucion que terminó con la espulsion de Francisco II y con la nacionalidad napolitana, un viajero curioso quiso hacer la ascension del monte Matese y á fuerza de dinero se procuró un buen guia al cual se entregó lleno de confianza. La ascension, aunque costosa por lo salvaje del país, satisfizo los deseos del viajero. A los dos tercios del camino se encontraba un lago situado al fondo de un valle pintoresco. Este lago presentaba tan pronto una orilla de rocas escarpadas que causaban vértigo al que se miraba en sus aguas cristalinas, como un borde de esmeralda cubierto de árboles frondosos. Desde la cúspide de la montaña se descubrian dos horizontes á cual mas magníficos y dos mares á cual mas serenos. El viajero y su guia estaban solos enfrente de esa naturaleza encantadora, pero que al propio tiempo tenia algo de misterioso como si oprimiera el espíritu. A los pocos pasos encontraron una cruz.

— ¿Veis esa cruz? yo la planté allí, dijo el guia.

— ¿Con qué objeto? pregunto el viajero.

— Es un voto que hice.

— Y ¿porqué hicisteis ese voto?

— Me sucedió una desgracia.

— ¿Sí?

— Sí, señor, maté á un hombre.

— ¡Cómo! ¿tu mismo?

— Sí, señor en aquel sitio.

Al decir esto el guia señalaba la cruz con el dedo. Este hombre

llevaba plantadas veinte y nueve cruces en diferentes sitios de la montaña.

Todos los tribunales del mundo no serian suficientes para juzgar los crímenes que se han perpetrado en el Matese. El gobierno dejaba cometerlos con la mayor indiferencia y la impunidad alentaba á los jóvenes audaces y amigos de aventuras á reunirse en pequeñas partidas. Cada una de ellas se establecia en algun bosque frondoso y sombrío y desde allí emprendia atrevidas expediciones.

Los mas amenazados en todos tiempos en Nápoles han sido los viajeros, aunque los propietarios establecidos en parajes aislados se veian obligados á establecer una especie de servicio nocturno para evitar una sorpresa. Si sus jornaleros armados no vigilaban como los centinelas en una plaza bloqueada, se esponian á verse una noche atados codo con codo y conducidos á la montaña. Llegados al cuartel general de la partida se discutia el rescate con el preso haciéndole declarar bajo juramento la riqueza que poseia para fijar la cantidad á proporcion de ella. Hecho el convenio el preso escribia á su familia y uno de los bandidos se encargaba de llevar la carta presentándose en la casa con aire contristado por su repugnante comision. La familia pagaba y el preso quedaba en libertad, no sin recomendarles antes la prudencia.

Esto sucedia antes, esto sucede hoy y sucederá probablemente muchos años todavía, pues costará mucho á los piamonteses acabar con un bandolerismo político que encuentra á causa de esto apoyo y simpatías entre unos campesinos que, á decir verdad, detestan la dominacion piamontesa. La transicion de lo pasado á lo presente ha sido demasiado rápida y violenta en Nápoles. Las leyes y las costumbres de un pueblo no se cambian con una voz de mando como si se tratase de hacer verificar un cambio de frente á un regimiento.

En época muy reciente los bandidos se apoderaron de una persona en un pueblecillo de provincia. Sus parientes, que se encontraban á la sazón en Nápoles, recibieron un emisario, un individuo de la partida, con una carta del gefe pidiendo mil ducados. La familia ofreció trescientos. El emisario volvió á los pocos dias con una carta y una oreja del cautivo, diciendo que mandarian la otra si permitian que se hiciera un nuevo viaje. Esta historia la refiríe-

ron tiempo atrás los diarios de Nápoles insertando el nombre de la familia á la cual el sacrificio de esta suma ha dejado sumida en la miseria.

Semejantes hazañas serian imposibles en cualquiera otra nacion, pero en Nápoles el terror las facilita. Nadie se atreve allí á delatar á esta clase de emisarios; al contrario, se les hace buena cara, se les obsequia, y se les da la mano á fin de no empeorar la suerte del cautivo ó con la esperanza de alcanzar una rebaja en el precio del rescate. En la actualidad basta un hombre solo para tener aterrorizado á un pueblo entero. Verdad es que se organizó una guardia urbana para proteger las casas de campo, pero como muchos de los hombres á quienes se confiaban las armas eran agentes de los bandidos, ó estaban en relaciones con ellos, el síndico no se atrevia á prender á ninguno de aquellos individuos, aun cuando cometiese un crimen, porque sabia que la venganza no se haria esperar.

Bajo el reinado de los Borbones el bandolerismo era una especie de institucion tolerada. Cuando las partidas tomaban demasiado incremento y hacian concebir temores de levantar una bandera política, el gobierno se resolvia entonces á enviar tropas contra ellos. La persecucion se convertia en una guerra de guerrillas á corta diferencia como la que los piemonteses sostienen hoy, aunque en menor escala. Las expediciones se dirigian contra un enemigo que huia siempre, que se escondia en los bosques bajos cuando se les buscaba en las alturas, que permanecia tendido entre los matorrales ó en medio de un campo de trigo á cierta distancia del camino mientras pasaba la tropa, que fatigaba á las columnas á fuerza de contramarchas por barrancos y senderos intransitables, hasta que el rey, cansado de una persecucion inútil, les proponia una transaccion la cual conseguia con el perdon y algun dinero.

Fernando II se vió obligado á tratar con Josafat Talarico que lo desafiaba, y batia mucho tiempo hacia á sus tropas en el valle del Sila en Calabria. Esta comarca, cubierta de un bosque secular impenetrable, ha sido en todos tiempos un refugio de bandidos. Estipulose que Talarico y su gente serian perdonados y que recibirian una pension del rey. En cambio de esta amnistia, ellos debian consentir en ser trasladados á Ischia una de las islas mas ricas y pintorescas de la costa de Italia.

Así estaba montado el bandolerismo puro en tiempos normales, y esta plaga no ha dejado de existir nunca en el reino de Nápoles. En los últimos días del reinado de Fernando los bandidos habían organizado en las fronteras un servicio regular para el transporte de los caballos robados. Los conductores tenían sus jornadas marcadas y sus sitios de descanso de distancia en distancia, hasta el territorio pontificio, en donde encontraban compradores para los animales que no podían vender en el reino.

En los momentos de crisis política, el bandolerismo aumentaba de una manera desastrosa, porque iba á engrosar el número de las partidas todo lo peor de las grandes poblaciones. Entonces, si el partido realista era vencido, aceptaba los servicios de estas partidas que llegaban á ser á veces respetables. La historia recuerda las sangrientas expediciones del cardenal Ruffo en 1799. Entre los cabe-cillas célebres de aquella época figuran Fra Diávolo, Mammone, hecho general por el rey, Proni, Césari y Sciarpa. El conjunto de partidas mandadas por estos criminales se titulaba entonces ejército realista, pero no por eso dejaban de cometer en el reino atrocidades repugnantes.

Después de la restauración borbónica, estos jefes volvieron á ser bandidos porque el gobierno no podía conservar en las filas del ejército á unos hombres que se habían manchado con toda clase de crímenes al grito de «viva el rey y la religión!» Algunos de estos antiguos guerrilleros acabaron sus días en el cadalso y otros se sometieron gracias á las proposiciones ventajosas que les hiciera el monarca.

Sin embargo, estos pactos celebrados entre los generales de Fernando y los jefes de bandidos no siempre fueron respetados. A veces se apeló á ellos como un medio de esterminar á mansalva á una partida audaz contra la cual fuera inútil la fuerza ó la persecución. El general Amato hizo una de estas transacciones con la partida de los hermanos Vardarelli que se había enseñoreado de la Pulla. Como los Vardarelli presentan uno de los tipos más sobresalientes del bandolerismo italiano, creemos que son dignas de ser conocidas sus hazañas y el fin dramático que le preparó el vengativo general Amato.

LOS VARDARELLI.

El pueblo es generalmente en las manos de los reyes lo que un cuchillo afilado en manos de un niño: es muy raro que lo usen sin herirse. La reina Luisa de Prusia organizó las sociedades secretas, y las sociedades secretas produjeron á Sand. La reina Carolina protegió el carbonarismo y el carbonarismo trajo la revolucion de 1820.

En el número de los primeros carbonarios afiliados, encontrábase un calabrés llamado Cayetano Vardarelli. Era uno de esos héroes de Homero con todas las cualidades de la naturaleza primitiva. A unos músculos duros como los de un leon, y á unas piernas ligeras como las de un gamo, allegaba una vista fina como la de un águila.

Este hombre habia servido á las órdenes de Murat. Este general afortunado, habiendo concebido el atrevido proyecto de hacerse rey de toda la Italia, calculó que para la realizacion de este pensamiento podria servirse del carbonarismo como de una palanca poderosa. Viendo despues, que se necesitaba otro brazo y sobre todo otro genio mas á propósito que el suyo para dirigir un motor semejante, Murat, de protector de los carbonarios, se convirtió de pronto en su perseguidor. Cayetano Vardarelli desertó al verificarse este cambio y se retiró á la Calabria, al corazon de esas montañas maternas en donde creía que ningun poder humano se atreveria á perseguirle.

Vardarelli se engañaba: Murat contaba entonces entre sus generales á un hombre de un valor nunca visto, de una perseverancia estóica, de una inflexibilidad suprema; un hombre como Dios suele formarlos cuando quiere destruir ó crear una cosa: este hombre era el general Manhés.

Recorred la Calabria de Reggio á Pestum, y cualquier individuo que posea un ducado y un pié de terreno os dirá que debe al gene-

ral Manhés la tranquila posesion de este ducado y de este terreno. En cambio el desheredado, el que nada tiene, ó el que desea poseer los bienes de los demás, odia de muerte al general francés.

Vardarelli, pues, como los demás, vióse obligado á doblar su cerviz bajo la mano de hierro del terrible procónsul. Acosado de valle en valle, de bosque en bosque, y de montaña en montaña, Vardarelli retrocedió paso á paso, es verdad, pero retrocedió. Al fin llegó el dia en que arrinconado en Scylla Vardarelli no tuvo otro recurso que cruzar el Estrecho y pasar á Sicilia á suplicar al rey Fernando que le admitiera en su servicio.

Vardarelli tenia á la sazón veinte y seis años y era alto, fuerte y valiente. El rey vió que no debia despreciarse á un hombre de estas cualidades y le nombró sargento de la guardia siciliana. Con este grado y esta posicion, Vardarelli entró en Nápoles en 1815 cuando lo verificó el rey Fernando.

Sin embargo, para un hombre del carácter de Cayetano Vardarelli el empleo de sargento era una posicion demasiado triste y secundaria. Toda su esperanza, si continuaba en la carrera militar, era llegar á subteniente, y esta esperanza no quiso admitirla el joven ambicioso aun á trueque de engañarse y encontrar una cosa peor. Despues de vacilar por espacio de algun tiempo, el sargento hizo lo que habia hecho ya otra vez: desertó de las filas del ejército del rey Fernando, como habia desertado del servicio del rey Murat, y como entonces se dirigió tambien á la Calabria, sintiendo como Anteo que su fuerza se aumentaba cada vez que tocaba á su madre.

Al llegar á su país llamó á sus antiguos compañeros, y al poco tiempo tuvo bajo sus órdenes á dos hermanos suyos y unos treinta bandidos que andaban errantes y dispersos. Reunida la pequeña partida, eligió por jefe á Cayetano jurándole obediencia pasiva y reconociéndole sobre todos el derecho de vida y muerte. De esclavo que era en la ciudad, Vardarelli volvió á ser rey en la montaña, rey tanto mas temible cuanto que el terrible general Manhés no estaba ya allí para destronarle.

Vardarelli se portó con su habilidad pasada gracias á la cual los bandidos han hecho siempre muy buenos negocios en Calabria y

en los teatros; es decir que se proclamó el gran regularizador de las cosas de este mundo, y uniendo las obras á las palabras, empezó á poner en práctica la nivelacion social que habia soñado, dando lo necesario á los pobres con el supérfluo que quitaba á los ricos. Aun cuando este sistema era bastante antiguo y detestable, hay muchos que lo encuentran siempre nuevo y bueno. Con este sistema creció hasta tal punto la popularidad de Vardarelli, que su fama y el terror que inspirára su nombre llegaron á ocupar á la persona del mismo monarca.

Las hazañas de Vardarelli no fueron del gusto del rey Fernando, y el monarca creyó salir del paso dando la orden de que fuese ahorcado.

Sin embargo, para ahorcar á un hombre son indispensables tres cosas: una cuerda, una horca y un paciente. En cuanto al verdugo es cosa que se encuentra fácilmente en cualquiera parte.

Los comisionados del rey tenian la cuerda y la horca, estaban casi seguros de encontrar verdugo, pero les faltaba lo principal, el hombre.

Emprendióse pues contra Vardarelli, una persecucion activa, pero como el ex-sargento no ignoraba las miras poco filantrópicas de la justicia, trató de no dejarse coger. Hay mas: como Vardarelli tuvo por maestro al general Manhés, conocia á las mil maravillas el arte de jugar al escondite. El ex-sargento llegó á desesperar á las tropas del rey no encontrándose nunca en donde se le buscaba y presentándose allá donde nadie le esperaba, ora evadiéndose como una sombra, ora anunciándose como una tempestad.

No hay nada que haga tanto ruido ni tanto camino como la fama. La fama es el iman moral que atrae á los hombres hácia sí. Por consiguiente, no se estrañará que la partida de Vardarelli duplicase su fuerza en poco tiempo y que su jefe fuese un poder.

Esta fué una razon de mas para destruirlo: adoptáronse contra él planes de campaña, duplicáronse las tropas enviadas en su persecucion y se pregonó su cabeza. Todo fué inútil.

Sin embargo, no pasaba un dia sin que se oyera referir alguna nueva proeza que indicaba en el fugitivo una creciente dosis de astucia y de audacia. Acercábase á veces hasta dos ó tres leguas de

Nápoles como si tratara con esto de desespear al gobierno. Un dia dispuso una cacería en el bosque de Persiano como pudiera hacerlo el mismo monarca, y como era un tirador escelente preguntó despues á los guarda-bosques, á quienes habia obligado á seguirle, si su amo y señor hacia tiros mejores que él.

Otro dia mientras que el príncipe de Lesorano, el coronel Calcedonia Casella y el comandante Delponte cazaban con diez y ocho ó veinte monteros á pocas leguas de Bari, oyóse de pronto el grito de: «¡Vardarelli! ¡Vardarelli!» Cada cual echó entonces á correr lo mejor que pudo en la direccion en que se encontrara. Los cazadores tomaron el partido mas prudente, pues de lo contrario hubiesen caido todos prisioneros, mientras que gracias á la velocidad de sus caballos acostumbrados á correr el ciervo, solo uno de ellos cayó en poder de los bandidos.

El prisionero era el comandante Delponte. Los bandidos estaban de desgracia, pues habian cogido á uno de los jefes mas valientes, pero tambien de los mas pobres del ejército napolitano. Cuando Vardarelli pidió al comante mil ducados por su rescate para indemnizarle de los gastos de la espedicion, el prisionero se le rió en las barbas diciéndole que le desafiaba á que le hiciera pagar un ducado. Vardarelli le amenazó con mandarle fusilar si no se le entregaba aquella cantidad dentro del plazo señalado. Delponte le respondió que todo lo que esperase era perder tiempo, y que por lo mismo si queria seguir su consejo podia hacerlo fusilar inmediatamente.

Vardarelli estuvo tentado á hacerlo en el primer momento; pero pensó que una vida que su dueño tanto despreciaba debia ser muy querida del rey Fernando. En efecto, apenas llegó á noticia del monarca que el valiente comandante Delponte era prisionero de los bandidos, dispuso que se pagara su rescate de su bolsillo particular. Así es que una mañana Vardarelli anunció al comandante que habiendo sido pagado religiosamente su rescate era completamente libre de dejar su campo y de dirigir sus pasos hácia el punto que mas le acomodase. El comandante Delponte no podia adivinar cual fuese la mano generosa que le libertaba, pero como fuera la que quisiese estaba dispuesto á aprovecharse de su liberalidad, pidió su caballo y su sable, montó con mucha flema y se alejó poco á poco

silvando una tonada de caza sin permitir que su caballo diera un paso mas largo que el otro para que no pudieran suponer que tenia miedo.

Pero si el rey se habia mostrado generoso para salvar al comandante, en cambio aumentó su enojo contra los bandidos que le habian obligado á tratar con ellos de potencia á potencia y juró nuevamente su esterminio. Un coronel que por casualidad oyera el juramento del monarca, le juró á su vez que si se le daba un batallon le traeria preso á Vardarelli, á sus hermanos y á los sesenta hombres que componian su partida. La oferta era demasiado tentadora para que no fuéase aceptada desde luego. El ministro de la guerra puso quinientos hombres á la disposicion del coronel quien emprendió inmediatamente la tarea de dar cuenta de los Vardarelli y de sus compañeros.

Vardarelli tenia espías muy fieles y supo luego la expedicion que se organizaba contra su partida. Mas todavía, al saber esta noticia, para no ser menos que el rey juró tambien por su parte curar al coronel de un nuevo arranque patriótico para lo futuro.

El jefe calabrés empezó haciendo correr al pobre coronel por montes y valles hasta que tanto él como su tropa se saciasen de movimiento; luego que les tuvo en este estado, un dia, á las dos de la mañana, les hizo dar un aviso falso. El coronel tomó la cosa con mas formalidad de lo que era necesario y se puso en marcha al instante para sorprender á Vardarelli y su partida, la cual, segun la confianza que se le habia dado, se encontraba en un pueblecillo situado al extremo de un desfiladero tan estrecho que apenas podian marchar por él cuatro hombres de frente. Algunas personas compasivas que conocian el terreno hicieron algunas observaciones al intrépido coronel; pero este hombre estaba tan exasperado que no quiso oir nada, y á los diez minutos de recibir la confianza se encontraba ya en camino para el punto indicado.

El coronel anduvo con tal presteza que hizo casi cuatro leguas en dos horas, de suerte que al asomar la aurora se encontraba próximo á entrar en el desfiladero en cuyo extremo opuesto debia sorprender á los bandidos. Cuando llegó á este sitio, el terreno le pareció tan á propósito para una emboscada que envió veinte hombres

á explorar el camino, en tanto que él con lo restante de la fuerza hacia alto. Pasado un cuarto de hora, la descubierta regresó anunciando que no habia encontrado alma viviente.

El coronel sin vacilar mas penetró en el desfiladero con sus quinientos hombres; pero en el sitio en donde este desfiladero se ensanchaba formando como la boca de un embudo, oyóse de pronto el grito de «¡Vardarelli, Vardarelli!» como si saliese de las nubes. El coronel levantó la cabeza y vió en cada punta de roca un bandido con su carabina ó fusil apuntado. Sin embargo, el coronel mandó formar la tropa en masa; pero en el mismo momento se oyó la terrible voz de Vardarelli que gritaba: «¡Armas á tierra ó sois muertos!» Los bandidos repitieron á una la voz de su jefe, y el eco dejó oír esa intimacion varias veces consecutivas; de manera que los soldados, que no habian hecho el juramento de su coronel y que se creian circunvalados por una fuerza tres veces superior á la suya, gritaron á cual mas podia que se rendian á pesar de las exhortaciones, de las súplicas, y de las amenazas de su jefe.

Vardarelli, sin abandonar su posicion, mandó formar pabellones, órden que los soldados ejecutaron inmediatamente; en seguida les dijo que se separasen de las armas formando dos pelotones lo cual verificaron con toda la precision del arte militar. Finalmente, dejando unos veinte de los suyos en la posicion misma que ocuparan, bajó con su gente á donde estaban los fusiles de los soldados mandando que les quitasen las piedras á fin de que no se pudiera hacer fuego con ellos.

La noticia de este hecho puso al rey de un humor furioso y en no pocos apuros al gobierno, y ya se comprenderá que esta gracia de don Cayetano el ex-sargento debia valerle una persecucion mucho mas vigorosa y bien dirigida. En los primeros momentos circularonse las órdenes mas imperiosas con este objeto; pero al dia siguiente, el humor del rey habia cambiado de tal modo que contaba á todo el mundo desternillándose de risa la travesura de Vardarelli. Como hay siempre un auditorio dispuesto á oír los cuentos de los reyes, el pobre coronel no se atrevió á presentarse en la capital hasta tres años despues.

No obstante, el general que mandaba en Calabria tomó el asunto

mucho mas por lo serio de lo que lo hiciera Fernando y juró que cualquiera que fuese el medio de que tuviese que valerse, esterminaria á los Vardarelli desde el primero al último. Primeramente el general empezó á perseguirlos sin descanso, pero esta persecucion era una especie de juego para aquellos bandidos. Cansado de unas correrías tan pesadas como inútiles, el general hizo proponer á Vardarelli un tratado á fin de que su partida entrase al servicio del gobierno. Sea que las condiciones fueran demasiado ventajosas para ser desechadas, sea que Cayetano estuviese cansado de una vida tan llena de azares y peligros, aceptó las proposiciones del tratado redactado en los términos siguientes:

«En nombre de la Santísima Trinidad.

Artículo 1.º Se concede completo perdon y olvido por los hechos de Vardarelli y de sus partidarios.

Art. 2.º La partida de Vardarelli será trasformada en una compañía de gendarmes.

Art. 3.º Cayetano Vardacelli recibirá el sueldo mensual de noventa ducados, cuarenta y cinco cada uno de sus tres tenientes, y treinta los individuos de la compañía. Los sueldos serán entregados por adelantado al principio de cada mes.

Art. 4.º La compañía prestará juramento de fidelidad al rey en manos del comisario real; obedecerá inmediatamente á los generales que manden en la provincia, y se encargará de la persecucion de los malhechores del reino.

Nápoles 6 de julio de 1817.

Las condiciones estipuladas en el anterior tratado se pusieron en práctica inmediatamente por ambas partes. Los Vardarelli cambiaron de nombre y de uniforme, cobraron por adelantado como se habia convenido el primer mes de sueldo, y en seguida emprendieron la persecucion de los bandidos que desolaban la Capitanata. Como los nuevos gendarmes conocian todas la estratagemas del oficio, hicieron una persecucion tan acertada y activa á sus antiguos compañeros que al cabo de algun tiempo podia irse de Nápoles á Reggio con el dinero en la mano.

Pero no era este precisamente el fin que se habia propuesto el general, quien no pudo olvidar nunca la historia del coronel; y la pron-

titud con que los Vardarelli con cincuenta ó sesenta hombres hicieron lo que no pudieron hacer antes que ellos batallones, regimientos y hasta cuerpos de ejército, encendió mas el rencor del general contra los nuevos gendarmes. Así, pues, el general pensó para sus adentros que puesto que los Vardarelli habian purgado la Capitanata y las Calabrias de los bandidos que las infestaran, era hora de desembarazar el reino de los Vardarelli.

La cosa no era sin embargo de tan fácil ejecución como lo creyera su autor, y probablemente todas las tropas juntas que el general tenia á sus órdenes no hubieran podido realizar el pensamiento de su jefe si los nuevos gendarmes hubiesen concebido la mas ligera sospecha de lo que se tramara contra ellos. Pero á falta de sospechas positivas, los ex-bandidos estaban dotados de un instinto de desconfianza que no permitia á sus enemigos la menor precipitación, así es que trascurrió cerca de un año sin que el general encontrase el medio de llevar á efecto su plan de esterminio.

Sin embargo, el general encontró aliados seguros entre los amigos antiguos de los ex-bandidos. Un hombre de Porto-Canone á quien Vardarelli arrebatara una hermana, se presentó al general y le refirió los motivos de odio que tenia contra los Vardarelli, ofreciéndole al mismo tiempo dar cuenta cuando menos de Cayetano y de sus dos hermanos. Esta oferta entraba tan de lleno en las miras del general que la aceptó sin vacilar, prometiendo al sugeto que le habia hecho esta proposición una suma considerable. El hombre de Porto-Canone dijo al general que solo aceptaba de la suma ofrecida la parte de sus compañeros y que en cuanto á él necesitaba sangre y no oro. El negociador se despidió del general prometiendo volverle á ver luego que supiera cuanto querian sus compañeros por ayudarle en esta empresa, y que para mayor seguridad y economía se los presentaria para que tratase directamente con ellos.

Cual fuera el trato que medió entre estos hombres y el general nadie lo ha sabido nunca. Lo único que se sabe son los hechos que se realizaron á consecuencia de aquel contrato.

Un día los Vardarelli creyéndose entre buenos amigos se encontraban llenos de confianza y abandono en la plaza de un pueblecillo de la Pulla llamado Uriri. De pronto, y sin que nada hubiese podido

hacer presagiar semejante agresión, salieron una docena de tiros de una de las casas situadas en la plaza; esta descarga dejó muertos en el acto á Cayetano Vardarelli, á sus dos hermanos y seis bandidos mas. Los demás no sabiendo á qué número de enemigos debían hacer frente, y sospechando que eran víctimas de una vasta traición, saltaron sobre la silla de su caballo, del cual no se separaban nunca, y desaparecieron en un abrir y cerrar de ojos como una bandada de aves espantadas.

En seguida que la plaza quedó despejada y que solo se vieron en ella los cadáveres de los bandidos, el hombre que había ido á encontrar al general salió el primero de la casa de donde había sido hecha la descarga y se adelantó hácia Cayetano Vardarelli. En tanto que sus compañeros registraban los bolsillos de los demás muertos y se apoderaban de sus armas, el hombre de Porto-Canone se contentó con lavar sus manos en la sangre de su enemigo; después se embadurnó el rostro, exclamando con aire satisfecho.

—La mancha queda lavada, y se retiró en seguida sin querer nada del botín común ni aceptar lo mas mínimo de la recompensa ofrecida.

Sin embargo, lo ocurrido en la plaza de Uiriri no era suficiente aun porque solo habían muerto los tres hermanos Vardarelli y seis bandidos mas. Quedaban todavía cuarenta hombres vivos que podían nombrar nuevos jefes y volver á su antiguo oficio, y sobre todo dar mucho que hacer al general. Su excelencia resolvió pues continuar representando el papel de amigo y dió orden para que los asesinos de Uiriri fuesen arrestados. No temiendo estos nada por su parte, su prisión fué una cosa sumamente fácil y se verificó tan de repente que ninguno de ellos opuso la menor resistencia. Los presos fueron conducidos á la cárcel, diciéndose en alta voz que se les iba á formar causa y que se haría con ellos un terrible escarmiento en espacion del crimen cometido.

Esto podía ser verdad, y los fugitivos se dejaron coger otra vez en el lazo. Como era público y notorio que á la cabeza de los asesinos figuraba el hermano de la jóven ultrajada por Cayetano Vardarelli, creyóse generalmente entre los gendarmes de Vardarelli que el golpe de Uiriri era el resultado de una venganza particular. Luego

que los pobres que se habian salvado supieron que los asesinos estaban presos, y cuando oyeron decir por todas partes que el proceso se instruia con infatigable ardor, los ex-bandidos se convencieron completamente de que el gobierno no habia tenido parte alguna en aquella infame traicion. Aun cuando los compañeros de Vardarelli hubiesen tenido alguna duda la hubiera desvanecido una carta que recibieron del general manifestándoles que el tratado del 6 de julio quedaba en pié, que era un pacto sagrado, y que por lo mismo podian elegir nuevos jefes en reemplazo de los que habian tenido la desgracia de perder.

El nombramiento de los nuevos jefes era urgente y los soldados de Vardarelli eligieron otros oficiales, dando despues cuenta al general de que quedaban cumplimentadas sus órdenes. Los gendarmes recibieron entonces una nueva carta del general convocándolos para una revista en la ciudad de Foggia. Recomendábales en esta carta entre otras cosas importantes, que no faltase ninguno á la revista á fin de que no pudiese dudarse de que el escrutinio habia dado por resultado una votacion unánime.

La lectura de esta carta produjo una larga discusion entre los compañeros de Vardarelli; la mayoría estaba por acudir á la revista, pero habia tambien una pequeña minoría que se oponia á esta proposicion, porque, decian sus individuos, que aquella era una nueva entruchada para esterminar el resto de la compañía. «Los Vardarelli, añadian, tienen entre ellos el derecho de eleccion y por consiguiente ésta no necesita la aprobacion del gobierno;» si se les convocaba ahora era con algun fin siniestro. Este era el parecer de ocho de la compañía; y á pesar de las razones y súplicas de sus compañeros, estos ocho individuos no quisieron ir á Foggia. Los demás, en número de treinta y un hombres y una mujer que quiso acompañar á su marido, se presentaron en la plaza de aquella ciudad en el dia y hora señalados.

Era domingo: la revista habia sido anunciada de una manera solemne, de manera que la plaza pública estaba llena de curiosos. Los Vardarelli entraron en la ciudad con un orden perfecto, armados de piés á cabeza, pero sin dar la menor señal de hostilidad. Al contrario, al llegar á la plaza dieron un grito unánime de «¡Viva el Rey!»

A este grito el general se asomó al balcon para saludar á los recién llegados, mientras que su ayudante de campo de guardia bajaba á recibirlos.

Despues de muchos elogios sobre el buen estado de sus caballos y de sus armas, el ayudante de campo invitó á los Vardarelli á desfilar por debajo del balcon del general, maniobra que ejecutaron con una precision que hubiese hecho honor á las tropas mejor organizadas. Despues de esta evolucion, los soldados de Vardarelli se formaron en el centro de la plaza y el ayudante del general les dijo que podian echar pié á tierra y descansar un momento, mientras que él iba á presentar al general la lista de los tres nuevos oficiales.

El ayudante acababa de entrar en la misma casa de donde habia salido y los Vardarelli permanecian al lado de sus caballos con las bridas pasadas por el brazo cuando empezó á oirse un gran rumor entre la muchedumbre. Tras este rumor vinieron gritos de espanto y aquella masa inmensa de gente curiosa empezó á correr de un lado para otro como una grande oleada. Por cada una de las calles que desembocaban en la plaza se adelantaba un columna de soldados napolitanos. Los Vardarelli, estaban cercados por todas partes.

Conociendo la traicion de que eran víctimas, los Vardarelli saltaron sobre sus caballos y echaron mano á los sables. El general se quitó entonces su sombrero, y siendo esta la señal convenida resonó un grito terrible de «¡boca á tierra!» y todos los curiosos obedecieron una órden cuya importancia comprendian instintivamente. Las balas de los soldados pasaron silvando por encima de las cabezas de la multitud y nueve hombres de los Vardarelli cayeron de sus caballos muertos ó heridos. Los que quedaron ilesos, conociendo que no debian esperar cuartel, saltaron de sus caballos y armados con sus carabinas lucharon desesperadamente para abrirse paso hácia las ruinas de un castillo antiguo en el cual se atrincheraron. Solamente dos de ellos confiados en la velocidad de sus caballos se arrojaron con la cabeza baja contra el grupo de soldados que les pareció menos numeroso y haciendo fuego á boca de jarro se aprovecharon de la confusion momentánea que produjo su descarga y la muerte de dos soldados para atravesar por en medio de las bayonetas de

los demás y huir á todo escape. La mujer, tan afortunada como ellos, debió la vida á la misma maniobra verificada en otra calle, alejándose á escape tendido despues de descargar sus dos pistolas.

Todos los esfuerzos se dirigieron en seguida contra los veinte bandidos que se habian refugiado en las ruinas del castillo. Los soldados se animaban los unos á los otros, creyendo que los que perseguian iban á disputarles el terreno palmo á palmo. Pero con grande asombro de todos llegaron hasta la puerta sin recibir un solo disparo. Esta impunidad les alentó; derribáronse las puertas con hachas y palancas, y los soldados se precipitaron dentro del patio, desbandándose por los corredores del edificio y recorriendo las habitaciones, pero sin descubrir á nadie. Los Vardarelli habian desaparecido.

Los soldados registraron por espacio de una hora todos los rincones y agujeros de aquella antigua morada. Al fin iban á retirarse convencidos de que los Vardarelli se habian evadido por alguna salida que ellos solos conocian, ganando por ella la montaña; pero he aquí que un soldado que se habia acercado á la abertura de una bodega, cayó atravesado por una bala al inclinarse para mirar adentro.

Los Vardarelli habian sido descubiertos, pero no era empresa fácil atacarles en su escondrijo. Por consiguiente, en vez de sacarles de allí á viva fuerza, resolvieron emplear otro medio mas lento pero seguro; primeramente taparon el agujero superior haciendo rodar sobre él una enorme piedra. Sobre esta piedra colocáronse muchas otras y se situó en aquel lugar un piquete de soldados con los fusiles cargados á fin de guardar la salida. En seguida, dando un rodeo, se arrimaron á las puertas de la bodega algunas faginas encendidas con toda la leña y materias inflamables que se encontraron á mano, de modo que la escalera se convirtió al poco rato en una especie de horno, mientras que la puertas, cediendo á la accion del fuego, dieron entrada á las llamas que se precipitaron como un torrente en el subterráneo donde se habian refugiado los bandidos.

Sin embargo, reinaba en el interior de la bodega un silencio profundo. Oyéronse al poco tiempo dos detonaciones; eran dos hermanos que no queriendo caer vivos en las manos de sus enemigos ha-

bían disparado sus carabinas el uno contra el otro. Un instante despues sonó otra detonacion: era un bandido que se habia arrojado voluntariamente en medio de las llamas y cuya cartuchera estalló al contacto del fuego. Finalmente, viendo los diez y siete bandidos restantes que no quedaba para ellos esperanza alguna de salvacion y próximos á asfixiarse pidieron rendirse. Entonces se retiraron las piedras de la claraboya y los Vardarelli salieron uno tras otro, siendo atados de piés y manos inmediatamente. De esta manera fueron conducidos en un carro á las cárceles de la ciudad.

En cuanto á los ocho que no habian querido ir á Foggia, y á los dos que lograron escaparse de la plaza, fueron cazados como fieras acosados de caverna en caverna. Los unos fueron muertos despues de desemboscados como las cabras montesas, los otros entregados por los dueños de las casas en donde se albergaran, y los demás se presentaron voluntariamente á las autoridades. Al cabo de un año todos los Vardarelli quedaban muertos ó prisioneros.

Solamente la mujer que se habia abierto paso con una pistola en cada mano fué la única que se salvó porque nadie volvió á saber de ella.

Cuando el rey supo este suceso se enfureció de una manera indecible; era la segunda vez que se violaba sin su consentimiento un tratado que habia sido estipulado en nombre suyo. El rey sabia que la historia inexorable registra los hechos sin tomarse la pena de indagar sus causas, y que contrariamente á lo que sucede en los países donde los ministros son los responsables de las faltas del rey, en los gobiernos absolutos es el monarca el que responde de las faltas de sus ministros.

Pero el rey Fernando oyó decir tantas y tan repetidas veces que era una accion laudable el haber esterminado la raza nociva de los Vardarelli, que concluyó por perdonar á los que abusaron de su nombre para realizar aquélla crueldad.

Hé ahí lo que era el bandolerismo bajo los Borbones. Examinémosle ahora en los cortos reinados de José Bonaparte y de Joaquín

Murat, esto es, bajo unos monarcas libres de los defectos y preocupaciones que se atribuían á la dinastía que sustituyeron; de unos soberanos que trataron al bandolerismo con toda la actividad y energía de las costumbres y de las leyes francesas. Para esta reseña nos serviremos de publicaciones y datos recientes que si por una parte nos revelarán hechos nuevos, nos permitirán por otra señalar la relacion de los hechos de entonces con los de la época presentes.

El bandolerismo en tiempo de José Bonaparte y de Joaquin Murat.—Bandidos célebres.—El general Manhés.

Hemos dicho que íbamos á describir el bandolerismo en una época funesta y de terror para él. Esto dará una idea de lo que puede en un país un hombre lleno de astucia, de actividad y de una voluntad inflexible. Este hombre fué el general Manhés cuyo carácter iremos desenvolviendo poco á poco en este capítulo seguros de que sus hechos lo retratarán mucho mejor de lo que pudiera hacerlo nuestra débil pluma. Antes de presentar á nuestro héroe al exámen de nuestros lectores, copiaremos una página curiosa y casi desconocida, de Pietro Coletta, página sacada de una historia inédita que si bien es cierto que cuenta ya mas de medio siglo de fecha, cualquiera podría tomarla por un trozo de historia contemporánea. Véase, sino, su semejanza.

«¿Qué era el bandolerismo? se pregunta Pietro Colletta. Examinémosle para conocerlo á fondo en las personas de los que lo componían y en sus tendencias si no en su objeto.

»En 1806 y 1807 se dieron á él los antiguos campeones de 1799, Frá-Diavolo, los Pizza, Gueriglia, Furia, Stoduti y otros no menos célebres por sus crímenes. No obstante, en esos mismos dos años casi todos ellos fueron muertos ó prisioneros ó tuvieron que huir, pues no podían repetirse en 1806 las fáciles hazañas de 1799.

Necesitábanse ahora otros esfuerzos y otros hombres; en esta fecha el oficio de bandido era difícil y peligroso y por esta razón abrazábalo solamente la gente desesperada. Hé ahí porque se desocuparon en Sicilia las cárceles y los presidios mientras que por otra parte se reclutaba en la isla, para enviarlos al continente, á los napolitanos á quienes alguna fechoría criminal habia hecho huir de su país.

«Al principio de la invasión francesa pasaron al reino de Nápoles hordas numerosas de hombres criminales, ora para retardar el sitio de Gaeta, ora para secundar las expediciones de Maida y de Mileto; pero después de este tiempo las empresas del bandolerismo fueron más raras, y la gente que salía de Sicilia tenía que desembarcar por pequeños pelotones en puntos desiertos de la costa vecina y generalmente en medio de la oscuridad. Desde allí se dirigían al interior. Si la fortuna les era propicia, mataban, robaban, incendiaban las casas y las cosechas, y degollaban los rebaños; si, por el contrario, eran perseguidos, se reembarcaban para retirarse á Sicilia ó á Ponza, ocupada por el príncipe de Canosa, enriquecidos con el botín, y á su regreso recibían además elogios y dinero. Algunos soldados franceses sorprendidos y fusilados, algún pequeño destacamento asesinado en una emboscada, un correo detenido y la balija incendiada, estas eran las hazañas de los expedicionarios en el continente á las cuales se daba tanta importancia como si se tratara de una gran batalla. Estos hechos se presentaban al público desfigurados, y los crímenes se trasformaban en heroicas proezas. Desatóse contra el reino una plaga terrible: los malhechores, los holgazanes, las gentes codiciosas del bien ajeno se unían á los bandidos para aumentar las partidas que se organizaban en Sicilia ó para formar otras nuevas. Todas llevaban un mismo objeto al pasar al continente: el robo y el asesinato.

«Veamos quiénes eran los jefes de estos bandidos. Estos hombres pueden hoy juzgarse sin pasión, porque, perteneciendo á una fecha muy atrasada, nada tienen que ver con los intereses de los tiempos actuales. Hoy pueden examinarse con imparcialidad los reinados de José Bonaparte y de Murat, y las verdades del pasado dichas sin ánimo de defender interés de ninguna especie, contribuirán á hacer caer en las verdades presentes.

»En estos dos reinados hubo numerosas partidas de bandidos de uno á otro confin del reino.

»Taccone y Quagliarelli recorrían la Basilicata, y Lorenziello devastaba los dos principados. En el distrito de Castrovillari, en Campotaneso, y en las montañas de Polino estaban Carmine, Antonio y Mascia. En las montañas de las Calabrias, Parafante, Benincasa, Nierello, el Giurato y Boia, que ocupaban también el bosque de Santa Eufemia. En las montañas y bosques de Mongiana, en Aspromonte y los bosques que siguen el curso del Rosarno, Paonese, Mazziotti y el Bizarro. En los Abruzzos se albergaban Antonelli, Fulvio Quici y Basso-Tomeo que se hacía llamar el *Rey de los campos*.»

Digamos cuatro palabras acerca de la biografía de algunos de estos jefes.

Antonelli, hijo de Fossaceca, no lejos de Lanciano, ocupaba todo el territorio de Chieti. José Bonaparte tuvo que tratar con él de potencia á potencia, y al efecto envióle como plenipotenciarios al general frances Merlin y al baron Nolli, de los Abruzzos, que fué después ministro de Hacienda. Antonelli quiso que se le reconociese el empleo de coronel y se le concedió, y hasta se le envió el uniforme juntamente con las insignias de este grado. Los dos plenipotenciarios fueron al encuentro del bandido á algunas millas de Chieti, y entraron en esta ciudad con él, casi en triunfo ante un pueblo asombrado de semejante ovacion.

Al ascender Murat al trono de Nápoles, el coronel Antonelli se volvió á la montaña, esperando sin duda una nueva proposicion que le valiera la faja. Sin embargo, Antonelli tuvo la desgracia de ser cogido y conducido á Chieti de una manera bien diferente de la vez pasada. Iba montado al revés sobre un burro cuya cola sostenia como si fuera la brida, y en la espalda llevaba un gran cartelon con la inscripcion siguiente:—«Este es el asesino Antonelli.»

Taccone, que assolaba la provincia de la Basilicata, penetró un dia en Potenza, capital de la provincia. Las autoridades fueron á recibirle procesionalmente y todos pasaron en seguida á la catedral en donde se cantó un *Te Deum* para santificar los triunfos de sus armas. Taccone vió una jóven bella, perteneciente á una de las principales familias de la ciudad, y se la llevó consigo á viva fuerza.

Al salir de Potenza el jefe de bandidos fué á sitiarse en su quinta al baron Labriola Frederici. Despues de algunos dias de bloqueo le obligó á rendirse con su familia ofreciéndole que no recibirian daño alguno. Así que penetraron en el palacio, los bandidos se entregaron á los mas abominables excesos. Terminado el saqueo pegaron fuego á las puertas del edificio arrojando á las llamas á un niño que fué salvado milagrosamente.

Otro jefe conocido por el apodo de Bizarro, apodo que debía tanto á su valor como á la ferocidad de su carácter, llevaba consigo varios perros enormes á los cuales habia enseñado á perseguir á los hombres. Estos perros eran temibles cuando los bandidos lograban dispersar á sus perseguidores. Entre las víctimas conocidas de los alanos de Bizarro, cuéntase un oficial de la guardia cívica agregado al Estado mayor del general Partonneaux. El fin trágico de Bizarro fue digno de los crímenes horrorosos que habia cometido durante su vida. No fué la justicia ni la horca la que libró al país de su presencia, sino la terrible venganza de una madre, jurada sobre la sepultura del inocente niño sacrificado á la seguridad de su desapiadado padre. Hé aquí la muerte de Bizarro, la cual podria ofrecer á un poeta asunto para un drama de efecto.

BIZARRO.

Las crueldades de este jefe de bandidos y las sangrientas hazañas de sus perros habian exasperado hasta tal punto á los guardias cívicos de la provincia que se levantaron en masa para perseguirlo, jurando no volver á dejar las armas hasta lograr su captura ó su muerte. Los guardias cívicos se batieron con mucha frecuencia con la partida de Bizarro contra la cual habian emprendido una activa persecucion. Estas acciones ocasionaban siempre bajas en las filas de los bandidos cuyo número habia disminuido considerablemente

en poco tiempo. Únicamente los perros sacaban provecho de esta guerra de venganza y esterminio, en razon á que tenian á cada momento un festin de carne humana.

Finalmente la muerte y la desercion dejaron reducida la partida de Bizarro á dos compañeros, que no quisieron abandonarlo, á una jóven que habiendo concebido una fatal pasion por el bandido le siguió á la montaña, y á dos perros.

Un dia, despues de una larga corrida, Bizarro se vió cercado por todas partes y se refugió con su compañera, un niño de pecho y los dos perros en una cueva que nadie conocia en el país sino él. Los otros dos bandidos murieron aquel mismo dia á manos de sus infatigables perseguidores.

La cueva era en efecto un asilo seguro, oculto á todas las miradas. Su boca era tan estrecha que era necesario arrastrarse para entrar en ella, y una vez dentro la abertura quedaba tapada por varios arbustos que la cerraban herméticamente.

Sin embargo, el niño habia sufrido mucho en esta última persecucion y se habia puesto enfermo. El niño lloraba cuando estaba despierto y se quejaba aunque estuviere dormido.

—¡Mujer! ¡mujer! decia el bandido, haz callar á tu hijo; parece que nos lo ha dado el demonio, y no Dios, para entregarme á mis enemigos.

La jóven le daba en vano el pecho; agotada su leche por los sustos y la fatiga no podia aplacar el hambre de la inocente criatura que continuaba llorando ó quejándose.

Una noche que la madre no podia hacer callar de ninguna manera á su hijo, los perros indicaban con sus frecuentes gruñidos que alguien registraba el terreno en las inmediaciones de la cueva. El bandido, temiendo ser descubierto por el llanto del niño, se levantó sin decir una palabra; cogiólo por un pié, y arrancándolo de los brazos de su madre le estrelló la cabeza contra las paredes de la cueva.

El primer pensamiento de la mujer fué cojer á aquel tigre por el cuello y ahogarlo; pero detúvola repentinamente el instinto de la venganza.

Levantóse pálida y muda y fué á recoger el cadáver del hijo de

sus entrañas; envolviólo en su delantal, lo colocó sobre sus rodillas, y con un movimiento maquinal, á pesar de que temblaba de horror, mecíalo como si viviese todavía.

Al amanecer, Bizarro salió para hacer la descubierta llevándose los dos perros.

La jóven abrió entonces un hoyo en el suelo de la cueva con su cuchillo y enterró en él á su hijo, colocando su cama encima de la sepultura para que los perros no desenterrasen el cadáver y se lo comiesen.

En sus noches de insomnio, la desgraciada jóven hablaba en voz baja con su hijo del cual estaba separada solamente por algunas ramas de retama seca y una ligera capa de tierra.

Luego que habia jurado en voz baja venganza al inanimado cuerpo de su hijo, aquella madre infeliz recordaba que habia abandonado á sus padres para seguir la vida azarosa del hombre que estaba á su lado, y todo cuanto por él habia sufrido sin proferir jamás una queja. La jóven habia encontrado por recompensa á tanto amor y tanta abnegacion el asesinato de su hijo, suerte que le alcanzaria tambien á ella el dia que su debilidad comprometiese la seguridad del bandido.

Una noche Bizarro dormia profundamente rendido de cansancio á causa de una marcha muy larga que hiciera á fin de procurarse provisiones. La jóven, como de costumbre, velaba echada sobre la sepultura de su hijo; despues de murmurar algunas palabras como si hiciera una promesa, besó la tierra, se levantó, y con un paso lento y mesurado como el de un fantasma vengador se acercó al bandido. Inclínose sobre él para ver si dormia realmente. La regularidad de la respiracion de Bizarro la convenció de que su sueño era profundo. La jóven se enderezó, y cogiendo la carabina del bandido se aseguró de que estaba cargada y bien cebada. Entonces acercó con cuidado la boca del cañon al oido del bandido y sin vacilar un solo instante tiró del gatillo.

Bizarro hizo un fuerte estremecimiento; la violenta sacudida de una muerte instantánea, haciéndole dar una media vuelta sobre sí mismo, lo dejó boca abajo.

La jóven sacó entonces su cuchillo, cortó la cabeza del bandido

y la envolvió en su delantal manchado todavía con la sangre de su querido hijo. Despues cogió las pistolas del muerto y colocándolas en su cinturon salió de la cueva tomando el camino de Cosenza.

La jóven no habia andado cien pasos cuando los dos perros que vigilaban á la parte exterior de la cueva se dirigieron hácia ella con los ojos inyectados de sangre y el pelo del lomo herizado como el de las bienas. Aquellos animales por el olor de la sangre de su amo conocieron sin duda con su leal instinto que le habia sucedido una desgracia cuya causa era aquella mujer.

Los perros se acercaron á ella ahullando de una manera terrible y amenazadora, pero un pistoletazo disparado contra cada uno de ellos les dejó tendidos á los dos.

Como ningun obstáculo detenía ya á la jóven, al dia siguiente por la noche entraba en Cosenza sin haberse detenido un momento en todo el camino para beber una gota de agua ni comer un bocado de pan. Llegada á la ciudad se dirigió á la casa del gobernador, pidiendo que se le introdujera en su presencia.

El gobernador tenia órden del general Manhés de recibir á toda hora así de dia como de noche siempre que se tratase de bandidos.

Dijéronle que habia una mujer que venia á darle noticias de Bizarro, uno de los jefes mas temidos del reinó.

El gobernador se encontraba en la mesa rodeado de su familia.

—Que entre, dijo.

La mujer entró á los pocos segundos.

—¿Con qué traeis noticias de Bizarro? le preguntó el gobernador.

—Os traigo algo mas que noticias, respondió la mujer, os traigo su cabeza.

Y cogiendo al decir esto la cabeza del bandido por sus largos cabellos, la puso sobre la mesa en la cual se vió en seguida una mancha de sangre.

La señora y las hijas del gobernador arrojaron un grito de espanto y pálidas de terror se levantaron y echaron á correr.

—Esta cabeza vale mil ducados, dijo la mujer; hacédmelos pagar.

El gobernador fué á su despacho y al poco rato salió con los mil

ducados que puso en manos de aquella mujer. La querida de Bizarro se retiró con el dinero tan tranquilamente como había entrado.

En 1840, treinta años después de esta escena, la antigua querida de Bizarro vivía en Milito. Habíase casado; tan buena esposa como cariñosa madre, hacía la felicidad de su marido y de dos hijos que había tenido de este matrimonio.

Otro de los bandidos más célebres por sus crueldades fué Basso-Tomeo, *el rey de los campos*, título que se daba y se hacía dar con una formalidad verdaderamente cómica. Este bandido pegó fuego á un cuartel de gendarmes un día que estos habían salido á perseguirlo, y mandó arrojar á las llamas á las mujeres y á los hijos de estos veteranos. Son tan numerosos estos hechos en la historia del bandolerismo napolitano que se necesitarían muchos volúmenes para referirlos todos. Pero no puede pasarse en silencio entre estos famosos criminales el nombre de Parafante uno de los jefes de bandidos á quien su poder y su audacia valiera en aquel tiempo una triste celebridad.

Parafante cogió un día en el bosque de Santa Eufemia á un francés empleado en la administración del Real patrimonio. El bandido dijo que le dejaría en libertad con las condiciones siguientes: El gobierno debía poner en libertad á todas las familias de los bandidos que se encontraban en las cárceles del reino, entregando á cada individuo una cantidad de víveres y un vestido nuevo. Estas condiciones fueron impuestas á un gobierno que disponía de sesenta mil bayonetas y en un momento en que había veinte y cinco mil hombres en el campo de Piale, en la cúspide de Aspromonte, mandados por el rey en persona, preparados para rechazar una expedición que se estaba disponiendo en Sicilia. A pesar de esto las condiciones de Parafante fueron aceptadas y cumplidas.

Hé ahí otra anécdota curiosa. Debía salir de Cosenza un batallón mandado por un oficial superior muy odiado de los bandidos. Parafante tuvo el atrevimiento de enviarle una especie de heraldo di-

ciéndole que lo atacaría en la carretera de Cosenza á Rogliano en el sitio llamado Lago. El oficial despreció el aviso y se puso en marcha. Al llegar al punto designado, los bandidos cayeron de improviso sobre él y dispersaron su fuerza. Además de los muertos que quedaron sobre el campo, los bandidos cogieron veinte y cinco soldados prisioneros y dos tenientes llamados Filangieri y Guarasci. Los bandidos celebraron un consejo de guerra con todo el aparato siniestro de que podía rodearse este acto imponente. Decidiose que los dos tenientes morirían fusilados por sus mismos soldados despues de lo cual se pondría á estos en libertad.

Los soldados se negaron á hacerlo; pero los oficiales, esperando por este medio salvar la vida de aquellos veinte y cinco hombres, les dieron la órden de que obedecieran. Despues de una larga resistencia, con el corazon agoviado por un pesar que no es necesario describir, los soldados cumplieron el mandato que se les imponía. Filangieri y Guarasci dieron las voces de «¡apunten, fuego!» y cayeron atravesados por las balas. Sin embargo de esta dura prueba, los soldados fueron despues muertos á bayonetazos y á puñaladas.

Aunque no es de Parafante, referiremos otro hecho digno de mencionarse para dar una muestra de lo que era el pueblo de Nápoles respecto á los franceses invasores.

Habia salido de Cosenza una compañía de cazadores del 29 de línea para reunirse á su regimiento que estaba en Monteleone. La compañía hizo alto debajo de los corpulentos y frondosos castaños que hay á la orilla del camino no lejos de Rogliano. El capitán vió acercarse á unos cuantos hombres que ostentaban escarapelas tricolores en sus sombreros de copa puntiaguda. Al llegar adonde estaba el capitán, uno de ellos le manifestó que eran el síndico y los notables de Parenti, pueblecillo situado á corta distancia en la vertiente de las montañas de Sila, que venían en comision para invitarles á descansar en el pueblo. El síndico se habia puesto la banda y todo revelaba en sus compañeros un aire de fiesta y grandes deseos de obsequiar á unos huéspedes tan agradables. Los cazadores concluyeron por aceptar la oferta cortés de los comisionados, y juntos tomaron el camino de Parenti. Al llegar al pueblo fueron recibidos á los gritos de «¡vivan los franceses, vivan los valientes!» Los cazadores

se repartieron por las diferentes casas cuyos dueños se disputaban la honra de tener alojado un soldado francés. Los oficiales se alojaron juntos en las Casas Consistoriales; la compañía diseminada por el pueblo, se entregó al descanso despues de un día de marcha penosa bajo un sol abrasador.

Por la noche, á una señal convenida, los habitantes de Parenti se arrojaron sobre sus alojados y los degollaron. Aquel agasajo habia sido una traicion estudiada de la cual no escapó mas que un solo soldado que fué á dar cuenta del hecho al general Manhés.

El pueblo fué á los pocos dias entregado á las llamas. Manhés conocia perfectamente esta clase de guerra y la hacia con el rigor mas inhumano. El general francés fué el azote de Nápoles, su justicia era inexorable, no retrocedió ante ninguna violencia por repugnante que fuese y sus castigos eran atroces. Manhés decia que sacrificando un hombre ó incendiando un pueblo salvaba otros diez, y asumió sobre sí la responsabilidad terrible de todos los rigores que cometió creyendo con ellos pacificar el reino.

«No quisiera la triste gloria del general Manhés, dice su enemigo Coletta, en uno de sus escritos póstumos; pero tampoco quisiera que el general Manhés no hubiese estado en el reino en los años 1809 y 1810. Este general cortó de raiz la planta venenosa del bandolerismo.»

Aunque mas adelante diremos algo acerca de las duras medidas represivas de Manhés, referiremos ahora como de oportunidad un rasgo caracterisco de su genio.

Serra y Mongiana son dos pueblecillos metidos en los tortuosos desfiladeros del Aspromonte, envueltos en bosques frondosos é impenetrables. Estos pueblos eran el cuartel general de los mas terribles bandidos calabreses, de esos hombres audaces que atacaban los batallones que escoltaban á los generales que iban á visitar las fundiciones de hierro de la Mongiana.

Un dia estos bandidos anunciaron á las autoridades de Serra que estaban prontos á someterse, solamente que los jefes querian presentarse de noche y en una casa que ellos indicaron. A la hora señalada, el síndico, el comandante de los guardias cívicos y un teniente francés de la gendarmería llamado Gerard, se dirigieron á la

casa. Los cuatro ó cinco jefes de bandidos fueron puntuales á la cita y para ganar tiempo discutieron largamente las condiciones que se les imponían. Entre tanto los bandidos cercaron la casa y entrando de repente asesinaron al síndico, al comandante de la guardia cívica y al oficial francés.

La esposa de este oficial habia muerto en las montañas de Galdo, entre Lauria y Castelluccio, en una accion en la cual los bandidos asaltaron un convoy de vestuario que iba destinado á un regimiento francés. La tropa que escoltaba el convoy se dispersó, y los vencedores entraron en los pueblos vistiendo el traje de los soldados franceses.

Volvamos ahora á Serra. Aquel hecho infame, aquella traicion de los bandidos ni fué prevenida, ni combatida, ni castigada; el terror parecia haber dejado sin accion á los habitantes del pueblo. Apenas el general Manhés tuvo noticia de aquel hecho ordenó la destruccion de la casa en donde se habian reunido los bandidos; la órden sin embargo no se cumplió. El general preguntó entonces al rey qué castigo debia imponerse al pueblo.

Murat le dijo:

—No me consulteis mas; haced lo que queráis. Id vos mismo á Serra, informaos y castigad sin compasion.

Manhés se dirigió al pueblo por el camino mas corto atravesando bosques y barrancos para llegar mas pronto. La primera noticia que los habitantes tuvieron de su llegada, fueron las trompetas de su escolta que sonaron fatídicamente como si anunciaran el juicio final. La poblacion quedó asombrada. En los árboles que adornaban la plaza, veíanse colgadas varias cabezas recién cortadas cuya sangre habia tenido apenas tiempo de coagularse. Manhés preguntó que significaba aquello y respondieronle:

—Es una venganza de las familias de aquellos á quienes dieron muerte los bandidos, que han decapitado á los propietarios de la casa en donde se cometió el crimen.

Manhés volvió la cabeza con un gesto de disgusto y se encerró en un cuarto negándose á recibir á todo el mundo. El general pasó toda aquella noche meditando un castigo.

Sin embargo, era una cosa difícil. El general no podia hacer que

se pasase á cuchillo á aquel pueblo industrioso ocupado en las fundiciones que abastecian de proyectiles á toda la artillería del país, mucho mas cuando el grueso del ejército napolitano estaba acampado no léjos de allí para defender aquellas costas amenazadas de una invasion. Era necesario un golpe terrible, pero sin derramar la sangre de los habitantes.

La gente de Serra esperaba de un momento á otro la destruccion del pueblo, y aquella noche trasladaron á los bosques inmediatos los objetos de mas valor.

Por la mañana el general Manhés mandó que todos los vecinos del lugar se reuniesen en la plaza pública. La reunion fué numerosa; no faltó nadie. Manhés se colocó en el centro de la muchedumbre y le dirigió la palabra de una manera airada y violenta. Todo el mundo temblaba. Dijoles que se habian portado como unos hombres cobardes y sin honor, que ninguno de ellos era inocente, que todos sufririan igual castigo.

Véase pintado el terror en todos los semblantes.

Para castigarlos á todos ocurrióse al general Manhés una idea original: puso al pueblo en entredicho.

—«Mando, exclamó con voz de trueno, que queden cerradas desde ahora todas las iglesias de Serra, que todos los sacerdotes, sin escepcion, abandonen el pueblo inmediatamente y que sean trasladados á Maida. Vuestros hijos no recibirán el agua santa del bautismo, vuestros padres morirán sin sacramentos, quedareis encerrados en este pueblo abandonado. Y no creais escapar á mi justicia emigrando á otro país. Vivireis y morireis aislados aquí; los habitantes de las cabañas de la comarca os vigilarán de cerca y matarán como á un perro rabioso á cualquiera de vosotros que se atreva á salir.»

Es necesario conocer el país para comprender la desolacion y el abatimiento de aquellos habitantes al oir estas palabras. Manhés salió de Serra el mismo dia con los sesenta lanceros que formaban su escolta. Cuando abandonó el pueblo estaba completamente desierto, pero al salir al campo vió venir hácia él una procesion de fantasmas; era la poblacion en masa que envuelta en sudarios, la ceniza en la frente y los piés descalzos cayó de rodillas delante del general

Manhés; golpeábanse todos el pecho con gruesas piedras implorando misericordia:

—La muerte antes que este castigo, esclamaban, ¡preferimos morir!

Manhés lanzó su caballo al galope con una energía inexorable. Y cosa estraña; á pesar de la oposicion que encontró en ciertos círculos de Nápoles, la medida del general se cumplió. Todos los sacerdotes de Serra, incluso un anciano octogenario, se trasladaron á Maida.

El efecto de este entredicho militar fué admirable. «Allí en donde las leyes humanas han perdido su fuerza, dice Vico, el único medio de aplacar á los hombres es la religion.» Los habitantes de Serra se levantaron en masa á la voz de un propietario del pais y emprendieron la persecucion de los bandidos, persecucion incesante, encarnizada, feroz, que no tuvo un momento de tregua hasta que el último de aquellos criminales murió de hambre en una cueva para no caer en las manos de sus infatigables perseguidores; ni un solo bandido quedó con vida.

Esta persecucion duró algunos dias, y cuando la comarca quedó limpia de bandidos el general levantó el entredicho. El pueblo entero fué en procesion á Maida á buscar á sus pastores. Desde entonces aquel pais no necesitó tropas para su defensa; la guardia nacional ocupó un pequeño fuerte situado en un desfiladero y defendióse en él con valentía.

El general Manhés emprendió una persecucion tan activa contra el bandolerismo, y le preparó tales tretas que en menos de tres meses entraron en las cárceles de la Calabria mil doscientos malhechores. Los que no se presentaron voluntariamente á las autoridades murieron poco á poco cazados en el interior de los bosques. A principios de 1811 se podia viajar tranquilamente por todo el reino de Nápoles.

Cerraremos la época célebre del general Manhés en los fastos del bandolerismo napolitano, con una breve reseña histórico-biográfica de Pedro de Calabria y algunos otros bandidos de los mas notables. Entre los numerosos atletas del bandolerismo, este jefe, tan valiente como astuto, fué el que quedó en pié sobre el campo de destruccion

en que fueron cayendo uno en pos de otro sus antiguos compañeros. Pedro de Calabria tuvo que ceder ante una persecucion múltiple y activa, concentrada últimamente sobre él esclusivamente, y abandonar el territorio de Nápoles para establecerse en las Lagunas Pontinas, en los estados de la Iglesia.

Para adormecerlo mejor en la confianza y poder coronar su obra con la muerte de este bandido, Manhés fingió haberlo olvidado completamente. Sin embargo, á pesar de encontrarse fuera del reino de las Dos Sicilias, el general francés no perdió nunca de vista á Pedro. Este, por su parte, vigilaba tambien, pues consideraba que tratándose de un enemigo tan pertinaz no bastaba haber interpuesto entre los dos una frontera. Por consiguiente, la lucha entre estos dos hombres era un verdadero pugilato de astucias.

El general Manhés sabia demasiado bien que no podia apoderarse de Pedro de Calabria empleando la fuerza. Hubiera bastado que el general moviese un soldado en direccion de la frontera pontificia para que el bandido hubiese buscado un refugio inaccesible en las sumidades de los Abruzzos.

Mientras existiese, Pedro de Calabria era una amenaza perenne contra los propietarios del reino, porque el bandido estaba pronto á repasar la frontera el dia que una circunstancia cualquiera llamase al general Manhés fuera de Italia. Para Pedro no habia en su país otro peligro que la presencia del general y éste habia jurado apoderarse del que se burlára por espacio de muchos años de todos los gobiernos de Nápoles.

Manhés, antes de emprender aquella terrible persecucion contra los bandidos que infestaban la Italia meridional habia hecho un estudio particular del carácter, costumbres é inclinaciones de cada uno, de sus vicios ó de sus pasiones. El general francés les tendia con tanta paciencia como constancia la red en que debian prenderse ellos mismos, y el momento de mas peligro para un bandido era aquel en que Manhés parecia haberlo olvidado completamente.

Despues de muchos meses de esplotar con la mayor tranquilidad el camino de las Lagunas Pontinas, el general Manhés encontró lo que buscaba mucho tiempo ha, el único cebo que podia morder el astuto y desconfiado bandido. El lazo fué preparado con tanta ha-

bilidad que ni remotamente Pedro podía presumir que se ocultaba en él la mano de su infatigable enemigo. El final de la historia de Pedro de Calabria nos hará ver que cuando reparó en el ardid era ya tarde para evadirse de él. Entonces no pensó mas que en vengarse y romper antes de morir el instrumento que le conducía al suplicio despues de entregarlo sin defensa en manos de su enemigo.

PEDRO DE CALABRIA.

A la edad de veinte años, Pedro de Calabria era admirado en Sorrento por su fuerza prodigiosa y temido á causa de su carácter irascible é indomable. Pedro vivía tranquilamente en su pueblo en compañía de sus padres; una viña, un pequeño olivar y algunas otras porciones de terreno eran su única fortuna. Su padre, nacido en Calabria, habia recibido el apodo de calabrés, apodo que tan triste celebridad debia valer un día á su hijo.

Pedro era un muchacho robusto y fornido, pero de fisico poco agradable. Su cabeza enorme cubierta de un cabello espeso y rústico, su cara huesosa en la cual empezaba á asomar entonces una barba rubia; una nariz pronunciada en medio de dos ojos pequeños y hundidos; dientes duros como el hierro pero de blanco esmalte; todo, en una palabra, revelaba en él una energía poco comun, al paso que sus miémbros musculosos y desarrollados anunciaban en este hombre una fuerza prodigiosa.

Este imberbe atleta, temido de todo el mundo, era el esclavo de una jóven casi niña, en cuya presencia temblaba como un chiquillo medroso. Rosina la lavandera, la compañera de sus infantiles juegos, su linda vecina, como él la llamaba, lo hacia obedecer sin replicar. Estos dos jóvenes se amaban, y hasta el presente sus padres no habian visto en esa intimidad, hija de la vecindad en que vivieran siempre, mas que un sentimiento de amistad pura.

Sin embargo, Pedro hacia ya algun tiempo que sentia que amaba á la jóven, y trataba por todos los medios posibles de hacerse corresponder.

Orgullosa de la autoridad que ejercia sobre Pedro, Rosina abusaba de ella algunas veces para retenerlo á su lado en misa los dias de fiesta y á la hora de paseo. La jóven se complacia en jugar con el dominio que ejercia sobre su amante. Rosina no obedecia sin embargo á ningun sentimiento de coquetería, si no á ese sentimiento de vanidad que experimenta toda mujer al doblegar una naturaleza indócil y fuerte. Además, las mujeres se prendan siempre del valor y de la energía y les gusta mucho que el hombre á quien aman posea estas cualidades. Es preciso decir, para hacerles justicia, que las italianas no son coquetas. Desde el momento que aman de veras á un hombre su corazon le pertenece esclusivamente.

Pedro amaba apasionadamente á Rosina, y ésta tenia en él una confianza ciega. Sucedió pues que á pesar de la vigilancia de la madre de la jóven, los dos enamorados tuvieron entrevistas muy frecuentes sin que lo supieran sus padres. Sus relaciones fueron mas intimas de dia en dia.

El padre de Pedro no hubiera consentido que su hijo se casara con una muchacha sin fortuna, y por eso los dos jóvenes ocultaban lo mejor que podian sus amores.

Pero una noche Rosina dijo llorando á Pedro que el señor cura habia estado á visitar á su madre y que escondida en una pieza inmediata lo habia oido todo. El cura reveló á su madre lo que ambos creian un secreto.

Pedro se fué en seguida á casa del señor cura y le amenazó con su cólera si volvia á decir una palabra.

—Me alegro de veros, jóven, le dijo el señor cura. Me disponia ahora á ir á vuestra casa para participaros que el señor obispo quiere que os caseis con Rosina despues de las publicidades que habeis hecho, y ya que estoy vestido iré á ver á vuestro padre.

El cura salió en efecto y se fué á ver al calabrés á quien se quejó de la conducta de su hijo.

El calabrés llamó á Pedro y le calentó bien las costillas con una vara.

Aquella misma noche encontraron al señor cura tendido en el suelo de su cuarto con un cuchillo atravesado en la garganta. Junto al cadáver habia un papel escrito con grandes caracteres que decia lo siguiente:

«No os mezeleis en negocios ajenos.»

Despues de cometido el crimen. Pedro huyó á la montaña con Rosina.

En aquel tiempo se organizaba una partida con suma facilidad. El gobierno napolitano tenia ocupaciones mas graves que la de perseguir á los bandidos. Estaba abocado á una guerra terrible con los republicanos franceses que acababan de penetrar en Italia. Los invasores se habian apoderado ya del Piamonte, de Milan, de Venecia, de Toscana y de Roma, y la vanguardia de Championnet acampaba en las inmediaciones de Cápua. El Tesoro del rey de Nápoles se encontraba poco menos que exhausto y se veia en grandes apuros para pagar al ejército. En presencia de estos dos peligros igualmente temibles, el rey de Napoles entró en tratos con los bandidos, los atrajo á su servicio, y los organizó en partidas que molestaron incesantemente al ejército republicano mientras duró la ocupacion.

Todas las partidas de la Calabria se habian formado bajo los auspicios del cardenal Ruffo. Cada una tenia su jefe que operaba separadamente ó en combinacion con los demás segun sus intereses. Una de estas partidas estaba mandada por el célebre Rodio, otra por Roccaromano, otra por Sciarpa, otra por Pronio, y otras por Nunciante, Salomon, Miguel Pezza (Frá Diávolo) y Pedro de Calabria, quien, al año despues de tomar la montaña, habia sido elegido jefe. Estas partidas tuvieron la Península en un estado constante de agitacion y alarma, combatiendo unas veces al ejército frances, molestando otras á los pueblos, destruyendo las propiedades, «sin llevar ningun objeto político,» dice un historiador contemporáneo, viviendo de rapiñas y entregándose á toda clase de excesos.

Las partidas que el rey de Nápoles tomara á su servicio, inquietaron el ejército de la república, se apoderaron de sus convoyes y mas de una vez detuvieron la marcha de las columnas. Cuando Massena entró en la Calabria vió que las partidas le habian muerto un número considerable de soldados preparándole emboscadas en los

bosques y pasos difíciles. El terreno de esta parte de la Italia, cubierto por doquier de desfiladeros y de accidentes naturales, ofrecía á las guerrillas refugios inespugnables en donde era imposible perseguirlas.

Las partidas napolitanas, dirigidas por jefes astutos, llevaron su audacia hasta el punto de intentar la toma de Roma ocupada entonces por los franceses. El general Garnier noticioso de su proyecto les salió al encuentro, y encontrándolas al pié de la cuesta de Albano las batió completamente sin dar cuartel á nadie. Despues de esta malograda combinacion, cada jefe se volvió á la montaña á trabajar por cuenta propia.

Pedro regresó á la Calabria y fué el azote y el terror del país. Rosina habia muerto en una de las expediciones emprendidas por Pedro; el carácter de este bandido fué mucho mas feroz desde la muerte de la jóven calabresa. Dotado de una fuerza gigantesca, Pedro *trabajó* primeramente por su cuenta: robó á los viajeros y puso á contribucion á los pueblos pequeños y á veces hasta las ciudades.

Despues organizó una partida de diez hombres escogidos entre los bandidos mas intrépidos, y con este puñado de gente resistió mas de una vez á fuertes destacamentos enviados contra él por Murat. En uno de estos encuentros murió el general Decamps. Pedro se apoderó de su uniforme y de sus armas y se presentó por todas partes vestido de general. Su audacia no tuvo límites. Un dia hizo decir al rey de Nápoles, á Murat, que le enviase algun otro general porque su uniforme estaba ya muy deteriorado. Otra vez sitió á Potenza y mandó á los labradores de las inmediaciones que dentro del término de cuarenta y ocho horas le pagasen una contribucion muy crecida sino querian ver incendiadas sus haciendas.

Toda la Península itálica se encontraba á la merced de los bandidos. Este estado de cosas no podia durar mas tiempo. Para es-terminar las partidas, el gobierno napolitano se vió obligado á conceder una especie de dictadura al general Manhés único á quien se consideró digno de esta mision por la dureza de su carácter. El general no guardó contemplaciones: un solo ejemplo bastará para dar á conocer el terrible rigor con que procedió á la destruccion de los bandidos.

Benincasa fué uno de los primeros jefes que cayeron en poder del general Manhés; despues de hecho prisionero condujéronle maniatado á Cosenza. Una vez allí, el general le hizo cortar los puños públicamente; en seguida se le curaron las heridas y con los miembros mutilados colgados al cuello se le hizo ir á pié á San Giovanni in Fiore, su país natal, en donde murió al poco tiempo admirado de sus conciudadanos por su brutal intrepidez. Durante esta cruel operacion, Benincasa no arrojó un grito ni articuló una queja.

Acosado por el general Manhés, Pedro se retiró á los bosques de Nicastro: el general le siguió tambien allí, no le dejó un instante de reposo y esterminó uno tras otro á casi todos los individuos de su partida. Solo quedaban ya á Pedro una mujer y cinco bandidos adictos. A pesar de su astucia, de su prudencia y de su penetracion, el calabrés cayó en un lazo en el que perdió el resto de sus compañeros. Perseguido sin un momento de tregua, y solo, Pedro se vió un dia atacado por un destacamento y recibió dos ó tres balazos en un muslo; á pesar de eso, se resistió con toda la energia de un leon herido. Apoyado contra el tronco de un árbol se defendió como una fiera y llegó á inspirar tal terror á los soldados que hizo alejar á los que le atacaron. Al poco tiempo Pedro cayó rendido de fatiga; los soldados que le observaban desde cierta distancia, creyéndole muerto, se acercaron á él para registrarlo. El bandido volvió en sí y al verse rodeado de enemigos se puso en pié de un salto, mató dos soldados de dos pistoletazos y dió de puñaladas á otro: los demás echaron á correr. Pedro se aprovechó de las primeras sombras de la noche y pudo ocultarse en la casa de uno de los amigos que tenia en el interior del país.

Luego que estuvo curado, el bandido se dirigió á la Sabina y organizó una nueva partida con la cual dominó las Lagunas Pontinas por espacio de muchos años. Los pueblos de estas comarcas se convencieron de que tenian un nuevo señor. Pedro les decia:—Os protegeré contra los recaudadores del Papa, pero ¡pobre del que me haga traicion! su vida está aquí, dentro del cañon de mi carabina; y donde quiera que se esconda allí le encontraré yo ó alguno de los míos.»

En cambio de esta discrecion y de este silencio inspirados por el miedo, Pedro les prestaba á veces útiles servicios. Si habia alguno que no se encontraba en estado de pagar la contribucion, el colector recibia un aviso atento de que tuviese la bondad de no detenerse en aquella puerta. Otro, por ejemplo, tenia alguna cuestion con la justicia local: el juez y los procuradores eran visitados por un mensajero de Pedro para advertirles que éste le encontraba inocente y que esperaba que le pondrian en libertad. Al uno le daba dinero, al otro otra cosa que le hacia falta; en una palabra, reinaba sobre los pueblos de la comarca.

En cambio si la partida de Pedro carecia de pan, los campesinos lo amasaban y se lo llevaban en seguida despues de cocido seguros de que les seria satisfecho su importe religiosamente. Cada labrador era en cierto modo un centinela que vigilaba cuidadosamente y que instruia á Pedro de lo que ocurría y de lo que se decia en el pueblo, en la ciudad y á veces hasta en la capital misma.

Hacia ya algunos años que Pedro de Calabria vivia como un señor feudal en medio de sus vasallos si bien usando de su autoridad con bastante moderacion. Pedro rechazaba el asesinato y solo recurria á él en el último extremo cuando se trataba de salvar su cabeza. Los viajeros, convencidos de que serian robados al pasar por las Lagunas Pontinas, se entendian con Pedro; mediante una módica suma tenian la seguridad de no ser molestados y recibian además una contra seña que debian presentar si encontraban algun bandido, contra seña que era siempre respetada. Parecia que Pedro debia eternizarse en aquellos montes y que el gobierno, incapaz de cojerlo ni arrojarlo de allí, habia tomado el partido de dejarlo en paz.

En el reinado de Murat muchos oficiales franceses fueron detenidos por Pedro de Calabria, robados y á veces asesinados segun el estado de buen ó mal humor del jefe. Pablo Luis Courier, entre otros, fué robado mas de una vez. En una de sus cartas decia: «me consideraba feliz cuando me dejaban las botas.» De seis veces que fué robado, Courier dice que solo una respetaron su calzado en atencion á que habia llovido aquella noche y á que era domingo. —

—No quiero que por culpa mia pilleis un catarro en un dia de fiesta, le dijo el calabrés.

Sin embargo, Pedro tenía un enemigo que no le perdía de vista, y que parecía haberlo olvidado completamente á fin de que se considerase seguro por aquella parte. Además, Pedro de Calabria se encontraba en los Estados Romanos y creíase allí á salvo de las empresas del general Manhés. Este no dejaba por eso de pensar en él; habia jurado cogerlo vivo ó muerto. «A cada puerco le llega su San Martin,» decia de vez en cuando el general al hablar de Pedro.

Manhés conocia las debilidades del bandido, sabia que tenia un corazon sensible. Cuando creyó llegado el momento envió á través de las Lagunas Pontinas una jóven de Prócida, pequeña isla situada á la entrada del golfo de Nápoles, notable por la belleza de sus mujeres. Mediante la promesa de una cantidad de dos mil ducados, cuya mitad su familia recibió por adelantado, la jóven consintió en representar el papel que se le propuso. Sin pasar de los veinte años, la procidana estaba dotada de una energía y astucia poco comunes. Su mision consistia en hacerse prender por los bandidos y desunir al jefe y á sus segundos por medio de los celos.

La jóven salió de Nápoles en direccion á Terracina. Mientras que atravesaba sola las Lagunas Pontinas montada en una mula, acercósele un hombre que tomó por un campesino á causa de su traje. Este hombre llevaba su chaqueta echada sobre el hombro y un baston en la mano.

—¡Hola! buenos dias, bellissima señorita, le dijo el hombre.

—Buenos dias, señor.

—¿A dónde vais tan solita?

—Voy á Roma á implorar del Papa el perdon para mi hermano que ha sido preso por haber cometido un pecadillo.

—Pues yo tambien voy á Roma; me habia detenido á descansar un momento porque estoy muy fatigado. Las piernas se resisten á llevarme, y si fuéreis tan compasiva como bella, me haríais un pequeño lugar en la grupa de vuestra caballería.

—De muy buena gana, contestó la jóven, pero con una condicion.

—¿Cuál?

—Que no direis tonterias en todo el camino. Paréceme que tenéis la lengua muy suelta; luego ¡sois todavia jóven, y los jóvenes son tan falsos!...

—La procidana dijo esto dirigiendo á su compañero una mirada entre modesta y maliciosa que medio desconcertó al viajero.

—Convenido; pero yo tambien pongo una condicion para la obediencia.

—Decidla.

—Que no me mirareis de ese modo. Teneis unos ojos tan ardientes como el cráter del Vesubio, y á menos de tener un guijarro por corazon...

—Veo que he hecho mal en escucharos, pero es igual. Subid y no olvideis que á la menor libertad que os permitais conmigo os pegaré la camisa á las costillas con este alfilerito.

Al decir esto le enseñó un brillante puñalito.

—Sois una mujer altiva; si alguna vez transijo con el matrimonio, quisiera á fé mia encontrar una como vos. Estoy seguro de que sabria defender su honor y el mio en cualquier apuro.

—Soy de Prócida, en donde las mujeres saben hacerse respetar.

El campesino se puso de un salto sobre la grupa; la mula opuso al principio alguna resistencia al sentir este exceso de peso sobre su espinazo.

—¡Vamos! pequeña, dijo la jóven dirigiéndose al animal, no hagas caso. Verdad es que mi compañero no es tan ligero como Cupido; pero el tiempo es magnífico y el camino bueno, y te prometo doble racion al fin de la jornada. ¿Estais bien afirmado, señor?

—Lo estaria mas si me permitiérais pasar el brazo por vuestra delgada cintura.

—¡Cuidado con los alfileres!...

—Vamos, no quiero esponerme y me agarraré á la silla.

El campesino y la jóven anduvieron así por espacio de una hora hablando de muchas cosas, y finalmente de los bandidos que podrian detenerlos, dijo, en estos sitios tan espuestos.

—Para librarnos de esos tunantes, observó el campesino, podíamos echar por el atajo; así nos tomarian por gente del país y nos dejarian en paz.

—¿Sabeis el camino?

—Con los ojos cerrados.

—Pues guiadme, fio en vos.

Al decir esto la jóven echó una mirada de reojo sobre el campesino, sospechando en seguida que su compañero de viaje era uno de los bandidos de Pedro, él mismo quizá.—«Sin embargo, decia para sí, me lo han pintado muy feo y éste es un muchacho bastante guapo. No importa. He tenido buena fortuna. Ganaré mis dos mil ducados y habré hecho una buena accion contribuyendo al esterminio de una cuadrilla de pícaros.»

Despues de una hora y media de marcha por entre matorrales y juncos los dos viajeros llegaron á un sendero abierto en unas laderas escabrosas de la montaña. Allí la jóven bajó para alijerar un poco á la mula y anduvo lo restante del camino á pié al lado de su compañero, que se habia apeado tambien, llevando ahora el animal por la brida. Pasada media hora, en la punta de un matorral espeso que dominaba el camino, se encontraron de repente en frente de una casa en cuya puerta jugaban dos rapazuelos rodeados de una multitud de gallinas que daban cuenta de algunos puñados de cebada que acababan de echarles. Al ruido de las pisadas de la mula de la procihana, salió del interior de la casa una anciana quien al ver al campesino exclamó:

—¡Tóma! ¡con qué eres tú Pepé!

—Sí, abuela, venimos para descansar un momento en vuestra casa. Sacad primeramente para la señorita leche y pan tierno si lo teneis, y para mí un traguito y un poco de queso. Despues cuidareis á la mula.

La anciana se fué adentro y puso sobre una mesa negra y mugrienta las cosas que el campesino le pidiera, y los dos huéspedes almorzaron con mucho apetito.

Apenas acabaron el almuerzo cuando vieron entrar en la pieza un grupo de diez hombres de cara siniestra.

—¿Qué haces aquí, hijo de la desgracia! exclamó brutalmente uno de ellos.

—Ya lo veis, comandante, respondió el compañero de la procihana; hago compañía á la señora.

—¿Quién es? ¿de dónde viene? ¿qué hace aquí? ¿quién la ha traída á este sitio?

—Viene de Nápoles, va á Roma, y la he conducido aquí yo mismo.

—Tengo prohibido prender á las mujeres, dijo con voz terrible.

—Tranquilizaos, señor, dijo la jóven; este hombre no me ha violentado; se ha hecho mi guía y yo le he seguido porque creí que era un campesino honrado. Sin embargo, creo que me he equivocado y que he dado en manos de los bandidos de Pedro de Calabria á quienes el infierno reclama.

—¿Qué te ha hecho Pedro para que le desees tan buena fortuna? dijo el titulado comandante con acento mas suave.

—¿No es bastante el encontrarme entre gentes de vuestra estofa? ¿Seria preciso que me viera próxima á ser asesinada para echaros todas las maldiciones posibles?—Si conservais un átomo de respeto para con una mujer, llevadme al camino del cual este hombre me ha desviado, porque me urge llegar á Roma... ¡Y si Pedro lo sabia!...

—Ta, ta, ta, hermosa, yo soy Pedro, y en cuanto á volverte al camino, buenas noches.—Cuando encuentro un ducado en medio de una carretera, lo recojo y lo guardo sin cuidarme de su dueño. Hoy hallo una perla y me apodero de ella.

—¡Trataríais de violentarme!.. si tal hicieseis seriais un cobarde... exclamó la jóven sacando el puñal.

—¡Vamos! dejaos de palabrotas, polluela. Soy viudo y ya que la Providencia te ha puesto en mi camino te tomo por esposa. Esta noche llamaremos al cura de la parroquia y nos unirá. Celebraremos unas bodas espléndidas... á la faz del firmamento cuyas estrellas nos servirán de testigos.

La jóven sostenida hasta aquí por una energía de hierro, se sintió desfallecer al oír estas irónicas palabras, y entonces empezó á comprender que la comision que habia aceptado estaba erizada de peligros. Resuelta sin embargo á hacer frente á las tempestades se acercó á Pedro y le dijo:

—Señor Pedro, lo que acabais de decir es una broma.

—*Per il sangue del Cristo*, es todo muy formal.

—Pero con esto desmentiríais toda vuestra vida caballeresca respecto á las mujeres. Además, tengo un novio á quien amo. Y de todos modos, si me habiais de obligar á casarme con uno de vosotros, y

dependia de mi eleccion, preferiria á mi guia, dijo señalando á su compañero de viaje.

—Tu guia es mi teniente.

—¡Qué me importa! él es jóven y vos sois...» y dirigió al guia una mirada que le hizo estremecer de los piés á la cabeza.

Este elogio hinchó de celos el corazon de Pedro. La jóven, advirtiéndolo, añadió:

—Es muy natural que la juventud busque la juventud.

—¡Ea! ¡en marcha! replicó Pedro con aspereza. Vos, señora, vendreis con nosotros. Si os dejaba marchar charlariais. Vivireis en nuestra compañía, lo cual creo que no os pesará, y para quitaros toda posibilidad de huir empezaremos esta noche á comernos vuestra mula. Con el sobrante haremos salsichones de Boloña, dijo el jefe riendo de su ocurrencia.

La nueva Judith tuvo que seguir á su Holofernes hácia las montañas de las Lagunas Pontinas.

Por espacio de una semana la jóven procidana estuvo desesperando un dia á Pedro y otro al teniente. Estos dos hombres se miraban con desconfianza, y se hubiese necesitado muy poco para empujarlos á una lucha sangrienta. Pero esto no convenia á la procidana que queria entregar vivo á Pedro.

El jefe de bandidos, ocupado esclusivamente en ablandar el corazon de su prisionera, apenas habia reparado en un pobre artista aleman que habia caido en poder de sus gentes en una expedicion que algunos de ellos hicieran contra una alquería del llano. Hacia ya tres dias que el pobre prisionero era el juguete de la partida. Cada dia se le sentenciaba á muerte y era conducido con grande aparato entre dos filas de hombres armados al lugar del suplicio.

Este sitio fatal se hallaba á la orilla de un sendero que tenia allí unos dos metros de anchura. Uno de los lados de este camino se apoyaba contra unas grandes rocas que se elevaban verticalmente á una altura inmensa; el opuesto estaba cortado por precipicios sin fin cubiertos de matorral. Desde el borde del precipicio en el cual habia una especie de balaustrada natural, la víctima podía contemplar la sima profunda á la que los bandidos llamaban el Cemente-

rio. Los atormentadores del prisionero lo hacian sentar á la orilla del abismo, sobre aquella balaustrada, y entonces unos le apoyaban la punta del puñal en el cuello, otros en el corazon, mientras que alguno hacia sentir en su sien el frio cañon de una pistola. Entonces los bandidos le preguntaban si para aborrrarle algunos sufrimientos seria mejor, antes de arrojarlo al precipicio, clavarle un puñal en el corazon ó soltarle un pistoletazo ó que dijera si preferia que lo echasen abajo vivo.

Cuando con una alegría y una ferocidad de caribes aquellos veian al aleman atormentado por las vacilaciones de una eleccion tan cruel, aplazaban la ejecucion para el dia siguiente y volvian al prisionero á su cueva en donde le presentaban una comida abundante.

Pedro, como hemos dicho antes, nada sabia de los horribles tormentos que los suyos hacian sufrir al jóven prisionero. Cuando se enteró de lo ocurrido, se enfureció terriblemente dando orden para que fusilasen en seguida al aleman. Mientras que Pedro reprehendia esas crueldades inútiles á los de su partida, el teniente salió en su defensa diciendo:

—En algo han de pasar el tiempo, puesto que no tienen como vos los ojos de Rosina para distraerse.

La respuesta atroz y maliciosa de Pepe hizo reir mucho á los bandidos.

Pedro se mordía el labio, lo cual era en él un indicio de cólera, y acariciaba maquinalmente la culata de las pistolas que sujetaba su ancho cinturón. Rosina, conociendo el peligro que corria el teniente, intervino diciendo á Pedro:

—Es verdad, capitan, que desde que yo estoy aquí vuestros amigos disfrutan mucho menos de vuestra compañía. Capitan, permitidme que os pida gracia para Pepe y para ese pobre artista.

Despues de algunos momentos de reflexion, Pedro dijo con voz tranquila:

—Conducid á ese pobre diablo fuera de aquí y dejadle en el camino de Tivoli. Vos, teniente, ireis esta noche á Albano vestido de traficante de ganado, y vereis si hay algun golpe que preparar para desquitar el tiempo perdido.

Un rayo de alegría brilló al oír esta órden en los ojos del teniente y en los de la jóven procidana.

El aleman fué conducido á las puertas mismas de Tívoli; en cuatro dias el pobre habia envejecido de cuarenta años. Al llegar á Roma sus amigos no le conocian. Sus facciones se habian descompuesto, tenia los ojos hundidos, las mejillas arrugadas y la cabeza blanca como la de un anciano.

—Ya que sois tan amable y bueno para todos, capitan, murmuró la procidana, yo tambien tengo que pedir os una cosa, pero á solas.

La jóven dijo estas pocas palabras con un tono tan cándido, tan encantador, tan melifluo, que Pedro de Calabria, que era desconfiado como él solo, pensó en seguida si la procidana abrigaba algun proyecto contra él. Sin embargo esta desconfianza se dispó luego.

—Habla, le dijo cuando estuvieron solos; y si lo que me has de pedir no es un imposible te lo concedo desde ahora.

Al decir esto Pedro miró de hito en hito á la procidana, quien temiendo que el jefe sorprendiese su pensamiento ó que se turbase ella misma al hacer su peticion, respondió con viveza:

—¡Dios mio! capitan ¿por qué me mirais de esa manera? Lo que tengo que deciros es muy sencillo: hace quince dias que soy vuestra prisionera y mi familia debe estar inquieta por no saber de mí despues de una ausencia tan larga. Además, mi hermano está preso... quisiera, pues, tranquilizar á mis padres para poder estar tambien tranquila.

—Escribeles; yo me encargo de que reciban tu carta.

—No es eso, quisiera...

—¿Quisieras irte? repuso Pedro vivamente.

—No, capitan, contestó Rosina, no quiero huir; es verdad que la vida que aquí llevo no es del todo seductora; pero, no sé por qué, le encuentro cierto atractivo. Creo que me acostumbraria á ella fácilmente... si fueseis...

—Si fuese... acaba.

—Menos violento. Vuestros raptos de cólera me asustan. ¿Y por qué os enfureceis de esta manera? ¿Conviene semejante génio á un hombre de vuestra fuerza y de vuestro valor? Mis ojos os encontrarían bello si vuestra fisonomía no se contrajese tan á menudo.

La procidana bajó los ojos como avergonzada de esta sencilla confesion.

Pedro se estremeció y miró á la jóven de una manera casi feroz.

—La gracia que quieres pedirme es seguramente muy delicada cuando tratas de *camelarme así*.

—¡Sois un ingrato!

—¡Vamos! ya te escucho, dijo el bandido con acento suave.

—Dejadme ir á Mola de Gaeta y os juro que volveré.

—¿Qué quieres hacer en ese pueblo maldito? ¿Venderme tal vez?

La procidana palideció y por un momento pareció desconcertada; pero se recobró de repente:

—¡Sois un ingrato! repitió; ¿no veis pues que en estos dias me habeis inspirado un sentimiento de admiracion tal que no tendria fuerzas para huir? Tal vez os parezca imposible, Pedro, que una muchacha honrada pueda concebir un amor verdadero por un hombre de vuestra posicion y de vuestro carácter.

—¡Acaba pronto! dijo Pedro, cuya agitacion revelára en él una secreta esperanza.

—¡Pues bien! vais á saberlo. Consentiré en ser vuestra esposa si me jurais abandonar estas montañas y pasar á Toscana en donde viviríamos tranquilos con el fruto de nuestro trabajo.

—¡Ah! ¿es verdad lo que dices Rosina? repítelo, repítelo otra vez.

—¿Consentís?

—Consiento en todo lo que tú quieras.

—Sabed, pues, que tengo una parienta en Mola. Su marido lleva todas las semanas á Nápoles el producto de su pesca. Este hombre pasa por Prócida, y quisiera tranquilizar á mi familia. Dejadme que les envíe noticias mias, y que haga decir á mis padres que habiendo encontrado una buena colocacion en Terracina permaneceré en esta ciudad. Despues de hecho esto os juro que volveré.

—¿Quién te acompañará? no puedes ir sola.

—Vuestro teniente, dijo la jóven con aire malicioso; ya que él me ha traído aquí, á él le toca...

—¡El! exclamó Pedro dando un salto como un leon herido. ¡No! iré yo mismo.

—Entonces, mañana, dijo Rosina.

—No, ahora mismo, dijo Pedro; está muy lejos y será ya de día cuando lleguemos... ¿Podrás andar ese camino?

—Me apoyaré en vuestro brazo, Pedro mio.

Pedro, en el colmo de la alegría, hizo sus preparativos de viaje, diciendo á su gente que iba á ausentarse por dos días. Despues de algunas horas de conversacion, Pedro se encaminaba hácia Florencia en compañía de la procidana.

En el momento de pasar la frontera, Pedro vaciló. La jóven lo observó y dijo:

—¿Temeis tal vez que os conozcan? Dejad las armas escondidas entre estos matorrales, cortad un baston, poned el zurron en la punta, y nos tomarán por un marido y mujer que van á sus negocios.

—Tienes razon; Pedro escondió su carabina, sus pistolas y conservó solamente su puñal.

Las seis de la mañana daban cuando Pedro y la procidana llegaban á las alturas que dominan á Mola de Gaeta. La niebla empezaba á disiparse empujada por el sol cuyos primerós rayos brillaban sobre las aguas del Mediterráneo. Pedro oyó un ruido parecido al trote de algunos caballos. El bandido se alarmó y volvió la cabeza de repente:

—Es raro, dijo, me parece que toda la noche he venido oyendo pasos detrás de nosotros.

Al pronunciar estas últimas pálabras algunas lechuzas acurrucadas entre las grietas de las peñas dejaron escapar lúgubres chillidos.

—¡Si esas aves malditas me anunciarán alguna desgracia!

Por espacio de algunos momentos, Pedro auduvo solo y pensativo por un sendero que formaba una garganta; oyéronse en seguida muchas voces y al volver la cabeza Pedro vió unos quince ó veinte soldados que trataban de cercarlo.

—¡Rosina! gritó Pedro con voz de trueno.

La jóven no respondió y los ojos del bandido la buscaron con ansiedad.

Pedro vió que la procidana, á riesgo de matarse, con las sa-

yas plegadas entre las piernas y sentada en el suelo se escurria por las rápidas pendientes que terminan al pié de las casas de Mola. Pedro comprendió que habia sido engañado y vendido á Manhés. Despues de vacilar un momento cruzó por su imaginacion una idea de venganza. A la orilla del camino habia esparcidas algunas piedras enormes. Levantarlas una tras otra y echarlas á rodar en la direccion que seguia la jóven, fué para el bandido obra de segundos. Oyóse un grito terrible. Una de estas piedras habia aplastado á la procidana.

—¡Bueno! se dijo el bandido, ¡no venderás á nadie mas hija del diablo!

Diez minutos despues Pedro de Calabria caia en manos de los soldados napolitanos mandados por su mismo teniente, que estaba en connivencia con Rosina.

Pedro fué conducido á Nápoles y presentado al general Manhés quien lo mandó fusilar aquella misma tarde.

FABIO.

Un cortijo.—Un labrador.—La madona de Olivano.

A principios del siglo actual eran dos los caminos que conducian de Nápoles á Roma: el uno pasaba por Albano y las Lagunas Pontinas; el otro atravesaba un pequeño valle entre Frascati y Tivoli, tomando por Frosinone, San Germano y Monte-Cassino. En el primero de estos caminos se encontraban con bastante frecuencia casas de posta, pero en el otro no habia mas que las paradas precisas en donde se cambiaban los tiros de las diligencias. Estos dos caminos carreteros estaban cortados por otro de travesía entre Frosinone y Genzano, que los ponía en comunicacion trasversal.

A una distancia casi igual entre Genzano y Frosinone, á la orilla de dicho camino, veíase una casa de apariencia bastante buena cuya arquitectura recordaba las construcciones de la Edad media, mezcla de bizantino y árabe.

En la fecha en que principia esta historia, á mediados de 1815, habitaba aquella casa un labrador rico llamado Orsino, y era entonces conocida en la comarca por el nombre de la «Aldea de Olivano.»

Esta solitaria morada gozaba no ha todavía muchos años de cierta reputación entre los extranjeros que viajaban por aquel país, porque su dueño acogia cordialmente á los artistas que iban á sacar copias de aquel rincon tan pintoresco de Italia. Despues de cenar, el hospitalario patron referia á sus huéspedes el terrible drama al cual debió la herencia de aquella propiedad, y la permanencia que en ella hizo Gasparone, el mas célebre de los bandidos napolitanos que desde el vecino reino de Nápoles acudian de vez en cuando á explotar la carretera de las Lagunas Pontinas.

Esta propiedad rural se componia de un solo cuerpo de habitaciones levantadas sobre una vasta bodega. Un pequeño terrado con grandes baldosas de piedra sostenido por gruesas paredes y cuatro enormes moreras de ramas horizontales formaban una especie de vestíbulo delante de la puerta principal. En el interior habia un patio bastante espacioso rodeado de habitaciones y cuadras, y veíase en el centro un pozo del cual se estraia el agua por medio de una bomba, agua que recibia un pilon de marmol, que fué blanco algun dia, en cuyos lados se veian esculpidos varios asuntos mitológicos. Este pilon fué probablemente en otro tiempo una sepultura antigua encontrada entre las ruinas que tanto abundan en la campiña de Roma. En uno de los ángulos del edificio habia una torre cuadrada con almenas que servia de palomar. Delante de la fachada principal se veia un huertecito que ofrecia ricas verduras á los habitantes de aquella morada. En las inmediaciones abundaban los olivos, la vid, las higueras y muchos de los árboles frutales que deben su especial lozanía al suave clima de Italia.

Como esta aldea se encontraba tan aislada, todas las salidas estaban cerradas aun de dia, y apenas se acercaba la noche el dueño atrancaba la puerta principal con barras, cadenas, cerrojos y todo cuanto podia oponer resistencia á la tentativa de los ladrones. Una vez asegurada la puerta, la casa era poco menos que inespugnable, puesto que todas las ventanas estaban provistas de gruesas rejas de hierro.

A no ser por los furiosos ladridos de los perros, cualquier viajero que hubiese pasado de noche por delante de aquella casa la hubiese creído deshabitada.

En la época á que nos referimos, esta aldea era propiedad del labrador Orsino, cuyas tierras le producian un bienestar mas que mediano.

Orsino era un hombre de semblante triste, de genio áspero y caprichoso, que hablaba rara vez á no ser para reñir á sus criados y braceros. Este hombre se habia quedado viudo á los cuarenta y cinco años y tenia solamente una hija en quien adoraba, y á la que dejaba hacer su santa voluntad dentro de la casa. Activa, vivaracha y acostumbrada desde muy pequeña al gobierno de la quinta, del cual la puso al corriente una criada anciana que murió poco despues que su dueña, esta jóven aldeana era la única sociedad, la esclusiva distraccion del propietario, y la compañera que le quitaba de encima el peso enojoso de los asuntos domésticos. Orsino tenia una confianza ilimitada en su hija y nada importante resolvia sin oír antes su parecer. Si bien es verdad que la opinion de la hija prevalecia casi siempre, es que Orsino, lo mismo que las gentes de aquella comarca, habian reconocido en la jóven aldeana una rectitud de juicio muy superior y raro en su edad.

El carácter de Orsino se resentia algun tanto de haber estado dominado demasiado tiempo por su mujer, especie de marimacho, alta como un gastador é insociable como un alano. Casada cuando pasaba ya de los treinta y cinco, esta matrona, como la mayor parte de las solteronas, no habia podido desprenderse de una aspereza de carácter que la perjudicaba considerablemente en las relaciones que se veia obligada á mantener en la comarca. Amenazada mucho tiempo de cubrirse con la toca de Santa Catalina, conservaba no pocas prevenciones contra los hombres y detestaba en especial el amor cuyos misterios no le habia revelado probablemente el prosaico Orsino. Diríase que su fealdad le hacia odiar la belleza de las demás mujeres. Finalmente, para ella no habia mas que la devocion la cual llevaba hasta el fanatismo. La compañera de Orsino pesaba sobre él con toda la violencia de una mujer rencorosa y le hacia pagar caro el trabajo que le costára el decidirle á que le diese el título de

esposa, pues el labrador habia cedido mas bien al deseo de echar sobre hombros ajenos los cuidados domésticos que el de llenar una necesidad de su corazon uniéndolo al de una mujer querida.

Aun cuando Orsino habia contraído en esta servidumbre la actitud y las costumbres de un recluta, y á pesar de que su frente calva y arrugada indicaba el hábito de la obediencia y de la resignacion, los ángulos cuadrados de su fisonomía revelaban tambien cierta tendencia á la terquedad. Sus cejas, pobladas y derechas como los pelos de un cepillo, formaban una especie de tejadillo sobre unos ojos hundidos, lo cual, unido á la inmovilidad de sus facciones, daba al conjunto de su fisonomía una dureza hasta cierto punto estudiada. Orsino era además alto y de formas atléticas.

Vestia ordinariamente el traje que usan los campesinos italianos, traje que la moda no ha conseguido modificar nunca. Componíase de zapatos con hebillas de plata; medias blancas ó rayadas, segun el dia; de calzones cortos de terciopelo negro, sujetos debajo de la rodilla y á la cintura por medio de cintas formando lazos, y de un chaleco de la misma ropa, muy abierto por delante, que dejaba ver los menudos pliegues de una camisa de lienzo juntamente con un alfiler en forma de anillo. Su chaqueta de terciopelo tenia una faltriquera á cada lado: servíale la una para guardar su caja de rapé, que era de plata cincelada, y la otra para el pañuelo que ataba á un boton de la chaqueta por una de sus cuatro puntas por via de precaucion. Completaba su traje un sombrero cónico de fieltro cuya base rodeaba un grueso cordon.

Orsino era infatigable en el trabajo. Hubiérasele podido tener por avaro si las numerosas limosnas que hacia no hubiesen desmentido esta suposicion, aun cuando alguna vez manifestase cierto impremeditado apego al dinero. El secreto del labrador, si es que tenia alguno, solo podia interpretarse por los frecuentes *á parte* que pronunciaba.

—*¿Et qui lo sa?* (*¿quién sabe?*) decia de vez en cuando al contemplar sus sacos de escudos y de ducados de oro que guardaba cuidadosamente en una vieja arca de encina esculpida, metida en un rincon del granero, cuya llave no confiaba á nadie. *¿Qui lo sa?* pudiera suceder que en cambio de estos saquitos de ducados alguno

de esos currutacos de Roma ó Nápoles, quiero decir uno de esos marqueses, duques ó príncipes tronados, no tuviese inconveniente en dar legítimamente su mano á mi Bianchina que sería entonces también princesa ó marquesa. En cuanto á la muchacha es un lindo retoño de mujer. «Ya veremos,» murmuraba Orsino restregándose satisfecho las manos, «á menos que ella se opusiera, lo cual no tendría nada de particular. La muchacha tiene un geniecillo... Ya veremos.»

¿Era orgullo por su hija lo que hacia atesorar á Orsino? ¿A dónde debía ir á parar esta necia ambicion del campesino? Esto es lo que nos revelará la continuacion de esta historia.

Orsino, aunque brusco en la forma, estaba muy lejos de ser odiado por las personas que le rodeaban; temíanle, es verdad, pues sobre tener unos puños de hierro no le sobraba tampoco la paciencia, especialmente desde que habia enviudado; pero hacia mucho bien y le gustaba ver felices á cuantas personas tenia á su lado.

Los sábados por la noche no solamente pagaba el jornal á los trabajadores, sino que les abonaba el domingo aun cuando no debiesen trabajar.

—Un hombre que hace fiesta el domingo por cumplir con la ley, decia Orsino, no descansa, y yo pago este día á mis jornaleros para que vayan á misa y despues á jugar á las bolas.

Cuando subia el precio de los comestibles Orsino aumentaba espontáneamente el jornal á sus braceros.

—Los ricos, repelia con frecuencia, han venido al mundo para ayudar á los pobres; Dios paga con usura el interés de lo que se les presta.

Orsino se informaba de todas las necesidades y apuros de las gentes pobres de dos leguas á la redonda. Los niños y los ancianos eran sobre todo objeto de su solicitud especial. Apenas algun vecino le indicaba un sufrimiento, Bianca cargaba su mula de provisiones de toda especie y llevaba á los desgraciados harina, aceite, vino, trapos y á veces allegaba á esto algun escudo.

Pero si Orsino era estimado y casi amado de las personas que estaban á su lado y de todas las gentes á quienes socorriera secretamente, la generalidad de los habitantes de las comarcas contiguas le

detestaban á causa de su fortuna, y hasta calumniaban su generosidad. Acusábanle de haber sido bandido, monedero falso y contrabandista, y no faltaba quien le tenia por brujo y entregado á los espíritus maléficos.

Denunciado repetidas veces al Santo Oficio, este tribunal habia tenido el buen sentido de no dar crédito á unas calumnias que en otros tiempos hubieran llevado á Orsino á la hoguera. En una palabra, atribuíanse al labrador multitud de crímenes á pesar de que no habia nacido en la comarca y sin embargo de que desde que se instalára en la hacienda nadie le habia perdido de vista ni le podia echar en cara ninguna mala accion.

Este odio que muchas gentes abrigaban contra Orsino procedia de un sentimiento de envidia, sentimiento que les inspiraba la felicidad y el bienestar del labrador. Hacíanle mucho mas rico de lo que realmente era, sin considerar que la fortuna de Orsino era legítima, debida á su infatigable actividad y á sus conocimientos agrícolas. Además de saber sacar un gran partido de sus tierras, Orsino hacia el comercio de aceite, vinos, seda y cereales. Compraba y pagaba al contado á los pequeños propietarios de las inmediaciones todos sus artículos á precios muy razonables y los llevaba á vender á Roma ó á Nápoles cuando le parecia ventajosa la situación de los mercados. Esto era indudablemente una especulacion, pero la especulacion era legal y honrosa. Lejos de perjudicar con esto á sus vecinos, les ahorraba por el contrario los viajes costosos que tenian que hacer para trasportar sus productos á las capitales y la molestia de volverlos á su casa sino podian venderlos. Sin embargo, la envidia y el odio son poco razonables.

Las injurias y maldiciones cotidianas que los envidiosos dirigian á Orsino no comprendian á su hija Bianca á quien amaba y respetaba todo el mundo. Era una criatura fresca y delicada, triste y mediatubunda, con una belleza y un alma tan puras como su nombre. Modesta y amable, Bianca difundia en medio de la tristeza, del silencio y de la austeridad de aquella morada, un efluvio bienhechor que suavizaba esos rudos caractéres que producen las montañas; su semblante, su conversacion, sus movimientos, todo estaba lleno de encanto. Figuraos unos ojos grandes y rasgados colocados debajo de

unas cejas negras y arqueadas; cabellos del mismo color, pero finos y sedosos; dos filas de dientes iguales y blancos como perlas: unid á todo esto una gracia seductora y una viveza infantil y simpática, y tendreis una idea aproximada de los dones que la hija de Orsino habia recibido de la naturaleza. Aun aquellos mismos que odiaban á su padre obedecian gustosos á Bianca y hubiesen espuesto con gusto su vida para salvarla de un peligro.

La bella jóven era entre los *contadini* (campesinos) y su padre un intermediario siempre respetado. Todos obedecian sin murmurar sus decisiones, pues sabian por esperiencia que eran justas y leales. Cuando por casualidad ocurrían altercados entre los jóvenes de las inmediaciones, bastaba la presencia de Bianca para restablecer entre ellos el órden y la tranquilidad.

Cuando llegó á los diez y seis años, los mozos la llamaron la *Madona de Olivano* y al poco tiempo no se la conoció en el país sino por este nombre. Los bandidos napolitanos que llevaban sus escursiones hasta aquella comarca, gentes que ordinariamente no retroceden ante ninguna profanacion, no se acercaban nunca á la aldea de Bianca á quien profesaban una especie de veneracion; la jóven era para ellos como una santa. Aquella gente de vida airada hubiera asesinado á cualquiera que se hubiese atrevido á intentar nada contra la quinta ó á molestar á alguno de sus moradores. Las barras de hierro, las trancas, las cadenas y cerrojos de la aldea eran casi inútiles, pero el prudente Orsino no por eso dejaba de asegurar bien la puerta todas las noches.

La jóven sabia que ni de dia ni de noche debia temer de nadie, así es que iba llena de confianza por los caminos mas solitarios y desiertos cuando montada en su mula se encaminaba á la casa de los enfermos ó necesitados. Verdad es que los bandidos velaban sobre ella con mas cuidado de lo que lo hicieran para ellos mismos. Si la sorprendia la noche lejos de casa no por eso se hacia acompañar, y mas de una vez sus miradas observaron entonces como sombras de hombres que se deslizaban por entre las matas. Esto no asustaba á Bianca, pues sabia que aquellas sombras eran una especie de escolta invisible que le hubiese socorrido en caso de necesidad.

Hacia algunos años que la veneracion que Bianca inspiraba á

cuantos la conocian y trataban habia contribuido no poco á acrecentar la fortuna que tantos envidiaban á Orsino.

Sus negocios tomaban de dia en dia mayor desarrollo; sus transacciones mercantiles eran ya considerables. Por otra parte, Orsino no era jóven, puesto que habia llegado ya á esa edad en que la persona mas activa empieza á sentir la necesidad de reposo. La bodega, los graneros, toda su casa estaba atestada de artículos que le traian á vender los colonos de las cercanías, y su cabeza se abrumaba teniendo que atender á intereses tan variados. Lo que sobre todo molestaba á Orsino eran los viajes que tenia que hacer á Roma y á Nápoles.

Una noche que le parecia encontrarse mas fatigado que los demás dias, el labrador consultó con su hija esponiéndole sus sufrimientos y lo complicado de sus negocios; Bianca le aconsejó que tomase un *factotum*, un mayordomo.

Así que fué conocida la intencion del labrador menudearon las solicitudes como lluvia, pero lo difícil era elegir entre tanto aspirante.

Con el consentimiento de su hija, y aun accediendo á sus instancias, Orsino aceptó á un jóven pastor que pertenecia á una familia honrada de Sermonetto. Los reveses de la fortuna habian obligado á los padres del pastor á recurrir á los mas ínfimos trabajos para vivir, á pesar de haber disfrutado en otro tiempo de una posicion bastante regular. De esta misma familia habian salido en épocas no remotas, cardenales y hombres ilustrados que ocuparon en Roma puestos muy importantes.

Además, este jóven habia sido recomendado con mucho interés en la aldea por el párroco de Frosinone de quien era algo pariente.

Procedióse en seguida á la instalacion del muchacho. Dispúsosele una habitacion en el piso bajo y amueblósele un cuarto bastante espacioso que daba á la sala comun que servia de comedor. Luego de instalado, el jóven tomó posesion de sus funciones de administrador, encargándose de todos los negocios esternos que eran los que mas agoviaban á Orsino, pero que en cambio producian pingües beneficios. Cuando el propietario se convenció de que el jóven era muy capaz de manejar los asuntos esternos de la casa, Orsino abrazó con sincera alegría á su querida Bianca diciéndole:

—Hijita, ahora todo irá bien y me servirá de distraccion el tenerme que ocupar solamente de las cosas de dentro casa. Ahora tendré al menos tiempo para besar una vez cada dia la hermosa frente de la Madona de Olivano.

Los amores de Fabio.—Un primo.—La demanda de matrimonio.

Fabio era el nombre del flamante administrador que, en honor de la verdad sea dicho, ni carecia de instruccion ni de inteligencia. Su rostro, algun tanto ovalado, revelaba cierta distincion; su frente elevada y espaciosa, sus ojos negros y espresivos, velados por largas pestañas, hacian adivinar en el jóven una penetracion poco comun. Un cabello negro y abundante, unos lábios tal vez demasiado delgados, dientes blancos y puntiagudos como los de una zorra, daban al conjunto de su fisonomía un aire de astucia y de energía que llamaban la atencion. En una palabra, Fabio era lo que puede llamarse un muchacho guapo. La anchura de sus hombros, sus nervudas muñecas y sus piernas musculosas, prometian una fuerza prodigiosa para cuando el jóven llegase á ser hombre formado.

En cuanto á su talento, parecia algo limitado, pero en cambio era perseverante y disimulado. Su mirada revelaba una calma afectada, de modo que un observador un poco inteligente hubiese descubierto muy pronto en su interior un alma fogosa susceptible de violentos arrebatos.

Cuando entró en la aldea, Fabio tenia veinte años y Bianca diez y siete. Necesitábase el orgullo insensato de Orsino para no ver el peligro que habia en poner al lado de su hija á un hombre jóven y bello.

El amor se hizo pronto lugar en el corazon de estos dos jóvenes que vivian juntos en una especie de retiro parecido al de un claustro, mansion á propósito para dar pábulo á las fuertes pasiones.

Al principio todo se redujo á ciertos proyectos ambiciosos que se fijaron en la mente del jóven mayordomo, pues no se le ocultaba que casarse con la hija de Orsino era hacerse rico y poderoso de un salto; con su fortuna podria vivir en Roma ó en Nápoles como un gran señor. Sin embargo, es preciso confesar que estos sentimientos

mezquinos del mayordomo fueron pronto ahogados por la violenta pasión que se apoderó de su alma.

Fabio tardó poco en declarar su amor á Bianca, amor al cual la jóven no podia permanecer indiferente.

Todo lo noble y tierno que la naturaleza depositára en el corazón de la jóven, ocultos tesoros que ni ella misma conocia ni sospechaba, se fueron desarrollando poco á poco á las miradas apasionadas, pero respetuosas, de Fabio. Por eso cuando á los seis meses de la llegada del jóven á la aldea, Bianca interrogó á su corazón, pudo leer en él todo el amor que le inspiraba el mayordomo. Pero no era ya tiempo entonces de volver atrás. Este sentimiento era mas fuerte que su voluntad, y la jóven se entregó por completo á la dicha de amar y verse amada.

A los ojos de cualquiera otra persona que no fuera Orsino era imposible ocultar por mas tiempo esta mútua pasión; pero el bueno del propietario se habia casado con la difunta sin enamorarse y por eso ignoraba completamente las formas tiernas y sencillas de que se reviste este sentimiento. Léjos de creer peligrosas las simpatías y la dulce familiaridad que unian á los dos muchachos, aplaudia por el contrario sus juegos y sus juveniles enojos.

Advirtiése al poco tiempo un cambio notable en el carácter de Bianca. Todo lo que tenia antes de melancólico y meditabundo se trasformó luego en alegre y sociable. La aldea, que fuera hasta entonces una morada tan tranquila y silenciosa como un convento de trapistas, se animó como una pajarera. Bianca cantaba como un ruiseñor desde la mañana hasta la noche.

Cuando Fabio se convenció de que era amado, puso en juego todas las juveniles astucias capaces de aumentar esta pasión en Bianca. A veces, por la noche, retardaba á propósito su llegada á la aldea. Entonces Bianca temia, sospechaba, formaba mil conjeturas, y concluía por alarmarse pensando que Fabio podia haber cometido alguna imprudencia ó sido víctima de alguna desgracia. Veíasela correr á cada instante á la puerta de la aldea, interrogar el horizonte, escudriñar minuciosamente los caminos y senderos, y volvía á entrar triste sino veía llegar al jóven. Pero si habia oido á lo léjos el ruido de las pisadas de su cabalgadura, su semblante se ani-

maba de repente; y cuando Fabio se sentaba á la mesa enfrente de ella para cenar juntamente con todo el personal de la casa, los jóvenes se hacian mil gestos encantadores, se dirigian bromas inocentes ó se regañaban provocando á veces una lijera sonrisa en los labios de Orsino.

Pasáronse así algunos años, y es preciso decir la verdad: si Fabio no abusó nunca de una situacion en que todo se le manifestaba propicio, fué menos por honradez que por miedo. El mayordomo sabia todo el valor de los puños de Orsino, capaces de dislocar todavía la osamenta de un toro.

A veces el propietario, sin dirigirse á nadie en particular, decia al ver la franca alegría de su hija:

—Amo á mi Bianchina mas que todo lo del mundo, y desbarri-garia, ¡voto al diablo! al que se atreviese á causarle un disgusto ó á tocar un cabello de su cabeza.»

Estas palabras salvaron quizá á la jóven de una profanacion largo tiempo premeditada.

Fabio sabia que era amado. ¿Qué mas necesitaba por el presente?

Abusando de la confianza de su amo, faltando á la generosa hospitalidad que se le habia ofrecido comprometia su porvenir y tal vez se veria obligado á abandonar la aldea.

—Es necesario esperarlo todo del tiempo, se decia Fabio con frecuencia, no precipitemos las cosas. El buen hombre puede faltar y entonces Bianca será mi mujer. Cuando esto suceda, cierro las puertas de la aldea, me meto las llaves en la faltriquera, y asunto concluido.»

Como se vé, el amor de Fabio no estaba exento de interés; además, ya sabemos que habia empezado por codiciar los escudos de Orsino.

Las cosas continuaron en este estado por bastante tiempo todavía y parecia á los jóvenes que aquello debia durar siempre. Bianca y Fabio no tenian secretos el uno para el otro. Los dias festivos, despues de la misa y de las vísperas, el jóven, Bianca y el propietario, se dirigian unas veces al terrado y otras al huerto. Fabio arreglaba y regaba las flores predilectas de su amada, limpiaba los

rosales, sembraba plantas raras que se habia procurado en Nápoles, ó bien, sentado en una mesa de mármol bajo una glorieta de maderes elva y de parra, les leia con entusiasmo el Dante, el Ariosto ó el Tasso. Este último autor sirvió mas de una vez de intérprete á los pensamientos de Fabio, y no era por cierto este dia aquel en que la jóven encontraba menos elocuente al poeta.

En el intermedio de la semana, despues de concluido el trabajo y arregladas las cuentas, el mayordomo jugaba á cartas con Orsino en tanto que Bianca, sentada al lado de su padre, cosia ó bordaba algun adorno levantando de vez en cuando sus bellos ojos negros para contemplar al jóven y como para decirle:—«Sufrid por mí las impertinencias de mi padre, pues juega bastante mal.»

Fabio dejaba bogar su alma por el piélagó tranquilo de la esperanza; su dicha no se vió nunca interrumpida ni por el motivo mas pequeño de celos. Ningun jóven que pudiese presentarse como su rival frecuentaba la casa de Bianca, y cada dia, cada hora, parecia que la jóven le amaba con mas ternura.

De pronto el mayordomo se puso triste y pensativo. Metiósele en la cabeza que su felicidad se encontraba amenazada. No se equivocaba. Su existencia, tan tranquila hasta entonces, se vió turbada repentinamente.

La llegada inesperada de un sobrino del labrador, abogado de Nápoles, bastante guapo, de una educacion distinguida, y de un aspecto elegante que contrastaba un poco con las maneras algo rústicas de Fabio, vino á alimentar los temores hasta entonces quiméricos del mayordomo.

La llegada del sobrino de Orsino á la aldea fué un suceso alegre para todo el mundo, escepto para Fabio, pues la última vez que le vieron los criados antiguos de la casa el abogado era todavía muy niño.

Ulisses Galeyra habia nacido en Frosinone de cuyo pueblo habia salido para entrar en un colegio y terminar despues sus estudios en la Universidad de Boloña. Ulisses habia marchado muy niño y volvia hombre, así es que todos sus conocidos corrian á estrechar su mano afectuosamente.

Bianca y su padre le acogieron con estrepitosas demostraciones de alegría.

Para completar su educación, la familia de Ulises le habia hecho viajar por toda Europa; la relacion de sus viajes estasiaba al labrador. Echando á un lado todos los ambiciosos proyectos que concebiera respecto á su hija, Orsino se decidió de repente á que su sobrino fuese yerno suyo.

—Habia soñado, decia, en un marqués para Bianca, pero le daré un abogado; bien considerado es mi sobrino, y prefiero que mis bienes no salgan de la familia.»

Fabio, celoso de Ulises por instinto, encontró de muy mal gusto la cariñosa acogida que se hizo en la aldea al jóven abogado. Por mas que hacia no podia disimular el enojo que le causaba la presencia de aquel importuno sobrino, y en mas de una ocasion dió á conocer su mal humor con necedades estemporáneas. Si las tonterías de Fabio pasaron desapercibidas á los ojos de Orsino y de su sobrino, no sucedió lo mismo con Bianca que tuvo que calmar con frecuencia al mayordomo. En vano le decia que tan solo queria á su primo como se quiere á un pariente, á un amigo de la niñez; todo era inútil. Fabio la acusó bruscamente de coquetería y de traicion.

Los celos degeneraron en rabia una noche que Fabio, despues de una cena en la cual no escasearon los buenos vinos de Francia, oyó que Orsino murmuraba al ver á su hija asida del brazo de Ulises:

—El año que viene casaremos á esos dos muchachos.»

Bianca, ofendida por las quejas inmerecidas de Fabio, se manifestó fria y reservada por algunos dias y esto acabó de irritar al celoso mayordomo. Pero cuando vió al jóven á quien amaba agitado, fuera de sí, realmente afligido, no supo que hacer. Dejando entonces el orgullo á un lado, agotó todas las razones para convencer á Fabio de su amor y consolarle llevando la calma á su corazon lacerado. Bianca no pudo conseguirlo. Entonces compadeció á Fabio de veras, y pasando de los efectos á las causas se puso á hablar mal de aquel cuya presencia habia bastado para turbar la tranquilidad de la aldea.

Una noche que su padre retirado en su cuarto dormia profundamente, en tanto que ella velaba sentada enfrente de la gran chimenea de la sala que servia de punto de reunion general, Fabio, que

habia salido aquella mañana para Roma, llegó muy á deshora y tuvo el placer de encontrarla sola. Con el corazon lleno de pena y de inquietud, suplicóle sollozando que le perdonase sus quejas, las injuriosas sospechas de los días ateriores, y en seguida, cogiéndole las manos y cubriéndoselas de besos, le pidió por milésima vez nuevos juramentos que Bianca, feliz con las excusas de su amado, le renovó sin vacilar.

Fabio le recitó entonces algunos versos que habia compuesto para ella. Todos los italianos tienen algo de músicos y poetas. El muchacho sentia vivamente, así es que sus versos, aunque incorrectos algunas veces, respiraban fuego y pasion. Por mas que una jóven no eucuentra siempre buenos los versos que ha inspirado, suele ser indulgente para con el autor.

Obtenido el perdon que Fabio implorára con tanto arrepentimiento, convínose entre los dos jóvenes que el domingo próximo, al volver de las vísperas, darian cerca de su padre un paso que pusiese fin á una situacion tan intolerable. Fabio pediria su mano á Orsino, y ella apoyaria su demanda y le alentaria con su presencia. Casi estaban seguros del éxito. Como mayordomo, Fabio habia prestado por espacio de tres años importantes servicios á su amo; su asiduidad, su inteligencia, su actividad habian llevado por muy buen camino los asuntos de la aldea, y Orsino tenia en su factotum una omnimoda confianza. Habia pues muchos motivos para esperar que su peticion no seria desatendida.

—¡Mi padre es tan bueno! añadia Bianca, está tan acostumbrado á hacer mi voluntad! Fabio: mi padre no se opondrá á nuestro casamiento cuando sepa que os amo.

Los dos jóvenes se separaron llenos de confianza en el porvenir. Doblemente feliz por esta resolucion y por la marcha del sobrino que se verificó al dia siguiente, los enamorados contaron con impaciencia las horas hasta el domingo, dia en que la contestacion de Orsino debia sancionar sus proyectos.

Llegado el ansiado dia, Bianca y Fabio se encontraron de nuevo mientras iban á oír misa á una iglesia que estaba bastante léjos de la aldea. A su regreso Bianca se fué al jardin y estuvo muy cariñosa con su padre en tanto que hacia grandes elogios del mérito del

mayordomo y del afecto que les profesaba. El labrador reconoció la justicia de las observaciones de su hija autorizándola para que dijera á Fabio que iba á duplicarle el salario, y que desde el día de San Juan empezaría á interesar en las ganancias que resultasen de las operaciones comerciales de la aldea. En estas benévolas disposiciones Bianca vió un feliz augurio para su proyecto. Si su padre concedía en sus negocios una parte tan buena al mayordomo es que reconocía su mérito y que sentía la necesidad de atraérselo. ¡Pues bien! se decía la jóven interiormente: haciéndole mi marido no hay miedo de que nos abandone.

Los dos jóvenes se fueron á las vísperas á las dos de la tarde y en el camino Bianca explicó á su novio lo bien dispuesto que estaba su padre en su favor.

Sin embargo, Bianca tuvo que animar á Fabio para que hiciese su peticion, pues éste, á pesar de todas las protestas amistosas y benévolas de Orsino, no estaba del todo tranquilo.

Es casi inútil decir que aquella tarde los salmos y los cantos religiosos, por poéticos que pudieran ser, no fueron oídos por Fabio cuyo pensamiento estaba muy lejos de la Iglesia. Bianca, por el contrario, oró con fervor; cualquiera adivinará lo que pedía al cielo.

Al entrar en la aldea el mayordomo tuvo necesidad de alentarse con un vasito de vino de Montefiascone, y eso que Fabio por lo regular no carecía de audacia ni de energía. Una mirada de Bianca, que parecía echarle en cara su cobardía, le hizo subir la sangre á la frente, y dió á su corazon un poco de firmeza.

Después de dar las gracias á su amo por sus nuevas bondades y de reclamar su indulgencia por la atrevida peticion que iba á dirigirle; luego de protestar de su desinterés y de manifestarle el noble y verdadero sentimiento que le impelia á dar aquel paso, Fabio, no sin gran turbacion, concluyó por pedir á Orsino la mano de su hija!

Desengaño.—Casamiento de Bianca.—Fabio en un convento.

A esta salida inesperada, Orsino se tambaleó un momento como un borracho y cayó, mas bien que se sentó, como atontado en su

viejo sillón de encina. Cuando observó que su hija parecía ser cómplice de Fabio, su rostro, de púrpura que era antes, se volvió lívido, sus ojos se inyectaron de sangre, dilatáronse las ventanas de su nariz, y su cara se cubrió de una espresion de desden tan aterrador para Fabio que Bianca sintió que se le helaba el corazón. Orsino se levantó por último y dijo con su terrible vozarrón impregnado de ironía.

—¡Tú casarte con mi hija!

—La amo, balbuceó el mayordomo, y ella...

—¡Miserables!... ni tú ni ella teneis derecho para amaros; además, ¡tú mientes... mi hija no puede amar á un criado!...

—¡Padre mio! exclamó Bianca en tono suplicante.

—Si este traidor ha dicho verdad, contestó Orsino con una firmeza de lenguaje que su hija no habia oido nunca, ¡dejo de ser tu padre!

—En cuanto á tí, maldito hipócrita, coje tu petate y lárgate en seguida; vete á Sermonetto á respirar los aires natales porque los de la aldea no te convienen. ¡Vete, miserable! y acuérdate que seria menos mal para tí caer en manos de Tremendo cargado de oro, que sentir encima de tus costillas los puños del amo para quien has sido un vil, un ladron, un espía; ¡vete en seguida!.

Fabio no habia previsto este desenlace ni soñado siquiera una explosion tan terrible de cólera. Aterrado por este lenguaje, se quedó como si fuera mudo. Su rostro habia tomado un tinte lívido y permanecia petrificado delante de su amo sin pronunciar una palabra.

—¿Me has oido? repitió Orsino en tono algo mas suave, pues enséñame los talones ahora mismo.»

Bianca habia permanecido callada hasta este momento. La ira de su padre habia embargado todas sus facultades. No obstante, la ver la amargura que desgarraba el corazón de Fabio sintió renacer en su corazón toda la energía de una niña mimada y se echó en los brazos de su padre.

—¡Padre mio! ¡Padre mio!... ¡le amo!... exclamó.

—Hija mia, replicó Orsino severamente, hasta hoy has hecho cuanto has querido, no te he contrariado en nada; però hace mucho tiempo que ofrecí tu mano á mi sobrino y su venida á la aldea ha sido precisamente para recordarme mi promesa.»

El labrador mentía al decir esto. Pero ya hemos visto que Orsino soñaba en una posición brillante para su hija; quería que fuese la esposa de un ciudadano, de un abogado. Un momento de debilidad podía echar por tierra todos sus proyectos y por eso aparentó ser inexorable. Sin embargo, es preciso decir que Orsino sufría horriblemente.

Bianca no esperaba una resistencia tan obstinada: con los ojos arrasados en lágrimas y la voz ahogada por los sollozos trató todavía de ablandar á su padre. Orsino nada quería oír. Para acabar de una vez, el labrador mandó retirar á su hija á su cuarto diciéndole que se dispusiese para marchar á Roma al día siguiente.

En seguida, volviendo atrás, abrió primeramente la puerta del patio, después la que daba al camino, y cogiendo al mayordomo del brazo lo puso, como suele decirse, de patitas en la calle.

Bianca no se atrevió á prolongar una resistencia que creía inútil. Retirada en un rincón de su cuarto, su ánimo se doblegó bajo el peso de un dolor profundo desposeído de esperanza y de recursos y pasó la noche sentada en el borde de su cama presa de los delirantes pensamientos que la encadenaban á su dolor.

Fabio por su parte, casi loco de disgusto, permaneció largo tiempo en el umbral de la puerta de la aldea como un perro arrojado por su dueño, sentándose después debajo de las enormes moreras que daban sombra á la casa.

La brisa de la noche, refrescando su cerebro, le recordó la triste realidad de su posición y sintió despertarse en el fondo de su corazón sus instintos primitivos, las primeras tendencias de su juventud. El joven se repitió todos los insultos de Orsino y murmuró palabras de venganza.

—¡Ha muerto mis esperanzas, me ha arrebatado la felicidad, ha marchitado mi existencia! pues bien, también á mí ha de llegarme la vez y seré inexorable como él.

Estas palabras eran terribles. En Italia, como en Córcega, una amenaza arrancada por la venganza raras veces deja de cumplirse.

Al día siguiente Orsino llevó á su hija á Roma donde se encontraba entonces su sobrino, y allí permanecieron tres semanas haciendo los preparativos de boda apresurándolos todo lo posible sin manifestar á Ulises la causa verdadera de esta precipitación.

—Soy viejo, decia, puedo morir, y no estaré tranquilo hasta ver colocada á mi hija.

La víspera del dia fatal, Bianca y Orsino regresaron á la aldea, acompañados del futuro, de su familia y de algunos amigos.

Sonó al fin la hora de ir á la iglesia, y Bianca, resignada ó nó, debió prepararse á dar el sí á su primo. La jóven, estaba pálida y triste, lo cual el novio atribuía á la emocion del momento. Orsino se sentía tambien conmovido, pues amaba entrañablemente á su hija y sufría al verla sufrir.

—¡Pero, bah! decia despues, Bianca olvidará pronto á Fabio; todas las mujeres concluyen por amar al padre de sus hijos, y sino ahí está el ejemplo de mi difunta. Bianca agradecerá algun dia mi firmeza.»

Como en la comarca todos habian advertido mas ó menos la passion de Fabio y sabian el interés que se tomaba por las cosas de la aldea, compadecieron al pobre jóven luego que supieron los pormenores de lo ocurrido aquella terrible noche.

En las tres semanas que Orsino permaneció en Roma disponiendo la boda de su hija, iba tambien envuelta otra idea. El propietario esperaba que su mayordomo, despues de dar rienda suelta á su cólera, se resolveria á abandonar el país. Orsino se engañaba.

Un italiano enamorado es el hombre mas tenaz del mundo. Fabio se albergó en la aldea de un vecino que le quería mucho.

A su regreso de Roma, Orsino supo por sus criados que el ex-mayordomo se encontraba en las inmediaciones de la quinta y esto le hizo vivir alerta. El labrador supo tambien que Fabio habia proferido amenazas contra él.

Durante el camino de la aldea al pueblecillo, Orsino, que marchaba á la cabeza del cortejo nupcial, escudriñaba todos los rincones en los cuales podia ocultarse un hombre. Al llegar delante del presbiterio, el labrador descubrió á Fabio escondido en un rincon y vió relucir en su mano la hoja de un cuchillo, medio oculto en la manga de su chaqueta, dispuesto á turbar de una manera trágica la alegría de la familia.

Ya hemos dicho que Orsino era cortado de la piedra de Hércules.

El propietario se quedó atrás y no perdió de vista á su antiguo

servidor. En el momento que éste se disponia á seguir la boda, Orsino se arrojó de un salto sobre Fabio; asiéndole por el cuello con la mano izquierda y cogiéndole la mano de la navaja con la derecha se la retorció hasta descoyuntársela. En seguida, cogiendo al mayordomo como si fuera un niño, lo llevó á un callejón contiguo y en menos tiempo del que se necesita para decirlo le dislocó varias articulaciones dejándolo en el suelo por muerto.

Después de este acto salvaje, Orsino volvió á entrar en la Iglesia donde se llevó á efecto la ceremonia de la boda sin que nadie reparase en su ausencia ni oyese los ayes lastimeros del moribundo jóven.

Fabio, casi espirante, fué recogido después de algun tiempo por un fraile capuchino que lo llevó á la enfermería de su convento.

El estado del enfermo era gravísimo. Si las dislocaciones no ofrecían peligro para la vida, las lesiones internas podían determinar á cada momento una hemorragia ó una inflamación que pusiese fin á su existencia.

Fabio estuvo diez días luchando entre la vida y la muerte, pero, gracias á su robustez y á los asiduos cuidados de los capuchinos, entró luego en una larga y penosa convalecencia.

Inútil es decir los negros pensamientos que ocupaban la imaginación de Fabio. Parecía imposible que hubiese perdido á Bianca para siempre. Después, cuando recordaba la cruel tortura que le hiciera sufrir Orsino al dejarle casi sin vida en el callejón del pueblo, todas las iras humanas se desencadenaban en su corazón y apretando al mismo tiempo los puños y los dientes levantaba los ojos al cielo exclamando con un acento sublime de cólera:—¡Me vengaré...!

Hasta los cuatro meses Fabio no pudo andar solo y pasearse por los jardines del convento; allí era donde el jóven formaba y acariciaba sus proyectos de venganza.

Los religiosos vigilaban al convaleciente con inquieta solicitud y con su natural penetración adivinaron todas las tempestades que agitaban el corazón de Fabio. El superior, hombre venerable, trató de ablandar aquella alma fogosa y de hacer descender sobre ella un destello de generosidad religiosa; aconsejábale el perdón y el olvido de las ofensas.

Fabio se mostraba dócil y juraba al superior que no deseaba mal á nadie.

Cuando el ex-mayordomo hubo recobrado ya todo su vigor, los padres capuchinos le dijeron una mañana que el Esculapio del lugar le autorizaba para salir del convento lo que equivalia á decirle:

—Amigo: estás ya bueno; por consiguiente puedes ir á comer la sopa á otra parte, que bastante tiempo te hemos mantenido aquí.

La caridad tiene sus límites.

Fabio dió las gracias á sus bienhechores y es preciso decir que era sincero al expresar á los religiosos sus sentimientos de gratitud.

Al dia siguiente, concluido el almuerzo, Fabio cogió su ropa y la envolvió en un pañuelo de color, y despues de recibir algunas provisiones de las manos de los religiosos se despidió de los bondadosos padres.

Fabio entre los bandidos.

Los primeros rayos del sol acariciaban la tierra, cuando Fabio dejó tras sí las puertas del convento. Al fin se veía libre y fuerte. Durante su larga convalecencia su naturaleza habia acabado de desarrollarse completamente.

Saltaba por el escabroso camino que seguia como un gamo y haciendo rodar su baston de viaje como un molinete exclamaba:

—Lo que es ahora, maese Orsino, no triunfarias tan fácilmente de Fabio. »

Despues, como para alejar de sí esta idea triste, echaba á correr y repetia con toda su fuerza algunos cantos religiosos que habia aprendido en el convento.

Pasada esta primera expansion, natural en el que recobra su libertad, Fabio se puso á reflexionar para ver el partido que debia tomar.

El jóven no pensaba volver al techo paterno.

¿Cómo presentarse en su casa sin Bianca, cuando les habia anunciado que no tardaria en ser su esposa, y confesar la cruel venganza de su amo? Su orgullo y su ira se sublevaron ante esa idea.

Embebido en estos pensamientos, el jóven habia andado mucho mas de lo que creia y sin cuidarse de la direccion que tomára, hasta que le sorprendió la noche á la orilla de un gran bosque. Entonces buscó un camino que le guiase á la aldea de Orsino á donde se habia propuesto ir, pero fué inútil; estaba completamente desorientado.

Rendido de fatiga, sentóse al pié del primer árbol que encontró. Sacó del pañuelo las provisiones que le dieran en el convento y comió con apetito su cena por demás frugal. Al poco rato se quedó dormido profundamente sin acordarse de los bandidos ni de los lobos que infestaban el bosque.

A las cuatro de la mañana despertáronle las piedras que hacian rodar las pisadas del mulo de un carbonero que se dirigia á Tívoli. Fabio le preguntó por el camino de Castel-Madama, cuya campana tocaba en aquel momento el Ave-María.

Fabio se incorporó con el carbonero y entraron en conversacion. El ex-mayordomo supo por su compañero de viaje que Bianca vivia en Roma con su esposo y le refirió además varias cosas relativas á la aldea. Cuando oia pronunciar el nombre de Orsino, la ira encendia el rostro de Fabio; el jóven no pudo resistir mas tiempo esta conversacion, y dijo al carbonero:

—Gracias, amigo, me quedo aquí.»

Fabio volvió la espalda á Tívoli, del cual distaba una milla, resuelto á ir en busca de Tremendo, bandido feroz del reino de Nápoles y á quien una persecucion demasiado activa obligó á pasar la frontera para establecerse interinamente en los Estados Pontificios.

—Pobrecilla, decia, acordándose de Bianca; tuvo que ceder á la brutal voluntad de su padre.»

Y al decir esto toda su rabia se concentraba contra su antiguo amo. Despues acusaba á Bianca, y arrastrado poco á poco por la vehemencia de su dolor, avivado por unos celos furiosos, envolvia á toda la familia en sus proyectos de venganza y de esterminio.

—¡La hija, el yerno, el padre! esclamaba. ¡Me vengaré!...

Despues, como si sus ojos se iluminasen de repente, añadía:

—¡Y ella! ¡ingrata! ¿se ha acordado de sus juramentos? Nó, me ha abandonado. Bianca debió oir mis gritos, los golpes que me descargaba Orsino. Debió oir como crugian mis huesos, como mi voz

pedia gracia al asesino, á su padre; y ella, á quien tanto amé, no vino á socorrerme. Ni una súplica tan solo á favor de aquel á quien jurara un cariño eterno. ¡Oh rabia de infierno!... gritó rechinando los dientes. ¡Maldita sea!... Estoy resuelto: cuantos hay que han *tomado la montaña* con menos motivos que yo. ¡Vamos, Fabio! dijo algunos momentos despues con el corazon lleno de angustia y con los ojos llenos de lágrimas ardientes, la suerte está echada. ¡Hazte bandido!»

Habia andado como unas dos horas, cuando encontró un pastor que le indicó el camino de Cisterna. Despues de algunas horas mas de marcha fatigosa, el jóven llegó al pié del monte Artemisio donde fué detenido por un campesino armado.

—¡Alto! le dijo; si das un paso mas te meteré un par de balas en el cráneo. Échate boca abajo que tenemos que hablar.»

A esta intimacion Fabio se tendió cuan largo era sobre la yerba aguardando á que el bandido empezára su interrogatorio. Un hombre echado en esta posicion no puede huir ni defenderse.

—¿Quién eres? le preguntó el bandido.

—Me llamo Fabio y soy de Sermonetto.

—¿Qué buscas por aquí á esta hora?

—Deseo hablar á Tremendo.

—¿Para qué?

—Quiero decírselo á él mismo.

—¡Cuerpo de Cristo! si llegas á ser algun espía te vas á ver convertido en morcillas. Estáte quieto como si estuvieses pegado al suelo. Si el rocío te molesta, cambia de posicion, pero no te levantes. Dentro de diez minutos te traeré la contestacion del comandante; si estimas tu pellejo no intentes marcharte.»

Tremendo habia acampado con su partida en unas asperezas inaccesibles llenas de cavernas, matorrales y desfiladeros; aquel punto era para él una especie de fortaleza inespugnable.

El bandido volvió á los pocos instantes, y dijo á Fabio que le siguiera.

—Si no tienes los colmillos de un jabalí, las uñas de un buitre y la ligereza de una ardilla no llegarás hasta aquel picacho, le dijo el bandido señalándole con el dedo la cúspide de unos peñascos cortados á pico.»

Fabio retrocedió espantado al ver las dificultades que debía vencer para subir tan alto sin sufrir el vértigo; el ex-mayordomo hizo un gesto que parecia decir: «renuncio á tamaña ascension.»

—No lo creas, dijo el bandido adivinando su pensamiento. No, señor mio; cuando se ha llegado hasta aquí no se retrocede. ¿Ves ese cuadrito de terreno de la izquierda?

—Sí, ¿y qué?

—¿Y qué? ¿No me comprendes? Es el cementerio de los que han muerto subiendo ó bajando por el camino que conduce á nuestra morada. Y para no mentir debo añadirte que algunos de los que allí descansan—Dios los tenga en gloria, añadió quitándose su sombrero grasiento—les quité el miedo que les causaba esta caminata con mi certera carabina.

Por eso te aconsejo que emprendas la ascension. Tienes tres probabilidades sobre veinte de llegar arriba, mientras que si me obligas á hacer uso de mi carabina no tienes ninguna á menos que seas brujo ó el diablo en persona.»

Lo primero que se le ocurrió á Fabio fué arrojarle sobre su interlocutor, ahogarlo y echar despues á correr. Pero la carabina, que el bandido habia preparado para no perder tiempo, le impuso cierto respeto y optó por la ascension. Haciendo de tripas corazon, Fabio contestó al guia:

—Tengo la vista buena, el pié ligero y la voluntad firme; con que, no os tomeis la molestia de hacerme miedo. Andando y guiadme.

—Dices bien; pero cuidado donde pones el pié.

—No temais, dijo el ex-mayordomo, añadiendo por lo bajo, si el pié me falta, rodarás conmigo, tunante.»

El bandido empezó á subir por la escarpada cuesta, trepando á veces á gatas y agarrándose otras á las matas. Entretanto el guia contaba á Fabio de la manera como el último hombre enterrado en el cementerio habia caido de peñasco en peñasco hasta que se empaló en una de las ramas de una enorme encina.

El jóven seguia paso á paso al bandido decidido á agarrarse á él en el momento que empezaran á faltarle las fuerzas. Al cabo de un cuarto de hora de esfuerzos sobrehumanos, bañado en sudor y con

las manos ensangrentadas y el vestido hecho girones, Fabio puso el pié en la cúspide del peñasco.

No era este el único camino que conducia á la altura, pero los bandidos hacian subir por él á todo el que les inspiraba desconfianza; era una especie de prueba.

Los bandidos estaban casi todos reunidos debajo de una choza de ramaje apoyada en el tronco de un abeto colosal que la protegía con su sombra. Aquellos hombres feroces estaban divididos en distintos grupos, jugando ó hablando y algunos durmiendo. En un rincón habia cuatro ó cinco pellejos de vino y otras provisiones, y fuera de la choza apacentaban tranquilamente algunas docenas de cabras y carneros robados en las alquerías del llano. El traje de aquellos hombres era á corta diferencia el que usan todos los bandidos italianos.

Tremendo, el jefe de la partida, cuya autoridad en aquellos sitios era absoluta, contemplaba una disputada partida de damas que jugaban dos bandidos rodeados de otros mirones. El aspecto de Tremendo revelaba la fuerza, la astucia y el valor. Este célebre bandido era el terror de los habitantes de los Estados Pontificios, como lo habia sido poco antes de los del norte de Nápoles.

La llegada de Fabio escitó la curiosidad de aquella gente y todos se pusieron de pié, escepto Tremendo, cuya mirada escudriñadora trató de leer en el fondo del forastero.

Fabio sostuvo con bastante serenidad el exámen del jefe.

—¿Qué se te ofrece, amable jóven? dijo Tremendo con esa franca familiaridad que los bandidos de los Abruzzos mezclan á su crueldad.

—Quiero alistarme en vuestra partida para que me ayudeis á vengarme.

—¡Hola! ¿qué has hecho para merecer este honor? ¿Has derrotado alguna compañía de bárbaros?—austriacos.—¿Has dispersado la escolta del rey de Nápoles y robado á Su Majestad en persona? ¿Has cortado las comunicaciones entre Roma y Nápoles? ¿Has cogido prisioneros algunos oficiales franceses?» Tremendo aludia con esto á algunas de sus numerosas proezas.

—Nada he hecho de todo eso, pero pienso hacer mucho mas, contestó Fabio con una energía concentrada.

—¡Eres tan presuntuoso como un Borgia! Pues bien, habla, y habla aprisa, y sé mas breve que el mas breve de los breves del Padre Santo, añadió el bandido riendo de su juego de palabras.»

Fabio le contó en pocas palabras su historia con toda la elocuencia que le inspiraba su rencor, y terminó diciendo:

—Quiero matar al padre, á la hija, al yerno, y para conseguirlo esterminaria medio reino si fuese necesario.

—No pido tanto dijo Tremendo á Fabio. ¿Juras por la Madona no hacer traicion á tus compañeros?

—Cuando uno quiere vengarse no piensa en traiciones.

—Está bien; pero acuérdate que si faltases á tu juramento no te escaparías de nuestra venganza. En la primera campaña que emprendamos veremos como te conduces y si eres digno de ser de los nuestros. Despues de la primera prueba trataremos de tu venganza.»

Uno de los bandidos entregó á Tremendo una botellita de vino de Orvietto; el jefe bebió la mitad y alargándola despues á Fabio le dijo:

—Ahora tú.»

Fabio apuró el resto de un trago.

—Hemos bebido en la misma copa, añadió el jefe; ahora dame tu mano.»

Fabio se la tendió.

—¿Cómo te llamas?

—Gasparo Fabio.

—Gasparo...! Es el nombre de uno de mis valientes muerto á manos de los dragones. Si tu eres tan bravo y tan astuto como él mi partida nada habrá perdido.

—Tal vez haré mas que él y mas que...»

Tremendo observó la vacilacion de Fabio y le dijo:

—Habla sin miedo; mis oidos están acostumbrados á todo.

—¡Pues bien! tal vez haré mas que vos.

—Bien dicho. Me gusta esta presuncion, porque me prueba que eres digno de estar entre nosotros.

—He sufrido torturas inauditas: ¡quiero vengarme!

—Gasparo, contestó entónces Tremendo en tonò solemne. Te admito ahora mismo en la partida si juras tres veces por esta Madona

que no harás traición á tus compañeros y que ejecutarás ciegamente las órdenes de tu jefe.

—¡Lo juro, lo juro, lo juro!

—¡Bien, muchacho, eres de los nuestros!»

El mayordomo se transforma en el bandido Gasparo.—Los bandidos y la Madona de Olivano.

Terminada la recepcion de Gasparo los bandidos se sentaron en torno de una gran piedra que les servia de mesa. Tremendo tenia á su izquierda una jóven de veinte á veinte y dos años cuyo bello semblante, aunque tostado por el sol, formaba un notable contraste con las fisonomías feroces y pronunciadas de los bandidos. Gasparo se sentó á su derecha. Tremendo se mostraba sumamente amable con aquella jóven y al ver que esto llamaba la atencion de Gasparo le dijo á media voz y con una sonrisa irónica:

—Es una encantadora prisionera de quien el capitan desearia hacerse amar, pero eso es mas dificil que robar á un general en medio de su ejército.»

Despues de la comida se encendieron las pipas, la conversacion se hizo general y á fuerza de hablar y beber los bandidos acabaron por gritar y alborotar. Tremendo tuvo que dirigirles dos ó tres «¡hola!» aterradores, hasta que el bullicio y el desórden, tomando un viso de insubordinacion, obligó al jefe á echar mano de la carabina para hacerse obedecer.

—Eres bien poco tolerante para con tus amigos: observó un bandido

—¡Silencio! gritó Tremendo, soltando un par de juramentos terribles, ó levanto la tapa de los sesos al primero que oiga.»

Tremendo volvió á sentarse al lado de la jóven; los bandidos creyeron imprudente hacer estallar la cólera de su jefe y al poco rato se restableció el órden entre aquella estraña reunion.

El entrecejo de Tremendo se fué desarrugando poco á poco gracias á la presencia de la jóven á quien queria parecer amable. El jefe llamó despues á uno de los suyos.

—Alegro, le dijo.

—Señor.

—Trae la guitarra.»

Alegro era el individuo mas hábil y el mas divertido cantante de la partida, y por eso le habian puesto aquel apodo. Este bandido presentaba un tipo especial; era una especie de retrato de D. Quijote. Aunque no le sobraba el valor, sus compañeros le perdonaban este defecto en gracia de sus gorgeos y de los terribles cuentos que sabia. Cuando cantaba hacia unos visajes tan grotescos que escitaban la risa en los hombres mas taciturnos.

—*Mio padrone*, dijo Alegre, quereis un canto de amor para la bellísima señorita?

—Nó; contestó la jóven; quiero una cancion alegre para divertir á esos señores.

—*Tropo felice* de obedecer vuestras órdenes, señorita, dijo el Orfeo dando á su voz toda la suavidad posible. Voy á cantaros el vino de los escelentes padres capuchinos.»

La cancion escitó en efecto la risa de los oyentes. Alegre se puso despues á contar cuentos hasta que observó que la mayor parte del auditorio roncaba estrepitosamente.

Todo el tiempo que duró esta fiesta, Gasparo se mantuvo alejado de la reunion entregado á las mas sombrías reflexiones. Su corazon era presa de un combate terrible. Se habia asociado á unos hombres manchados de sangre y de crímenes para que le ayudasen á llevar á efecto sus proyectos; conocia que despues de satisfecha su venganza no habia ya medio de separarse de aquella gente y que debia pertenecerles por toda su vida. Su posicion parecia muy odiosa y se preguntaba si haria bien en abandonar su temeraria empresa.

—¡Bah! se dijo, acompañando su pensamiento con un movimiento enérgico del brazo, ¡bah! La suerte está echada. Ya estoy aquí y aquí permaneceré. Hé ahí á lo que me habrá conducido una pasion profunda por una mujer indigna y coqueta. ¡Qué mis crímenes caigan sobre su cabeza!»

A pesar de la jóven que ocupaba muchos de sus ratos, Tremendo no habia descuidado la vigilancia activa á la cual debiera en gran parte su nombramiento de jefe, así es que pudo observar la tristeza y el aire meditabundo del recluta. Adivinando la causa de su tris-

teza acercose á él, y dándole un golpecito en el hombro le dijo:

—¿En qué piensas, Gasparo?

—En mi venganza, dijo el jóven levantándose con precipitacion. Se acerca la hora y deseo dar cuenta lo mas pronto posible de aquel hombre. Conozco los negocios de mi antiguo amo, las fechas de sus cobros, y creo que empezando á poner en planta esta misma noche mis proyectos es muy posible atrapar sus saquitos de escudos.

—¿Con qué es rico y avaro el buen hombre?

—Como un cardenal.

—¿Cuántos hombres necesitas?

—¡Cinco! Mientras que yo ajustaré mis cuentas con el viejo, los vuestros registrarán las arcas y los cajones.

—¿Quién hay que sea tan rico en Castel-Madama?

—No es en Castel-Madama, sino en la aldea de Olivano.

—¡A Olivano! exclamó Tremendo estupefacto y contemplando á Gasparo para asegurarse de que estaba en su cabal juicio.

—¿Por qué me mirais con esos ojos tan azorados?

—¿Sabes que miro, miserable...? que eres un traidor ó un idiota, respondió Tremendo con voz de trueno.

—¿Qué sucede? replicó Fabio sorprendido á su vez de la repentina cólera del jefe.

—¿Es la Madona de Olivano esa jóven de quien hablabas?

—La misma.

—¡Pobrecita! ¡asesinar á una santa y matar tambien á su padre...! dijo Tremendo, cuyos ojos chispeaban de corage. ¡Y vienes á proponerme que te ayude á cometer un crimen abominable... malo! ¡quieres poner tu mano sacrilega sobre una criatura que nosotros respetamos como á la verdadera Madona!»

Tremendo, llamando á grandes voces á sus compañeros, les dijo:

—¿Sabeis lo que me propone este pájaro? Ni mas ni menos que matar á la Madona de Olivano.

—¡La Madona de Olivano! repitieron los bandidos retrocediendo horrorizados, como si hubiese caído un rayo en medio de ellos.

—Es necesario clavarlo en un poste como á un murciélago, dijo uno.

—No, que muera apedreado, exclamó otro.

—Mejor sería que lo asásemos como á San Lorenzo.

—Sino se tratase mas que de matar al ex-bandido de su padre, que es brujo y que se ha enriquecido haciendo de usurero, repuso Tremendo, pase. Pero á ella ¡la pobrecita! ¡una muchacha que podría ser canonizada en vida como Santa Rosa de Viterbo...! ¡Bah! mereces que te mate. ¿Qué os parece muchachos?»

Mientras continuaba esta discusion, Gasparo pensó por centésima vez que mejor hubiera sido que ejecutase por sí solo sus proyectos de venganza. Pero ¿cómo salir ahora de allí?

Tremendo, impacientado con el silencio del jóven le dijo con voz de trueno:

—¿Se te ha paralizado la lengua, traidor? ¿no nos has oído?

—Perfectamente, contestó Gasparo con acento irónico. Veo que esos buenos amigos tienen unos escrúpulos...

—¿Te burlas de nosotros, miserable?

—Dios me libre de tal cosa. Además, no tengo ganas de reir ni he venido aquí para eso; pero me sorprende de la manera que juzgais las cosas, y veo que me condenais por una preocupacion; desechais mi proposicion y mi idea antes de oirme. ¡Vamos, sois unos pobres diablos!»

Al oir este apóstrofe los bandidos se miraron los unos á los otros asombrados de la audacia del recluta.

—Tienes razon, dijo Tremendo: habla y oiremos tus razones.»

Desengañado respecto á la acogida que mereciera su proposicion, Gasparo no supo al principio que responder. Conducido en medio de los bandidos por un sentimiento terrible de ódio, creyó encontrar en ellos instrumentos dóciles, auxiliares dispuestos para todo crimen. Gasparo se habia equivocado completamente y sus proyectos tomaban por el contrario, un giro peligroso para él. El jóven adivinó que estaba perdido sino destruia el prestigio que Bianca debía á sus sentimientos caritativos y á su carácter angelical. Su ira le habia hecho olvidar todo esto; ahora comprendia que haber meditado la pérdida de la familia de Bianca, el saqueo de su casa, su muerte, en fin, era á los ojos de aquellos hombres un crimen imperdonable. Gasparo maldijo el momento en que concibió el pensamiento de hacerse bandido y de buscar cómplices para realizar su venganza.

—Merece ser desollado vivo, ó empalado exclamaron á la vez algunos bandidos.

—Perdonad, señor Tremendo, dijo Gasparo con voz resuelta y acentuando mucho sus palabras. Pienso en la proposicion que acaban de hacer estos señores, y pienso que seria mas delicioso, si ser empalado ó desollado.

—Esplicáte pronto, repuso el jefe á quien calmaba algun tanto la ironía de Gasparo.

—Sabeis ya mi historia con Bianca, su coquetería y su traicion. Juro por todos los Santos del Paraiso que respeté siempre á esa jóven como á una santa, y sin embargo, esa santa ha sido perjura, añadió Gasparo con ironía.

El perjurio es el delito mas atroz que puede cometer una mujer á los ojos de los bandidos italianos. Y es que la mayor parte de ellos han tenido que tomar la montaña por un crimen análogo al que Gasparo se proponia perpetrar. Despues de estas palabras la partida de Tremendo demostró intenciones menos hostiles.

—Hablas como un San Juan, y tienes un verdadero pico de oro, repuso Tremendo. Te dejó moler á palos y fué perjura; estas dos cosas pueden admitirse como circunstancias atenuantes y te valdrán indulgencias en el tribunal de Satanás.

—¡Perjura! eso puede disimularse todavía; ¿qué mujer no lo es? Pero preferir á otro porque era rico, y despreciarme porque soy pobre... es una accion infame!

—¡Tiene razon! dijeron algunos bandidos.»

Tremendo hizo un movimiento afirmativo con la cabeza.

—Y si yo no supiese positivamente que la Madona de Olivano, á quien respetais como á una santa, no es tan ingrata para con vosotros como lo ha sido conmigo, ¿creeis que hubiera sido tan estúpido para venir á meterme entre vosotros? Cuando sepais la verdad de todo os entregaré mi cuerpo para que hagais de él lo que os dé la gana.

Sí, sois unos necios. Protegeis á una mujer á quien he oido mil veces espresar el santo deseo de veros ahorcar á todos juntos.

—¡La vívora! exclamaron los bandidos,

—Respetábais la casa y las riquezas de su padre, que abrigaba

respecto de vosotros deseos tan inocentes como los de su hija. Respetábais á ese primo, á ese abogado que anhelaba formar el proceso que debía llevaros á la horca.

—¡Qué horror! murmuraron los bandidos.

—¡Eso desean! dijo Tremendo rugiendo de cólera. Cuenta con nosotros muchacho. ¿Y quién es ese primo infame que desearia llevarnos á la horca?

—Es un pariente del general Manhés.»

El general Manhés era el terror de los bandidos.

Gasparo habia arreglado hábilmente su peroracion, pronunciando el apellido de este general tan temido de los bandidos italianos. La mentira de Gasparo tenia por objeto exasperar á Tremendo, pues Ulises no era poco ni mucho pariente del general.

Al oír este nombre, que cayó como una bomba en medio de los bandidos, Tremendo se puso en pié de un salto y cogiendo la mano de Gasparo le dijo:

—Te abandonamos al yerno, al padre, á esa Madona de los diablos y á toda la casa; mata y quémalo todo. Puedes contar con nosotros: te ayudaremos. Vistrijelli y Colpalocchio te seguirán con seis hombres, y si se te escapa ese abogado infernal iré á buscarle á Roma para tener el gusto de ahorcarle en la encina mas corpulenta de la comarca.

Todos los bandidos aplaudieron la resolucion de Tremendo y acordose que al anoecer del dia siguiente se verificaria la expedicion contra la aldea de Olivano para hacer un auto de fé con la familia de Orsino.

La visita á la aldea de Olivano.—Una vacante y una eleccion.—Una expedicion misteriosa.

Al dia siguiente de la recepcion de Gasparo, dia fijado para la expedicion contra Olivano, el tiempo, que se manifestára hasta las dos bonancible y despejado, empezó á dar visos de declararse en tempestad. Cubriose el cielo de nubes cenicientas y oíase á lo léjos el sordo ruido del trueno. La noche se presentaba amenazadora. Sea que la atmósfera cargada de electricidad hubiese influido sobre el

temperamento escesivamente nervioso de Gasparo, sea que le hubiese abandonado en parte la irritacion del dia anterior, el jóven parecia inquieto y agitado. Los bandidos observaron que vacilaba. Tremendo mandó traer unas botellas de vino de Orvietto y de Montefiascone; los vaporcillos del vino restituyeron á Gasparo su energía y su audacia, y hasta hicieron enmudecer los gritos de su conciencia.

Los bandidos no querian dejar pasar una ocasion tan buena para dar un golpe maestro y le apuraban para que se pusiera en marcha.

La noche era bastante oscura y atravesaban el firmamento enormes nubes negras y pardas detrás de las cuales desaparecia la luna á cada momento. Los relámpagos se sucedian con frecuencia y el viento empezaba á chillar detenido por los árboles. Todo era á propósito para el éxito de una expedicion del género de la que emprendieran los bandidos. Cuando el grupo se acercó al camino que conducia á la aldea y empezaron á dibujarse en el horizonte las negruzcas murallas de Olivano, Gasparo sintió cierto desfallecimiento en el corazon y su locuacidad desapareció para pronunciar solamente alguna que otra palabra lenta, articulada con voz temblorosa. Poco á poco Gasparo concluyó por quedarse silencioso y meditabundo.

—Si ese bribon de Orsino está en la aldea, pensaba el bandido, es necesario tener en cuenta que es fuerte como un toro. Esto le traia á la memoria el dia de la boda y su larga permanencia en la enfermería del convento.

—¿Me parece que tienes miedo? dijo un bandido á Gasparo.»

Estas palabras restituyeron al ex-mayordomo el sentimiento del ódio, pronto á huir de su corazon, y contestó á su compañero:

—No tengo miedo; lo que tengo es que ese pícaro viento me hiela los huesos. Ahora verás si Gasparo sabe vengarse.»

Los bandidos acababan de llegar á la puerta de la aldea. Gasparo llamó y se puso detrás de sus compañeros para que no le viesen las gentes de la casa.

En aquel momento los criados de la aldea estaban cenando y Orsino mismo fué el que abrió la puerta.

A la vista de aquellos hombres, el propietario comprendió sus

intenciones, pero tuvo la suficiente serenidad para hacerse pasar por criado de la casa.

—Entrad, señores, y os calentareis un rato. Voy corriendo á llamar á mi amo que está en la cuadra.» Al decir estas palabras, Orsino se retiraba precipitadamente para no ser conocido.

El labrador se escurrió por una ventana que daba á un patio y de allí pasó á un cercado, cuya pared escaló de un salto, y encontróse libre en el campo. Orsino corrió la mayor parte de la noche, llegando á Tívoli bañado en sudor despues de una carrera de cuatro horas. El propietario ignoraba que Gasparo fuese de la partida.

En tanto que Orsino atravesaba como un gamo la distancia que le separaba de Tívoli, los bandidos saqueaban su hacienda en la que solo encontraron sacos vacíos. En cambio la bodega y la despensa del propietario estaban abundantemente provistas; los invasores se prepararon una cena opípara en tanto que Gasparo registraba en vano todos los rincones de la casa.

No pudiendo habérselas con el dueño, los bandidos atropellaron á los criados.

Una de las criadas que habia manifestado siempre cierta predileccion al mayordomo, le dió todas las noticias necesarias para que pudiese un día realizar su venganza. Gasparo supo por ella que toda la familia habia abandonado la aldea para retirarse á Roma y que Orsino habia vuelto á la hacienda para ajustar cuentas con los labradores que le vendian sus frutos. Las cuentas estaban ya corrientes y era probable que con el susto de aquella noche el propietario no volvería á poner los piés en la hacienda.

Al dia siguiente, para indemnizarse del fiasco hecho en la aldea de Olivano, Tremendo escogió ocho hombres para detener el correo que conducia á Roma una cantidad bastante grande de dinero. Gasparo, deseoso de acreditarse, pidió formar tambien parte de la expedicion. Los bandidos se emboscaron en el punto mas á propósito para dar el golpe. Al presentarse el correo, un tiro derribó al conductor y otro uno de los caballos. Los bandidos asesinaron á los gendarmes que escoltaban el coche y solo perdonaron al postillon. La victoria fué fácil, pero Tremendo no pudo disfrutar de ella porque en medio de la refriega un tiro misterioso puso fin á su exis-

tencia. Los ocho hombres de Tremendo regresaron al campamento llevando un rico botín, y aquella misma noche la partida eligió por jefe al ambicioso Gasparo.

Pocas noches despues del suceso que acabamos de referir, tres hombres vestidos con el traje del país marchaban desde el amanecer siguiendo el valle de Poli y de Palestina, por cuyo fondo corren en forma de torrente las aguas que se precipitan de lo alto de las montañas para pagar tributo al Anio cerca de Ponte-Lucano. Los misteriosos caminantes dejaron á Poli á la derecha, y despues de una marcha de dos millas por un sendero pedregoso y estrecho que les obligaba á ir uno detrás de otro, los tres hombres pasaron por el pié de las ruinas del palacio de la Catena que perteneció en otro tiempo á los Cæsarini. En este sitio es donde empieza esa soberbia campiña de Roma cubierta por do quier de monumentos y de sorprendentes ruinas.

Llegados al fondo de este camino, los tres viajeros siguieron á lo largo de los muros de Prenesta, atravesando al poco rato lo que los romanos llaman el campo de Orazio, despues el campo de Pyrrhus, y finalmente la llanura de las Hernicas entre las montañas de Alba y los Apeninos.

Gasparo, como si le empujára la mano de un genio infernal, marchaba con paso veloz delante de sus compañeros quienes hacian todos los esfuerzos posibles por no quedarse atrás. Hacia ya cuatro horas que continuaba esta carrera desesperada á través de senderos escabrosos, de matorrales y ruinas, cuando los tres hombres se detuvieron en una colina que dominaba la ciudad de Roma. Como se habia hecho ya de dia, los bandidos, para evitar las miradas curiosas de los vecinos del pueblecillo de San-Vetturino y para precaverse al mismo tiempo de los rayos del sol, se refugiaron en las ruinas de la antigua *Æsula* á corta distancia de aquel lugar.

Al anochecer Gasparo y sus compañeros volvieron á ponerse en marcha siguiendo el camino mas corto y estraviado para llegar á Roma. Despues de atravesar mil ruinas célebres, testimonios de la antigua grandeza pagana, á eso de las diez de la noche entraron en Roma por la puerta de San Lorenzo, siguiendo la muralla en direccion de San Juan de Latran hácia el Coliseo. La campana del Ca-

pitolio daba las doce cuando los tres bandidos cruzaron por el arco de Tito para entrar en el Campo-Vacchino en donde descansaron un rato ocultos entre una multitud de carros allí detenidos, cuyos dueños aguardaban que se abriese el mercado de la plaza Navona.

A la una los tres viajeros tomaron por la derecha de las prisiones Mamertimas perdiéndose en el laberinto de calles de este barrio, el mas antiguo de la Ciudad Eterna.

Llegados enfrente de la penúltima casa, cerca de la iglesia de la Trinidad-del-Monte, los bandidos se detuvieron desapareciendo en seguida por la claraboya de una bodega.

Algunos momentos despues los tres bandidos subian al primer piso de la casa, sin que los moradores hubiesen oido el menor ruido, y penetraban en un cuarto en el que habia un hombre algo anciano que dormia profundamente; este hombre era el dueño de la hacienda de Olivano. Orsino abrió los ojos, y cuando al verse sorprendido de aquella manera trató de levantarse para pedir socorro, los bandidos se precipitaron sobre él, le pusieron una mordaza y le ataron de piés y manos.

—Si das un grito, dijo en voz baja Gasparo, te degüello.»

Acercando en seguida una luz, el bandido dijo á Orsino:

—¡Mírame! ¿me conoces? ¡Ah! ¡no sabias que estuviera tan cerca de tí!

—¡Fabio! murmuró Orsino, dejando caer su cabeza sobre la almohada. El propietario no dió el mas pequeño grito, ni profirió una sola queja. Sus labios se movian como si orase: consideróse perdido.

—Pronto hará un año, le dijo Gasparo, que me rompistes un brazo y me retorcaste el cuerpo como si fuera un manajo de mimbres. Podria matarte como habia jurado hacerlo. Sin embargo, no quiero tu vida. Eres el padre de una mujer á quien amé hasta la idolatría, que correspondía á mi amor, y á quien me robaste desapiadadamente.»

El anciano hizo un movimiento como si se dispusiese á responder.

—¡Cállate, hijo de Satanás! dijo Gasparo con viveza rechinando los dientes y llevando instintivamente su mano al mango de un puñal que llevaba en el cinturón. Has dispuesto de la mano de tu hi-

ja contra su voluntad. Tal vez tu calidad de padre te autorizaba para hacer esto, añadió el bandido con una sonrisa satánica; pero lo que no podías hacer era tratarme como me trataste. Conoces la ley del Talion ¿no es verdad? Sabes que la sangre pide sangre. ¡Pues bien! lo que quiero es sangre por sangre, ojo por ojo, brazo por brazo.»

Al oír estas palabras el padre de Bianca, adivinando las intenciones del bandido, escondió sus brazos debajo del cuerpo para prevenirlos de una mutilación.

—Vamos, Gasparo, despachemos, dijo uno de sus compañeros.

—Espera un poco, dijo Gasparo cuyas ojos inyectados de sangre infundían terror á su antiguo amo; quiero llevarme el brazo que rompió el mío. La resistencia es inútil, Orsino; se hará como lo digo.»

Gasparo llevó á efecto aquella mutilación terrible. Después de registrar la casa, el jefe dijo á sus compañeros:

—¿Os engañaba cuando os decía que recogeríamos una abundante cosecha?»

Cuando se disponían á retirarse uno de los tres bandidos se detuvo.

—Aguardad un poco, dijo; en las empresas arriesgadas una imprudencia puede dar resultados muy funestos.»

El bandido retrocedió al decir esto al cuarto de Orsino y le dió de puñaladas en tanto que los otros empezaban á bajar la escalera.

—Acabo de despachar al viejo, dijo el bandido limpiando con los dedos la hoja del puñal. Ahora no perdamos tiempo; el aire de Roma huele á horca.»

Los tres bandidos atravesaron precipitadamente las calles de Roma, desiertas todavía, dirigiéndose hácia la puerta de S. Sebastián. Los dragones de guardia jugaban á los naipes delante de la puerta, incluso el centinela que había dejado el fusil arrimado dentro de la garita.

Las puertas estaban aun cerradas y hubiera sido imprudente pedir permiso para salir en una hora tan intempestiva. Gasparo y sus dos compañeros se resolvieron á bajar por la muralla al camino de ronda aun á riesgo de romperse los huesos.

Los tres bandidos se alejaban del teatro del crimen á toda prisa temerosos de que el día les sorprendiera en sus alrededores. Espliquemos ahora porque Orsino vivia solo en la capital y en la casa donde le alcanzára la venganza de su antiguo dependiente.

Despues del casamiento de Bianca, su padre no creyó prudente que los desposados permanecieran á su lado en la aldea, ni tampoco que se estableciesen en Roma.

—Mientras que Fabio no se haya curado completamente del castigo algun tanto fuerte que le di, no debo temer nada de él; pero luego que salga de la enfermería del convento, su primer pensamiento será vengarse y no será á mí á quien busque, porque tiene pruebas demasiado evidentes de la solidez de mis puños. El picaruelo es vengativo, es de Sermonetto y basta. ¿Por qué le recogieron los capuchinos? En cuanto á mí me convenia mas que muriese allí de rabieta como un perro. ¿Cómo sustraeré á estos dos muchachos á las pesquisas de ese tunante?»

Despues de algunos dias de reflexion el labrador recordó que en Albano habia una soberbia quinta amueblada que el propietario alquilaba por un precio muy razonable. Orsino montó á caballo y fué á Albano á alquilar la quinta en la cual instaló en seguida á los novios para que pasasen en ella la luna de miel. Una vez allí los desposados, Orsino hizo correr el rumor en Castel-Madama de que Bianca y Ulisses se habian establecido en Nápoles, y para dar mas visos de verdad á esta mentira se abstuvo completamente de visitarlos.

Bianca, como lo habia pensado su padre, tardó poco en olvidar á Fabio. Los jóvenes desposados vivian felices en la quinta de Albano, pero el otoño tocaba ya á su fin y el esposo de Bianca queria ir á Roma á donde le llamára su profesion de abogado, pues debia verse pronto en los tribunales una causa célebre que se le habia confiado y con la cual se proponia acreditarse. Los novios abandonaron pues la casa de Albano, y, por una coincidencia fatal, se dirigian á Roma por el mismo camino que seguian los tres bandidos que acababan de asesinar á su padre pocas horas antes.

Hacia una hora y media que Gasparo y sus compañeros andaban con toda la velocidad que presta el peligro cuando llegaron á un si-

tio donde el camino de Albano empalma con el de Roma. Los bandidos entraron en una hostería levantada allí para ofrecer un rato de descanso á los viajeros procedentes de ambas ciudades. Gasparo hizo sacar unas botellas de Orvietto y despues de echar algunos tragos continuaron su marcha.

Llegados al pié de los primeros viñedos de la costa de Albano dejaron el camino y tomaron por la izquierda, atravesando las plantaciones á fin de escapar mas fácilmente á la curiosidad de las gentes ó á la persecucion de los dragones si éstos habian tenido noticia del asesinato de Orsino.

Al cabo de media hora Gasparo y sus dos compañeros subian la larga y pesada colina en cuya cúspide está situada Albano cuando de pronto oyeron el ruido de un carruaje que bajaba la cuesta al paso. Los tres bandidos instintivamente se acercaron al camino ocultándose detrás de los setos de la orilla levantados para impedir la entrada de los transeuntes en las viñas; acurrucados en su escondrijo vieron venir una especie de carricoche tirado por un caballo vigoroso. Por aquella parte la campiña estaba completamente desierta; solamente se veian á lo lejos algunas casas de campo deshabitadas que asomaban sus techos de paja por entre las copas de los árboles.

Este camino solitario era siempre peligroso para los viajeros. Los correos del gobierno eran robados con frecuencia en aquel sitio á pesar de ir escoltados por gendarmes. En estos ataques los gendarmes eran degollados sin piedad en pleno dia, sin que los gritos de las víctimas fuesen oidos de nadie escepto de alguno que otro campesino de los que trabajaban por aquellas inmediaciones y que tenian poderosos motivos para hacer oidos de mercader.

Los campesinos italianos no quieren estar mal con los bandidos.

Dentro del carruaje venia una jóven sentada al lado de un caballero que guiaba por sí mismo el brioso animal; el caballo parecia impacientarse con aquella marcha tan lenta. Gasparo los conoció al instante: eran la ingrata Bianca y su esposo.

La casualidad venia esta vez á favorecer los deseos de venganza de Gasparo. En aquel instante la ira inspirada por los celos trastornó todas sus facultades.

—Dejad esta tarea para mí, dijo el bandido á sus dos compañeros. Esto me pertenece esclusivamente.»

Aquella mujer á la que tanto habia amado y á quien creia amar todavía, pero á la que atribuia todas sus desgracias; aquella mujer, jóven y bella, estaba delante de él sentada al lado de un hombre á quien parecia contemplar con ternura. En este momento cruzó por la mente de Gasparo con la velocidad del rayo la idea del asesinato. Oyóse una detonacion; el caballo, herido mortalmente, cayó haciendo volcar al mismo tiempo el carricoche, y los dos viajeros fueron rodando á un lado del camino. La jóven se quedó desmayada del susto ó del golpe y su marido se levantaba sin duda para socorrerla. Este no habia tenido todavía tiempo para ponerse en pié cuando una puñalada de Gasparo le dejó cadáver al lado de su esposa.—«Vete al infierno á abogar por tu suegro,» dijo el bandido furioso como un tigre.

Un instante despues Bianca recobró sus sentidos y se encontró cara á cara con el objeto de su primer amor. Esta aparicion inesperada fué para ella un golpe terrible.

—¡Perdon, exclamó Bianca, perdon, Fabio!

—¡Perdon, ingrata! ¿Me perdonó tu padre? ¿Tuviste tu compasion de mí, Bianca, despues de haber encendido en mi corazon la llama del amor? ¿Te has acordado de tus juramentos? ¡Ah! me pides perdon, exclamó Gasparo fuera de sí; mira á tu marido á quien acabo de hundir este puñal en el corazon, este puñal que se ha teñido esta misma noche con la sangre de tu padre. ¡Bianca... maldita seas!!!

—¡Fabio! ¡Fabio!

—Fabio no existe ya para tí. Fabio se ha hecho bandido y asesino para vengarse. Fabio ha huido á la montaña. Encomienda tu alma á Dios. ¡He jurado esterminar á tu familia!»

Bianca, suplicante y con el llanto de la desesperacion, se esforzó en vano para ablandar al asesino de su esposo y de su padre.

—¡Perdon, Fabio! Despues, como inspirada por un pensamiento que creyó debia salvarla, exclamó. ¿Te atreverias á asesinar á una mujer en cinta?»

Al oír estas palabras, Gasparo dejó escapar un rugido y hundió

el puñal en la garganta de Bianca. El golpe fué tan violento que casi le separó la cabeza del cuerpo.

Esta escena duró solamente algunos minutos.

Sin cuidarse mas de sus víctimas ni de lo que podia contener el carricoche, los bandidos se internaron en las escabrosidades del país en direccion de Castel-Gandolfo.

Cuando estuvieron en parage seguro, los compañeros de Gasparo le felicitaron por su fuerza y su valor, y despues añadieron entre sí:

—Hará carrera.

—Maneja el puñal con tanta destreza como Tremendo.

Gasparo marchaba silencioso y miraba como un idiota. Su rostro estaba lívido.

Los bandidos trataban de separarse todo lo posible de la carretera. Habian andado ya mucho tiempo cuando llegó á sus oidos la campana de la capilla de Rocca-di-Papa. Gasparo se detuvo de repente como sujetado por un poder invisible.

—Dejadme, dijo á sus compañeros, aguardadme en aquella arboleda que allí iré á encontraros dentro de un rato.

—¿A donde quieres ir? le preguntaron los dos bandidos, inquietos al ver la lividez y la descomposicion del semblante de su compañero. ¿Olvidas que antes de cruzar el Montecavo y de llegar al pié del Artemissio pueden alcanzarnos los dragones del Papa?

—¡Qué me importan los dragones, dijo Gasparo con vehemencia; oigo gritos, tengo miedo de mi mismo... Siento necesidad de orar. voy á rezar por ella... por mi Bianchina, por mi estrella... añadió el bandido sollozando y estendiendo sus manos hácia Albano, como para recordar los crímenes que acababa de cometer, y en seguida desapareció en la espesura del bosque. Por espacio de algun tiempo sus compañeros oyeron como bajaba por la rápida pendiente de la otra parte del camino agarrándose á las matas para no despeñarse.

Los remordimientos acababan de hacerse lugar en el corazon de este hombre dominado hasta entonces por la ira y la sed de venganza. Lo que no pudieron lograr las súplicas de Orsino y de Bianca lo consiguió el simple sonido de una campana. El alma de Gasparo sintió el arrepentimiento y la necesidad de la penitencia.

El bandido se dirigió hácia la capilla edificada sobre una enorme peña desprendida de lo alto de la montaña y que la mano de la Providencia detuvo milagrosamente á diez pasos del pueblo que está debajo como para evitar su destruccion. Gasparo permaneció un buen rato arrodillado delante de la Virgen ofreciendole en *ex-voto* el puñal manchado todavía con la sangre de sus víctimas. El bandido concibió la idea de dirigirse al convento de Montecavo para entregarse á la penitencia y tomar el hábito de aquellos religiosos. Olvidado completamente de sus compañeros, Gasparo se puso en camino para realizar su último pensamiento.

El bandido llegó al convento cuyas puertas le abrió el portero y á petición suya le acompañó á la celda del superior. A la vista de aquel joven cubierto de polvo, manchado de sangre y con las piernas mojadas por el rocío, el superior adivinó desde luego de lo que se trataba. El anciano se apresuró á hacer observar al asesino que el convento no disfrutaba del derecho de asilo, que la policía pontificia le descubriría y estraeria de allí para entregarle á los tribunales. El superior le dijo que lo mejor que podia hacer era retirarse á los estados de Nápoles en donde la justicia no le pediría cuenta de los hechos cometidos en otro país.

—Allí como aquí, dijo el bandido con voz sombría, sería descubierto y se pediría mi estradicion. Ya que no podeis recibirme y salvar mi alma, lo mejor será que me vuelva á la montaña.»

Gasparó salió del convento maldiciendo á los religiosos y fuese en busca de sus compañeros á los que encontró en el mismo sitio tendidos tranquilamente sobre la yerba. Gasparo y los dos bandidos se pusieron en marcha á fin de ganar cuanto antes su segura guarida situada en una de las asperezas del monte Artemissio.

El cazador de bandidos.

Gasparo, bautizado al poco tiempo por los suyos con el diminutivo de Gasparone, reinó por espacio de quince años en las montañas que dominan el camino de las Lagunas Pontinas, y en las sumidades de los Abruzzos, siendo el terror de los habitantes de aquellas comarcas y desbaratando cuantas combinaciones hicieron los gen-

darmes napolitanos y los dragones pontificios para apoderarse de su persona y destruir su partida. Los golpes de audacia de Gasparone durante esos quince años formarían una historia voluminosa llena de empresas fabulosas, de hechos increíbles. Sin embargo, Gasparone tuvo noticia de un suceso que sembró la inquietud en su ánimo, mientras que por otra parte el mismo suceso había llevado la tranquilidad al seno de muchas familias. Spatolino, otro jefe de bandidos casi tan célebre y audaz como Gasparone, fué entregado uno de aquellos días á los gendarmes napolitanos y ahorcado con la mayor parte de los individuos de su partida. Gasparone comprendió que esta vez tenía que habérselas con un enemigo capaz de medirse con él.

Era este hombre un antiguo juez de Larino que había jurado vengar á un hermano suyo, maestro de postas, que se había sacrificado inútilmente para libertar á su país del bandido Spatolino.

Este juez, cuyas proezas le valieron el apodo de *Cazador de bandidos*, ofreció apoderarse de Gasparone y éste, noticioso de los poco caritativos deseos del juez, encomendó á su partida una gran vigilancia y mucha circunspeccion.

—Me he escapado de las uñas del gobernador de Roma, decía Gasparone á su partida formada para oír su recomendacion; me he burlado de los dragones del Papa y de los gendarmes del rey de Nápoles; pero hoy, hijos míos, tenemos que habérnoslas con un hombre que abriga contra mí un proyecto de venganza terrible; es preciso desconfiar de ese juez maldito y le temo mas á él solo que á todo el ejército napolitano. Por consiguiente, de hoy en adelante, nada de escapatorias, no emprendais nada sin mi consentimiento. *Trabajemos poco, pero con seguridad, no detengamos las diligencias sino para hacer un buen negocio, y no nos espongamos por fruslerías.*»

Por espacio de mucho tiempo todo se hizo como había dispuesto Gasparone y este jefe solo aparecía en los caminos para hacer alguna presa rica y muy estudiada.

Todos los años, á principios del invierno, llegan á Italia de todos los países del mundo gran número de extranjeros que van allí para disfrutar de las delicias de un clima suave y de un cielo despejado, ó para admirar las soberbias ruinas que hablan al viajero de la grandeza y del genio inimitable de los hombres de los siglos pasados.

Muchos de estos extranjeros se establecen en Nápoles donde permanecen hasta que la celebridad de las fiestas del carnaval les llama á la ciudad de Roma. Otros, por el contrario, abandonan la Ciudad Eterna despues de estas fiestas y no vuelven á ella hasta la temporada precisa de asistir á las pomposas ceremonias pontificales de la Semana Santa.

En esta época, es decir, á últimos de la cuaresma, se encontraba en Nápoles una familia francesa muy opulenta, el duque de..... par de Francia, y su esposa. El duque era un hombre de cuarenta y cinco años, cuyo cabello empezaba ya á encanecer. Su esposa era una jóven lindísima. El duque y la duquesa viajaban como acostumbraban á viajar los grandes señores.

La duquesa, señora muy prudente, habia llevado consigo sus mejores alhajas las cuales guardaba en una caja misteriosa que representaba un valor inmenso.

Como esposa de un par de Francia, la duquesa fué convidada á algunas fiestas de la corte, y se presentó en ellas deslumbrante con tanta pedrería. En Italia se hace gran caso de todo lo que brilla. Para las gentes del pueblo la riqueza es el primero de los méritos. No es raro encontrar en el reino de Nápoles personas ancianas que no han visto en toda su vida un ducado. En el cerebro de unos hombres inclinados por naturaleza á hacerse bandidos la aparicion repentina del oro produce un efecto peligroso. La miseria es muy mala consejera, y nada tiene de particular que haya existido siempre el bandolerismo en un país donde gran número de jóvenes robustos, vivos y ágiles, no tienen otro oficio que invadir las puertas de las fondas y esperar la limosna que pone en su mano el extranjero á quien asedian y con la cual pasan el resto del dia.

Entre esos pobres diablos habia uno que no habia podido mirar sin conmoverse profundamente tantos diamantes sobre un vestido, y un vestido tan rico sobre una criatura humana. Aquel codicioso preguntó á sus compañeros, con aparente sencillez, si aquellas piedras convertidas en ducados no darian al que las encontrase, no importaría dónde, ó al que se apoderase de ellas, no importa cómo, una riqueza suficiente para vivir como un ciudadano honrado en el fondo de la Pulla ó de la Calabria, y pasar los últimos dias de su vida en un

contemplativo *farniente*. Cada noche aquel hombre repetía con ligeras variantes estas reflexiones provocadoras.

El duque y la duquesa, católicos fervientes, se disponían también para ir á pasar á Roma las fiestas de la Semana Santa. En el momento en que los duques iban á salir de la fonda, un palafrenero dijo algunas palabras al oído al postillon que se disponía ya á montar su caballo delantero. El postillon dirigió una mirada disimulada al interior de la berlina y con un imperceptible movimiento de cabeza dió á entender al otro que había comprendido. Al llegar á la parada, el postillon transmitió á su colega que iba á relevarle la confianza que recibiera al salir de Nápoles, el último la repitió al otro, y este al otro, de modo que el duque, sin saberlo, llevaba consigo la noticia de que viajaba con valores fabulosos. Antes de haber andado la mitad del camino las riquezas del duque habían aumentado tanto que se decía que poseía los diamantes de la corona. Así era como en los buenos tiempos de Gasparone sus emisarios le indicaban los grandes golpes.

A las cinco de la tarde la diligencia llegó á Mola, y los duques se aparearon en la única fonda *confortable* que hay en este pueblecillo, que puede considerarse como un arrabal de Gaeta.

La fonda estaba ocupada por una familia inglesa. Habiéndose cansado un día de andar por las sucias calles de Roma, el inglés tomó el camino de Nápoles. Gustaron tanto al jefe de la familia la cocina, los vinos y la posición de Mola, que hacía ya seis años que habitaba en una fonda en la cual se había propuesto pasar tan solo una noche.

Los viajeros ingleses no son amables ni buenos compañeros, y su amor á las comodidades les hace ser egoístas.

Todo el que ha viajado mucho sabe por experiencia que al llegar á una fonda si hay en la compañía una familia inglesa se instala en la mesa redonda primero que nadie, y coje los manjares como si diéramos al vuelo sin cuidarse de los demás. Arrebatarnos un plato es tarea algo difícil, y, cuando esto se ha logrado, el plato llega á nuestras manos manoseado, revuelto y despojado de todo lo mejor.

Gracias á la ocupación permanente de la familia británica no había en la fonda de la Mola mas pieza libre que el comedor. Sin em-

bargo, el dueño sirvió á los viajeros una buena comida. Reinaba entre los concurrentes una fraternal alegría, pero al poco rato se desencadenó sobre el pueblo una tempestad tan furiosa que influyó un poco en el buen humor de los viajeros.

—He ahí un tiempo magnífico para los bandidos, dijo uno de los presentes. El ruido de los truenos, dominando el de las escopetas, hace que nada tengan que temer de la curiosidad de los dragones del Papa ó de los gendarmes del rey de Nápoles.

—¡Bandidos! contestó otro; desde la ejecucion de Spatolino y de la sumision de Gasparone se encuentran menos bandidos de Nápoles á Roma, qué en los teatros del bulevar de París.

—No son tan raros como decís, observó un italiano que hablaba el francés con un acento tan puro como un parisien; además, se asegura que Gasparone se ha evadido de la fortaleza de Capua.

—Sentiria, dijo un doctor aleman riendo, verme privado del placer que me habia prometido de encontrar en una carretera, al menos por una vez, una cara patibularia, una de esas cabezas destinadas al cadalso, aun cuando no fuese sino para palpar el cráneo de un bandido de profesion y poder dar un mentis á las absurdas doctrinas de Gall y de Spurzheim y á las cincuenta y tres protuberancias que han inventado.

—Haceis mal en burlaros de una cosa que no comprendéis, dijo uno de los viajeros que habia estado callado hasta entonces.»

El doctor iba á entablar una acalorada discusion sobre el sistema de Gall con su interlocutor cuando un genovés hizo la proposicion siguiente:

—Puesto que se ha acordado que no saldremos de aquí hasta que haya cesado la tempestad, pasaríamos mejor el tiempo si cada uno de nosotros contase alguna historia de bandidos. Por mi parte estoy dispuesto á referiros una ocurrida en Méjico de cuyo país acabo de llegar.

—¡Bravo! es una idea escelente, si esas señoras no tienen reparo en ello.»

El genovés, ante una aprobacion tan unánime, empezó de esta manera.

—Nos encontrábamos en Méjico, ciudad magnífica y que el eu-

ropeo habitaria con gusto si los mejicanos no tuvieran la detestable costumbre de tirar de la navaja por un quítame allá esas pajas, cuando un amigo mio y yo tuvimos que disponernos á regresar á Europa á donde nos llamaban intereses de consideracion. A pesar de las advertencias que nos dieron todos nuestros amigos y conocidos, nos resolvimos á ir á Veracruz á caballo acompañados de tres criados. Habíamos salido muy temprano de la capital y habríamos andado como cosa de la mitad del camino cuando encontramos cinco viajeros cubiertos de polvo que parecian cazadores, pues todos llevaban la escopeta con el porta-fusil pasado por el hombro. Mi amigo me consultó con una mirada; pero como aquellos hombres iban vestidos muy decentemente los tomé por propietarios que se dirigian al pueblecillo inmediato. Pasados unos cinco minutos nos detuvimos para afirmar un poco las cargas que bailaban demasiado sobre los bastos de las mulas. Ibamos á empezar esta operacion cuando se acercaron á nosotros aquellos cinco hombres.

—Buenos días, señores, dijo uno de ellos.

—Buenos días, amigos, » contestó mi compañero Raul llevando al mismo tiempo la mano á su hongo. »

No bien hubo hecho el saludo cuando mi amigo se sintió el frio cañon de una pistola apoyado contra su sien, y casi al mismo tiempo me encontré tambien en una posicion análoga. Los otros tres bandidos cogieron las mulas por el ronzal conduciéndolas hácia una senda de travesía. Como los bandidos renegaban de los heréticos tomándonos sin duda por ingleses, Raul les dijo:

—Iros al diablo con vuestros heréticos; ¡somos mas católicos que vosotros!

—¡Ah! dijo el jefe de la pandilla, si sois buenos católicos es otra cosa. Venga pues la mano, amigo; os perdonamos la vida, pero es preciso que nos sigais á la montaña. »

Hubiera sido una grande imprudencia vacilar, mucho mas cuando estábamos desarmados. Así, pues, seguimos á los bandidos. Despues de unos tres cuartos de hora de marcha hicimos alto en un barranco en donde encontramos las mulas y á nuestros criados tendidos boca abajo. Los bandidos nos mandaron tomar tambien aquella posicion.

—Eso está de mas, les dijo mi amigo, cuando no tenemos armas.

—Es verdad, contestó el jefe.»

Los bandidos se pusieron á registrar nuestros equipajes y se apropiaron todo lo que encontraron de su gusto. Uno de ellos que se apoderó de mi reloj me preguntó si era bueno. Su primer pensamiento fué elegir entre los objetos que contenian los cofres, pero concluyeron por llevárselo todo.

—Al menos dejadnos una camisa á cada uno, les dijo Raul.

—No tendrás necesidad de ella, contestó el bandido.

—¿Qué quereis hacer con nosotros? exclamó mi amigo en tono colérico.

—Lo vas á saber muy pronto.

—Pues, mira, entre tanto échame la petaca que está en la faltriguera de ese paletó. Necesito fumar.»

El bandido, algun tanto sorprendido de aquella peticion, le tiró la petaca. El cigarro fué para nosotros un medio de entrar en relaciones un poco mas amistosas. El bandido nos dió fuego, y entonces Raul les dijo:

—Deberíais dejarnos las mulas para llegar á Veracruz.

—Concedido, dijo el bandido.

—Supongo que no os propondeis dejarnos sin una peseta, pues seria esponernos á morir de hambre y de sed con el calor que hace por estos campos desiertos; podeis fiar en unos caballeros como nosotros.

—¡Con mil diablos...! ¿Sabeis que teneis un carácter escelente? dijo el jefe.

—Así lo dicen en efecto, contestó Raul. He sido negrero y pirata y os lo hubiese probado si hubiera estado armado.

—Me parece que sois un poco fanfarron, dijo el bandido, arrojando al aire una bocanada de humo y jurando como un energúmeno. Es necesaria toda la confianza que me habeis inspirado para que me resuelva á dejaros en libertad.

—Gracias por la confianza, replicó Raul.

—Además, entre compañeros no debe temerse una traicion.

—¡Cuidado, amigo, he sido negrero, es verdad; pero no soy

salteador de caminos, y sabed que os proponais tratándome como compañero!

—¡Maldito! gritó el bandido; ¡me insultas sin considerar que tengo tu vida dentro del cañon de mi pistola! Pero, bien mirado, hablais como verdaderos hidalgos y vamos á trataros como lo que sois. Os dejaremos unos cuantos duros para llegar hasta Veracruz. Tomad, ahí van seis.

—¡Os burlais! ¡seis duros para cinco personas y los caballos! Lo menos que necesitamos son veinte; no es mucho pedir cuando nos habeis quitado cuatrocientos.»

El bandido dió los veinte duros despues de contarlos dos veces.

—¿Teneis miedo de equivocaros?

Asombrado el bandido al ver la sangre fria y la audacia de Raul, no supo qué contestarle, y mi amigo aprovechó este momento de turbacion para añadir:

—Dejadnos camisas y calcetines... ¡Ah! y algunos pañuelos, qué demonio, porque nos hacen falta.»

El jefe trajo todo lo que le habia pedido Raul, diciéndonos:

—Tomad el portante en seguida, sino quereis que se nos acabe la paciencia.»

El bandido se fué con sus compañeros dejándonos en el barranco desde donde tardamos cinco horas en llegar á Veracruz. Al entrar en la ciudad la primera persona con quien nos tropezamos fué el jefe que nos habia robado; vino á proponernos la compra de los efectos que no le servian, y cometimos la tontería de comprárselos para no faltar á la palabra de caballeros que le diéramos.

—Y bien, señores, ya veis que los bandidos no sen siempre tan malos como la gente los pinta,» dijo un viajero á quien llamaremos «el hombre de la barba» porque ignoramos su nombre.

—En Italia, prosiguió, los bandidos no matan sino para defenderse, así como por regla general ganan la montaña impulsados por las injusticias de los hombres y los enredos de las autoridades locales.»

El hombre de la barba era un campesino alto y vigoroso cuya fisonomía dura presentaba un contraste bastante notable con su voz á la que se esforzaba en dar un acento muy suave. Su cara angulosa

revelaba en él una naturaleza enérgica, en tanto que una barba larga y negra como el azabache daba á su semblante un aspecto varonil que no disgustaba. Finalmente, la sencillez de sus modales y su aire poco pretencioso podían hacerle pasar por un propietario de una regular posición.

Habia también entre los viajeros un anciano de poca estatura con un barrigón formidable. Su cabeza enorme solo dejaba ver un poco de cabello en la parte posterior, tan claro y blanco que se confundía con el color de la piel, así es que á primera vista su calvicie parecía completa. La falta absoluta de dientes unía de tal modo sus mandíbulas que la punta de la nariz se le juntaba casi con la barba, mientras que una abundante papada, tapándole enteramente el cuello, le daban un aspecto apoplético. Al primer golpe de vista aquel individuo inspiraba cierta repugnancia, de modo que hasta entonces apenas ninguno de los presentes había reparado en él. Sin embargo, después de haber escuchado con mucho silencio y paciencia la historia del genovés y las reflexiones del hombre de la barba el barrigudo anciano exclamó:

—Al oír hablar así, casi podría creerse que todos los malvados de las Lagunas Pontinas son proscritos ó víctimas de la policía napolitana ó pontificia. Señores, dijo dirigiéndose á los viajeros en general, si me lo permitís os contaré á mi vez la vida de algunos de los bandidos más célebres que han sembrado la ruina, la desolación y la muerte en estas comarcas. Si quereis prestarme unos momentos de atención os hablaré primeramente de los Gabrielli y después del terrible Spatolino.

—La historia de Spatolino no destruye lo que he dicho ahora mismo, replicó irónicamente el hombre de la barba; además, todos sabemos como se escriben las historias de esos pretendidos bandidos. Es necesario cubrirlos de sangre para justificar su muerte.

—¡Perdonad, amigo! exclamó el anciano, cuya fisonomía se animó de tal modo que revelaba en el corazón de aquel hombre obeso una energía y un vigor que nadie le hubiera supuesto. Por mi parte voy á referiros solamente lo que sé, lo que yo mismo he visto.»

La manera como se miraron los dos interlocutores llamó la atención de los oyentes. Parecía que iba á principiar una especie de lu-

cha entre aquellos dos hombres y todos se dispusieron á oír con un curioso interés la historia de Spatolino.

Al ver el modo de espresarse del hombre obeso, cualquiera hubiera podido tomarle por un traidor de comedia, por un personaje de una jovialidad bulliciosa y de una audacia atolondrada. Hablaba algunas veces en voz muy alta, otras gritaba ó gesticulaba mucho, y su palabra tomaba diferentes tonos para pintar mejor los incidentes de su narracion. De vez en cuando hacia tambien unas muecas muy espresivas y cómicas y reía á carcajadas cuando veía reír á los que le rodeaban.

El narrador se interrumpía á menudo para mirar de una manera provocadora al hombre de la barba, quien se reía tambien al oír la relacion del anciano y al ver sus exagerados visages; entonces éste le dirigía miradas amenazadoras preñadas de odio que no dejaban de ser imponentes á pesar de salir de las órbitas de un sexagenario. Es preciso advertir que los ojos negros y torvos del anciano conservaban todo el brillo y el fuego de la juventud.

«Hará como unos veinte años, dijo el anciano, que me encontraba de juez en Larino, en el reino de Nápoles. Hacia mucho tiempo que esta pequeña ciudad sufría extraordinariamente á causa de las devastaciones cometidas por los bandidos, sin que ninguno de los magistrados lograra nunca alejar de la comarca á aquellos hombres tan audaces como criminales. No se me ocultaba que era una empresa ardua limpiar el país de unos pícaros tan temibles.

»A los dos meses de haberme instalado en Larino una partida conocida en todo el reino por sus atrocidades vino á ponernos una especie de sitio. Reuní á toda prisa á los habitantes y los bandidos fueron rechazados con la pérdida de algunos hombres que prohibí enterrar para que fuesen pasto de los animales carnívoros.

»Estuve cavilando por espacio de ocho dias consecutivos á fin de discurrir un medio para desembarazarme de aquella gente, pero esto me era tanto mas difícil cuanto que no podía disponer de gendarmes ni soldados. Además, este medio hubiera sido demasiado vulgar y poco seguro.

»Convoqué á mi casa á los principales habitantes de la localidad y supe por ellos que la partida, mandada por un individuo de Ave-

llino, se componia de campesinos y que cuatro de ellos pertenecian á familias del distrito.

»Hice sondear por bajo mano las intenciones de los bandidos y les mandé hacer la promesa formal de que les dejaria ir á otra parte del reino, si querian dejar aquella vida, entregándoles además una cantidad crecida. Esto me dió resultados tan buenos que algunos de los bandidos, seducidos por mis promesas, sembraron la discordia en la partida. Hubo entre aquellos hombres peleas sangrientas; el jefe fué asesinado, y al poco tiempo quedaban tan solo de aquella fuerza cuatro individuos que se me presentaron para reclamar la cantidad ofrecida y un pasaporte para abandonar la provincia.

»Menos generoso que aquel caballero, añadió el anciano señalando al genovés, les hice prender en el acto y aquella misma noche los cuatro fueron ahorcados en la plaza de Larino.

»Noticioso del buen éxito de mi empresa, á los pocos dias el gobierno me mandó presentarme en Nápoles donde recibí mil felicitaciones del ministro y una caja de rapé de oro con el retrato del rey que S. M. me entregó en persona.

»La partida de Avellino estaba destruida, pero quedaba otra mas temible todavia cuyo esterminio se habia dejado á mi cargo.

»El gobierno me envió á Complietto, lugarcillo situado en las montañas de los Abruzzos. Complietto y Repabottini, pueblos vecinos, se disputaban desde algunos años la posesion de un bosque sin poder llegar nunca á una avenencia. Y como la justicia ante la cual los habitantes habian depuesto sus quejas recíprocas no acababa de declarar de qué lado estaba la razon, los habitantes anduvieron á tiros todo un dia y por la noche el partido vencedor esterminó al vencido; los pocos que se escaparon del degüello comparecieron en Nápoles á dar cuenta del hecho. El gobierno mandó allí á los gendarmes.

»El partido vencedor emprendió la fuga refugiándose en los bosques de la montaña; el resultado de esto fué la creacion de una partida terrible que tomó el nombre de los *Gabrielli* porque así se llamaban los dos hermanos que la mandaban.

»En pocos meses esta partida fué la mas numerosa y formidable

que existió nunca en la península; sus individuos sembraban el terror do quier que se presentaban.

»Los Gabrielli habian organizado un sistema de rapiña y de bandolerismo desconocido hasta entonces; y debo añadir que encontraban poderosos auxiliares entre los realistas que se les unian con frecuencia para robar, matar é incendiar las propiedades de sus enemigos.

»Creíase que despues de la caída de Murat esta partida terrible se someteria como lo habian hecho las de la Calabria. Al contrario, los Gabrielli continuaron incendiando las haciendas, robando y secuestrando á los propietarios y á los viajeros de uno y otro partido.

El conde de Bovilo, chambelan del rey de Nápoles, fué detenido por los bandidos al dirigirse á una de sus posesiones. Conducido á un bosque exigieronle cincuenta mil ducados por su rescate. ¡Era una suma triple de la que poseia! El gobierno envió una columna de ciento veinte gendarmes para libertar al conde. La columna cayó en una emboscada y los gendarmes tuvieron que rendirse á los bandidos.

»El comandante de la fuerza fué asesinado juntamente con el conde; los soldados, despues de desarmados y despojados de sus uniformes, fueron puestos en libertad mediante el pago de un duro por individuo.

»El gobierno napolitano no sabia qué hacer, pues se encontraba en los momentos críticos de la fuga de Murat y del regreso del rey legítimo; el estado de la capital era muy poco satisfactorio para pensar en los bandidos. La partida se engrosaba con los descontentos y amenazaba tomar proporciones formidables.

»Las cosas se encontraban en este estado cuando recibí del gobierno la órden de ponerme en marcha.

»Los Gabrielli supieron en seguida que yo habia sido nombrado vice-gobernador de la provincia con el objeto de proceder á su es-terminio empleando todos los medios que me parecieran convenientes para lograrlo. La primera venganza de los bandidos fué asesinar á mi padre, un pobre anciano enfermizo y sobre todo inofensivo! Si, dijo el juez con voz ronca y dirigiendo al hombre de la barba miradas chispeantes de ódio: asesinaron á mi padre, como Spatolino

mutiló mas tarde á mi pobre hermano. Era un duelo á muerte. Juré vengarme de una manera terrible. *Sangue lava sangue*. Esto está en nuestras costumbres como la venganza está en las de los corsos.

»Uniéronseme algunos hombres de corazon que tenian tambien pendiente algun resentimiento contra aquellos foragidos. Cuando los Gabrielli supieron que no tenian que habérselas con los miserables lazzaroni que pululan por las calles de Nápoles se pusieron sobre sí y se ocultaron cuidadosamente.

»Por espacio de un mes puse en práctica todas las estratagemas posibles para sorprenderlos, pero fué en vano. Sin embargo, una noche creí haberlos acorralado en el fondo de un desfiladero que ocupaban mis gentes, pero tambien la oscuridad favoreció su evasión.

»La sed de venganza sostenia mi valor; juré no descansar hasta haber exterminado á todos aquellos bandidos.

»Al fin tuve que renunciar á todos esos medios vulgares de sorpresas y emboscadas.

»Hice correr el rumor de que el gobierno napolitano descontento de la inutilidad de mis esfuerzos me relevaba de mi cargo, dejando al gobernador de la provincia el cuidado de perseguirlos. Las gentes de mi casa arreglaron mi equipaje en medio del dia y el carro que lo conducia marchó al dia siguiente.

»No me engañé al pensar que los Gabrielli tomarian este cambio de domicilio por alguna entuchada. En efecto, el carro pasó sin el menor contratiempo y llegó á la capital. Diez dias despues corrió la noticia que el rey de Nápoles enviaba al Padre Santo algunas cajas de ropa de iglesia, y ornamentos de oro y plata para el servicio de una capilla. El valor de estos objetos se hacia subir á mas de cien mil duros. El carro que conducia este tesoro debia ir escoltado por veinte soldados armados de los piés á la cabeza.

»Los bandidos que habian acorralado y obligado á capitular á ciento veinte gendarmes no eran hombres que dejasen de arrojar sobre una buena presa por una escolta de veinte soldados. Segun el cálculo de los bandidos, y por lo que se decia, el carro y la escolta debian pernoctar en Tobina á cuyo pueblo llegarían ya muy entrada la noche.

»Era el mes de abril de 1816. La noche era muy oscura. Hice dejar en medio del camino entre dos pueblos un carro con cinco barriles de vino en el que había mezclados narcóticos muy activos. Para explicar este abandono hice sustituir una de las ruedas del carro con otra completamente destrozada. Los bandidos debían según todas las probabilidades ser víctimas de este engaño.

»Como lo había previsto, los Gabrielli y los suyos bajaron de la montaña y se escurrieron como ardillas por los senderos que conducían al camino real; al poco rato tropezaron con el carro abandonado. Los bandidos no resistieron á la tentación de probar el vino. El licor era exquisito; bebieron todos quien más quien menos, y continuaron su marcha hácia el pueblo.

»Nosotros estábamos emboscados entre los matorrales de las inmediaciones, y si no veíamos las acciones ni los gestos de los bandidos les oíamos hablar en voz baja. Cuando cesaron las conversaciones me fuí á visitar los barriles y los encontré casi vacíos.

—Ya son míos,» me dije; y fuí á decir á mis compañeros que estuviesen prevenidos.

»Una hora después la mitad de la partida había caído en un sueño letárgico; pero quedaban todavía unos cincuenta bandidos en pie cuando llegó el anhelado carro del tesoro.

»La escolta fué sorprendida sin resistencia, desenganchados los caballos del carro y las cajas conducidas en medio del camino. No pudiendo abrirlas, los bandidos trataron de romperlas. De repente se oyeron cinco ó seis detonaciones formidables casi simultáneas; las cajas, estallando como bombas, derribaron, hirieron ó mutilaron una treintena de aquellos malvados. Creo que habreis adivinado, prosiguió el juez, que en vez de objetos preciosos cada caja contenía una pequeña máquina infernal preparada con mucho secreto en Nápoles por encargo mio.

»Esta terrible esplosion fué la señal de una salida en masa de la población de Tobina. Todo el mundo, hombres, mujeres y niños salió corriendo con antorchas y la campiña se iluminó como por encanto en menos de un cuarto de hora.

»Persiguióse primeramente á los fugitivos y después se recogieron los heridos y los dormidos. Los muertos, en número de diez y siete,

fueron trasladados delante de una de las puertas del pueblo. El total de bandidos que habian caido en nuestro poder era de ciento cuarenta y dos.

»Al dia siguiente los heridos fueron fusilados en el sitio donde habian sido depositados los muertos.

»Quedaban los noventa y cuatro prisioneros quienes habian dormido quince horas de un tiron. Encontrábanse entre ellos los dos hermanos Gabrielli; el mayor de ellos era al que yo debia pedir cuenta de la muerte de mi padre.

»Hice atar á todos aquellos pícaros y conducirlos á donde estaban los cadáveres de sus compañeros. A la vista de aquella carnicería, y al contemplar los restos inanimados de aquellos hombres en los cuales se veian pintadas todavía las huellas de la agonía, los bandidos palidecian aterrorizados por el miedo y por la rabia. Aquellos caníbales, que llevaron el luto y la miseria al seno de tantas familias, tenian miedo y trataron de romper las cuerdas que les sujetaban. No podian acabarse de convencer de la estratagema infernal que empleé para que cayesen en mis manos. Híceles fusilar uno á uno; los dos últimos fueron los hermanos Gabrielli. La ejecucion duró una hora y media.

»Por la noche once carretas tiradas por bueyes conducian ciento cuarenta y dos cadáveres que fueron arrojados al fondo de un precipicio, situado al Norte del lugar, para servir de pasto á las aves de rapiña. Este sitio se conoce desde entonces en la comarca por el nombre de «Pozo de los Gabrielli.»

»He conservado en mi casa como trofeo los vestidos y las armas de aquellos bandidos. Algunos ingleses me han ofrecido por esta coleccion una suma fabulosa, pero nunca he querido desprenderme de estos objetos.»

Al oír estas últimas palabras apoderóse de los viajeros un sentimiento de horror inexplicable. Los mas inmediatos al narrador se alejaron de él involuntariamente. Parecía que aquel anciano olía á sangre.

Y sin embargo, aquel hombre que acababa de contar con tanta llaneza y que se complacia al parecer en describir todos los pormenores de un acto tan sangriento no era duro, ni feroz, ni repugnan-

te. Su fisonomía ovalada, que respiraba una especie de aire de satisfacción, revelaba mas bien bondad y franqueza que astucia y crueldad. Su mano izquierda jugaba continuamente con la cadena de su reloj. Finalmente, sus maneras finas, su voz argentina y su instruccion, podian hasta hacerle pasar por un hombre de mundo.

Con todo, la historia que acababa de referir á sus compañeros de viaje era poco á propósito para adquirirle sus simpatías.

Viendo la impresion desagradable que su narracion produjera á los viajeros, el anciano les dijo:

—Seriais injustos para conmigo, señores, si formaseis de mí un juicio desfavorable. Creo que os inspiro horror. Veis en mí á un hombre que ha hecho matar dos ó trescientos individuos, y os direis interiormente que soy mas sanguinario que todos los bandidos juntos de los cuales he tenido el honor de purgar mi país. ¡Hé ahí un extraño efecto de los caprichos humanos!

Ah! creedme, un bandido que por espacio de diez años se ha cubierto de crímenes y ha llevado el luto y la miseria entre un centenar de familias, es un ser que ni se arrepiente ni se enmienda y que solo merece un poco de compasion de Dios. Para la sociedad un ser semejante no es hombre, es un animal feroz, un réptil venenoso que es preciso aplastar dónde y cómo se pueda.

Estos terribles escarmientos me valieron el apodo de cazador de bandidos que he conservado desde entonces y que llevo con tanto orgullo como un noble sus mas gloriosos timbres.

Tambien os juro que cuanto he hecho no me causa el menor escrúpulo y os podrá convencer de esta verdad la circunferencia de mi abdómen, dijo el anciano riendo á carcajadas y provocando con esta salida la risa de su auditorio; ya veis que los remordimientos no me han hecho perder las carnes. Duermo tranquilamente sin que me haya despertado una sola vez la voz de mi conciencia. Como Diógenes cuando veía á un hombre ahorcado en un árbol, yo me digo tambien cuando veo á un bandido suspendido por el cuello en la rama de una encina: *Es una fruta hermostísima.*»

El cazador de bandidos manifestó á los viajeros que el paso de las Lagunas Pontinas no estaba exento de peligros, y dijo esto sin cuidarse del efecto que pudiese producir en ellos esta desagradable

declaracion. Entretanto el anciano no perdía de vista la mano derecha del hombre de la barba que jugaba con fingida indiferencia con un afilado cuchillo cuya hoja podía hacer las veces de puñal. La relacion que tanto horrorizára á los viajeros hizo muy poca impresion en aquel individuo, y él fué el primero en romper el silencio que reinaba en la reunion desde que el Cazador de bandidos habia cesado de hablar.

—Os felicito, señor, dijo el de la barba. Se necesita un gran valor para ejercer el oficio, honroso sin duda, de cazador de bandidos. Pero no es el valor físico vuestro lo que mas me admira, sino vuestra fuerza moral. He oido hablar mucho de vos y estoy seguro de que los medios que habeis empleado algunas veces para exterminar á los bandidos han debido causaros un poco de repugnancia. Se necesita un valor especial para convertirse en ejecutor de unos infelices que, por abominables que fuesen, no dejaban de ser hombres.»

El tiro fué bien dirigido; la sociedad volvió á mirar con cierta repugnancia al obeso anciano á quien su interlocutor acababa de derribar de su pedestal para presentarle á los ojos de los viajeros como una especie de verdugo. Sin embargo, el Cazador de bandidos, léjos de desconcertarse, replicó vivamente:

—No os habeis engañado al suponerme valor, y puesto que el tiempo no nos permite todavía continuar el viaje, voy á contaros la historia del célebre Spatolino, digno rival de Gasparone. Quizá este relato fiel, al desterrar de vuestros corazones esa conmiseracion algun tanto exagerada, os hará formar una idea mas justa de la santa y noble mision del que tal vez no tarde en salvaros de las manos de esos hombres malvados.

Spatolino.

«Cuando Spatolino *ganó la montaña* era un jóven de veinte y tantos años, de modales elegantes y de un talento bastante distinguido. Spatolino habia cursado en el colegio de Bolonia. Este jóven tenia todavía un gran porvenir si confiando en la justicia de nuestro país se hubiese presentado á las Autoridades declarándose el asesino

del que habia ultrajado el honor de su madre. Spatolino hubiera sido absuelto y la sociedad le hubiese vuelto á abrir sus puertas. Despues de haber muerto al que faltó á su madre, este jóven huyó á la montaña y al poco tiempo tomó tal aficion al bandolerismo que no pudo abandonar aquella vida.

Spatolino era un muchacho alto, gallardo y su hermosa cabeza tenia por base unos hombros atléticos. Su cabello negro y abundante velaba en parte una frente vasta é inteligente, en tanto que unos bellos ojos azules daban á su fisonomía una espresion de dulzura indecible. El resto de sus facciones recordaba una de esas bellas cabezas antiguas que solo se admiran en el museo Borbónico.

Existe cierta semejanza entre su cara y la vuestra, dijo el anciano dirigiéndose al individuo de la barba.—Este se inclinó como si dijera: gracias.

—No os ofendais; hay un refran que dice que «nada se parece tanto á un pícaro como un hombre de bien.» Despues de hacer esta salvedad el Cazador de bandidos prosiguió su historia.

Provisto de un pasaporte que le facilitó un amigo, Spatolino abandonó la Toscana y se retiró á Roma en donde permanecié dos años ocupado en estudios arqueológicos. Las autoridades francesas le dejaron tranquilo tomándolo por un loco que tenia la manía de buscar medallas. A fuerza de investigaciones y de incesantes estudios Spatolino recogió una rica y variada coleccion de monedas antiguas y algunos autógrafos notables entre los cuales habia dos cartas curiosas de Aretino que cayeron en mi poder cuando aquel terrible jefe fué capturado por mí.

Estas dos cartas las llevo siempre en mi cartera; ambas están escritas en francés y las dos fueron dirigidas al rey de Francia.

Paseándose con frecuencia por el magnífico parque de la quinta. Pamphili Spatolino tuvo ocasion de encontrar varias veces á una jóven que frecuentaba aquel sitio en compañía de su madre y á la que parecian gustar extraordinariamente las violetas.

Angelina B. tenia entonces unos quince años. La salud de la jóven era bastante delicada, y sus facciones, de una pureza verdaderamente romana, llevaban impreso el sello del sufrimiento. Sus ojos negros y brillantes indicaban en ella una energía poco comun, mien-

tras que su nariz aguileña y su barba saliente revelaban desde luego la enfermedad que la aquejaba. Su médico le habia aconsejado los aires del campo y este era el motivo que la habia llevado á la quinta Pamphili, la mas apartada de Roma, pero la mas á propósito tambien para el que tenia obligacion de hacer ejercicio.

Angelina fué un dia mordida por una víbora al tiempo de ir á coger unas violetas medio ocultas entre unos matorrales. La herida era profunda y causaba á la jóven un vivo dolor. Al grito que diera Angelina, Spatolino corrió hacia ella, cogió la víbora por el cuello, le hizo soltar la presa y la aplastó despues con el talon del zapato. Tomando en seguida el dedo herido de la jóven Spatolino se lo chupó largo rato, acompañándola despues á casa de un médico; la bella romana salió del paso con un susto y una herida ligera que le duró muy pocos dias.

La madre de Angelina, agradecida por el auxilio que le prestára el jóven, le invitó á visitarlas, siendo recibido en aquella casa con la amabilidad que era de esperar. Las visitas de Spatolino se hicieron de dia en dia mas frecuentes.

Los dos jóvenes se amaron y al poco tiempo se habló de matrimonio. Angelina pertenecia á una familia de regular posicion, y á mas de ser bella tenia cinco mil duros de dote. Acordóse el casamiento, pero antes Spatolino creyó que debia enterar á la jóven y á su familia de su posicion respecto á la justicia. Su crimen era muy conocido y todo el mundo le aprobaba que hubiese vengado á su madre ultrajada. Sin embargo, para casarse era preciso decir su nombre y el país donde habia nacido. La familia consultó con un eclesiástico amigo de la casa. El abate supo que Spatolino habia muerto á un soldado francés que, medio beodo, habia atropellado á su madre.

—Eso es un bagatela, hijos míos. Spatolino es buen ciudadano y buen hijo y no se le puede regañar por haber enviado al infierno á un pícaro extranjero.

—¿Y lo absolveis?

—¡Dos veces á falta de una! Además, Spatolino no cometió ningun crimen, puesto que defendiendo el honor de su madre defendia tambien el suyo.

El abate casó á los jóvenes y ambos vivían felices.

Un día Spatolino se paseaba con su joven esposa por los deliciosos jardines de la quinta Doria en Albano, á donde habia ido á pasar el verano, cuando la casualidad le hizo tropezar con unos soldados del regimiento á que pertenecía aquel á quien mató Spatolino. El joven fué conocido y arrestado. Conducido á presencia del alcalde, éste, á las súplicas de su familia, lo puso en libertad diciendo que respondia del preso al que conocia y apreciaba personalmente. Spatolino y Angelina se dirigieron á Radicofani. Si los franceses eran entonces dueños de toda la Italia su dominio era, sin embargo, muy débil en el interior de la montaña. El joven se retiró á un pueblecillo del interior para vivir con tranquilidad al lado de su esposa, pero resuelto ó defenderse con las armas en la mano si trataban de molestarle.

Hacia algunos meses que Spatolino vivía en el retiro que eligiera, cuando una mañana un amigo de Civita-Castellana le mandó un propio para advertirle que los gendarmes franceses habian descubierto su paradero, y que el maestro de postas de esta ciudad debia servir de guia á los esbirros que irían á prenderle.

Spatolino manifestó á su esposa el peligro que corria suplicándola que regresase á Roma al seno de su familia. Angelina se resistió con energía á seguir los prudentes consejos de su marido.

—He participado de tus dias felices y quiero participar tambien de tus penas y peligros. ¡Nunca te abandonaré! No soy tan débil como te imaginas. Te juro que no me faltará valor. Mándame cuanto quieras menos separarme de tí.

—Entonces, huyamos en seguida.»

Spatolino y Angelina se retiraron á la cúspide de los Apeninos en un sitio del cual arrancaban multitud de ramificaciones secundarias que se estendian por la Península en diferentes direcciones.

Spatolino encontró allí un número bastante considerable de individuos perseguidos por la justicia á la que tenian que responder de hechos mas ó menos graves. Ocurrióse al joven la idea de reunir á todos aquellos prócritos y formar una partida, y, como Pedro de Calabria y otros guerrilleros, hacer la guerra á los franceses y á los austríacos.—«Cuando se trata de defender la vida, se decia Spatolino, todos los medios son buenos.»

En menos de quince dias Spatolino tuvo á sus órdenes sesenta hombres resueltos á los cuales se fueron reuniendo nuevos reclutas, y con esta fuerza, organizada con el mayor secreto, el nuevo jefe esperó á los que querian prenderle. Spatolino no podia esplicarse porqué el maestro de postas de Civita-Castellana se habia encargado de guiar á los franceses, y entonces se le ocurrió la idea de apoderarse de sus perseguidores preparándoles una emboscada.

Una mañana un hombre á quien habia mandado de descubierta hácia una senda que conducia á la morada que habian habitado él y su esposa, hizo oír la señal convenida para avisarle de la proximidad del enemigo. Spatolino distribuyó en un momento toda su fuerza, dando la orden de matar á todo el mundo escepto al maestro de postas. Luego que la policía estuvo en el sitio convenido, una descarga formidable hizo caer á todos aquellos hombres. Spatolino se arrojó sobre el maestro de postas y le dijo:

—¿Porqué me odiais? ¿me conoceis?

—No os he visto en mi vida.

—Soy Spatolino.

—No os conozco, pero sí á vuestra familia. Sabia que estabais en la montaña y he venido á perseguiros.

—¿Qué os ha hecho mi familia?

—La odio como odia un italiano. ¿Me preguntais que me ha hecho vuestra familia? voy á decíroslo.

Antes que vinieseis al mundo tenia yo veinte y un años cumplidos. Seguia mis estudios en Rímini, y en la casa donde fui recibido, á la que iba todas las noches, habia una joven á quien amé con delirio y ella juró que me correspondia. Desgraciadamente dí en manos de una coqueta infame que fingia quererme para ocultar mejor el amor que profesaba á otro, discípulo y amigo mio.

La joven dejó llegar las cosas á un punto que pedí su mano á su madre. Su familia no hizo la menor objecion; creia que su hija me amaba y dió su consentimiento. Fijóse el dia de la boda; hiciéronse todos los preparativos y nos encontrábamos en la víspera de nuestro enlace. Hasta aquel momento mi novia me habia rodeado de demostraciones cariñosas que me hacian el mas feliz de los hombres. Estaba loco de alegría, de amor. Mi familia participaba de mi dicha

y trataba á la que debia ser mi esposa con la mas viva y tierna solicitud.

El dia siguiente, dos horas antes de dirigirnos á la iglesia, viendo que la novia no se presentaba, fueron á buscarla á su cuarto; ¡habia desaparecido! Habíase fugado con mi condiscípulo, yendo á casarse secretamente á un pueblecillo distante algunas leguas de Rímimi y despues tomaron el camino de Boloña en donde se establecieron.

Esa joven que se burló de mí de una manera tan odiosa era vuestra madre, Spatolino, y entonces juré vengarme de aquella infamia.

—¡Miserable! ¡y quieres vengar sobre el hijo los agravios de la madre!

—¿No dice la Sagrada Escritura que Dios maldijo hasta la séptima generacion la posteridad de...?

—¡Vaya una manera estraña de interpretar la Biblia! Sin embargo, acepto la lucha, exclamó Spatolino. No quiero matarte, pero si te dejaré un recuerdo indeleble de que has estado en mis manos.

Uniendo la accion á la palabra, Spatolino tiró un tajo con su puñal al maestro de postas y le rompió el brazo por encima del codo.

—Ahora puedes volverte á Civita-Castellana, añadió el jefe, y dile al sepulturero que venga á enterrar á tus *amigos*, á no ser que la autoridad prefiera que los arroje al fondo de ese abismo para servir de pasto á las fieras.

El maestro de postas se envolvió el brazo lo mejor que pudo y llegó á Civita-Castellana á media noche.

Desde este dia se declaró entre Spatolino y aquel hombre una guerra á muerte.

Acosado por todas partes, el jefe de la partida fué cogido dos ó tres veces y estuvo próximo á serlo veinte mas, pero tuvo siempre la suerte de escaparse de las manos de los esbirros ó de los carceleros.

—Hasta aquí interrumpió el hombre de la barba, Spatolino estaba en su derecho. Apelo á esos señores.»

El anciano observó que el jefe de bandidos era mas bien compadecido que acusado por el auditorio y por eso continuó en seguida:

—Es que distraído por la relación de la lucha del bandido con el maestro de postas, me he olvidado de decirles que después de organizar su partida por segunda vez, Spatolino se puso á robar á los viajeros, asesinando á los que oponían alguna resistencia.

—Esto cambia la tésis, observó el doctor. El maestro de postas era de este modo el vengador de sus agravios y el vengador de la sociedad.

—Perfectamente, dijo el narrador, y prosiguió:

—Un día el maestro de postas cayó por segunda vez en las manos de Spatolino. El prisionero se creyó perdido y esperaba sin pestañear que se le enviase al otro mundo.

—¡Hola! exclamó el bandido, veo que esperas morir; te engañas, viejo mio. No quiero tu vida, solo quiero curarte de tu monomanía. Existen en el manicomio de Aversa locos menos terribles que tú. Veo que tu enfermedad se ha hecho crónica y que necesitas otra ligera sangría, voy á sacarte un ojo. ¿Cual de los dos prefieres perder?

—¡Matadme primero! eso será menos cruel que mutilarme de ese modo.

—Nó; eso no me tendría cuenta.

—¡Hola! muchachos: dijo llamando á los suyos, apoderaos de ese maniático; sujetádmeme bien de brazos y piernas..... otro que le tenga la cabeza. Así, perfectamente. Spatolino le vació en seguida el ojo izquierdo con la punta del puñal.

—¡Qué horror! exclamaron los viajeros.

—Por ahora ya tienes tu ración; márchate á tu casa. La próxima vez que *vuelvas á consultarme*, añadió el bandido con ironía, te sangraré el otro.»

Cualquiera creería que esta mutilación curó el rencor del maestro de postas; nada de eso. Desde aquel día trabajó con mayor ahinco para ver si podía lograr que Spatolino cayese en manos de la justicia. El pobre tuerto tuvo la desgracia á los pocos meses de volver á ser cogido por Spatolino quien consiguió una nueva victoria sobre la policía.

—¡*Maledetto!* ¡otra vez! exclamó el bandido al verle.

El prisionero no respondió, pero sacando de repente su mano que

conservára oculta detras del cuerpo, descargó un pistoletazo al bandido á quema ropa causándole una ligera herida en un hombro.

—¡Toma, toma! parece que tu enfermedad hace rápidos progresos. Tu manía se desarrolla y adquiere proporciones alarmantes. ¡Voto al diablo! me parece que es preciso echar mano de medios muy enérgicos. Esta vez te sangraremos una pata.»

Spatolino le tiró un corte con el puñal y le cortó una pierna.

El terrible jefe hizo montar al maestro de postas en una mula y mandó que lo acompañasen á su casa donde murió á los quince dias.

Spatolino, á la cabeza de una partida de hombres temibles, fué por espacio de quince años el terror de los viajeros, poniendo á contribucion á cuantos transitaban por las carreteras de Florencia á Roma.

Seria cosa de nunca acabar si tuviera que relatar todos los atropellos de aquel bandido.

El gobierno puso precio á su cabeza, pero aquel hombre sagaz desbarató todas las estratagemas inventadas y puestas en práctica para sorprenderle.

Debo observar que en todo el curso de la carrera criminal de Spatolino, Angelina no quiso tomar ninguna parte en sus actos violentos. Pero enamorada de él hasta el último extremo, le siguió á todas partes sobrellevando con valor y resignacion las fatigas de aquella vida azarosa. Cuando la persecucion era demasiado activa, Spatolino mandaba á su esposa al interior de la montaña ó la ocultaba en la casa de algun campesino adicto. Angelina tuvo tres hijos que su esposo enviaba á Roma á los pocos dias de haber nacido, siendo criados y educados allí secretamente bajo la proteccion de su abuela.»

El anciano se asomó entonces á la ventana para ver si habia cesado la lluvia y prosiguió diciendo:

—Ya que el tiempo no quiere mejorarse, si lo deseais, señores, os diré como llegué á apoderarme de Spatolino, y tal vez entonces formareis un concepto mas elevado de mi peligroso oficio.

—¡Continuad! ¡continuad! exclamaron á la vez todos los viajeros; os escuchamos.»

El Cazador de bandidos despues de dirigir una mirada de triunfo á su adversario de la barba, prosiguió:

—Para sorprender á una partida de bandoleros, es preciso enterarse primeramente y conocer todos los pormenores de su vida y costumbres y hasta el carácter particular de cada uno de sus individuos. Cuando los hombres que la componen son enérgicos, prudentes y reflexivos, es sumamente difícil jugarles una treta. Los bandidos que llevan mucho tiempo de servicio tienen el olfato fino como la zorra y se burlan de la policía. Por el contrario, cuando hay en ella muchos jóvenes alegres y bebedores, es fácil introducir entre ellos la discordia, y con un poco de paciencia, de astucia y de audacia, puede conseguirse su destruccion sin gran trabajo. Los jóvenes se entregan á los amoríos, y por discreta que sea una campesina se la hace desatar la lengua escitando un poco sus celos. Un bandido que tiene el corazon sensible está perdido. Pedro de Calabria murió por haberse enamorado de una joven hechicera. Los aficionados á Baco son todavía mas seguros y casi puede calcularse el dia y la hora que caerán en el lazo que habreis sabido prepararles.

Ya sabeis lo que era Spatolino cuando me encargué de libertar el país de un huésped tan peligroso. El gobierno puso diez mil duros á mi disposicion y el número de hombres que creyese necesario. Acepté el dinero y rehusé los hombres.

La fuerza era del todo inútil en esta ocasion. Salí de Roma vestido de carretero, guiando un carro con un baul viejo y unos cuantos toneles vacíos; así me dirigí hácia Foligno pensando qué estratagema emplearia para lograr mi objeto y no me ocurría ninguna por mas que estrujaba mi imaginacion. Llegado al arrabal de la ciudad, dejé la carreta en la posada y me encaminé á caballo hácia los Apeninos. Detúveme en todas las hosterías del camino; escuchaba lo que se decia de los bandidos; hacia preguntas aun á trueque de que me tomasen por espía, y cuando estuve enterado del carácter y de las costumbres del jefe, formé mi plan.

Con Spatolino, hombre distinguido y hasta cierto punto literato, era necesario echar mano de medios necios y vulgares. Su talento debia ponerle en guardia contra las estratagemas hábiles y bien combinadas.

Alojéme en una hostería cuyo dueño estaba en relaciones con el bandido.

—¡Buenos días, amigo! le dije.

—Buenos días, esclencia. ¿En que puedo serviros?

—¿Sois amigo de Spatolino, eh?»

El posadero dió un salto hácia la puerta créyendose que habia cercado la casa toda la policía de Roma.

—No os asustéis. Ya sabéis que no soy Spatolino, y debo advertiros tambien que no estoy encargado de perseguirle. Solamente os pido que me hagais el favor de enviarle esta carta en seguida.

—¿En seguida? es imposible.

—¿Porqué?

—Porque me tiene prohibido terminantemente enviarle á nadie de día, aun cuando fuese su mismo padre.

—Ah!

—Teme que no se le tienda algun lazo y que sigan los pasos al mensajero.

—Tiene razon. En estos tiempos es preciso desconfiar de todo y de todos. Esos franceses son tan ladinos...

—¡Bah! hizo el posadero; quisieran apoderarse de Spatolino á cualquier precio; pero aprecio mas mi pellejo que el dinero.

—¿Segun eso los tunantes han tratado de corromperos?

—Me han ofrecido diez mil duros; pero Spatolino es un amigo de la niñez y no le vendería por una montaña de oro.

—¿Cuándo le enviareis mi carta?

—Esta noche.

—¿A qué hora?

—Ya comprendereis que no puedo decíroslo.

—Está bien. Me basta que reciba mi carta mañana por la mañana; es todo lo que os pido.

—La recibirá antes del amanecer.»

Retiréme á mi habitacion situada en el primer piso y me acosté.

Serian las dos cuando despertando de mi primer sueño oí abrir la puerta poco á poco. Al cabo de un ratito se acercó un hombre á mi cama que examinó á tientas la posicion que yo ocupaba.

—¡Si habrá descubierto quien soy! pensé. En este caso estoy perdido.»

Tranquilicéme ante la seguridad de que el gobierno de Roma era el único que sabia mi secreto.

El desconocido cogió mi ropa y se la llevó.

—¡Bravo! has creído descubrir en mi ropa algun indicio. Mi pantalón no tiene faltriqueras; en mi chaleco solo hay un reloj de latón; mi chaqueta no contiene mas que el pañuelo con unos cinco duros atados en una punta.

Un cuarto de hora despues el mismo individuo volvía á dejar la ropa en su puesto y se retiraba con las mismas precauciones. Spatolino habia sido advertido por el posadero y habia recibido tambien mi carta que contenia estos cortos renglones:

«Un comisario llegado espresamente de Roma tiene que confiar á Spatolino una mision del mas alto interés. Se le suplica una entrevista, dejando á su eleccion el dia, hora y sitio, al cual el comisario se dirigirá solo sin otra garantía que su buena fé.»

Spatolino tardó algunos dias á decidirse y supe que le costó mucho trabajo el hacerlo. Su esposa sospechaba una traicion.

Finalmente, el quinto dia recibí una carta suya muy bien escrita tanto respecto á la letra como al estilo, indicándome el sitio y la hora de la cita.

Dirígeme á él solo y sin armas. Spatolino me aguardaba ya.

—¿Habeis venido á engañarme? dijo con aire desconfiado y mirándome con ojos amenazadores. ¿Es verdad que tengais que hablar-me de un asunto de mucha importancia?

—No creais que sea ningun traidor. El gobierno desea acabar con todos los hombres de vuestra partida con el auxilio vuestro, le dije resueltamente y sin mas rodeos. Teneis una autoridad absoluta sobre ellos; si consentís en ser el agente de la autoridad se os concederá un perdon completo. Podréis disfrutar en paz y en el punto que os acomode de todas las riquezas que habeis... recogido.

—Voy á ser tan lacónico como vos: estoy cansado de esta vida aventurera al fin de la cual no veo mas que el patibulo. Me proponéis una felonía; pero ansío el reposo. Tengo una esposa é hijos á quienes amo; quisiera educar á los últimos y conducirlos por el camino del honor y de la religion. Consiento en un arreglo, y ofrezco entregar á toda mi gente si se me garantiza en cambio la proteccion del gobierno para mí y mi familia.

—Tengo plenos poderes para daros la clase de garantía que exijais.

—Está bien, replicó el bandido. ¡Desgraciado de vos si me engañais!

Solo exijo una cosa; entregaré á todos los individuos de mi partida escepto á uno que se encargará de vengarme de una manera terrible en caso de una traicion.

—¿Qué necesitais ó qué quereis que haga para inspiraros confianza?

—Quiero un acta escrita de nuestro convenio, firmada por el gobernador de Roma.

—La tendréis.

—Pues, convenidos. Venid á encontrarme aquí dentro de ocho días á las nueve de la noche. Tendré conmigo cuarenta hombres. Los diez y nueve que faltan para el completo de mi fuerza no me obedecen y solo me acompañan cuando hay que dar algun golpe; sin embargo, podré indicaros la manera de apoderaros de ellos. Mi mujer estará á mi lado, no me abandona nunca: exijo que se garantice su libertad y quiero que traigais para ella un salvo-conducto especial.

—Se hará como decís.

—Separémonos. Me echarian de menos.»

Cuando habia andado algunos pasos se volvió repentinamente hácia mi diciéndome:

—Eh! señor, escuchad. Me habia olvidado que el dia señalado es el 13 del mes!... En tales dias me inspiran poca confianza los santos del calendario.

—¡Como! ¡sois supersticioso! Os creia libre de semejantes preocupaciones.

—Tengo mis razones. He sido cogido diez y siete veces en mi vida y siempre en viernes ó en dia trece.

—Pues bien, cambiemos el dia si teneis miedo.

—¡No tengo miedo! En fin, lo dicho dicho.

—Adios.

—Una hora despues de esta entrevista abandonaba la hostería poco á poco como el hombre que no debe guardarse de nadie, se-

guro de que Spatolino habia tomado sus medidas para que nada me sucediese en las ocho millas que me separaban del arrabal de Foligno en donde habia dejado mi carro. Encontrábame á un cuarto de hora de las primeras casas del arrabal cuando se me acercó un hombre que detuvo mi caballo cogiéndole por la brida.

—¿Qué se ofrece? le dije.»

Era Spatolino; no le habia conocido, pues era casi de noche.

—No olvideis que confio en vuestra palabra, me dijo. Os ofrezco diez mil escudos por vuestros honorarios, los cuales os entregaré cuándo y dónde querais. Me he apoderado once veces de la caja pública de Boloña y de Foligno sin contar otras doscientas cajas conducidas por los correos... Buenas noches, señor.

—Buenas noches Spatolino.

—No pronuncieis mi nombre tan alto, añadió volviéndome la espalda, porque estamos demasiado cerca de la ciudad.»

Dos dias despues me encontraba en Roma dando parte al gobierno del resultado de mi negociacion. Acordóse que se enviaria á Foligno una compañía de cien hombres de cuyo mando me encargaría yo mismo.

En el dia y hora convenidos salí de Foligno al anochecer; mis hombres, envueltos en sus capotes, me siguieron á alguna distancia escondidos por detrás de los setos. Llegué al lugar de la cita y no encontré á nadie absolutamente. Dieron las nueve en los relojes de los conventos inmediatos, despues las diez, las once y las doce, y Spatolino no parecia. Me ha engañado y será una dicha si salgo de aquí sin que me agujereen el pellejo.

A cada instante me parecia oír ruido de pasos como si alguien se acercase precipitadamente hácia mi. De hora en hora iba á visitar á los míos para encargarles que vigilaran mucho, pues temia una sorpresa. A las once estalló una tempestad furiosa. Los relámpagos cruzaban por el firmamento en todas direcciones y el trueno retumbaba con estrépito espantoso. El horizonte producía el efecto de un vasto incendio. La lluvia caía á torrentes, como ahora, y no teníamos mas abrigo que los capotes. ¿Se habia arrepentido Spatolino? ¿Habia sospechado la treta? ¿Habrian descubierto los suyos su traicion y le habian asesinado? No obstante, resolvíme á permanecer allí hasta la una.

A las doce y media vi avanzar una sombra hácia mi; era el bandido. Hízome una señal á la cual respondí. Cogiéndome por el brazo y mirándome con aire amenazador me dijo:

—Confieso que me cuesta trabajo creeros. El gobernador de Roma temerá que organice otra partida y me hará fusilar bajo un pretexto cualquiera.

—No temais nada; yo os serviré de garantía. Además, aquí teneis un salvo-conducto para vos y otro para vuestra mujer.

—Está bien, dijo Spatolino cogiendo los papeles y recorriendo su contenido á la luz de los relámpagos reflejados por las montañas inmediatas; si sois traidor os castigaré de una manera cruel. ¿Dónde está vuestra gente?

—Állá abajo, entre los matorrales.»

Cogidos por el brazo y seguidos de los gendarmes que marchaban con todo el silencio posible, llegamos al cabo de un cuarto de hora al fondo de un barranco. Un grupo de abetos nos ocultaba la guarida de los bandidos formada por una enorme escavacion natural, cuya entrada estaba tapada con una pared de piedra cubierta de tierra; quedaba solamente en la pared una pequeña abertura por la cual se penetraba en la cueva. Spatolino dió un golpe con una piedra contra una roca y al poco rato se presentó una mujer.

—Entremos, dijo el bandido. Mi gente acababa de cenar cuando me he marchado, casi todos estaban borrachos. Los pobres diablos tendrán un despertar bien triste. ¡Soy un infame...! ¡Me hago horror! Ah! Esta mala accion me acarreará alguna desgracia...!

—¿No teneis dos salvo-conductos?

—Sí, pero ¿no contais para nada los remordimientos?

—Es ya demasiado tarde para arrepentirse.»

Spatolino entró primero, yo seguí detrás, y despues venian los gendarmes. Los pocos bandidos que no se habian acostado todavía, creyendo que su jefe les traia algunos nuevos compañeros, se mantuvieron tranquilamente en su sitio y continuaron jugando y bebiendo. La pieza era bastante grande, y como no tenia mas luz que la que daba una mala antorcha, reinaba en el interior una oscuridad sombría. La muger de Spatolino observaba con cierta ansiedad mientras que los gendarmes tomaban posicion en el interior de la cueva.

A una señal convenida, los míos se apoderaron de todos los bandidos.

Cuatro gendarmes elegidos de antemano se arrojaron sobre Spatolino y lo ataron de piés y manos despues de desarmarlo. »

La mujer de Spatolino, á quien ataron tambien, exclamó:

—¡Peppo! te han vendido.

—¡Mucho lo temo...! balbuceó el bandido; ¡hoy es viernes!

—No tengais miedo, dije con aire indiferente; esto es una mera formalidad. Mañana al llegar á Foligno quedareis en libertad.

—Hace catorce años que reino en todos los caminos de Italia y nadie me habia podido engañar. ¡Paciencia! He sido demasiado honrado; he creído que se podía confiar en la palabra de honor de un hombre! Imprudente! ¡cómo me he engañado! Me he entregado á mí mismo al querer entregar á mis compañeros ¿y á quién...? Temo adivinarlo.

Despues, viendo á su mujer atada tambien de piés y manos, Spatolino me dijo:

—Caballero: mi mujer es inocente. Que me fusilen á mí, pase; pero ella, la pobre, nada tiene que reprocharse. ¡Angelina! te salvaré, nó; tú no morirás. ¡Ah! ¡Pobres querubines míos!»

Spatolino me causó compasion y le dije que el gobierno tenia pensado desterrarlo á la Dalmacia con su mujer y sus hijos.

Por órden mia habia dispuestas varias carretas tiradas por bueyes que comparecieron al sitio donde me habia citado el bandido. En una de ellas mandé colocar á Spatolino y su esposa y los demás bandidos ocuparon las restantes. El convoy tomó el camino de Foligno, y de esta ciudad continuó hacia Roma acompañado de una escolta numerosa.

En Roma se nombró una comision militar para que instruyese el proceso. La instruccion fué larga y difícil, pues necesitó mas de seis meses. Presentáronse á declarar cuatrocientos testigos, los cuales probaron una multitud de asesinatos cometidos por los acusados. Spatolino compareció ante el consejo con su mujer y quince de los suyos. De los restantes, los unos habian muerto, otros se habian suicidado y doce habian logrado evadirse por un subterráneo que conducia á la orilla del Tiber.

Al empezar los debates Spatolino se levantó, y saludando con de-

sembarazo al auditorio se dirigió al presidente diciéndole con un aire de alegría casi cómica:

—Señores: nada tengo que ocultaros y nada puedo negar tampoco: conoceis todos los hechos de mi vida y por lo mismo sé la suerte que me espera. Cometí la bestialidad de creer en la palabra de honor de esa guarda, añadió señalándome con el dedo, y debo sufrir las consecuencias de mi credulidad. Pero por mucho que sepais acerca de mí no lo sabreis todavía todo, así es que respecto á los crímenes que he cometido ó he hecho cometer, os daré todos los pormenores que necesiteis para ilustrar vuestra justicia. Es preciso que no confundais al inocente con el culpable. Somos aquí diez y seis acusados y debo advertiros que no todos merecen la horca.

El único favor que os pido en cambio del servicio que voy á prestaros es que antes de conducirme al patíbulo, me dejéis solo una hora con mi mujer. ¡Pobrecita! es inocente.

—Os lo prometo, respondió el presidente.

—Creo que no faltaréis. Vuestra palabra vale mas que la de ese traidor.»

Spatolino se sentó y procedióse al exámen de los testigos.

A cada declaracion el bandido se levantaba para rectificar los hechos.

A uno le dijo.

—Amigo mio: veo que habeis perdido la memoria.» Ese asesinato lo cometí tal ó cual dia, de esta ó la otra manera» y con una facilidad extraordinaria referia el suceso con todos sus pormenores, le fuesen ó no favorables. Su objeto era al parecer hacer condenar á muerte á once de sus compañeros y salvar á los otros cuatro juntamente con su esposa.

—Si mi mujer ha tomado parte en algun hecho no ha hecho mas que obedecer mis órdenes. Conmigo no habia réplica: obedecer ó morir.»

Este sistema de defensa cautivaba al auditorio. Los mismos jueces perdieron mas de una vez su gravedad y se echaron á reir al oír referir al acusado algunas circunstancias grotescas, especialmente cuando contó la detencion y el robo de una familia inglesa entre Viterbo y Roma.

—Figuraos, dijo, que los caballos espantados se echaron á un lado del camino y el carruage dió tres ó cuatro volteretas hasta llegar al fondo de un pequeño barranco. El viejo (aludia al inglés) salió por la portezuela asomando primeramente su cabeza pelada como la de una rana. No habia recibido el menor daño. Su mujer, jóven y bella, aun que tampoco se habia hecho nada, daba grandes gritos. La buena señora tenia en la mano la peluca de su marido, y en medio de su turbacion, creyendo sin duda que era el pañuelo, cubriase los ojos con ella para no ver lo que pasaba.»

Spatolino reia en tanto que referia aquel suceso y el auditorio reia tambien.

—Vosotros reís, prosiguió el bandido dirigiéndose al público, ¿reiréis dentro tres ó cuatro dias cuando contempleis á Spatolino con el pecho atravesado por las balas de vuestros soldados?»

En una de las audiencias, en tanto que hacia observar al público la inconveniencia de su curiosidad y de sus risas, reparó en un gendarme que estaba de centinela no léjos de él. Spatolino lo examinó con atencion y en seguida exclamó:

¡Ah! ¡por vida del diablo! ¡Eso si que es curioso, señor presidente!

—¿Qué sucede?

—¡Un milagro, si mis ojos no mienten! Ese prójimo que está á mi lado vestido de gendarme... no, no me engaño, es uno de mis compañeros antiguos. Nunca hubiera creido que los franceses tuviesen tan bien montado su cuerpo de gendarmería.

—¿Qué quereis decir?

—¡Por vida mia! que ese gendarme ha servido quince años á mis órdenes.

—¡Imposible!

—¿Imposible? exclamó el bandido quitando de repente al gendarme su tricornio y señalando una ancha cicatriz que tenia en la cabeza: mirad, allí lleva escrita una de sus hazañas... Preguntad al testigo Larino á quien interrogasteis ayer; su criado fué asesinado por este bravo defensor de las leyes. Os juro que él y yo juntos hemos robado y asesinado mas de treinta viajeros; era uno de los mas diestros de mi partida.

El testigo citado por Spatolino fué llamado y reconoció en efecto al asesino de su criado.

El presidente mandó desarmar al gendarme y le hizo tomar asiento en el banco de los acusados para ser juzgado como los demás.

—¡Perfectamente, amigo mio! exclamó el bandido; este es tu verdadero sitio. Hicimos muchas campañas juntos y ahora tomaremos la licencia al mismo tiempo. ¿Porqué diablo has venido á escoltar-me? ¡O eres muy audáz ó muy imbécil!»

El pobre gendarme no supo qué contestar.

Es imposible, señores, dijo el Cazador de bandidos, que se haya visto nunca á un hombre contar con mas descaro y con mayor sangre fria los pormenores mas minuciosos de un centenar de crímenes.

Despues de trece dias de debates el tribunal pronunció la sentencia de muerte contra Spatolino y catorce compañeros incluso el gendarme. Los restantes debian acabar sus dias en presidio.

Despues de oir la sentencia, Spatolino pidió la palabra y dijo al presidente:

—Excelencia, tengo el honor de recordaros la promesa que me habeis hecho. Os he pedido ver á mi mujer á solas por espacio de una hora. Os suplico tambien la gracia de que mi ejecucion no se verifique en viernes. Los viernes han sido para mí tan fatales que creo que en semejante dia no obtendria mi perdon de Dios. Ya que disponeis de mi cuerpo, dejad que salve mi alma.

—Voy á dar las órdenes para que se cumplan vuestros deseos. Gendarme: haced salir á los acusados.

—Spatolino, vuestra mujer podrá hablar con vos una hora y media.

Gendarmes: os mantendreis á su vista, pero á una distancia que no podais oir su conversacion.

—En cuanto á lo del viernes, concedido, dijo el juez.

—¡Mil gracias, señor!»

Spatolino indicó en esta entrevista á su mujer el sitio donde estaban escondidos los tesoros que habia robado. Por mas que se vigiló despues á la viuda nadie pudo descubrir su secreto. La policia practicó varias escavaciones, todo fué inútil. Despues el gobierno hizo sondear á la familia prometiéndole una parte de las riquezas del bandido. La viuda respondió:

—Tambien hicisteis promesas á Spatolino, ¿las cumplisteis? Rotoli, (es mi nombre) vendió á mi marido. No hay en el mundo mas que un Rotoli.»

La ejecucion de Spatolino se habia fijado para dentro de quince dias. Entre tanto se le presentaron algunos sacerdotes á fin de prepararle para el momento fatal. Spatolino no quiso admitir á ninguno.

Los carceleros tenian miedo de entrarle la comida y se la presentaban colocada á la punta de una percha.

—Entrad, les dijo un dia; no os quiero ningun mal. Haceis vuestro oficio, triste en verdad, pero es vuestra *vocacion*. Hay hombres que nacen carceleros como otros nacen jorobados. Podeis acercaros sin miedo.»

Tranquilizado por estas palabras entró en su habitacion uno de los carceleros.

—De hoy en adelante, es decir, los dias que me quedan de vida, no quiero que me sirva nadie sino tú: ¡Ay del que se atreva á poner los piés aquí!»

Confiado en esta aparente resignacion, el carcelero se presentó á hacer su servicio. Al dia siguiente por la noche, cuando le entró la cena, Spatolino le abrió la cabeza con un ladrillo que habia arrancado del suelo, y poniéndose el vestido del pobre empleado se escapó del castillo San Angelo.

Cuando Spatolino se vió libre, su primer pensamiento fué para mí! Afortunadamente fui advertido de su evasion y tomé mis precauciones. En efecto, á los dos dias por la noche sonó en mi puerta un golpe furioso. Es él, dije. Estaba seguro que la sed de venganza haria á Spatolino imprudente.

En Italia, como no hay portero en las casas, todos los habitantes tienen la precaucion de colocar detrás de la puerta cadenas de seguridad que no permita abrirla mas de lo que se quiere. Mandé quitar la que tenia en la puerta para colocarla á un palmo del suelo. Pensé que Spatolino entraria precipitadamente y que al verificarlo tropezaria con ella y caeria al suelo. Cogí un par de pistolas y me puse detrás de la puerta mientras que mi criado abria.

Spatolino entró con violencia como un hombre que cree sorprender á su enemigo. El bandido tropezó con la cadena y dando con la cabe-

za en el suelo se quedó atontado por algunos instantes, tiempo suficiente para que pudiéramos quitarle las armas y atarle de piés y manos. Cuando el bandido recobró el sentido estuvo á punto de volverse loco de rabia.

—Sois el diablo en persona, me dijo.

—Os engaÑais: soy el Cazador de bandidos y nada mas.

—¡Dios mio! ¿esto no es posible! ¿Dónde estoy?

—¡Por vida mia! en mi casa, á donde vinisteis con no muy buenas intenciones á lo que creo.

—¡Que no os partiera un rayo!

—Avisado de vuestra evasion, he estado estos dias muy alerta, pero esta vez no me separaré un instante de vuestro lado que no os vea ejecutado en debida forma.

—¡Infame! ¡renegado! ¿porqué me quieres tan mal?

—El maestro de postas era mi hermano.

—¡Ah! segun eso no eres esbirro, ¡tanto mejor! La ira sumió á Spatolino en un accidente que le duró bastante tiempo. Colocado en una camilla le hice conducir al castillo San Angelo.

Spatolino se puso como un leon cuando se vió en el mismo cuarto que ocupára ántes de evadirse. Arrancábase los cabellos y salian de su boca imprecaciones terribles.

—Os hacia hombre de mas corazon, Spatolino; sois como las mujeres, que cuando no pueden vencer una resistencia chillan y se lamentan. ¿Tendriais solamente audacia para cometer crímenes estando seguro de la impunidad?»

Al oir estas palabras, el bandido se calmó.

—Teneis razon, dijo, carezco de sentido comun. Veo que no hay remedio para mí. Y á decir verdad, mi buen Rotoli, en este momento me parece que mi corazon me inclina al bien. Si me haciais poner en libertad tomaria el hábito de capuchino, renunciaria al mundo, y espiaria en el silencio y la penitencia en el fondo de un claustro tantos años de vida criminal. Edificaria al mundo con mi arrepentimiento.

—*Polichinela* no se hubiera explicado mejor, Spatolino. Veo que sois tambien cómico, y he ahí una gracia que no os conocia. ¡Vamos! vuestro deseo quedará cumplido dentro de algunas horas.

—Os debería mi salvacion?» exclamó Spatolino levantándose de su asiento con un semblante en el que se veían pintadas á la vez la sorpresa y la esperanza.

El pobre hombre creyó que yo habia tomado por lo sério sus palabras.

—¡Oh! estoy seguro que morireis como buen cristiano y que marchareis con valor á la plaza *della Bocca della Verita* (plaza de las ejecuciones). Os encargo que habléis un poco con vuestro confesor.

—¡Pícaro, infame Rotoli, ladron, malvado!» Spatolinoapuró contra mi la letanía de los dieterios, á pesar de ser muy estensa en el vocabulario italiano.

El bandido no quiso confesarse.

Cuando le dijeron que iba á ser conducido al patíbulo, dijo:

—¡Estoy pronto! Prefiero ver la cara al diablo mas bien que la tuya, feo Rotoli. Es imposible que haya en el infierno nada tan repugnante como tú.»

El cortejo salió de la cárcel. Spatolino marchaba á la cabeza de sus compañeros, y durante el camino dió repetidas pruebas de descaro.

Al llegar al sitio de la ejecucion, el bandido dijo á sus compañeros:

—¡Vamos, amigos míos! Bastante tiempo hemos hecho miedo á ese pobre pueblo; justo era que nos llegase la vez. Muramos como hombres. Volviéndose entonces hácia el público, y reparando en mí me lanzó una mirada terrible:

—Acordaos, dijo, que Spatolino muere con el pesar de no haber podido retorcer el pescuezo á ese traidor de Rotoli, cuya astucia me ha conducido á la muerte. Acordaos que tomé la montaña por haber defendido el honor de mi madre contra unos soldados franceses que la ultrajaban.»

Los bandidos fueron colocados en una fila y todos cayeron á la misma descarga. Spatolino fué el único que volvió casi á ponerse en pié; abriendo un instante la boca como para respirar, estendió los brazos y cayó otra vez para no levantarse jamás.

De Césarís.—El cazador de bandidos y Gasparone.—Arresto de Gasparone.

Los viajeros corrieron á estrechar la mano al Cazador de bandidos felicitándole todos por su valor. El hombre de la barba, fuese por prudencia ó por conviccion, hizo lo mismo diciendo:

—¡Sois todo un hombre!

—Parece, contestó el anciano, que mi relacion ha entibiado un poco vuestro entusiasmo hácia esos héroes de la montaña.

—Debo advertiros, observó el de la barba, que Gasparone me salvó una vez del furor de los hombres de su partida; este acto de generosidad y el haberme hecho restituir algunos objetos de familia robados, que tenia en mucho aprecio, me habian vuelto tal vez demasiado tolerante para con esa gente.

—Ese acto de generosidad no le impediria el cometer despues nuevas atrocidades.

—No he oido decir que Gasparone haya cometido nunca crueldades á sangre fria.

—¡Perdonad, caballero! ¿y la cabeza de milady D. S...? ¿y el asesinato del dueño de la hacienda de Olivano, de su hija y de su yerno...?

—Señores, dijo el hombre de la barba á quien parecia molestar esta conversacion; acabemos esas horribles historias. Vais á asustar tanto á esas señoras que no se atreverán á salir de aquí esta noche.

—No lo creais; á no ser por este asunto, esas señoras hubieran pasado una tarde pesadísima. Mientras el tiempo acaba de serenarse permitidme que les cuente algunas anécdotas de otro bandido célebre, contra el cual inauguré mi profesion de Cazador de bandidos.

Césarís figuró en el bandolerismo antes que Pedro de Calabria. Césarís era de las inmediaciones de Tivoli y pertenecia á una familia distinguida; habia estudiado en el colegio de los Jesuitas de Bolognia. Jóven de talento y de una arrogante figura, un dia fué sorprendido en flagrante delito de adulterio con la esposa del príncipe Luigi B... El príncipe le mandó apalea por sus criados en presen-

cia de su cómplice, echándole despues desnudo á la calle en medio del dia.

Césarís fué perseguido por una turba de chiquillos hasta su casa; los muchachos le cubrieron de lodo y los hombres le silvaban creyendo que era algun loco. Con el corazon henchido de ira, el jóven juró vengar aquella afrenta de una manera terrible. Césarís interesó á algunos amigos suyos en su venganza y una noche sorprendieron al príncipe en una quinta en donde se encontraba en aquel momento con una de sus queridas.

Césarís y sus amigos cogieron al príncipe y á su amiga; despues de desnudarlos á entrambos y atarlos juntos á la cola de un caballo fogoso, hiciéronlos arrastrar por el animal por las principales calles de Roma. El caballo no cesó de correr hasta que cayó reventado en la plaza de Venecia. El príncipe y su compañera de martirio se habian convertido en dos masas informes de carne humana.

Césarís tomó la montaña llevándose consigo á la princesa, y se estableció en las gargantas mas escabrosas de la Sabina. Cuando se creyó seguro y libre de toda persecucion se casó con ella, viviendo algunos años como un simple campesino con el producto de algunas tierras que habia comprado.

Descubierto despues de mucho tiempo por los parientes de su esposa, la policia le persiguió sin descanso. Césarís tuvo que recurrir á la astucia, á la violencia y al asesinato para no caer en manos de sus perseguidores. Los vecinos del fugitivo eran hombres mas dispuestos á manejar las armas que el arado. Césarís se puso á su cabeza, y los disciplinó militarmente, fusilando sin compasion al que faltaba al reglamento que para ellos habia formado. Con su energía, su carácter de hierro y su actividad, Césarís se hizo un bandolero temible.

Un dia un tio suyo se dirigió á su encuentro acompañado de una de las hermanas de Césarís y les costo no poco trabajo el llegar hasta él. Su tio le llevaba proposiciones de paz de parte del gobernador de Roma y la amenaza de una guerra terrible si las rehusaba.

—Si la fuerza nada puede contra nosotros, mucho menos ha de poder la astucia. No estamos metidos en ninguna ciudadela dentro de la cual se nos pueda cercar y cañonear; somos aves de rapiña

que nos cernemos alrededor de las sumidades mas inaccesibles de las montañas. Nunca abandonaré á mis compañeros á no ser que se nos conceda una amnistía completa á todos, que esa amnistía se publique en todos los Estados Pontificios, á fin de que no se atrevan á abusar del nombre del Papa, y que me aseguren los medios de subsistencia; entonces veré lo que debo hacer.

—Te ofrecen el empleo de jefe de un hospital, le dijo su hermana. (Césarís habia estudiado medicina):

—Magnífico empleo para hacerme envenenar.

—¿Quieres, pues, que te hagan cardenal?

—Lo que quiero son diez mil escudos para mí y mil para cada uno de mis amigos.

—Y ¿cuántos amigos tienes? le preguntó su hermana.

—El número importa poco.

—¿Con qué no quieres abandonar la montaña? Te pronostico un mal fin; para coger á un hombre no se necesita mas que un Judas.

—¡Aquí no hay traidores! les desafío á que encuentren uno.

—¿Está contigo tu mujer?

—Si quereis verla estará aquí dentro de un cuarto de hora.»

Césarís llamó á dos hombres y les dijo:

—Id á decir á la señora que haga el favor de venir.»

Aquellos dos hombres volvieron al poco rato acompañando á la jóven princesa de B... ahora esposa del bandido. Era una mujer bellissima vestida con un traje tirolés. La señora tenia entonces veinte y cinco años y Césarís treinta y uno. Era una linda pareja. La mujer de Césarís daba una mano á una niña de cinco años y otra á un niño de cuatro.

—Aquí teneis á mi mujer, dijo Césarís á su tio y á su hermana; esos son mis dos hijos. Quisiera que os los llevaseis á los tres; no puedo tenerlos conmigo mas tiempo. La señora está enferma y necesita tranquilidad y un clima mas suave que el de estas montañas; los niños necesitan tambien instruccion.»

La jóven ex-princesa estaba efectivamente atacada de una tisis pulmonar, de la que murió un año despues.

El bandido se separó de su familia con mucho pesar. Uno de sus

hombres me dijo que lloraba como un niño; sin duda tenia el presentimiento de que no los volveria á ver mas.

Al tener noticia de la muerte de su esposa, Césarís se retiró á Sorrento con un nombre supuesto. Como médico hizo conocimiento con una boticaria de la ciudad. Esta señora era viuda y continuaba regentando la botica ayudada por un mancebo.

La boticaria tenia una hija bellísima de la cual Césarís se enamoró perdidamente. Paulina no fué por su parte indiferente á la pasion del médico. Césarís no podia cumplir la palabra de casamiento que habia dado á la jóven porque esto le hubiese obligado á descubrir su nombre. Césarís tenia una organizacion especial y una sutileza extraordinaria. Además era ventrílocuo y sabia remedar la voz de todo el mundo, habilidad que le sacó de muchos apuros.

Césarís pidió una mañana la mano de Paulina á su madre, proposicion que halagó mucho á la buena señora.

—Mi posicion de médico, añadió, me obliga á no perder tiempo; es preciso que me vuelva á Nápoles á donde me llama mi numerosa clientela.

—Me permitiréis que consulte á mi familia, dijo la viuda.

—Vuestra familia no debe ni puede tener mas voluntad que la vuestra. »

La madre de Paulina vacilaba respecto al partido que debia tomar cuando de pronto se oyó una voz estraña que parecia salir de debajo tierra.

Te mando que dés á mi hija al doctor. Su marido será dentro poco rico y poderoso. Oye la voz de tu esposo que estará en el purgatorio hasta que tenga una posteridad numerosa que ruegue por su alma. »

La viuda, asombrada, no pudo articular una palabra; pálida y con los ojos alelados parecia escuchar todavia aquella voz terrible. La órden era formal y no podia desobedecerse.

La buena señora hizo llamar á un sacerdote que unió inmediatamente á los novios.

Despues de la ceremonia y en el momento que el sacerdote dirigia á los desposados una corta alocucion moral acerca de los santos deberes del matrimonio, una voz que parecia salir del techo dijo:

—Señor cura, no molesteis mas á esos jóvenes y practicad vos los preceptos del Evangelio.»

El eclesiástico levantó la cabeza, despues miró en todas direcciones, y aquella misma voz continuó diciendo :

—Id corriendo á la cocina de vuestra casa y vereis que vuestra ama Gabriela está asando una polla para vuestro almuerzo á pesar de ser dia de ayuno.»

Creyendo que era el diablo, el cura soltó el breviario y el registro y echó á correr.

Valiéndose de esta habilidad, Césarís habia cometido robos audaces mientras que con su valor tenia atemorizadas á las autoridades y aterrada á la policia. Su última hazaña fué robar dos mil ducados al prefecto de policia de Nápoles en su misma casa.

El prefecto tuvo desde aquel dia un miedo horrible y estaba siempre rodeado de agentes de policia. Una mañana me mandó llamar.

—Querido Rotoli, me dijo, es necesario que busqueis el medio de libertarme de ese malvado Césarís. Me ha robado dos mil ducados y me ha dejado escrita esta carta.

—Ya lo sabia.

—¿Cómo lo habeis sabido?

—Porque me consta que ciertos diamantes vuelven á estar en poder de la bailarina á quien los ocupó la policia.

—¿Cuántos hombres necesitais para apoderaros de Césarís?

—V. E. querrá decir cuantos ducados.

—Bien! ¿cuántos ducados?

—Cinco mil, y dentro de diez dias tendreis á Césarís.

—¿Muerto ó vivo?

—Como querais.

—Vivo.

—Lo tendreis vivo.

—Tomad los cinco mil ducados y dentro de diez dias me entregaréis al bandido.

—Adios, esclencia.

—Aguardad, he reflexionado una cosa: lo prefiero muerto. Ese diablo de hombre es demasiado temible. No vayan á cambiarse los

papeles y en vez de traerme vos á Césarís no sea Césarís el que me traiga la cabeza de Rotoli... añadió el prefecto riendo.

—No sería imposible, pero es poco probable.

—Entonces daos prisa; para cada día de menos hasta los diez, añadiré cien ducados.»

Retiréme de casa del prefecto con los cinco mil ducados en las faltriqueras sin saber todavía lo que debía hacer para coger al bandido. Fuime hácia el muelle de Santa Lucía y despues entré en la Villa Reale, paseo situado á la orilla del mar, en donde me sorprendió la noche pensando en Césarís.

Este hombre no era un bandido vulgar y la apuesta debía ser muy disputada. No conocia ninguno de sus flacos... y por otra parte no podia pensar en poner en práctica el medio tan gastado de seducir á la querida porque Césarís amaba entonces á su mujer hasta el delirio. ¿Qué debía hacer?

Sin tener nada pensado todavía, fuime á establecer á Fondi, esperando que allí descubriría alguna de las debilidades de Césarís. Hacia ya cuatro días que estaba allí y nada sabia todavía. Una noche ví á un campesino que me llamó la atención; este hombre venia al parecer de una confitería, pues llevaba en la mano una cestita de dulces. El campesino salia de la ciudad y le seguí un rato con la vista. Apresuré un poco el paso y le alcancé, pues cruzó por mi mente una vaga sospecha de que aquellas golosinas eran para la partida.

—¡Hola amigo! veo que estais de boda ó bautizo.»

El campesino se encogió de hombros y me dijo:

—Gracias á Dios no tengo mujer. La mejor del mundo no sirve sino para hacer cometer tonterías á un hombre.

—Entonces quereis hacer un regalo á vuestra querida, pues no puedo creer que un hombre coma esas fruslerías.»

El campesino murmuró entre dientes:

—Buen par de golosos son el marido y la mujer.

—¿Vais á la montaña? le dije:

El campesino me miró de una manera que queria decir:—«Si estuviésemos mas léjos de la ciudad te cortaría el pescuezo por curioso.» Al cambiar en aquel momento la cesta de mano, observé

que aquel hombre llevaba en el interior de la chaqueta una pistola y un puñal.

Al llegar á la primera senda le dí las buenas noches y me volví á Fondi. Dirigiéndome en seguida á casa del confitero supe por él que aquel hombre le tomaba diez libras de dulces dos veces por semana y que compraba con frecuencia los mejores pescados que salían al mercado. ¿Quién de los dos era el goloso, el marido ó la mujer? En mi concepto era Césarís; todos los médicos son mas ó menos aficionados al dulce.

Vestí un traje de campesino y monté á caballo de una mula llevando conmigo un cesto lleno de dulces de varias clases.

Las autoridades de Fondi sabían que Césarís acampaba con su partida en las cúspides de los Apeninos entre Frosinone é Itri, pero no conocían el sitio fijamente. Púsemme en marcha confiando un poco en mi buena estrella y la noche me sorprendió en medio de las montañas. Até la mula al tronco de un árbol y me senté al suelo junto al animal. De vez en cuando juraba como un carretero á quien se ha atascado el carro. En medio del silencio de la noche las palabras van muy léjos y esperaba que me oiría alguno de los bandidos que debían salir al merodeo. En efecto, no habia pasado una hora cuando tres hombres me quitaban un estuche de cirujano con adornos de plata y otras frioleras de algun valor. Dijeles que aquello me era indispensable para ejercer mi oficio y que por consiguiente me lo volviesen. Los bandidos se negaron á la restitucion y entonces les supliqué que me condujeran á presencia del jefe. Despues de vacilar algunos momentos me llevaron delante de una casita especie de choza oculta entre unas higueras. En aquella casita descansaban el bandido y su mujer. Empezaban á lucir los primeros albores de la mañana. Mientras que aguardaba que el jefe se levantase examiné disimuladamente los alrededores y las fisonomías de aquellos hombres de tipo siniestro.

Hacia una hora que permanecía sentado rodeado de seis ó siete de aquellos pícaros cuando ví que Césarís salía de la cabaña. Descubríme en seguida y empezó respecto de mí un exámen minucioso.

—¿Quién es ese hombre? preguntó á uno de mis guardianes.

—Un viajero á quien hemos sorprendido esta noche extraviado en medio de estas montañas.

—¿A dónde ibas por unos caminos que no conducen á ninguna parte? ¿Eres espía?

—Soy un pobre doctor de Terracina y me dirigia á Sezze á ver á uno de mis parientes que está enfermo de gravedad. Esos hombres me han quitado mi estuche y les he pedido que me condujeran á vuestra presencia, esperando que hareis el favor de hacérmelo entregar. »

Césarís examinó con atencion los instrumentos que contenia el estuche.

—Para ser un doctor pobre tienes instrumentos bastante ricos?

—Fué un regalo que me hizo un caballero napolitano á quien saqué seis meses atrás de una apoplejía que le atacó en Terracina.

—¡Diablo! debes ser muy hábil. ¡Qué casualidad! somos colegas, pues has de saber que yo soy tambien médico y que he ejercido la facultad en Roma. Ahora he cambiado de profesion y me dedico á otra cosa mas lucrativa. Vamos á almorzar y hablaremos. Despues te haré enseñar el camino.

—Gracias, pero quisiera pedirós un favor y es que mandeis retirar á esos hombres cuyas armas me hacen mucho miedo.

—¡Hola! muchachos; en marcha para las Lagunas Pontinas. La diligencia pasará á eso de las ocho y va en ella un judío de Ghetto que se dirige á Nápoles con un cofre muy provisto. »

El almuerzo no se hizo esperar. Sirviéronnos un cabrito asado el dia antes y una botella de vino. El almuerzo duró una hora en la cual hablamos de lo que ocurría en Nápoles.

—¿Qué dicen de Césarís?»

Los bandidos se parecen á las mujeres en que les gusta mucho que se hable de ellos.

—Dicen, respondí, que es el pícaro mas ladino que pisa la tierra y que seria necesario todo el ejército del rey de Nápoles para prenderle. Su Magestad se rió mucho con el robo que Césarís hizo al prefecto de policía. «Si yo tenia por ministro, añadió el Rey, un hombre como ese Césarís, los estados napolitanos quedarian en veinte y cuatro horas limpios de bandidos. »

—Su prefecto de policía es un necio; si yo queria ocuparme en las cosas de la capital, me atreveria á llevarme un dia al Rey y á sus ministros.

—¿Segun eso, sois Césarís! exclamé como asustado.

—Servidor vuestro, contestó riendo.

—Entonces volvedme la mula y el estuche.

—Aquí teneis el estuche, y vuestra mula está allí; podeis montar á caballo y tomar el camino de Sezze que es aquel que veis allá abajo, al pié de la cuesta.

—¿Estoy muy léjos de Sezze?

—Doce millas.

—¿Y de Terracina?

—Nueve millas. El sendero que teneis detrás va en derechura á la costa; no podeis equivocaros.

—Antes de dejaros quiero haceros un servicio en cambio de lo bondadoso que habeis sido conmigo. Bien considerado, sois un buen muchacho y sentiria que os sucediera una desgracia. Anteayer oí decir en Fondi que el gobierno napolitano iba á enviar contra vos al juez de Larino.

—¿Aquel que esterminó la partida de los Gabrielli?

—Ha jurado cogeros. Tened mucho cuidado, porque creo que el tal juez es el zorro mas astuto que cuenta el reino de las Dos Sicilias.

—No le temo.

—En cuanto á eso, vos sabreis lo que os toca hacer. Pero no olvideis que el miedo guarda la viña. A propósito, tengo allí una cestita de dulces que llevaba para los hijos de mi hermano. Es ya demasiado tarde para ir á Sezze y os los regalo para que los deis á los que me han hecho guardia esta mañana.

—Los acepto por ellos y por mí. A mi vez tengo que pedirlos tambien un favor.

—Deseo seros útil en algo, doctor Césarís.

—Me faltan drogas y desearia que me mandaseis algunas, pagándoos el importe, se entiende. Curo á todos los habitantes de estas inmediaciones y tengo por costumbre entregarles las medicinas despues de la visita.»

El bandido me dijo los ingredientes que necesitaba.

—Los tendreis mañana por la noche. Enviad á uno de los vuestros á Terracina á la farmacia de Rosolio.

—Gracias, doctor. Aquí teneis un salvo-conducto. Si alguna vez caeis en poder de los míos enseñadles este pedazo de papel.»

Este papel tenia impresos algunos signos cabalísticos parecidos á los de los monumentos egipcios.

Mientras teníamos esta conversacion, yo iba andando á caballo de mi mula; de Césarís estaba tan distraido y tenia tantas ganas de charlar que estábamos ya en el camino de Terracina despues de bajar la cuesta donde estaba situada la cabaña del bandido. Cuando Césarís hizo ademán de irse á despedir de mí le presenté mi caja de rapé diciéndole:

—¿Tomais polvo, doctor Césarís?

—Venga, contestó el bandido metiendo sus dos dedos en la caja.

—Es rapé del mas rico de Francia, probadlo, y si os gusta partiremos el bote que compré dias atrás á un contrabandista.»

Césarís tomó el polvo y yo hice otro tanto despues de haber dado disimuladamente la vuelta á la caja que era de doble fondo. Apenas aspiró el rapé el bandido empezó á tambalearse cogiéndose maquinalmente con las dos manos á las riendas de mi cabalgadura. Pasele en un abrir y cerrar de ojos por el cuello una cuerda con un lazo escurridizo que llevaba atada á la presilla de la silla y metí espuelas á la mula, que partió al galope por el camino de Terracina, llevándome al bandido medio suspendido y medio arrastrando.

El tabaco que habia aspirado Césarís contenia un narcótico activísimo. Cuando le ví medio estrangulado detuve la mula, y atándole de piés y manos lo atravesé delante de la silla y volví á continuar mi camino. Eran un poco mas de las dos de la tarde cuando entraba en Terracina. Para mayor seguridad me embarqué para Gaeta de cuya ciudad salimos para Nápoles, embarcados tambien, despues de haberme hecho dar cuatro gendarmes. Si hubiese ido por la carretera hubiera sido muy fácil que la partida, que debió salir en busca suya al echarle de menos, hubiese rescatado á su jefe con gran peligro de mi vida. Costóme mucho trabajo hacer volver en sí á Césarís. Debeis tambien suponer cuál seria su corage cuando se

vió en la cárcel. El bandido no podía explicarse cómo fuera conducido allí, pues sus ideas eran muy confusas y parecía haber perdido la memoria. Césarís fué juzgado y ahorcado. El rey de Nápoles me regaló en recompensa de este servicio esta bonita caja de rapé que veis en mis manos.

Los dulces que dejé al pié de la cabaña produjeron su efecto. Once bandidos y la mujer de Césarís que comieron de ellos murieron envenenados, de modo que cuando los gendarmes llegaron á aquel sitio tuvieron que dar sepultura á doce cadáveres medio devorados por los buitres.

La partida quedó desorganizada; los demás bandidos fueron cogidos fácilmente y sufrieron la misma suerte que su jefe.

Terminada esta historia el hombre de la barba hizo observar que la tempestad habia cesado y que era preciso disponerse para continuar el camino.

Al levantarnos de la mesa el Cazador de bandidos habia desaparecido sin saber cómo. Apenas observó la falta del anciano obeso, el de la barba cambió una mirada con un viajero que parecia inglés quien desapareció á su vez con el semblante lleno de inquietud.

—¿Cómo diablo me ha conocido? pensaba el hombre de la barba. No puedo engañarme. El Cazador de bandidos me ha descubierto ó sospecha quien soy.»

Mientras se enganchaban los caballos y se hacian los demás preparativos de marcha los viajeros se pasearon un rato por el magnífico jardin de la fonda y en seguida entraron en la sala para tomar el café. Los concurrentes empezaban á gustar el mas rico moka que puede encontrarse en Italia cuando el Cazador de bandidos volvió á presentarse seguido de algunos hombres.

—Señores, tengo el gusto de presentaros á estos amigos, dijo el anciano en tono bullicioso.

—Bienvenidos, contestó el de la barba, vuestros amigos serán los nuestros y en particular los míos. Brindo, señores, á la salud de ese caballero, añadió el de la barba señalando al anciano. Sus historias nos han complacido mucho, y puesto que nos falta todavía un cuarto de hora para ponernos en camino le suplico que nos diga algo acer-

ca de Gasparone quien, segun se dice, se encuentra hoy en poder de la policia.

El inglés que habia vuelto á entrar detrás del Cazador de bandidos hizo una seña al hombre de la barba cuyo brindis pareció sorprender al anciano. Este pareció reflexionar un momento y en seguida se fué á la ventana dando un golpe tan fuerte en el suelo con el talon que hundi6 un ladrillo.

A los pocos instantes penetraron en la sala diez hombres armados.

El hombre de la barba mirando de hito en hito al anciano juez le dijo:

—Caballero, me honrais demasiado. ¿Diez esbirros? no se necesitaban tantos.

—¡Y bien! ¿Qué os parece Gasparone? dijo Rotoli.»

Al oir este nombre temido todo el mundo se puso en pié asustado.

—¡Soberbia jugada! respondió Gasparone. No molestemos á esos señores. Soy vuestro prisionero: no tengo ganas de jugarme la cabeza.

—Declaro, dijo el inglés en un italiano chapurrado, que doy mil libras esterlinas de fianza para Gaispairone. Si quereis entregármelo doy por su persona dos mil... tres mil guineas ahora mismo. Gaispairone, tengo mucho gusto en conoceros. Si alguna vez vais á Inglaterra venid á mi casa y os ofrezco presentaros á todos mis amigos.»

Los alguaciles cercaron á Gasparone y le hicieron bajar al jardin: despues de amanillarlo bien le metieron en un coche tirado por cuatro caballos.

El Cazador de bandidos volvió á entrar en la sala y tomó su taza de café con la mayor calma del mundo como el hombre que acaba de hacer una buena accion.

—Señores, os habeis librado de buena, dijo el juez de Larino. No sabia que este pájaro estuviese aquí. Subí á la diligencia para ir á observar la partida de Gasparone que acaba de reorganizarse en las Lagunas Pontinas. El bandido ha venido á meterse en la boca del lobo y mañana se encontrará alojado en el castillo San Angelo. Sus compañeros no emprenderán nada sin él: por consiguiente, po-

deis atravesar las Lagunas sin el menor cuidado. Sin embargo, os aconsejaria que por prudencia permaneciéseis aquí hasta mañana despues de almorzar. Así en vez de encontraros en las Lagunas á las ocho de la mañana, en cuya hora os aguardan los bandidos, pasareis por allí de noche. Entonces se habrán tomado medidas y no correreis ningun peligro. Creedme, dijo el Cazador de bandidos, y salió de la sala.

El par de Francia hizo aceptar este prudente consejo á los demás viajeros. El nombre de Gasparone habia despertado el miedo en todos los corazones. Pasóse la noche hablando y jugando á los naipes y al dia siguiente despues de almorzar los viajeros se pusieron en marcha.

Gasparone toma el desquite.—Un asalto en las Lagunas Pontinas.

El coche se llevó á Gasparone maniatado y metido entre esbirros. El Cazador de bandidos se colocó en el cabriolé del conductor. Por via de precaucion, Rotoli tomó un camino de travesía para ganar la carretera de San Germano en vez de seguir la de Terracina, previendo que la partida podia aguardar á su jefe. El Cazador de bandidos esperaba encontrarse en Roma al dia siguiente á eso de las dos. El coche iba á escape á riesgo de reventar los caballos.

A las once de la noche el carruaje que conducia á Gasparone se encontraba cerca de Monte-Fortino cuando una descarga de fusilería hizo rodar por el suelo á los cuatro caballos. El carruaje se vió de repente rodeado por unos cuarenta hombres armados quienes despues de atar á los agentes de policia y al Cazador de bandidos les hicieron subir á cada uno en una mula. Gasparone libertado, por los suyos, tomó el mando de la gente.

Para comprender cómo Gasparone fué rescatado es preciso decir que entre los convidados de la fonda de Mola aquel que se hacia pasar por inglés era el segundo del jefe de bandidos. Bajo este disfraz pudo observar los movimientos de Rotoli y así que vió la direccion que tomó el carruaje que conducia á Gasparone, montó á caballo y fuese á apostar con sus compañeros en el sitio donde debian liberar á su jefe.

—La fortuna es caprichosa, dijo Gasparone al Cazador de bandidos.

—A cada puerco le llega su San Martín, contestó Rotoli. Vamos, veo que he perdido mucho; debí desconfiar del supuesto inglés.

—Soy muy modesto. La treta estuvo bien jugada y bien tomadas las precauciones; pero Gasparone no es Spatolino y no teneis bastante fuerza para competir conmigo. Soy mas ladino que vos, amigo. Os aconsejo que tomeis el retiro.

—Es precisamente lo que estaba pensando en este momento.

—Entre tanto me ocurre una idea que voy á realizar.

—Haced lo que gustéis; ya sé lo que me espera...

—Ah! No creais que quiera mataros! Contais historias demasiado bonitas. Os declaro que sin vos la vida de bandido seria demasiado monótona. Vais á montar en esa mula que tendré el honor de guiar por mi mano hasta las Lagunas Pontinas en donde los diamantes del par de Francia pasarán de sus cofres á mis faltriqueras. Para un hombre observador como vos, esto tendrá cierta originalidad.

El Cazador de bandidos se sonrió con aire maligno, sonrisa que á ser observada por el bandido le hubiera hecho adivinar tal vez el pensamiento que la provocára.

—En marcha, dijo Gasparone á los suyos, y paso vivo.»

Despues, deteniéndose de pronto, el jefe llamó á un bandido y le dijo:

—¡Vitripelli!

—¿Qué quereis, capitán?

—Aquí tienes esos cinco esbirros que me molestan, *haz tu negocio.*»

Esto queria decir, despáchalos para el otro mundo.

—¿Por qué ahora?

—Me estorban.

—Bah! mañana los colgaremos en los árboles de la orilla del camino.

—La idea es ingeniosa, pero tiene sus peligros. ¡Al avío, y poco ruido!»

Algunos minutos despues los cinco agentes de policía habian de-

jado de existir y sus cuerpos fueron escondidos entre unos matorrales.

La partida anduvo toda la noche y á eso de las diez de la mañana se encontraba en las Lagunas Pontinas, al pié de las montañas, y á tres kilómetros solamente de la Via Pia por donde debía pasar la diligencia y el coche del par de Francia.

Los bandidos ignoraban que los viajeros hubiesen pernoctado en Mola. Viendo que había pasado la hora y que la diligencia no llegaba todavía, Gasparone envió á uno de los suyos á tomar informes á una casa donde se cambiaba el tiro y supo que todavía aguardaban á los viajeros.

—Señor Rotoli, dijo Gasparone, ¿no podríais decirme la causa de este retardo?

—Sois muy original, Gasparone, ¡creéis que sois capaz de vender á veinte y cinco personas por salvar mi pellejo! ¡Os habeis equivocado!

—¡Tranquilizaos, señor! no quiero nada por fuerza. He dicho que os salvaria la vida, y nadie quebrantaré mis órdenes.»

Llamando entonces á su segundo, Gasparone le preguntó:

—¿Qué hizo el juez despues de meterme en el coche?

—Volvió á entrar en la Fonda para hablar con los viajeros, respondió el falso inglés con un acento italiano de los mas puros; pero ya comprendéis capitan que no pude seguirle, pues tenia miedo que ese maldito juez me descubriese.

—Ahora lo comprendo todo; sabiendo que mi gente vigilaba el camino este amable caballero habrá retardado la salida de aquellos señores. Para detener la diligencia bastarás tú con cinco hombres; á la señal convenida te enviaré refuerzo si lo necesitas. Con lo restante de la gente me iré á hacer los honores de la mesa al señor Rotoli. No abandoneis vuestro puesto; ya os mandaré algo para contentar el estómago.

Una hora despues Gasparone, su partida y el Cazador de bandidos, estaban sentados en el suelo atacando navaja en mano un robusto lechon asado.

—A vuestra salud, señor juez, decia Gasparone haciendo chocar alegremente su vaso de hoja de lata con el de Rotoli; éste, habiendo

tomado su partido lleno de resolucion, contestó de muy buen humor.

—Al placer que experimentaré el dia que pueda devolveros vuestro obsequio en el fuerte San Ángelo.»

Dejemos brindar á los bandidos y trasladémonos un momento á Mola.

La salida del sol acabó de disipar el miedo de los viajeros; ademas, el camino de Mola á Roma ofrece mucha distraccion y variedad de vistas. La noche trajo consigo nuevos recelos, pero la fatiga del viaje hizo que cada viajero tomase la posicion que le pareció mas cómoda para conciliar el sueño.

En Mola subió á la diligencia una señora que ocupó el único asiento vacío que habia en el carruage. Esta señora llevaba un traje muy rico, y á pesar de que cubria su cara un velo muy espeso parecia bastante joven. La nueva compañera no abrió la boca en todo el camino.

Todos los viajeros dormian excepto la señora y un estudiante que estaba enfrente de ella, quien, aprovechando la oscuridad y el silencio, parece que se habia permitido alguna tentativa imprudente contra su vecina, pues la misteriosa señora hubo de decirle:

—Caballero no soy lo que creéis.»

Al poco rato oyéronse juramentos y gritos. El conductor se lamentaba, los postillones estaban tendidos boca abajo en medio del camino, y los caballos desenganchados; todo esto fué obra de segundos.

El doctor aleman se despertó al oír aquella algazara y dijo con su flema nacional.

—¿Se ha roto algo? ¿Se va á cambiar el tiro? ¿Ocurre alguna novedad?

—¡Ah doctor! Veo tres hombres tendidos en medio del camino y caballos que andan solos.... ¿Sabeis lo que significa eso?

—¿Es posible? ¿Son realmente bandidos? ¡Se habrá escapado Gasparone de las uñas del juez?» El doctor soltó una estrepitosa carcajada.»

En este momento se abrió la portezuela de la diligencia por la cual se introdujo la cabeza de un hombre cuyo semblante era muy poco simpático.

—¡Abajo, señores y boca á tierra!»

A medida que los viajeros bajaban del carruaje se tendían boca abajo á la orilla del camino, los unos al lado de los otros, á fin de que se les pudiese vigilar mas fácilmente.

Los bandidos se pusieron á registrar los cofres con una actividad prodigiosa, y fueron tan galantes que no molestaron á ninguna señora. Esta escena duró desde la una hasta las dos de la madrugada. Nada absolutamente dejaron por escudriñar: faltriqueras, almohadones sombreroeras, etc. Reinaba un silencio profundo en las Lagunas Pontinas, interrumpido solamente por el ruido de las hojas de los árboles que agitaba una fresca brisa del mar. Los bandidos hablaban entre sí en voz baja y parecían tan impacientes y alarmados que cualquiera hubiese dicho que les asustaba su misma voz. Uno de ellos decia con frecuencia á sus compañeros como el que se acaba de llevar un chasco: *Credo che mi sono ingannato: dovevano essere solamente due*, é sono tre.... El viajero que oyó decir esto no podia comprender el significado de aquella exclamacion, aunque bien pronto debía salir de la duda.

Finalmente, no queriendo los bandidos mas que alhajas y dinero, despues de haberse asegurado por una nueva visita que nada habia escapado á sus investigaciones, llamaron al conductor de los vehículos.

—Vamos á alejarnos, le dijeron. Estos caballeros y esas señoras permanecerán en su actual posicion un cuarto de hora y despues podreis continuar vuestro viaje. ¡Adios señores!

Muerte del cazador de bandidos.

Antes de retirarse los bandidos oyóse la voz de Gasparone que dijo:

—¡Salud, señores y señoras! Os suplico que os levanteis y que perdoneis á mis compañeros el haberse visto obligados á molestaros.»

Al ponerse en pié los viajeros se quedaron estupefactos al ver que el que les habia dirigido la palabra era el hombre de la barba á quien arrestára Rotoli. ¿Cómo se encontraba allí? Entre tanto Gasparone preguntaba al conductor porqué el par de Francia no se encontraba en el carruaje.

—No ha querido venir con nosotros, señor: la aventura de ayer le hizo demasiado efecto.»

Gasparone arrugó las cejas y murmuró entre dientes algunas palabras que eran sin duda juramentos. Despues, con la sonrisa mas amable del mundo, dijo:

—Siento vivamente no poder permanecer mas tiempo en vuestra grata compañía. Riccio, dijo á uno de los suyos que tenia una antorcha encendida en una mano á favor de la cual pudimos conocer á Gasparone, deja la antorcha á esos señores.»

Cuando el jefe iba á desaparecer detrás de los árboles de la orilla del camino, el doctor alemán exclamó:

—Perdonad, señor Gasparone, quisiera deciros una palabra.

—Despachad pronto; ¿creo que sois médico?

—Para serviros.

—Gracias, amigo: me encuentro muy bien, y espero no morir de otra enfermedad que de esa. Gasparone señaló la boca de su carabina. ¿Qué quereis decirme, doctor?

—¡Por vida mia! ¿cómo escapásteis de las uñas de aquel *señor barrigudo* de ayer tarde?»

Gasparone se acercó á los viajeros y les dijo en voz baja.

—¡Cómo! ¿creísteis en aquella comedia? Necesitaba retardar vuestra marcha un dia. Mi partida estaba en aquel momento determinada, y como temia que el par de Francia se hiciese escoltar, queria tener reunida toda mi gente. El pretendido Cazador de bandidos era mi teniente; para convenceros de ello os lo voy á enseñar por medio de esta antorcha y vereis que está aguardando tranquilamente el final de esta espedicion. Va á tener un verdadero disgusto cuando sepa que no ha venido el par de Francia. Eso que no salga de entre nosotros, añadió Gasparone poniéndose un dedo sobre los labios, cada cual tiene su amor propio. ¡Buenos dias, señores!»

Cogiendo la antorcha, el jefe se dirigió hácia la orilla del camino á donde estaba el anciano, quien se sonrió despues que Gasparone le hubo hablado algunas palabras al oido.

En aquel momento se oyó un agudo silbido; á los pocos minutos de ocurrida aquella escena los bandidos habian desaparecido de nuestra vista y los viajeros se quedaron solos en medió de la carretera.

La mayor parte de los robados estaban fuera de sí: los unos rezaban y los otros juraban. Jacobo, el conductor de la diligencia, se acercó á los viajeros diciendo con hipócrita resignacion:—«Debemos dar gracias á Dios de haber escapado tan barato; al fin no han hecho mas que robarnos el dinero.»

En tanto que los postillones corrían detrás de los caballos que andaban sueltos por el campo, nos pusimos á levantar el primer coche que habia volcado sin saber cómo. Despues de esto cada cual se preparó á examinar el estado de su equipaje. La tarea era árdua en razon á que todos los objetos estaban esparcidos y revueltos en medio del camino. El exámen de la ropa se hacia á la luz de una linterna colocada en una de las ruedas del carruaje. Todos se agrupaban allí y los viajeros se codeaban para acercarse á la luz. Viendo uno de los viajeros que aquello podia durar veinte y cuatro horas, propuso hacer dos grandes líos: uno de toda la ropa de hombre y otro de toda la de mujer y al fin del viaje cada cual buscaria su propiedad. Esta proposicion fué aceptada.

El día empezaba á asomar por el horizonte y casi todos los efectos de los viajeros se encontraban ya en la vaca cuando vieron llegar dos coches, una berlina y un furgon que tuvieron que detenerse porque las diligencias saqueadas por los bandidos les impedían el paso. Eran los carruajes del par de Francia y su esposa que no quisieron aventurarse á pasar de noche las Lagunas Pontinas.

Al ver los carruajes del duque, aquel viajero que oyó esclamar á uno de los bandidos *Sono tre, é dovevano essere due* se esplicó el significado de estas palabras. El viajero dijo esto al par de Francia, quien á su vez refirió la escena de Fondi. Su correo de gabinete dijo que en todas las casas donde se cambiaba de tiro habia observado que los postillones se hablaban en voz baja. No quedaba la menor duda de que el duque habia salido espiado de Nápoles y que los bandidos esperaban robarle su caja de joyas al pasar por las Lagunas Pontinas.

Los viajeros continuaron su marcha á las cinco de la mañana y llegaron á las nueve á Cisterna sin ningun otro tropiezo. El estudiante habia dormido todo el camino y por mas que le llamaban no quiso salir del coche para almorzar. La primera persona á quien los viajeros encontraron en el comedor fué á la señora del velo que habia

subido á la diligencia en Mola. Era una anciana que pasaba de los sesenta: eso esplicó el sueño del estudiante al que oyó el coloquio amoroso del jóven y observó sus indiscreciones nocturnas con aquella señora que habia tomado por una bella sílfide.

El retardo de la diligencia habia llamado la atencion en la ciudad, así es que al ruido de los caballos y al chasquido del látigo de los postillones todo el mundo se asomaba á las ventanas. El conductor hizo su declaracion al magistrado y al poco rato marchaba al galope un destacamento de dragones. Cualquiera hubiera podido compadecer á aquellos pobres soldados que salian á perseguir á los bandidos bajo los rayos de un sol abrasador, sino hubiese sabido que á las dos ó tres millas de la ciudad los caballos pacerian tranquilamente en tanto que los ginetes dormian á la sombra de los árboles. Los viajeros continuaron su camino despues del almuerzo y al pasar por Albano, por Velletri y Gensano en todas partes vieron en movimiento al vecindario y hasta á las autoridades. Consistia aquella agitacion en que hacia muchísimo tiempo que los bandidos no habian dado en las Lagunas un golpe tan atrevido. Eran las seis de la tarde cuando los viajeros entraban en la Ciudad Eterna, en donde habia causado tambien grande alarma y sensacion el robo de la víspera.

Al dia siguiente, cuando el doctor aleman y algunos otros viajeros iban á visitar los monumentos de Roma, el doctor exclamó en medio de la calle de San Gregorio.

—¡Ah! ¡allí está!

—¿Quien?

—¡El supuesto Cazador de bandidos! Vos que hablais el italiano, dijo el doctor á uno de sus compañeros, llamad á la policía para que prenda á ese miserable.»

El viajero siguió el consejo del doctor y al poco rato los viajeros estaban rodeados de agentes de policía, incluso el juez, que se rió á carcajada tendida cuando supo que el doctor queria hacerle prender.

Bastó una palabra de Rotoli para hacer alejar á la policía y pronto supieron los viajeros todo lo que habia ocurrido desde que partió de la fonda de Mola el carruaje que conducia á Gasparone.

—Cuando me visteis á la luz de la antorcha del bandido, pro-

siguió el juez, tenía detras á dos satélites que me hubiesen despachado para el otro mundo al menor gesto, viaje que, como debeis comprender, no me conviene por ahora. Además me he empeñado en coger á Gasparone y entregarlo á las autoridades pontificias.

—¡Cómo! exclamó el doctor! ¿pensais en eso todavía?

—Mas que nunca, señores. ¡Adios! antes de poco oireis hablar de mí.»

Dos meses despues de esta aventura los diarios italianos anunciaban la muerte del Cazador de bandidos ocasionada por una calentura maligna. El diario insertaba una biografía interesante de aquel hombre, añadiendo que el señor Rotoli habia manifestado en sus últimos momentos el pesar de morir sin haber podido apoderarse de Gasparone.

Sin embargo, era preciso acabar con este bandido cuya audacia subió de punto con la muerte de Rotoli.

Nadie pasaba por el camino de Roma á Nápoles sin ser robado por los hombres de su partida. Gasparone tenia á contribucion á los viajeros á pesar de los dragones del Papa que eran batidos casi siempre por los bandidos. Para hacer transitables los caminos fué necesario apelar á un nuevo recurso.

Una mañana salió de Roma un cardenal, hombre de travesura y uno de los diplomáticos mas hábiles de la corte. El cardenal iba provisto de amplios poderes para tratar con Gasparone y dispuesto á aceptar sus proposiciones por disparatadas que fuesen. El prelado, sin mas escolta que su caudatario, fué á establecerse en Cisterna desde donde envió un emisario á Gasparone pidiéndole una entrevista.

Enorgullecido de tamaño honor, el jefe aceptó la proposicion haciendo decir al cardenal que la entrevista se verificaria en el sitio de las Lagunas que le indicaria uno de sus tenientes, quien saldria á recibirle al camino.

La entrevista tuvo efecto en campo raso. A pesar de que Gasparone ignoraba el lazo que se le tendia, no por eso dejó de tomar todas las precauciones aconsejadas por la desconfianza y la astucia. Era imposible sorprender á los bandidos. Despues de colocar centinelas á largas distancias y de reconocer el terreno minuciosamente,

la partida de Gasparone se dirigió provista de armas y municiones al lugar de la cita, punto elevado que dominaba todos los caminos y veredas que se dirigian á las Lagunas Pontinas.

El cardenal llegó al sitio señalado montado en una mula y acompañado de tres bandidos que Gasparone puso á su disposición. Apenas el cardenal se apeó de su cabalgadura, el jefe y los oficiales de la partida corrieron á arrojarle á sus piés. El prelado se sorprendió al verse rodeado de tan buenos cristianos... Los plenipotenciarios se sentaron sobre la yerba debajo de una encina corpulenta cuyo espeso follaje les ponía á cubierto de los rayos del sol.

Como gente que conocia el valor del tiempo, los preliminares fueron cortísimos. El jefe de los bandidos entró en seguida en materia con una franqueza y laconismo que dejaron admirado al cardenal. El prelado adoptó el mismo sistema.

—Excelencia, no soy Spatolino, y por lo mismo voy á presentaros las condiciones de la sumision, primeramente por lo que respecta á mi gente:

1^a. Completa y entera libertad, con garantía, cualquiera que hayan sido sus antecedentes.

2^a. Una pension de una piastra diaria para mí, media para cada uno de mis oficiales y tres paoli (1) para los demas individuos.

3^a. El perdon y la absolucion general de todos los pecadillos cometidos por esos señores desde su infancia, y el olvido de todo aquello que pudiera obligarles algun dia á dar cuentas á la justicia.

—Es lo menos que Su Santidad, añadió Gasparone, puede hacer por esos bravos dispuestos á abandonar la herramienta (la carabina) que les hace ganar su subsistencia.»

La pension y la libertad fueron concedidas despues de una breve discusion. Para engañar mejor á los bandidos, el cardenal se manifestó inflexible tocante á la absolucion... la que no se les podia conceder, segun él, sin haber antes hecho penitencia pública. Sin embargo, díjoles que esperaba alcanzar de la infinita bondad del Papa esa absolucion que imploraban aquellos valientes...

—Que anhelan entrar en el camino de la virtud, observó Gaspa-

(1) Seis reales.

rone y de los cuales algunos, disgustados y fatigados de esa vida azarosa y criminal, tienen intencion de tomar el hábito.»

El cardenal tuvo ganas de soltar la carcajada, pero afortunadamente pudo dominar su pasion de risa. Gasparone no quiso tampoco ceder por su parte; levantándose bruscamente declaró que nada habia de lo dicho si el cardenal no le juraba solemnemente el fiel cumplimiento del tratado, inclusa la absolucion.

—No tomareis á mal, Escelencia, que os recuerde lo que sucedió á Spatolino.»

Para salir del paso el cardenal propuso un término medio. Ofrecióles que se interesaria por ellos cerca de Su Santidad, pero con la condicion de que en aquel mismo momento la partida se dividiría y que una mitad, conducida por Gasparone, se dirigiria á Civita-Vecchia, mientras que la otra, á las órdenes del teniente, marcharia hácia Ancona.

—Allí recibireis probablemente la absolucion, prosiguió el cardenal, pero desde luego os aseguro que no os harán falta las pensiones. Ya comprendereis, Gasparone, que para que haya seguridad en el camino de las Lagunas Pontinas y restituir la confianza á los viajeros ni vos ni vuestros compañeros podeis permanecer mas tiempo en la montaña.

—Es verdad, dijo Gasparone.

—Antes que todo es preciso dar al Papa alguna prueba de sumision y de arrepentimiento; lo mejor que pudierais hacer en mi concepto es seguir mi consejo y poneros en marcha en seguida.

—Comprendemos perfectamente, señor cardenal, que en cambio de la pension, de la vida y de la libertad que nos concedeis, y sobre todo con las esperanzas que nos dais de recibir la absolucion, debemos dar al Papa una prueba formal de la sinceridad de nuestro arrepentimiento; pero ¿quién nos garantiza la fé del tratado?

—Me parece que deberia bastaros mi palabra; pero no quiero quedar mal por tan poca cosa; voy á firmaros la promesa que acabo de haceros.»

El cardenal hizo escribir por su caudatario los cuatro artículos propuestos por Gasparone, los cuales puso en manos del jefe despues de firmados y sellados, haciendo la correspondiente salvedad respecto á la absolucion.

Gasparone hizo que cada uno de los individuos de su partida besase la mano al cardenal y depositára las armas á sus piés en señal de sumision. En seguida descubrieron al prelado los sitios que les servian de refugio y al dia siguiente emprendieron la marcha para las ciudades que se les habian señalado.

Las autoridades de Civita-Vecchia y Ancona recibieron órdenes secretas acerca de lo que debian hacer y salieron á esperar á los bandidos á quienes recibieron con gran deferencia.

Luego que entraron en la ciudad las puertas se cerraron tras ellos; cuando los bandidos se apercibieron de que habian sido engañados, no era ya tiempo de pensar en la fuga. Los compañeros de Gasparone fueron acosados como animales feroces, cogidos y encerrados en las fortalezas. En vano invocaron la fé de los tratados y la palabra sagrada del cardenal; dejáronles blasfemar y jurar todo lo que quisieron.

A los pocos dias los habitantes de los miserables lugares que servian de refugio á los bandidos fueron trasladados á otros puntos y sus casas quedaron arrasadas. Las mujeres de los sometidos no pudieron volver á ver á sus maridos, y sus hijos fueron enviados á los establecimientos de beneficencia de Roma.

Gasparone fué encerrado en una fortaleza de Civita-Vecchia y el gobierno le perdonó la vida lo mismo que á sus compañeros. Sin embargo, su encierro debia ser perpétuo.

Pocos viajeros iban á Civita-Vecchia sin que fuesen á la fortaleza para ver al célebre Gasparone.

Al dia siguiente de su encierro el bandido recibió la visita de una persona cuya vista le causó no poco asombro.

—¡Por vida del diablo! exclamó, ¡Rotoli! ¿con qué no habeis muerto?

—Ni malditas las ganas que tengo de hacerlo, respondió el Cazador de bandidos riendo á carcajadas. Ya comprendereis, Gasparone, que para haceros caer en el mismo lazo de Spatolino era necesario que pasase por muerto á fin de no despertar vuestras sospechas. Viendo yo no habia medio de enviaros á un cardenal que era lo único que podia ensayarse con vos.

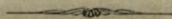
—Y bien, á fé de Gasparone os digo que no os quiero mal. Esta-

ba fatigado de aquella vida tan activa; voy á descansar ¿y vos?

—Por mi parte, dijo el Cazador de bandidos, os juro no volver á ejercer mi oficio mientras vos no tomeis otra vez el vuestro.

—Entonces preparaos á descansar todo el tiempo que os queda de vida.

EL BANDOLERISMO MODERNO.



EL BANDOLEIRISMO MOERANO

EL BANDOLERISMO DE 1860 Á 1862.

Háse visto ya lo que fué el bandolerismo en los reinados de José Bonaparte y Joaquin Murat; pudiera decirse que era el bandolerismo actual en mayor escala, mas cruel, mas terrible. En 1861 cayó en Nápoles el antiguo régimen como habia caído en 1806. Entonces el rey destronado se trasladó á la isla de Sicilia de donde no pudieron arrojarlo nunca los franceses, gracias á la proteccion de las escuadras de la Gran Bretaña dueñas entonces del Mediterráneo. En 1860 el nieto de Fernando I, destronado por la ambiciosa casa de Saboya, no pudo disponer de una sola isla donde refugiarse, porque esta vez los Borbones de Nápoles no contaban con la proteccion de los ingleses. Francisco II, abandonado en la desgracia por todos los potentados de Europa, encontró en 1860 un generoso asilo en Roma ofrecido por un anciano débil y achacoso, por el soberano mas grande de la tierra, sin embargo de que no cuenta con un numeroso ejército, y á quien solo la fuerza moral de cuatrocientos millones de católicos sostiene contra la fuerza física de potencias poderosas que no se atreven á consumir el último despojo.

El estado de completa desorganizacion en que quedó el reino despues de la caída de Francisco II, debia influir indispensablemente en el desenvolvimiento del bandolerismo, cuya fuerza no merece por ahora otro nombre por mas que se la haya querido revestir de cierto color político.

La contra-revolucion napolitana empezó en los Abruzzos asi que Garibaldi se vió detenido á orillas del Vulture por el resto del ejército que se mantuvo fiel á Francisco II. Si las fuerzas del Piemonte no hubiesen acudido al auxilio del dictador por el puerto de Nápoles y por los Abruzzos, la reaccion hubiera triunfado y el héroe de Marsala pudiera haberse dado por muy satisfecho si despues de rechazado del Vulture hubiese podido ganar otra vez la isla de Sicilia.

Aun cuando parte de los Abruzzos y de la tierra de Labor secundaron el movimiento revolucionario de las provincias del mediodía á la voz del intendente de Téramo, Pasquale Virgili, los pueblos de la montaña se mantuvieron fieles á la causa de su rey. Quedaba todavía en el corazon de aquel país el fuerte de Civitella-del-Tronto situado sobre la cúspide de una elevada masa de rocas, fuerte inexpugnable y que contaba con una guarnicion resuelta á defenderse. Esta fortaleza se habia hecho ya célebre en otro tiempo por haber rechazado los ataques del duque de Guisa. En 1805 resistió por espacio de muchos meses con un puñado de defensores un sitio regular puesto por un ejército franco-italiano: el fuerte se rindió cuando la guarnicion quedaba reducida á siete hombres.

Si la fortaleza de Civitella-del-Tronto era en 1860 completamente inútil para la defensa de un reino cuyas fronteras estaban abiertas por todas partes, era sin embargo un recurso para los borbónicos, con el cual podian tener en continua zozobra la provincia de Téramo. Además, desde el principio de la revolucion se habian acogido en aquel fuerte algunos centenares de gendarmes de los que hacian el servicio en la provincia. A penas esta parte del reino quedó sometida al nuevo gobierno por el frenesí revolucionario, los partidarios de Francisco II creyeron que los Abruzzos, por su proximidad á Roma y por las simpatías que la dinastía destronada tenia en el país, era la provincia en donde con mejores probabilidades de éxito podia intentarse una reaccion á la cual servirian de base Civitella-del-Tronto y su guarnicion. La llegada de Víctor Manuel al reino de Nápoles interrumpió por algun tiempo los trabajos de los borbónicos, pero la presencia del soberano piemontés los facilitó despues, puesto que todas las fuerzas de Téramo le acompañaron hasta Cápua.

La revolucion borbónica estalló el 19 de octubre, dos dias antes de la votacion del plebiscito que debia anexionar el Estado mas grande de Italia al exiguo Piamonte. Los gendarmes salieron del fuerte de Civitella con banderas borbónicas, y, á la señal convenida, los montañeses de toda la línea de los Apeninos que separan la provincia de Téramo de la de Aquila, se precipitaron á la llanura. Al principio la revolucion triunfó por do quier que se presentó y apoderándose de las primeras ciudades de la provincia restableció en ellas á las autoridades destituidas por la revolucion.

En octubre de 1860 la reaccion presentaba en los Abruzzos un carácter imponente, mucho mas cuando Francisco II se defendía todavía con buena fortuna en la orilla derecha del Vulturno, apoyado en la respetable plaza fuerte de Cápua. Además de esta línea quedaba al rey de Nápoles Gaeta, la primera fortaleza del reino, defendida por un ejército numeroso. El movimiento borbónico de los Abruzzos era una protesta contra el plebiscito, contra ese acto destinado á borrar la nacionalidad napolitana y convertir á la nacion en una provincia piamontesa. Los montañeses de los Abruzzos estaban pues en su derecho, como lo estuvieron en 1808 los catalanes al atacar á los franceses en el Bruch, á pesar de haberse apoderado de la capital de la monarquía y de haber sentado en el trono á un hermano de Napoleon I.

Los borbónicos de los Abruzzos triunfaron de los unitarios del país y faltó muy poco para que se apoderasen de Téramo, capital de la provincia. Batieron en todos los encuentros á los guardias nacionales que las autoridades enviaron en su persecucion, hasta que las fuerzas del país fueron apoyadas por las tropas regulares del Piamonte. Los montañeses se vieron arrojados de su base de operaciones, que era el fuerte de Civitella, y separados de los gendarmes que sirvieron de núcleo á aquel movimiento: retiráronse despues poco á poco hácia las sumidades de los Apeninos en donde se sostuvieron mucho tiempo y desde las cuales hacian frecuentes escursiones á los valles.

Viendo los montañeses que las demás provincias del reino se mantenian tranquilas y que la causa del Rey iba cada dia de mal en peor, se sometieron paulatinamente ó se retiraron á sus casas, que-

dando únicamente en la montaña los fanáticos y aquellos que habiendo cometido algun exceso temian verse despues perseguidos por la justicia. Estos hombres se balian con valor y hacian experimentar frecuentes descalabros á las fuerzas que les perseguian por las escabrosidades que les servian de albergne. Finalmente, para no desacreditar á los piemonteses y quitar al mismo tiempo toda esperanza al país, el gobierno se resolvió á mandar á los Abruzzos una fuerza imponente á las órdenes del severo general Pinelli.

El general piemontés quiso primeramente apoderarse del fuerte de Civitella-del-Tronto, pero, estrellándose sus esfuerzos contra esta posicion inespugnable, levantó el sitio para emprender la persecucion de las partidas borbónicas que habian quedado en Valle-Castellana. Preciso es decir que si bien estas partidas defendian la causa de Francisco II, habian perdido una gran parte de su legalidad política tanto por los excesos á que se entregaban como por los antecedentes de los jefes que las dirigian. Es una cosa verdaderamente notable que ni en el movimiento reaccionario de los Abruzzos, que fué al principio muy imponente puesto que llegó á contar con algunos miles de hombres, ni en ninguno de los que estallaron antes y despues de abandonar Francisco II la plaza de Gaeta, se vió al frente de los borbónicos á ningun hombre conocido por su posicion ó por su prestigio, á ningun personaje militar ni civil. ¿A dónde estaban los servidores del Rey? ¿Qué hacian tantos servidores á quienes el padre de Francisco II colmára de bienes y honores? ¿No contaba entre sus generales, entre sus hombres políticos, entre los amigos de su dinastía con una persona adicta que llevase la autoridad de su nombre á la importante revolucion borbónica de los Abruzzos? Desde el momento en que la Europa vió que se encargaban de defender al rey de Nápoles aventureros estraños ó jefes de bandidos, creyó muerta la causa de Francisco II. No se levanta un trono caído con tan débiles y carcomidas palancas.

El general Pinelli publicó en los primeros dias de su mando en los Abruzzos aquel terrible bando, que tanto eco hizo en Europa, amenazando fusilar á todo el que cogiese con las armas en la mano. A esto y á los resultados poco satisfactorios de sus operaciones contra las partidas borbónicas debió el general piemontés su relevo. Es

verdad que Pinelli con sus fusilamientos logró bastantes sumisiones, pero nada pudo contra los hombres comprometidos que quedaban en las partidas. Las circunstancias y la falta de recursos obligaban á los insurrectos á saquear así á los amigos como á los enemigos, y la resistencia perdió por grados el carácter político hasta degenerar en bandolerismo.

El fuerte de Civitella-del Tronto seguia defendiéndose y se sostuvo aun mucho tiempo despues de la rendicion de Gaeta y de Messina. Cuando estuvo todo perdido y cuando no quedaba á sus defensores la mas remota esperanza de ser útiles á la causa de su Rey, este puñado de soldados valientes y pundonorosos hicieron una capitulacion honrosa y abandonaron el último asilo en donde tremoló la bandera de Francisco II.

El borbonismo puramente político quedó muy mal parado en los Abruzzos despues de la capitulacion del fuerte de Civitella; sin embargo, la Tierra de Labor y toda la línea napolitana que confina con los Estados romanos eran á cada momento invadidas por partidas mas ó menos numerosas organizadas en el territorio pontificio, partidas de elementos heterogéneos formadas de borbónicos de buena fé, de aventureros calaveras y de gente de mala vida. Algunas de estas partidas llegaron á ser imponentes, si bien sus hechos quedaban oscurecidos porque todo el mundo tenia entonces fija su vista en los últimos episodios del sitio de Gaeta. Esta fortaleza se resistia todavía cuando estos partidarios empezaron á entrar en el reino de Nápoles por los Abruzzos.

A la cabeza de estas partidas figuró un aleman que se hacia llamar Lagrange aun que su verdadero nombre era Kleischt. Al penetrar en el territorio napolitano este jefe anunció á los pueblos que habia entrado por Téramo un cuerpo de ejército austriaco. Al principio produjose en el país cierta agitacion; pero las tropas piemontesas que le salieron al encuentro, obligaron á Lagrange á volverse á los estados Romanos.

Tampoco fué mas afortunado un abogado napolitano llamado Giorgi, que invadió repetidas veces las provincias napolitanas fronterizas. Este guerrillero fué derrotado por los piemonteses en las alturas de Scurgola, en las inmediaciones de Tagliacozzo. Los prisioneros

borbónicos fueron fusilados en varios pueblos: habia entre ellos un español, antiguo capitan carlista y despues zuavo pontificio, que fué pasado por las armas en Tagliacozzo con un oficial y un cabo procedentes del antiguo ejército napolitano. Giorgi pudo ganar la frontera romana.

A principios de 1861 Mr. de Christen, con una columna formada de gentes de diferentes naciones, intentó una invasion en el rei- de Nápoles. Perseguido por el general de Sonnaz hasta dentro de los mismos Estados romanos aquel jefe fué cercado en Bauco por los piemonteses. Despues de rechazar su ataque consintió en una negociacion ofreciendo no volver á tomar las armas contra la causa italiana. Sin embargo, el conde de Christen invadió aun diferentes veces el territorio napolitano si bien siempre con mala fortuna. Despues se dirigió á la capital con pasaporte ingles bajo un nombre supuesto y al poco tiempo fué descubierto y preso por la policía.

El 13 de febrero de 1861 terminó el sitio de Gaeta con la capitulacion de la plaza y sus fuertes y puede decirse que entonces concluyeron tambien las expediciones borbónicas. Francisco II publicó una proclama-circular que insertaron varios periódicos, anunciando á sus partidarios que les dispensaba de unos servicios que creia inútiles en lo sucesivo. Las grandes poblaciones empezaron á disfrutar tranquilidad, pues con la caída de Gaeta dieron fin las operaciones militares en grande escala por ambas partes, y quedaron únicamente en el país las partidas que han venido infestándolo siempre, partidas que si bien es verdad que recogieron la bandera caída de la dinastía borbónica, su principal objeto era vivir sobre el país. Veamos ahora qué clase de gente formaba las guerrillas que quedaron en el reino de Nápoles despues de la rendicion de Gaeta.

Cuando Garibaldi atravesó el estrecho de Messina para invadir el territorio napolitano, su marcha desde Reggio á la capital se verificó á paso de carga. Al atravesar los pueblos las huestes del dictador, abrianse las prisiones: todos los detenidos, sin mirar si eran criminales ó victimas hechas por la persecucion política de los últimos dias del mando de las autoridades borbónicas, se encontraron en la calle y libres en sus acciones. Casi todos estos hombres vistieron la blusa encarnada y siguieron los pasos del invasor, esperando que el

nuevo poder que se levantaba en Nápoles perdonaría ú olvidaría sus hechos pasados. Sin embargo, las esperanzas de aquellos patriotas improvisados se disiparon como el humo, á penas terminó el desgobernio de la dictadura. El gobierno de Víctor Manuel no solamente rehusó desde luego los servicios de los antiguos detenidos, sino que quiso averiguar los motivos de su prision á fin de establecer una línea divisoria entre los delitos comunes y los hechos políticos. Uno de los presos, Cipriano La Gala, despues jefe de una de las partidas mas temibles del reino, ofreció sus servicios á las autoridades de Nápoles, prometiendo perseguir al bandolerismo disfrazado con el nombre de borbónico. La autoridad, que tenia algunos antecedentes acerca de su vida pasada, lo mandó prender y lo puso á la disposicion de los tribunales.

No sabemos si esta resolucion fué demasiado atrevida, inoportuna, ó poco política; pero sí diremos que la prision de Cipriano La Gala fué el cañonazo que puso en alarma á todos los individuos que tenian cuentas pendientes con la justicia; estos hombres creyeron llegado el momento de buscar un asilo en la montaña á donde no alcanzáran las pesquisas de la policia, señora de las ciudades. He aqui el verdadero origen del bandolerismo titulado borbónico en 1861.

Estas partidas fueron al principio poco numerosas, pues solo se componian de veinte á cincuenta hombres que vivian ocultos en los grandes bosques ó en los montes mas escarpados de algunas provincias. La necesidad de procurarse provisiones obligó á estas partidas á molestar á los pueblos pequeños y caserios, y poco á poco se fueron envalentonando hasta atacar á los destacamentos aislados y á los nacionales entre los cuales habia alguno que por resentimientos ó poco afecto á los piemonteses facilitaban la sorpresa de sus compañeros.

En su primer período, el bandolerismo de 1861 sufrió una persecucion insignificante. El gobierno piemontés se encontraba en una situacion muy crítica respecto á fuerzas militares; el exceso de ellas le embarazaba y era un motivo de desórden y confusion en el ministerio de la guerra. A causa de los sucesos del Mediodía de Italia, el gobierno de Turin se habia encontrado de repente con tres ejércitos bien diferentes por cierto: el ejército piemontés, el de Ga-

ribaldi y el de Francisco II. El ejército borbónico era el que mas preocupaba al gobierno, puesto que casi todo él era prisionero de guerra. En Gaeta, Messina y otros puntos habian capitulado divisiones enteras compuestas de muchos miles de hombres.

Para quitarse de delante á tanto soldado inútil en aquellos momentos, el gobierno piemontés concedió dos meses de licencia á todos los individuos capitulados. Terminado este plazo, todos los que pertenecian á las quintas posteriores á 1857 debian presentarse para ingresar en el ejército piemontés y los demás tenian el derecho de reengancharse si querian continuar en el servicio. Este licenciamiento temporal fué una calamidad para el país, especialmente en las provincias meridionales. Aquella gran masa de hombres que se dispersó por todo el reino gastó en poco tiempo la cantidad que habia recibido cada uno al tomar su licencia y se encontró á los pocos dias sin tener de qué subsistir. Al tomar esta resolusion, el gobierno de Turin debió pensar que los soldados que licenciaba en masa procedian de un ejército desmoralizado por los últimos desastres de la monarquía y corrompido por los trabajos de la revolucion, que iba á soltar una plaga sobre el país conmovido todavía por los últimos sucesos.

Concluido el tiempo, los soldados licenciados del disuelto ejército borbónico no quisieron presentarse para ingresar en los regimientos piemonteses y muchos de ellos, acostumbrados á la vida ociosa de las guarniciones, no pudieron volver á sus antiguos hábitos porque les repugnaba demasiado el trabajo pesado del labrador. Así, pues, muchos de estos soldados ingresaron en las partidas de bandoleros y esto contribuyó á dar nuevamente un color político á los que se presentaron entre los insurrectos como defensores de Francisco II.

El bandolerismo en la Basilicata.

En la Basilicata ha habido bandidos en todos tiempos y bajo todos los gobiernos. Los robos cesaron en la provincia en 1860 á la aparicion de Garibaldi, pues la presencia del dictador en el reino de las Dos-Sicilias lo desorganizó todo, incluso el bandolerismo. Todos los hombres del reino se olvidaron de sus asuntos particulares

para fijar temporalmente la atencion en el héroe de Marsala y de Calatafimi, y muchos de los bandidos quisieron participar tambien de la gloria de salvar el país y del honor de vestir la blusa encarnada. En aquellos días el dictador necesitaba hombres armados y los admitia sin exigirles mas credencial que un fusil, un sable ó una pica.

Cuando Víctor Manuel se presentó á ocupar el puesto de Garibaldi, la mayor parte de los bandoleros de oficio se volvieron al teatro de sus pasadas hazañas á ejercer nuevamente su profesion y las autoridades oian sin sorpresa la relacion de unos hechos á los cuales estaban acostumbradas. No teniendo á la sazón el gobierno de Nápoles fuerzas de qué disponer, los bandidos ocuparon los bosques y las alturas de Melfi desde donde imponian contribuciones á los propietarios ó se apoderaban de las personas ricas que sorprendian salvando en una noche largas distancias, y exigiéndoles despues crecidas sumas por su libertad. Al principio la guardia nacional hacia algunas expediciones contra las partidas, pero el rápido incremento que éstas tomaron en poco tiempo obligó á la milicia ciudadana á limitarse á la defensa de sus poblaciones amenazadas. Los bandidos dominaban completamente el país y no tardaron en ponerse de acuerdo con los jefes de la reaccion política.

Los reaccionarios propalaban los mas absurdos rumores para hacer prosélitos, asegurando á los crédulos habitantes de los pueblos de la montaña que Francisco II habia desembarcado en las costas del reino acompañado de un cuerpo de ejército austriaco. Engañados por estas falsedades, reuniéronse á Carmine Donatelli, conocido por el apodo de Crocco, algunos jóvenes del país; su partida presentó un total de cuatrocientos hombres.

Crocco tomó el título de general y se hizo un jefe temible, teniendo á sus órdenes como á segundos á Vincenzo Nardi, á Michele La Rotonda y á Giuseppe Nicola Somma, bandidos de profesion. Crocco sorprendió la pequeña ciudad de Ripacándida y á los nacionales que estaban de guardia antes de que tuvieran tiempo de ponerse en estado de defensa. El capitan de guardia, que fué el primero que salió al oír los gritos de los hombres de Crocco, murió de una descarga. Dueño completamente de la poblacion, Crocco mandó tocar

las campanas, obligando á los vecinos á que pusieran banderas blancas en los balcones y ventanas; nombró en seguida un gobierno provisional y para celebrar dignamente el triunfo hizo cantar un *Te-Deum*. Estos sucesos ocurrían en la Basilicata á primeros de abril de 1861.

Ripacándida tuvo dos dias de grandes fiestas; hubo iluminaciones, fuegos artificiales y por conclusion impuestos forzosos. En aquellos dias se pronunció tambien el pueblecillo de Ginestra y la importante ciudad de Venosa que, sobre tener algunos miles de habitantes, es uno de los obispados mas antiguos de Nápoles. El subintendente de Venosa supo algunos dias antes que la ciudad debia ser atacada y pidió tropas á Nápoles; entre tanto reunió la fuerza de la guardia nacional de los pueblos inmediatos. Construyéronse barricadas en las bocas calles y fortificáronse algunos edificios.

En la mañana del 10 de abril, Crocco, que estaba en connivencia con una parte de la poblacion, se presentó en sus inmediaciones. Al tener noticia de su aproximacion, una columna de nacionales que habia salido de la ciudad retrocedió presa de un pánico, diciendo que se acercaba una division reaccionaria de muchos miles de hombres. Sin embargo, las autoridades despues de celebrar un corto consejo de guerra resolvieron defenderse y los nacionales se distribuyeron por las barricadas, ocupando además el campanario y el palacio.

Crocco se presentó á las puertas de la ciudad con unos seis ó setecientos hombres mal armados. Cuando los reaccionarios vieron que la puerta por donde querían entrar estaba defendida, se dirigieron á otra en la cual observaron que algunos hombres les hacían señas con pañuelos blancos. Al llegar á ella fueron recibidos con vivas por un grupo de gente del pueblo que les facilitó algunas escalas para que subiesen por la muralla. Los nacionales que habia en el campanario querían hacer fuego, pero contuviéronles las súplicas de algunos vecinos quienes les hicieron observar que iban á comprometer la existencia de la poblacion.

El general Crocco decretó el saqueo de las casas cuyos dueños eran tenidos por unitarios, y ocurrieron en la ciudad escenas sangrientas y desórdenes de todo género que alcanzaron finalmente á las familias de opiniones borbónicas. Quedaba todavía el palacio ó

castillo feudal cuyos defensores habian hecho fuego á los reaccionarios. Crocco les envió un parlamentario ofreciéndoles que cesaria el saqueo en seguida que se rindiesen; los nacionales entregaron las armas, pero el saqueo continuó como antes.

A fin de que no decayese el entusiasmo de los borbónicos de Venosa, Crocco inventó algunas farsas ridículas. A la mañana siguiente hizo formar delante de su casa unos doscientos soldados del extinguido ejército borbónico los cuales salieron de la ciudad batiendo marcha y con bandera desplegada «para ir á recibir al general Bosco que debia llegar de un momento á otro á la cabeza de su ejército.»

Al otro dia llegó á la plaza mayor un soldado borbónico cubierto de polvo y al parecer muerto de cansancio. La gente se apresuró á formar corro en torno suyo.

—¿Qué hay? ¿De dónde vienes?

—Vengo de Nápoles. ¡Gran noticia! Nuestro amado rey vuelve á ocupar el trono de sus antepasados.»

Esta noticia produjo una alegría frenética entre la plebe de Venosa.

En la mañana del 14 el general Crocco pasó revista á su division, y emprendió la marcha hácia Ripacándida llevándose veinte mil ducados. Despues de la salida de los reaccionarios, el populacho de Venosa acabó de saquear en las casas de los unitarios lo poco que habia dejado la gente de Crocco.

El dia 16 llegó una fuerte columna de nacionales de infantería y caballería que fué recibida, como Crocco, con repique de campanas y aclamaciones. Los mismos que gritaron cinco ó seis dias antes «¡viva Francisco II!» gritaban tambien ahora «¡viva Víctor Manuel!»

El triunfo de Crocco en Venosa arrastró á la contrarevolucion á los pueblos de Lavello, Avigliano, Ruoti, Caraguso, Calciano, Rappolla, Atella, Barile, Rionero, Grassano, Santo-Chirico y otros de menor importancia. La guardia nacional de todos estos pueblos fué desarmada sin disparar un tiro y todas estas armas sirvieron para los reaccionarios. El populacho de estas localidades habia facilitado la entrada de Crocco sublevándose contra las autoridades al tener

noticia de su llegada ó abriendo alguna puerta falsa á su gente si la guardia nacional se preparaba para la defensa. Todos los habitantes de la comarca estaban provistos de banderas blancas y tricolores y adornaban sus casas con las primeras si entraban los reaccionarios y con las tricolores si se presentaba alguna columna de nacionales ó de piemonteses.

Sin embargo, ningun pronunciamiento fué en aquellos dias tan ruidoso como el de Melfi, por la posicion y la importancia que esta ciudad tiene en la Basilicata. El movimiento de esta ciudad fué aristocrático y llevado á efecto con toda la pompa y ceremonia posibles. La entrada de los reaccionarios en Melfi no fué una invasion violenta como la de los demás pueblos, ó una venta de la plebe para entregarse al desórden y al saqueo confundido con los invasores, sino el resultado de una conspiracion que llegó á término con todas las reglas del misterio y por sus pasos contados.

Melfi es una ciudad histórica que goza de cierta celebridad por haber figurado poco ó mucho en todas las guerras antiguas y modernas. Posee una ciudadela, una catedral bastante notable, y es al propio tiempo obispado. Su poblacion no baja de siete mil habitantes y por consiguiente es la ciudad mas importante que despues de la caida de Francisco II se pronunciára á favor de la dinastía proscrita. La revolucion de esta ciudad, escitada por los hidalgos, tuvo un carácter particular por la moderacion con que se efectuó.

Las familias distinguidas de la ciudad, que permanecieron fieles á la dinastía borbónica, creyeron posible una restauracion. Cuando los realistas de Melfi supieron, la entrada de Crocco en Venosa le mandaron algunos emisarios para ponerse de acuerdo con él. En cuanto al pueblo bajo, atrajéronle con facilidad á sus miras dando como cosa segura la entrada de Francisco II en el reino apoyado por los austriacos, por la llegada de Bosco y el desembarco de partidarios del rey en muchos puntos del litoral.

El síndico, por su parte, trataba de hacer abortar el movimiento oponiendo mentira contra mentira y preparando alojamiento y raciones para una columna de tropas que no debian llegar.

La revolucion estalló finalmente el 12 de abril. El pueblo se reunió en la plaza á los gritos de « ¡viva Francisco II! ¡mueran los uni-

tarios!» Abriéronse las cárceles y se hizo un auto de fé de los registros de la policía y de los procesos que se encontraban en estado de sustanciacion. La mayor parte de la guardia nacional, por miedo ó por simpatía, se unió á los sublevados. La reaccion alcanzó un triunfo completo; por do quier se veian ondear banderas blancas y hubo fiestas é iluminaciones. Los escesos fueron contados, limitándose al saqueo de alguna casa perteneciente á algun unitario intransigente. Nombróse en seguida un productador, se cantó un *Te-Deum* y se dispusieron raciones y alojamiento para el ejército borbónico que debía llegar.

El 13 por la noche Crocco entró triunfalmente en la ciudad; las autoridades le aguardaron en una de las puertas. Crocco atravesó la poblacion en medio de las frenéticas aclamaciones de la multitud. Al dia siguiente el titulado general Crocco repitió en Melfi sus grandes decretos de Venosa: impuso fuertes contribuciones, amenazando con pena de la vida á los morosos. Mientras permaneció en Melfi, este cabecilla fué un verdadero dictador.

El 18 Crocco supo que marchaba hácia la ciudad una columna piemontesa y la abandonó precipitadamente llevándose consigo el fruto de sus tres dias de mando. A la entrada de los piemonteses hubo en Melfi un cambio de decoracion. En todas las casas ondeaban banderas tricolores y á cada paso se veia espuesto un retrato de Víctor Manuel. El populacho volvió á recibir á su intendente, que se habia fugado por vía de precaucion, con el mismo entusiasmo que aclamára á Crocco tres dias antes y acompañó á los jefes de la reaccion á la cárcel con befas y silbidos. Lo mas notable de la poblacion de Melfi es que algunos dias antes de su pronunciamiento realista habia nombrado diputado á Guérrazzi, uno de los republicanos mas fulminantes de Italia.

La presencia de las tropas reanimó á los unitarios del país. La columna piemontesa, á la cual se agregaron los nacionales de algunos pueblos, emprendió la persecucion de los reaccionarios; alcanzados en Basile, fueron batidos y dispersados despues de algunas horas de combate, dejando muchos muertos y heridos en el campo. La persecucion continuó con actividad por algun tiempo, pero los reaccionarios se retiraron á los sitios mas escabrosos de la

provincia y solo aguardaban á sus perseguidores en puntos muy ventajosos. Las partidas reaccionarias de la Basilicata, diseminadas en pequeños grupos, continuaron la resistencia, sufriendo de vez en cuando algun descalabro, sorprendiendo ellas á su vez alguna columna pequeña ó desprevenida, y sosteniendo con mayor ó menor éxito esa guerra de guerrillas que parece interminable en la Italia meridional.

El bandolerismo en la Tierra de Labor.

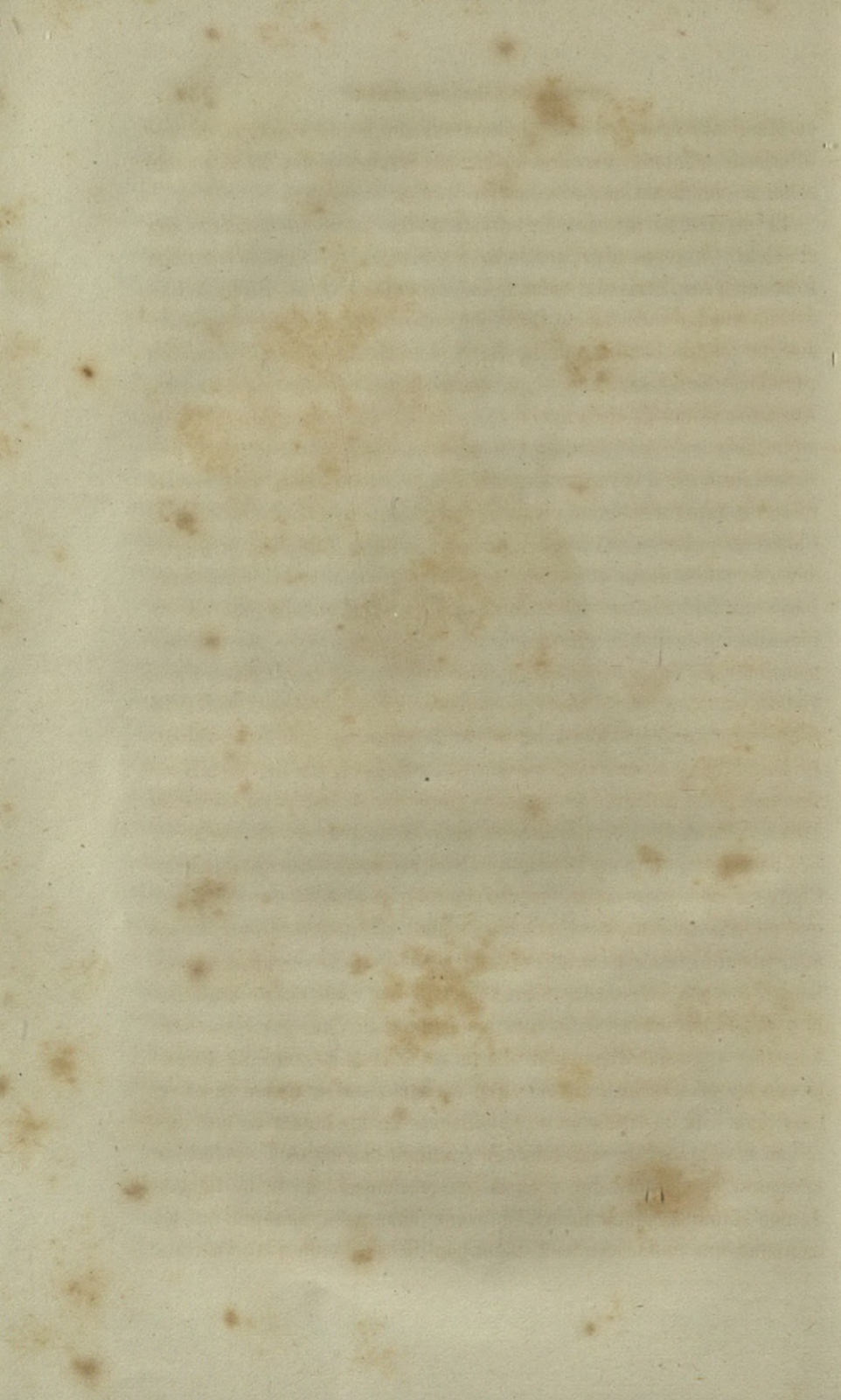
A fines de abril de 1861 el bandolerismo de la Basilicata habia menguado mucho con la persecucion que le atrajera la importancia misma que habia adquirido, pero no habia dejado de existir. En aquella provincia no han faltado nunca partidas mas ó menos numerosas desde últimos de 1860 hasta la fecha. La persecucion y la abundancia de tropas las obligó repetidas veces á fraccionarse ó á retirarse á los sitios mas apartados é inaccesibles de las montañas: entonces dejaban por algun tiempo de presentarse en los pueblos de alguna consideracion; pero cuando el gobierno, careciendo de noticias de las partidas y creyéndolas disueltas retiraba sus tropas á las grandes poblaciones, los reaccionarios volvian á salir de sus guaridas inaugurando su campaña con algun hecho ruidoso.

Sea como quiera, á fines de abril de 1861 el gobierno dió por pacificada la Basilicata, ora fuese que se formára realmente esa ilusion, ora que creyese con esto tranquilizar á la Europa respecto al estado de anarquía en que se encontraba la Italia meridional.

A los pocos dias de anunciada la pacificacion de la Basilicata, una noticia inesperada volvió á nublar el horizonte político del reino de las Dos-Sicilias. El lugar-teniente de Nápoles recibió un parte manifestándole que el 3 de mayo de 1861, sobre las dos de la mañana, se habian presentado doscientos hombres armados en Monticelli, lugarcillo de la Tierra de Labor, inmediato á la frontera pontificia. El comandante militar de Fondi envió contra los invasores una compañía piamontesa; pero habiéndose fortificado los reaccionarios en algunas casas del pueblo rechazaron esta fuerza despues de causarle bastantes bajas. Al dia siguiente se presentaron



Chiavone.



en Monticelli nuevas tropas piemontesas con algunas piezas de artillería de montaña, pero los borbónicos habian evacuado el pueblo al tener noticia de su aproximacion.

El jefe de esta invasion organizada en las fronteras romanas era el célebre Chiavone cuyas proclamas y correrías han ocupado con tanta frecuencia los diarios de todas las naciones de Europa. Se ha hablado con mucha variedad de Chiavone: unos le presentaron como un antiguo jefe de bandidos de la Italia meridional, y otros como un partidario decidido, lleno de prestigio en todo el territorio de los Abruzzos y sobre todo adicto á la causa de Francisco II. No faltó algun visionario que dando á Chiavone mayor importancia de la que realmente tenia, creyó que este era el génio llamado á sublevar el reino de Nápoles y el que debia restituir el trono á Francisco II. Chiavone no fué nunca bandido, ni se le conocia tampoco por hombre de malos antecedentes. Cuando la invasion de Garibaldi, aquel jefe era guardabosque del término de Sora. Vigoroso, ágil y de imaginacion brillante como buen meridional, su viveza parecia instruccion á los campesinos que oian con gusto sus anécdotas y las historias que les referia tanto del país como extranjeras. Chiavone solia leer algun periódico y esto le hacia pasar por hombre político. El guardabosque conocia á todos los carboneros de las montañas vecinas, á esa multitud de hombres que, como los pastores de la Italia meridional, pasan la mayor parte de su vida en el monte.

Cuando empezaron á formarse en Nápoles las partidas borbónicas, Chiavone reunió unos cuantos carboneros, y armándolos lo mejor que pudo se puso á su cabeza como jefe. El ex-guardabosque fué aumentando poco á poco su partida, y por mandato del comité borbónico se puso á las órdenes de Lagrange, un aleman que usaba este nombre de guerra, y del cual hemos hablado ya anteriormente. Lagrange tuvo que abandonar el país y Chiavone continuó recorriendo sin peligro un territorio que conocia perfectamente y en el cual tenia infinitas relaciones. Establecido en las montañas que dominan la comarca de Sora tenia en continua alarma esta ciudad de la cual se apoderó un dia, y en la que permaneció hasta la llegada de una columna piemontesa. Chiavone acampaba siempre en las montañas que lindan con los Estados pontificios; dándose la importan-

cia de un gran general y al mismo tiempo de político consumado, enviaba á los pueblos pomposas proclamas, órdenes y decretos.

El ex-guardabosque, amante de la celebridad, procuraba por todos los medios posibles que se hablase de él, y á esto debe atribuirse su manía de publicar manifiestos y toda clase de escritos. Cuando no podía hacer otra cosa, Chiavone enviaba parlamentarios á las guarniciones italianas de la provincia proponiéndoles capitulaciones honrosas, y amenazándolas de lo contrario con un próximo degüello. Sin embargo, el prometido ataque y asalto no se realizaba porque Chiavone no fué nunca amigo de empresas atrevidas ni siquiera dudosas. Su sistema de guerra eran las sorpresas y las emboscadas, y cuando se veía acosado pasaba la frontera pontificia y permanecía oculto por algunos días en algun bosque hasta que habia desaparecido el peligro. En aquella fecha parece que los destacamentos franceses que vigilaban los límites de los Estados romanos tenian orden de no ver entrar ni salir á las partidas reaccionarias napolitanas.

Chiavone hacia frecuentes viajes á Roma para conferenciar con los agentes borbónicos y recibir sus instrucciones. Cada uno de estos viajes le valia un ascenso, así es que el ex-guardabosque hizo una rápida carrera; Chiavone sabia darse importancia y ensalzar á los ojos del comité los servicios que prestaba en el reino de Nápoles. En pocos meses el afortunado cabecilla se encontró hecho teniente general con un real despacho firmado por el rey.

Chiavone no tenia mal corazon ni era sanguinario como algunos jefes de la Basilicata. Un día sus soldados le presentaron dos gendarmes piamonteses á quienes habian hecho prisioneros. Chiavone les convidó á tomar café; despues de proponerles si querian servir á Francisco II y de recibir una respuesta negativa, los dejó en libertad quedándose con sus armas y uniformes, y dándoles en cambio un traje de campesino napolitano. Los dos gendarmes se presentaron en Sora con el disfraz facilitado por Chiavone y un pasaporte, manuscrito notable por su laconismo. Decía así:

«Todas las autoridades, así civiles como militares, dejarán pasar á estos dos paisanos.

El general,
CHIAVONE.»

Si los soldados de Chiavone cometieron alguna vez actos de crueldad ó de venganza fué no estando presente su jefe. Este preferia imponer contribuciones á derramar sangre.

Parece que Chiavone habia tomado por modelo á Garibaldi y que trataba de hacerse popular á la manera de este caudillo. Nunca le faltaban proclamas para los pueblos, órdenes del dia para su partida, ni discursos cuando entraba en una poblacion. Su lenguaje y sus órdenes terminantes y lacónicas le daban el aire de un verdadero dictador. Este es el motivo porque se ha hablado mas de Chiavone que de los demás jefes de las partidas italianas, y sobre todo porque su proximidad á las fronteras pontificias le permitia enviar sus escritos á los diarios de Roma, de los cuales los copiaban los periódicos de las demás naciones.

Supúsose por algun tiempo que Chiavone fué general en jefe de todos los insurrectos del reino de las Dos-Sicilias. Esto no es cierto, en primer lugar porque este jefe no salió nunca de los Abruzzos, su país favorito, y despues porque las partidas de la Italia meridional no han obrado nunca de acuerdo, ni sus jefes quisieron reconocer á ningun superior comun que diese direccion á sus operaciones. Cada cabecilla habia formado su partida de la manera que habia podido, creyendo que esto le daba derecho á obrar por cuenta propia y á no obedecer á nadie ya que no podia mandar en jefe. Por eso el bandolerismo como partido político no ha podido llevar á cabo nada de provecho en el reino de Nápoles; esas partidas aisladas han tenido que ceder siempre ante las tropas piemontesas dirigidas por una accion comun. Quizá esto haya contribuido tambien á prolongar su existencia, puesto que su número desorientaba á los piemonteses en la persecucion, mientras que por otra parte la rapidez de sus movimientos y el conocimiento del terreno las ponia fuera del alcance de unas tropas regulares, nuevas en el país, á las cuales aguardaban únicamente en los pasos dificiles en donde podian ofenderlas sin ser ofendidas.

Cuando el señor Ponza de San Martino desempeñó la lugartenencia de Nápoles ensayó una política de conciliacion creyendo por este medio lograr la pacificacion del país. El señor San Martino dió fiestas semanales en el Palacio Real y admitió en ellas á los hombres

distinguidos de todos los partidos sin exceptuar á los borbónicos mas decididos. Sin embargo, esto no paralizó los trabajos de los comités realistas del interior que á favor de esta tolerancia pudieron continuar sus tareas con mayor regularidad. Estos comités dependian de otro central establecido en Roma bajo la presidencia y direccion del general Clary. Digamos cuatro palabras acerca de la organizacion de estos comités, puesto que su objeto principal era fomentar y sostener la reaccion armada en el reino de las Dos-Sicilias.

Además del comité borbónico establecido en Roma, habia otro en Nápoles que se entendia con el de las capitales de provincia y éstos lo hacian á su vez con los círculos borbónicos que residian en las ciudades de alguna importancia. Cada comité se componia de un delegado con su secretario, encargado de mantener correspondencia con los demás comités, de un canciller que firmaba con la antefirma de *copia conforme*, de ocho decuriones, que eran los hombres mas influyentes del país, de un cajero, cuatro censores, y de ocho diputados.

Los comités reclutaban todos los hombres que podian en estado de tomar las armas, y los enviaban á la partida mas inmediata despues de exigirles el juramento de ser fieles á la causa de Francisco II y de defender sus derechos hasta derramar la última gota de sangre.

No es posible admitir que esos comités se formáran la ilusion de restablecer á Francisco II en el trono, cuando este soberano no pudo evitar su caida pocos meses antes con elementos mucho mas vastos y poderosos, aun cuando la traicion les quitára gran parte de su fuerza. Creemos que el objeto de estos comités era mantener la agitacion en el reino, pues á hombres instruidos y de talento claro como al general Ulloa no se podia ocultar que los tiempos no eran á propósito para una restauracion, y mucho menos contando Víctor Manuel con el apoyo moral de la Francia y la Inglaterra.

En tanto que las partidas reaccionarias sostenian el espíritu de insurreccion y obligaban á las columnas piemontesas á cometer en los pueblos venganzas y represalias que les hacian odiosos al país, en la capital la prensa borbónica y la revolucionaria, cada cual á su manera, provocaban la resistencia del pueblo contra las medidas

de las autoridades, hasta que concluían por agotar el prestigio y la fuerza moral de los hombres públicos más distinguidos de Italia. No había lugar-teniente que pudiera resistir esa guerra sorda de todos los momentos, en la cual se esgrimían las armas de la mentira y del ridículo con esa inventiva inagotable de las imaginaciones meridionales. Esta guerra de la prensa producía resultados maravillosos teniendo detrás un pueblo dispuesto á creer todos los absurdos. Los hombres que el gobierno de Turin enviaba con la difícil tarea de organizar la Administración del reino de Nápoles, abandonaban su puesto descorazonados, no sintiéndose con fuerzas suficientes para luchar con la anarquía moral y material que lo infestaba todo. Estos gobernadores, salidos de la revolución, ni se atrevieron á anonadar el elemento revolucionario por no perder su popularidad, ni supieron tampoco explotarlo á su favor; con sus paliativos y sus medias tintas, lanzaron á la oposición al partido garibaldino muy poderoso en la capital.

Entre tanto el pueblo bajo, escitado y combatido por encontradas corrientes, acababa por amotinarse á cada momento, teniendo en continua alarma á la ciudad. Por otra parte las inoportunas reformas del gobierno de Turin, sus torpezas á causa del poco conocimiento que tenía del país, y sobre todo la miseria que la conmoción política atrajera sobre las clases proletarias de Nápoles, mantenían siempre en una actitud sediciosa á tanto obrero sin trabajo, y á tantos otros hombres que vivían á la sombra de la corte y de la nobleza de la capital. Una cosa solamente puede decirse que ha salvado á la ciudad de Nápoles de los males que la amenazaban con tanta frecuencia: el buen sentido de su guardia nacional. En todos los conflictos populares la milicia ciudadana, interponiéndose resueltamente entre el pueblo y los batallones piemonteses, evitó quizá que corrieran más de una vez raudales de sangre.

El sistema de conciliación que el lugar-teniente Ponza de San Martino ensayó para conciliar los partidos en la capital quiso ponerlo también en práctica respecto al bandolerismo. El señor de San Martino, hombre noble y honrado, se dejó seducir por una ilusión irrealizable inspirada por sus buenos sentimientos. El lugar-teniente pidió sesenta batallones para realizar su proyecto de pacificación.

Con estas fuerzas se propuso ocupar el país militarmente por zonas hasta relegar á los reaccionarios á las cúspides de las montañas que constituian su base de operaciones. Una vez conseguido esto, y privados de todo recurso, les hubiéra ofrecido un indulto y trabajo, proposicion que los insurrectos hubiesen aceptado, segun él, amenazados por el frio, el hambre y las balas; pero el gobierno de Turin no podía disponer entonces de sesenta batallones, y en tanto que el señor de San Martino teorizaba sobre la bondad de su proyecto las partidas aumentaron considerablemente en todas las provincias del reino. Esto, sin embargo, se explica fácilmente. La lugar-tenencia disponia á la sazón de escasas fuerzas, todos los trabajos estaban paralizados, los comestibles habian triplicado su precio, la miseria era mucha y el único medio de no morir-se de hambre era ingresar en las partidas reaccionarias que vivian sobre el país.

Las poblaciones en donde la guardia nacional era numerosa y que estaban en estado de defensa, eran las únicas respetadas de los borbónicos; pero en cambio entraban y salian sin el menor obstáculo en los pueblos pequeños, desarmaban á los nacionales, y el pueblo bajo les recibia con muestras de simpatía y con frecuencia les indicaban las casas de los unitarios que podian saquear. La guardia nacional de las poblaciones abiertas no queria comprometerse viéndose abandonada á sus propias fuerzas y cuando transcurrían á veces muchos dias sin que se presentase en la comarca ninguna columna piemontesa; así es que partidas insignificantes desarmaban á los milicianos sin que estos opusieran resistencia. En Vallerotonda, en la Tierra de Labor, diez y siete reaccionarios se llevaron ciento cincuenta fusiles de la guardia nacional.

Las autoridades de los pueblos recibian bien á los insurrectos, les facilitaban raciones y no podian obrar de otro modo en medio de su abandono. Esto las esponia á ser destituidas, pero los alcaldes ó síndicos preferian la destitucion del gobierno á ser fusilados ó quemados vivos, oponiendo una resistencia inútil á los reaccionarios. Los síndicos elegian el menor de los dos males, así es que cuando los invasores iban á salir del pueblo llevándose consigo cuanto querian, decian al jefe de la partida:

—Ahora voy á cumplir con mi deber de autoridad; voy á dar

parte de que habeis entrado en el pueblo. El jefe respondia:

—Está bien.»

Si se presentaba en el pueblo alguna columna piamontesa, el síndico decia al comandante que los reaccionarios se habian retirado al ver la actitud amenazadora de los habitantes.

A la llegada del general Cialdini á Nápoles casi todo el Mediodía de la Península italiana estaba infestada de partidas reaccionarias. Habíalas en los Abruzzos y en la Tierra de Labor, en las Calabrias, en la Basilicata, en la Capitanata, en la provincia de Salerno, en la de Molisa, en la de Avellino y Benevento. Habíalas tambien en las inmediaciones de Nápoles: una partida recorría las Camáldulas, otra muy numerosa tenia su cuartel general en la montaña de Somma, pegada al Vesubio, y otras se habian establecido entre Nola y Cancelló. La partida de Nola hacia á veces fuego contra los trenes del camino de hierro, y un dia, á mediados de junio, invadió la estación de Cancelló llevándose todo el dinero que habia en ella. El dueño de un café contiguo trató de echar á correr para dar el grito de alarma; los reaccionarios lo observaron y le mataron en el acto. Algunos dias despues la misma partida volvió á presentarse en el pueblo y entrando tranquilamente en el café sus individuos se hicieron servir licóres. Los borbónicos fueron obsequiados por los de la casa sin que nadie se atreviera á dar aviso á la guardia que se encontraba á muy corta distancia de allí. Uno de los concurrentes preguntó al mozo si eran aquellos hombres los que habian asesinado á su amo. Aunque al mozo le constaba que sí, respondió que no lo sabia: he aquí los efectos del miedo en el reino de Nápoles.

Los borbónicos dieron un golpe mucho mas atrevido en Caserta, sitio que puede considerarse como el arrabal aristocrático de Nápoles. Cipriano La Gala, hombre de malos antecedentes, pero titulado hoy general y jefe de una de las partidas napolitanas, se propuso libertar á un hermano suyo preso en la cárcel de Caserta. Reunió algunos individuos de los mas resueltos de su partida y los vistió de nacionales, poniéndose él la divisa de oficial. Una noche se presentó en la cárcel de aquella ciudad con su piquete de nacionales disfrazados, conduciendo á un hombre atado. Llamó al alcaide y cuando lo tuvo en su presencia, le dijo:

—Aquí os traigo á este tunante á quien acabo de prender ahora mismo. Cuidado, que es uno de los hombres mas temibles de la comarca.»

El alcaide dijo al oficial que entrase con el preso. Los pretendidos nacionales penetraron en el patio, cerrando la puerta trás sí. En seguida ataron al alcaide y á los carceleros y se hicieron acompañar al calabozo en donde estaba el hermano de Cipriano. Los reaccionarios pusieron además en libertad á una porcion de criminales que se unieron á la partida. Una patrulla de nacionales de Caserta que pasó por delante de la cárcel se detuvo enfrente de ella sospechando que ocurría algo en el interior del establecimiento. Al ver salir á los presos mezclados con los reaccionarios trató de detenerlos, pero una descarga de la gente de Cipriano dispersó á la patrulla, y él se volvió tranquilamente á la montaña. Seria necesario un volúmen inmenso para referir todas las estratagemas y todos los hechos audaces emprendidos por los jefes del bandolerismo napolitano.

A la llegada del general Cialdini á Nápoles todo el país estaba infestado de partidas de reaccionarios y de cuadrillas de bandidos. En el principado Ulterior los insurrectos eran dueños del país. El 7 de julio una partida numerosa, compuesta en su mayor parte de soldados del antiguo ejército napolitano, entró en Montefalcione á los gritos de «¡viva Francisco II!» Despues se dirigió á Montemiletto, Cándida, Chiusano y otros pueblos. La misma ciudad de Avellino se encontraba amenazada por los reaccionarios y por la plebe que estaba dispuesta á abrirles las puertas por medio de un motin. Al ver el peligro que corría la ciudad, el gobernador pidió refuerzos á Nápoles.

Quando los borbónicos entraron en Miletto algunos guardias nacionales mandados por un capitan se encerraron en el palacio de Fierimonte con cinco ó seis soldados piemonteses que habia en el pueblo. Los reaccionarios auxiliados por el populacho, atacaron el palacio; despues de un vivo fuego por ambas partes, los sitiadores pegaron fuego al edificio: las mujeres del pueblo llevaban las faginas. Al poco rato las puertas cayeron con estrépito y aquella multitud furiosa penetró en el palacio en donde pasaron á cuchillo á los

defensores y á cuantas personas encontraron dentro entre las cuales habia mujeres y niños. Las víctimas de esta carnicería fueron diez y siete y algunas sufrieron un verdadero martirio.

No habiendo recibido el gobernador de Avellino los refuerzos que habia pedido á las autoridades de Nápoles, formó una columna de guardias nacionales y batió á los insurrectos en las alturas de Cándida; en seguida se dirigió á Chiusano y de allí pasó á Montefalcione de donde fué rechazado por los borbónicos y por el populacho que arrojaba á los nacionales piedras y agua hirviendo desde las ventanas. El gobernador de Avellino se refugió con su columna en un convento de las inmediaciones del pueblo en el cual estuvo sitiado por espacio de dos dias, y hubiera caido probablemente en poder de sus enemigos sino se hubiesen presentado á libertarlo los húngaros de Garibaldi.

El gobernador atacó entonces con estas fuerzas á Montefalcione. Las represalias fueron sangrientas; unos treinta reaccionarios que se encerraron en una casa fueron todos pasados á cuchillo, y murieron fusilados algunos individuos de la poblacion de los que mas se habian distinguido en los sucesos de aquellos dias.

Con la presencia de las fuerzas llegadas de Nápoles la provincia se tranquilizó, los paisanos que habian tomado parte en la sublevacion volvieron á sus casas y solo quedaron en campaña las partidas primitivas contra las cuales era inútil la persecucion. El gobernador desarmó la guardia nacional de algunos pueblos y regresó á Avellino, dando por pacificada la provincia. En estas circunstancias fué cuando el general Cialdini se encargó de la lugar-tenencia de Nápoles.

El bandolerismo en tiempo del general Cialdini.

El gobierno piemontés echó mano del general Cialdini como de un recurso supremo para dar un golpe decisivo al bandolerismo y á la reaccion del reino de las Dos Sicilias. Pero la tarea del nuevo lugar-teniente era mucho mas árdua é iba mucho mas allá. No se trataba solamente de la cuestion de fuerza y de armas, la empresa del general Cialdini envolvia tambien un pensamiento político. A

mas de la destruccion de las partidas que recorrían la mayor parte del reino de Nápoles el general debia acabar con la conspiracion borbónica que tenia su cabeza en la capital y sus brazos en las provincias; debia destruir la desconfianza y el descontento que imperaran por do quier; debia reanimar el espíritu público abatido y desalentado en las ciudades y en los pueblos; debia atraerse la benevolencia del partido revolucionario enemistado con él á causa de sus desacuerdos con Garibaldi al dirigirse al cerco de Gaeta; y debia finalmente hacer creer á la Europa que era una verdad que los napolitanos estaban contentos de perder su antigua autonomia con tal de tener la dicha de formar parte de los dominios del rey de Cerdeña.

A pesar de los brillantes antecedentes militares de Cialdini y de sus recientes triunfos en Castelfidardo, en Ancona, en Gaeta y Messina, este hombre era poco popular en Nápoles. El general Cialdini con su cuerpo de ejército regular fué á atravesarse en el camino de Garibaldi y á echar sobre sus hombros la pesada carga de dar completa cima á la conquista del reino de las Dos Sicilias, en la cual se hubieran estrellado probablemente las fuerzas del dictador y de sus abigarrados voluntarios. La toma de Gaeta requería un sitio formal en el que debían combinarse con las fuerzas y la ciencia elementos de guerra que no poseía el héroe de Marsala. El sitio de Gaeta que duró algunos meses á pesar de la accion combinada de la escuadra y del ejército sitiador, hubiera sido eterno ó inútil abandonado á la discrecion de Garibaldi y de sus bisoños voluntarios. En el Vultureno, en donde la traicion se despidió del campo de Francisco II, hicieron alto los invasores; allí se acabaron las fáciles victorias; y la derrota que Garibaldi sufrió en Santa María de Caserta hubiera concluido con su espulsion del reino á no terciar en la contienda las fuerzas regulares del Piamonte que se encontraban de guarnicion en Nápoles. La casualidad que puso en frente á Cialdini y á Garibaldi por segunda vez en el reino de las Dos Sicilias, indispuso al primero con el partido de accion; este partido creyó que Cialdini fué á Nápoles á oscurecer la brillante estrella del ex-dictador, cuando, por el contrario, lo mas probable es que fué allí á evitarle un descalabro y á prevenir el eclipse total de este astro de la revolucion italiana.

La conducta del general Cialdini fué hábil desde el primer día. La proclama que dirigió á los napolitanos fué modesta y le atrajo muchas simpatías. Díjoles que sin ellos nada podía; indicó que quería castigar no solamente al bandolerismo y la reacción que se presentaban á combatir en las montañas, sino á los que los sostenían conspirando ocultamente en el seno de las ciudades. «Cuándo el Vesubio ruge, añadía Cialdini, Pórtici tiembla.» La frase es bella y de color meridional muy subido; pero no siempre las imágenes brillantes son comprendidas ni producen grandes resultados cuando el que las pronuncia tiene que habérselas con un enemigo que se evapora en el momento mismo que parece que va á recibir el golpe de gracia, con un enemigo que está en todas partes menos en donde se le busca ó donde se espera encontrarle.

Para combatir la reacción armada el general Cialdini no reparó en medios y podía hacer uso de su poder hasta donde se le aconsejase la conveniencia pública ó su conciencia, puesto que sus facultades eran ilimitadas. Además, siguieron á Cialdini numerosas tropas que escasearon siempre en el período anterior á su mando. El nuevo lugar-teniente quiso imitar un poco al general frances Manhés, pero los tiempos presentes eran muy diferentes de aquellos. Entonces cada nación tenía bastante qué hacer y en qué ocuparse dentro de sí misma; ahora toda la Europa tenía fija la vista en los sucesos de Nápoles y particularmente en su primera autoridad. Entonces el general Manhés obraba en un país conquistado; ahora los piemonteses habían ido á Nápoles «para arrancarlo del poder de la tiranía, para acabar en él el reinado de la arbitrariedad, y para sustituir allí el sangriento despotismo de los Borbones con el sistema benéfico y liberal de la casa de Saboya.» En tiempo del general Manhés no había prensa en Nápoles y solo la poseían algunas naciones contadas en Europa; en tiempo de Cialdini se publicaban en la capital de las Dos Sicilias muchísimos periódicos; y muchos diarios extranjeros tenían en ella redactores-corresponsales. Por consiguiente, los actos del general piemontés habían de ser conocidos y comentados; comentados con pasión por los partidos, pero con imparcialidad por la gran masa de hombres justos y pensadores de Europa.

La primera providencia del general Cialdini fué desplegar un rigor extremo contra los diarios de la oposicion realista; la mayor parte de ellos fueron suprimidos de real orden, y á donde no alcanzó la ley llegaron los motines populares tolerados que invadieron y destrozaron las imprentas y apalearon á los redactores. Al mismo tiempo se arrestaba en masa á todos los personajes militares, civiles y eclesiásticos, por elevada que fuera su condicion, por el mero hecho de creérseles borbónicos.

En cambio Cialdini tendió la mano al partido de accion, llamó á su lado á hombres que habian asustado á las autoridades pasadas y utilizó sus servicios. En seguida decretó la formacion de cuerpos francos voluntarios, y en pocos dias reunió catorce mil hombres entre los cuales habia muchos ex-garibaldinos y sobre todo jóvenes á quienes la falta de trabajo habia sumido en la mas espantosa miseria. Cialdini estudió la manera de hacerse popular en Nápoles, no perdonando medio para alcanzarlo, y lo logró hasta donde era posible en aquellas circunstancias.

Quedaba para el general la parte mas difícil, la represion del bandolerismo. Cialdini tenia á su disposicion un cuerpo de ejército regular numeroso, triple del que habian tenido sus antecesores, los catorce mil hombres de cuerpos francos y la guardia nacional movilizada.

El plan del general piamontés fué separar las partidas é impedir toda comunicacion entre ellas. Al efecto ocupó primeramente todo el país comprendido entre Avellino y Foggia, restableció lo mejor que pudo las comunicaciones con el Adriático, dejando aisladas las facciones de las provincias mas meridionales. Las partidas de la Calabria sufrieron una persecucion muy activa, pero cuando se vieron acosadas por tantas fuerzas se refugiaron en los bosques impenetrables de la Sila á donde fué imposible seguirlas.

En las provincias del centro y en las del Norte era todavía mas difícil el esterminio de los facciosos, pues si bien es verdad que el terreno no era tan favorable para ellas como el de las Calabrias, tenían en cambio la ventaja de poderse comunicar con las fronteras romanas por donde recibian armas y municiones. Las partidas de Avellino se habian dirigido á la provincia de Benevento en la que

invadieron algunos pueblos pequeños; atacadas por el coronel Negri se retiraron hácia el Norte para ganar las montañas del Matese. El general Pinelli recorría al mismo tiempo los llanos de las inmediaciones de Nola obligando también á los borbónicos á dirigirse á los montes.

Después de esto Pinelli se embarcó con sus tropas, y, dando la vuelta á la Península, fué á desembarcar en Viesti, en la Pulla. En seguida, á la cabeza de una columna de bersaglieri, salió en persecucion de los reaccionarios que se dispersaban á su vista para reunirse en otro punto convenido de antemano.

El 7 de agosto los borbónicos entraron en Pontelandolfo en donde fueron acogidos con grandes muestras de alegría por el populacho. Luego que estuvieron posesionados del pueblo constituyeron un gobierno provisional y se apoderaron de los fondos públicos. Casalduni y Campoléttere se insurreccionaron también al tener noticia de lo que ocurría en Pontelandolfo.

El 11, cuatro días después, se dirigió hácia este punto una columna piemontesa. A su vista todo el pueblo en masa corrió á las armas y salió al encuentro de esta fuerza en union de los reaccionarios. Atacados con ímpetu, los piemonteses tuvieron que refugiarse en una torre en la cual hacían una vigorosa resistencia. Habiéndoseles dicho que en Casalduni había tropas italianas, los sitiados trataron de replegarse á este pueblo. Esta fué una noticia falsa que los borbónicos hicieron dar á los piemonteses para que saliesen de la torre cuya ocupacion les hubiera costado mucha gente. Atacados vigorosamente en el camino por los borbónicos, acosados por todas partes por los habitantes de Pontelandolfo, y cortados por los de Casalduni que se habían emboscado en un punto ventajoso del camino, la columna piemontesa fué completamente degollada excepto un solo hombre que habiéndose salvado milagrosamente escondido en un vallado pudo contar después esta sangrienta historia.

El día 13 se presentó en Pontelandolfo y Casalduni el coronel Negri con una numerosa fuerza. El coronel reunió á las autoridades y les preguntó por la columna italiana; las autoridades respondieron que no existía de ella un solo hombre. El coronel pidió sus cuerpos;

respondieron que no sabian donde estaban. Los soldados de Negri salieron á explorar la campiña y encontraron en muchos sitios restos todavía ensangrentados de sus compañeros, y algunos cadáveres colgados de los árboles.

Los piemonteses regresaron furiosos á los dos pueblos y los incendiaron entregándose al mismo tiempo á crueles represalias.

El coronel Negri remitió al gobierno de Nápoles el lacónico parte siguiente:

« Quedan castigados los pueblos de Pontelandolfo y Casalduni. »

Entre tanto en las demás provincias las tropas piemontesas seguian dando caza á los borbónicos, pero éstos se habian refugiado en los sitios mas escabrosos del país y de esta manera se libraron de la destruccion. Durante esta ruda campaña los jefes piemonteses prendieron y fusilaron en los pueblos á cuantas personas eran acusadas de mantener relaciones con los borbónicos. Hubo por una y otra parte desmanes de todo género, venganzas y represalias; pero los piemonteses, á los ojos de la Europa, obraban con un rigor desmedido, pues habian olvidado que ellos condenaran poco antes este sistema empleado en menor escala por el gobierno caído, y que se presentaron en el reino con el nombre de libertadores y destructores de la tiranía.

Esta cruzada contra el bandolerismo político dió buenos resultados, puesto que contribuyó á disminuir mucho la fuerza de las partidas. Muchos de los soldados licenciados que se habian agregado á ellas en aquellos días porque con la escasez de tropas eran poco molestadas, todos aquellos jovenes que engañados por los rumores del proximo regreso de Francisco II habian tomado las armas alentados por los triunfos pasajeros de los borbónicos, no pudieron resistir las fatigas de la actual persecucion y se presentaron á las autoridades. Pero el núcleo de las antiguas facciones, aquellos hombres acostumbrados á esa vida de peligros, de combates y aventuras, aquellos hombres á quienes sus antecedentes no permitian otra alternativa que luchar ó morir, se quedaron en las montañas y como en los pasados días de mala fortuna se mantuvieron en las sumidades del Gárgano, del Matese, de Nola, de Somma, del Taburno y de la Sila. Despues de los muchos presentados y escaseando las noticias

del paradero de los insurrectos porque no se dejaban ver entonces en los pueblos, Cialdini dió parte á Turin de que el bandolerismo de Nápoles quedaba destruido.

La pretendida pacificacion de la Italia meridional fué una tranquilidad aparente lograda por una parte por la habilidad política de Cialdini y por la otra por la actividad que desplegó en la persecucion de las partidas, gracias á las numerosas fuerzas que el gobierno envió á Nápoles en el período de su mando, y á los muchos miles de hombres que organizó y movilizó en el país. El general piemontés acalló al partido de accion animando á sus caudillos mientras que perseguia tenazmente á las personas de opiniones borbónicas; al mismo tiempo artillaba el fuerte de San Telmo, poniendo la amenaza al lado del mimo por si el partido de accion intentaba en la capital alguna de sus pasadas demostraciones contra la autoridad. Cialdini reúne á una figura simpática un aire resuelto, y dice lo que le parece á todo el mundo con una llaneza verdaderamente militar. El partido de accion transigió pues por entonces con un general que les hubiera tratado con dureza y sin contemplacion si se hubiese lanzado á la calle por un motivo cualquiera. Como el pueblo de Nápoles ha estado por tanto tiempo bajo el dominio del miedo, los napolitanos temieron al general Cialdini y esto esplica la tranquilidad que reinó en dicha capital en aquel período. El partido borbónico le temia tambien porque fué con él duro hasta el extremo.

Los partidos políticos pasivos, tranquilos y en la expectativa, la reaccion armada relegada al interior de los bosques impenetrables ó en la cúspide de las montañas inaccesibles: tal era el estado del reino en aquellos momentos. El lugar-teniente creyó que la ocasion era oportuna para abandonar un puesto que dentro de poco podia ocasionarle graves disgustos y oscurecer la gloria momentánea que su buena fortuna le hizo adquirir. El general Cialdini hizo cuestion personal una medida política del gobierno de Turin encaminada á centralizar mas el poder en manos del ministerio, y presentó su dimision en una conyuntura favorable en que parecia haber llenado su mision en Nápoles cuando no hacia mas que dejar el país en un período de tregua parecido á la paz y á la tranquilidad.

Los jefes extranjeros.

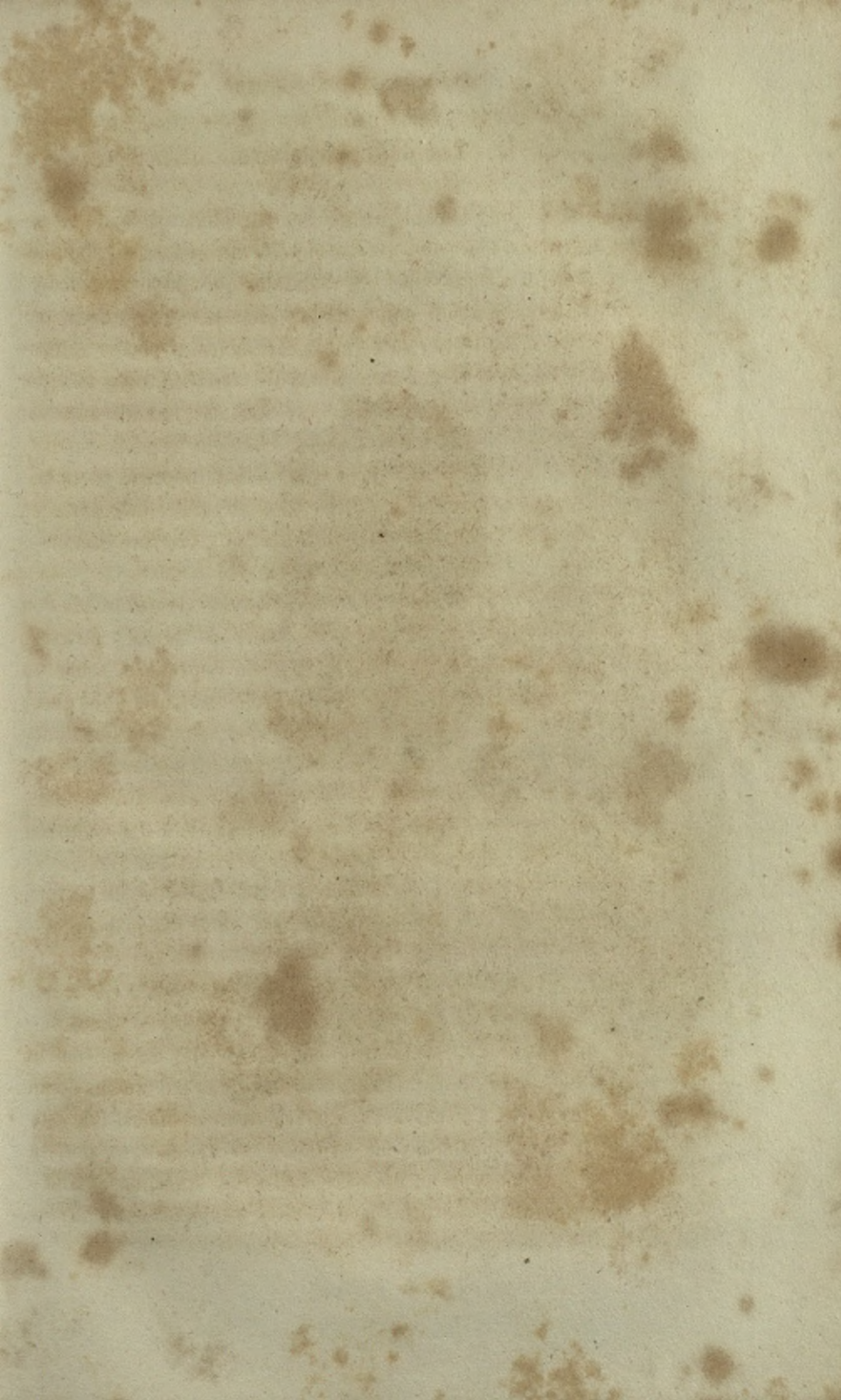
Es de notar, que, contando Francisco II, en la época de su expulsión del trono de Nápoles, con un ejército tan numeroso, mandado por una numerosa oficialidad, los bandidos que suponen pelear á favor de la restauración de aquel desgraciado monarca nunca han tenido por jefes sino hombres de mala reputación y peores antecedentes, si se exceptúan algunos extranjeros que, atraídos allí por relaciones engañosas de agentes poco escrupulosos, han ido á buscar un fin desgraciado ó tristes desilusiones.

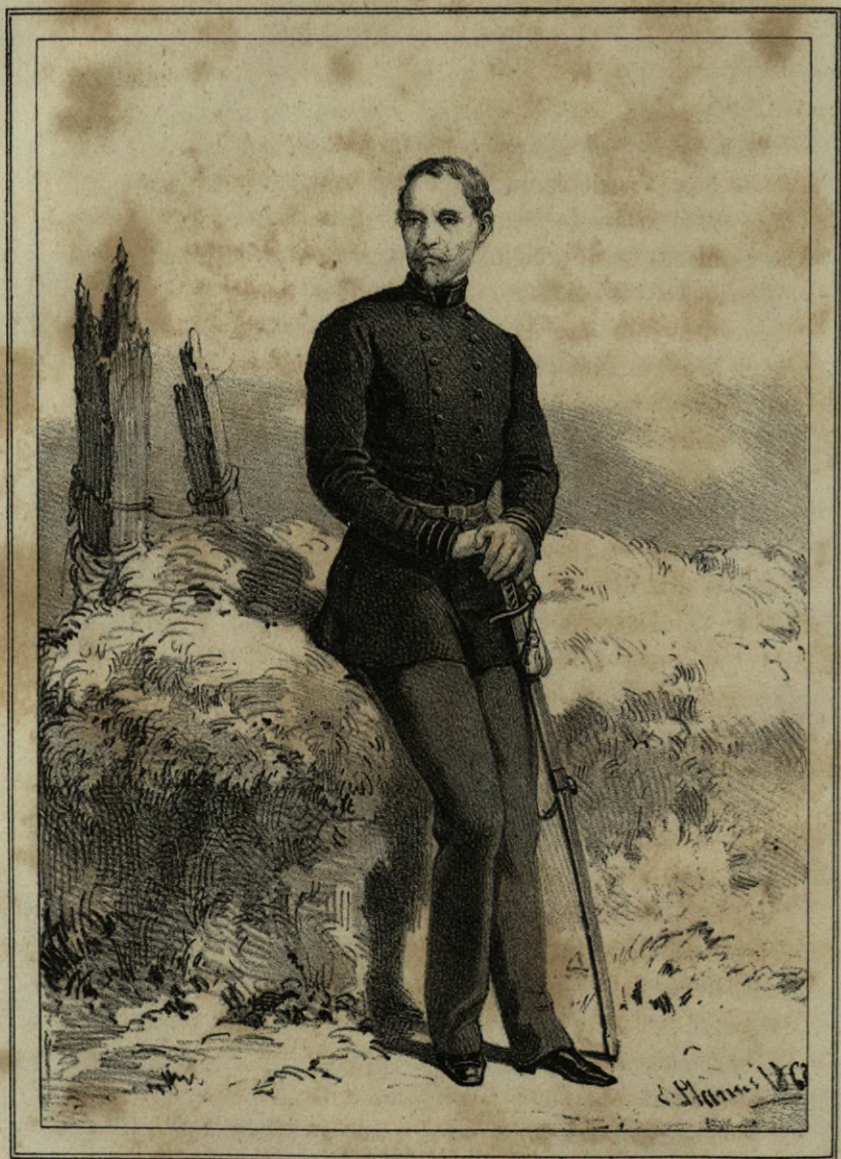
Cuatro son los jefes extranjeros que, según nuestras noticias, fueron á las provincias de la Italia meridional para tomar parte en la guerra civil: de Trazègnies, Langlois, Borges y Tristany, franceses los dos primeros y españoles los dos últimos.

Mr. Alfredo de Trazègnies, hidalgo de Naumur, emparentado con los Montalto, el general Arnaud y monseñor de Merode, atravesó la frontera romana y, con su gente, cayó de improviso sobre un destacamento situado en Isoletta, del cual solo escaparon unos pocos soldados. De allí pasó á San Giovanni Incárico, donde sus soldados se entregaron á los mayores excesos. Sorprendidos por los piemonteses, quedó solo y abandonado en poder de sus enemigos, quienes lo fusilaron al momento.—Su cadáver fué entregado á una comisión franco-belga, que salió de Roma para recogerlo.

Langlois no merece la pena de que se hable de él, según se verá en la justa severidad con que lo juzga Borges en su diario de operaciones.

En realidad toda la importancia del asunto que motiva este capítulo se concentra en los dos jefes españoles, los únicos de antecedentes militares que, lastimosamente engañados, intentaron la tarea imposible de organizar y moralizar bandidos tan crueles como cobardes, que no tienen mas norte que sus malas pasiones. Por esta razón, por la circunstancia de ser españoles y catalanes, y por la parte activa que tomaron en nuestras discordias intestinas publicamos sus biografías, para las cuales poseemos datos hasta ahora no publicados ó desfigurados.





Lit Vazquez

D. José Borges.
(Cabecilla catalan.)

D. JOSÉ BORGES.

José Borges nació en 1813, en un lugar llamado Vernet (Cataluña), entre Artesa de Segre y Baldomar. Tuvo dos hermanos y tres hermanas. José y Miguel hicieron algunos estudios en Cervera; y el primero pasó mas tarde á Lérida para asistir como alumno á una academia militar creada en aquella plaza y dirigida por un jefe de la guarnicion. Allí aprendió José algunos rudimentos del arte militar y la esgrima.

Su padre, D. Antonio Borges, que habia tomado parte en la guerra de la independecia y en la de 1820 á 1823, fué preso en 1827, á causa de haber figurado en la sublevacion carlista ó ultra-realista de aquella época. Hallábase de capitán de voluntarios realistas del batallon de Cervera cuando estalló la guerra civil en 1833, y fué de los primeros que se levantaron.

Por su reputacion de valiente, enérgico y acérrimo en sus opiniones absolutistas, los voluntarios que componian el batallon de Artesa lo eligieron desde luego comandante.

José y Miguel siguieron á su padre, y empezaron á servir á sus órdenes en clase de soldados distinguidos. Los dos hermanos mostraron cualidades muy esenciales para guerrilleros, distinguiéndose por su valor que rayaba en audacia, por su actividad incansable y una inteligencia nada comun. Merced á estas cualidades, mas que al favor de su padre, quien no les dispensaba otra proteccion que confiarles las empresas mas arriesgadas, eran ya capitanes, habiendo pasado por todos los grados inferiores, cuando el general carlista Guergué entró en Cataluña.

José, de mas edad que Miguel, mas instruido, mas aplicado y de carácter mas formal, tenia ya el grado de comandante y mandaba un batallon cuando su padre fué nombrado brigadier, en 1835.

La columna de D. Antonio Borges, operaba principalmente en el territorio comprendido entre Lérida y Tremp, donde sostuvo varios

encuentros, algunos de ellos afortunados, contra las tropas de la Reina. En todos ellos tomó parte José, batiéndose con valor, con serenidad, mostrando recursos de inteligencia que llamaban la atención de jefes y soldados. Y las horas de descanso, bastante escasas en aquella vida azarosa y llena de peligros, que sus compañeros empleaban en el juego ú otras distracciones, él las dedicaba al estudio de obras militares que siempre llevaba consigo.

Cierto día, hallándose enfermo en la rectoría de Sta. María de Meya, D. Antonio Borges cayó prisionero de las fuerzas mandadas por el general Niubó, y fué conducido á Cervera. Parece que el general Niubó le habia prometido salvarle la vida, y le hubiera cumplido la palabra á no haber llegado á Cervera la noticia de que los carlistas habian fusilado algunos prisioneros, entre ellos á un cadete, niño aun, hijo de un oficial que se hallaba en aquella ciudad. La afliccion del padre, que se convirtió en indignacion pública, hizo imposible la clemencia, mayormente en aquella época en que tan vivas y exaltadas estaban las pasiones de los partidos que el dar cuartel dependia de la buena voluntad de los jefes, muchas veces contrariada por el furor popular ó la sed de venganza de los soldados.

Niubó, cediendo á las exigencias de las pasiones soliviantadas, mandó poner en capilla á Borges para fusilarle; y ni esto bastó para aplacar el furor de la multitud, pues se cuenta que mientras el jefe carlista caminaba hácia el suplicio las turbas desenfrenadas le ostigaron con toda clase de insultos, llegando hasta el extremo de aplicarle una tea encendida á sus largos bigotes.

A la noticia del trágico fin del que habia sido su jefe, oficiales y soldados resolvieron por unanimidad que José Borges se encargara del mando de la fuerza que habia organizado su padre. El primer acto de José Borges luego que hubo tomado el mando de la columna fué hacer jurar á oficiales y soldados que no se darian tregua ni descanso hasta haber vengado en la persona de Niubó la muerte afrentosa y cruel de su antiguo jefe.

Desde aquel momento empezó una guerra implacable, sin cuartel, desplegándose por una y otra parte prodigios de valor, de actividad, de energía y de astucia. Niubó tenia á su favor el pres-

tigio que le daba el ser gran propietario en el país, su conocimiento del territorio en que operaba, su reputacion de militar entendido y valiente, el llevar á sus órdenes fuerzas numerosas, disciplinadas, aguerridas, bien armadas y equipadas y el contar con buen número de poblaciones fortificadas donde podia refugiarse para racionar sus tropas, depositar los enfermos, tomar descanso con seguridad y rehacerse en caso de una derrota. Borges no contaba, es verdad, mas que con un puñado de voluntarios, pero atrevidos, infatigables, acostumbrados á todas las privaciones de la vida de guerrillero, prácticos en el país, entusiastas hasta el fanatismo por la causa que defendian, adictos á su jefe en quien tenian una confianza ilimitada. Borges, como hemos dicho, tenia cualidades especialísimas para ser un buen jefe militar, y á estas dotes naturales reunia su aficion al estudio y una vocacion decidida para el arte de la guerra. Era severo en todo lo que atañía á la disciplina; pero el soldado se doblegaba sin repugnancia á esta severidad porque su jefe era el primero que le daba el ejemplo, porque le veia siempre justiciero y porque nunca le abandonaba en el peligro. Seria largo y engorroso referir la série de estratajemas de que se valió Borges para coger en una situacion difícil y comprometida al enemigo que trataba de derrotar con fuerzas inferiores en número, en organizacion y peor armadas que las suyas. Esta lucha desigual y desesperada, estimulada continuamente en Borges por dos sentimientos poderosos, el fanatismo político y el deseo de venganza, duró hasta el mes de mayo de 1837.

Los carlistas mandados por Tristany habian entrado en Solsona por sorpresa, y la guarnicion, refugiada en el fuerte, se resistia heroicamente. Aquella plaza, centro de una comarca importante y próxima al quebrado territorio que dominaba el cabecilla Tristany, tenia grande importancia así para las tropas de la Reina como para las de D. Carlos. Por parte de los carlistas habia pues grande empeño en apoderarse de ella y por parte del Capitan General de Cataluña habia igual empeño en conservarla.

El baron de Meer, Capitan General entonces del antiguo principado de Cataluña, que sabia cuán apurada era la situacion de los valientes que, con escasos medios de resistencia y sufriendo toda

clase de privaciones, resistian los incesantes ataques del enemigo, se apresuró á ir á levantar el sitio, luego que se lo permitieron las atenciones de su difícil mando y la dificultad de reunir fuerzas suficientes para una operacion tan arriesgada, sin dejar descubiertos y espuestos á un golpe de mano los demas puntos de Cataluña.

La faccion habia reunido casi todas sus partidas en las inmediaciones de Solsona, terreno favorable para la resistencia, como lo probaron despues las célebres solsonadas. Así es que el general de las tropas de la Reina, militar entendido y previsor, no quiso penetrar en él sino con todas aquellas precauciones que aconseja el arte de la guerra. A este fin dispuso que una columna, al mando del coronel Niubó, atacara el enemigo por la derecha, que otra, al mando del brigadier Aspiroz lo atacara por la izquierda, mientras él lo atacaría por el centro. En cumplimiento de esta determinacion, el dia 1.º de mayo de 1837, la columna del coronel Niubó salió de Biosca, la del baron de Meer de Torá y la de Aspiroz de Cardona, para reunirse las tres en el llano de Peracamps, donde debian concentrarse las fuerzas enemigas, y completar su derrota.

La columna de Niubó, sea que le tocara atravesar el terreno mas escabroso, ó por la mala disposicion de las tropas, pues que sufrieron el primer choque y se dispersaron las menos aguerridas, ello es que quedó destrozada á los pocos momentos, y hubiera perecido por completo á no ser por cinco compañías del 1.º ligero que opusieron una resistencia digna de su merecida fama. Esta tropa, que se habia refugiado en la casa llamada Estany de Llavayola despues de agotar las municiones, trató de abrirse paso á la bayoneta llevando á la cabeza al mismo coronel Niubó, quien cayó herido á los pocos pasos y murió á bayonetazos; apesar del heroismo de algunos soldados que murieron defendiéndole.

Las fuerzas carlistas destacadas contra Niubó por su general D. Blas María Royo, estaban mandadas por el cabecilla D. José Pons (Bep del oli). El batallon de Borges formaba parte de la division de Pons; con esto está explicado el encarnecimiento de los carlistas contra la columna de Niubó y los prodigios de valor que hicieron aquel dia los hermanos Borges: así ellos como sus soldados cumplian el juramento que prestaron al recibir la noticia de haber sido pasado por las armas en Cervera D. Antonio Borges.

Se dijo entonces que habia sido causa de la derrota de Niubó la traicion de su jefe de E. M. el capitan D. Ramon Sálvia. Hemos tenido á la vista el proceso que se le formó algunos dias despues en Barcelona, y si bien en él se le condena á muerte por haberse pasado al enemigo dos dias despues de la desgraciada accion del Estany, el mismo fiscal hace notar que no hay méritos para suponer que entonces estaba ya en connivencia con los carlistas.

Cuando la expedicion carlista mandada por el mismo D. Cárlos tomó la direccion de Cataluña, Borges fué el primer jefe catalan que le salió al encuentro; y en la batalla de Barbastro tuvo ya ocasion de distinguirse al lado del general Moreno. En la batalla de Grá, Borges puso de relieve una de las primeras cualidades militares que ya en otras ocasiones habia mostrado poseer en alto grado: la serenidad, la sangre fria en las derrotas y en las retiradas. Reuniendo los dispersos, alentándoles, comunicándoles con el ejemplo el valor que habian perdido, logró formar columnas cerradas que resistieron las cargas de la caballería enemiga; y asi salvó de una pérdida casi inevitable, no solamente muchas fuerzas catalanas, sino tambien algunos de los cuerpos expedicionarios.—Los servicios de Borges fueron muchos y muy apreciados por los jefes carlistas durante la permanencia de la expedicion de D. Cárlos en Cataluña.

En 1838 el Conde de España vino á encargarse del mando supremo de las fuerzas carlistas que operaban en el antiguo principado. Lo que mas falta le hacia al ejército de D. Cárlos era la organizacion y la disciplina, y nadie mejor que Cárlos de España podia llevar á cabo esa organizacion al parecer imposible, que otros jefes habian intentado en vano. Castigar severamente los actos de insubordinacion y las atrocidades de todo género tan comunes en el ejército carlista, así por parte de los jefes como por parte de los soldados; separar á los jefes ignorantes ó poco cuidadosos del cumplimiento de sus deberes; dar á todas las fuerzas que operaban antes independientemente una organizacion militar, sujetándolas á la obediencia de un jefe superior, fué tarea que emprendió desde su llegada y llevó á feliz término con esa perseverancia é inflexibilidad que eran los rasgos mas característicos de su carácter extraordinario.

El Conde de España, hombre de grandes defectos y de grandes cualidades, mostró no poco acierto en la eleccion de las personas que habian de coadyuvar á la obra que habia emprendido; así es que desde luego distinguió á los dos Borges, y muy particularmente al hermano mayor. Al crear el campo de instruccion de Casserras, nombró á José Borges, ya entonces coronel, jefe de la 2.^a brigada de la 1.^a division, á su hermano Miguel comandante del batallón que siempre conservó entre los carlistas el primitivo nombre de batallón de Borges. La confianza que mereció al descontentadizo Conde de España es tanto mas notable por cuanto en aquella fecha apenas habia cumplido veinte y cinco años.

Borges correspondió á la confianza que habia merecido al general en jefe por los progresos en instruccion que hizo su brigada, de los cuales dió señaladisimas muestras en Manlleu, Noya y Roda, y muy señaladamente en el ataque de Ripoll.

Conocidos son en Cataluña, y tambien en el resto de España, los prodigios de valor con que se coronaron de gloria, sitiadores y sitiados en el sitio de Ripoll. Los carlistas habian dado varias veces el asalto, pero infructuosamente. Carlos de España, que mandaba el sitio en persona, irritado por los insultos que le dirigian los sitiados, é impaciente por la resistencia que le oponian, encargó á Borges que tomara la plaza sin reparar en la sangre que habia de costarle. Borges le prometió que antes de dos horas los carlistas estarian dentro de Ripoll ó él habria dejado de existir. Y cumplió su palabra. Borges fué de los primeros que dieron el asalto, recibiendo varias contusiones en el pecho, que no le ocasionaron la muerte porque el peti amortiguaba la fuerza de los golpes, pero derribado de lo alto de la muralla hubiera perecido indudablemente á no haber caido sobre sus soldados que estaban al pié del muro.

Al entrar el Conde de España en Ripoll uno de sus primeros actos fué colocar en el pecho de Borges la cruz laureada de S. Fernando.

Uno de los nacionales que fueron hechos prisioneros en Ripoll, persona de cuya veracidad no podemos dudar, nos ha asegurado que Borges fué uno de los pocos oficiales carlistas en quienes encontraron proteccion los desgraciados que cayeron prisioneros en aquella villa.

Desde la muerte del Conde de España hasta la retirada de Ca-

brera á Francia, Borges no ejerció mando activo: su fidelidad á aquel general le hacia sospechoso á los que tramaron su muerte, contra los cuales tuvo que precaverse, pues conocia demasiado bien de lo que eran capaces los que no reparaban en medios para deshacerse de un enemigo.

Esta circunstancia nos explica porque no tomó parte en la accion de Peracamps, que costó la vida á su hermano Miguel, jóven simpático que fué muy llorado por sus compañeros de armas.

En junio de 1840, Borges emigró á Francia con los restos de las tropas carlistas. Durante aquella larga, penosa y sangrienta campaña tomó parte en las principales acciones de guerra, mostrándose siempre soldado valiente, jefe sereno y entendido y muy severo en cuanto atañia á la disciplina. Cinco heridas graves, una de ellas en el tobillo que le hacia sufrir crueles dolores en los cambios de tiempo, atestiguaban que no esquivó nunca el peligro.

Internado en Bourg-en-Bresse, recibió durante un año el socorro que el gobierno francés pasaba á los emigrados carlistas. Decidido á vivir honradamente de su trabajo, púsose de aprendiz en casa de un encuadernador; y como no le faltaba la inteligencia y la buena voluntad, en poco tiempo aprendió el oficio y pudo vivir ya de su jornal. En 1844, con el ausilio de algunos legitimistas franceses, estableció un taller por su cuenta. La proteccion que se le dispensaba y la manera concienzuda con que trabajaba le atrajeron una numerosa clientela que le permitió tomar varios oficiales en su taller. Los dos años que trascurrieron desde que se estableció por su cuenta, viviendo modesta aun que dignamente, forman el período mas tranquilo y quizás mas feliz de su azarosa existencia. Alternando el trabajo material con el estudio; leyendo los *Comentarios de César* en el texto latino, que era su libro favorito, pasaba las noches retirado en su modesta vivienda, mientras otros malgastaban su salud y el dinero menos trabajosamente adquirido en distracciones poco laudables.

En 1846, el Conde de Montemolin resolvió escaparse de Bourges para trasladarse á Suiza y de allí á Londres. Las personas que le rodeaban, á fin de favorecer su fuga llamando la atencion de la policia francesa hácia la frontera de España, dieron una proclama fir-

mada por Montemolin, llamando á los carlistas á las armas. La estratagemá produjo el efecto deseado, pero dió resultados fatales para la causa carlista.

Si cuando Montemolin estuvo en salvo se hubiese dado una contra proclama, se hubiera evitado que el gran número de carlistas que habia en Francia, obedeciendo al llamamiento del que reconocian como soberano, abandonaran sus ocupaciones aprestándose para la lucha.

No se pensó en acudir á este espediente ó se juzgo innecesario: ello es que ignorando el verdadero motivo de la publicacion de aquella proclama, los carlistas mas decididos que pudieron burlar la vigilancia de la policia francesa se acercaron á la frontera.

Borges vendió su establecimiento con pérdida, pagó con su producto el viaje de muchos de sus compañeros, se armó como pudo y penetró en España al empezar el invierno de 1846.

El canónigo Tristany, el Ros de Eroles y algunos otros jefes que iban entrando de Francia salieron á campaña y empezaron aquella lucha prolongada, sangrienta, infructuosa sin que precediera combinacion alguna, sin que se reunieran los elementos mas precisos, sin tener inteligencias en otras provincias del reino ni haber organizado nada en Cataluña mismo; guerra funesta para los carlistas, pues que ademas de las muchas víctimas que ocasionó, debilitó el entusiasmo y hasta la confianza en el triunfo de su causa.

El coronel Borges, que habia hecho funciones de brigadier, empuñó modestamente un fusil como el último de los soldados mientras lograba reunir una partida que mandar.

Cuando el canónigo Tristany y el Ros de Eroles cayeron prisioneros y fueron fusilados en Solsona, Borges se libró del trágico fin de aquellos dos compañeros de armas merced á la suma vigilancia que siempre ejercia.

Despues de la muerte de aquellos dos jefes superiores, dispersáronse los de menos graduacion y cada cual vivió como pudo y donde le fué posible. Entonces Borges se trasladó á los distritos de Artesa y Lérida, hizo un llamamiento á sus antiguos compañeros de armas y logró reunir un batallon de infanteria y unos cien caballos, fuerzas que armó con los despojos tomados á las tropas de la Reina.

No es posible enumerar los trabajos y privaciones de todo género que sufrieron desde su entrada en España, particularmente en la estación del invierno, hasta fines de 1847, así Borges como sus demás compañeros. Al principio del citado año, la partida mandada por Borges fué una de las que contribuyeron á las sorpresas de Cervera y de Igualada. En este último punto, al penetrar en la plaza le tiraron una descarga á quema ropa, y los foganazos le alcanzaron los ojos de manera que quedó casi ciego por algunos días. Logró curarse, pero no completamente, pues que desde entonces veía muy poco de noche.

Durante los años 1847 y 1848 hizo prodigios con la escasa fuerza que mandaba, multiplicándola por la rapidez de los movimientos, por las posiciones ventajosas que sabía escojer, y cuidando de no esponerla á los ataques y sorpresas del enemigo, pues que les era sumamente difícil llenar las bajas y cuidar á los heridos.

Además de un sin número de escaramuzas y de los dos hechos de armas que hemos citado, durante este período Borges tomó una parte muy activa en la derrota del brigadier Manzano y en la del general Paredes.

Al entrar en Cataluña el general Cabrera, hizo justicia al mérito de Borges y á algunas cualidades de la gente que mandaba, pues le nombró á él comandante general de la provincia de Tarragona y tomó algunos de sus soldados para formar su escolta. Y era tal la confianza que Borges inspiraba á Cabrera, que cuando resolvió enviar á Forcadell y á Arnau al Maestrazgo, le encargó que protegiera el paso del Ebro de los espedicionarios.

Cuando volvía de desempeñar esta comision, mientras daba descanso á su tropa en uno de los pueblos del llano de Urgel, tuvo aviso de que las tropas de la Reina le tenían cercado, y que estaban tomados todos los caminos por donde podia escaparse. En vez de atolondrarse, en vez de tomar una de esas resoluciones precipitadas que inspira el miedo, mostróse sereno y tranquilo como si ignorara lo que estaba pasando. Sospechando que en el mismo pueblo habia quien le hacia traicion, hizo circular la voz de que iba á permanecer allí hasta el dia siguiente. En vista de esto, el jefe de las tropas de la Reina esperó á que cerrára la noche para dar el golpe con

mas seguridad. Borges, así que se vió protegido por la oscuridad, púsose en marcha evitando todos los pasos que suponía debían estar ocupados, y caminando ocho leguas en sentido opuesto al que parecía deber seguir, logró evitar una derrota casi segura.

La situación general de los carlistas empeoraba cada día. Los movimientos desconcertados que se realizaron fuera de Cataluña, mas que el resultado de una combinación eran arranques espontáneos de hombres mas fanáticos que avisados. La expedición del Maestrazgo había fracasado. Élio no había cumplido su promesa, por causas que ignoramos, de entrar por la parte de Navarra con el fin de distraer algunas de las fuerzas de la Reina acumuladas en Cataluña. El acto de sumisión de algunos jefes carlistas, así en Cataluña como en Aragon, y la traición de otros había sembrado la desconfianza. Finalmente el arresto del conde de Montemolin y de sus hermanos D. Fernando y D. Juan detenidos en la frontera por la policía francesa, delatados segun se cree por alguno de sus allegados que quiso evitarles un sacrificio inútil, acabó de desalentar á los mas obstinados.

En este último período, Borges no tomó parte en otra acción importante que en la que se dió cerca de Amer contra la columna del general Concha, en la cual salió gravemente herido el general Cabrera.

En su opinion Borges hubiera podido continuar por algun tiempo la lucha, pero comprendió que era sacrificarse y sacrificar inútilmente el país y tomó la vuelta de Francia, pero despues que habian pasado la frontera casi todos sus compañeros

Volvió á la emigración con el empleo de brigadier, pero mas pobre que antes de salir de Bourg. Durante la última campaña, y aun estando ya en Francia, se le hicieron proposiciones seductoras para que reconociera á la Reina: pero prefirió recurrir otra vez al trabajo manual para atender á sus necesidades antes que ceder á la tentación de faltar á sus juramentos anteriores.

Cuando el Conde de Montemolin contrajo matrimonio con la hermana de Fernando II de las Dos Sicilias, Borges pasó á Nápoles, donde residió cerca de un año. El objeto de su viaje fué acudir al llamamiento del Conde de Montemolin, quien deseaba aclarar todas

sus dudas respecto de los sucesos de la última campaña de Cataluña, y sabía que nadie se los referiría con mas verdad é imparcialidad que Borges.

Durante su permanencia en Nápoles, aprendió el italiano, que hablaba con alguna facilidad y estudió estratégicamente el país como si presintiera que mas tarde habia de serle de alguna utilidad aquel estudio.

En 1855, el estado de agitacion y los desórdenes continuos de que era teatro España, despertaron otra vez las esperanzas de la emigracion carlista. Siempre y en todas partes el fanatismo político es optimista; pero en los emigrados, estimulado por el vivísimo deseo de volver á su patria, toma con frecuencia el carácter de locura, y á los hombres mas graves se les vé discurrir como niños. Contribuye á aumentar sus ilusiones, que por una especie de espejismo del entendimiento convierten en realidades, la circunstancia de no comunicarse sino con gente que piensa de la misma manera y desea lo mismo que ellos desean. Asi no debemos estrañar que, á pesar de un desengaño tan reciente (el de 1849); á pesar de que para las personas sensatas la causa carlista, dos véces vencida, habia acabado para siempre en España, los jefes catalanes de la emigracion prestaran oídos á las instancias de los que desde aquí les decian que el país entero estaba dispuesto á abrazar su bandera para sacudir el yugo de los progresistas.

No obstante, Borges, que entonces residia en el mediodía de Francia, se declaró desde el principio contrario á toda tentativa. Le inspiraban suma desconfianza, y con razon, algunas personas que veia mezcladas en los asuntos mas íntimos del partido; y despreciaba las exageraciones que procedentes de Madrid y otros puntos se propagaban en la emigracion y eran acogidas como verdades irrecusables por jefes principales del partido.

Cuando se le previno que debia disponerse á entrar en España, representó enérgicamente, patentizó cuán absurda era aquella intencion sino se disponian con antelacion los elementos mas indispensables y sino se organizaba seriamente la insurreccion. Por fin declaró de una manera perentoria que era á todas luces imprudente y absurdo el entrar para vivir desde el primer día sobre el país es-

quilmando á los pueblos, harto cansados ya de inútiles sacrificios.

La sublevacion de Corrales, en Zaragoza, al frente de un escuadron de caballería, y la de los Marcos por la parte de Calatayud, acabó de exaltar la imaginacion de los emigrados y quedaron desatendidas las cuerdas observaciones de Borges.

Entonces Cabrera espidió las órdenes para ponerse en marcha á los jefes de la emigracion, anticipando de su propio bolsillo los primeros recursos que se distribuyeron. A Borges se le entregaron diez y seis mil francos.

Apesar de la firmeza de sus convicciones políticas y de su vocacion por las armas, esta vez fué á hacer la guerra sin ningun entusiasmo. Entró en Cataluña con una partida de antiguos oficiales suyos, á quienes armó malamente y con dificultad en la frontera. Llamó á su lado á algunos hombres de toda confianza, se rodeó de unos cincuenta valientes, organizó cien hombres mas que le tuviesen siempre al corriente de los mas insignificantes movimientos del enemigo, se aseguró el apoyo eficaz de ciertas personas influyentes en el país á quienes enseñó las órdenes que le habian obligado á entrar en España, y fiado en el conocimiento que tenia del terreno y de la gente, comenzó á correr la montaña, evitando choques inútiles, despues que hubo armado bien su escasa fuerza.

Dos sorpresas que dió á las tropas de la Reina le proporcionaron buen número de armas y municiones, con lo cual pudo cambiar el mal armamento que habia traido de Francia y armar á los voluntarios que aquí se le agregaron.

Muertos Marsal, Juvany, Herreros, secretario este último de Rafael Tristany, Antonio Tristany y algun otro jefe, habiendo sido interceptada la correspondencia de Elio, no cumpliéndose ninguna de las promesas que se habian hecho, Borges acabó de afirmarse en la idea de que aquella lucha era temeraria, mayormente desde que vió que al grito de *paz, paz y siempre paz* se organizaba el somaten para perseguirles en las mismas comarcas donde antes mayor proteccion habian hallado.

La suerte de Borges inspiraba compasion no solamente á los carlistas sensatos sino tambien á sus propios enemigos, pues hay fundados motivos para creer que de entre sus mismos perseguidores sa-

lieron avisos verbales y por escrito suplicándole que no espusiera inútilmente su vida y haciéndole una pintura exacta de la situación.

Borges agradecía aquellas muestras de estimación á su persona; veía las cosas tan claras como los que por su salvación se interesaban; pero la voz del deber, siempre para él tan poderosa, le mantenía en su puesto. Sin embargo, como los recursos que se le dieron antes de penetrar en España se iban agotando, representó de nuevo; y solo cuando cayó la venda de los ojos á los promovedores de aquella descabellada intentona, se dió orden de que los jefes catalanes se retiraran.

En esta corta y peligrosa campaña, Borges mostró mas que nunca sus hidalgos y humanitarios sentimientos. En setiembre de 1835 sorprendió y cogió casi por completo en el bosque de Cumiols la columna mandada por el teniente coronel Clarós. Lo mismo en esta ocasión que en la anterior sorpresa verificada en el mismo sitio, se limitó á desarmar á los soldados y los fué soltando en partidas de seis y ocho hombres, socorriéndoles con 6 reales para que tuviesen de qué comer hasta llegar á un punto fortificado. A los jefes y oficiales les dejó sus espadas y caballos, y tambien les puso en libertad.

Para apreciar debidamente esta generosa conducta, téngase en cuenta que á Borges se le fusilaban sus heridos apenas caían prisioneros, y que la misma suerte sufrían los carlistas pertenecientes á las partidas de otros jefes compañeros suyos.

Hemos referido intencionalmente este hecho, que responde á las acusaciones de crueldad que se han hecho á Borges. No le cremos exento de toda culpa; opinamos que quien lo juzgue con el criterio de los principios absolutos de la moral y de la justicia, condenará severamente algunos de sus actos. Pero ténganse en cuenta las circunstancias, algunas veces mas fuertes que la voluntad mas decidida de los hombres, á que deben arreglar su conducta; no se olvide el imperio que ejercen las pasiones políticas en su estado de paroxismo; considérense las clases de hombres que mandaba, los peligros de que siempre se vió rodeado, las traiciones que de continuo le amenazaron y que costaron la vida á algunos de sus compañeros, y entonces, comparando su manera de proceder con la de otros jefes

de uno y otro bando, se habrá de reconocer que Borges era digno de la estimacion de los hombres honrados é imparciales de todos los partidos.

Sabia hacerse amar y obedecer del soldado; lo primero, porque cuidaba mucho de su bienestar, porque esponia la vida por salvar la del último de sus subordinados, porque no le faltaron nunca serenidad é inteligencia para salir de los trances apurados, y lo segundo por su severidad y su espíritu justiciero. Para que se vea hasta qué punto era inflexible en materia de disciplina, vamos á referir un hecho que se nos dá como auténtico.

En 1838, estando en Amer, supo que uno de sus oficiales habia robado una insignificante cantidad al dueño de la casa donde se hallaba alojado. Averiguado el hecho y resultando ser cierto, mandó incontinenti que el delincuente fuera puesto en capilla para ser pasado por las armas. Aquel oficial tenia un primo que servia con el empleo de brigadier en las filas carlistas. Empéñase este por salvar la vida de su pariente: Borges persiste en la primera resolucion. A fuerza de reiteradas súplicas, en las cuales se invoca la memoria de sus padres, Borges vacila y por fin cede. «Voy por primera vez en mi vida,—le dice á su compañero de armas,—á faltar á mis deberes; pero quiero que tu primo no olvide nunca el crimen que ha cometido.» El oficial estuvo en capilla durante veinte y cuatro horas, llevósele al suplicio, se le mandó arrodillarse, se le vendaron los ojos, se le hizo una descarga, pero disparando al aire, y despues se le dejó en libertad, pero se le expulsó del cuerpo.

Considerado á sangre fria y desconociendo las exigencias de aquella clase de guerra, el castigo que impuso Borges á su subordinado se calificará de acto de refinada y bárbara crueldad. Pero téngase en cuenta que en una guerra desmoralizadora como todas las guerras civiles, tratándose de soldados voluntarios á quienes no se exigia un certificado de buena vida y costumbres cuando iban á alistarse, gentes que no tenian hábitos de disciplina, que carecian siempre de lo necesario, que habian de robar muchas veces por no morir de hambre, era indispensable apelar á esos medios para evitar la completa devastacion del país.

Así logró Borges reunir la fuerza mas disciplinada, mejor orga-

nizada y mas instruida del ejército carlista de Cataluña, como lo probó en el puente de Alentorn sosteniendo una retirada por escalones durante ocho horas, contra la columna del baron de Meer, y sin perder mas que un solo herido de las guerrillas. Sabido es que una retirada con órden es siempre difícil, es una operacion de prueba hasta para los ejércitos disciplinados y aguerridos, y que raras veces, casi nunca la pueden llevar á cabo los guerrilleros.

Luego que hubo pasado por tercera vez la frontera, la gendarmería francesa le condujo á Besanzon, punto de residencia forzosa que le señaló el gobierno francés. Permaneció allí algunos meses y en situacion muy precaria, pues que habia rehusado caballerosamente las ofertas de dinero que le hicieron algunos amigos suyos antes de retirarse de Cataluña.

A mediados de 1856, pudo conseguir que se le permitiera volver á Bourg-en-Bresse, donde le ofrecian el modesto empleo de maestro de estudios en el Liceo, empleo que acepto con alegría y vivo reconocimiento.

Siempre hemos visto á Borges procurando no ser gravoso á nadie y prefiriendo en todas partes ganar su sustento con el trabajo á recibir socorros hasta de sus amigos mas íntimos; y esta conducta—que tanto contrasta con la de algunos de sus compañeros de emigracion—no era hija del orgullo, sino de un sentimiento de dignidad y delicadeza.

Estuvo en el Liceo de Bourg—donde se hizo querer de los directores, de sus comprofesores y de los alumnos—hasta el año 1858. Como su mísera posicion llevaba trazas de prolongarse indefinidamente, sin fruto alguno para lo porvenir, aceptó el ofrecimiento que le hizo una rica casa de comercio de vinos de Burdeos para ser uno de sus comisionistas.

Su salida de Bourg fué muy sentida, pues que la fama de sus hazañas, su constante fidelidad á una causa evidentemente perdida, su notable inteligencia, la afabilidad y finura de su trato, le habian grangeado la amistad ó el aprecio de todos los que le conocieron ó trataron sin distincion de opiniones ni partidos.

El pobre Borges se fué á Paris con las cajas de muestras y algunas cartas de recomendacion; pero cuando llegó la hora de *faire*

L'article, de ponderar la mercancía y despacharla á fuerza de mentiras é importunidades, comprendió que no servía para el oficio. Algunos legitimistas le compraron unas cuantas barricas de vino; y viendo que su venta era escasa, se apresuró, á fuer de hombre honrado, á renunciar al sueldo que le había señalado la casa de Burdeos, pues que no creía ganarlo debidamente.

La situación de Borges era apurada, toda vez que se había quedado sin colocación y se resistía á recibir auxilio alguno; y sus amigos, valiéndose de los medios ingeniosos que inspira un afecto verdadero, lograron hacerle llegar algunos socorros.

En el invierno de 1858, entró de cajero en el Hôtel Español de Ambos Mundos, donde permaneció hasta 1860, que una grave enfermedad le obligó á trasladarse al lado de su hermana, establecida en Màcon, donde pasó su convalecencia.

Poco antes de su salida para aquel punto, había estado en París el conde de Montemolin. Nada le pidió Borges, ni recibió socorro alguno de aquel para quien todo lo había sacrificado.

El conde de Montemolin le vió con frecuencia, mostraba apreciarle mucho, permanecía gustoso conversando con él largos ratos, aprobaba grandemente sus ideas y miras; pero dominado por otras influencias muy contrarias, de nada le sirvieron los avisos é indicaciones de Borges.

Las personas que rodeaban á Montemolin é influían en su ánimo, conocían la rigidez de los principios de Borges, le adulaban y le ponían buena cara, pero se guardaban cuidadosamente de confiarle ninguno de sus enredos.

Borges tenía excelente criterio y mucha perspicacia. Cuando fué á París en 1858 visitó, entre otros personajes carlistas, á Lamas Pardo, de quien tenía muy ventajosa opinión como todos los que no le conocían á fondo; pero le bastó estar media hora conversando con él para quedar completamente convencido de la completa nulidad de este prohombre carlista. En su consecuencia, no volvió á poner los piés en su casa, ni quiso proporcionarle noticias, ni tener relaciones de ningún género con él.

Antes de la loca intentona de San Carlos de la Rápita, Borges tenía solo vagas noticias de lo que se meditaba. Los que fraguaron

esa intontona echaban mano solo de hombres desconceptuados, sin moralidad de ninguna especie y los colocaban en los puestos de mas confianza, y no se fiaban de los hombres del temple de Borges, á quienes miraban como instrumentos secundarios.

A los primeros avisos que le dieron sus amigos de lo que indirectamente habian sabido, Borges contestó desde Màcon negándose á dar crédito á lo que le referian, pues no podia concebir que el conde de Montemolin entregase la bandera de su partido á personas extrañas y colocase en segunda línea á los que le habian dado tantos testimonios de abnegacion y lealtad.

Ya habia fracasado la empresa cuando se le comunicaron las órdenes de Montemolin que á él le concernian. Estaban ya ocultos en Uldecona los hijos de D. Carlos, cuando Rafael Tristany, procedente de Trieste, pasó por Paris llevando órdenes á Masgoret, que se hallaba entonces en el Mediodía de Francia. A los pocos dias Masgoret dió comunicacion á Borges de una orden por la cual se nombraba al citado Masgoret Capitan general de Cataluña, á Tristany 2.º Cabo y á Borges Jefe de Estado mayor.

Aunque la tentativa hubiera dado los resultados que se proponian sus autores, en mucho tiempo no hubieran podido secundarla los jefes catalanes, pues ni se les habian facilitado recursos siquiera para el viaje ni contaban con medios para organizar los trabajos en el país que estaban de todo punto abandonados desde 1855.

Cuando Borges recibió la orden mencionada, habia pasado ya la ocasion de darle cumplimiento; pero el infeliz, esclavo siempre del deber, fué corriendo á Paris, gastando en el viaje lo que no tenia, para consultar el caso con sus amigos de mayor confianza. No era difícil aconsejarle pues que todo estaba perdido, y el Conde de Montemolin habia firmado ya la renuncia de Tortosa. Mas tarde supieron algunos carlistas que existia otro documento mas humillante para su causa: la carta que Montemolin dirigió á su prima la Reina Doña Isabel II. En vista de estos sucesos, Borges fué á ocultarse avergonzado en Màcon.

Al poco tiempo, mientras el Conde de Montemolin, concluida su primera y poco brillante campaña, andaba medio escondido y corrido de vergüenza por Paris, acabando de hundir á su partido en

compañía de cuatro fátuos consejeros suyos, Borges escribió á un Marqués legitimista, amigo suyo y muy bien relacionado, pidiéndole recursos y recomendaciones para ir á Roma. El Marqués le llamó á Paris, donde estuvo dos días, sin ver á otro español que á un amigo de su mas entera confianza.

Despues de esta entrevista, salió inmediatamente para Roma, llevándose consigo á su antiguo Ayudante Capdevila, á quien queria cual si fuera hijo suyo. Su objeto era pedir autorizacion para formar allí un cuerpo de españoles, á imitacion de los que se habian organizado con voluntarios franceses, belgas é irlandeses. Iba bien recomendado y fué recibido en Roma con mucha cortesía, pero no se aceptaron sus proposiciones. La causa de esta negativa, Borges la atribuía al temor de disgustar al Gobierno español permitiendo que se organizara en los Estados pontificios un cuerpo de tropas que se habria compuesto en casi su totalidad de antiguos carlistas.

En vista de todo esto, Borges volvió muy triste á Mâcon, dejando á Capdevila recomendado al Conde Quatrebarbes, encargado entonces de la defensa de Ancona. En la rendicion de esta plaza, Capdevila cayó prisionero. Luego que obtuvo su libertad se trasladó á Roma y de allí á Gaeta; contribuyó á la defensa de esta plaza, y cuando capituló volvió á Roma en el mismo buque que llevaba la familia real de Nápoles.

Los fáciles triunfos de Garibaldi en Sicilia y el indigno comportamiento de algunos generales napolitanos irritaron sobremanera á Borges, tan animoso en la desgracia y tan leal siempre á su causa.

Varios legitimistas franceses, que conocian los sentimientos y las ideas de Borges, escribieron espontáneamente al rey de Nápoles, pero sin resultado, pues que aquel infeliz Monarca se hallaba rodeado de cortesanos imbéciles y de hombres de estado traidores.

Poco despues empezaron á llegar á Francia varios emigrados de la grandeza napolitana y entre ellos el príncipe Schila, muy adicto á la causa del Rey. Oyó hablar de Borges y no paró hasta que hubo entrado en relaciones con él. Pronto se pusieron de acuerdo, pues que Borges, desde la incalificable conducta de los hijos de don Carlos, no tenia momento de alegría y estaba ganoso de lanzarse á cualquier empresa en que pudiera arriesgar su vida. Como es sabi-

do, Borges nunca temió la muerte, pero desde entonces parecia que la deseaba para poner término á las penas de su alma profundamente lacerada. Cuando algun amigo le hacia reflexiones sobre los peligros á que iba á esponerse, agradecia el interés que se le mostraba, reconocia la exactitud de las observaciones que se le hacian, pero persistia en su propósito sin hacerse ilusiones.

Resolvió partir sin pedir permiso á nadie, cosa que no hiciera antes por todos los tesoros del mundo; pero desde la renuncia de Tortosa y de la defeccion de D. Juan se consideraba desligado con el que antes habia obedecido y respetado como Rey.

El príncipe de Schila, el enviado de Nápoles y algun otro personaje napolitano le facilitaron recursos para el viaje, recomendaciones y autorizacion. Partió para Sicilia, donde le aseguraban que todavia encontraria fuerzas á cuyo frente podria ponerse para combatir á los invasores. Pero cuando Borges llegó á Messina vió que los emigrados napolitanos de Paris se hacian ilusiones, pues que allí no habia mas defensores de Francisco II que los que se hallaban encerrados con el anciano General Fergola en el castillo de aquella plaza.

Para penetrar en la fortaleza discurria medios ingeniosos que cuadraban á su carácter emprendedor y á su astucia de guerrillero. Mezclábase en los cafés con los oficiales piamonteses y los llevaba de paseo hácia el castillo con el objeto de poder pasar las líneas de los sitiadores en su compañía; pero viendo que se esponia inútilmente, desistió de toda tentativa y fuese á recorrer el litoral calabrés.

Entonces que estaba toda aquella tierra cubierta de soldados dispersos que, mas leales que sus jefes, no querian pasarse al enemigo, era tal vez ocasion propicia de ensayar con algunas probabilidades de éxito una contrarevolucion; pero carecia de autorizacion para ello y le faltaban medios y relaciones en aquel país.

Volvió á Messina, hizo nuevas é inútiles tentativas para entrar en el castillo y desengañado ya se fué á Roma para pasar de allí á Gaeta. Esto tampoco le fué posible porque se habia estrechado el bloqueo por mar y no se permitia el embarque de viajeros en el vapor que hacia escala en aquella plaza.

Todavía se hallaba en Roma cuando llegó la familia real de Nápoles. Vió al rey Francisco II repetidas veces y contrajo con él nuevos compromisos. Se puso también en relaciones con algunos de sus ministros y generales, y por consejo suyo regresó á Paris. Desde entonces no hizo más que ejecutar ciegamente las órdenes que recibía, como había ejecutado antes los mandatos del que reconoció por Rey. Mientras estuvo al servicio del rey de Nápoles se entendió directamente con el general Clary y el príncipe de Schila.

Cuando se decidió su marcha á las Calabrias, hubiera podido llevarse consigo muchos españoles residentes en Francia, pero no quiso admitir sino á un corto número. Dejó á algunos amigos suyos el encargo de estar dispuestos á acudir á su llamamiento con la gente que pudiesen reunir, y si las promesas que se le hicieron no hubiesen resultado fallidas; si hubiese encontrado el núcleo de tropas realistas que le dijeron estaban reunidas en las Calabrias, indudablemente habría dirigido un llamamiento á sus antiguos compañeros de armas y de seguro que se le juntáran en gran número.

De Paris se trasladó á Marsella y de allí á Malta. La relación de su triste campaña, que fué un verdadero calvario para su cuerpo y para su alma, la encontraremos detallada en su notable *Diario de operaciones*, que hemos visto original en el Ministerio de Negocios Etranjeros de Turin. De este Diario, escrito en francés bastante correcto para quien escribe una lengua extranjera, existen dos copias de letra de Borges, una en borrador y otra en limpio. La última no es completa, y no se estrañará cuando se vea la clase de vida que llevó nuestro desgraciado compatriota.

Con los citados documentos, le fueron ocupados á Borges unas instrucciones del general Clary y el borrador de una carta que dirigió á este general. Daremos la traducción de estos documentos por orden de fechas.

Instrucciones al general Borges.

Con objeto de animar y proteger á los pueblos de las Dos Sicilias, vendidos por el gobierno piemontés, que los oprime y engaña, para secundar los esfuerzos espontáneos de estos pueblos generosos, que

piden su legítimo padre y soberano; para impedir la efusion de sangre, dirigiendo el movimiento nacional; para evitar las venganzas personales que podrian conducir á funestas consecuencias, el general Borges se trasladará á las Calabrias para proclamar la autoridad del Rey legítimo Francisco II.

En su consecuencia observará las instrucciones siguientes, bien entendido que las modificará segun las circunstancias y su prudencia le dicten porque es imposible establecer otras reglas fijas, que los principios generales que determinarán su conducta.

1.º Despues de tener reunido el mayor número posible de hombres, segun los medios que se le facilitarán, el general se embarcará para efectuar su desembarco en el punto de las costas de Calabria que pueda ofrecerle menores peligros y obstáculos (1).

2.º Apenas se haya apoderado de cualquier punto y despues de haber tomado las precauciones militares mas apropósito, establecerá el poder militar de Francisco II con su bandera: nombrará el síndico, el ayuntamiento y establecerá la guardia cívica. Elegirá siempre hombres de una completa adhesion al rey y á la religion, teniendo especial cuidado que no entren individuos que bajo la apariencia de adhesion, no quieran mas que satisfacer sus ódios y venganzas particulares, cosa que en todos tiempos ha merecido la especial atencion del gobierno, en razon á la altivez de aquellos pueblos (2).

3.º El general dará un bando, llamando á sus banderas á todos los soldados que no han cumplido todavía el tiempo de su empeño, y á todos aquellos que voluntariamente quieran servir á su amadísimo soberano y padre. Tendrá mucho cuidado en dividir los soldados en dos categorías. 1.ª los que pertenecian á los batallones de cazadores; 2.ª los de los regimientos de línea y otros cuerpos.

Cuando aumente su número, formará los cuadros de las diversas

(1) «Este punto podría ser la playa de Bivona, en el sitio llamado Santa-Venere. Este punto se halla en las inmediaciones de Monteleone, centro de las Calabrias, en una situacion de fácil defensa, y que siempre fué el cuartel general de los ejércitos que operaron en el país. Si én Bivona no fuese posible, seria necesario escoger otro punto de donde fuera fácil trasladarse al monte Aspromonte y á los Piani della Corona. El príncipe de Schilla dará noticias relativamente al territorio y á las personas.» (Nota del general Clary.)

(2) «A pesar de esa altivez, los calabreses son capaces de la mayor generosidad, con tal que se trate de personas que respeten la religion y se abstengan de violar la hospitalidad, la propiedad y el honor de las mujeres.» (Id. Id.)

armas, artillería, ingenieros, infantería, gendarmería y caballería.

Cuidará también mucho de no admitir antiguos oficiales, propósito de los cuales recibirá órdenes especiales.

Dará el mando de los diferentes cuerpos á los oficiales extranjeros que le acompañen, escogerá uno honrado y capaz, que será el comisario de guerra y sucesivamente irán nombrando oficiales de administracion y sanidad.

El general Clary le enviará poco á poco guías de Borbon que, aunque armados de carabinas, harán el servicio de oficiales de órdenes y de Estado mayor.

Los batallones constarán de cuatro compañías, y si aumentasen sus fuerzas serán de ocho.

La organizacion definitiva de estos cuerpos, se establecerá por S. M. el Rey.

Los batallones tomarán los siguientes nombres: 1.º Rey Francisco; 2.º María Sofia; 3.º Príncipe Luis; y 4.º Príncipe Alfonso.

Su uniforme se hará igual al modelo que mandará el general Clary.

4.º En cuanto tenga reunida la fuerza suficiente empezará las operaciones militares.

5.º Y llevando por objeto la sumision de las Calabrias, esto se alcanzará cuando estén ocupadas. El general Borges dará cuenta al general Clary de todos sus movimientos y paises que haya ocupado militarmente, los nombres de los funcionarios de nombramiento suyo, en concepto de interinos, reservando la aprobacion, modificacion y cambios á la sancion real.

6.º No nombrará gobernadores de provincia, porque S. M. por medio del general Clary enviará las personas que deben ocupar tan elevados puestos.

El general tendrá cuidado de restablecer los tribunales ordinarios, excluyendo á aquellos empleados que, sin presentar su dimision han pasado al servicio del usurpador.

El general Borges podrá hacer entrar en las cajas de su ejército todas las sumas que necesite, formando siempre sumarios regulares. Tomará el dinero con preferencia; 1.º de las cajas del gobierno, 2.º de los bienes de los cuerpos municipales, y 3.º de los propietarios que han favorecido al usurpador.

7.º Dará una proclama (de la cual mandará cópia al general Clary), prometiendo en nombre del rey una amplia amnistia á todos los complicados en delitos políticos. Respecto á los reos de delitos comunes, serán llevados á los tribunales ordinarios.

Hará saber que cada uno es libre de pensar como mejor le parezca, siempre que no conspire contra la autoridad del rey y su dinastía. Una proclama impresa le será enviada por el general Clary para publicarla tan luego como desembarque en Calabria.

8.º Para evitar la confusion que podrian originar las órdenes dudosas, queda establecida como regla que tanto el general Borges, como todos los demás que de él dependen, no obedecerán mas órdenes que las que les comunique el general Clary, aunque hubiese otros que se presentaran con órdenes del rey.

Las órdenes que el general Borges y sus subordinados no deberán obedecer, aunque fuesen dadas por el general Clary, son aquellas que tiendan á violar los derechos de nuestro augusto soberano, de nuestra soberana y de su dinastía.

A la primera victoria el general Borges se verá rodeado de generales y oficiales que querrán servirle, pero el general los tendrá á todos alejados, porque S. M. le mandará los oficiales que crea dignos de volver bajo sus banderas.

9.º En Calabria deben existir muchos millares de fusiles de municion.

El general mandará que sean restituidos inmediatamente al depósito de Monteleone y castigará severamente á cualquiera individuo que no lo hiciese en el mas breve plazo posible.

La fundicion de Mongiana y las fábricas de armas de Stilo y de la Serra se pondrán inmediatamente en actividad.

10. El señor general Borges hará las propuestas para los ascensos y condecoraciones de las personas que mas se distinguen en la campaña.

11. Guardará las mayores consideraciones á los prisioneros, pero no les permitirá estar en libertad ni dejará á los oficiales libres bajo su palabra. Si un individuo ofende á los prisioneros enemigos, será juzgado por un consejo de guerra verbal y fusilado inmediatamente. El señor general Borges no admitirá excusa alguna en este

asunto; pero solamente respecto á los piamonteses usará del derecho de represalias.

12. De cualquiera modificacion que la urgencia de las circunstancias obligue á introducir en las presentes instrucciones, dará cuenta al general Clary.

Marsella 5 de julio de 1861.

G. CLARY.

P. D. A penas tenga usted reunida su gente en Marsella ú otro punto, y esté usted dispuesto á embarcarse, me avisará usted por telégrafo á Roma, si aun estoy allí, en los términos siguientes: Langlois; calle de la Cruz, núm. 2.—*Giuseppina gode sanita; siri-mette, parte il giorno...*

G. CLARY.

Carta de Borges al general Clary.

Calabria, setiembre de 1861.

Mi general: Despues de muchos trabajos y obstáculos para proporcionarme armas y municiones, llegué finalmente á reunir una veintena de fusiles. Entonces se me presentó una nueva dificultad, la manera de salir de Malta. Se sospechaba algo, no sé cómo; pero lo cierto es que los periódicos hablaban de nuestra tentativa, ántes de nuestra salida.

El 11 del corriente me embarqué en una especie de falucho con mis oficiales y salí á las diez y media de la noche, entregándome á la voluntad de Dios.

Despues de una travesía de dos dias, nos encontramos cerca de la playa de Brancahona sorprendidos por una gran calma que no nos permitia seguir adelante; en vista de esto resolví desembarcar y al anochechar del 13 salté en la playa que estaba absolutamente desierta.

Sin guia ninguno, me dirigí á la buenaventura hácia una luz que descubrí en el campo. Era la hoguera de un pastor. Una casualidad provisional me hizo caer en manos de un hombre honrado que me condujo á un sitio llamado Falcó, donde acampamos á cielo raso.

Al siguiente dia, 14, á las cinco y media de la mañana, nos pusimos en marcha conducidos siempre por el mismo pastor que nos llevó á la pequena aldea de Pecacore, donde fuimos acogidos por la

poca gente que encontramos. y por el cura párroco al grito de «viva Francisco 2.º» Este primer suceso me dió buena esperanza, esperanza que pronto perdí.

Al mismo tiempo unos veinte campesinos se ponian bajo mis órdenes y con este ejército microscópico resolví recorrer el país.

Dos puntos se me presentaron cercanos de Pecacore; Santa Agata el uno y Caraffa el otro; me decidí por este último pueblo, por haberseme asegurado que era el mejor en cuanto á sus opiniones.

Me puse en marcha á las tres del mismo dia, pero pasando próximo á Santa Agata fuí atacado por unos 60 guardias nacionales movilizados que rompieron contra nosotros un vivo fuego de fusilería. Al primer disparo los nuevos reclutas se dieron á la fuga, y yo me encontré solo con mis oficiales.

Sin embargo, habiéndome apoderado de una buena posicion, hice mi deber y sostuve el fuego por mas de hora y media.

Poco despues, cuando cesó el choque, recibí un parlamentario en nombre de los propietarios de Caraffa, los que me suplicaban que entrase en el pobló; me negué, é hice muy bien, porque me tenian preparada otra emboscada en la cual hubieramos perecido todos.

Por la gente que vino á mi durante el fuego, supe que habia una partida bastante cercana del terreno que yo ocupaba, mandada por un tal Mítica, y que los frailes del Bianco podian darme noticias de él.

No perdí tiempo, pues sabia que habian hecho advertir mi presencia á los piemonteses que estaban en Gerace.

El abad del monasterio del Bianco me encaminó hacia Natile, donde llegué despues de una marcha horrible el 15 á las tres y media. Antes de entrar en el pueblo hice llamar al notario Sculli al cual estaba recomendado. Este señor, despues de haberme recibido bien, me condujo á las cercanias de Cirella, y al sitio llamado Scardarilla, donde se encontraba el campamento de Mítica compuesto de 120 hombres, la mayor parte armados. Me persuadí al momento de que Mítica desconfiaba de nosotros, creyéndonos enemigos; y en efecto me lo dijo claramente añadiendo que no se pondria bajo mis órdenes sino despues del primer encuentro. Fuí tenido por prisionero, lo mismo que mis oficiales.

Tres días duró esta situación, que fué muy amarga para quien teniendo poder para mandar se veía precisado á obedecer.

Mittica me hizo saber que habia resuelto atacar el pueblo de Plati, donde existían muchísimos guardias nacionales y pocos piamonteses: en efecto, la noche del 16 al 17 marchamos hácia aquel pueblo. Debíamos atacarlo por tres partes distintas, pero en realidad el ataque no podia verificarse mas que por un sitio determinado, cuyo puesto se reservó para sí Mittica.

A las cuatro y veinte minutos se dió la señal disparándose un tiro. Empeñóse el combate con un vivo fuego de fusilería. Si se hubiese aprovechado el primer momento de confusion para caer sobre el pueblo, fácil hubiera sido su posesion, al menos yo lo creia así, pero en aquel momento me era imposible obrar, pues me encontraba en la pelea como un simple aficionado.

La guarnicion (que sin saberlo nosotros habia sido aumentada el dia anterior con 100 piamonteses) respondió vigorosamente, de manera que fué imposible apoderarse del pueblo; por consiguiente, principiámos nuestra retirada á las diez y media sin tener un muerto ni un herido, mientras que al enemigo le causamos bastantes bajas.

Desde Rati nos dirigimos hácia Cimina para desarmarlo, lo que efectivamente se efectuó, y recogimos algunos fusiles.

Al mismo tiempo supimos que 400 piamonteses desembarcados el dia anterior, y que se encontraban en los alrededores, y la guardia movilizada se preparaba á atacarnos. Dejamos el campamento inmediatamente, subimos á la montaña, y á pesar de caer la lluvia á torrentes, acampamos en la cima del monte.

A los siete menos cuarto del 18 nos encaminamos hácia los montes de Catanzaro, pero al poco tiempo caimos en una emboscada. Los enemigos habian intentado rodearnos en nuestra posicion, retrocedimos y volvimos á caer en otra emboscada. Por fin, despues de pocos disparos pudimos salir de esta crítica posicion y entrar á las once de la mañana en la llanura de Gerace. Seguíanme solamente mis oficiales, Mittica y unos 40 soldados suyos, pues el resto se habia desbandado; descendimos á la costa y marchamos hasta la distancia de una hora de Gifona, donde haciendo alto tratamos de buscar un poco de pan.

Tuvimos que contentarnos con pasar el día en ayunas, y marchamos á la una de la madrugada del 19. Mittica y el resto de su gente nos abandonaron. Hice alto en un monte llamado el Feuda; pero la fuerza armada nos hizo fuego, precisándonos á desalojar el campo y correr por algun tiempo.

Encontramos por fin un sitio apartado donde descansamos, y á las seis menos cuarto marchamos para Cerri, á donde llegamos al día siguiente á las cinco de la mañana. Hicimos alto en la Serra di Cucco cerca del pueblo de Torres.

Un antiguo soldado del tercero de cazadores se me presentó pidiendo ir conmigo. Es el solo partidario que he encontrado hasta hoy. El 21 de setiembre pasamos por la montaña de Nocella, y el 22, despues de una marcha bastante penosa, llegué á Sorrastretta, frente á la Sila que espero ocupar bien pronto.

Aquí principia el diario de Borges, que es la continuacion de esta carta.

Diario de Borges.

22 de setiembre.

Caracciolo (1) hostigado por una parte por la fatiga, y por otra por las instancias de un tal Marra, me hace saber á las dos de la tarde que estaba decidido á volverse á Roma. Le hice mil reflexiones para detenerlo, pero inútilmente. Copió el itinerario, y sobre las seis de la tarde me pidió 200 francos y se marchó con aquel que debe de haber contribuido á su marcha.

Nota. Las montañas de Nocella y de Serrastretta están bastante cultivadas, pero la última está sin cultivar; hácia la parte del Mediodía tiene bosques de pinos y castaños.

23 de setiembre.

Desde la montaña de Serrastretta he marchado hácia la de Nino, pero en mi marcha hice alto en una cabaña de Garropoli donde mandé matar un carnero que comimos. Las gentes de la cabaña fueron malas para con nosotros, y pusieron las tropas enemigas sobre

(1) Caracciolo, oficial de Estado mayor del ejército napolitano, habia sido enviado á Borges desde Roma como ayudante suyo.

nuestra pista. La tropa recorrió el bosque buscándonos. Afortunadamente dejó una parte de él sin registrar, donde milagrosamente nos salvamos.

A las cuatro de la tarde se retiraron con gran satisfaccion nuestra, y nosotros, apenas acabamos de comer algunas patatas asadas sobre las ascuas, nos pusimos en marcha á las seis para seguir la direccion de las montañas.

Nota. Las montañas de Nino y de Garropoli están bastante cultivadas, pero tienen poco bosque. He visto mucha caza y particularmente perdices rojas. Hay mucho ganado.

24 de setiembre.

Desde la montaña de Nino, me dirigí hácia el valle de Asino, que en esta estacion he encontrado lleno de barracas habitadas por muchísima gente, que hace la recoleccion de las patatas y alimentan sus ganados. Esta llanura tiene una longitud de hora y cuarto de camino y una anchura de una hora. En el fondo del valle corre un riachuelo cuyo curso es del Norte al Mediodía. Sobre la orilla izquierda se presenta una subida bastante difícil, pero despues de media hora de marcha el camino se ensancha y la pendiente se hace menos sensible y mas fácil.

Cuando llegé á la altura, la Providencia quiso que oyese cencerros; hice alto, y asegurado de que á nuestra derecha habia un aprisco dejé el camino é impelido por el hambre me dirigí felizmente á la casa; y digo felizmente, porque en aquel momento 120 garibaldinos nos tenian preparada una emboscada para cogernos al llegar á un desfiladero que debíamos pasar, y que con nuestra variacion dejamos á la izquierda. Llegamos á la casa donde fuimos perfectamente recibidos. Se mataron dos carneros, de los cuales nos comimos uno y el otro nos lo llevamos para comerlo al dia siguiente. Descansamos, y al romper el dia nos pusimos en marcha acompañados de un pastor para ir á Espinarvo ó Carillone, como le llaman en el país, á donde llegamos á las siete de la mañana.

25 de setiembre.

Llegado á lo alto de la montaña de Espinarvo, hice alto con objeto de que mis oficiales descansasen todo el dia. A nuestra llegada encontramos un vecino de Taverna que marchaba con dos mulas

cargadas de madera de construcción. Después de haberle interrogado detenidamente, le di dinero para que nos trajese provisiones para el día siguiente. Le esperamos en vano; en lugar del pan y del vino que yo había pagado á un precio muy elevado, nos mandó una columna de piamonteses que nos obligaron á huir precipitadamente; pero como ellos no pudieron vernos, ningún contratiempo más que el cansancio y la molestia natural fué lo que sufrimos. Seguimos, pues, marchando para que perdiesen nuestras huellas, y á las ocho y media de la noche llegamos á una casa en la montaña de Pellatrea, que abandonamos á las once, llevándonos con nosotros á uno de los pastores, y nos fuimos á reposar á poca distancia de la misma casa.

Nota. Espinarvo es una montaña rica en pastos y que alimenta muchos ganados de bueyes y carneros. En la meseta se ven bastantes pinos mezclados con abetos, que es lo que se llama Carillone, y las vertientes están cubiertas de bosque espeso y sombrío. El terreno es admirablemente bueno y productivo, aunque muy frío, pues que en esta época es ya abundante la escarcha. Pero si el bosque desapareciera en parte y se roturaran los terrenos, es indudable que se suavizaría la temperatura; pues ahora es tan espeso el ramaje que el sol no penetra jamás allí, lo cual es causa del frío que hace.

26 de setiembre.

Al despuntar el día, me he puesto en marcha y después de haber atravesado la montaña hemos entrado en el Ponte della Valle: esta especie de pequeña llanura, tiene cerca de seis horas de largo, y diez minutos de ancho; abunda en ganados y gente armada, pero nadie nos molestó. Sin embargo, cuando dejamos la llanura para tomar la altura del monte Colle Deserto, cinco hombres armados vinieron hacia nosotros y nos preguntaron quiénes éramos, pero como les contestásemos amigablemente, nos dejaron en paz. Entretanto habíamos llegado al sitio en que la montaña presenta una vertiente que tiene á la derecha, y al principiar á bajarla descubrimos el valle Provalle. Descendimos tranquilamente para atravesarlo y lo atravesamos, pero cuando nos preparábamos á subir otro monte, cuyo nombre ignoraba el guía, descubrimos una casa á trescientos

pasos de distancia y un centinela que se paseaba delante de ella, y el cual no advirtió nuestra presencia.

Viendo algunos campesinos que preparaban lino, les pregunté qué significaba aquel centinela, y me respondieron.—Es el centinela de un destacamento piamontés.—¿Es numeroso? les pregunté.—Doscientos hombres, pero podemos asegurar á ustedes que esta mañana subieron al monte á que ustedes se dirigen.» Estas esplicaciones me obligaron á una contramarcha de cuatro horas; queria dejar á mis enemigos á retaguardia y lo he conseguido; pero al llegar á la vista de la plaza de Nieto supe que habia 50 nacionales que hacian el servicio de avanzada, por lo que me detuve en el bosque hasta la caida de la tarde. Entonces descendimos, tomé un guia y fuimos á dormir al monte Coroa, á donde llegamos á media noche.

Nota. La montaña de Pelletrea, que dejamos la mañana del 26, es fértil y bien cultivada; produce patatas, legumbres, higos y otras escelentes frutas.

Los propietarios de Cotrone envian sus ganados á pastar á ella.

Hemos comido un cordero en la casa de campo del capitán de la Guardia Nacional de aquella ciudad, D. Chirico Villangere. Si pudiera prendernos nos haria pagar bien cara nuestra audacia, á pesar de haberle dado á su pastor cuarenta francos para que estuviese contento con esta ganancia inesperada.

Ponte della Valle es una llanura en parte descrita ya por mí en el itinerario del dia 25, pero me queda mucho que decir de ella. Este valle se halla atravesado en toda su longitud por un rio que lo baña demasiado, pues sus aguas faltas de un cauce bastante profundo para poder correr, se desbordan y hacen aquel sitio sumamente pantanoso. Si hubiese conductos para hacer entrar las aguas en el cauce sería el mas bello jardín del mundo.

Sin embargo de esto, produce una gran cantidad de lino y abundantes pastos.

Los rebaños que se ven son innumerables, las barracas de los hombres que preparan el lino son numerosas, de modo que se encuentran muchísimas gentes que van y vienen.

La montaña del Colle Deserto tiene mucho bosque; sin embargo, la parte meridional sería susceptible de producir buen vino si estu-

viere plantada de viñas. El valle de Revale es pequenísimo; reúne las mismas condiciones que el anterior, con la diferencia que me parece mucho mas sano y menos húmedo.

El valle de Nieto, que tendrá unas quince leguas de circunferencia, es lo que se llama una cosa sorprendente; jardines, pastos, arroyos, castillos con sus puentes levadizos, palacios y bosques de distancia en distancia, hacen de aquel sitio la residencia de verano mas encantadora que he visto en mi vida.

No hablo de las mujeres que cruzan el campo con sus canastas llenas de queso, de fruta y de cántaros de leche, de los hombres que trabajan ó caban la tierra, ni de los pastores que, apoyados en los sáuces, cantan ó tocan la flauta ó la zampoña.

Para concluir, es una verdadera Arcadia donde las piedras, si volasen, se detendrian en el aire para ver, oír y admirar.

La montaña de Corva tiene mucho bosque, pero no ofrece nada de interesante mas que los hermosos pinos que cubren sus costados y coronan su cima. La parte del Mediodía, mejor cultivada, compensaria sobradamente las fatigas de quien quisiera trabajarla.

27 de setiembre.

Me he puesto en marcha con direccion á la montaña de Gallopane, á donde llegamos cerca de las 9 de la mañana; comimos un pedazo de pan y algunas cebollas que fuimos á buscar en el centro del bosque, á una casa situada allí, donde encontramos un guardia nacional, á quien no reconocimos.

Esta circunstancia, notada por nosotros mas tarde, me decidió á tomar la altura de la montaña, á donde llegamos cerca del mediodía. Allí hice alto con mi gente, que estenuada por el hambre y la fatiga no podía ya mas. Hacia un cuarto de hora que descansábamos, cuando ví á un muchacho de unos veinte años que tenia un aire sospechoso. Esta idea me obligó variar de plan, haciéndome tomar el partidó de buscar una senda que condujese á la vertiente opuesta de la montaña. A los doscientos pasos el capitán Rovella, que nos precedia en calidad de explorador, me hizo señal de que nos detuviésemos y me dijo que veia quince guardias nacionales que se dirigian hácia nosotros. Al recibir esta noticia les preparé una emboscada, pero cuando estaban á la distancia de un tiro de fusil, nos vieron y se pararon.

Los esperamos por mas de media hora, pero viendo que no se movían temí alguna combinacion por parte de ellos y me decidí inmediatamente á cambiar de direccion; marché, pues, sin guia, internándome en el bosque, hácia la parte Norte de él, donde por aquel dia finalizaba nuestra marcha.

Eran las cinco de la tarde; encontrábame rendido de fatiga y atormentado por el hambre sobre una pequeña colina, llamada la Castagna di Macchia. Lleno de dolorosa angustia é incertidumbre, sin saber qué hacer ni á dónde dirigirme, me encontraba en aquel momento en que la Providencia, que siempre vela por sus hijos, hizo que se me apareciese (á ruego sin duda de la Reina Santa) un pastor que se nos aproximó y me dijo que nos daría alojamiento y comida á todos por aquella noche, lo que efectivamente cumplió. Si por desgracia el cielo nos hubiese rehusado este favor, estábamos perdidos irremisiblemente. Apenas entramos en la cabaña del pastor (y es digno de notarse, que es la sola vez que hemos dormido bajo techado desde nuestro desembarco) estalló una furiosa tormenta, la lluvia cayó á torrentes durante toda la noche, y en vez de morir bajo el peso del cansancio, del hambre y de la tempestad, comimos y dormimos perfectamente, dando mil gracias á Dios por este favor que nos dispensaba.

Nota. La montaña de Gallopane está en parte cultivada; podría cultivarse toda, y si así fuese, no se puede calcular la mucha gente que alimentaría, tal es la bondad de su terreno; produciría sin gran fatiga, grano, patatas y ricos pastos. La Castagna es una montaña llena de castaños, tiene buenos pastos y alimenta muchísimos ganados de yeguas, bueyes y carneros.

El pueblo bajo es aquí, como en el resto de la Calabria, excelente.

28 de setiembre.

A las ocho y media he dejado la cabaña del pastor para trasladarme á un cobertizo que se encuentra á una hora de distancia. Dos pastores nos han acompañado, y dejándonos allí nos han prometido traernos 20 hombres que querían reunirse con nosotros diciéndonos que llegarían antes de la noche.

Son las nueve de la mañana y Dios solo sabe lo que puede suceder de aquí á las siete de la tarde.

Medio día. Nada de nuevo relativo á los enemigos. ¡Gran regalo! nos traen patatas hervidas.

Ocho de la noche. Los hombres que me habian ofrecido no llegan, voy creyendo que sean imaginarios ó que desconfian de nosotros.

29 de setiembre.

Seis de la mañana. Un correo del administrador del príncipe Bisignano me ruega le envíe algun documento que pruebe la identidad de mi persona; yo le entrego dos cartas del señor general Clarry, y espero con impaciencia los resultados que puedan producir.

Seis y tres cuartos. Me informan que el enemigo se ha puesto en marcha para sorprenderme: esta noticia, unida á la desconfianza que me inspiran los campesinos (que por cierto nos roban bastante) me obliga á dejar mi cobertizo para dirigirme hácia el bosque de Murro, sitio en que el correo que ha venido esta mañana debe unírseme para darme contestacion.

Siete y cuarenta minutos. Llegamos al bosque.

Nueve y veinte minutos. El correo esperado llega por fin; yo debo seguirle al sitio llamado Calbellone donde me espera el administrador del príncipe.

Diez y media. Le encuentro con unos diez hombres, me saluda cortesmente, y en seguida da órden para la reunion de gente: hecho esto, nos dirigimos hácia el bosque de Roce, pero los hombres que acompañaban á nuestro guia se disipan como el humo.

Nota. La sierra de Murro está cubierta de bosques de maderas de construccion magníficas. Hay mucha tierra cultivada y fértil; hay muchos arroyos, de agua bastante buena y sumamente clara.

El territorio de Roce es un país sano y de un clima benigno: está cubierto de árboles altos y frondosos.

Debo advertir que si hubiese mas cuidado en cultivar dichos árboles, estos montes serian una futura mina de oro. Hay muchas casas y cabañas diseminadas por estos sitios. La agricultura está en buen estado, pero es susceptible de mucha mejora.

30 de setiembre.

Territorio de Roce, cinco de la tarde. Llega un confidente y me avisa que los enemigos tienen cercados los bosques de Macchia y Murro: para sorprendernos han arrestado á siete de los hombres

que nos acompañaban ayer tarde, y estos desgraciados, vencidos por el miedo, han indicado nuestra direccion á los enemigos, lo cual significa que á pesar de la oscuridad de la noche nos vemos precisados á levantar el campo. Siendo tan malos los propietarios de la Sila necesitamos tomar la direccion opuesta.

Diez de la noche. Hacemos alto en el bosque de Ceprano, á una hora del sitio que antes ocupábamos, con la diferencia que en lugar de estar al Norte estamos al Mediodia.

Nota. Estoy sin calzado, y tengo los piés estropeados lo mismo que otros oficiales. No sabiendo cómo salir de este estado miserable, me vuelvo hácia los campesinos, y les hago ver nuestra dolorosa posicion. Ellos parten en distintas direcciones y nos traen sus propios zapatos. Me ensayo un par que no me sirven, me pruebo otro que pesa tres kilógramos, pero estándome bien me los reservo. Los otros son distribuidos entre los demás y pagados á un precio carísimo.

1.º de octubre.

Seis de la mañana. Gran novedad, tenemos pan blanco, jamon, tomates, cebollas y una copa de vino, cosa rarísima aquí.

Una de la tarde. Siete guardias nacionales se presentan en la Sierra del Pastor, en frente nuestro, mientras que unos veinte recorren la Sierra de Ceprano, permanecen allí una media hora y despues se retiran hácia Roce de donde habian venido.

Diez de la noche. Los guardias nacionales se reunen en Roce. Hoy han robado cinco cabras en la hacienda del príncipe Bisignano.

Nota. Los propietarios de la Sila son antirealistas, pues dicen que aunque el rey estuviese sobre su trono, no podria mandar despóticamente sobre sus vasallos.

Me consta que Roce y Castiglione son buenisimos y podemos contar con ellos.

2 de octubre.

Seis de la mañana. Todos los que tomaron parte en la sublevacion de marzo último han sido presos.

Siete de la mañana. Los espías me dicen que los que mandaban la fuerza vista ayer por nosotros, son los dos hijos del baron de

Mollo y del baron de Constantino, y que la fuerza que les seguia era compuesta de sus guardas.

Ocho de la mañana. Se me dice que ayer han salido de Cosenza todas las tropas para caer sobre mí, pero que habiendo sabido en el camino que una partida nuestra habia derrotado un destacamento enemigo, han cambiado de direccion para echarse sobre ella. No sé lo que puede haber de cierto en todo esto, pero es un hecho que á pesar de todos mis agentes no he podido descubrir una sola partida de realistas en campaña. Los guardias nacionales de Roce han enviado esta mañana un despacho á Cosenza, pero ignoro su contenido.

Sé que en esta ciudad no hay fuerzas disponibles; ayer se vieron precisados á montar las guardias y retenes con campesinos desarmados. Habiendo muerto un general piemontés, no han encontrado mas que unos 50 hombres para acompañarlo al cementerio.

Cinco de la tarde. Todavía no sé nada de las fuerzas que el agente creia poder reunir: temo que esto sea un piadoso deseo, y nada mas. Acabo de saber que el 22 fueron presos dos de los nuestros y conducidos á Cosenza; dícese que se les ha encontrado encima algunas condecoraciones, entre ellas una del Papa, y un poco de oro, lo que me induce á creer que pueden muy bien ser los desventurados Marra y Caracciolo.

Cinco de la tarde. La guardia nacional hace poco que ha reducido á prision á toda la familia del administrador del príncipe Bisignano.

Nota. He encontrado por todo el país un sentimiento monárquico que raya en fanatismo; pero por nuestra mala suerte acompañado de un miedo que lo paraliza. Sin embargo, he llegado á convencerme de que si se pudiera verificar un desembarco de 2000 hombres en cuatro puntos, es decir, 500 en la provincia de Catanzaro, 500 en la de Reggio, 500 en la de Cosenza, y el resto en los Abruzzos, la dominacion piemontesa seria destruida, porque todas las poblaciones se levantarían en masa como un solo hombre. Los ricos, con raras escepciones, son malos; por esta razon son odiados por la masa general del pueblo.

Los hijos del baron de Mollo fueron los que mandaron robar las

cabras, de cuyo robo he hablado anteriormente; fueron guisadas y comidas en casa del capitán de la Guardia nacional de Roce.

3 de octubre.

Cuatro y media de la tarde. Nada nuevo respecto á los hombres que se me habían prometido.

Siete y media de la tarde. A pesar de la resolución tomada por mí de marchar esta tarde, me quedo en el mismo sitio vencido por los ruegos del agente, para esperar á ocho hombres que han muerto (según dicen) «á un guardia nacional y á un cura muy malo.» ¡Qué horror!!

4 de octubre.

Los ocho hombres que yo esperaba no han llegado.

Los piamonteses, según me aseguran, han desarmado ochenta guardias nacionales por que se negaron á marchar hácia... (1)

Ahora, esos mismos individuos me piden ponerse á mis órdenes; pero comprendiendo los proyectos que podrían ocultar, de acuerdo con los piamonteses, he rechazado su oferta.

Diez de la mañana. Se me habla de correos que deben llegar, de numerosos movimientos que deben tener lugar en sentido realista, pero yo no les presto mucha fé. Los guardias nacionales han saqueado ayer cinco casas de campo, de las cuales dos pertenecen á Miguel Capuano; entre las cosas robadas en una de ellas se encuentran cinco tórnoli de higos que representan un valor de 70 ducados. Los enemigos nos creen en la Sila, y por eso baten el país en todas direcciones.

Diez de la noche. Me dicen que un destacamento de los nuestros ha desembarcado en Rossano. ¡Es una ilusión!...

Nota. Desde mi campamento veo convertidas en llamas las casas de campo de los barones de Collini y de Corrolino, hombres bastante malos en política, puesto que el primero ha dado una suma fuerte á los revolucionarios, y el segundo 60,000 ducados.

5 de octubre.

Seis de la mañana. Estamos acampados en el bosque de Pietra Fevulla y descubrimos el bosque de Pignola, poblado de castaños, y el primero de encinas y alcornoques.

(1) En el manuscrito, esta palabra no es inteligible.

Nueve de la noche. El jefe de partida, Leonardo Baccaro llega de su país, Serra Peducci, á donde le habia mandado á buscar para saber si era posible hacer alguna cosa en sentido realista; su contestacion (como las de muchas personas á quienes he preguntado anteriormente) es negativa; le he vuelto á preguntar el por qué, y su respuesta ha estado conforme con la de todos los demás.

«Que vengan algunas fuerzas aunque sean pocas, y el país se levantará en masa como un solo hombre; sin esta circunstancia, nada hay que esperar.» Yo por mi parte tambien lo creo así. Esta gente quiere su autonomía y su rey; pero el temor de ver quemadas sus casas, y en estrecha prision sus mujeres y sus hijos, les detiene. Si conociesen su propia fuerza, no sucederia esto. Es una desgracia, porque este pueblo es sumamente sóbrio, y mas sufrido que ninguno, pero es débil de espíritu, cuanto es fuerte de cuerpo.

Si yo hubiese desembarcado tres semanas antes hubiera encontrado 1067 hombres y 200 caballos en Carillone, y esta fuerza bastaba para hacerles comprender lo que valen, y por consiguiente para moralizarlos.

Por mi mala suerte cuando llegué á aquel punto, estaban desbandados y se presentaban al enemigo, y algunos de ellos se habian afiliado en la guardia nacional movilizada.

El tiempo que me hicieron perder en Marsella y Malta, ha sido un rudo golpe para la buena causa por una parte, sin contar por otra que yo ando errante al acaso, y (esto es lo mas grave para mí) que esta circunstancia me roba una gloria, que hubiera constituido la felicidad de toda mi vida.

6 de octubre.

Seis y media de la mañana. ¡Magnífico golpe de vista! Desde el bosque de Fiomello donde estoy acampado, descubro el castillo y el hospital de Cosenza, Castiglione, Paternó, Castelfranco, Re.... (1) San Vicente, Santa File, Montalto, San Giácomo Caballería, Gelsetto, Monarvano y Cervicato; enfrente de mí veo un inmenso bosque de castaños, mas lejos un valle tan fértil como hermoso, con sus sembrados campos, con sus casas mas blancas que la nieve, con sus

(1) Los puntos suspensivos indican que no se ha podido entender lo que dice el manuscrito.

prados mas verdes que la yedra, bosques de árboles frutales diseminados, plantacion regular de olivos, higueras y de otros árboles. Esta reunion de cosas escita mi admiracion y la escitaria aun á aquellos que fuesen menos aficionados que yo á los productos de una naturaleza dotada de todo aquello que puede hacerla hermosa á la vista de quien tiene el don de la inteligencia.

Seis de la tarde. Levanto el campo para trasladarme al bosque de la Petrina, situado al Mediodia de la llanura de este nombre, distante de aquí tres leguas.

7 de octubre.

Seis de la mañana. A tres paisanos que cruzan á la inmediacion del bosque donde estamos, les hago interrogar y por sus contestaciones se revela que van á llevar dinero á ocho brigantes que se hallan escondidos en el bosque ó el valle de Macchia.

Diez de la mañana. Los enemigos en número de ciento, practican un reconocimiento en el bosque de Piana de Anzo, pero están distantes de nosotros mas de una milla, no sé si nos hallarán, pero es probable.

Tres de la tarde. Los piamonteses se han retirado sin vernos.

Esta noche esperamos buena cena.

Luzza, Busignano y Artri, que vemos desde nuestro campo, están situadas á la falda de la montaña de Cucuzzelo y ofrece una graciosa perspectiva. Estos terrenos están bien cultivados, deben ser bastante productivos y abundantes en castaños y alcornoques.

8 de octubre.

Ayer á las siete de la noche dejamos el bosque de la Petrina y nos dirigimos hácia los rios Morone y Crati, donde debia de tomar, como en efecto tomé, el camino real llamado Strada nuova despues de haber vadeado los rios.

Marchamos siguiendo la direccion de Canicella; llegado allí, tomamos la izquierda, dejando la carretera á la derecha. Subimos al monte de Campolona Luongo, donde descansamos una media hora, continuando despues nuestra marcha hácia el rio San Mauro, que atravesamos tranquilamente. Con la misma felicidad vadéamos el rio de Essero, en el sitio donde se dividen las posesiones del señor Longo y la del Sr. príncipe Bisignano.

A las cinco y media acampamos á la falda del Farneto, estenuados de fatiga, lo que no tiene nada de particular habiendo andado aquella noche mas de 30 millas.

Estamos á tres millas largas de distancia de Rossano y á igual distancia de Firma. A cuatro millas tenemos hácia el mediodía á Altamonte, y esto sin contar que esta noche hemos dejado á nuestra derecha Tarri y Spezzano-Albanese.

Rossano contiene una veintena de habitantes; su espíritu es escelente; pero Firma y Luongo son malísimos como todos los países que se llaman albaneses.

Altamonte es buenísimo.

He sabido hoy que todas las fuerzas revolucionarias que se hallan en este país, han estado ocho dias emboscadas para sorprendernos, pero al mismo tiempo he sabido que cansados de esperar-nos se han retirado ayer oportunamente para dejarme libre el camino.

Nota. El rio Morone es bastante estrecho y rápido, y es sumamente difícil vadearlo.

El país produce habichuelas, calabazas silvestres, melones, patatas, etc.

Sus aguas ponen en movimiento dos molinos y bañan casi toda la llanura de la Petrina, haciéndola sumamente fértil. Si se abriese paso á las aguas que descienden de las montañas de la derecha, este país ganaria mucho.

Atravesado el rio, tomamos la carretera nueva que en este sitio no está todavía concluida. No ví nada digno de ser observado, salvo algunas casas y la perniciosa influencia del aire, sobre todo en esta estacion.

9 de octubre.

Dejamos ayer á las siete de la noche el bosque Farneto y nos encaminamos directamente hácia los montes de Cermetano. En nuestra marcha cruzamos la llanura Conca de Cassano, llena de pequeños arroyos que hacen su terreno bastante incómodo.

La noche ha sido horrible; nunca he sufrido tanto física ni moralmente. Físicamente, por la fatiga y por las llagas de mis piés; moralmente, por la desgracia que nos persigue á todos, efecto de

las circunstancias. Marchando hemos tenido que salvar innumerables barrancos, algunos de ellos sumamente profundos.

Uno cae con sus armas y efectos y pierde su fusil que hay que recoger; otro la bayoneta que hay que abandonar; aquel con los piés destrozados se tira al suelo y pide la muerte; el otro se quita los zapatos creyendo marchar mejor descalzo; otro pone su fusil en bandolera y toma dos palos para apoyarse.

Sufro tanto como ellos, pero mi espíritu no me ha abandonado; quiero comunicarles este valor, y con tal objeto les recuerdo las empresas de los grandes hombres que militaron antes que nosotros.

Toman con las seguridades que les doy nuevo ánimo y les hago hacer prodigios; aquel que no puede andar se arrastra como mejor puede, y de esta manera, sin quejarnos ni lamentarnos, sin pan ni agua, llegamos á un bosque de olivos donde pasamos el día 9.

Diez de la noche. Dejando Francavilla á la derecha y Castrovillare á la izquierda, subimos á la montaña llamada la Sierra de Estancia. La primera poblacion cuenta 6,000 habitantes y la segunda 12,000. En ambas el espíritu público es bueno. Llegamos al corazón de la montaña donde encontramos un rebaño de cabras, de las cuales hicimos matar dos, que eran malísimas, pues estaban sumamente flacas; pero como estábamos en ayunas las comimos como un manjar delicado. Despues de la comida proseguimos nuestra marcha una hora mas y nos acostamos en el campo.

10 de octubre.

Cuatro y media de la madrugada. Llega un muchacho de unos doce años montado en un mal caballo y le arresto.

Despues de interrogarle resulta que puede traerme pan del convento de Nuestra Señora del Carmen, por lo que mando con él un soldado.

Siete de la mañana. No veo ni al muchacho ni al soldado, aunque una hora es suficiente para ir al convento y otra para volver; esto empieza á inquietarme.

Siete y diez minutos de la mañana. Gracias al cielo, el pan llega.

Ocho y veinte minutos. Hemos almorzado y nos ponemos en marcha para ganar la altura de la montaña.

Diez de la mañana. Llegamos y hacemos alto para no ser descubiertos.

Cuatro de la tarde. Nos ponemos en marcha para las montañas de Acqua Forano y Alberato de Pini, donde contamos comer algo si lo encontramos.

¡Nuestra esperanza fué una ilusion!...

OBSERVACIONES GENERALES.

He notado que los montes recorridos por mí hasta hoy 10 de octubre son susceptibles de multiplicar su riqueza, y hé aquí la manera de lograrlo segun mis observaciones hechas bastante lijaramente:

1.^a Cruzarlos de grandes caminos que desemboquen en el mar, en los valles y en los flancos de las montañas.

2.^a En las cimas de estas poner cuerpos de guardia de á diez hombres, á la distancia de hora en hora, y abrir comunicaciones de uno á otro en toda su estension, es decir, sobre las cimas de todas las montañas de esta provincia, lo cual daria por resultado:

1.^o Que no fuesen mas guaridas de unos ladrones que es imposible coger, y que son el azote, no solo de las montañas sino de los valles y llanuras vecinas. 2.^o Que los árboles de madera de construccion, que hoy se pierden por falta de medios de comunicacion, no se perderian en lo sucesivo, porque como el trasportarlos al mar costaria muy poco, estos bosques se convertirian en una mina de oro que no tendria fin, tanto para el país en general, quanto para las cajas del Estado en particular.

En los grandes caminos laterales seria necesario poner peones camineros de dos en dos horas. Una brigada de gendarmería de infanteria podria hacer el servicio, tanto para llevar la correspondencia quanto para vigilar los caminos. Los cuerpos de guardia establecidos sobre las cimas de las montañas se podrian cerrar á principios de invierno y trasladar las tropas á donde no llega la nieve, para no dar tregua ni reposo á los ladrones hasta que desapareciesen por completo. Estas medidas, que podrian ser adoptadas sin grandes gastos, acrecentarian la poblacion y los ganados y au-

mentarian el cultivo del heno, trigo, cebada, avena, patatas, etc. etc., y se podría recojer muchísima leña que se guardaría en grandes almacenes donde fuese mas fácil procurarse su venta.

He observado tambien que las montañas que no tienen bosques encierran minerales de todas especies y como no les faltan aguas que bañan sus faldas, se podrían abrir minas que producirían valores incalculables. Si por el momento los filones no fuesen productivos (lo que no creo) se podrían aprovechar estas aguas para trabajar el hierro, ó bien para preparar el lino ó la lana.

Basilicata 11 de octubre.

Una de la madrugada. Llegamos á la Destradella Donna, donde perdidos nos refugiamos en un cobertizo y nos recostamos para descansar un poco á pesar de la proximidad de Torre Nuova. Esta noche hemos pasado cuatro horas fatales, pero Dios ha querido que llegásemos, sin experimentar mas pérdida que la de un hombre que estaba algo enfermo. El muerto se llamaba Pedro Santo Leonato, hijo de Rosa.

Tres y media de la tarde. Nos ponemos en marcha y pasamos por delante de Torre Nuova (cuyo vecindario es bastante bueno) y cerca de los pueblos de San Constantino, Casale, Nuova Noja y San Giorgio. Casale Nuova y Constantino, son malísimos, como todas las poblaciones que se llaman greco albanesas.

12 de octubre.

Seis de la mañana. Hemos llegado á la montaña Silfera, en los confines de San Giorgio, á las dos de la madrugada, es decir, despues de diez horas y media por caminos detestables, porque el terreno es pedregoso. Ayer nos quedamos sin pan, y tuvimos que andar el camino en ayunas. Empiezo á perder la esperanza de llegar á Roma; nuestras fuerzas disminuyen, y mi malestar aumenta. Poco alimento y casi siempre mal sano, agua sola para beber y muchos trabajos, destruyen á los mas robustos.

Yo seguiré marchando ínterin pueda hacerlo, pero si la voluntad de Dios es que muera, dejaré estos apuntes á Capdevila; á fin de que los haga llegar al general Clary ó á Schilla, y si Capdevila tambien muriese, deberá dejarlos al comandante Landet para que este haga lo que Capdevila debió hacer.

Me interesa mucho que este escrito llegue á manos del rey para que sepa S. M. que muero sin llorar la pérdida de mi vida, que tengo la honra de ofrecer sirviendo á la causa de la legitimidad.

13 de octubre.

Ayer á las siete de la tarde hemos tenido pan y carne; el pan nos ha llegado de Colobrara; la carne fuimos á comerla á la Sierra de Finochio á donde llegamos á las siete. Despues de la comida nos hemos acostado sobre la paja y bajo techado, lo que nos ha servido de mucho consuelo. Tenia pensado pasar en este sitio todo el día de hoy, pero desgraciadamente no he podido hacerlo.

Sobre las cuatro de la mañana vino un pastor á decirnos que los guardias nacionales de San Giorgio y Tabara, se habian reunido para atacarme hoy, y si bien yo no dí entero crédito á la noticia, los hechos vinieron á ratificarla...

A las siete de la mañana he sido advertido por el comandante Landet de que una compañía de guardia nacional recorria los bosques donde habia pasado todo el día de ayer. He mirado con el anteojo y efectivamente la he visto. Entonces reflexioné que un pastor que nos habia robado cinco duros con el pretesto de traernos zapatos habria dado el parte, lo que me ha hecho temer una traición. Con esta sospecha he mandado que mis soldados tomasen las armas é inmediatamente he tratado de coronar la cima de la montaña para no ser cogido entre dos fuegos. Apenas llegué al punto culminante de la montaña ví que otra compañía nos venia á atacar por la espalda, lo que me obligó á retirarme hácia el Norte y á emboscarme.

Allí he sabido que esta fuerza es la guardia nacional de Roton-della.

Doce y diez minutos de la mañana. Los enemigos se repliegan sobre nuestra derecha á media hora de distancia. Todavía quedan algunos de ellos á tiro de fusil buscándonos por los bosques, pero á pesar de esto sigo creyendo que no nos han visto.

Tres y cuarto de la tarde. Las fuerzas que teníamos cerca de nosotros principian á retirarse y se dirigen hácia la derecha como la precedente.

Tres y veinte minutos. Me informan que aquellos mismos que

ayer nos trajeron el pan nos han vendido al capitán de la guardia nacional don Gioacchino Mele di Fabale.

Tres y treinta y cinco minutos. El resto de los enemigos se repliega á la reserva.

Tres y cuarenta minutos. Los enemigos se retiran tomando la dirección de Rotondella y Bellete.

Cuatro y cuarenta y cinco minutos. Los enemigos hacen alto.

Cuatro y cuarenta y seis minutos. Los enemigos vuelven á ponerse en marcha.

Cuatro y cincuenta minutos. Levanto mi pequeño campamento para dirigirme hácia el río Sinna que tengo la intención de pasar un poco más allá de Favandola donde es vadeable.

Nueve de la noche. Paso el río por el sitio indicado para seguir en dirección al bosque de Columbrara. En el camino busco pan por las casas donde paso y á la media noche tengo pan para todos.

14 de octubre.

Una de la madrugada. Á un cuarto de legua del bosque mando hacer alto y doy descanso á mi tropa hasta romper el día.

Al amanecer me pongo en marcha para pasar el río en la barca y en aquel momento observo que el alférez don Benito Zafra (1) ha desaparecido. Esta circunstancia, unida á la poca ó ninguna confianza que me inspira Zafra, me obliga á cambiar de posición y dirección.

Seis de la mañana. Cuando estaba para marchar se me presenta Zafra diciéndome que se había perdido; yo finjo creerlo porque esto me permite conservar mi posición y la conservo.

Seis y media de la tarde. Nos ponemos en marcha para pasar el río Aciri; pero cerca de la media noche estalla una furiosa tormenta que nos obliga á cobijarnos en la casina llamada Santanello, donde llegamos cerca de la una de la madrugada calados hasta los huesos. Dos campesinos, valiéndose de nuestro cansancio y aprovechándose de la oscuridad de la noche para escaparse, se fueron á dar parte á la guardia nacional de Santo Angelo, pueblo que se encuentra á

(1) El Benito Zafra de que hace mención el señor Borges en su diario, era cabo del regimiento del Rey, primero de caballería que desertó de su bandera desde Pamplona el año 1835 pasando al vecino imperio francés. (Nota del traductor.)

nuestra derecha á cuatro millas de distancia de nuestro alojamiento.

15 de octubre.

Esta mañana á las cinco se presentan los campesinos llenos de barro hasta las rodillas. Esta circunstancia despertó mis sospechas y me obligó á dirigirme al rio antes nombrado y á conducir conmigo aquellos mismos que nos habían vendido para que nos sirvan de guías. Apenas habíamos vadeado el rio veo la guardia nacional de Santo Angelo que venia detrás de nosotros.

Amenacé fuertemente á los guías si no nos salvaban, y la amenaza hizo milagros, pues nos condujeron tan perfectamente que poco despues no veíamos enemigos por ninguna parte. Un poco mas tarde pasamos el rio Rosauero, dejando á Albano á la izquierda y nos dirigimos á la taberna cancinera, donde tomamos un bocado.

Desde allí nos encaminamos hácia el rio Salandra, marchando con una lluvia tremenda; pasamos el rio sobre las dos de la tarde; como habíamos marchado mas de veinte millas, hicimos alto para descansar: pero á la media hora la lluvia vuelve á empezar con mayor fuerza, y nos precisa á refugiarnos en una casa, que es propiedad de don Donato Scorpione, capitán de la guardia nacional de Formina.

A las seis de la tarde nos ponemos nuevamente en marcha para llegar á los bosques de Salandra; pero sobre las siete un fuerte aguacero nos sorprende, y el terreno, que es bastante pantanoso, principió á ponerse de tal manera que nos impedia el caminar. Todavía marchamos hasta las diez de la noche; pero viendo que la lluvia no cesaba y que no podíamos adelantar terreno, hicimos alto en la montaña Ferravente; en el aprisco de Nicolás Provenzano; nos secamos un poco, y despues de dar orden al amo de la casa para que nadie se moviese de las barracas sin permiso mio, nos echamos un rato.

Nota. Los campesinos son realistas aquí como en el resto del país, pero muy cobardes. El temor de ser presos y su deseo de tener dinero les hace cometer toda clase de bajezas.

El 12 me robaron cuatro duros; el 13 treinta francos que debían servir para comprar zapatos y otras cosas necesarias. Aquel mismo dia, ó mejor dicho aquella noche, me denunciaron á la guardia na-

cional de Santo Angelo, y esta noche han hecho lo mismo, pero ignoro cómo.

16 de octubre.

Seis de la mañana. El amo y dos de sus pastores han desaparecido furtivamente; me presumo el por qué de esta desaparicion. Me decido á huir lo mas pronto que pueda al bosque de Salandra, apesar de la lluvia que nos inunda. Me llevo conmigo un muchacho que tendrá doce años para tenerle en rehenes todo el dia.

Siete de la mañana. Hacemos alto para comer un poco de pan.

Siete y media. Nos ponemos nuevamente en marcha.

Ocho y diez minutos. Viendo que soy descubierto si sigo adelante, hago alto para esperar los acontecimientos y la hora propicia de ponerme en camino.

Dos de la tarde. La humedad, el frio y el hambre me precisan á levantar el campo.

Tres y media de la tarde. Descubrimos una barraca donde encontramos media racion de pan, que hago repartir entre todos, y me pongo nuevamente en marcha.

Cuatro y media de la tarde. Llegamos á un cobertizo donde hay ganados; hago matar dos carneros, nos comemos uno y guardamos el otro para mañana.

Ocho de la noche. Me pongo en marcha para atravesar el rio Grottola.

Nueve de la noche. Apenas habíamos pasado el rio cuando cinco hombres armados se lanzan sobre nosotros intimándonos que hiciésemos alto. Caímos sobre ellos y huyeron, pasando el rio en direccion contraria á la nuestra, sin hacer fuego. En seguida tomo el camino de Grassano, donde hay guarnicion piemontesa, pero lo hago para evitar un largo rodeo.

Once de la noche. Pasamos por la parte del Norte de la ciudad, esperando un quien vive, que no oímos. Hemos pasado muy cerca de la iglesia sin el menor ruido.

Nota. El bosque de Salandra es magnífico, y se necesitarian quince horas para reconocerlo. El terreno es bastante bueno y seria susceptible de producir de todo, incluso higos y olivas, pero no se ha intentado su cultivo. Los árboles que mas abundan son los al-

cornosques. Podria hablar de otras cosas si tuviese tiempo, pero creo que esto basta para dar una idea de la hermosa vejelacion de este sitio.

Los siglos que pasaron por encima de las frondosas cabezas de esos reyes de los bosques no han dejado traza alguna en su hermosura. Son hoy lo que probablemente fueron hace cien años, y creo que dentro de un siglo no habrá cambiado su aspecto si no intervienen el fuego ó el hacha. Un tronco colosal y entero, ramas proporcionadas á su elevacion y á su grueso, un ramage espeso y fresco como las aguas de las fuentes que serpentean al pié, completan ese cuadro trazado á grandes rasgos. No obstante debo decir algo de las hojas de estos árboles, pues que he visto varias que tienen cuatro pulgadas de largo y tres de ancho. Su parte superior es de forma ovalada y graciosamente dentellada.

17 de octubre.

Cuatro de la mañana. Llegamos á la montaña de Piano de la Corte, y nos alojamos en una barraca de don José Santore, capitán de la guardia nacional de Tricarico, donde me decido á pasar el día á pesar de tener á mi derecha á Montesolero, ciudad de 6000 almas, y Tricarico á mi izquierda.

Tres y media de la tarde. Me pongo en marcha para pasar á la provincia de Avellino, á donde llegaremos en dos ó tres días si el tiempo se compone y las circunstancias nos lo permiten.

Nota. Hemos atravesado la llanura, bastante grande y rica, pero he observado que la agricultura está muy atrasada. Pero como la tierra es buena produce mucho grano y mucha fruta casi sin cultivo. ¿Qué seria si hubiese en Nápoles un buen ministro que diese impulso á los trabajos, y otro que regularizase con mano fuerte la justicia, que encuentro descuidada por todas partes?

A mi parecer es necesaria una ley para que se prohíba el matrimonio á la juventud, antes de que hayan servido en el ejército y obtenido sus licencias absolutas.

18 de octubre.

Dos y media de la tarde. Me pongo nuevamente en marcha, sin guía, como ayer, para seguir á ciegas la direccion de Nápoles.

Tres y media de la tarde. Zafra me hace saber que quiere marcharse con el soldado Martín y yo se lo permito.

El dormir á la intemperie, el hambre y la fatiga, no pueden con-venir á hombres de fibra y de costumbres relajadas. Hubiera podido fusilarlo, pero le he despreciado.

Quando pueda haré conocer su villanía en todas partes y particularmente en España, para que sea por todos señalado y despreciado.

Tres y tres cuartos de la tarde Me dirijo, haciendo un gran rodeo, para evitar el acercarme á un pueblo, al famoso bosque de Barile, y desde alli al bosque de Mangiusci Pichitello, donde espero comer.

Cinco y media. Andamos errantes por el bosque de Barile sin hallar salida, y por consiguiente sin saber á donde nos dirigimos.

Seis menos cuarto. Oimos una campanilla y la seguimos. Poco despues entramos en una barraca y nos apoderamos de tres hombres que guardan yegüas. Tomamos dos que nos conducen al bosque de Mangiusci, donde comimos un carnero y un cordero, y pan que hemos encontrado por milagro.

Once de la noche. Nos ponemos en camino para tomar posicion en el bosque de Monte-Morcone; durante nuestra marcha hemos dejado á nuestra izquierda á Barile, Gensano y Forenza.

19 de Octubre.

Bosque de Lagopesole, dos y media de la madrugada. Llegamos á dicho bosque, no sin gran fatiga. La lluvia nos incomoda bastante y los rodeos que tenemos que dar nos hacen perder mucho tiempo; para cuatro millas y media hemos empleado mas de ocho horas. Llueve todo el dia, estamos sin pan, pero he tomado mis precauciones para tenerlo.»

Diez de la mañana. Hemos logrado un poco de pan y algunos pimientos.

Tres de la tarde. Llegaron algunos soldados de los nuestros, y me dicen que á ocho millas de distancia se encuentran mil hombres á las órdenes de Crocco Donatello. Me decido á enviarle al señor Capdevila con una carta mia, acompañado por dos soldados, para ver si podemos entendernos, que á la verdad lo dudo mucho. Qué desgracia que yo no tenga trescientos hombres para hacer respetar mis órdenes! Entonces las cosas tomarian un aspecto favorable para la causa de S. M.

Cuatro de la tarde. Cambiamos de posición, pero permanecemos en el mismo bosque.

Cinco de la tarde. Me informan que las fuerzas piemontesas que existen en las cercanías son escasas, si bien no me han dicho su número próximamente, y que llevan consigo dos piezas de montaña.

20 de Octubre.

Seis de la mañana. Nada de nuevo, la mañana ha estado sumamente fría.

Diez de la mañana. Me aseguran que aquí se hace lo mismo que en todos los puntos por donde he pasado; esto es, se prende á los realistas á diestro y á siniestro.

21 de Octubre.

Siete de la mañana. Los dos soldados que han acompañado á Capdevila vuelven sin él, y sin traerme carta suya (lo que no es regular por parte de Capdevila); nos dicen que debemos ir á reunirnos con la fuerza, y lo haremos despues de almorzar.

Diez de la mañana. Nos ponemos en marcha para unirnos á la tropa y á Capdevila que no ha vuelto, y que se encuentra con ellos en el bosque de la Capersola (Lagopesole).

Una y diez minutos de la tarde. Hacemos alto para reposar.

Tres y media de la tarde. Nos reunimos á una pequeña partida, la creíamos mas numerosa, pero deben llegar otras con su jefe.

22 de Octubre.

Deis de la mañana. El jefe de la partida ha llegado esta noche, pero yo no le he visto todavía. Se hallaba ausente, porque habia ido á ver á una querida que tiene en un bosque vecino con grande escándalo de muchos.

Ocho y media de la mañana. Se me presenta el jefe de la partida y le hago ver mis instrucciones; trata de evadirse con falsos pretextos. Temo mucho no poder sacar partido: pero todavía no he perdido completamente la esperanza. Me dice que debemos esperar la llegada de un general francés que está en Potenza, y que llegará mañana, veremos el parecer de este antes de determinar nada decididamente.

Dos de la tarde. El jefe de la partida se marcha sin decirme á donde

va. Se hace dar el título de general. He olvidado decir que en nuestra entrevista le he propuesto tomar 500 hombres de infantería y los caballos, asegurándole que con esta fuerza me creo capaz de emprender la campaña; me contestó que las escopetas son armas inútiles para presentarse delante del enemigo; yo combatí sus observaciones, pero sin resultado ninguno.

23 de Octubre.

Ocho de la mañana. El señor de Langlois llega acompañado de tres oficiales, se dá los aires de un general y obra como un imbécil. Yo le dejo para ver si su nacimiento le conduce á su deber, pero viendo que él toma mayor insolencia con mi silencio, le llamo y le intimo la presentacion de sus instrucciones; me dice que no las tiene por escrito y entonces disminuye su orgullo.

Cármine Crocco, jefe de la partida, se muestra por el momento bastante atento, pero no se cuida de reunir su gente para organizarla. ¡Fuerte desgracia que no tenga 500 hombres para hacerme obedecer prontamente!

24 de octubre.

Seis de la mañana. Nada de nuevo por ahora: pasamos el día en el mismo sitio.

25 de Octubre.

Seis y cuarto de la mañana. Tres tiros de fusil nos anuncian la presencia del enemigo.

Siete de la mañana. Nos encontramos con el enemigo á cien pasos de distancia; se empeña un vivo fuego de fusilería entre unos cuarenta bersaglieri y una veintena de los nuestros. Sostengo los ataques del enemigo durante una hora.

Ocho de la mañana. Los enemigos nos han rodeado y abandonamos á los que nos atacan de frente para echarnos sobre los que nos atacan por la espalda.

Ocho y media de la mañana. Graves pérdidas: mi oficial de la derecha, el comandante L. Laudet (Sandet) recibe dos balazos en la cabeza y queda muerto en el acto. Cuatrocientos duros que tenia encima y su fusil quedan en poder de los enemigos, los cuales le despojan de todo menos de los pantalones y la camisa. Al mismo tiempo sale herido gravemente uno de los cuatro calabreses que me han

acompañado llamado Domingo Antonio el Rústico: la bala que le ha herido á él me ha librado de una herida.

Dos y media de la tarde. El enemigo se embosca en la selva, mientras yo envío el médico al calabrés herido.

He condecorado á dos individuos de la partida por su heroica conducta durante el encuentro de esta mañana, pero ignoro sus nombres. Al capitán de caballería Salinas no le veo entre nosotros, ignoro si ha muerto.

26 de Octubre.

Seis de la mañana. Ocupamos el mismo bosque. El capitán Salinas no parece; estoy convencido de que le han muerto.

Ocho de la mañana. Crocco, que es muy astuto, gana tiempo para no cumplir la promesa que me tiene hecha de organizar su gente. No puedo comprender á este hombre, que á decir verdad, recoge mucho dinero y busca el oro con avidez.

Nueve de la mañana. De Langlois me refirió que Crocco ha recibido una carta de un canónigo que le promete completa amnistía si se presenta con su partida. Su silencio para conmigo en un asunto tan grave, me hace temer que hartado de dinero y vencido por los ruegos de su querida, que trae con nosotros, cometa alguna vil traición. El encuentro de ayer no disminuye en nada mis sospechas, pues cuando vimos que el enemigo venia hacia nosotros Crocco se puso el primero en marcha hácia ellos, pero llegado á cierta distancia hizo una contramarcha de manera que cuando yo me creía apoyado por él sobre mi derecha me encontré solo y atacado por todas partes. Muy pronto Crocco, De Langlois y los oficiales napolitanos, no oyeron silvar una bala. Con mis hombres y otros dos de la banda de Crocco, he sostenido el combate que me ha costado muy caro.

27 de Octubre.

El capitán Salinas ha parecido hace un momento en buen estado de salud. Los enemigos han muerto á Nicolás Falesco, casado y con cinco hijos cuando nos traía vino. La viuda se me ha presentado, y ya la he concedido en nombre de S. M. una pensión de 9 ducados al mes. Anteayer han quemado los enemigos las barracas y casas que había á la falda de la montaña.

28 de octubre.

Siete de la mañana. Reunimos nuestras fuerzas para saber cuantos somos y organizarnos.

Siete y media de la mañana. El jefe de la partida dá una contraórden, y dice que podemos formar dos compañías mientras lleguen 130 hombres que él espera; pero yo no lo creo.

Diez y media de la mañana. De Langlois, hombre á quien creo muy intrigante, me cuenta que ayer por la noche ha tenido una conferencia de mas de dos horas con Crocco, y que este le ha dicho. «Si yo admito una organizacion en mis tropas, no seré nada; mientras que quedándome en estos bosques soy omnipotente, pues nadie los conoce mejor que yo; pero si entramos en campaña no me sucederá lo mismo. Además, mis soldados me han nombrado general, y yo he elegido coroneles, comandantes y oficiales, los cuales no serian nada si yo cayese. Para concluir, yo no he sido mas que cabo, lo que quiere decir que no entiendo nada de cosas militares y que no tendré ninguna preponderancia el dia que se obre militarmente.»

29 de octubre.

Siete de la mañana. Desde el mismo sitio. De Langlois me refiere lo siguiente: «Ayer he tenido una conversacion con el sobrino de Bosco, el único á quien Crocco se confia, y le ha dicho. «¿Qué es lo que quiere Crocco?» Pretende, y me ha encargado se lo diga á V., un real despacho de general, firmado por S. M. y promesas para lo porvenir, que no especifica; una suma correspondiente de dinero y no sé qué otras cosas mas.» De Langlois le contestó que no podia prometer esto, pero que el modo de regularizar este asunto era reconocer á los jefes. Crocco y los suyos han robado mucho, y como tienen bastante dinero quieren conservarlo y aumentarlo. Si ven que yo accedo á sus deseos, seguirán trabajando por la causa de S. M., pero en caso contrario no obrarán mas que por su cuenta como han hecho hasta ahora.

Doce del día. Me informan que cuatro guardias nacionales de Lecanocanti, han fusilado ayer á la mujer María Teresa de Genoa porque su cuñado está con nosotros.

Nueve de la noche. Llegan en este momento algunos de nuestros

hombres, quienes se han apoderado de un guardia nacional que ha hecho fuego contra ellos villanamente; se echaron sobre él, y después de dispararle cuatro ó cinco tiros lo han muerto y desarmado.

30 de octubre.

Nueve de la mañana. Continuamos en el mismo sitio. En este momento tenemos una alarma en el campamento; la gente de Crocco huye como un rebaño de ovejas, y yo me mantengo firme en mi puesto con mis oficiales; me burlo de aquellos canallas para avergonzarlos de su cobardía y hacerles conducirse mejor, si es posible, pero todo es inútil.

Diez y media de la mañana. Cambiamos de punto á una hora de distancia del que antes teníamos, pero siempre en el mismo bosque.

Cinco de la tarde. De Langlois viene á advertirme que el padre de Crocco está en relaciones con el general de la Chiesa, y que este ha escrito una carta á Crocco escitándole á presentarse con su partida. Que Crocco habia contestado (segun de Langlois) que el general de la Chiesa era quien debia presentarse á nosotros.

La Chiesa habia replicado: «Si me dan 6000 ducados y después 30 al mes, les entrego la provincia.»

Como veo que la reaccion está hecha, no me queda mas remedio que sacar el mejor partido posible. No tengo, es verdad, los ducados en cuestion (le he dicho á Langlois;) pero sin embargo que la Chiesa nos entregue una gran ciudad y le daré al momento los 6000 ducados.

He hecho notar no obstante, á de Langlois que yo dudaba de cuanto me decia y que Crocco no me habia dicho de esto una palabra. «Crocco tiene confianza en esta negociacion (me contestó), pero no le habla á V. de ello porque quiere hacer esto por sí solo.»

De Langlois me ha dicho además que Crocco quiere conservar su apariencia de general. «Está bien, le he contestado, que haga triunfar la causa y yo se lo permito, pero yo temo que él piensa una cosa, y puede sucederle que resulte muy diferente.

Los soldados y el país nos admiran desde el hecho de armas del 25, y creo que el dia que me convenga alzar la voz Crocco queda reducido á la nada. Estoy decidido á quedarme para asistir al

desenlace de estas intrigas, y para ver si ellas me ofrecen una coyuntura que yo pueda aprovechar. Si yo tuviese algunos centenares de miles de francos, 300 hombres y un número de oficiales correspondiente probablemente seria el dueño de la situacion.

31 de octubre.

Siete y media de la mañana. Crocco me leyó una carta de un jefe de partida, en la cual dice que pone á mi disposicion 500 hombres. Si Crocco no cambia de modo de pensar, esta noche sin falta iremos á reunirnos con ellos y formaremos el primer batallon.

1.º de noviembre.

Ayer nos pusimos en marcha para ir al bosque Ariusa de Potenza. Durante nuestro camino hemos faldeado la sierra de Toco de Palesse que tiene la direccion de Norte á Mediodía; en sus vertientes hemos encontrado el rio de la sierra del Ponto y hemos llegado á las dos de la madrugada al sitio arriba indicado.

2 de noviembre.

Una de la tarde. Nada de nuevo, si se esceptúa la falta de raciones; me dicen que las tendremos mas tarde, pero desespero de tenerlas porque el tiempo avanza y los soldados se mueren de hambre.

3 de noviembre.

Nada de nuevo.

Diez de la mañana. Salimos del bosque y nos dirigimos á Treviño, que dista cuatro millas.

Una de la tarde. Llegamos á Treviño y somos recibidos á balazos.

Tres y media. Despues de un nuevo combate de dos horas nos apoderamos del pueblo, pero debo decirlo con profundo sentimiento, el desórden mas completo reina entre los nuestros, principiando por los mismos jefes. Robos, asesinatos, violencias y otros hechos espantosos han sido la consecuencia de nuestra victoria. Mi autoridad es nula.

4 de noviembre.

Seis y media de la mañana. Dejamos á Treviño y nos dirijimos hacia el pueblo de Castelmezzano, á donde llegamos á las once y media. Hacemos alto dos horas.

Tres y media de la tarde. Nos ponemos en marcha, dirigiéndonos hacia el bosque de Cognati, donde llegamos á las siete y media. A las ocho y media me informan que Crocco, Langlois y Servavalle han cometido en Treviño las mayores violencias.

La aristocracia de la poblacion estaba escondida en casa del síndico, y los individuos citados que se alojaron allí, le han exigido villanamente fuertes sumas. Además recorrían la ciudad amenazando quemar las casas de los particulares si no daban dinero.

De Langlois, interrogado por mí respecto de la cantidad recogida en aquel punto, me dice que el síndico le habia dado 280 ducados, y que esto era todo cuanto habia podido obtener.

5 de noviembre.

Seis y media de la mañana. Se ha dado la órden de reunirnos para marchar á donde Crocco quiera.

Once de la mañana. Nos encontramos con ocho guardias nacionales, que perseguimos hasta Caliciano. Todo ha sido saqueado, sin distincion de realistas ó liberales, de una manera horrible; ha sido asesinada una mujer y tres ó cuatro hombres, segun me dicen.

Cinco y media de la tarde. Llegamos á Garaussa, donde el cura, en union de muchas personas, y con la cruz parroquial, ha salido á esperarnos, pidiéndome una paz que yo les concedo con mucho gusto. Quiera Dios que los demás hagan lo mismo.

No cuento nada de la escena que pasó despues de mi salida, ocasionada por la indignacion que me causó el desórden.

6 de noviembre.

Diez de la mañana. Nos ponemos en marcha para ir á atacar á Salandra, cuya poblacion tiene de guarnicion cien garibaldinos y un destacamento piamontés. Apenas nos han visto han tomado posicion sobre una inespugnable altura, hacia la parte del Norte de la poblacion. Cuando me he encontrado á medio tiro de fusil he ordenado al comandante D. Francisco Fornis que avanzase á la cabeza de media compañía, y á pesar del declive del terreno, y del fuego que se hacia contra él, ha ocupado el punto en que los enemigos se enseñoreaban pocos minutos antes. Los enemigos, arrojados de su fuerte posicion, se han apoderado de las casas, desde donde han hecho una vigorosa resistencia; pero apercebidos de que yo mar-

chaba á atacarlos por retaguardia con mi columna, han abandonado el pueblo á la carrera. Cuando lo he visto hemos caido sobre ellos, les hemos causado doce muertos y nos hemos apoderado de su bandera y de bastantes prisioneros. De nuestra parte ha sido herido Serravalle (pero no gravemente) en la cabeza. El pueblo ha sido saqueado.

7 de noviembre.

Dos y media de la tarde. Sierra de Cucariello. Término de Sallandra.

El Sr. D. Angel Serravalle muere en este momento.

Me ruegan que escriba á S. M. pidiéndole que mande elevar un castillo en este punto.

8 de noviembre.

Tres de la madrugada. Reunimos la tropa, y antes de marchar, Crocco fusila en una sala de la casa de ayuntamiento á D. Pian Spazziano; en seguida nos dirijimos hacia Craco á donde llegamos á las tres de la tarde. La poblacion entera ha venido á nuestro encuentro, pero esto no ha sido obstáculo para que se cometieran no pocos desórdenes.

9 de noviembre.

Seis y media de la mañana. Salimos de Craco y marchamos hacia el pueblo de Aliano, pero cerca de las dos de la tarde, en la llanura Cupe, besada por el rio Aimella, encontramos unos cuarenta guardias nacionales á los cuales atacamos con vigor; al vernos huyeron hacia el bosque vecino, pero la caballeria les alcanzó matando cuatro y haciendo un prisionero, que puse en libertad porque no habia hecho uso de su fusil.

Siete de la tarde. Llegamos á Aliano, donde la poblacion nos recibe, presidida por el párroco y la cruz, á los gritos de viva Francisco II, pero esta circunstancia no impide que reine el mayor desorden durante la noche. Seria cosa que sorprenderia, si el jefe de la banda y sus satélites no fuesen los mayores ladrones que he conocido en mi vida.

10 de noviembre.

Nueve de la mañana. Mis avanzadas me advierten que una fuerza enemiga aparece en el rio Aimella. Salgo inmediatamente para

verla y me entero que es un cuerpo de 350 á 600 hombres. Hago reunir mi gente que no pasa de 400 hombres y me coloco frente al enemigo esperando sus disposiciones para tomar yo las mías.

Pronto me persuado de que el jefe piemontés es un enemigo que no conoce su oficio. Viendo su inesperienza, me vuelvo á mis soldados y les ofrezco la victoria, si no me abandonan; me lo prometen y me pongo en marcha. Cuando llegué á la altura de la Ermita, distante un tiro de fusil al oeste del pueblo, envié la primera compañía bajo las órdenes del comandante D. Francisco Forns, previéndole que desplegase en guerrillas la mitad de su fuerza, y que siguiese con el resto para protegerla recorriendo el camino que desde Alliano conduce al rio. Al mismo tiempo ordené al teniente coronel de caballería, comandante de la segunda compañía que marchase sobre una altura que el terreno forma á la derecha y que atacase al enemigo de flanco, lo que ejecutó con gran precision, mientras que la primera compañía le atacaba de frente.

Como el terreno al lado del rio es bastante ancho, pongo la caballería á retaguardia de la primera compañía, con orden de pasar el rio y colocarse cerca de unos olivares para cojer al enemigo por la espalda.

En cuanto á mí, con el resto de la infantería en columna, marché en medio de las dos alas, para protegerlas en caso necesario; pero el impulso de las dos compañías fué tan fuerte, que el enemigo no pudo sostener el primer choque. Viéndole desbandado esperé que la caballería le hiciese arrojar sus armas. ¡Vana esperanza!... miro y la veo á mi derecha desmontada haciendo fuego desde un barranco, en vez de cumplimentar mis órdenes.

Esta circunstancia hizo dudoso el éxito de la accion: á sablazos hice avanzar á la caballería, y yo marché rápidamente con la reserva hacia el centro del rio, donde alcancé al enemigo que se habia reunido al pié de un molino. Viéndole en una posicion fuerte, destaqué una seccion de mi compañía de reserva para atacarlo por la espalda, mientras la primera compañía lo hacia de frente, y la segunda por la izquierda. Esta maniobra bastó para desalojarlo de su formidable posicion, pero como la altura de la montaña, que desde el molino se estiende hasta Stegguiano está llena de pequeñas

colinas que se defienden por sí solas, el enemigo se rehizo otra vez y tomó la ofensiva, cargándonos á la bayoneta.

La segunda compañía sostuvo el ataque por diez minutos sobre la derecha, y la primera hizo otro tanto por la izquierda.

En este momento llegué yo con la reserva, y entonces la derrota del enemigo fué completa. Se desbandaron por los bosques, pero les hemos causado cuarenta muertos entre ellos un teniente que ha muerto como un heroe durante la carga á la bayoneta.

Tenemos cinco prisioneros que han tomado las armas en nuestras tropas. Hemos hecho alto á una milla de Astaguana, dejando en paz al enemigo.

Nuestras pérdidas son escasísimas; lo que es mas bien un milagro que efecto de la casualidad. El teniente coronel D. Agustin Saffont ha recibido un golpe de cañon de fusil, que le ha causado una pequeña herida sobre la ceja izquierda, pero no es nada. Otro soldado ha tenido la cabeza rozada por una bala, y esto es todo.

Despues de una hora de descanso, se presenta un correo de Astaguana, y me dice que la poblacion nos espera, y nos ruega que vayamos. En consecuencia de este aviso, hago tomar las armas á la tropa y me pongo en marcha. Apenas habíamos desfilado, veo las cruces y el clero que venian hácia nosotros, seguidos de un gentío inmenso que llenaba toda la carretera y que gritaba. ¡Viva Francisco II! tremolando al mismo tiempo infinidad de banderas blancas.

En medio de este entusiasmo hemos entrado triunfantes en la ciudad, dando órden á los soldados, que habíamos pagado antes de alojarnos, de observar la mejor conducta y la mas estricta disciplina. Pero como tienen por costumbre el obrar mal, han empezado á hacer de las suyas; de manera que me he visto precisado á fusilar á dos, con cuya providencia se ha restablecido el órden al momento.

Astaguana 11 de noviembre.

Hemos pasado el dia tranquilamente, ó mejor dicho, trabajando. Se nos han presentado 300 hombres de diferentes pueblos; de manera..... que contamos con 700 hombres bien armados.

12 de noviembre.

Nueve de la mañana. Salimos de Astaguana para desarmar á

los nacionales de Cirigliano de Orgoglio; en el primer punto nos hemos detenido dos horas, ó mejor dicho, hemos salido á la una y media de la tarde para ir al segundo; pero cuando estábamos al principio de la cuesta fuimos advertidos de que el enemigo se hallaba á una milla de distancia.

Viendo mi posición bastante comprometida, ordené al comandante Forns, jefe de la primera compañía que se apoderase del pueblo, y yo con el resto de la fuerza tomé posición sobre las alturas que tenía á mi derecha; ya en estado de defenderme y con mi fuerza desplegada en batalla, esperé los acontecimientos. Al cabo de un cuarto de hora apareció la cabeza de la columna enemiga, fuerte de 1,200 hombres, y se colocó en el camino que divide los dos pueblos citados, pero era demasiado tarde. Comprendiendo lo fuerte de mi posición, brindo con la batalla al enemigo, el cual ha maniobrado hasta el anochecer, pero sin intentar atacarnos. Llegada la noche nos ponemos en marcha, dirigiéndonos al bosque de Montepiana de Pietra Portassa.

13 de noviembre.

Seis de la mañana. Salimos del bosque con dirección á Accettura, y al llegar cerca de este punto, contra la voluntad de Crocco hago acampar la tropa para evitar una sorpresa y los acostumbrados desórdenes. Mando que nos traigan pan y vino, lo que al momento nos fué dado de buen grado. Mientras se repartían las raciones, el clero revestido con sus hábitos sacerdotales y precedido de las cruces parroquiales se presenta á cumplimentarme y rogarme que vaya con mis oficiales á oír una misa. Les doy las gracias diciéndoles que si bien yo desearía mucho aceptar su propuesta, por entonces me era imposible; añadiendo que el aplazarlo, no era renunciar á ello. En este momento me avisan que el enemigo viene hácia nosotros, hago reunir la tropa y despido á los curas.

Nueve y media de la mañana. Las avanzadas descubren al enemigo; yo me pongo en movimiento para tomar posición en Arause, á donde llegó al medio día.

Dos de la tarde. El enemigo está á la vista; hago tocar generala y le presento la batalla; pero el enemigo se pone á la defensiva.

Seis de la tarde. Me replego al bosque llamado Mechia del Cierro, donde acampamos para pasar la noche.

14 de noviembre.

Seis de la mañana. Nos ponemos en marcha hacia Grassano, á cuyo pueblo llegamos á las diez de la mañana. Alojamos la tropa y sus jefes se van á robar donde mejor les parece.

Dos de la tarde. El enemigo se aproxima, le presento la batalla, pero él no la acepta, á pesar de tener el doble de nuestra fuerza. Se cambian algunos tiros en el resto del día.

Ocho de la noche. Viendo que el enemigo no se decide, coloco avanzadas y me retiro con el resto de la fuerza al pueblo para pasar la noche.

15 de noviembre.

Siete de la mañana. El enemigo sigue ocupando las mismas posiciones que ayer.

Ocho de la mañana. Retiro mis avanzadas y marchó hacia San Chirico, á donde llegamos á las once.

He hecho alojar un oficial en casa del capitán de la guardia nacional, para impedir se le incomode, de lo que creo está muy contento.

En este punto ha habido un poco mas de órden, lo cual me ha llenado de satisfaccion.

Tres de la tarde Nos ponemos en marcha para ir á atacar el pueblo de Loagle, pero á una milla de distancia acampamos y esperamos el día.

16 de noviembre.

Seis de la mañana. Reconozco las posiciones del enemigo, y las encuentro fuertísimas; sin embargo de esto, mando avanzar la cuarta compañía para atacar el pueblo por su izquierda; la tercera recibe la órden de ejecutar lo mismo por la derecha, y la primera por el centro. El resto de la infantería la coloco sobre una altura á la derecha de la carretera, y en frente del pueblo. Destino una parte de la llamada caballería á la izquierda y coloco el resto á la derecha para cortar al enemigo la retirada á Potenza.

Cuando la infantería llegó al puente que se encuentra al pié de la cuesta, el enemigo hace una descarga y hiere un soldado de la primera compañía, pero la tropa se lanzó al asalto. El enemigo persuadido de nuestra firmeza se replegó y encerró en un gran palacio.

Una parte huye para caer en manos de los nuestros que los matan á bayonetazos.

El capitán de la primera compañía ataca el palacio y lo incendia con paja y guindillas, los enemigos principian á tirarse por los balcones buscando su salvacion, pero en aquel momento, alguno, que no sé quien es, se permite hacer tocar generala, la tropa se retira y la operacion queda incompleta. Dos de los nuestros que se hallaban heridos han quedado en el pueblo.

Hemos tenido dos muertos y algunos heridos.

Cesada la alarma nos ponemos en marcha para atacar á Pietragulla, llegando allí á las tres de la tarde.

Reconocida la posicion, mando la tercera y cuarta compañía sobre la derecha de la ciudad, la quinta y sexta con caballería proporcionada por la izquierda y la primera y segunda por el centro. El enemigo en fuertes posiciones y parapetado detrás de una muralla, rompió un vivísimo fuego. Pero el comandante D. Pascual Margarit, teniente de la segunda compañía, se lanzó como un rayo, seguido de algunos soldados, y se apoderó de las primeras casas en la ciudad. El capitán le sigue con el resto de la compañía y la ciudad (menos el palacio ducal, donde los enemigos se encerraron,) fué nuestra en un abrir y cerrar de ojos.

Hemos tenido cuatro muertos y cinco heridos ó mejor nueve heridos, en los puntos que hemos atacado, entre ellos el teniente don Laureano Carenas.

Concluida la accion nos hemos alojado para no ser testigos de nuevos desórdenes contra los cuales soy impotente, porque me faltan tropas para hacer respetar mi autoridad.

Temo que Crocco, que ha robado mucho, no cometa alguna traicion.

17 de noviembre.

Diez de la mañana. Nos ponemos en marcha para ir á acampar al bosque de Lagopesole, al cual llegamos á las cuatro de la tarde.

Crocco nos deja con el pretexto de ir á buscar pan, pero mucho me temo que el verdadero motivo sea el ir á esconder el dinero y las alhajas que ha robado en esta expedicion.

18 de noviembre.

Una de la tarde. Estamos en el mismo bosque, sin Crocco y sin pan. La conducta del jefe de la banda ha dado lugar á que en tres dias hayamos perdido la mitad de nuestros soldados, es decir, muy cerca de 350 hombres.

Cuatro de la tarde. Nos ponemos en marcha para acampar una milla mas léjos. Crocco no ha venido.

19 de noviembre.

Ocho de la mañana. Crocco ha llegado pero todavía no se me ha presentado.

Medio dia. Crocco ha hecho tocar llamada, despues de haber tenido varios tiros de fusil: subo á la colina y pregunto el significado de todo esto. Crocco me responde que debemos marchar para atacar Avigliano, ciudad de 18,000 almas.

Le manifiesto que esto es imposible y que solo la guardia nacional de aquella ciudad era muy superior á nosotros en número. Me contesta que á alguna parte debemos dirigirnos, á lo que yo le repliqué que esperábamos con impaciencia. Me contestó que esto era muy de su gusto y que allí (1) me conduciría. Dicho esto desapareció y se fué á tomar consejo de gentes que no debía nunca haber visto ni oido, y volvió para decirme que podíamos ponernos en camino, lo que hicimos en seguida.

Despues de haber marchado por algun tiempo, le pregunté á un hombre del país cuál era el camino que llevábamos y me contestó que era el de Avigliano. No he hablado con nadie de esto, pero he creido que aquel hombre sin fé llevaba mala intencion. No pasó un cuarto de hora de esta pregunta, cuando el comandante de caballería viene y me dice: «Mi general, hoy nos apoderaremos de una hermosa ciudad.» ¿Entonces vamos á Avigliano? le pregunté. «Sí señor.» Pues si es así yo protesto contra la empresa.

Tres y media de la tarde. Llegamos á Avigliano, y Crocco me dice que tome las disposiciones oportunas para asaltarla y apoderarnos de ella; le contesto que habiendo hecho él lo contrario de cuanto habíamos convenido, tomase las disposiciones que mejor le

(1) Estos párrafos casi borrados en el manuscrito resultan oscuros.

pareciesen porque yo no queria cargar sobre mí la responsabilidad de una empresa que no podia dar resultados favorables. Entonces hizo atacar la plaza con toda la fuerza y sin dejar ninguna reserva; roto el fuego, Crocco se retiró á una altura, donde ha permanecido todo el tiempo para ver qué resultaba.

El fuerte que está al Norte del pueblo fué tomado al primer ímpetu de la primera compañía, sostenida por la segunda; pero no se pudo tomar una ermita que se encuentra sobre la misma línea, y protege las avenidas del centro del pueblo. La derecha fué atacada por el resto de la fuerza, pero sus esfuerzos se han estrellado contra una muralla que cierra la parte occidental del pueblo. Muy pronto llegó la noche y con ella una niebla tan densa y una lluvia tan fria, que era insoportable.

Crocco manda tocar retirada y nos conduce á una pequeña aldea llamada Perrolo Duce, donde hemos pasado una terrible noche de frio calados hasta los huesos y sin comer.

Esta circunstancia unida á los desórdenes anteriores, han cercenado nuestra fuerza, que ya por desgracia era bien corta. Durante la noche no me ha sido posible saber dónde estaba Crocco.

20 de noviembre.

Cinco de la mañana. Hago tocar diana.

Seis y media de la mañana. Mando tocar llamada. Ninco Nanco se presenta y me dice que él me servirá de guia, como efectivamente lo verificó despues. Despues de media hora de marcha me dicen que Crocco se encuentra en una casita de campo á doscientos pasos de distancia y á la izquierda del camino que seguimos. En el momento, (ocho de la mañana) me envian un recado para que haga alto: me detengo, le espero, pero inútilmente.

Nueve de la mañana. Ninco Nanco, Donato y otro de los oficiales, me dicen que Crocco nos ha dejado. Reuno al momento á los oficiales para preguntarles qué piensan hacer ellos, asegurándoles que yo estoy dispuesto á ir hasta el fin del mundo si persistian en su propósito. Bosco toma la palabra, y se espresa bastante bien; pero otro oficial dice que los soldados no nos seguirán si son mandados por oficiales españoles, y además que yo estoy destinado para el mando de la Basilicata, lo que me esplica al momento todas las intrigas de este.

Hago presentar la dimision á todos mis oficiales para probar á los de la banda que nosotros servimos por adhesion y no por interés.

De Langlois, durante esta reunion, se ha mantenido separado. Comprendiendo que él era el alma de toda esta intriga, digo á los oficiales de la banda que deliberen entre sí, que les prometo adherirme á su decision.

Concluida la deliberacion, han puesto á los oficiales de la banda á la cabeza de las compañías, y á de Langlois como general de ellas, pero sin decirme á mí nada de cuanto han resuelto aun que me es sumamente fácil el comprenderlo, puesto que Langlois dá órdenes, hace tocar llamada, etc., sin decirme el porqué y sin pedirme permiso. En pocos minutos he sido destituido, y de bastante mala manera.

21 de noviembre.

Ayer por la tarde de Langlois me mandó su ayudante, para prevenirme que estuviese dispuesto á marchar hoy al romper el dia, pero son las ocho y seguimos en el bosque de Lagopesole.

Ocho y media. Nos ponemos en marcha para ir no sé adonde.

Las nueve y media. Hacemos alto en un raso desde el cual descubrimos Rionera.

Las diez y cuarenta y cinco minutos. Seguimos nuestra marcha dirigiéndonos á Sento Laria, á donde llegamos á la una y cuarenta y cinco minutos.

22 de noviembre.

Nos ponemos en marcha á las seis y media de la mañana en direccion á la Bella, á donde llegamos á las doce. De Langlois se detiene y reúne su tropa. Yo que marchó á retaguardia; me detengo tambien. De Langlois viene á mi encuentro y me pregunta si cuento tomar el mando de la fuerza, para atacar el pueblo. Le contestó que él que todo se lo abroga, debe tambien dar la direccion en este asunto. No sabiendo qué contestarme se fué y tomó sus disposiciones, sin duda para probarme, que en su vida ha sido militar, porque despues de cuatro horas de atacar el pueblo, no logró tomarlo, cuando un cuarto de hora bastaba para apoderarse de él.

Cuatro y cuarto de la tarde. El pueblo es atacado por dos lados,

veo arder tres casas, pero el fuego del enemigo no disminuye en manera alguna.

Seis de la tarde. Hemos tomado una calle del pueblo por su parte meridional. El centro y una gran parte de la población quedan en poder de los revolucionarios. La parte de que somos dueños empieza á arder de una manera espantosa.

23 de noviembre.

Seis y media de la mañana. Salimos del pueblo, ó mejor dicho, de la tercera parte que ocupábamos. Un teniente herido mortalmente queda en el pueblo. Vamos á reunirnos á un tiro de fusil.

Ocho y media. Nos ponemos en marcha para recoger las fuerzas esparcidas, que encontramos en la parte meridional.

Diez de la mañana. Crocco está otra vez con nosotros desde ayer y quema las casas de campo que existen hácia el poniente del pueblo.

Once de la mañana. Nos ponemos en marcha hácia Muro.

Medio día. Algunos tiros se oyen en la vanguardia. La infantería grita «á las armas, adelante la caballería.» Bien pronto veo que se distribuyen las compañías en distintas direcciones, y bastante mal.

Una de la tarde. Llego á la cima de la sierra, y veo toda nuestra gente dispersa. Hay tiroteo cerca de una taberna, y me traslado allí para saber lo que era y de qué se trataba. A medio camino me encuentro á Crocco y Ningo Nanco que huyen á rienda suelta, sin embargo de esto sigo adelante, á pesar de no tener mando alguno, para saber el número de enemigos que nos atacaba. En este momento me encuentro á Langlois, que huye solo y se pone á salvo de las balas enemigas. Le pregunto que se han hecho los capitanes de las compañías y no me responde. Avanzo con mis oficiales españoles y algunos soldados italianos que me quedan y descubro al enemigo que me mata uno de los últimos. Hago un reconocimiento y veo que su izquierda se da á la fuga, encuentro que su derecha, apoyada en un bosque de encinas, sostiene la posición.

Nuestros soldados, viéndose sin oficiales, se desbandaron, abandonando los heridos, el fruto de sus rapiñas, los bagages y algunos fusiles, y huyeron delante de cuarenta guardias nacionales procedentes de Balbano.

En medio de este ensayo muy costoso, nos hemos dirigido hácia un pequeño rio que corre al pié de la montaña, y despues de atravesarlo, de Longlois forma su tropa, lo que no es nada difícil, no habiéndose el enemigo atrevido á perseguirnos. Desde allí hemos seguido el curso del rio, que lleva la direccion de norte á sud y á la hora de marcha hemos encontrado una compañía de 47 hombres perfectamente formada y disciplinada. Esta fuerza nos ha precedido y en esta forma nos hemos dirigido hácia Balbano, á donde hemos llegado á las nueve de la noche.

La poblacion estaba iluminada, y á nuestra entrada fuimos agradablemente ensordecidos con los gritos de: ¡Viva Francisco II!

El obispo, algunos curas y la Guardia Nacional, se encerraron en el castillo, que ocupa una posicion inespugnable.

Los nacionales nos han hecho saber que nos agradecerian respetáramos las propiedades y que no nos harian fuego aun que los nuestros se lo hicieran á ellos.

El capitán ha salido y ha tenido una conferencia con Crocco. Don Juan y de Langlois han estado en el castillo, pero ignoro completamente lo que hayan dicho ó hecho. Sé únicamente que el órden mas completo ha reinado durante la noche en la ciudad, y esto es lo que con mas gusto escribo.

24 de noviembre.

Balbano siete y media de la mañana. Subimos á la montaña, pero cuando estábamos á la mitad del camino, por una contramarcha nos dirigimos hácia Ricigliana, donde hemos llegado á la una de la tarde, siendo recibidos con ramos de olivo.

Once de la noche. Este pueblo es teatro de los desórdenes mas inauditos: no quiero dar ni idea de ellos, tan espantosos son, en todos conceptos.

25 de noviembre.

Seis de la mañana. Nos reunimos, pero como para esta operacion entre esta gente se requiere mucho tiempo, no sé si es para marchar, ó por cualquier otro motivo.

Ocho y media. Crocco manda avanzar á la vanguardia, porque el enemigo sigue nuestras huellas.

Nueve de la mañana. Oigo fuego de fusilería bastante vivo.

Nueve y cinco minutos. El fuego disminuye y los nacionales se retiran.

Los piemonteses en número de ciento se han apoderado de una fuerte posición y se mantienen quietos.

Doce y cuarenta y cinco minutos. Reunida la fuerza emprendimos de nuevo nuestra marcha y nos dirigimos hácia unas barracas distantes cinco millas del camino en las cuales descansamos bastante mal sufriendo un horrible frío.

26 de noviembre.

Siete y media de la mañana. Nos ponemos en marcha y atravesamos montañas muy elevadas y frías. A medio día descendimos de la montaña, y descubrimos una partida de cuarenta hombres que se preparan para el combate, pero sin tener valor para resistir el primer encuentro: una carga de caballería bastó para hacerles huir á encerrarse en el Castillo Grande.

Dos y media de la tarde. Seguimos nuestro camino y á las tres y cuarenta y cinco minutos llegamos á Pescopagano. El pueblo es atacado; un nutrido fuego se empeña por ambas partes: nuestros soldados vacilan, pero el teniente coronel Safont y el comandante Forns esclaman dirigiéndose á la tropa. Nosotros no tenemos mando, pero si quereis seguirnos, nos apoderaremos del pueblo. Obtenida respuesta afirmativa, se lanzan á la carrera y se apoderan de las posiciones en un cuarto de hora.

27 de noviembre.

(En el manuscrito hay cinco líneas borradas).

Cinco de la mañana. Envío el capitán de caballería Martínez á Crocco para decirle que es tiempo que mande tocar diana, pero él no hace caso de mi súplica.

Seis de la mañana. Viendo que no ha mandado tocar llamada, voy en busca de Crocco, le encuentro en la calle hablando con algunos de los suyos. Llego, le saludo y le digo que es necesario salir cuanto antes del pueblo, porque de lo contrario perderemos mucha gente. En este momento llega un corneta y le mando que toque generala; Crocco se lo prohíbe, le ruego que mande tocar llamada ordinaria, y se niega también. Reflexiona un momento y se marcha precipitadamente.

Yo, previendo el peligro que nos amenaza, me voy tambien.

El resultado ha sido la pérdida de 25 hombres segun unos y la de 40 segun otros. Es lo cierto que hemos perdido muchos soldados de línea y algunos caballos. La falta de sueldos, el desorden y la aparicion de una fuerza enemiga bastante considerable, producen la dispersion de la banda.

Cuatro de la tarde. La fuerza enemiga de que hablo mas arriba, está siempre en frente de nosotros, pero sin atreverse á atacarnos.

Cinco de la tarde. Entramos en el bosque de Monticchio, donde acampamos en ayunas y sin pan.

28 de noviembre.

Siete de la mañana. Nos ponemos en marcha para internarnos en el bosque.

Medio dia. Hacemos alto en el centro del bosque, sin tener pan: la banda se dispersa.

Doce y media. Nos preparamos á marchar, pero no sé á dónde. Si la direccion que toman no me gusta emprenderé el camino de Roma.

Tres de la tarde. Escena dolorosa. Crocco reune sus antiguos jefes de ladrones y sus antiguos satélites. Los otros soldados son desarmados violentamente; les quitan sus fusiles rayados y de percusion. Algunos soldados huyen, pero otros lloran, pidiendo el servir por un pedazo de pan, sin mas sueldo ni recompensa; pero esos asesinos son inexorables.

Los entregan á capitanes hechuras suyas los cuales les rechazan y les licencian despues de un ayuno de dos dias.

Todo esto estaba previsto; pero se me ocultaba cuidadosamente; algunos vienen á mí, me toman las manos llorando y me las besan, diciéndome: «vuelva usted con una pequeña fuerza, y nos encontrará siempre dispuestos á seguirle.» Yo por mi parte rogué á Crocco que salvase esta gente, y consolé á esos soldados como pude, pero llorando como ellos.

29 de noviembre.

Hemos marchado toda la noche.

30 de noviembre.

Hemos andado mucho, y vencidos por el cansancio, hacemos alto.

1.º de diciembre.

Al llegar aquí el diario de Borges no contiene mas que algunos nombres geográficos, varias páginas en blanco y el borrador de una carta dirigida al general Clary, que es como sigue:

26 de octubre de 1861.

Mi general:

Tiempo es ya de que yo de á usted señales de vida.

Lo hubiera hecho antes si hubiese sabido cómo, pero no he encontrado hasta ahora ninguna persona que me mereciese bastante confianza para fiarle el encargo de remitirle mis cartas. Hoy que Langlois me ofrece medios de hacerle llegar esta mia con seguridad aprovecho la ocasion, no para darle largos y penosos pormenores de mi expedicion, que ha fracasado por faltarme una fuerza de 300 hombres que sostuviese mi autoridad, sino para decirle que me encuentro en las cercanías de Melfi con Crocco, con el que pienso seguir si quiere ponerse á mis órdenes y admitir un poco de subordinacion en su fuerza, pero dudo mucho acceda á ello.

El espíritu de las cinco provincias recorridas por mí es excelente, ó mejor dicho por cada diez personas hay nueve realistas.

Si Crocco quisiese disciplinarse y yo pudiese tener un poco de dinero y quinientos fusiles, la revolucion seria vencida; pero si este hombre sigue obrando en sentido contrario, nada se puede hacer sin una fuerza de 500 hombres, con la cual obligaria á marchar á los....

Crocco todavia me promete.... si me lo cumple entraré en campaña; si me lo niega, no me queda otra recurso que regresar á Roma para dar cuenta de mi comision y esponer al mismo tiempo los medios que deben adoptarse para que tenga buen resultado.

Ayer á las seis y cuarto de la mañana nos avisaron que los enemigos en número de 150 bersaglieris venian á nuestro encuentro, pero nosotros hemos salido al suyo. Crocco se ha colocado delante, y yo con mis españoles he marchado á retaguardia; pero cuando Crocco se vió á cierta distancia, hizo una contramarcha, sin advertírmelo, con cuya maniobra me encontré de frente al enemigo y á una distancia de 50 pasos.

Un vivo fuego se empeña al momento, y seguimos avanzando (creyéndome sostenido por mi derecha) hasta veinte pasos del enemigo, el cual nos cedía el terreno; pero viendo que hacíamos poco fuego, han avanzado los enemigos nuevamente hasta diez pasos de nosotros, y hemos tenido que sostener el choque á pesar de no ser mas que veinticinco hombres. Les hemos matado nueve bersaglieris, pero yo he tenido gravemente herido al soldado Domingo Antonio Mittica, y al comandante Don J. Landet, muerto en el momento de la retirada. Esta pérdida es irreparable, porque este hombre estaba dotado de cualidades especiales.

Tengo que volver á hablar de nuestra retirada y de las causas que la originaron. Mientras que nos defendíamos desesperadamente de frente y por nuestra derecha, una fuerza piemontesa aparece á nuestra espalda. No habiéndola visto, continuábamos nuestra defensa; pero de repente, el enemigo, que estaba detrás de nosotros, nos dió voces intimándonos que nos rindiésemos prisioneros.

A esta insinuacion, doy un grito á mis españoles y á los seis italianos que se encontraban conmigo; y me lanzo con los míos contra el enemigo, entonces fué cuando el comandante Landet, herido de dos balas en la cabeza, quedó muerto en el acto.

La cosa fué tan pronta, que no me apercibí y no pude hacer recoger su fusil y 400 duros que tenia en su poder.

Tengo en mi compañía al mayordomo del señor príncipe de Bisignano, llamado don Miguel Capriano, el cual me ha prestado relevantes servicios, y desea sepa su amo que se encuentra conmigo, en lo que tengo mucha satisfaccion.

Póngame usted á los pies de SS. MM. y usted, mi general, cuente siempre con el profundo respeto de su subordinado,

Borges.

El Diario de Borges confirma en todas sus partes cuanto llevamos dicho anteriormente sobre las cualidades intelectuales y morales del justamente célebre guerrillero catalan. El minucioso relato de su desgraciada expedicion en el reino de Nápoles nos revela un carácter escepcional, una inteligencia clara y cultivada, un corazon generoso y justiciero y una voluntad inquebrantable. Conmueven y admiran al mismo tiempo aquella fortaleza de ánimo, aquella gran

serenidad y presencia de espíritu en medio de tantos peligros, de tantas privaciones, de tantas penalidades y de tan crueles desengaños. Sin exageracion, creemos que era digno decendiente de aquel puñado de heróicos catalanes que paseaban triunfantes las armas de Aragon por las inhospitalarias comarcas de Oriente. Ahora veremos que en sus últimos momentos conservó un valor sereno y esa dignidad libre de orgullo y de fanfarronería que en él hemos admirado.

He aquí el parte que dió el jefe de las fuerzas que hicieron prisioneros á Borges y á sus compañeros de armas:

Tagliacozzo 9 de Diciembre 1861.

El 7, á las once y media de la noche, una carta del sub-prefecto del distrito me advirtió que Borges, con veinte y dos compañeros montados, habia pasado por Paleano, en direccion á Scurgola. El 8, á las tres y media de la mañana, una carta del comandante de carabineros reales destacado en Capelle, me advertia que á las siete de la noche del 7 habian los mismos atravesado dicho país, y que todo hacia creer que hubiesen tomado el camino de Scurgola y Santa María al Tuto.

En vista de estas noticias mandé en el momento una fuerte patrulla á las órdenes de un sargento hácia la Scurgola con la esperanza de encontrarlos, y otra á Santa María, mandada por un cabo para saber si los bandoleros habian pasado por allí; pero estos, antes de recibir yo la noticia, habian dejado atrás á Tagliacozzo y atravesado tranquilamente Santa María, dirigiéndose hácia la Lupa, *casina* (granja) del señor Masstroddi.

Cierto ya del paso de los brigantes, tomé conmigo una treintena de bersaglieri, los primeros que encontré, y al teniente Staderini, que se encontraba de piquete, y dos horas antes de amanecer me puse en marcha para perseguir á los malhechores.

Llegado á Santa María encontré la patrulla que habia mandado, y por ella y los campesinos tuve noticias ciertas del paso de los brigantes, y ayudado por la nieve, despues de un buen reposo, emprendí aceleradamente mi marcha, siguiendo sus huellas, hácia la Lupa. Eran cerca de las diez de la mañana cuando llegábamos á la granja de Masstroddi, y nada me indicaba que pudiera estar ocu-

pada por los brigantes, pero al llegar á unos cincuenta metros de la casa se vió por la parte opuesta huir á un hombre armado. Me pongo á la carrera, le alcanzo y le cierro el paso, mis bersaglieri corren para alcanzarme, pero el hombre viendo que le impedia la fuga, me pone la boca de su carabina al pecho, y dispara, el tiro no salió, yo á mi vez, le apunto con la pistola, y tengo la misma suerte, pero no sucedió lo mismo, con un golpe en la cabeza, que le tendió en tierra.

Los bersaglieri se agrupan á mi alrededor y á bayonetazos matan á los cinco que encontramos fuera. Otros rodean la granja, pero los brigantes preparados hacen fuego desde las ventanas, y me matan cinco bersaglieri.

Se empeña un vivo combate, y los brigantes se defienden desesperadamente. A la media hora de fuego, les intimo la rendicion, amenazándoles con quemar la casa, se niegan obstinadamente, y yo queriendo economizar en cuanto pudiese las vidas de mis bravos bersaglieri hacia ya aplicar fuego á la casa, cuando los brigantes, se rindieron á discrecion.

Veinte y tres carabinas, tres sables y diez y siete caballos, y muchos papeles interesantes cayeron en mi poder, tres banderas tricolores con la cruz de Saboya, tal vez para servir de engaño, y el mismo general Borges, con sus compañeros cuyos nombres constan en la lista que acompaño. Los llevé conmigo á Tagliacozzo, asi como á los cinco muertos. Hice fusilar á las cuatro de la tarde á todos los prisioneros, para que sirva de ejemplo á los enemigos del gobierno del rey, y de la resurreccion de la patria.

Algunos guardias nacionales de Santa María, que con su capitán me han acompañado, se han portado perfectamente, para las cuales me reservo hacer propuestas de recompensas al señor prefecto de la provincia.

El teniente Sr. Staderini, se portó como hombre de honor y me secundó con inteligencia, sangre fria y mucho valor.

Los bersaglieri todos se han distinguido notablemente. Remito á V. E., el estado de propuestas de recompensas, asi como todos los papeles interesantísimos del llamado general Borges y todos sus compañeros, persuadido de que el gobierno podrá sacar de ellos

grandísimas ventajas. *El mayor comandante del batallón.*

Franchini.»

Para esclarecer y completar el parte que el comandante Franchini dirigió al general Lamármora, publicaremos á continuacion el relato que un amigo nuestro nos envió desde Nápoles inmediatamente despues del fusilamiento de Borges. Dice así:

Un testigo ocular de los últimos momentos de este célebre cabecilla carlista, encargado de inventariar los papeles que cayeron en poder del comandante del primer batallón de bersaglieri (1), señor Franchini, de guarnicion en Tagliacozzo, dice que el dia 4 del corriente Borges fué visto en el llano de *Cinque-miglia*, y que se dirigia del lado de Pescasseroli; pero no se sabia qué camino tomaria cuando hubiese llegado á aquel punto, pues podia descender por la parte Isola de Sora ó atravesar el valle de Roveto, y de allí á los Estados Romanos por Morino ó bien pasar por el llano de Avezzano. La inmensa cantidad de nieve obligó á Borges á seguir esta última direccion. A la mañana del 6, se hallaba en las alturas de Scanno: á las tres de la tarde llegaba á Casali de Ortena, en Martí; á las cinco á Cerreto, donde se proveyó de un guia para llegar á Cerchio. Llegado en la mañana del 7 á una taberna situada á poca distancia de este pueblo descansó algunas horas, tomó otro guia, y se detuvo nuevamente á cinco millas de Avezzano, en otra taberna mas abajo de Celano, á donde llegó hácia la una del dia, partiendo sobre las cinco de la tarde y siguiendo la carretera hácia los Estados Pontificios.

El sub-prefecto y el jefe militar recibieron aviso el mismo dia á las cuatro de la tarde, que Borges se encaminaba hácia Avezzano. Un correo, llegado de Pescina, arrestado por Borges, y con orden de no dejar la taberna si no media hora despues de su partida, daba la noticia. La gente que llevaba Borges disminuía á causa de la fatiga que sufría en las marchas por los rigores de la estacion. Uno de sus hombres, natural de Montemurro (Basilicata) incapaz de continuar el camino, fué abandonado en una capilla rural con sus armas y municiones.

(1) *Bersaglieri* viene de *bersaglio* (blanco), y equivale á «tiradores al blanco ó cazadores».

A dos millas de Avezzano, la partida se desvió, tomando por Capelle en dirección á Scurgola. A las diez de la noche entraba en Scurgola por una calle que es necesario atravesar para ganar el campo. Las tropas y los correos partidos de Avezzano no habian podido llegar á causa de las nieves y de los hielos. La guardia de Scurgola no estaba prevenida; el centinela sin embargo dió la voz de «alto, quien vá alla» á lo que se respondió «buone amici.»

Creyendo que eran carabineros á caballo se les dejó libre el paso, Una vez fuera del pueblo, se pararon en una casa contigua al convento de S. Antonio de Scurgola, á media milla sobre el camino de Tagliacozzo. Llamaron á la puerta y un campesino salió á abrir: le dieron la órden de marchar, eligiendo la ruta mas directa hácia la frontera. Los que componian la banda encendieron sus cigarros. El campesino se apercibió entonces de que no eran tropa regular, como habia creído. Protestó, pero inutilmente, de no conocer otra ruta mas que la de Tagliacozzo; desconfiando de él, Borges le dijo amenazándole: «Tu nos conduces á ser fusilados». El guia le tranquilizó, prometiendo hacerle pasar de modo que no fuera descubierto en el pueblo, y proponiendo buscarle un guia mas práctico, el cual le conduciría con seguridad á Santa María. Borges y los suyos, no del todo tranquilizados, cambiaron los pistones á sus carabinas y desfilaron en silencio.

El guia se dirigió á un mezquino albergue que está á poca distancia de Tagliacozzo, diciendo siempre no conocer otro camino que aquel. El posadero comisionó á un hombre de Santa María, que dormia en una cuadra, para que guiase la comitiva al citado pueblo y á otros. El hombre de Santa Maria fué en efecto puesto delante de todos, sin permitir sin embargo al de Scurgola que se retirase.

Como era necesario pasar á algunos pasos del centinela, situado en las afueras de Tagliacozzo, en la capilla de San Roque, el mismo de Santa Maria, bien recompensado ciertamente, como todos los que guiaron la banda, sugirió la respuesta que convenia dar al grito de «alto quien va allá» esto es: «Castañeros que van á Santa María». Se hace, en efecto, gran comercio de castañas en aquel sitio, y no es raro ver veinte y mas personas con bestias de cargas, andar á proveerse de dicho artículo. El guia de Scurgola, aprovechándose de la ocasion, saltó fuera del camino y huyó.

La banda se encontró por este subterfugio y por la segunda vez fuera de peligro, escapando felizmente de la vigilancia de los guardias de Scurgola y Tagliacozzo; y parecía que lo debiese estar completamente, habiendo logrado llegar á cuatro ó cinco horas de la frontera. Pero semejante convicción produjo justamente su pérdida.

Mientras Borges atravesando con tanta audacia como fortuna los puntos peligrosos, las tropas y los correos salidos de Avezzano llegaban á Scurgola y Tagliacozzo. El comandante Franchini, del primer batallón de bersaglieri, recibía el aviso de la presencia de Borges en los contornos. Franchini hace tomar las armas á las dos compañías que tiene, envía un destacamento por el camino de Scurgola, que la banda había ya atravesado, otro por las alturas de Tagliacozzo, y un tercero á la cabeza del cual se coloca, dirigiéndose hácia Santa María. Llega allí al rayar el día, hace tomar un breve reposo á sus bersaglieri y continua en seguida para alcanzar á la banda, que había dado la vuelta al rededor del pueblo para no atravesarlo.

Hácia las diez de la mañana (domingo 8) el destacamento llega á una granja en el bosque de Lupa, perteneciente al señor Mastroddi de Tagliacozzo.

No había otros indicios de la presencia de la banda que las huellas de los caballos que se perdían en el caserío. La banda se creía segura y sus individuos estaban descuidados, hambrientos y ateridos de frío se dieron á comer castañas y á calentarse. El frío que habían sufrido la noche anterior había sido intensísimo y extraordinario.

El comandante Franchini había dividido su destacamento.—Diez bersaglieri tomaron por el flanco de la montaña y se acercaron á la granja, que está apoyada á ella; otros diez se dirigieron por la parte opuesta, y el comandante se colocó sobre la pequeña travesía al centro con el remanente de los bersaglieri y la guardia nacional de Sta. María que lo seguía con entusiasmo.

A penas tomadas estas disposiciones, á alguna distancia del caserío, un hombre, armado de carabina sin bayoneta, salió y dióse á precipitada fuga: el comandante á galope le persigue y le alcanza, encontrándose solo en frente del fugitivo que era el titulado coronel español Safont. Este le apunta la carabina y le dice: Eres muerto.

—Tira, responde Franchini, y prepara una pistola que, habiendo

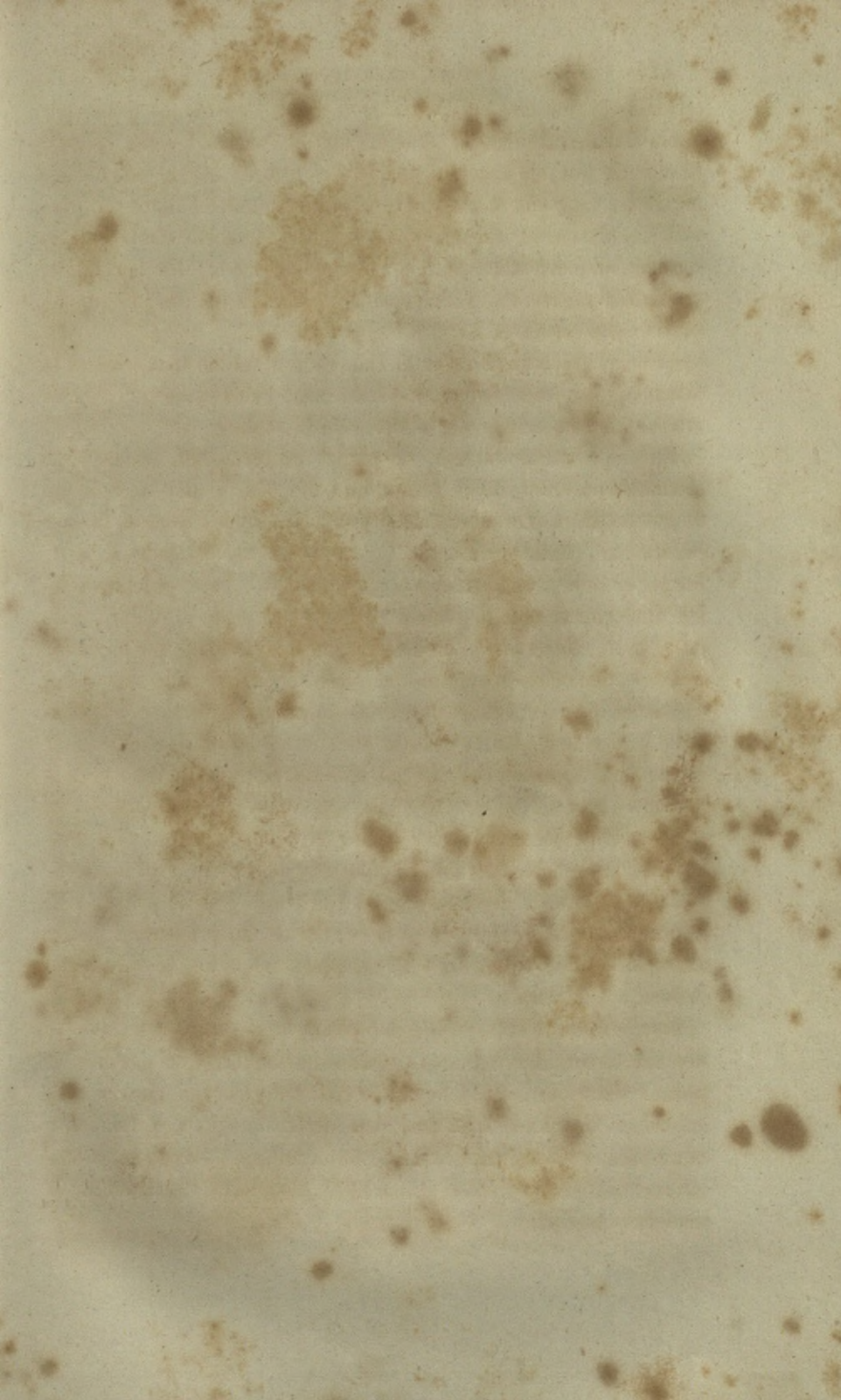
olvidado su revolver en Tagliacozzo, habia tomado al pasar por Santa María al capitán de aquella guardia nacional señor Coletti. El coronel trata de hacer fuego, pero el tiro no sale: el comandante dispara á su vez, y obtiene el mismo resultado. Faltaba el pistón. Entonces asesta un golpe al coronel en la cabeza con la culata, sin acordarse del sable, pero en el momento acuden los bersaglieri y guardias nacionales, y Safont con tres mas de sus compañeros son pasados á bayonetazos.

El fuego de la fusilería habia empezado al mismo tiempo entre la banda reunida en el cuarto alto de la casa. Estos se cubrían con los árboles para hacer fuego á la altura de la ventana.

El comandante Franchini, sin perder su serenidad, ordena que el ganado encerrado en la granja fuese alejado, y que se aplicase fuego al edificio. Levántanse bien pronto las llamas, pues en la casa existia gran cantidad de heno. La banda se ve obligada á salir. Borges se presenta el primero con un pañuelo blanco; el teniente señor Staderini se precipita hácia él; Borges entiende capitular y grita: «Nos rendimos prisioneros de guerra:» se le exige que se rinda. —Responde solemnemente no querer entregar su espada sino al comandante. Franchini llega delante de la granja devorada por las llamas, Borges se adelanta, cede su puñal á Staderini y su espada al comandante á quien primeramente examina, despues le dice: «¡Mayor bien joven!»

El combate habia concluido. Cinco de la banda, entre ellos Safont, habian muerto fuera de la casa, dos dentro: un español herido en una pierna y dos bersaglieri en el muslo y en el brazo.—El fuego aplicado al heno aconsejó la rendición. Los prisioneros fueron atados dos á dos; se tomaron 17 caballos, todos los bagajes y se retornó á Tagliacozzo.

Borges durante el trayecto habló poco y fumó varios cigarrillos.—Repetidas veces dijo: «Buena tropa los bersaglieri,» y despues al teniente Staderini: «Iba á ver al Rey para decirle que no hay mas que miserables y malvados para defenderlo; que Crocco Donatello es un infame, y de Langlois un bestia orgulloso.»—Poco antes habia revelado serle doloroso el arresto á tan corta distancia de la frontera pontificia.





Lit. Vazquez.

Borges despues de fusilado.

Llegados á Tagliacozzo, Borges y sus compañeros fueron conducidos al cuartel, donde dieron sus nombres. Un español, Pedro Martínez, escribió un billete con las pocas y tiernas palabras siguientes: «Estamos todos resignados á ser fusilados; nos volveremos á ver en el valle de Josafat: rogad por nosotros.» Pasada una media hora se les condujo á una capilla, donde les llevaron dos sacerdotes para confesarles,—lo que hicieron todos.—La confesion duró hora y media; del cuartel los prisioneros fueron conducidos al lugar de la ejecucion. Borges entonces dirigiéndose á sus compañeros, dijo: «Nuestra última hora ha llegado; muramos con valor.»

Al llegar al sitio de la ejecucion quiso abrazar á sus compañeros, rogó á los bersaglieri que le apuntasen bien para no hacerle sufrir, se arrodilló en fila con otros nueve, y rezó el Credo en lengua española: los otros respondian, y mientras rogaban, la descarga los arrojó á todos muertos en tierra. Los restantes eran en su mayor parte napolitanos, que arrodillados se golpeaban el pecho: un español perteneciente á esta segunda partida, en el instante en que se disponia á arrodillarse, se quitó el sombrero se volvió hácia el público, y dijo en alta voz: «Pido perdon á todos.»—Una segunda descarga puso término á la ejecucion.

Entre los fusilados lo ha sido Miguel Capriano, de Cosenza, procurador del príncipe de Bisignano.

Se ha descubierto por los papeles de Borges, que este hombre habia sido de los mas activos en los movimientos de Calabria y la Basilicata. Entre los mismos papeles se han encontrado el retrato de Borges, fotografiado en Paris, un retrato de mujer; muchas cartas de Paris y de España; dos retratos de Francisco II y María Sofía; muchos nombramientos carlistas y condecoraciones militares en su mayor parte del ejército de Cataluña; recetas para heridas procedentes de armas de fuego; gran copia de esposiciones, y los pasaportes de muchos españoles que fueron compañeros de Borges en la expedicion de la Calabria.»

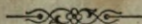
Este fué el fin trágico de Borges y sus compañeros de armas. Adversarios políticos de Borges, podemos hacer justicia á las raras prendas de carácter y de inteligencia de un compatriota nuestro, digno de mejor causa y de mejor suerte.

El cadáver de Borges, á instancia del príncipe de Schilla y con consentimiento del general Lamarmora, fué exhumado y trasladado á Roma, donde se le dió decorosa sepultura.

A Capdevila, —el amigo fiel y compañero predilecto de Borges, —le cogieron los nacionales en una cueva de la Basilicata, donde estaba curándose una herida grave y lo fusilaron sin piedad.

Se ha dicho si Borges habia sido víctima de la traicion de sus mismos partidarios. Nuestras noticias particulares, que tenemos por verídicas, nos han convencido de que hubo traicion, pero no por parte de sus compañeros. El guía que se escapó es quien les vendió; y quien envió aquel guía, que se les hizo enconradizo, es un alto funcionario, extranjero en Italia, que hoy ostenta en su pecho el premio de aquella villanía.

D. RAFAEL TRISTANY.



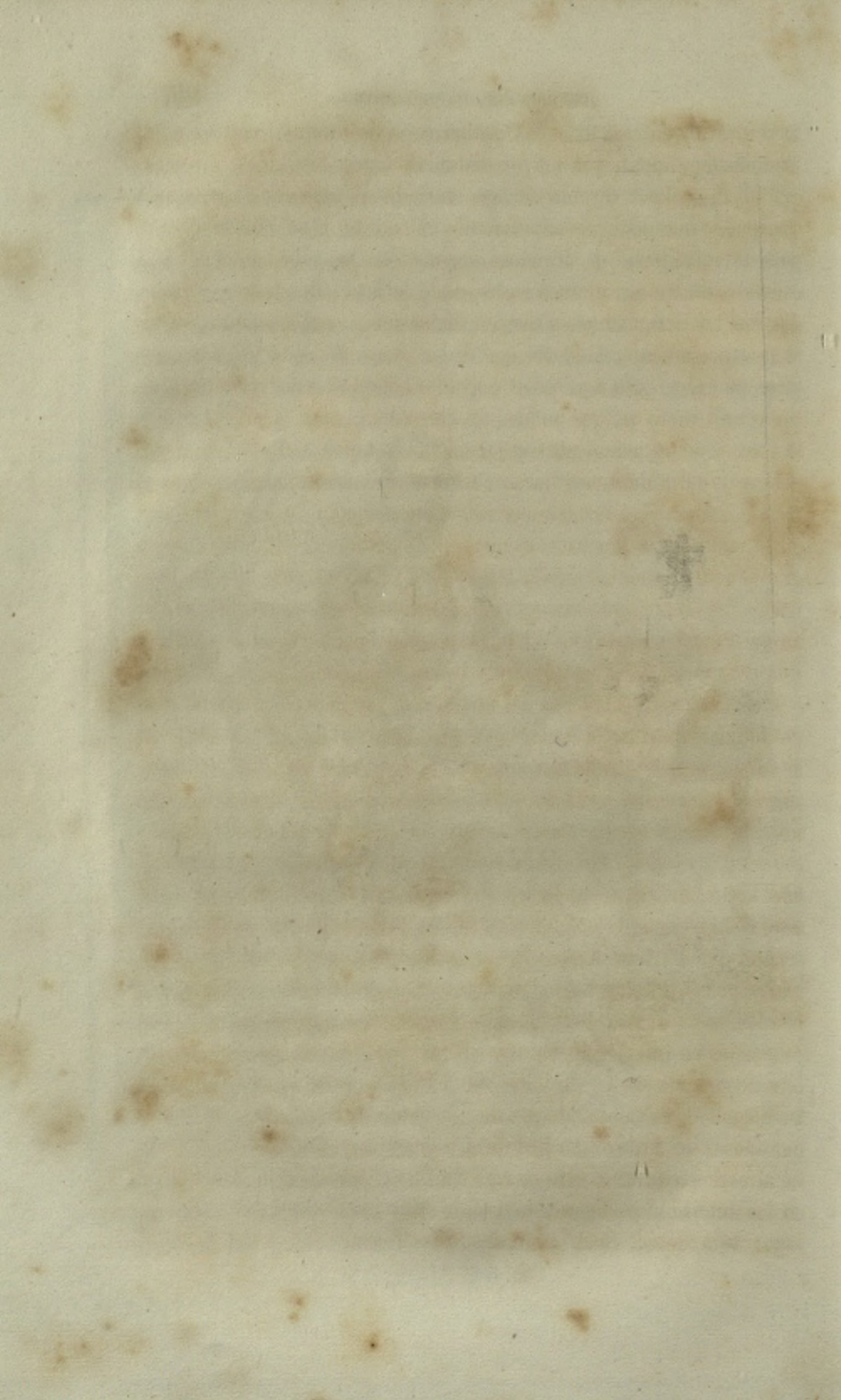
El nombre de Tristany goza de cierta celebridad en España, y particularmente en Cataluña, á causa de la parte que la familia de este nombre tomó en las guerras civiles del presente siglo. Por esto creemos que antes de trazar la biografía del que fué á las Calabrias para defender la causa del destronado rey de las Dos-Sicilias, importa decir de esa familia sacrificada casi por completo á la causa que en nuestras discordias intestinas abrazó con entusiasmo y de la comarca que fué el centro y como el cuartel general de sus operaciones. Para esta tarea nos serviremos de los curiosos apuntes con que nos ha favorecido el Dr. D. Juan Ribas tan erudito como conocedor del país que describe.

«El lugar de Ardevol, del antiguo señorío jurisdiccional de Cardona, situado á la falda del Santuario de Nuestra Señora de Pinós y á cuatro horas de Solsona, de Calaf y de Cardona, pertenece hoy á la provincia de Lérida. Consta de unas diez y ocho casas reunidas, en medio de las cuales señorea una magestuosa torre, desde cuyo pun-



L. H. S. G. G. G.

Rafael Tristany.



to se descubren casi todas las demás casas de campo dispersas en el término municipal, y á mayor distancia todos los bajos Pirineos, que en días claros forman el mas variado y pintoresco panorama que puede desearse, principalmente en agosto y setiembre que el país está cubierto de frondosa vegetacion. Se sabe que en 1723 constaba de treinta y cinco casas, once de las cuales fueron quemadas por los destacamentos que en dicha época ocuparon militarmente la espresada tierra, y sin que de las restantes se sepa como dejaron de existir. Su aspecto es bastante triste, si se exceptua la iglesia y casa rectoral, que ambas recomiendan el buen gusto, el celo y la piedad de su actual parroco D. Buenaventura Cabana. Recompensan la falta de aguas que experimentan dichos vecinos, y que á poca costa podrian proporcionársela, en concepto de los entendidos en la materia, la mucha caza, bellota, legumbre y verduras que se crían en sus inmediaciones y á beneficio de un torrente que se forma de las fuentes que manan casi de continuo en las vertientes del monte Pinós, y que aprovechan para regar los huertos que se extienden á lo largo del mencionado torrente.

Consta de un documento del año 1591 que, sabedores los jurados del lugar y castillo de Ardevol de que su señor D. Diego Hernandez Raimundo Folch de Cardona se hallaba preso en Oran, se apresuraron á reunirse, y por unanimidad resolvieron mandarle tres mil libras para hacerle menos pesado su destierro y posicion entonces poco favorable. Por otro documento que he tenido á la vista del año 1595, en cuya época los Señores jurisdiccionales eran muy pocos en otorgar gracia á sus vasallos, principalmente para cazar; resulta que D. Luis Ramon Folch de Cardona, en 14 abril de dicho año, concede á todos los vecinos y moradores de Ardevol amplias facultades para cazar toda clase de caza, lo que evidencia las buenas relaciones en que los espresados vecinos vivian con su Señor. De otro documento de 10 de julio de 1723, resulta igualmente que D. Nicolás de la Cerda, duque de Cardona, ofrece á los vecinos y moradores de Ardevol su poderosa influencia y proteccion para salir airosos y con gloria de ciertas cuestiones que tienen pendientes en las autoridades superiores, creido de la justicia que les asiste. El lugar de Ardevol, en 1711, cuando las tropas de Felipe V hicieron

movimiento para sitiarse la Plaza de Cardona, fué de los primeros que ocupó las alturas de Pinós, y unidos con los demás somatenes del país ofrecieron á aquellas fuerzas una muy tenaz resistencia á su paso, contribuyendo no poco á que, incomodados de continuo durante el sitio, lo levantaran con pérdida.

Cuando en 1811, las tropas francesas invadieron el Principado, un vecino de Ardevol fué nombrado comandante general de somatenes del distrito; y este vecino era D. Juan Tristany, dueño y rico propietario del manso llamado Mussóns, actualmente conocido por casa Tristany. D. Juan Tristany llevó con gloria á las alturas de Copons, de Igualada y del Bruch á los habitantes del país que le fueron confiados.

La construccion de la casa de Tristany muestra que debió pertenecer desde muy antiguo á personas de elevada posicion, pues toda ella es de rica piedra de sillería y almenada por sus cuatro ángulos en medio de un llano por la parte de Sú y de Ntra. Sra. del Milagro, distantes como cosa de hora y media de la casa Tristany.

Si es exacto un manuscrito que he tenido ocasion de ver, debe la casa de Tristany haber pertenecido á un rico-home del país de Ardevol, pues dice que Juan Ramon Tristany fué baron de Altet y de la familia de los *Carlans* de Iborra. Un escudo que se halla sobre el molino de pertenencia de dicha casa es tambien muy significativo, pues allí se ve á un caballero peleando, y como que se defiende con una lanza en la mano. (1) Todos estos antecedentes unidos á los hechos que todos hemos presenciado en nuestros dias, nos dan pié para decir que la actual familia Tristany nada ha desmerecido de lo que por hechos de armas pudo dar lugar á que en los llanos de Ardevol se edificara una casa como la de que se ha hablado. Por ella juzgamos de lo que serian sus antepasados, y por lo que hemos visto podemos, sin faltar á la verdad, hacerlo de nuestros contemporáneos.

«Sabido es, como queda dicho, que D. Juan Tristany en la guerra de la independenciam fué comandante de los somatenes del distrito; que D. Benito, D. Ramon, D. Miguel y D. José, hermanos

(1) La descripcion de este escudo se halla en el *Armorial Universal* de Mr. Jouffroy d'Eschavannes, Paris.

del ya citado Juan, tomaron una parte muy activa en la sublevacion de esta alta montaña en 1822, figurando entre sus especiales adictos. Por lo que ascendido D. Benito á Canónigo de la Colegial de Guisona, y posteriormente á la Catedral de Gerona, volvió de nuevo á las armas poniéndose al frente del partido absolutista, acompañado de sus dos hermanos Miguel y José que aun vivian. En una escaramuza tenida en el pueblo de Lloberola con las tropas nacionales, y obligadas estas á encerrarse para defenderse en la casa de dicho término llamada Galiño, fué Miguel pasado de un balazo en el acto que iba con un arrojo no comun á pegar fuego á la puerta de la casa; y mas tarde José, sorprendido en la casa llamada Altamit de la parroquia de Bergus, fué igualmente traspasado de un balazo al abrirse paso con otros compañeros por entre la Escuadra de Mozos de Solsona, quedando por entonces solo D. Benito, que á su vez fué sorprendido en la casa llamada las Vilas de Llanera (1847) y fusilado en Solsona.»

Merced al prestigio tradicional y á la buena posicion social de la familia Tristany, el país les fué siempre muy adicto: y así se comprende como, en la guerra civil de los siete años, los Tristany's pudieron realizar en él, apesar de la gran persecucion que sufrían, cosas que parecerian fabulosas á no existir buen número de personas que las atestiguan. En los apuntes del mencionado Rdo. D. Juan Ribas, se lee lo que sigue:

«En aquella comarca se ensayó por primera vez, cuando los carlistas no tenian aun ningun punto fortificado, la fundicion de cañones. De aquel *parque*, que fué una cueva no distante de la casa de Tristany y en tierras de su propiedad, salió el primer cañon para el ejército carlista de Cataluña. La pieza se fundió en presencia del general carlista Royo y otras varias personas de distincion, que despues cenaron juntas en la casa Tristany. La mencionada cueva está situada sobre el molino y en punto denominado la *malesa*.

»No muy lejos de la citada casa funcionó tambien por primera vez, en la alquería llamada Tarrés, del término de San Justo de Ardevol, de la cual salió el primer número del periódico titulado el *Jóven Restaurador*.

»Cerca tambien de Ardevol, en la casa llamada Ripés, de pro-

piedad de Fornells de Matamargó y hoy casa de Prat de Vallmaña, se pusieron unos molinos de pólvora que durante mucho tiempo proveyeron de municiones á la division del Canónigo Tristany.

»Toda la comarca conocia la existencia de la fábrica de cañones, de la de pólvora y de la imprenta, y no obstante se guardó tan bien el secreto, que las tropas de la Reina que recorrian el país en todas direcciones y hasta los mismos carlistas lo ignoraron durante mucho tiempo.»

Conocidos la comarca y la familia Tristany, vamos á trazar brevemente la historia del que es objeto de estos apuntes biográficos.

Don Rafael Tristany y Perera, hijo de Juan y Teresa, labradores y propietarios de la casa Tristany (a) Mosóns del pueblo de Ardevol, provincia de Lérida, nació en dicha casa y fué bautizado en la Iglesia parroquial el dia 16 de marzo de 1814 por el Reverendo D. Lorenzo Vilella, Cura párroco del mencionado pueblo. El Reverendo D. José Vendrell, sucesor en el curato del citado Vilella, le enseñó las primeras letras. Pasó luego á continuar sus estudios en Guisona y de allí se trasladó al colegio Real de la ciudad de Girona donde cursó los tres años de latinidad. Concluidos estos, volvió al lado de sus padres para ayudarles en el cuidado de su patrimonio.

En 13 de diciembre de 1833, su tío D. Miguel levantó la bandera de la insurreccion carlista, capitaneandó una partida de treinta á cuarenta hombres.

Habiendo perecido D. Miguel en el verano de 1835, su hermano el canónigo D. Benito tomó el mando de la partida que aquel habia reunido. Entonces fué cuando Rafael y sus hermanos Ramon, Antonio, Francisco de Asís, Miguel y su tío D. José se decidieron á abandonar la labranza para ocuparse esclusivamente en procurar á D. Benito cuantos medios y recursos podian allegar para el fomento de la rebelion.

Le llevaban víveres cuando con su partida andaba oculto por los bosques y casas de campó; le procuraban armas y municiones; vigilaban los movimientos de las columnas que le perseguian; le transmitian las comunicaciones de otros cabecillas y las noticias de los confidentes; cuidaban de esconderle y cuidarle los heridos mientras

carecieron de hospitales; le custodiaban los prisioneros; cobraban y le remitían los préstamos y exacciones que imponía á determinadas personas, y por fin le auxiliaban en cuanto le convenia.

Corrió á su cargo la fundicion de artillería, la fábrica de pólvora, la imprenta y la adquisicion de materiales y operarios para hacer funcionar á esas fábricas.

Ocupadas por los carlistas, á mediados de 1837, las poblaciones de Berga y Solsona, y establecidas luego en la primera las fábricas de pólvora, fundicion de artillería, hospitales, etc., cesó D. Rafael en las varias comisiones que le tenia confiadas su tío.

De una hoja de servicios, autorizada con la firma de D. Rafael Tristany, resulta que este empezó á servir en 13 de diciembre de 1833, á las órdenes de su tío D. Miguel en clase de soldado distinguido; que tomó parte en todas las acciones que este dirigió, así como en las que mas tarde dió su tío D. Benito. Esta hoja de servicios no concuerda enteramente con otras noticias que tenemos por fidedignas; así es que algunas veces nos apartaremos de lo que en ella se dice; pues que á ser cierto, las tropas de la Reina habrían sido siempre batidas por fuerzas inferiores y D. Rafael Tristany debería figurar en la historia al lado de Napoleon I.

Cuando se organizó el ejército carlista de Cataluña, Tristany, que era ya teniente coronel efectivo, pasó á hacer sus estudios militares al colegio de Solsona, que despues se trasladó á Vilada y Borredá.

En abril de 1838, con motivo de haber pasado su tío D. Benito al cuartel llamado Real, el comandante general carlista D. José Segarra lo destinó á Solsona á las órdenes de su tío D. José Tristany, gobernador del corregimiento de Cervera. Al poco tiempo, por disposicion del Conde de España fué destinado á la division del Ampurdan, y á los pocos meses á la primera brigada de la primera division del campo de Tarragona.

En 2 de abril de 1839 fué herido gravemente en una empeñada accion que hubo cerca de Biosca.

En enero de 1840, por disposicion del comandante general don José Segarra, pasó á servir á las órdenes de su tío D. Benito en clase de ayudante de campo. En marzo del espresado año, trasladóse tambien con su tío á continuar sus servicios al ejército de Ara-

gon mandado por Cabrera, y regresó á Cataluña con las fuerzas carlistas de allende el Ebro.

Espulsado de Cataluña el ejército carlista en julio de 1840, y obligado á penetrar en Francia, D. Rafael con sus padres, sus tíos, sus hermanos, sus asistentes y algunos de sus mas allegados y amigos, se ocultaron en el país, sufriendo una incesante persecucion que costó la vida á su tío D. José, muerto por los mozos de la Esquadra, en abril de 1844 en la casa Tamís del pueblo de Bergús, partido de Solsona.

A mediados de julio de 1845, por disposicion de su jefe se trasladó á Francia á desempeñar una comision del servicio; y un año despues de órden del general Burjó regresó á Cataluña para llevar algunas instrucciones á su tío D. Benito. Esas instrucciones tenian por objeto preparar los ánimos y allegar recursos para un nuevo levantamiento carlista que no se hizo esperar.

Es inútil advertir que uno de los primeros que en Cataluña dieron el grito de rebelion fué D. Benito Tristany y que á sus órdenes militaron todos sus sobrinos, sin ejercer mando independiente.

En la hoja de servicios de D. Rafael Tristany, entre la relacion de las acciones en que tomó parte, leemos lo siguiente: «En 16 de mayo de 1847, en las Vilas y Puigarnau, á causa de una vil traicion, nuestra pequeña columna fué envuelta en medio de una grande combinacion de muchisimas fuerzas enemigas mandadas por Baxeras, á las cuales, despues de haberles hecho sufrir muchas pérdidas por la grande resistencia que se les hizo, cediendo á tanto número, se tuvo que emprender una precipitada retirada, teniendo por resultado caer desgraciadamente prisionero en poder del enemigo su tío y jefe el general D. Benito, el cual fué el dia siguiente bárbaramente fusilado en Solsona.

A continuacion dice el mencionado documento, que despues de perdido su jefe, las fuerzas se dispersaron en todas direcciones, ocultándose en las escabrosidades de los bosques, á fin de evitar la incesante persecucion de las tropas de la Reina. Entonces fué cuando Rafael Tristany se decidió á ponerse al frente de aquellos restos para reorganizarlos; y que si bien al principio no pudo reunir mas que unos 30 ó 40, llegó mas tarde á formar tres batallones que

juntos componian un total de 2000 hombres, armados y equipados con despojos cogidos al enemigo.

La accion mas señalada en que él mandó como jefe durante esta segunda campaña fué la de los campos de Ariñó, partido de Manresa, en la cual derrotó completamente la columna mandada por el brigadier Manzano, haciendo prisionero al jefe. En esta accion pereció D. Miguel Tristany, hermano menor de D. Rafael.

Dos hechos se nos presentan durante esta época de la vida militar de D. Rafael Tristany que, á nuestro juicio, no honrarán su memoria. Estos son la trágica muerte del Barón de Abella y la sorpresa de Pinós. Como ambos son de notable importancia en la historia contemporánea de Cataluña y en la de la persona cuyos apuntes biográficos estamos escribiendo, les dedicaremos mas espacio del acostumbrado y dejaremos que hablen los documentos mas que nuestro propio juicio, ya que se trata de sucesos que pueden afectar la honra de una persona que aun existe.

Al penetrar en Francia despues de esta segunda campaña, ya sea para acallar el grito de su conciencia perturbada en el calor de la lucha ó para contestar al grito general de reprobacion, D. Rafael Tristany publicó un folleto como para vindicarse de la parte que habia tenido en la muerte del Barón de Abella. Este folleto que contiene varios documentos interesantes para la historia, nos lo ha procurado la diligencia de un buen amigo emigrado en Francia, y por ser hoy muy rara su adquisicion, lo vamos á publicar íntegro al pié de estas líneas.

A los hombres imparciales.

¡Corrupcion! ¡mas corrupcion! ¡siempre corrupcion! hé aqui el arma favorita del gobierno antinacional de Madrid.

Nombres execrados, indignos de ser españoles, prueban esta verdad.

MAROTO, PONS, POSAS, ROYO.

Un hecho reciente la evidencia.

Hablamos de las cartas del barón Abella cuyos originales conserva preciosamente el ilustre general Cabrera.

Ahí están esos elocuentes documentos.

Señores Heraldo, Popular, España, y Fomento; si conservais un resto de pudor, reproducidlos.

No gritéis ¡asesinos! nunca protegieron las leyes á los espías, á los que seducen la fidelidad, á los que instigan á la desercion, á los que fraguan en las tinieblas planes de traicion, y se consagran con infernal celo á esta obra de iniquidades.

Las leyes, las ordenanzas militares, la civilizacion solo protejen á los que combaten con armas nobles.

¿Contais en el número de estas el oro corruptor, las tramas innobles, los puñales asesinos, ese lujo de crueldad con que son fusilados centenares de prisioneros?

En esa lucha que vosotros solos habeis provocado, por desgracia de la España, la historia dirá quiénes son los asesinos y sabrá consagrar una negra página á los Villalongas, Urbistondos etc. etc.

Debimos decir los marqueses de la Solana, etc etc.

Recompensar es mas que aprobar, es fomentar la repeticion de atentados que siempre fueron una calamidad, que hoy dia son un monstruoso anacronismo.

Mas el gobierno de Madrid, no solo recompensa los asesinatos de Navarra y Aragon, sino que fomenta otros mas horrorosos. Actualmente deja pregonar la cabeza del Coronel Arnais (Estudiante de Villasur) ofreciendo nada menos que dos mil duros al que presente muerto ó vivo á este jefe montemolinista.

El Boletín oficial de Burgos de Marzo de 1849 trasmitirá á la posteridad este bando humanitario, el sexto de su clase, sancionado por el gobierno de Madrid ¡en el corto espacio de un año!

Hermenegildo Ceballos.

San Lorenzo de Morunys 8 de marzo de 1849.

Carta primera.

Barcelona 4 de Febrero 1849.

Señor D. Rafael Tristany.

Mi muy apreciable amigo y dueño: consecuente con nuestras conferencias, vuelvo á llamar la atencion de usted sobre ellas, tomándome la franqueza de remitirle los adjuntos pliegos, de los cuales pende el bienestar de usted y su familia, el de nuestro país y

la felicidad de muchos. He de rogarle para ello dos cosas 1.ª que con sus señores hermanos se encierre en un cuarto, solos, para que durante el tiempo necesario no sean distraídos para nada. 2.ª que no abran el segundo pliego, que no estén bien enterados del primero, y así de los demás, Y finalmente, he de rogarles que al enterarse de esos importantes documentos lo hagan dejando á un lado la propia opinion de ustedes y el lugar que ocupan en el bando carlista, teniendo en cuenta solamente el asunto y que este se lo dirije una persona que aparte el deseo que le anima del bien general, les profesa á ustedes una buena y decidida voluntad, de la cual les dará pruebas inequívocas.

Su mas atento servidor Q. S. M. B.

El baron de Abella.

Carta segunda.

Igual fecha.

Apreciados amigos: Si ya era mucho el deseo que tenia de conocerlos, y entrar en relaciones con ustedes y mucho mas grande desde que empezamos á centralizarnos, para conseguir nosotros el apoyo de la fuerza de ustedes y ustedes el de nuestro poder é influencia, este deseo ha llegado á colmo desde que he tenido el gusto de tratarles, porque á la verdad, despues de las guerras pasadas, cuando las personas figuran en diferentes bandos, y estos están encarnizados como en otra ocasion lo estaban en el de Isabel y de Carlos, siempre causa cierto temor la primera entrevista. La que con particular satisfaccion tuvimos en Torrecasana me hizo confirmar en las debidas recomendaciones que el país en general tributa á ustedes al mismo tiempo que deplorar mucho el que por una delicadeza mal entendida, por un pundonor que no debe de existir ya, continuemos separados, y que no estén ustedes representando ya el papel distinguido que á estas horas debian de representar en toda la opinion general de España y muy generalmente en la de nuestro país.

Vamos al intento. Despues de nuestra entrevista, las cosas fueron tomando diferentes sesgos y Cabrera en un extremo y ustedes en otro imposibilitaban el establecimiento de nuevas negociaciones encaminándolas hácia el punto que las sucesivas situaciones fueron

exigiendo. Mientras tanto íbamos los propietarios adelantando los trabajos, Concha los aprestos militares, y ustedes, se organizaron, pero como el resultado nunca podia ser el triunfo de ustedes porque donde no hay causa no puede haber triunfo, entendimos interponernos entre la guerra y el gobierno. Pero como solo serviria para molestar la atencion de ustedes entraré en lo detalles de lo que se trabajó, pasaré desde luego á esponer el resultado sustancial, consistiendo:

1.° En pasar desde luego á constituirnos en la gran sociedad ó hermandad de que ustedes acaban de enterarse.

2.° En dirigir la voz á nuestros compatriotas para hacerles entender su verdadera posicion, de cuya evolucion acaban ustedes tambien de enterarse.

3.° En asegurarnos de la propaganda del clero.

4.° En asegurarnos del gobierno de la reina por el órgano del capitán general.

5.° En no contar con Cabrera.

6.° En considerar á ustedes como únicos hombres que representan con pureza los principios monárquicos, y por consiguiente como principales despues para el apoyo de la asociacion.

7.° En establecer, inmediatamente de circulada la alocucion á los montañeses, las debidas negociaciones con ustedes al propio tiempo ó simultáneamente con Marsal.

8.° Y finalmente hacer suspender la adopcion del sistema de obstruccion, mientras duren estas negociaciones, ó reclamar á los propios labradores y hacendados el plantear estas medidas de rigor y obstruccion caso de no tener resultado las indicadas negociaciones con ustedes.

Esplanacion de estas resoluciones primera y segunda.

En cuanto á estas, poco hay que decir despues de las esplicaciones dadas ya. Basta decir que conviene tener presente que toda la Cataluña (porque toda la propaganda eclesiástica ayudará á ella) estará ahora animada del sentimiento de que la causa de Don Carlos no existe, y estando concentrada esta opinion en el poder omnímudo de la asociacion, nada podrá resistir á su accion que empleará

auxiliando al gobierno y negándose á ustedes, Ruego, amigos míos, que no se ofendan de mi lenguaje y que no se acuerden sino de que son amigos que hablan á otros amigos, atiendan ustedes solamente que lo que digo es eso nada mas, y créanme, amigos, que todo será cómo yo les digo, no se hagan ustedes ilusiones.

Sobre contar con la propaganda eclesiástica fácilmente se deja comprender que despues de la vuelta de los arzobispos, obispos y demás eclesiásticos, ya podia contarse que habiendo abandonado la causa de D. Carlos tratarian de hacer triunfar á toda costa la de Isabel, cuando no fuese por otro fin, á lo menos por el de sostenerse á sí propios, porque claro está que ellos á la causa de D. Carlos no podrian volver; yo creo, amigos, que en esto debemos estar conformes. Pues á pesar de esto nosotros no nos contentamos con estas luminosas decisivas razones, sino que quisimos asegurarnos con pruebas; una comision se aseguró del clero de los obispados de Gerona, Vich y Solsona. Omitiré decir aquí los pasos que se dieron, pero entiendan ustedes que todos convinieron porque abundan en la idea y conviccion de que la causa de D. Carlos murió para siempre; tanto que el señor vicario general de Solsona asistirá y firmará como testigo presencial y autorizante el acto de reconocimiento.

Tenemos por lo tanto el concurso de la opinion favorable del clero; en nada obsta que haya tal vez alguno que otro cura párroco, porque muy pocos son de diferente modo de pensar, que se haya opuesto, pues ya mudarán con la lectura del escrito que se dirige á los montañeses y que el mismo gobierno eclesiástico recomendará.

Sobre la 4.^a, ó sea acerca de asegurarnos del capitan general, despues de bien meditados los puntos que en nuestro concepto y atendidos los que tocamos con ustedes en nuestra entrevista debíamos poner á cuestion con el dicho capitan general, fué argüirle y nos señaló á Moyá para el intento, y cuatro horas de seguida é interesante conferencia dieron el resultado que se desprende del proyecto de convenio que sigue á esta carta. El primer punto de donde se partió fué que así S. E. como su jefe de estado mayor, y por consiguiente el gobierno de Madrid, estaban plenamente convencidos de lo que yo les probé en mi primitiva memoria, á saber: que ustedes

eran los únicos jefes carlistas que lo eran con buenas intenciones y los únicos que representaban el principio absolutista, y que por lo mismo harían por ustedes lo que por ningún otro, atendido el estado favorable á que habían llegado las cosas y que creía que la lealtad que ustedes habían mostrado por su causa sería como la de aquel jefe de Bonaparte que cuando conoció que la causa era perdida para la familia del emperador, él mismo, que no había querido oír á nadie, se presentó espontáneamente al rey Luis XVIII. La causa de D. Carlos no existe, por consiguiente los efectos tampoco deben continuar.

En cuanto á las resoluciones 5.^a, 6.^a y 7.^a se explican por sí mismas y por el siguiente convenio, porque es preciso advertir que yo hice entender al general que en persuadiéndose ustedes de que la causa de D. Carlos había muerto y de que debían reconocer á la Reina, nunca lo harían como Posas y otros, sino á impulso de las peticiones que le harían los naturales del país, y siempre mediante convenio en forma, otorgado por uno de los propietarios representando la gran asociación para acreditar ante la Europa entera los motivos imprescindibles que á ustedes se lo obligaban, á cuyo fin se reservarían ustedes el dar un manifiesto á sus compatriotas.

Sigue el convenio que para el reconocimiento de la Reina doña Isabel II y su gobierno se ha ejecutado entre el barón de Abejón, etc., en calidad de representante del Excmo. Sr. Capitán general en jefe del ejército de Cataluña, etc., etc., con el concurso de los testigos presenciales, el muy ilustre señor provisor general de la diócesis de Solsona, el canónigo D. Domingo Sala y D. Roque Canal, también canónigo de la misma, etc., etc., y D. Tal y don Tal, nobles hacendados y labradores, etc., (en fin lo firmarán los que quisieran, ó ninguno si así lo estimasen mejor) de una parte, y de otra el brigadier D. Rafael Tristany, comandante general de las fuerzas carlistas, etc.

Artículo 1.^o El mencionado señor D. Rafael Tristany, persuadido de que quedando como quedan desvanecidos los motivos que le obligaron á emprender esta guerra, serviría tan solo el continuarla para aumentar y prolongar los males que afligen al país, y atendido á la petición que al efecto le ha dirigido una asociación respetable

de labradores y propietarios que son los que forman la verdadera opinion del país, ha venido en reconocer, como reconoce, á S. M. la Reina doña Isabel II y su gobierno, á la que desde este momento prestará homenaje y sumision, y promete bajo su palabra de honor que con la misma lealtad y celo con que ha servido al bando á que por los motivos espresados deja de pertenecer, servirá á la Reina empleándose en combatir á sus enemigos, cualquiera que sea su naturaleza y enseña.

Artículo 2.º El propio jefe D. Rafael Tristany se compromete y obliga á mantener libre de tantos enemigos todo el territorio que se comprende desde el Llobregat al Segre, desde Manresa al Pirineo, ó sea el que comprende el mapa que va adjunto rubricado por ambas partes, á cuyo fin D. Rafael Tristany conservará la fuerza que actualmente tiene por durante un año bajo el mismo pié y haberes.

Artículo 3.º Así mismo el jefe D. Rafael Tristany se obliga á procurar por los medios á que alcancen sus relaciones ó influencias con las fuerzas carlistas restantes, para que entren en el reconocimiento y sumision.

Artículo 4.º Y el baron de Abella en uso de las facultades que se ha servido transmitirle el Excmo. Sr. General en jefe marqués del Duero y con arreglo á prévias instrucciones que ha recibido, acepta el reconocimiento y obligaciones que los señores D. Rafael Tristany y sus señores hermanos aquí presentes (que adhieren y se asocian á él por este efecto) contraen con arreglo á los artículos que preceden y promete el dicho baron á los señores Tristany. 1.º el empleo de coronel efectivo con el grado de brigadier á D. Rafael. El de comandante de batallon (ustedes lo dirán, pues yo no recuerdo cual era el empleo de comandante y cual es el de capitán).

Artículo 5.º Igualmente el referido baron de Abella en nombre de S. E. promete al señor coronel brigadier Tristany en el dia del reconocimiento y sumision la suma que importen los préstamos que hasta el dia 31 de diciembre último hubiese tomado de los naturales del país para la manutencion de sus fuerzas.

Artículo 6.º Igualmente el propio baron consiente en nombre de S. E. en que el señor Tristany dirija un manifiesto al país, luego de verificado el reconocimiento, y ambas partes ratificando este

convenio al que pondrá su conformacion el Exemo. Sr. Capitan general en prueba de la buena fé y religiosidad con que proceden S. E. y el gobierno de la Reina, que le ha autorizado; lo firman en (aquí el punto donde se haga la escritura ó convenio).

Me canso de escribir y mi yerno Javier toma la pluma; lo digo porque entiendan que el escribiente es reservado. Prosigo, pues: Ahora bien, un estado de cosas tan claro no necesita de comentarios ni esplicaciones, y por lo tanto me detendré solamente en hacerles unas cortas reflexiones.

A ustedes únicamente podria detenerlos aquella parte de pundonor que se tuviese por haber sido ustedes unos defensores tan leales de la causa de D. Cárlos, pero yo les pregunto: ¿Ese pundonor ó punto de delicadeza puede acaso tenerse sino por lo que dirán el país, el clero y si se quiere algun partidario? Pero si el mismo país, ese clero se interesan en este convenio, ¿dónde estaria la causa del pundonor? Al contrario, en lugar de causar admiracion á estos el de ustedes les tendrian ódio; la admiracion la obtendrán haciéndolo por unos medios tan importantes y nobles, pues ningun otro jefe lo habrá hecho por medio de un convenio que parece de potencia á potencia, y que no podrá menos de ser celebrado en toda la Europa. Asi que ruego á ustedes en nombre de los grandes y medianos propietarios á quienes represento, quiera usted y sus señores hermanos hacer cesar los males que afligen al país y que serian mucho mayores si ustedes por un pundonor que seria tachado de terquedad, se lanzasen á prolongarlos, haciéndose cargo que transigiendo tendrán las bendiciones de todas las montañas en particular y del reino en general.

Va adjunto el proyecto de manifiesto que usted entiendo podria dirigir al país, ú otro semejante. A mayor abundamiento se le presentarán á usted labradores del país pidiéndole que haga cesar esta guerra, reconociendo á la reina. De este modo estaria enteramente salvado todo motivo de delicadeza. Yo, mediante Dios, saldré de esta el viernes de esta semana para llegar á Cardona el sábado, y el domingo subir á Solsona donde permaneceré esperando las órdenes de usted. El general al despedirme me dijo estas terminantes palabras: «Ya se hará usted cargo, baron, que ahora se harán esas

concesiones que usted tan acérrimamente ha exigido, pero que mas tarde no podrian de ninguna manera ser ni con mucho tan extensas, ó tal vez ninguna, segun el estado de las cosas.

«Yo llamo la atencion de usted sobre ese particular que mejor conocerá usted que yo.»

No tengo lugar para poner el proyecto de manifiesto, porque si bien tenia algo hecho estaba muy confuso. Desde Solsona se lo mandaré á usted.

P. D. Ahora se dice si Cabrera está en Francia. Piensen ustedes que si este caudillo faltaba, las concesiones no serian tantas á favor de ustedes. Aunque seria la mayor de las faltas diferir ni alargar la resolucion.

Carta tercera.

Cardona 9 de febrero de 1849.

Sr. D. Rafael Tristany.

Sentiria mucho, mi estimado amigo, que mis francas y leales manifestaciones le hubiesen ofendido á usted tomándolas por demasiada franqueza mia, porque me parece que puede usted haber conocido bien que solo me guia el deseo de que terminemos una lucha que ya nada significa y que usted venga á tomar parte en la grande asociacion y ser su mas firme apoyo, como la asociacion lo seria de usted. Hacerle mas reflexiones sobre el particular seria ya agraviar su propia delicadeza y conocimientos, y por consiguiente me contentaré hoy con manifestarle el estado en que están las cosas.

En la provincia de Gerona se tuvo ya reunion de propietarios de influencia, entre ellos los carlistas, y entre ellos los mayores amigos de Marsal, y por resolucion unánime intimar á este que reconociese ó transigiese con el gobierno ó que se retirase, pues que de lo contrario no solo se trataria de privarlo de todo recurso, sino tambien de tomar las armas contra él. Recibí yo la comision en que se me comunicaba este resultado; pero yo contesté que atendidos los laudables sentimientos de usted, antes de llegar á ningun acto de manifiesta publicidad, y puesto que usted con Marsal estaban en íntima correspondencia era lo mas útil y prudente que se tuviese una especie de cónclave entre usted, Marsal y Borges, con asistencia de un comisionado de los propietarios de Gerona, esto es de aquella provin-

cia mia como punto el mas á propósito y central á fin de resolver allí definitivamente la pacificacion ó la continuacion de la guerra; y en el primer caso si convendria hacer el reconocimiento todos los jefes juntos ó cada uno separadamente. Esto es lo que se acordó y esto es lo que me tomo la franqueza de transmitir á usted encareciéndole que quiera acceder á que se tenga el cónclave ó conferencia que acabo de manifestar; pero antes debo hacerle mas importantes observaciones.

Usted está enterado de que á consecuencia de mis contestaciones con el gobierno, es usted el único en quien cree este, como cree con justicia todo el que sabe ver las cosas como en realidad son, que usted es el único que representa principios puros, y que por lo mismo se hará con usted lo que con ningun otro. Tambien sabe usted que la grande asociacion tiene fija en usted su vista y sus esperanzas. Sabe usted igualmente que aquellos en quienes tal vez podria temer una recriminacion son los que mas principalmente desean que usted transija, y sabe usted finalmente, que apuradas que sean mas las cosas no podremos conseguir el triunfo que ahora, ni las consideraciones y gracias que ustedes se merecen, y por consiguiente mucho menos el punto principal, que es el del poder *omnímodo* de la asociacion; que es el que ha de colocar á D. Carlos inmediato al trono sacándole de una proscripcion que de otra manera no acabará nunca.

Ahora bien, si usted conoce todo esto y las consecuencias que de ello pueden sacarse, naturalmente ha de conocer tambien que antes de la convocatoria de Serrater, caso en que usted tenga á bien convenir en ellos, es de necesidad que tengamos una usted y yo. Hágase usted cargo que ahora tratamos de una cosa grande, de uno de aquellos golpes diplomáticos, que deje admirados á todos los partidos y aterrados á todos los enemigos de usted y de la gran Hermandad.

Amigo mio, de estos momentos pende el acto mas grande que hayan visto los siglos con respecto á la Cataluña. Si él se verifica, ya por siempre jamás el Principado será el dominador de España, y el nombre de usted celebrado como el de un héroe y del jefe carlista que mas entendió la situacion, pues que se habrá fijado donde no

han podido ni Espartero ni Maroto, y mucho menos el general Cabrera. Usted salvándose á sí propio, como habrá salvado á los suyos con gloria y honor, evitando una vida desgraciada á su príncipe y sobre todo realzando el antiguo y poderoso nombre catalan. ¡Por Dios, no me desoiga usted! y día vendrá en que bendiga la hora en que nos habremos conocido, y el país á ambos, que le habremos salvado.

Por lo tanto, dígnese usted concederme una entrevista y pronto, señor, pronto, antes que suceda por aquí lo de la provincia de Gerona con Marsal, y se haga sentir el espíritu de la circular que va repartiéndose por los comandantes de armas. Amigo, créame usted; sería doloroso para usted y para nosotros que despues de tan buena y dichosa oportunidad se nos escapase todo de la mano. Nó, usted tiene talento y nos entenderemos; he discurrido como en lugar del grado de brigadier tenga usted el empleo de tal efectivo.

Vamos á otra cosa, sobre lo cual llamo muy particularmente la atencion de usted; como hemos de partir ya que de un modo ú otro nos entenderemos y que usted debe quedar con gloria, es preciso ahora estender la vista hácia despues y á un punto muy importante. Usted sabe la grande importancia que ha tenido siempre en España el Real cuerpo de Artillería y la alta consideracion de que siempre ha gozado.

Tener el aprecio de esta reunion de hombres de las mas distinguidas familia del reino es siempre un bien, pero este bien se hace mas grande en una ocasion en que tratamos de abrazarnos enemigos con enemigos; ya puede usted conocer que no seria igual despues el que este cuerpo ilustre nos mire con gratitud ó con repugnancia. Ya usted me ha comprendido: usted tiene Olmedella, que aunque no por él sino porque al fin pertenece al cuerpo, se mira como un sentimiento de honor del mismo cuerpo el rescatarle. Esto por una parte, por otra parte nuestro apreciable señor gobernador está espuesto á perder su empleo, porque no obstante estar malo, lo deja dormir en la villa, y sobre todo nuestro camarada Casades está en inminente riesgo por su captura, en razon de que los malvados de esta tratan de hacer ver y probar que él los entregó. ¿Qué hace usted con tener un viejo chocho y medio demente? Nada.

Sabe usted de otra parte que canje no le habrá; y que si hemos de entendernos, pronto esto ha de acabar, y que de todos modos el señor Olmedella volverá al cuerpo. Siendo así ¿no vale mas que vuelva en bien de usted?

Sí, amigo mio, este es un paso que le honrará á usted y que le preparará grande apoyo, permita usted pues que se vaya, y para probar en su caso que no se ha escapado podria usted servirse de ponerme la adjunta carta que yo muy reservadamente enseñaré al jefe superior de artillería.

Consérvese usted, amigo, y mande cuanto guste á su afectísimo suyo Q. B. S. M.

El Baron de Abella.

Amigo Baron: me he enterado de cuanto usted me manifiesta y en obsequio del distinguido cuerpo por quien me habla, he cedido gustoso en hacer lo que usted ha visto.—Es copia de la carta arriba citada.

Carta cuarta.

10 de enero de 1849.

Sr. D. Rafael Tristany.

Muy señor mio y apreciable amigo: Ha sido una fatalidad el haber tenido que retardar tanto la entrevista con el conde, pero ahora es de imperiosa necesidad, asi que, consecuente con lo que hablamos el dia que tuve el particular gusto de conocer á usted, espero que hará usted el sacrificio de acompañarme al puesto donde S. E. se halle, seguro de que con ello se hará á todos un gran bien. El [dador explicará lo demás, entre tanto disponga usted de su muy atento y afectísimo amigo y seguro servidor Q. S. M. B

El Baron de Abella.

NOTAS.

Ya al primer golpe de vista habrán ustedes conocido cuan grande y poderosa ha de ser esta asociacion. Pero no ha podido usted alcanzarla por la simple lectura no sabiendo lo que hay.—Será hermano mayor el esposo de la reina Cristina, el Excmo. señor duque de Rianzares, y delegado suyo un título de los de mas representacion del Principado, y para tenientes los cuatro de mas representacion de las cuatro provincias y así en los demás empleos, y el sin-

dicato á mi favor, como autor que soy de todos los trabajos y fundador de la Hermandad. El arzobispo y obispos lo autorizarán con sus concesiones espirituales. Todos los capitalistas de la marina estarán en ella y tendrá la proteccion decidida del gobierno, y podrán ustedes, amigos, no volver su vista hácia nosotros y ver la omnipotencia de esta sociedad que tanto cuenta en apoyo y favor de ustedes.

Sistema de obstruccion.

El sistema de obstruccion que fundadamente debe establecerse, consiste: 1.º en eximir de algunas cargas á los pueblos que se defiendan, la imposicion de multas á los que queden abiertos al enemigo: 2.º Sujecion á todos los habitantes de la montaña á un riguroso padron militar: 3.º Prohibicion de tener ganados de toda especie, gallinas y comestible, los cuales deberán depositarse en poblaciones fortificadas, de los cuales cada vecino no sacará sino lo necesario para cada semana con arreglo al padron, aunque estos los tomen los matines: 4.º Sacar el árbol de hierro y la nadilla de todos los molinos que no estén al pié de pueblos fortificados y que estos sean fortificados: 5.º Destruccion de los hornos de todas aquellas casas en que pueda proveerse el enemigo: 6.º Prohibicion de transitar con comestibles, debiendo todos los tragieros ir con los convoyes: 7.º Suspension del despacho y estraccion de la Sal de Cardona y Gery: 8.º Prohibicion del uso de escopeta: 9.º Obligacion á todos los contribuyentes de trasladarse á vivir en poblacion fortificada siendo responsables si pagan algun dinero al enemigo. 10 Y finalmente, embarcar á todas las familias que tengan hijos con los matines.

Comandancia general de Cataluña, Aragón, Valencia y Murcia.

ESTADO MAYOR GENERAL.

Orden general del Ejército del 25 de febrero de 1849, en el cuartel general de San Lorenzo de Morunys.

Habiendo sido confeso y convicto el baron de Abella de ser el autor y jefe de una asociacion titulada, Hermandad de la Concepcion, con

objeto de seducir á los jefes y demás individuos del Ejército Real y de negarles los auxilios que tan generosamente nos concede el heroico pueblo catalan, teniendo en mi poder la correspondencia original que el mismo baron dirigia, con fecha 4 y 9 del corriente, á uno de nuestros fieles y mas honrados compañeros, y estando de acuerdo con el consejo de guerra de señores jefes de la 3.^a division, he dispuesto en virtud de las facultades que me tiene conferidas el rey N. S. que dicho baron sea en el dia de hoy pasado por las armas.

Voluntarios: Por fin he conseguido descubrir á uno de nuestros verdugos, porque asi debe llamarse á todo aquel que, con el oro y falsas promesas, trafica con nuestro honor y con nuestra sangre. Mientras el baron de Abella ha sido un habitante pacífico ha disfrutado de la libertad y proteccion que todos nuestros compatriotas, pero una vez que tan traidoramente nos ha combatido, ni su rango ni sus riquezas han podido eximirle de la ley. ¡Ay de aquellos que quieran imitarle!

Mí deber es velar por vosotros, y os prometo que no confiais en vano en vuestro general y compañero.

Cabrera, Conde de Morella

Es cópia.—El coronel primer ayudante general,
Hermenegildo Ceballos.

Cópia textual del oficio que el Excmo señor Conde de Morella, comandante general de los Ejércitos Reales de Cataluña, Aragon, Valencia y Murcia, dirigió al señor coronel D. Rafael Tristany, ordenándole la captura del baron de Abella.

Comandancia general de Cataluña, Aragon, Valencia y Murcia.

He recibido por conducto del coronel D. Juan Solanich las comunicaciones que V. S. me dirige del baron de Abella. Con ello ha dado V. S. una nueva prueba de su fidelidad á la causa del Rey N. S. y del buen concepto que V. S. merece á todos sus leales defensores. Mientras el baron de Abella ha permanecido habitante pacífico ha disfrutado de la libertad y proteccion de las tropas del Rey N. S.; pero una vez que con sus escritos y por haberse puesto á la cabeza de una Sociedad para destruir la influencia que en el dia disfrutaban sus leales defensores debe sufrir las consecuencias de su traicion. En

su consecuencia, interesa sobre manera hacer un ejemplar que ponga á las tropas reales al abrigo de la seduccion. Por los medios que V. S. juzgue mas prudentes procurará capturar al espresado baron y para que el hermano que V. S. tiene prisionero no sufra en lo mas mínimo, podrá comisionar á un oficial de confianza que lo acompañe á mi cuartel general, en donde me reservo tomar las medidas que juzgue mas convenientes.

Esperando del celo y puntualidad de V. S. que hará esta operacion con la rapidez que le sea posible.

Dios guarde á V. S. muchos años. Borrada 18 de febrero de 1849.

El general en jefe,

Conde de Morella.

Señor coronel D. Rafael Tristany, Comandante general interino de la tercera division.

En la hoja de servicios de Tristany, encontramos los siguientes párrafos referentes á este asunto: «No pudiendo el gobierno de Madrid, en los años 1848 y 1849, subyugar por medio de las armas las tropas reales mandadas en aquella época por el referido general Tristany recurrió al vil medio de corromper su acrisolada fidelidad, y sirviéndose para este fin del Baron de Abella, el cual en nombre de Concha, capitan general entonces de Barcelona, no solamente le hizo verbalmente toda clase de proposiciones las mas ventajosas y brillantes, sino que se las repitió diferentes veces, como consta de los originales que se conservan de las cartas que le remitió, cuyas cópias impresas adjuntas se acompañan. A lo que le contestó siempre en las entrevistas que con él tuvo, que no solamente se negaba á cometer una tan grande bajeza ni aceptar nada absolutamente del citado usurpador gobierno, sino que haría su deber en ponerlo todo en conocimiento de su superior, lo que efectuado á consecuencia de una orden que recibió del Conde de Morella, comandante general en jefe del Principado de Cataluña, lo hizo arrestar en san Justo de Ardevol, donde con sus subordinados Casadas y Malagarriga habian ido á verificar una de sus acostumbradas correrías, sin pérdida de tiem-

po, asegurados con buena escolta, los hizo conducir y poner á disposicion del mencionado general en jefe.»

Al márgen del citado documento, se halla escrito de letra del propio Tristany, lo que sigue:

«Sabiendo que el Baron de Abella se hallaba con dos otros en el pueblo de San Justo de Ardevol, á consecuencia de una órden del Excmo. Sr. Conde de Morella, general en jefe del Principado de fecha..... lo hice arrestar y conducir á disposicion del arriba mencionado comandante general.»

Hemos tenido á la vista las cartas que el baron de Abella dirigió á un individuo de su familia mientras duraron las negociaciones con Tristany; y hemos de dar algun crédito á lo que en ellas se dice, ya por la fé que merecen las palabras del difunto baron, ya porque aquellas cartas no tenian ningun carácter oficial, ya porque cuando se escribieron su autor no podia prever el triste desenlace de sus gestiones. Veamos el espíritu de estos documentos.

El baron de Abella se proponia terminar la guerra civil por medio de una transaccion ó convenio con los jefes carlistas, y fundaba sus negociaciones en que, no existiendo la causa de D. Carlos, el patriotismo y la humanidad aconsejaban poner fin á aquella lucha fratricida. En su carta de 16 de febrero de 1849, dice el baron: «Los Tristany me deben favores singulares, además de algun vínculo de parentesco que reina con ellos, é íntimas relaciones con los principales de la montaña, y el concepto de todos los habitantes: y si el mismo Tristany no me hubiese manifestado deseo de vernos, yo no hubiera aceptado esta delicada y espuesta negociacion.»

Por la misma carta se vé que el baron procuraba asociarse los principales propietarios y gente influyente de la montaña para terminar la guerra, haciendo presion á los jefes carlistas, y que á estos les hablaba en nombre de aquellos, á fin de que juntos convnieran en las bases de la paz, que despues se proponia hacer aceptar al gobierno. Aunque de acuerdo con las autoridades, obraba como por cuenta propia y á nombre del país para desvanecer los escrúpulos de los carlistas que manifestaban deseos de que su sumision no tuviera visos de traicion.—El baron habla de un folleto que publicó de acuerdo con Tristany, y dice que este vió las pruebas y

aprobó su contenido antes de imprimirse.

Segun se desprende de las referidas cartas, los Tristanys aceptaron desde el principio el pensamiento y se ofrecieron á trabajar en su realizacion, proponiendo al baron que tuviera una entrevista con Cabrera. Ellos se encargaron de prepararla, y estaba ya todo arreglado para ello, cuando vino á desbaratarlo un comunicado que publicó el *Barcelonés*.

El 22 de febrero de 1849, el baron recibió una carta de Rafael Tristany en que le pedia con urgencia que se avistara con él, pues que todo estaba convenido y arreglado. En su consecuencia, el baron, acompañado de los señores Casadas y Serra (a) Malagarriga, salió en direccion á la casa llamada Serra de Sú, lugar de la cita. Allí les dijeron que los Tristanys les esperaban en el Mas de San Justo. Tomaron el camino del punto indicado, y al llegar, se les presentó el Gravat del Mancebo, cabo de mozos de la escuadra de los carlistas, y los puso presos en nombre del Rey. Despues de quitarles cuanto llevaban los ataron y los condujeron á las Bessas. Allí los desataron á peticion suya y los llevaron á San Lorenzo de Morunys.—Si nuestros informes son exactos, cuando el baron y sus compañeros fueron arrestados, Rafael y Antonio Tristany estaban ocultos en la casa de la Serra de Sú.

Los presos llegaron á San Lorenzo á las dos de la tarde del dia 23, y quedaron arrestados en la prevencion. Al poco rato el baron fué presentado á Cabrera, que se hallaba alojado en la casa del escribano Corominas. Al entrar el baron en la sala, Cabrera le presentó alguna de las cartas dirigidas á Tristany, preguntándole si las reconocia como obra suya. Habiendo contestado afirmativamente el baron, se le previno que se dispusiera para morir dentro de tres horas. Este se manifestó resignado con su triste suerte; pero pidió un plazo mayor para poder arreglar sus asuntos, y suplicó que no se molestara á sus compañeros, fieles servidores que ninguna parte habian tenido en las negociaciones. Cabrera, escusándose en las leyes de la guerra, insistió en que debia estar dispuesto para dentro de tres horas.

El desgraciado baron empleó el tiempo que le quedaba de vida en escribir algunas cartas y arreglar sus intereses de familia; y

despues de cumplir con los deberes de cristiano, sufrió la última pena con una entereza y resignacion verdaderamente ejemplares.

Mientras el baron estuvo en capilla y durante su ejecucion, estuvo espuesto el Santísimo en la iglesia parroquial.

Casadas y Serra fueron pasados por las armas el dia siguiente, en Busa.

Hasta aquí nada resulta contra Cabrera: creyó ver un traidor en el baron de Abella y lo castigó con el rigor de las leyes de la guerra. Pero en lo que no tiene disculpa es en haber consentido que sus soldados desnudaran el cadáver de aquella desgraciada víctima de la buena fé y amor á la paz y se repartieran sus vestidos. Este hecho, excusable en gente desalmada y sin conciencia, es sumamente vituperable en un jefe de graduacion con pretensiones de noble y civilizado.

Hemos visto que, segun las cartas del baron á su familia, Tristany, no solamente no rechazó indignado las proposiciones del baron sino que él mismo tomó la iniciativa en las negociaciones. Varias personas que pueden estar bien enteradas nos han asegurado que Tristany alentaba al baron en su empresa y le daba prisa para que se concluyera el convenio. Un testigo presencial de alguna de las entrevistas nos refirió que Tristany le habia dicho al baron: «Estoy cansado de esta vida azarosa y quisiera dejarla. Mi sueño dorado es ser gobernador del castillo de Cardona, desde donde podria ver mis propiedades. Con este empleo casi pasivo, me seria dable cuidar mi patrimonio y dedicarme á la caza, que es mi distraccion favorita.» Y dice que el baron le contestó: «Téngase V. por nombrado gobernador de Cardona.»

Sea de esto lo que fuere, nosotros tenemos la evidencia moral de que Tristany no rechazó las proposiciones del baron, ni es creible que este insistiera en su empeño si aquel le hubiese amenazado con denunciarle á Cabrera.

Veamos ahora cómo explica el diario de Tristany el ruidoso suceso de Pinós, desenlace de las negociaciones que mediaron entre él y el brigadier Santiago Rotalde:

«Pasados algunos meses y hallándose (Tristany) de comandante general de la provincia de Lérida, despues que el citado Abella ha-

bia pagado con su vida las susodichas urdidas tramas de corrupcion, el general Santiago continuó (siempre en nombre del gobierno de Madrid) repitiéndole las mismas citadas proposiciones, y mas aun, que si aceptaba se le daria el mando de la espedicion que en aquella época se estaba formando para ir á Roma, y que despues fué confiada al general Córdoba por no haber él querido admitir; ofreciéndole al mismo tiempo á mas de los empleos y mandos militares millones en metálico. Un convenio proyectado que le dirigió y que de ningun modo pudo lograr el hacérselo firmar, segun parece han tenido la osadía de revestirlo de firmas falsificadas del citado general (Tristany) y de sus hermanos. La suma de doce mil duros que le mandó para corromper la fidelidad de los soldados realistas, de órden del citado general en jefe conde de Morella fué depositada en las cajas de los batallones de la division de su mando, para ser invertida en las pagas de las tropas reales á escepcion de una parte que el mencionado general Cabrera se reservó para la compra de armamento, lo que se verificó sin que el general Tristany recibiese ni dispusiese de un solo maravedís de los citados doce mil duros.»

En aquella época el coronel Santiago publicó una relacion circunstanciada y verídica (1), segun nuestros informes particulares, de aquellos sucesos; y por ser documento raro y digno de pasar á la historia, vamos á publicarla á continuacion.

Habiendo recibido órden del Excmo. Sr. D. Ramon de La-Rocha, general segundo cabo de esta capitania general, para publicar una Memoria de todo lo ocurrido acerca de la intentada sumision de los hermanos Tristany, naturales de este Principado y sobrinos del tristemente célebre guerrillero de este nombre, cumpla con este deber presentando al público los sucesos que han tenido lugar, con las copias de todos los documentos justificativos que originales obran en mi poder, para que satisfaciendo el pensamiento del Excmo. se-

(1) Memoria de los sucesos verificados durante las negociaciones entabladas con don Francisco Tristany titulado coronel carlista y proposiciones hechas por el mismo, para la presentacion de sus tres hermanos y fuerza á sus órdenes, sometiéndose al gobierno de S. M., entre las cuales se ofrecia por su parte la entrega en clase de prisionero del titulado general carlista D. Ramon Cabrera, acompañado de los documentos oficiales que han mediado en este asunto. Publicada de órden del Exmo. Sr. D. Manuel de la Concha, marqués del Duero, y general en jefe del ejército de Cataluña, por el coronel de caballería, teniente coronel del cuerpo de E. M. Leonardo de Santiago.

ñor D. Manuel de la Concha, marqués del Duero, general en jefe de este ejército y principado, sea juzgada por el país, sin distincion de matices políticos, la inicua conducta de unos hombres que, empeñando religiosamente su palabra de honor como caballeros, cometieron uno de los crímenes mas repugnantes á la sociedad: La alevosía.

Como ardid de guerra pueden admitirse todos aquellos medios que den por resultado una ventaja sobre el enemigo, medios mas ó menos nobles, segun nos presentan todas las historias militares del mundo. Pero el elegido por los Tristanys ¿puede de tal calificarse? Emplear la perfidia y la traicion mas horrenda para sacrificar inocentes á su insaciable sed de sangre ¿puede llamarse ardid?

Cuando median compromisos de la naturaleza de los que tenian los Tristanys contraidos, cuando figuraban en documentos oficiales sus firmas, cuando su palabra de caballeros estaba empeñada al cumplimiento de una sagrada promesa, bajeza y villanía arguye en sus detestables pechos conducta tan torcida, tan inicuo comportamiento ¡execracion y vilipendio á tan degradados seres!

Los hombres que pertenecen al partido de D. Cárlos, los que noblemente pelearon durante la pasada guerra, los mismos que, aunque sin bandera, sostienen hoy en el Principado con las armas en la mano una causa que por inanicion va pereciendo, rechazarán con indignacion y recordarán horrorizados la trama infernal que traidoramente urdieran gentes que á su lado pelearon para sostenerla y desertarán de sus filas, ya que no por conviccion, siquiera por no verse salpicados de la sangre tan bárbaramente vertida, sangre que regando los campos de Ardevol y San Lorenzo clama satisfaccion y venganza!

Al admitir la comision de llevar á cabo la pretendida sumision de los Tristanys, no se me ocultaban los disgustos que de malograrse podrian originárseme, y sin embargo la acepté con entusiasmo sin que el sacrificio que de mi existencia y de mi reputacion hacia, bastasen á contenerme. He tratado durante las negociaciones con todo aquel calor y buena fé que mi corazon ha sabido inspirarme, y si bien deploro que el resultado no haya correspondido á mis esperanzas y á las de mi patria, creo sè me hará la justicia de no atribuirme sobrada ligereza, ni culpable credulidad.

No me arrojé á esta empresa en busca de nombre; delante de ella veia la muerte y salí á su encuentro con el corazon tranquilo, porque trás de la muerte vislumbraba la felicidad de mi patria, único galardón á que aspiraba. Mi vida de soldado le pertenece y solo cumplia con mi deber al consagrársela. Esta Memoria redactada con sobrada precipitacion, adolecerá sin duda de defectos que no me es dable evitar. Suplico pues al público no juzgue con sobrada severidad su estilo, pues dedicado á la carrera militar desde la infancia, carezco de aquellas dotes que distinguen al publicista.

Ahora yaces en polvo, herido por la mano homicida de vuestro hermano, ¡ay del asesino! La sangre corre, y penetra en la tierra.—Pero abajo, en sus tenebrosos abismos, están las mudas hijas de Temis, que en medio de la noche y del silencio, nada olvidan, y todo lo pesan en su infalible justicia; recojen esa sangre en su lúgubre urna, y componen y preparan la terrible venganza.

(Schiller.)

Comisionado por el Excmo. Sr. general en jefe de este ejército y capitania general de este Principado D. Manuel de la Concha, para el establecimiento de una línea militar telegráfica, emprendí el dia 6 de diciembre de 1848 mi marcha en direccion de la plaza de Lérida, para reconocer, emplazar y construir las obras que fuesen necesarias á fin de poner en el menor tiempo posible en estado de funcionar, la que desde esta á aquella plaza me estaba particularmente encomendada.

Durante los trabajos se me presentó D. Pedro Casals, arquitecto, encargado de su direccion, participándome, que un sugeto amigo suyo, de cuyos antecedentes y honradez me respondia, le acababa de manifestar que D. Francisco Tristany, coronel carlista, se le habia presentado rogándole pusiese en noticia de un jefe de las tropas de la reina, que gozase de alguna influencia, que tanto él como sus tres hermanos, estaban decididos á abandonar la senda criminal que seguian, y á prestar sincero homenaje á S. M. la reina doña Isabel II.

Hice comparecer á D. Roque Ferrés, propietario y vecino de Cops, hombre de recomendables circunstancias y acreditados servicios á favor de la causa de la reina, y este sugeto me explicó el objeto de su mensaje, en los mismos términos que lo habia hecho á

Casals, encareciéndome la importancia del servicio que prestaría á la patria si lograba llevar á cabo, con la autorizacion debida, negociacion tan inesperada como ventajosa. Siéndome conocido don Roque Ferrés, y no pudiendo dudar de la buena fé que le guiaba en el paso que acababa de dar, no ocultándoseme por otra parte las ventajas que reportaria el país con la sumision de los Tristany, cuya influencia es de todos conocida y augurando con ella un pronto y feliz término á la guerra civil de que son el alma, ofrecí dar de todo conocimiento al Excmo. Sr. general segundo cabo á mi regreso á Barcelona, por si se dignaba admitir y autorizarme debidamente para llevar adelante la negociacion hasta su desenlace.

A mi llegada á esta capital hice de todo fiel relato á S. E. poniendo en su noticia la proposicion que á nombre de los Tristany D. Roque Ferrés me hiciera, suplicándole se dignase darme sus instrucciones y trazarme la pauta, á la cual, en el caso de llevarse adelante aquel compromiso, debía arreglar mi conducta; S. E. pesó en su acreditado talento la importancia del asunto, y haciéndome todas aquellas advertencias que su ilustracion y buen criterio le sugirieron, y que siempre he tenido presente, me facultó ampliamente para tratar con los enemigos y puso á mi disposicion todos los medios que juzgó podria necesitar para salir airoso de una empresa que, debida á la casualidad, iba á proporcionarme la gloria de haber hecho algo en favor de mi patria, única recompensa que anhelaba.

Emprendí de nuevo mi marcha para examinar el estado de las obras en construccion, y llegado que hube á Igualada, se me presentó segunda vez D. Roque Ferrés, acompañado de Vicente Gibergas, cuyo sugeto, por las circunstancias que en él concurrían, merece un lugar especial en este escrito, poniendo á mis lectores en el caso de apreciar debidamente los servicios que posteriormente contrajo, y todo el horror que debe sentir el que de honrado y español se precie hácia esos tigres que aun no ahitos de sangre española, han derramado aquella del que los acarició en la infancia. D. Vicente Gibergas, natural de Calaf, habia servido en las filas carlistas durante la guerra de los siete años en clase de teniente, y reconocido su valor y honradez, (respetando siempre la opinion) fué

colocado por mosen Benet en la compañía de Francisco Tristany, sobrino suyo, que jóven aun, habia alcanzado el empleo de capitán, merced al apoyo del célebre canónigo que mandaba en aquella época, con el título de general, algunas facciones en Cataluña. Terminada felizmente aquella lucha, Gibergas acompañó en su larga emigración á los hermanos Tristany, y si bien el deseo de volver á los brazos de su anciano padre le inclinaba á solicitar de S. M. el indulto, bien fuese que roto el velo que le cegaba, reconociese el fatal error de que habia sido víctima, y tratase de volver á la senda de los hombres de bien, renunció con sobrada generosidad á aquel porvenir que tantos goces le prometia, para dedicarse exclusivamente al cuidado de aquellos huérfanos que en tierra extraña reclamaban su desinteresado y eficaz apoyo. Con un cariño que solo puede compararse al que siente un padre por un hijo, colocó á los hermanos mas jóvenes en un colegio, á fin de que allí recibiesen una esmerada educación que morigerando sus costumbres, y abriendo á la luz de la razon sus cegados ojos, se volvieran hombres de salvajes fieras; hombres que algun dia, cuando calmadas las borrascas que agitaran nuestro pobre suelo; cuando apagada ya la hoguera de las pasiones, y rota para siempre la bandera de mil colores que ondeara con brazo fuerte el maquiavélico espíritu de partido, fueran útiles al país que les vió nacer y lavasen con noble y generoso comportamiento el anatema escrito con la sangre de millares de inocentes suspendido sobre el dintel del hogar paterno. ¡Vana tarea! La hiena no se domestica.

Hemos creído de todo punto necesario hacer el relato que antecede, para que España y la Europa entera conozcan á fondo el instinto feroz de esa raza execrable; de esos hombres que llevan un nombre que pasará á la posteridad abrumado por las maldiciones de toda una generacion, de esos hombres, en fin, que es preciso exterminar para que de ellos no quede, si fuere posible, ni recuerdo de que hayan existido, borrando sus nombres del libro de los nacidos, como ominosa memoria de un ensueño poblado de ensangrentadas visiones. D. Vicente Gibergas, unido con lazos tan estrechos á los hermanos Tristany, y animado de los mayores deseos á favor de la pronta terminacion de la guerra, fué el portador de las

condiciones bajo las cuales se obligaban los Tristany á someterse, y con ellas regresé á Barcelona para presentarlas á la consideracion del Excmo. Sr. general segundo cabo.

En este estado las cosas, y hallándome de órden de S. E. estableciendo la línea telegráfica que partiendo de Manresa debia terminar en Vich, D. Roque Ferrés, deseoso de contribuir por su parte al feliz desenlace del acontecimiento que se preparaba, se dirigió á la Guardiola, donde tuvo con Francisco Tristany una entrevista á la cual asistió este, acompañado de un sordo-mudo que, durante aquella le sirvió de criado, teniendo su caballo de las riendas, habiendo, segun dijo, elegido á aquel hombre para que le siguiese á la conferencia, á fin de que no pudiese oír nada de lo que en ella se tratase. Terminada esta, partió Ferrés en mi busca siguiendo la direccion que yo llevaba, pero á su llegada á Vich habia yo salido ya para Barcelona por haber concluido los trabajos telegráficos de aquella línea, y no queriendo incurrir en la nota de moroso, me escribió la carta que va copiada con el núm. 1.º

Cumpliendo fielmente con mis deberes de soldado, di cuenta al Excmo. Sr. general segundo cabo del estado de mi cometido, y autorizado completamente para conferenciar con Francisco Tristany, y dar cima á la empresa que me estaba confiada, dispuse que don Vicente Gibergas marchase en busca de aquel y le entregase una carta mia, en la que le exageraba el servicio que prestaria al país con su sumision, y le encarecia no faltase á la entrevista que me habia ofrecido para ponernos de acuerdo sobre las bases del convenio y arreglar amistosamente las diferencias que pudieran originarse.

Emprendí mi marcha para el Bruch el día 27 acompañado del segundo comandante de infanteria D. Máximo Comes y escoltado por dos compañías del regimiento de Ingenieros, y como tuviese facultades para disponer de las fuerzas que necesitase, dispuse que la brigada al mando del coronel D. Ignacio Planas se situase en Esparraguera, y la mandada por el de igual clase D. Manuel Cathalan en Piera, puntos que creí deber elegir tanto por lo estratégico de su posicion, como por la proximidad del que yo ocupaba, pues distando tan solo dos horas del Bruch; me era muy fácil encontrarlas en el momento que de ellas hubiera menester.

El día tres de abril, ocho días después de mi llegada al Bruch, regresó D. Vicente Gibergas con proposiciones de los Tristany para efectuar su presentación aquel mismo día á las tres de su tarde. Con la ansiedad natural del que aguarda la realización de un grande acontecimiento, que iba á llenarme de noble orgullo, porque añadía una hermosa página á la humilde historia de mi vida militar, esperé llegase la hora prefijada para una entrevista que mi ardiente imaginación me representaba como precursora de la felicidad de mi querida patria. Ni el recuerdo del reciente asesinato del malogrado barón de Abella, ni el peligro á que me exponía, ni el riesgo á que libraba mi reputación, nublaron por un solo instante el placer que mi corazón sentía. Yo no veía más que el bien que resultar podría, y el sacrificio de mi existencia enteramente consagrada á mi país y á mi reina, me parecía una nimiedad comparado con el inmenso beneficio que el término feliz de aquella negociación reportaría. ¡Yo daba mi vida por una bendición de mis conciudadanos!

Llegó por fin aquel momento tan vivamente deseado y al que no hubiera renunciado por todo un mundo. Me dirigí pues con las dos compañías del regimiento de ingenieros á las inmediaciones del horno del vidrio, distante una hora escasa del Bruch de arriba, y situada esta fuerza de modo que sin ser vista del enemigo pudiese en todo evento, ya que no protegerme, escarmentar á los rebeldes, me adelanté á unos trescientos pasos de ella, acompañado del segundo comandante D. Máximo Comes, que con una abnegación que le honra insistió en seguirme, de D. Pedro Casals, arquitecto, que nunca me abandonó, de mi escribiente D. Joaquín Valcárcel y de mi asistente, disfrazados todos y desarmados, pues así lo habíamos estipulado. Si bien la hora de las tres era la prefijada para la entrevista, circunstancias imprevistas hicieron se retardase y cuando ya cansado de esperar resolvía retirarme, recibí aviso de que una fuerza que ascendía á unos seiscientos hombres se dirigía al punto de la conferencia. Léjos de arredrarme su crecido número, considerable comparado con la de ciento cincuenta hombres de que yo por el momento disponía, aguardé tranquilo su llegada, resuelto á llevar á cabo una empresa que formara época en mi vida. El sol ra-

yaba en su ocaso y los sombríos tintes de la noche daban á los objetos que nos rodeaban ese color indefinible, al través del cual confusamente se distinguen, cuando reconocimos á unos cien pasos del sitio que ocupábamos la fuerza enemiga que por compañías cerraba á nuestro frente una imponente masa. D. Roque Ferrés, que con D. Vicente Gibergas se habian adelantado para recibir y acompañar á Francisco Tristany, salió á mi encuentro para advertirme la llegada de este. Pocos instantes despues, estaba Tristany en mis brazos, y el comandante Comes rodeado de unos diez y seis foragidos á quienes procuró distraer mientras duró la entrevista.

Francisco Tristany, con un lenguaje que revelaba la mas íntima conviccion, en el que por mas que quise no pude entrever falsía, me espresó la resolucion que tanto él como sus tres hermanos habian formado de someterse á S. M. la Reina, abandonando la senda extraviada á que desde su juventud, por sugeriones de su tio, se lanzaron, y que pesando sobre ellos la imputacion del crimen que llevó al suplicio al infortunado Abella, por sincerarse de ella, harian caer en manos de nuestras tropas á su general Cabrera, único responsable ante Dios y los hombres de aquel inaudito asesinato. Yo le insté para que en el acto efectuase su sumision con las fuerzas que á la vista teníamos, pero objetó que de verificarlo aisladamente comprometia á sus tres hermanos á quienes en su despecho sacrificaría Cabrera, y no insistí mas. Hízome las proposiciones que verán mis lectores en el documento número 2, para que las presentase á la consideracion del Excmo. señor General en jefe, y antes de despedirnos, queriendo poner el sello de la buena fé á aquel acto, le propuse resucitásenos la costumbre de los antiguos caballeros, que en parecidos casos se entregaban mutuamente una prenda, monumento vivo que les recordaba su palabra empeñada, y sobre la cual juraban antes morir que claudicar. Tristany acogió con entusiasmo mi proposicion, y despues de cambiados nuestros relojes, y de haberme puesto en la cabeza su boina, regalo que dijo ser de su rey, llevándose la mia, nos abrazamos con la [efusion de dos hermanos, y nos separamos, de mí puedo decir, lleno de emocion y con lágrimas en los ojos. Eran las ocho; á las nueve me hallaba ya de regreso en el Brnch; á las diez emprendia mi marcha

para Barcelona, á donde llegué el cuatro por la mañana para dar cuenta de lo ocurrido y recibir instrucciones á las cuales debia arreglar mi ulterior comportamiento.

El Excmo. Sr. General segundo cabo á quien sometí las condiciones bajo las cuales acordaban los Tristany su presentacion, se dignó admitirlas y poniendo á mi disposicion los caudales necesarios, sali el 6 para Igualada, haciendo que desde Molins de Rey se adelantase D. Vicente Gibergas con el convenio aprobado por dicho Excmo. señor, al pié del cual debian los tres hermanos firmar, no pudiendo verificarlo el cuarto por hallarse á las inmediatas órdenes y en el cuartel general de Cabrera.

Llegué el 7 á Igualada y el 8 recibí de D. Vicente Gibergas aviso para trasladarme á Calaf, pues ya todo estaba dispuesto y el acto de la sumision preparado, segun en lenguaje simulado espresa el documento número 3.

Con la brigada al mando del señor Cathalan me dirigí á Calaf el 9, á cuyo punto llegó el mismo dia Gibergas, portador del convenio firmado ya en la forma que dejo dicho, y de una carta que por primera vez me dirigia Francisco Tristany cuyo contenido se halla en el documento numero 4. Para el mejor acierto de la espinosa comision que me estaba confiada y renunciando á la gloria que de llevarla á cabo por mi mismo, no podia menos de caberme si tenia un feliz desenlace, oficié á los señores brigadier Pons y coronel La-Rocha, de mayor graduacion el primero, y mas antiguo que yo el segundo, indicándoles el objeto de aquella é invitándoles á que se me incorporasen con sus brigadas, envolviendo esta determinación el doble objeto de aglomerar fuerzas al rededor del enemigo, oir sus consejos y adoptar las medidas que aquellos experimentados jefes tuviesen por conveniente proponerme.

No podia conformarme con el plan que Francisco Tristany me habia trazado, para que quedase en poder nuestro el cabecilla Cabrera, pues sobre lo dudoso del éxito, no queria exponer á un conflicto las tropas y el vecindario de Manresa, en el simulado ataque que contra aquella ciudad me proponia al efecto, y en su consecuencia le escribí desaprobándolo y rogándole accediese á una segunda entrevista, para combinar otro que satisfaciendo á ambos, no

ofreciese los inconvenientes ni peligros que el primero.

Serian como las diez de la noche del 11 de abril, cuando me avisó Gibergas podia ir á conferenciar con Tristany que con él se hallaba inmediato á la puerta que da salida al camino de Pinós, y seguido de los mismos que me acompañaron en mi primera entrevista, me dirigí al lugar designado, donde se me presentó este, escoltado de solos dos hombres armados de trabucos, llevando él una arma igual debajo de la manta. Como en aquella, el comandante Comes se abocó á los dos hombres, con quienes permaneció durante la hora que duró esta y en este tiempo convenimos, para apoderarnos de la persona de Cabrera, y efectuar la sumision, en la combinacion siguiente. Cabrera se encontraba en la casa Den Cos, término de Ardevol, escoltado tan solo por la compañía de cazadores del batallon de Tristany, á cuyo capitan se habian entregado, segun éste dijo, 4000 duros y un pasaporte para trasladarse á Francia, con cuya medida se podia contar que la espresada fuerza no opondria resistencia alguna al cercar nuestras tropas la casa. Una vez asegurada la persona de Cabrera, tendria lugar el convenio pactado, sometándose los cuatro hermanos con los seis batallones que tenian á sus órdenes. Á todo accedí, pero debiendo practicarse esta operacion de noche, y desconfiando siempre del éxito, exijí de Tristany una garantía, sin la cual ni debia ni podia acometer durante la oscuridad tan arriesgada empresa. El mismo se ofreció á acompañarme mientras aquella tendria lugar, para lo cual me indicó el punto donde me aguardaria, y á una señal convenida, bajaria á incorporármeme. Antes de despedirnos me rogó les tuviese preparados en Igualada sombreros y galones, pues carecian de estos distintivos, y no siendo sus trajes muy decentes, querian vestir de uniforme á su entrada en aquella villa. Nos despedimos como la primera vez, con marcadas muestras de interés por su parte, abrazándonos y estrechando fuertemente nuestras manos de amigos, porque tales debíamos creernos, cuando por tales pruebas habíamos pasado. Al dia siguiente regresé á Igualada en donde se me reunió el coronel D. Francisco La-Rocha con su brigada, y ambos nos pusimos de acuerdo sobre las medidas que se debian adoptar para eludir todo compromiso y evitar un descalabro atendida la poca confianza que debian los Tristany

inspirarme. Me proporcioné 100,000 rs. que necesitaba para el completo de los 300,000 que Tristany me pedia, y al siguiente dia, con esta brigada y la del coronel Cathalan, emprendí de nuevo la marcha para Calaf, á donde llegué á las doce de la mañana. Una hora antes de llegar á esta villa, me fué entregada la carta de Tristany, cuya copia se marca con el número 5, y en vista de su contenido le contesté sobre el campo mismo daba orden á Solano para que se retirase. A este jefe le prevení, de oficio, marchase sin demora alguna á Calaf, en cuyo punto encontraria mis instrucciones. En ellas le decia que una vez llegado allí esperase mis órdenes, pero que si durante la noche del 13 al 14 oía fuego por la parte de Pinós, emprendiese su marcha en aquella direccion con todas las precauciones para evitar un conflicto entre las tropas.

Además autorizado competentemente por el coronel D. Francisco La-Rocha mandé tocar orden general, y reunidos los señores jefes en mi casa alojamiento y en presencia del antedicho coronel y de D. Manuel Cathalan, espuse sucintamente á los comandantes el motivo de mi comision, advirtiéndoles del peligro que podria haber en caso de una traicion; además de las prevenciones generales para una marcha que emprendida á las cuatro de la tarde podria prolongarse durante la noche, dispuse con acuerdo del coronel La-Rocha se quedasen los tercios catalanes, anexos á las dos brigadas citadas anteriormente, como igualmente los caballos de los señores oficiales que no fuesen plazas montadas, todos sus equipajes, encargando al comandante de la caballería dejase igualmente en Calaf los caballos que tuviesen el vicio de relinchar. Que en el caso de romperse el fuego cada jefe formase en masa las tropas de su mando sin contestar al del enemigo sin expresa orden. Se prohibió bajo pena de la vida el fumar durante la noche, y puedo asegurar que nada dejé que advertir á tan bizarros jefes.

A las dos salió de Calaf D. Vicente Gibergas llevándose los 100,000 rs., además de los 200,000 que me habia Tristany suplicado le remitiese, y á las cuatro, á pesar del recio temporal de viento y agua, continuamos la marcha hácia el santuario de Pinós, en cuyas inmediaciones debia Tristany aguardarme. La marcha se hizo con aquel orden que acostumbran tropas bien disciplinadas,

sin que la oscuridad de la noche ni el fuerte aguacero que ni por un instante cesó de caer, causasen en ella la menor interrupcion. En esta disposicion llegamos al Hostal de Gromau, situado á media hora escasa del santuario y allí, segun Gibergas me habia indicado, hicimos alto, tanto para concentrar las fuerzas como para aguardar á qué se me incorporase Tristany para acompañarme segun lo convenido.

Serian las diez cuando se presentó en el referido hostal D. Vicente Gibergas, manifestándome podia emprender desde luego el movimiento, pues Tristany quedaba al pié del Santuario esperando y que á un silbido suyo vendria á unírseme. Dobladas las prevenciones, y reforzada la vanguardia con todo el batallon de cazadores de Vergara, mandé se pusiese á su cabeza el segundo comandante D. Máximo Comes, tanto para dirigirla como para recibir á Tristany, pues conociéndose ambos, se evitaban ciertas formalidades que necesariamente hubieran debido practicarse entre personas que nunca se hubiesen visto, y en esta disposicion continuamos al Santuario de Pinós.

Desde este momento los partes dados al Excmo Sr. general don Ramon de La-Rocha, que se marcan con los números 6 y 7, harán ver el desenlace de esta arriesgada comision.

La Providencia conmovida á la vista de tamaña iniquidad no permitió que el genio del mal gozara en su triunfo.

La indignacion enardece á nuestros valientes, y trepando con denuevo las escabrosas cuestas, desalojan al enemigo de sus posiciones.

Hallaron la victoria donde el crimen les preparaba una tumba:— un lauro inmarcesible donde un cadalso.

Instrumento de tan fatal negociacion, cabráme siempre el consuelo de haber obedecido la voz del deber y de la hidalguia: el recuerdo de las víctimas que sucumbieron llenan de pesar mi alma, y todo corazon sensible comprenderá, concluido este doloroso relato, que hay desgracias inevitables y presunciones inverosímiles.

Éramos todos españoles.—¿Cómo soñar en la alevosía?

Documentos que se citan.

Número 1.º

Vieh 18 de marzo de mil ochocientos cuarenta y nueve.—Mi venerado coronel: hace dias que voy en busca de V. S. para el asunto que V. S. sabe que ya está concluido como V. S. deseaba, y yo me voy á mi casa y conviene en gran manera que V. S. venga á Igualada.—Soy de V. S.—Roque Ferrés. Sobre todo escribir.

Número 2.

El coronel D. Leonardo de Santiago, con prévia autorizacion del Exmo. Sr. General 2.º Cabo D. Ramon de la Rocha tuvo en el dia de ayer tres de abril de mil ochocientos cuarenta y nueve una entrevista con el coronel carlista D. Francisco Tristany, en el punto llamado el Turó Roig; inmediato á las alturas de Casamasana.—El objeto de la entrevista fué la proposicion por parte del coronel Tristany, para prestar juramento de fidelidad á la Reina N. S. Doña Isabel II en union de sus tres hermanos y de los seis batallones que están á sus órdenes. Las condiciones propuestas por el citado coronel son las siguientes:—Primera. Reconocimiento de grados y honores de jefes y oficiales.—Segunda. Una suma de doscientos mil reales vn. para distribuir el dia antes del convenio á los referidos batallones.—Por su parte como por la de su hermano se comprometen á entregar al general Cabrera prisionero.—Ponen por condicion la de que el coronel Santiago, autorizado competentemente por el gobierno ó por el Exmo. Sr. Capitan General de este Ejército y Principado, sea el jefe comisionado para llevar á cabo esta negociacion, siendo esta circunstancia precisa.—Exmo. Sr.—Escusando molestar la alta atencion de V. E. con los pormenores de todo lo ocurrido hasta el momento de la entrevista, solo me queda que suplicar á V. E. se sirva concederme las tres peticiones que tengo el honor de consignar á V. E. á continuacion, en favor de las tres personas que á su debido tiempo se presentarán á V. E. como encargados que han sido conmigo de llevar á cabo una cuestion de la que depende la paz de este Principado.—Primera—La cantidad de cuarenta mil reales—Segunda—La cantidad de sesenta mil reales—Tercera—La

cantidad de cuarenta mil reales.—Si V. E. lo cree oportuno y adopta esta proposicion, aseguro á V. E. que tendrá el mas puntual cumplimiento por parte de los Tristany, de lo que respondo á V. E. con mi empleo, habiéndolo ya hecho con mi vida en la tarde de ayer, pues que tan solo acompañado del 2º comandante de infanteria D. Máximo Comes, de mi escribiente el subteniente sargento primero licenciado del ejército D. Joaquin Valcárcel, un asistente y mis tres confidentes, todos desarmados y disfrazados permanecimos entre los enemigos por espacio de hora y media, sin tener en cuenta el reciente y desgraciado suceso del baron de Abella, y animados tan solo del cumplimiento de nuestro deber.—Barcelona cuatro de abril de mil ochocientos cuarenta y nueve.—Exmo. Sr. Leonardo de Santiago.—Barcelona cuatro de abril de mil ochocientos cuarenta y nueve.—Estoy conforme con estas condiciones y las apruebo en uso de la autorizacion que me ha dispensado el Exmo. Sr. general en jefe y capitan general de este ejército y Principado Marques del Duero; y garantizo su cumplimiento.—El General 2º Cabo.—Ramon de la Rocha.—Hay un sello.—Conformes en un todo con las condiciones presentadas por el Sr. coronel D. Leonardo de Santiago al Exmo. Sr. capitan general de Cataluña á nombre nuestro, aceptamos en un todo las proposiciones y aseguramos cumplirlas religiosamente como caballeros, habiendo recibido al mismo tiempo la cantidad de doscientos mil reales vellon en oro para distribuirlos en los seis batallones de nuestro mando el dia antes del convenio que tendrá lugar antes del dia catorce de abril con acuerdo del espresado coronel Santiago.—El brigadier, Rafael Tristany.—El coronel, Francisco Tristany.—El teniente coronel, Ramon Tristany.

Número 3.

Fonollosa ocho de abril de mil ochocientos cuarenta y nueve.—Sr. D. Roque Ferrés.—Sr. D. Roque.—Muy señor mio y de todo mi mayor respeto.—En este mismo instante acabo de saber que se va á dar la empresa de los telégrafos, pues yo le digo desde este momento que no he visto mas que los dos y que me falta ver los otros dos, pero yo me marcho ahora mismo á Calaf y allá será donde me enviarán la resolucion de los otros dos, así yo creó que seria muy

bueno que viniese. D. Pedro, que miraríamos las maderas y demas materiales, porque de todo lo demás está en muy buen sentido, tanto por los empresarios como por parte de los trabajadores.—Todo suyo dando un abrazo á los dos tios, su S. S. Q. S. M. B.—Vicente Ferrés.

Número 4.

Pradas nueve de abril de mil ochocientos cuarenta y nueve.—Sr. D. Leonardo Santiago.—Muy Sr. mio: como insinué á usted en mi entrevista, ya hemos podido hacer venir al general Cabrera, ya está con nosotros; pero teniendo con él una fuerza de caballería, y algunos infantes en quienes nosotros no tenemos confianza, le hemos aconsejado el hacerlos marchar mañana de aquí, así espero que ustedes no incomodarán esta fuerza, pues podría retroceder y embazarnos, por lo demás todo está arreglado y estamos seguros que no se nos escapará y vendrá con nosotros el catorce por la noche á la ciudad de Manresa, él está engreido que vá á conseguir un triunfo; el resultado primero lo obtendrá recomendándole de tomar bien todas las disposiciones de que hablamos en nuestra entrevista, como el general Cabrera es una persona bastante temible aun que nosotros tenemos confianza con los nuestros, sería muy útil ó por mejor decir, indispensable el que usted nos mande el dinero, pues para una cosa decisiva tendríamos alucinados los principales oficiales y la tropa, por último, el dador le dirá los demás pormenores y que habiendo hecho muchos gastos convendría me enviase hasta quince mil duros si le es posible.—Le remito el convenio firmado de mi hermano Rafael y por mi estando dueños que por mi parte cumpliré tan religiosamente como nosotros lo haremos. De usted atento y S. S. Q. B. S. M.—Francisco.

Número 5.

Doce de abril de mil ochocientos cuarenta y nueve.—Sr. D. Leonardo de Santiago.—Muy Sr. mio y amigo: esta tarde hemos estado al punto de desgraciar nuestro plan, una columna que creo mandaba el Sr. Solano, ha venido de Cardona en direccion nuestra, á su llegada á Sú nos mandó un paisano diciéndonos habia llegado á su noticia debíamos presentarnos, que en este caso fuésemos al santuario de Pinós donde él se dirigia, que de lo contrario nos atacaria.

Poco ha faltado que los tres hermanos no hayamos perecido, pues el confidente nos dió este recado en casa del general en donde nos encontrábamos, y al que no queremos perder de vista, afortunadamente que mi hermano Rafael le habló á parte y el general Cabrera no supo mas que la columna estaba en Sú y se dirigia al Santuario de Pinós, al momento quiso dar disposiciones para atacarlo, lo que no ha tenido lugar por nuestras observaciones, sin pérdida de tiempo mandamos á escondidas el confidente de usted con cuatro líneas y una de sus cartas para ser creidos, la columna volvió á Sú, pero si no se aleja ó el general la ataca ó marcha de aquí temiendo una combinacion de ustedes, así esperamos que usted escriba al jefe de la columna para que tome otra direccion, y si no lo hace, la prision del general Cabrera principal objeto, no se verificará si no desaparece la mencionada columna. Reitero á usted que cuento con la palabra que usted me ha dado de respetar la vida del general Cabrera y además de los pasados que sirven con nosotros pudiendo usted contar siempre con mi verdadera amistad.—A mañana por la noche.—De usted atento y S. S. Q. B. S. M.—Francisco.—P. D. Se han reunido unos cien hombres mas, que mi hermano ha hecho venir de Lérida que no figurarán en nada mas que presentarse al dia siguiente con órden suya, pues los dispersaremos mañana.

Número 6.

Excmo. Sr.—Como tenia anunciado á V. E. desde Igualada, emprendí la marcha para este punto con las columnas de Igualada, la que manda el coronel D. Francisco La-Rocha, las compañías de zapadores y la caballería de España puestas á mis órdenes. Como coronel mas antiguo tomó el mando de la fuerza total el coronel La-Rocha, cuyo jefe con la finura y atencion que le distingue me dijo combinaria y obraria segun las instrucciones que yo le diese para mejor acierto de la comision á mí confiada por V. E.—Escuso dar á V. E. los detalles de las prevenciones tomadas para evitar una sorpresa, que no debia suponerse, pero que teniendo muy presentes las reiteradas prevenciones de V. E. para obrar con la mayor cordura, vigilancia y demás detalles de un hecho de armas que honrará siempre á las de S. M., paso solamente á poner en el superior conocimiento de V. E. los últimos pasos dados en la comision que V. E.

tuvo á bien confiarme.—Durante la marcha de Copons á Calaf en el día de ayer recibí la carta cuya cópia legalizada incluyo adjunta á V. E. Por su contenido se enterará V. E. de cuál seria mi sorpresa al figurarme tendria mal éxito por la indicacion hecha por el coronel Solano. Acto continuo contesté á don Francisco Tristany, que con aquella misma fecha oficiaba al referido coronel y le daba órden de separarse de Pinós á la distancia de cuatro horas, pero que llevaba en mi compañía dos brigadas y obraba en combinacion con la del señor brigadier Pons.—La noche anterior tuve una entrevista con el citado Tristany en la que me dijo el modo de efectuar la operacion, y habiéndole yo pedido una garantía, pues debia efectuarse aquella durante la noche, me dijo vendria á mi lado en rehenes de lo que pudiera suceder, todo lo que dije á V. E. oportunamente.—Segun lo acordado con Tristany en la noche de ayer trece, media hora antes de llegar al pueblo de Pinós, y despues de haber aguardado hora y media se presentó mi confidente diciéndome de parte de Tristany que todo estaba arreglado y que podia emprenderse la marcha: que aquel me esperaba á medio camino del Santuario para unírseme conforme me habia prometido. Con todas estas garantías, y las muy acertadas providencias tomadas por el coronel D. Francisco La-Rocha, emprendimos la marcha para el Santuario de Pinós, en cuyo punto debíamos encontrar todas las fuerzas, sirviéndonos este punto de base de operaciones. La vanguardia al mando del 2.º comandante de infantería D. Máximo Comes en union de mi confidente marchó para recibir el coronel carlista D. Francisco Tristany, pero llegado que fué á las inmediaciones del Santuario, fué detenido por el «quien vive» de uno al parecer jefe ú oficial, y al responder «Isabel segunda» dijo la misma voz, pues «fuego.»—Esto es, Excmo. Sr., cuanto ha pasado con respecto al inaudito é inicuo proceder de los hermanos Tristany, proceder en que resalta mas su iniquidad, contrastando la generosidad, caballerosidad y buena fé de V. E. Esta conducta observada por los espresados cabecillas en que vendiendo su fé de caballeros y palabra de honor, quisieron conducirme por los mismos pasos al desgraciado fin del distinguido é infortunado Baron de Abella, deben servir á mi modo de entender para que recaiga sobre ellos la execra-

cion pública. Entre los hombres de bien caben todos los matices políticos, todas las opiniones, todos los hombres menos los Tristany. —El sacrificio de mi existencia, espuesta dos veces á la voluntad de los espresados asesinos, no equivale nada á la sangre derramada anoche en las alturas de Pinós por los soldados poseidos de una subordinacion y disciplina sin ejemplo, y mandados por jefes y oficiales llenos de bizzarria y que con su heróico comportamiento hicieron ver al enemigo que ni las posiciones escarpadas que poseian, ni el récio temporal de agua, granizo y viento que toda la noche experimentamos, ni los infames ardidés de que se valieron para que fuéramos víctimas de nuestra buena fé, fueron suficientes para hacer dudosa ni por un momento la victoria de las armas de la Reina. — Los detalles que el bizarro coronel don Francisco La-Rocha pone en conocimiento de V. E. me escusa el hacerlo por mi parte, pudiendo solo decir á V. E. que se hallaban en las alturas é inmediaciones de Pinós, las facciones Tristany, Bórges, Coscó, y Cabrera, aunque este último creo no llegó á ponerse al frente de las tropas. — Todo lo que tengo el honor de decir á V. E. en cumplimiento de mi deber, quedándome la satisfaccion de no haber faltado, á mi parecer, á nada de cuanto V. E. tuvo á bien ordenarme. — Dios guarde á V. E. Muchos años. Calaf 14 de abril de 1849. — Excmo. Sr. — Leonardo de Santiago. — Excmo. Sr. General 2.º cabo de este ejército y Principado.

Número 7.

Primera brigada de la 6.º division del ejército de Cataluña. — Segunda columna. Excmo Sr. — Enterado ya V. E. por el coronel D. Leonardo Santiago, de la accion que tuvo lugar en la noche anterior, solo me resta decir algo á V. E. como jefe mas antiguo que mandaba todas las fuerzas que concurrieron á ella, de los hechos que tuvieron lugar. Puesto al corriente por dicho coronel de cuanto pasaba encargado de llevar á efecto, para lo cual debian escoltarle las columnas de Igualada y la de mi mando, salí en el dia de ayer á las siete de la mañana para el indicado punto de Igualada y para esta poblacion; y habiendo dado un descanso de tres horas á la tropa, emprendimos de nuevo la marcha para el Santuario de Pinós, á las cuatro de la tarde, pero como era preciso marchar de noche por

terrenos sumamente escabrosos, traté de adoptar, con acuerdo de dicho jefe y del coronel Cathalan, las medidas que me parecieron oportunas, á cuyo fin dispuse que en este punto quedasen las rondas de ambas columnas con las acémilas y caballos de los señores oficiales y juntos marchasen en sus respectivos puestos, procurando ocupar el menor terreno posible, llevando doblado el fondo y tomando las demás precauciones debidas. En esta disposicion seguimos al Santuario de Pinós, pero haciendo un rodeo de media hora, por el camino que va por la casa hostel del Gromau, con el fin de evitar cualquiera emboscada que por el camino directo pudiera hacerme el enemigo, como efectivamente supe despues que me tenian preparadas cuatro.

Mas todas estas precauciones no pudieron evitar que el enemigo recibiese la vanguardia compuesta de cazadores de Vergara, y de las compañías del propio instituto de los batallones de la Princesa, Soria y Castilla, y cargándole con toda audacia y espantosa griteria por diferentes puntos; pero fué recibida por dichas fuerzas que tomaron inmediatamente posicion con el jefe que las mandaba, el segundo comandante de infantería D. Máximo Comes, al mismo tiempo que por parte de la izquierda se le hacia al resto de la columna un fuego horroroso. En su vista y mandando cerrar en masa las tres compañías de zapadores y batallones de Soria, poniéndome á la cabeza, subí á tomar la posicion que ellos ocupaban, con el bizarro jefe don Manuel Cathalan, el cual como siempre se distinguió con una decision sin igual. El enemigo fue lanzado de dicha posicion despues de una resistencia en que se cruzaron las bayonetas, batiéndose cuerpo á cuerpo hasta el punto de quedar mezclados los muertos y heridos de una y otra parte.

El coronel D. Santiago Rotalde, á quien habia prevenido se quedase atrás y dispusiera con la segunda columna tomar desde luego posicion, habiéndole esta verificado por órden de su jefe D. Luis Goron y deseoso de participar de los mayores riesgos subió inmediatamente á la misma posicion que yo ocupaba atravesando la línea enemiga, acompañado del comandante D. José Marquez y ambos jefes con la bizarría que acostumbran contribuyeron á la toma de dichas posiciones.

Dispuestas ya las fuerzas de este modo, el enemigo intentó atacarla segunda vez, é igualmente fué rechazado; todo esto en medio de un desecho temporal de agua, que duró toda la noche y continuó hasta las nueve de la mañana del día de hoy; que sabiendo que el enemigo se habia retirado á la parte de San Pedro de Padulles regresé á este punto; conduciendo los heridos. Excmo. Sr. no puedo menos de llamar la atencion de V. E. acerca de este hecho de armas, que sin duda ha sido uno de los mas gloriosos que han tenido lugar durante esta campaña, si se considera el terreno y la hora en que se emprendió que eran las once de la noche, habiendo salido escarmentado el enemigo, á pesar de su ventaja en las posiciones y de sus proyectos preparados con muchos dias de anticipacion; para lo cual se habian recogido las fuerzas de Cabrera, los Tristany, Coscó y Borges, en número de mil hombres, habiendo dejado en el campo catorce muertos vistos por mí, entre ellos el titulado comandante D. Vicente Astariaga, cuyos despachos obran en mi poder, y tres oficiales mas, y se me ha asegurado que en los barrancos habia otros varios muertos que suben al número de 22, contando además con los heridos que naturalmente han debido tener, de los cuales hallé uno en el pueblo de Pinós, que por su gravedad hube de dejarle, y en el campo de batalla se dejaron muchas armas, mantas, boinas y otros efectos. Esta victoria, sin embargo, no ha dejado tambien de costarnos por nuestra parte alguna pérdida que consiste en 6 muertos, 12 heridos y contuso el bizarrísimo coronel jefe de la columna de Igualada D. Manuel Cathalan y un soldado; además 23 estraviados, de los cuales se han presentado ya algunos, y tengo noticia de que otros se han dirigido hácia la parte de Manresa.

No puedo menos de recomendar á V. E. para que se sirva hacerlo al Excmo Sr Capitan General el brillante comportamiento del coronel jefe de la columna de Igualada, D. Manuel Cathalan, que con una intrepidez grande se arrojó con los comandantes D. Luis Giron, D. Ramon Taboada y D. Máximo Comes, y con los capitanes que mandaba de los batallones de Soria y Vergara, D. José Costa y D. Ignacio Bruno, cuyos jefes no me dejaron nada que desear, como asi mismo la oficialidad en general, escusando hacerlo

del mérito contraído por el coronel D. Leonardo Santiago, que además de los servicios prestados esta noche los adquirió superiores en la comision de que estaba encargado.

Las tres compañías de zapadores con su capitan comandante don Salvador Medina y demás oficiales, han dejado bien puesto el nombre del distinguido cuerpo á que pertenecen. La caballería de Lusitania y Montesa, como todas las fuerzas, conservaron el mayor órden.

Tambien debo hacer mencion á V. E. del intendente honorario comisario de guerra D. Vicente Rodriguez y el pagador D. Francisco Perez Garcia, que permaneció siempre en los puntos de mayor riesgo, y por último de mi ayudante D. Celestino de Castro, que desempeñó durante toda la noche comisiones de la mayor exposicion, atravesando varias veces la línea del enemigo y siendo de los primeros al tomar la posicion.

Dios guarde á V. E. muchos años. Calaf 14 de abril de 1849.
—El coronel, Francisco de La-Rocha.—Excmo. Sr. general segundo cabo de Cataluña.

Orden general del 15 de abril de 1849 en Calaf.

El distinguido comportamiento que las tropas de estas columnas tuvieron en la noche del 13 al 14 en las alturas del Santuario de Pinós, es el testimonio mas auténtico de su brillante disciplina y valor. Probaron bien á las hordas feroces de los sicarios del crimen, que todas sus esperanzas y traiciones se estrellarán siempre en las bayonetas de los leales soldados que con nobleza sostienen el trono de nuestra augusta Reina.

El hecho de armas á que aludo, es sin duda alguna el mas distinguido que ha tenido lugar en esta campaña y estoy firmemente persuadido que tanto el Excmo. Sr. general en jefe, como el gobierno de S. M. lo apreciarán debidamente y otorgarán premios al valor y disciplina que os distingue: interin cumple á mi deber dar las mas espresivas gracias á los dignos señores jefes y oficiales y soldados que me ha cabido la suerte de mandar en tan gloriosa jornada. Los Tristany's, que despues de su rebeldía aparentaban arrepentimiento, habian pactado bajo su firma y honor el reconocimiento á la Reina Nuestra Señora y su gobierno, la entrega

de su jefe Cabrera, y la presentación de sus hordas; pero agenos á todo sentimiento noble y generoso han querido sellar mas y mas la infamia y baldon faltando á los pactos convenidos, y en cambio aprovechándose como todo traidor del manto de la noche, de la lluvia y del viento, quisieron sorprender á las tropas teniendo establecidos sus puestos; pero las instrucciones previsoras del Excmo. señor general segundo cabo, y el espíritu que ha sabido crear en las tropas el Excmo. Sr. general en jefe con un constante ejemplo y fatiga, unido á las observaciones y prudencia de nuestros jefes, destruyó su maquiavélico plan, humillándose y dispersándose los rebeldes al empuje de nuestras aceradas bayonetas.—El coronel.—Rocha.

Completaremos las noticias contenidas en el interesante documento que antecede con la siguiente nota que nos ha pasado una persona muy caracterizada y que merece toda nuestra confianza.

«Cuando con la mayor reserva se llevaba esta negociacion, el intendente militar de Cataluña en aquel entonces escribió al intendente general del ejército en Madrid diciéndole que con motivo de haberse puesto á disposicion del coronel entonces D. Leonardo de Santiago trescientos mil reales entregados al comisario de guerra D. Vicente Rodriguez para llevar á cabo la prometida sumision de los cabecillas Tristansys, era necesario le cubriese dicha cantidad para que la consignacion no faltase en aquel mes á cubrir ningun servicio.

«Este aviso incalificable por todos conceptos y por la manera de revelarlo y decirlo cayó en manos de D. Gabriel Baldrich, jefe entonces de una partida republicana y hoy coronel de infantería. Este jefe interceptó el correo en que iba la comunicacion referida del intendente militar de Cataluña y se apresuró á comunicarla al general carlista Cabrera para que viviese apercebido y vigilase los Tristansys.

«De este incidente no tuvo conocimiento el capitán general de

Cataluña ni nadie pudo sospechar una indiscrecion tan marcada, por que entonces la correspondencia oficial se remitia por mar por estar así prevenido.

«Como es natural, el aviso de Baldrich lo recibió Cabrera y enterado de lo que se trataba pudo estar apercibido, tal vez el resultado que tuvo la cuestion en la noche de Pinós se debe á esta revelacion.

«Mucho tiempo despues y habiéndose hecho conocidos y aun amigos Baldrich y Santiago, le refirió aquel lo sucedido; y á petición de éste el Sr. capitan general de Castilla la Nueva mandó instruir el correspondiente sumario, en el cual quedó comprobado con documentos oficiales lo dicho anteriormente. El coronel Santiago se apresuró á remitir al gobierno de S. M. la anterior sumaria que le fué entregada, para los efectos que pudieran convenir, por el capitan general de Castilla la Nueva como data en favor y defensa del coronel Santiago, víctima del cumplimiento de su deber y de una indiscrecion de que habrá pocos ejemplos.

Andando el tiempo, y siendo jefe de estado mayor de la capitania general de Búrgos, el ya brigadier D. Leonardo de Santiago recibió un anónimo de la alta montaña de Cataluña, en el cual se le decia todos los bienes que poseian los hermanos Tristans y noticias de las escribanías donde radicaban las escrituras de propiedad. Este anónimo sirvió á Santiago para enterar al gobierno de S. M. de todo su contenido y lo hizo llegar á manos del excelentísimo señor ministro de la guerra, resultando de ello que el Estado, apoderándose de los citados bienes, por estar los hermanos Tristany fuera de la ley y tener en poder del gobierno un recibo de catorce mil pesos puesto al pié del contrato ó convenio para reconocer á S. M. la Reina, poniéndose á sus órdenes con los batallones que mandaban, se ha reintegrado el Estado no solo de los catorce mil duros que recibieron los hermanos Tristany, por medio del pagador que se hallaba á las órdenes del comisario de guerra D. Vicente Rodriguez, sino tambien de los efectos militares que por orden del Excmo. Sr. D. Romon de la Rocha, general segundo cabo en aquel entonces, se compraron para dichos hermanos, rindiendo la cuenta oportuna, en nombre de Santiago, el brigadier de

infantería D. José María Rajoy, hoy exento del servicio en Barcelona. »

Desde luego no admitimos el medio, que rechazan nuestros principios morales, empleado por los representantes de un gobierno legal y digno para acabar con sus enemigos. Y admitiéndolos, ó prescindiendo de la moralidad de los medios, es preciso confesar que el asunto fué llevado con escasa circunspeccion, con poca prudencia, mayormente estando aun humeante la sangre del desgraciado baron de Abella.

El Sr. Santiago se queja amargamente de la falta de caballerosidad de los Tristany, pero si él tenia por caballeros y pundonorosos á los Tristany, ¿podia esperar de ellos que por un puñado de oro cometieran una tan negra alevosía como lo es el pasarse al enemigo, entregando á su jefe y á sus soldados? ¿Hubiera sido mas hidalgo hacer traicion á sus amigos que hacerla á sus enemigos?— Quien se meta en tales negocios y con tales gentes es necesario que sea mas cauto. Los hombres de cierta educacion y de ciertos sentimientos no sirven para desempeñar el papel de Aviranetas.

La confiscacion de los bienes de los Tristany es, á nuestro juicio, de dudosa legalidad. Los Tristany se apoderaron de los catorce mil duros por un ardid de guerra, y no los emplearon en provecho propio, sino para el socorro de sus tropas. Si han de restituir esos catorce mil duros, tambien deben estar obligados á restitution, ellos y los demás jefes carlistas, de las cantidades exigidas, ó tomadas durante toda la guerra civil. El estar fuera de la ley tampoco es razon valedera, porque la confiscacion está desterrada de nuestros códigos.

La causa carlista estaba moralmente perdida; el resultado de la accion de Pinós lo prueba de una manera indudable. Si en otro tiempo las tropas de la reina hubieran sufrido la sorpresa que allí

sufrieron, las pérdidas hubieran sido considerables; pero ahora á pesar de la dispersion de buena parte de la fuerza, á pesar de lo quebrado del terreno, de la completa oscuridad de la noche y de haber atravesado los dispersos muchas leguas de país enteramente enemigo, solamente veinte soldados cayeron en poder de los carlistas. El país estaba fatigado, desengañado, convencido de que aquella causa no tenia salvacion y le retiraba su apoyo, antes tan poderoso y decidido. Los acontecimientos sucesivos vinieron á confirmar que aquel esfuerzo supremo de todas las facciones de Cataluña reunidas no era sino la desesperacion de la agonía: un mes despues, el 18 de mayo de 1849, Rafael Tristany se veia obligado á penetrar en Francia con sus hermanos Ramon, Antonio, Francisco de Asís y algunos pocos adictos que le quedaban.

El 18 de julio de 1855, penetró otra vez en España, de órden de Cabrera, con el titulo de comandante general de la provincia de Barcelona. Como era natural, dirigióse con sus tres hermanos á la comarca donde en otro tiempo encontraron él y los suyos tan constante y decidido apoyo; pero, contra lo que esperaba, no halló mas que frialdad y poquísimas disposiciones á secundarle. Los tiempos habian cambiado; las ilusorias esperanzas se habian desvanecido; el país se habia acostumbrado á los beneficios de la paz, con los cuales se iba reponiendo de los desastres de la pasada guerra; el título de *nebots* (sobrinos de Mosen Benito Tristany) habia perdido su antiguo prestigio. Aquellos pueblos no se le declararon desde luego hostiles, pero las personas mas influyentes le aconsejaron que desistiera de sus insensatos proyectos, que no sacrificara inútilmente aquel arruinado país, que se volviera á Francia. Este consejo, que tenia visos de amenaza, fué mal recibido de Tristany, que por obcecacion ó por dar cumplimiento á las órdenes de sus superiores, salió á campaña con un puñado de hombres.

Esta campaña fué corta, azarosa y desgraciada para Tristany, pues escepto algunas insignificantes escaramuzas y alguna sorpresa en pueblos donde logró desarmar sin resistencia unos pocos nacionales, la suerte de las armas le fué adversa.

Resuelto el país contra aquella nueva tentativa para encender la guerra civil, se levantó en somaten, y el dia 12 de diciembre de

1855 le hizo sufrir una derrota, en Castellfollit de Riubregos, que costó la vida á varios hombres de la partida de Tristany, entre ellos á su hermano D. Antonio. Seis dias despues, continuando la persecucion de las columnas ausiliadas por el somaten, fué alcanzado en el bosque de Altaradis, cerca del Santuario del Milagro, partido de Solsona, en cuyo bosque quedó completamente esterminada la faccion de la montaña de Cataluña dirigida por D. Rafael Tristany.

Desde aquel dia vivió oculto y errante hasta que, de órden superior, el 14 de abril de 1856 se puso en salvo entrando en Francia.

Al llegar aquí hemos de atenernos esclusivamente á la hoja de servicios del mismo Tristany, pues carecemos de otros datos para rectificar ó completar sus noticias.

Segun el citado documento, luego que Tristany hubo penetrado en Francia recibió órden de trasladarse á Nápoles y de allí á Módena, á donde llegó en mayo de 1856. Allí fué muy bien recibido del Duque quien, no pudiéndole colocar en su ejército por no haber destino vacante que correspondiese á su categoría militar, le proporcionó los medios de vivir decorosamente en aquella capital.

Durante tres años se confiaron á Tristany varias comisiones reservadas para las cuales recorrió distintas veces los estados de Italia. Cuando los piemonteses invadieron los ducados de Parma y Toscana, el duque de Módena se propuso formar una division volante compuesta de dos batallones de tropa regular, un escuadron de caballería, una batería de montaña y cinco batallones de voluntarios. Estas tropas, destinadas á hacer frente á las invasiones revolucionarias, debian operar á las órdenes de Tristany; pero se desistió de la organizacion de este cuerpo cuando se supo que los piemonteses, ausiliados de los franceses, habian penetrado en el estado de Módena, y se vió que toda resistencia era tan imposible como inútil.

Tristany salió de Módena, en 1859, en compañía del Duque y en uno de los carruajes de la corte. Llegado á Verona, con permiso de S. A. R., se trasladó á Trieste. Allí estaba cuando se verificó la tentativa de San Carlos de la Rápita; y ya hemos visto en la biogra-

fía de Borges que se le nombró segundo cabo de Cataluña y se le envió á Paris para llevar los nombramientos é instrucciones á Masgoret y á Borges. Habiendo fracasado aquella intentona, Tristany volvió á Trieste á ponerse á las órdenes de la viuda de D. Carlos, donde estuvo hasta enero de 1861.

En esta época fué cuando Tristany entró al servicio de Francisco II de Nápoles, y en clase de mariscal de campo empezó á tomar una parte activa en los sucesos de la Italia meridional. Como esta parte de su biografía es la que entra mas particularmente en el cuadro que nos propusimos trazar al publicar este libro; y como la opinion de Tristany en este punto debe ser de grande autoridad para los que inconsideradamente dan al bandolerismo napolitano un carácter político que no tiene, copiaremos literalmente la especie de diario que va anexo á su hoja de servicios, sin alterar la redaccion ni siquiera para introducir en ella correcciones de estilo.

«En el mes de noviembre del precitado año, de orden superior, fué á reconocer si Chiavone con la gavilla de su mando, ocupaba alguna posicion militar y si habia medio de poder organizar aquella gente; encontrándole en las inmediaciones de Fondi, (Terra di Laboro provincia del Reino de Nápoles,) y pasados unos quince dias de permanencia con él y viendo ser enteramente imposible el poder dar una forma militar á unos hombres, en número de 100, acostumbrados á toda clase de desórdenes y rapiñas, mandados por un individuo inepto y sin ninguna instruccion; poseido de toda clase de vicios y sin otro interés, que el de robar y asesinar á todos aquellos infelices naturales que desgraciadamente caian en su poder, se retiró á Roma.

»En diciembre del citado año 1861, á consecuencia de otra orden superior, pasó con unos 15 oficiales á las fronteras de los Abruzzos, donde despues de haber en vano aguardado unos diez y ocho dias, una espedicion de tropas reales que debia ponérsele á su disposicion y recibiendo al efecto superiores disposiciones, regresó otra vez á Roma; donde permaneció hasta el 17 de abril de 1862, que á consecuencia de orden superior penetró en la precitada provincia de Terra di Laboro y de aquí en los Abruzzos; donde inútilmente aguardó un año entero, los 3000 soldados armados y equipados,

con un escuadron de caballería, pertrechos de guerra y recursos pecuniarios, que se le habia prometido; en vez, solo encontró en la frontera 18 hombres cubiertos de andrajos, de los cuales, solos, los 10 armados y con malísimas carabinas, cuasi todas inútiles; si no le hubiese faltado el dinero habria podido formar y organizar de los paisanos que de todas partes se le presentaban para tomar voluntariamente las armas en favor de su malhadada patria é idolatrado Francisco II, no solamente el mencionado número de tropas sino un ejército entero.

Sin embargo de hallarse enteramente falto de todo lo necesario é indispensable para la guerra, al cabo de algunos meses, en un país ocupado militarmente por el enemigo y en medio de una persecucion la mas activa y atroz, pudo formar y perfectamente organizar; un cuadro de batallon denominado Francisco II *primo cacciatori*, en número de 100 plazas, divididos en cuatro compañías bien uniformados; armados con escelentes fusiles de piston y sus correspondientes bayonetas, morrales, cartucheras, marmitas para los ranchos, etc., cargados de municiones y todavía dejó sobrantes escondidos, al marcharse, una porcion de fusiles; 600 cartuchos; 50 lanzas de caballería; bandera y otros varios efectos de guerra, casi todo cogido de manos de los piemonteses; apesar del tan corto mencionado número de fuerzas, en las trece acciones ó combates que tuvo que sostener contra siempre numerosísimas tropas piemontesas, dejó en todas ocasiones muy bien sentado y en el lugar que corresponde el honor de las fuerzas reales, cuyo mando supremo se le habia confiado. Algunas veces aquellas centuplicadas fuerzas enemigas, fueron batidas y enteramente derrotadas, de lo que resulta, que si solamente hubiera podido disponer no solo de los citados 3000 hombres, sino solamente del insignificante número de 200, ó bien sus superiores de... no le hubieran impedido pasar adelante, con sus repetidas é irrevocables órdenes y contrarias disposiciones, privándole al mismo tiempo de las pocas é indispensables sumas que se le destinaban para la cotidiana manutencion de la tropa de su inmediato mando, con cuyo pequeño número de valientes se hallaria sin duda triunfante en Nápoles ó habria dejado de existir víctima de su deber (1).

(1) Conociendo la favorable disposicion en general de todos los pueblos que se com-

»Si no se le hubiera faltado á lo que se le habia prometido y los sectarios y traidores que aun continuan rodeando el tan abandonado y vendido Rey, no le hubieran impedido de operar, teniéndole siempre en la inaccion, con sus repetidas contrarias disposiciones, haciéndole al mismo tiempo una guerra mas terrible de la que sufría de parte de los piamonteses y franceses, que en combinacion de dia y de noche le perseguian en todas direcciones, de seguro le habria cabido el anhelado honor de colocar aquel monarca en el trono de sus augustos antepasados.

»No pararon aquellos fingidos realistas hasta haber logrado el que le fuese expedida la órden de retirarse, dando por pretesto, que temian fuese víctima de intrigas revolucionarias y que al mismo tiempo le tenian reservado para ejecutar un gran plan militar de cuyo buen éxito, dependia en gran parte el triunfo de la causa real; así es, que, apresurándose á cumplir con la citada órden superior, llegó á Roma el 18 abril del año 1863; en donde despues de haberle hecho pasar de dia en dia, dos meses enteros, siempre escondido, fué vilmente por los emisarios del Piamonte, vendido á las autoridades francesas; cogido en la casa de M. de Boniver fué inmediatamente conducido por los gendarmes al fuerte de Sant Angelo; aquí encerrado é incomunicado, con doble guardia, permaneció un mes y medio. En primeros de agosto del mencionado año de 1863, de órden del ministro de la guerra, fué en clase de prisionero de guerra, conducido y escoltado por los gendarmes á Francia por precaucion. Al salir del fuerte toda la guarnicion francesa se puso sobre las armas; ocupando militarmente las calles por donde debia pasar; con dos compañías de tropa de línea de observacion en el embarcadero del ferro-carril que conducia á Civitavechia; donde

ponen las provincias del reino de las Dos Sicilias, en favor de su idolatrado rey Francisco II y la grande aversion contra los invasores piamonteses, Tristany manifestó formalmente de palabra y por escrito, que él respondia con su cabeza, si no iba á restablecer en la capital de aquel reino el trono de Francisco II, con tal que se le proporcionasen los recursos necesarios y 3000 soldados armados y equipados, (los mencionados recursos solamente para poder mantener ocho dias el citado número de soldados) en este caso, sabia que podia contar con la mayor parte de los soldados napolitanos que forzosamente servian al Piamonte. Varios capitanes y oficiales de todos grados, al servicio de aquella nacion, le escribieron, prometiéndole bajo palabra de honor, que ellos con los soldados de su mando, se le reunirían tan pronto como tendria solamente una pequeña fuerza de tropa regular, aunque no fuera mas que de 400 hombres.»

se halló tambien toda la guarnicion sobre las armas; hasta tanto que fuí embarcado que se retiraron (1).

»En todo el tiempo que estuvo en campaña, (un año) no quiso recibir ni un solo maravedís; las mezquinas sumas que se le mandaban para la manutencion de la tropa de su inmediato mando, iban directamente al Quartier maestro; (tesorero).

»El pueblo en general, lo halló en todas partes en muy buen sentido, en favor de su idolatrado Francisco II: no le faltan mas que oficiales instruidos que se pongan á la cabeza y que organicen las gabillas; las cuales se hallan todas mandadas por hombres que no solamente carecen de instruccion militar, sino que no saben, muchos de ellos, ni leer ni escribir (2).

»A Chiavone, titulado generalísimo, condenado ó sentenciado á muerte por un regular consejo de guerra, por motivo de insurreccion, asesinatos, robos y otros crímenes, lo hizo pasar por las armas.

»Igualmente por los mismos citados crímenes, prévio consejo de guerra, hizo fusilar á los cabecillas Tetti y Desiatti.»

En el mismo documento vemos que Tristany fué soldado distinguido en 13 diciembre de 1833.—Subteniente en 1.º abril de 1834.—Teniente, en julio de 1834.—Capitan, en 13 setiembre de 1834.—Graduado de teniente coronel, en 15 noviembre de 1834.—Teniente coronel, en 27 setiembre de 1835.—Coronel efectivo, en 13 diciembre de 1848.—Brigadier, en 14 marzo de 1849.—Mariscal de campo, en 5 febrero de 1861.

Tenemos tambien en nuestro poder la cópia de dos proclamas escritas en italiano y publicadas por Tristany durante su campaña de los Abruzzos. Aunque llevan la fecha de abril de 1863, creemos que habrá error de cópia en el año y que deben ser de abril de 1862, que es cuando Tristany penetró en los Abruzzos por la Tierra de Labor.—He aquí la traduccion de dichos documentos:

(1) En honor de la verdad debo decir que tanto en el fuerte de Sant Angelo, como en las ciudades donde ha sido internado ó destinado, en calidad de prisionero de guerra, siempre en clase de mariscal de campo, ha recibido de las autoridades francesas el mejor tratamiento, con toda clase de las mas simpáticas atenciones.»

(2) Muchos jefes, están explotando, sirviéndose de la buena fé de los hombres que se hallan bajo sus órdenes, empujándoles al robo y á toda clase de brigandaje á su propio provecho, bajo el pretexto de servir la causa Real.

CAMPELINOS:

Ha sonado la hora de la emancipacion. El extranjero que os oprimia y asesinaba á vuestra patria ha agotado todas sus fuerzas. Deshechos sus batallones, exhausto el tesoro, abatido su ánimo, aborrecidos de los pueblos y condenados por la Europa civilizada, esos desapiadados extranjeros, despues de incendiar y saquear la parte mas bella de Italia se encuentran al fin de sus proezas. Llena hasta el borde la copa de sus iniquidades, los enormes males que han causado al país están á punto de caer sobre su cabeza; ha llegado para ellos la hora del castigo y para vosotros la de la libertad.

Vosotros fuisteis los primeros en tremolar en las montañas de vuestra patria la bandera de las flores de lis, mostrando á vuestros atonitos compatriotas cómo unos cuantos corazones generosos escapados de las persecuciones, del puñal de los asesinos y de la cárcel, han sabido combatir hasta la muerte por la independendia de la nacion. Por espacio de un año habeis peleado sin armas, sin descanso y á la intemperie, abrigados en los bosques y en los valles, bajo los rayos ardientes del sol ó entre los hielos del invierno, desafiando los cañones, la perfidia y las calumnias de los sectarios y de los hombres asalariados de toda la Europa. Vosotros imitasteis en los Apeninos y las llanuras, armados de hoces, los altos hechos de los célebres héroes de Castelfidardo. Pero ya es tiempo de emprender la obra. Ahí están el Vulturno, el Garellano y Gaeta, que vieron las últimas batallas de la independendia; allí fué donde el heróico Francisco II peleó como caballero y como soldado; allí fué donde agoviado por la traicion y el número perdió su corona, corona que va á reconquistar ahora.

Campesinos: levantaos al grito de la patria que os llama á su defensa: las tumbas profanadas de vuestros padres, los altares violados, las injusticias, los hermanos que gimen en las cárceles ó en el destierro os piden auxilio; los ancianos, las esposas y los hijos privados de subsistencia piden pan, trabajo y libertad. Estais destinados á ser soldados bajo las banderas de vuestros opresores para ir á combatir en paises lejanos y derramar vuestra sangre para ayudarles

á realizar sus proyectos ambiciosos. Si debeis ser soldados sedlo por la patria y por el rey, y si teneis que combatir hacedlo no por vuestros tiranos, sino contra los que os tiranizan.

Perdonad á los estraviados y abrid los brazos á los arrepentidos. El monarca que empezó su reinado con el perdon y que en cambio se le premi6 con el destierro no ha agotado todavía su clemencia, y quiere que todos sus súbditos se den un abrazo de paz y de olvido. Pero no haya piedad para el extranjero. Los napolitanos deben ser señores de su país. ¡Fuera el extranjero!

Yo no soy extraño á vuestra causa ni á vuestro suelo. La escarapela gloriosa de Cárlos III que fué la divisa de mas de un siglo de felicidad y de gloria, es la escarapela que llevo hoy y la que me dió aliento y valor en las guerras sostenidas desde los mas tiernos años de mi juventud; la bandera que vengo á enarbolar es la de vuestra independencia, es mi bandera, bandera que mis antepasados llevaron al frente de las huestes españolas mandadas por Cárlos III que fué soberano de Nápoles y de España. Si en el siglo pasado estuvisteis sometidos á la bandera de los Borbones aquella bandera os hizo libres. Vuestra independencia, vuestra libertad, vuestra libertad civil y vuestra autonomía política os las conquistó un infante de España y se afianzaron con la sangre heroica de mis padres en las gloriosos batallas de Bitonto y de Velleri.

Así como entonces las primeras legiones ciudadanas que se levantaron al grito de «¡a las armas!» de los generales españoles aclamando á Cárlos III fueron los de las provincias comprendidas entre Fondi y Maddeloni, tambien vosotros, hijos de aquellos pueblos valientes, seguis hoy mis pasos al grito de ¡viva Francisco II! Si vosotros no sois extranjeros para mí, mi nombre no es tampoco extraño á vuestro país ni á vuestra gloria. Una misma bandera nos une, nuestra causa y nuestro objeto son los mismos, y así, al oír mi grito de guerra, «¡viva el reino de las Dos Sicilias!» responded vosotros, ¡viva Francisco II! descendiente del fundador de la independencia de vuestra patria, ¡viva nuestro rey, nuestro padre, el jefe de los pueblos mas valientes de Italia.

Os traigo oficiales y armas y una larga esperiencia adquirida durante largos años de guerra. Depositad en mí vuestra confianza,

seguidme; arrojemos del país á esos ladrones que se titulan liberales, á esos italianos que hablan francés, á esos mercaderes que venden la patria. Arrojemus á esos verdugos reunidos para bombardear é incendiar vuestras ciudades, á esos cobardes encarceladores de sacerdotes, á esos hereges, blasfemadores de los santos y maldecidos por el vicario de Jesucristo. Espulsémosles de nuestro hermoso suelo ó que les sirva de tumba.

¡A las armas, pueblos de la montaña! Sed los dignos hijos de Fieramosca, de Prócida. Gritemos con ellos, fuera el extranjero. Dios y el derecho están con vosotros. ¡Viva el rey!

El Mariscal de campo, general en jefe de las fuerzas reales,

Rafael Tristany.

CAMPESINOS.

En nombre de vuestro legítimo soberano Francisco II venimos á levantar entre vosotros aquel estandarte que protegió vuestra cuna, y á cuya sombra vosotros y vuestros padres habeis vivido por espacio de tantos años en la paz y prosperidad. Hace ya un año que estas cosas os fueron arrebatadas por medio de la perfidia y de la traicion. Catorce meses de vergüenza, de calamidades y anarquía, han bastado para hacer de dia en dia mas odiosos á los usurpadores extranjeros que vinieron á detener vuestra marcha, á ultrajar vuestra santa religion y á arrebatáros lo que es mas caro al pueblo, la independenciam, las leyes y la dinastía.

¡Ya es tiempo de poner un término á esta tiranía! Como buenos católicos y súbditos leales, reuníos alrededor de la bandera del rey generoso que os concedió la Providencia. La insurreccion se ha extendido por todo el reino como un vasto incendio y se levanta del fondo de todos los corazones un grito de venganza contra el sacrílego extranjero; grito universal y espontáneo que hace palidecer en sus ensangrentadas sillas á los procónsules sub-alpinos y á los pocos satélites de la usurpacion.

Pero si vosotros, valientes habitantes de los Abruzzos, fuisteis los primeros en sacudir el yugo ignominioso y en combatir por el rey, y por la patria, vosotros tambien en este momento supremo, redo-

blando vuestros esfuerzos heróicos y vuestro vigor en esta lucha gloriosa, debeis mostrar á la Europa y al mundo que la varonil y fiel poblacion de los Abruzzos quiere conquistar su libertad é independencia y que no les falta valor para lograrlo. Vosotros conseguireis tan grande y santo propósito si en las circunstancias presentes obráis con prudencia y resolucion, y si con los medios que teneis á vuestra disposicion sabeis cooperar á la obra de regeneracion empezada entre vosotros.

Todos los rencores particulares deben enmudecer ante la grande idea de volver á sentar en el trono de sus padres al rey magnánimo destronado por la traicion, al hijo de la piadosa reina Cristina. Hasta aquellos pocos que se cubrieron de felonía serán perdonados por su inagotable clemencia si se detienen en su vergonzoso camino.

¡Pueblos de los Abruzzos! ha llegado la hora de poner término á tanta ignominia, á tantas desventuras, y á tanta desolacion como pesa sobre vuestra patria. La historia dirá que si la corrupcion y la perfidia de un puñado de malvados tramaron la destruccion de una de las monarquías mas antiguas de Europa, la valiente y cristiana fidelidad de las poblaciones supieron restaurarla sin auxilio del extranjero.

¡A las armas, pues, pueblos leales de los Abruzzos! Las humean-tes ruinas de las trece ciudades incendiadas por nuestros enemigos piden venganza, la piden tambien las víctimas inocentes sacrificadas por la mas inaudita barbarie, y los infelices condenados á morir lentamente en el fondo de los calabozos. ¿Y quién de vosotros no tiene que vengar al padre, al hijo, al hermano, al pariente ó al amigo? No es esta, valientes campesinos, la primera guerra de independencia que sosteneis á la sombra de la bandera de las flores de lis. Vuestros abuelos fueron en el siglo pasado los primeros del reino en ostentar la escarapela de Cárlos III de Borbon, y los que plantaron la bandera de la independencia en la cúspide de los Apeninos al grito de «viva el rey,» y este rey era el inmortal antecesor de Francisco II. En 1799 y en 1806 vuestros padres mostraron á los franceses invasores que los pueblos de los Abruzzos eran los destinados á formar la vanguardia de la independencia del reino; en vuestros valles derrotaron grandes ejércitos con la guerra de guer-

rillas en las cuales se alistaron todos los ciudadanos, incluidas algunas mujeres, y hasta los sacerdotes y los frailes quienes con la bandera blanca en la mano capitaneaban poblaciones enteras á los gritos de «viva la independencia nacional, viva el rey, vivan los Borbones.»

Pescára y Civitella-del-Tronto, que bajaron en 1730 sus puentes para recibir la bandera del nieto de San Luis, padre y restaurador del reino de las Dos Sicilias, Civitella-del-Tronto y Pescára desafiaron en 1799 á los ejércitos extranjeros; y en tanto que la Italia caía bajo el yugo de las armas victoriosas de Napoleon, estas dos fortalezas se burlaban de los esfuerzos de los gigantes del siglo y el estandarte de su rey legítimo tremoló en ellas durante largos sitios.

Pero ¿qué os estoy recordando? ¿No sois vosotros mismos los que el año pasado combatisteis con un puñado de voluntarios constituidos en partidas al piemontismo revolucionario y aplacásteis con su sangre los manes de vuestros amigos muertos? ¿No eran de los Abruzzos aquellos cien voluntarios que forzaron al general piemontés de Sonnaz á concederles una capitulacion honrosa á pesar de encontrarse á la cabeza de una numerosa columna? ¿No eran de los Abruzzos aquellos campesinos armados que el año pasado rechazaron repetidas veces á los piemonteses que sitiaron á Civitella, poniendo en fuga hasta Tascoli al feroz general Pinelli? Y mientras que la Europa militar aplaudia al nombre de Francisco II, héroe de Gaeta, ¿no reservaba un aplauso de admiracion á los voluntarios de los Abruzzos que desafiaron con sus mujeres en el baluarte de la roca del Tronto á un ejército piemontés? Y mientras que el estandarte Real de la independencia de las Dos Sicilias capitulaba gloriosamente en Gaeta y en Sicilia quedaba todavía Civitella como para recordaros que la última bandera que cayó debia ser la primera en volverse á levantar mas triunfante que nunca?

¡Viva el rey! ¡viva el pueblo de los Abruzzos! Estoy orgulloso de ponerme al frente de unos hombres tan valientes. Vengo entre vosotros como general en jefe para conducirlos á nuevas victorias, porque os falta solamente un jefe para que lleveis á cabo hechos gloriosos. Y no vengo entre vosotros como extranjero, pues soy hijo de aquellos batallones de España que, guiados por un rey Borbon, os

dieron la independencia. Hace muchos años que estoy acostumbrado á mandar hombres que como vosotros tienen un Dios, un rey, una escarapela encarnada y una bandera con flores de lis.

¡A las armas! ¡a las armas! Fuertes y magnánimos, enseñad al feroz y cobarde enemigo cómo combaten los héroes, cómo los corazones generosos usan de la victoria, y si venceis, como no podeis menos de vencer, vuestros nuevos triunfos aparecerán cada dia mas formidables al extranjero. No hay obstáculo que no ceda al ímpetu generoso de un pueblo ya fuerte é independiente que despues de reducido á la esclavitud ha roto sus cadenas y reclama sus derechos. Vuestros esfuerzos se verán recompensados. El Dios de los ejércitos combatirá á vuestro lado, el arcángel de la espada de fuego guiará la augusta bandera de las flores de lis sobre la cual se lee el lema de «independencia y Francisco II» escrito con la sangre de tantos de vuestros hermanos,

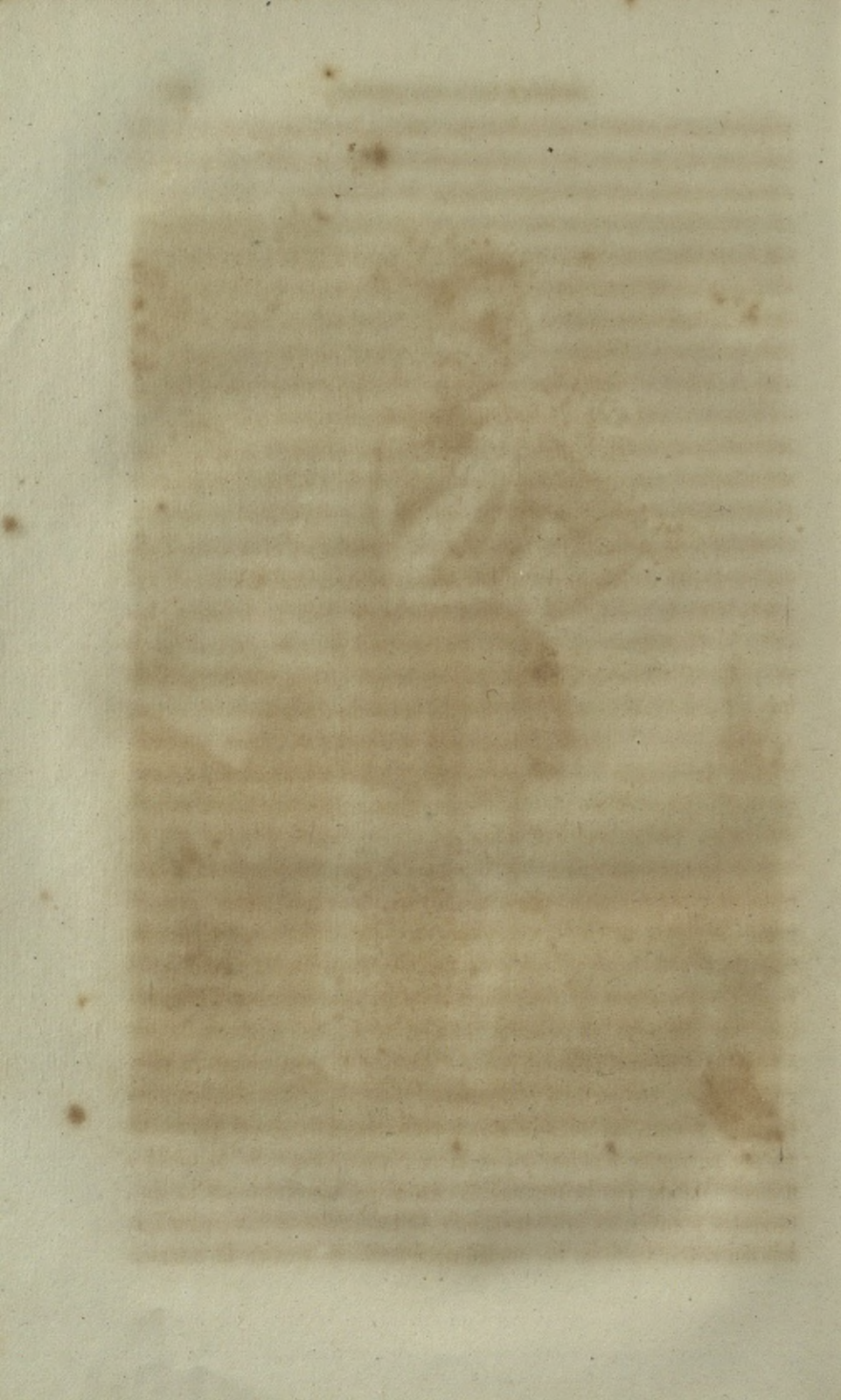
El Mariscal de campo general en jefe de las tropas reales,

Rafael Tristany.

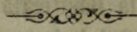


E. Chacóni H. & S.

LAMARMORA.



EL BANDOLERISMO HASTA LA FECHA PRESENTE.



Hasta últimos de 1861 los franceses situados en los confines romanos lindantes con el reino de Nápoles miraron con cierta tolerancia la entrada y salida de los borbónicos por aquella frontera. Las vivas reclamaciones de Turin y los intereses políticos de la Francia en Italia le hicieron cambiar de conducta y desde principios de 1862 los destacamentos franceses de la frontera pontificia ejercieron en ella mayor vigilancia, impidiendo el tránsito de armas y municiones, deteniendo á los hombres armados y entregándolos á veces á los piamonteses, y en alguna ocasion practicando batidas en combinacion con las fuerzas italianas.

Sin embargo, la reaccion, así como las partidas, continuaron sus trabajos y sus correrías por el reino lo mismo que antes. Bajo el mando del general La Marmora, sucesor de Cialdini, ocurrieron las tentativas realistas de Alatri y de Castellamare. La Marmora se dirigió á Nápoles con nuevos refuerzos de tropas regulares y gendarmes; la policía era ya numerosísima en la capital. A pesar de este aumento de fuerzas el bandolerismo político no desapareció ni menguó siquiera; las partidas continuaron teniendo á contribucion á las ciudades y estas las pagaron no obstante las guarniciones piamontesas por no ver destruidas sus cosechas. En el rigor del verano los prefectos de algunas provincias tuvieron que transigir con los insurrectos y enviarles crecidas sumas de los fondos oficiales para que dejasen entrar hielo en las ciudades, artículo de que en la estacion

del calor no se puede prescindir en Italia. En el interior los campos quedaron sin cultivar, las comunicaciones estaban completamente interrumpidas, y los carros no pasaban de un punto á otro sino escoltados por grandes columnas.

Todo el año de 1862 fué una série continuada de combates inútiles entre los reaccionarios y los piemonteses, una guerra desesperada para los soldados italianos que no encontraban al enemigo cuando lo buscaban y que los sorprendia donde menos lo esperaban, haciéndoles experimentar á veces pérdidas sensibles.

A fines de 1862 existian partidas borbónicas mas ó menos numerosas en el Gárgano, en la Basilicata, en la Capitanata, en las costas del Adriático, en las Calabrias, en los Abruzzos, y finalmente en las inmediaciones de Nápoles en donde el célebre Pilone tenia establecido su ambulante y misterioso cuartel general. Solamente una decidida proteccion por parte de los habitantes de las inmediaciones de la capital y elevadas relaciones é inteligencias en el interior de la misma podian hacer que Pilone viviese, por decirlo así, entre las tropas piemontesas que el general La Marmora tenia acantonadas en Portici, en Torre-del-Greco y otros puntos del pié del Vesubio.

El gobierno de Turin lo ensayó todo en el reino de las Dos Sicilias, así la benignidad como el rigor. El bandolerismo político desechó los indultos, despreció las tentaciones del soborno y no se doblegó tampoco á las mas terribles medidas de rigor, que llegaron hasta el punto de escandalizar á algunas naciones de Europa favorables á la unidad. A la benignidad las partidas opusieron el silencio, y al rigor las represalias. Nápoles ha sido un abismo de descrédito en el cual han ido cayendo uno tras otro los hombres políticos mas eminentes y los generales mas reputados del ejército italiano.

El Piemonte tenia á fines de 1862 90,000 hombres en la Italia meridional al mando de uno de sus primeros generales. Sin embargo, el bandolerismo tomó nuevo incremento en el invierno de 1862 á 1863 en vez de disminuir. Ni el gobierno, ni la prensa ministerial, ni los diarios subvencionados pudieron ocultar á la Italia y á la Europa el verdadero estado de las provincias napolitanas. Las Cámaras abordaron públicamente á fines de 1862 la cuestion del

bandolerismo; si no lo hicieron antes fué porque siempre se engañó á los representantes de la nacion con esperanzas infundadas y falsas noticias acerca de la situacion de las provincias napolitanas. La nacion agotó un dia su paciencia y quiso saber por qué no se acababa el bandolerismo en la Italia meridional. No satisfaciendo á los diputados las esplicaciones del gobierno, la Cámara hizo que se nombrase una comision de su seno para que pasase á Nápoles á informarse por sí misma de las causas que se oponian á la completa represion del bandolerismo.

Esta comision salió de Turin el 4 de enero para su destino: su primera medida debia ser someter al general La Marmora á una especie de juicio de residencia. Los diputados debian recorrer despues las provincias á fin de presentar su informe al gobierno de Turin proponiéndole los medios que la comision considerase mas eficaces para lograr la pacificacion del país.

La comision permaneció en la capital de las Dos Sicilias hasta el 29 de enero, tomando al salir la direccion de la frontera pontificia. El general La Marmora hizo escalonar en los puntos en donde debian pernoctar los diputados las tropas suficientes para su seguridad y además iban escoltados por una fuerza respetable de caballería é infantería. Hé aquí el itinerario que se propuso seguir la comision: Despues de recorrer la frontera de los Estados romanos y estudiar las medidas necesarias para evitar que penetrasen en lo sucesivo en el reino de Nápoles los emisarios borbónicos y nuevas partidas de bandoleros, los diputados debian permanecer algunos dias en Avelino, capital de la provincia. Desde esta ciudad la comision debia dirigirse á Salerno para trasladarse por mar á Paolo con el objeto de visitar parte de la Basilicata, y en seguida embarcarse otra vez en Tarento para Bari y la Manfredonia.

En tanto que la comision nombrada para estudiar los medios de acabar con el bandolerismo recorria las provincias, el bandolerismo tenia poco menos que bloqueada la capital.

A los pocos dias de emprender la comision la marcha hácia la Tierra de Labor, Pilone cogió en las inmediaciones de Nápoles á un caballero de la Torre-del-Greco, piemontista acérrimo, que habia

salido á cazar. Cuando el preso estuvo en presencia del cabecilla éste le dijo con mucha cortesía:

—Señor, vuestra libertad vale dos mil ducados.

—Es imposible, no puedo pagarlos, contestó el prisionero.

—¡Cómo, señor! ¿no puede pagar dos mil ducados quien dijo pocos días ha que le gustaria tener por criada á la reina María Sofía? Muy rico debe ser el que podria pagar los servicios de una reina. Si dentro de veinte y cuatro horas no he recibido la suma que os he impuesto por vuestro rescate sereis pasado por las armas.»

El propietario de la Torre-del-Greco se quedó atónito al oír repetir á Pilone unas palabras que habia dicho en el despacho de su casa delante de sus parientes.

Muchas horas antes de espirar el plazo fijado Pilone habia recibido los dos mil ducados, despidiendo despues con mucha finura á su prisionero y haciéndolo acompañar por dos individuos de su partida hasta las puertas mismas de Nápoles.

Desde entonces Pilone continuó siempre en las inmediaciones de la capital, visitando las mejores quintas, imponiendo contribucion á algunos de sus propietarios, ofreciéndoles en cambio que les dejaria vivir en el campo con tranquilidad. Personas que le conocian viéronle pasear solo con bastante frecuencia en las calles de Scafati y algunas veces en las de Nápoles desafiando al general La Mármora á pesar de sus soldados y de su numerosa policia. Tocante al descaro con que aquel cabecilla entraba y salia de la capital, leimos un dia en un diario italiano la anécdota siguiente:—«Pilone entró una tarde en Nápoles para conferenciar con sus amigos. Por la noche fué al teatro de San Carlos, y durante la representacion habló largos ratos con un comandante piemontés que ocupaba el asiento inmediato y contra el cual se habia batido pocos dias antes. Terminada la funcion Pilone se despidió del comandante, y al salir del teatro llamó un coche de alquiler para que le condujese á Torre-del-Greco. El cochero opuso algunas dificultades y entonces Pilone fué á buscar á dos gendarmes, quienes enterados del caso obligaron al áuriga á que condujese á aquel *caballero* al lugar indicado mediante el pago de una piastra. Al regresar el cochero los gendarmes se quedaron sorprendidos al saber que habian sido tan atentos para con el cabecilla Pilone.»

El marqués Avitábile, presidente del Banco de Nápoles, cometió la imprudencia de decir un día públicamente que hallaría el medio de coger al cabecilla Pilone y entregarlo á las autoridades. El día 31 de enero el marqués se dirigió tranquilamente á una de sus posesiones, situada en las cercanías del Bosque-Tre-Case, armado de una escopeta de dos cañones, un par de pistolas y seguido además de un guarda de su mayor confianza. Al llegar á cierto sitio el marqués observó que se encaminaban hácia él dos hombres cuyo aspecto le pareciera bastante sospechoso. El rico banquero preparó su escopeta y tomó una actitud defensiva. Aquellos dos individuos, sin cuidarse de las maniobras del marqués, hicieron oír un agudo silbido y al instante aparecieron unos sesenta hombres armados por distintos puntos los cuales cercaron al marqués y le desarmaron. El banquero fué conducido inmediatamente á Montagnola en donde se encontraba Pilone.

Al verles llegar, el cabecilla se acercó con mucha atencion al marqués, diciandole:

—Caballero, sé que os interesais mucho por mi persona, hasta el estremo de desear que por vuestra influencia se me prepare habitacion en la ciudad de Nápoles. Os lo agradezco muchísimo, pero debo advertiros que prefiero los aires de la montaña.»

El marqués se escusó lo mejor que pudo, y al notar su turbacion Pilone prosiguió:

—No creais, señor marqués, que me haya ofendido vuestro cuidado por mí, y en prueba de ello os diré que solo os pido doscientos mil ducados. No direis que peço de exigente con el rico presidente de un Banco.»

El señor Avitábile escribió en seguida al señor Filangieri, consejero de Administracion de dicho establecimiento, quien entregó acto continuo al portador de la carta la suma pedida en monedas de oro.

Pilone contó el dinero y despues de hacer tomar al marqués un pequeño refrigerio le volvió su escopeta, haciéndole acompañar por cuatro individuos al camino de Nápoles que pasa por el pié de la montaña.

El señor de Avitábile hubiera quedado prendado de Pilone á no

ser por el recuerdo de los doscientos mil ducados. Pero á pesar de este contratiempo el banquero fué objeto de curiosidad durante algunos dias; todo el mundo en Nápoles queria oírle referir su aventura, y oír de sus labios la descripción del célebre guerrillero. El marqués dijo que el cabecilla era jóven todavía, ágil, robusto, y de rostro simpático, que vestia trage de campesino, con una pluma blanca en su sombrero calabrés, y que ostentaba en su pecho una condecoracion militar. La pluma y la medalla de oro eran los únicos distintivos que le diferenciaban de sus compañeros.

En uno de los dias de la primera semana de febrero el general La Mármora fué á visitar de incógnito las ruinas de Pompeya acompañado de sus ayudantes. El general piemontés se libró por casualidad de caer en manos de Pilone. Hacia muy poco que el general habia abandonado Pompeya cuando se presentó aquel cabecilla al frente de su partida.

La autoridad militar de Nápoles dictó despues de este nuevo hecho enérgicas medidas para poner fin á la audacia de Pilone; estableció seis destacamentos de policia en la montaña del Vesubio en tanto que algunas columnas volantes recorrian incesantemente la comarca que sirviera de centro de operaciones del cabecilla borbónico. En aquellos dias fueron arrestadas tambien unas sesenta personas, entre las cuales figuraban algunos ricos propietarios de Vico, acusadas de estar en relaciones con aquel cabecilla. Vico es un pueblo pequeño situado entre Castellamare y Sorrento que fué siempre el principal refugio de la partida de Pilone y allí le dirigia el comité borbónico de Nápoles todas las noticias y recursos.

Ante esta activa persecucion la partida de Pilone tuvo que abandonar las cercanías de Nápoles para retirarse hacia la provincia de Avellino. Muchos supusieron que aquel jefe se habia ocultado en alguna casa de la capital y la policia debió creerlo tambien puesto que se practicaron en aquellos dias muchas visitas domiciliarias. Sin embargo, las autoridades de Nápoles debieron quedar convencidas de la desaparicion de Pilone porque al poco tiempo fué preso juntamente con algunos otros cabecillas en una casa de las inmediaciones de Roma por la policia pontificia.

En tanto que la comision informadora del bandolerismo recorria

el país, las partidas atacaban á las columnas piamontesas ó amenazaban á los pueblos. Al trasladarse á las provincias del Mediodía Crocco habia preparado una emboscada á los diputados en el camino de Osturni, pero este cabecilla desistió del ataque al ver las numerosas fuerzas que acompañaban á los comisionados. Fué tal la energía desplegada en aquel entonces por los borbónicos que el general La Marmora tuvo que dirigirse á la provincia de Benevento para dirigir en persona las operaciones contra Chiavone.

La comision informadora del bandolerismo regresó á Nápoles á mediados de marzo en cuyo puerto se embarcó el 18 para Turin. Los datos recogidos por la comision dejaron poco satisfecho al ministerio y disgustaron en extremo á Víctor Manuel. El país tambien debia mostrarse poco contento al saber la verdad de lo que ocurría en el reino de las Dos-Sicilias, lo que le costaba la anexion, y los crecientes sacrificios que su conservacion debia imponer de dia en dia á las provincias de la Alta Italia.

El sistema adoptado por el gobierno de Turin para ocultar al país el estado de la Italia meridional era de todo punto inútil. Los periódicos oficiosos italianos podian seguir respecto á esto las instrucciones del gobierno, pero muchos diarios extranjeros tenian en Nápoles corresponsales propios que, aun cuando escribiesen con alguna exageracion segun su color político, el interés y el decoro no les permitian alterar los hechos con la poca aprension que lo hiciera la prensa unitaria. Resultaba de esto que la gran mayoría del pueblo italiano que no podia buscar la verdad en los periódicos extranjeros, tenia que formar opinion por lo que le decia una prensa oficiosa lengua del poder ó de sus interesados agentes. Segun estos diarios, el bandolerismo fué siempre insignificante en las provincias meridionales, y si se consultasen las publicaciones de aquella fecha apenas habria cabecilla que no baya sido cogido ó fusilado una docena de veces y su partida derrotada. En los primeros meses de 1863 el mismo general La Marmora dijo al gobierno que solo quedaban en todo el reino 250 borbónicos y por otra parte pedia un refuerzo de 20,000 hombres.

El 3 de mayo la Cámara de diputados de Turin se constituyó en sesion secreta para oír el dictámen de la comision informadora

acerca del bandolerismo; el diputado señor Massari leyó este largo documento que absorbió la atención de los diputados por espacio de dos días. Creyóse que la lectura del informe de la comisión debía tener un carácter reservado en razón á que entrañaba documentos y apreciaciones que podían desagradar á la Francia aliada y amiga de Italia. Este informe no debía ver la luz pública hasta algunos meses después para cuya fecha habría desaparecido todo cuanto contuviera de inconveniente. El trabajo presentado á la Cámara por la comisión informadora no era más que la reproducción de la mayor parte de las repetidísimas ideas que bajo distintas formas habían emitido los diarios unionistas.

El origen del bandolerismo lo consideraba la comisión como una de las plagas sociales anexas al reino de las Dos-Sicilias, como la enfermedad hereditaria y crónica de un país mal organizado en el cual gran parte de sus habitantes constituyen un proletariado completamente desheredado, sin ningún vínculo que les ligue á la tierra en que nacieron, y al que la mezquina retribución del trabajo personal no basta á mejorar su condición ni á sacar de su miseria.

Al examinar las causas que daban vida al bandolerismo, la comisión se hizo eco de todos los clamores de la prensa oficiosa. La influencia del clero, la protección de Roma, la proximidad de Francisco II á sus antiguos Estados, los manejos de su corte y los sordos trabajos de los borbónicos en el país: hé ahí lo que en concepto de la comisión sostenía en la Italia meridional la reacción armada. Nada atribuyó la comisión á los efectos naturales de una conmoción política que derribó un orden de cosas que contara largos años de existencia, nada á la violenta desaparición de los inmensos intereses creados á la sombra de una dinastía secular, nada al cambio brusco de leyes político-administrativas y judiciales, nada á la invasión de una raza nueva y desconocida de los napolitanos, y nada finalmente á la arrogancia y á los abusos de los invasores. Otra de las causas que la comisión señalara como una de las que más contribuían al fomento y conservación del bandolerismo era la presencia de los franceses en Roma, si bien tocaba este asunto con toda la delicadeza posible á fin de no herir la susceptibilidad del jefe de la Francia. La comisión reconocía la buena voluntad del cuerpo fran-

cés de ocupacion en los Estados pontificios, los buenos deseos de los jefes situados en las fronteras de contribuir por todas partes á cortar toda especie de comunicaciones entre los borbónicos de uno y otro país; pero, segun el informe, la policia pontificia no secundaba la accion de los franceses, estos guardaban poco secreto en sus combinaciones militares y hacian el servicio á son de trompetas, de modo que sus operaciones no daban resultado porque ponian en alarma al enemigo.

La comision terminaba su informe indicando los medios que en su concepto serian mas eficaces para contribuir á la represion completa del bandolerismo. Al lado del rigor y de la energía de la accion militar, la comision era de parecer que convenia mejorar desde luego la condicion de los braceros napolitanos emancipándoles de la dependencia de los grandes propietarios y repartiéndoles los bienes de propios en pequeñas porciones arregladas á sus necesidades, cuyo capital amortizarian en cierto número de años; proponia despues la abolicion del diezmo, que existia todavía en algunas provincias, que se procediese á la construccion de carreteras, que se abriesen algunas vias de comunicacion hácia el interior, que se acelerase la construccion de los caminos de hierro empezados, que se resolviesen cuanto antes los expedientes que se referian á nuevas construccion y que se aclarasen los bosques, sin destruirlos, á fin de facilitar el acceso de las tropas á esas fortalezas y asperezas naturales que servian de refugio á las partidas. La comision recomendaba tambien al gobierno una multitud de medidas políticas, económicas y comerciales de las cuales la representacion nacional debia ocuparse con la premura exigida por las circunstancias.

La comision no ocultó al gobierno los abusos de fuerza cometidos por los jefes de las columnas piemontesas diciendo que algunas veces fusilaban á su antojo haciéndose instrumentos de venganzas particulares y confundiendo con frecuencia al inocente delatado por la cobarde enemistad con el culpable cogido con las armas en la mano. A fin de remediar este abuso la comision recomendaba la creacion de tribunales especiales, que debian cesar tan luego como el país quedase pacificado, para que desapareciera la arbitrariedad y nadie pudiese ser castigado sin una forma de juicio mas ó menos regular y legal.

La comision presentó á la Cámara algunos datos estadísticos acerca de los resultados de las operaciones militares y de las pérdidas ocasionadas al bandolerismo. Estos datos se refieren solamente al corto período comprendido entre mayo de 1861 y febrero de 1863 y daban el resultado siguiente:

Partidarios cogidos con las armas en la mano y fusilados.	1,038
Muertos en el campo de batalla. , . . .	2,413
Prisioneros.	932
Presentados.	2,768
<hr/>	
Total.	7,151

Añádase ahora á esta suma los muertos y fusilados desde mediados de 1860, en que estalló la reaccion en la Basilicata y poco despues en los Abruzzos, y será enorme el número de víctimas causadas por la anexion. Como resultado inmediato del dictámen de la comision, el gobierno dispuso la disolucion de cuarenta y nueve ayuntamientos, la destitucion de ciento noventa comisarios de policía, el nombramiento de otros sesenta y cinco adictos á la causa piamontesa, el desarme de la guardia nacional en ochenta y cinco pueblos y el envio de 61,900 fusiles para armar la milicia ciudadana en todo el reino.

El 25 de mayo el rey Víctor Manuel abrió en persona las Cámaras y entre otras cosas dijo en su discurso que suprimiria el bandolerismo, y que para lograr este objeto estaba haciendo arreglos militares con la Francia.

En este mismo mes el general La Mármora tuvo que pasar á los Abruzzos á causa del desarrollo que el bandolerismo tomára en dicha provincia. El general piamontés concentró casi todas las tropas en Pescára, de donde debian salir las diferentes columnas cuyas operaciones combinadas habian de dar por resultado la destruccion de las partidas reaccionarias. Al saber las disposiciones del general La Mármora los jefes del bandolerismo apelaron á su táctica acostumbrada diseminaron sus fuerzas ó se corrieron á otras provincias y los piamonteses no encontraron á los enemigos en parte alguna.

En las Cámaras de Turin no se dejaba de la mano la cuestion del bandolerismo. El 30 de mayo el señor Visconti-Ventosa, sucesor de

Pasolini en el ministerio de negocios extranjeros, examinó en una nota que llevaba la fecha del 21 de abril la situacion de las provincias napolitanas, ofreciendo renovar el convenio militar ajustado el 11 de setiembre de 1861 con la Francia para la represion del bandolerismo. En esta nota el ministro solicitaba tambien la intervencion del gabinete de las Tullerías para lograr que Francisco II saliese de Roma.

Mientras se estudiaban los medios de poner en práctica todas ó la mayor parte de las medidas propuestas por la comision del bandolerismo se presentó á la Cámara un proyecto de ley para declarar en estado de sitio las provincias donde existian partidas borbónicas. En cada capital de provincia debia nombrarse una comision presidida por el prefecto para redactar listas de las personas sospechosas á quienes se supusiese en connivencia con los reaccionarios, fijar á estos un plazo para que se presentasen á las autoridades bajo pena de la vida si eran cogidos despues, y se facultaba á los prefectos para que de acuerdo con la comision dictasen las medidas preventivas necesarias. Los tribunales militares eran los únicos que debian entender en todos los hechos relativos al bandolerismo; debian imponer la pena de ser pasados por las armas á los prisioneros cogidos con armas en la mano y la de deportacion á cuantos estuviesen en relaciones directas ó indirectas con los reaccionarios. Este proyecto se puso en práctica por medio de un Real decreto. Al poco tiempo de regir este sistema de dura represion, las cárceles de las capitales de provincia se vieron atestadas de sospechosos de ambos sexos que permanecian en ellas hasta que les llegaba el turno de ser juzgados por el consejo de guerra. Tales fueron los funestos efectos de la ley Picca, asi llamada á causa del nombre de su autor, ley que admite la denuncia anónima origen de la mayor parte de las venganzas y violencias que se cometen en las provincias napolitanas.

Caruso y Chiavonne continuaron burlando los esfuerzos y la persecucion de las columnas. Estos dos cabecillas sostuvieron á últimos de mayo una accion muy reñida en el distrito de Arriano con una columna compuesta de tropa y guardia nacional; los borbónicos se hicieron fuertes en una posicion ventajosa á la orilla del rio Senora de la cual no pudieron desalojarles. Entre los muertos que tu-

vieron las fuerzas del gobierno contábase el señor Calabrese, capitán de la guardia nacional de Ossara, y el síndico señor Grillo. La guerra se fué sosteniendo todo el año 1863 sin ventajas decisivas por ninguna de ambas partes, y decimos sin ventajas decisivas porque ni las partidas podían prometerse arrojar á los piemonteses del reino, ni estos acabar con enemigos que huyen siempre, que solo esperan en los puntos donde pueden ofender impunemente y que tienen á su favor todos los recursos de un país escabroso, despoblado, falto de caminos y cubierto de inmensos bosques.

El 11 de junio ocurría en el puerto de Génova un incidente que por un momento pareció que iba á turbar algun tanto las buenas relaciones entre el gobierno de Turin y el gabinete de las Tullerías. En el vapor *Aunis* de las mensajerías imperiales, que llegó á dicho puerto el dia mencionado, iban cinco individuos que habian formado parte de una partida reaccionaria en el reino de Nápoles. Estos individuos eran los hermanos Cipriano y Giona (Jonatás) La Gala que tanto dieron que hacer á los jefes piemonteses. Los cinco borbónicos iba provistos de pasaportes en regla expedidos por la autoridad pontificia y refrendados en las embajadas de Francia y España. La captura de estos hombres, cogidos bajo la proteccion de la bandera francesa y cubiertos por el refrendo de su embajador en Roma, produjo notas y reclamaciones entre los dos gobiernos. El resultado de los despachos cambiados entre los gabinetes de Turin y Paris fué que para dar una especie de satisfaccion á la Francia el gobierno de Víctor Manuel le entregó los presos del *Aunis*.

El 25 de julio el ministro presentó á la Cámara de Turin los documentos relativos á este suceso, los cuales contenian un dictámen del ministro del interior, una nota de M. Sartiges, embajador francés, dirigida al gobierno italiano, una nota del Sr. Nigra al ministro de Negocios extranjeros de Paris, otra del Consejo de lo contencioso diplomático, otra del señor Visconti-Venosa y finalmente la contestacion del señor Nigra. De todos estos documentos se deducia que el gobierno de Víctor Manuel, conformándose con el convenio de setiembre de 1861, entregaba los presos á la Francia cuyo gobierno ofrecia en cambio tener á los cinco borbónicos en la cárcel hasta que se hubiese examinado detenidamente la demanda de extradicion.

El resultado de este exámen no podía ser favorable á Cipriano La Gala y demas compañeros, porque no hay cabecilla de los que operan en las provincias meridionales que no haya cometido crímenes mas ó menos graves y actos de violencia contra las personas y propiedades de los particulares ajenos á la lucha y á todo espíritu de partido. Desgraciadamente el gobierno italiano tenia sobrados motivos en qué fundar la estradicion y los cinco borbónicos le fueron al fin entregados para ser juzgados por los tribunales ordinarios del reino.

Las partidas reaccionarias continuaban en el mismo estado y recibian incesantemente refuerzos de individuos procedentes del extranjero ó del interior alistados por los comités secretos que existen en todas las ciudades de la Italia meridional. En diciembre la Cámara de diputados aprobó por 159 votos contra 51 la próroga de la ley de represion del bandolerismo que, como hemos dicho antes, fué puesta en práctica en las provincias por medio de un Real decreto. Sin embargo, es preciso decir que esa ley afectaba mas á las personas pasivas que á los hombres que hacian la guerra con las armas en la mano. Los consejos de guerra funcionaban sin cesar en las provincias invadidas por la reaccion y eran muy numerosas las deportaciones que se hacian á la alta Italia de individuos acusados de profesar opiniones borbónicas.

El territorio infestado por el bandolerismo fué dividido en dos zonas militares; la primera comprendia los distritos de Benevento, Molise y Matese, y la segunda los de Melfi, Boni y Avellino de cuyos mandos quedaron encargados el General Pallavicino y el coronel Franzini. El general La Mármora ensayó entonces el medio del soborno para acabar con las partidas ó desmembrarlas. El 7 de setiembre se presentaron en Rionero al jefe de las tropas piemontesas los cabecillas Crocco, Nincó-Nanco, Caruso y Tórtora y despues de tener con él una larga conversacion salieron en direccion á Lagopesole provistos de un salvo conducto para ir á proponer una transaccion á sus compañeros. Decian los diarios oficiosos de Nápoles que los cabecillas al salir de Rionero desplegaron la bandera nacional á los gritos de «¡Viva Víctor Manuel!»

Caruso fué fusilado en Benevento el dia 12 junto con su compa-

ñero Tota, jóven de diez y siete años. Caruso fué al patíbulo sereno y protestó hasta el último momento de su inocencia respecto á las calumnias y asesinatos que se le imputaban, diciendo que estaba dispuesto á presentarse cuando fué sorprendido. El cabecilla llevaba consigo una jóven llamada Filomena á cuyos padres asesinó para satisfacer una terrible venganza de esas que con tanta frecuencia conciben los hombres de los países meridionales. Filomena estaba embarazada cuando Caruzo fué capturado. Las autoridades pusieron en seguida en libertad á aquella jóven á quien el cabecilla retenia á su lado por fuerza. Caruso estaba apasionado de Filomena; por no abandonarla se habia espuesto muchas veces á caer en las manos de sus perseguidores, pues era un obstáculo para él en las largas y rápidas marchas que tenia que hacer para evitar las columnas piamontesas.

Caruso contaba solamente veinte y cinco años de edad y calculábase que durante los tres años que estuvo al frente de su partida hizo morir unas trescientas personas. A fines de octubre se dice que degolló con una navaja de afeitar á quince aldeanos á quienes acusaba de haber entregado á algunos individuos de su partida. Conducido al lugar del suplicio por entre una numerosa multitud que acudiera de varios puntos para presenciar su muerte, Caruso conservó una imperturbable serenidad hasta el último instante de su vida. Antes de morir se sacaron algunas fotografías de este cabecilla que reunia á una estatura pequeña una fisonomía bastante vulgar.

A principios de enero de 1864 se discutió en la Cámara de diputados la ley sobre el bandolerismo que rigiera hasta entonces por Real decreto en las provincias de la Italia meridional. Esta ley produjo acalorados debates en la Cámara y los diputados de la oposición la combatieron rudamente como inconstitucional. Los señores Crispi, Conforti y Ondes Reggio, al atacar esta ley discrecional revelaron algunas de las sangrientas arbitrariedades que á su sombra se cometían en las provincias napolitanas y en la isla de Sicilia.

Al hacer mencion de las atrocidades y atropellos que los piamonteses se permitían en la isla so pretesto de perseguir y capturar á los prófugos, el señor Ondes Reggio concluyó su discurso de la manera siguiente:

«La triste relacion de los sucesos que acabo de referir terminó con dos grandes iniquidades. Una de estas iniquidades, que hoy conoce todo el mundo, ocurrió en Petralia. Una noche el jefe de una partida de tropa llamó á la puerta de una cabaña situada en las montañas del interior. No se trataba de prender á ningun desertor, sino que se sospechaba que aquellos habitantes sabian el paradero del jóven prófugo á quien aquella partida perseguia. El dueño de la casa se negó á abrir la puerta. Los soldados dispararon entonces algunos tiros dirigidos á la ventana y pegaron fuego en seguida á la cabaña. Toda la familia, compuesta de un matrimonio y dos hijos, pereció envuelta en las llamas. ¿Y sabeis por qué el padre se negó á abrir la puerta? Porque habiéndolo hecho algunas noches antes los soldados violaron á su hija. Pasemos á otro hecho.»

»Encontrábase preso en Palermo un sordo-mudo en calidad de prófugo. Un día su madre pidió permiso para verlo y le fué negado. El amor de una madre sabe superar todos los obstáculos y esta mujer penetró en la cárcel. Al verla su hijo se arrojó en sus brazos y le enseñó las úlceras todavía ensangrentadas de ciento cincuenta y cuatro quemaduras que cubrian su cuerpo. La madre le limpió las llagas con el pañuelo y le dió un pedazo de pan, pues el pobre muchacho estaba medio muerto de hambre. El sordo-mudo habia sufrido todas estas torturas porque los piemonteses creian que su sordera era fingida.»

En Licata, ciudad de bastante importancia, se ocultaban algunos prófugos de los cuales los piemonteses no podian apoderarse por mas registros que practicaban en las casas sospechosas. El comandante Frigorio se presentó un día en las inmediaciones de la ciudad con una columna y la tuvo cercada por algunos dias sin que los registros que mandó verificar en la poblacion diesen resultado alguno. El jefe piemontés mandó entonces publicar el bando siguiente: —«Si mañana al medio día no se han presentado todos los prófugos y desertores que se ocultan en la ciudad, los habitantes quedarán privados de agua, y se hará fuego contra toda persona que vaya á la fuente, sin perjuicio de otras penas mas severas.» Esta órden terrible no se llevó á efecto por las reclamaciones y protestas de los éonsules extranjeros.

Hé ahí, pues, el estado de Sicilia á los tres años de encontrarse bajo el dominio de la casa de Saboya y bajo un régimen llamado liberal. ¿Hicieron mas, ni tanto siquiera, los Borbones con su pretendida tiranía? Y sin embargo, el gobierno de Turin aprobó todas estas y otras muchas violencias cometidas en Sicilia por sus tropas y toleradas por sus delegados. El voto de censura presentado con este motivo por el diputado Ondes Reggio contra la política del gobierno en la isla de Sicilia fué apoyado por cincuenta y dos votos. El gobierno tuvo mayoría, pero el resultado de la votacion produjo tanta indignacion entre los diputados sicilianos que veinte y dos de ellos, entre los cuales se contaba Garibaldi, hicieron dimision de su cargo, manifestando que ningun hombre honrado podia continuar formando parte de la Cámara despues de una votacion que sancionaba unos actos tan bárbaros y despóticos permitidos por un gobierno constitucional.

A mediados de marzo la guardia nacional de Avigliano dió muerte á Ninco-Nanco uno de los cabecillas mas activos y belicosos de la Italia meridional. La partida de este jefe habia sufrido una persecucion tan activa que tuvo al fin que dispersarse para desorientar á las columnas. Ninco-Nanco se dirigió con unos cuantos hombres hácia las inmediaciones de aquella ciudad, cuya guardia nacional salió en su persecucion luego que tuvo noticia de que aquel cabecilla vagaba por el distrito. Los nacionales encontraron por último á los borbónicos y los atacaron, siendo Ninco-Nanco uno de los primeros que cayeron en la refriega.

Hasta la fecha presente el bandolerismo ha continuado en el mismo estado. Como en los años anteriores, las partidas aumentaron á medida que adelantaba la primavera. La persecucion no ha cesado un instante y así los perseguidores como los perseguidos contaron sus sorpresas y descalabros recíprocos, si bien es verdad que las derrotas fueron siempre mas desastrosas cuando las sufrieron las columnas piamontesas.

A principios de julio las autoridades de Nápoles apelaron nuevamente al soborno para acabar con los jefes del bandolerismo contra los cuales era poco menos que inútil la persecucion. La comision militar de la Capitanata puso á premio la cabeza de algunos cabe-

cillas ofreciendo tres mil ducados por la de Tamburini; igual cantidad por la de Primiano; dos mil por la de Albanese, y mil quinientos por la de Fuocco, Tomasino y Guerra. Sin embargo de que hacia ya mucho tiempo que el general Pallavicino habia ofrecido cuatro mil duros al que le presentase á Crocco vivo ó muerto, este astuto cabecilla se ha burlado siempre de la persecucion así como de las acechanzas de los piemonteses, y puede decirse que ha sido el jefe que mas pérdidas les ha hecho experimentar en esta guerra que parece interminable.

Si la aplicacion de la ley Picca no dá resultado alguno contra el bandolerismo, en cambio veja á los borbónicos pasivos de una manera atroz y se presta á satisfacer esas venganzas traidoras propias de todo país en donde las pasiones están exacerbadas como en el reino de Nápoles. Los piemonteses han adoptado en las provincias meridionales el mismo sistema que los rusos en Polonia; y á juzgar por los numerosos convoyes de deportados que salen á cada momento de Nápoles en direccion de la Alta Italia ó de las islas dependientes del Piemonte, podria creerse que el gobierno de Turin se ha propuesto realizar tambien en grande escala un trasiego de poblacion. Hasta qué punto el sistema de rigor que el gobierno de Víctor Manuel ha adoptado en la Italia meridional puede ser conveniente á la realizacion del pensamiento unitario es imposible decirlo. El gobierno italiano se desvirtúa á los ojos del país y de la Europa, teniendo que regir á las provincias meridionales por medio de una ley dura y escepcional y continuar en nombre de la libertad un sistema de represion y de repugnantes castigos que no se conocieron en Nápoles en ninguna época del reinado de los Borbones.

Es imposible calcular cuándo volverá á imperar en Nápoles el régimen legal, cuándo podrán disfrutar los napolitanos de los beneficios del gobierno representativo, ni cuántos años durará todavía esa lucha del bandolerismo, esa guerra civil sorda y lenta que entretiene cien mil hombres, que debilita la Italia, y que á mas de causar numerosas bajas en el ejército cuesta, segun dijo un diputado en la Cámara, doscientos millones anuales sobre los gastos ordinarios.

Los prisioneros del Aunis.

La vista de la causa de los prisioneros del *Aunis* ha sido uno de los incidentes mas notables ocurridos en los anales del bandolerismo, uno de esos sucesos que exhiben al público los grandes crímenes que se pueden cometer á la sombra de una bandera política y que prueban que hay causas que, por justas que sean, pierden y se desprestigian cuando se encargan de ellas malos defensores. Francisco II hubiera ganado mucho en nuestro concepto en la opinion pública europea, si cuando despues de la capitulacion de la ciudadela de Messina relevó á sus tropas del juramento de fidelidad hubiese manifestado que toda bandera que se levantase en el reino de Nápoles sin su autorizacion no debia considerarse por nadie como una bandera política, como un movimiento consentido por él para intentar una restauracion imposible en aquellos momentos. Francisco II y los que le rodearon no debieron permitir que se sacrificasen inútilmente los hombres de buena fé adictos á su persona, ni que bandidos célebres por sus crímenes empuñasen para levantarla la bandera borbónica caída al suelo en Gaeta.

Francisco II hubiera dado con esto una prueba de resignacion en su desgracia como la han dado otros príncipes en Europa; hubiera hecho un gran bien á la humanidad, hubiera hecho ver que hacia por sus súbditos el último sacrificio que le permitiera su posicion; habria ganado en el concepto de la Europa, y no hubiese gastado una parte de los recursos que salvara de aquella gran calástrofe empleándolos en fomentar ó en permitir que otros fomentasen en su nombre una guerra civil de mala ley.

Y nosotros que hemos combatido aquel despojo y que dijimos muy alto desde el principio de la invasion del reino de las Dos-Sicilias que esa conquista era demasiado interesada é inmoral verificada por el Piamonte, reconocemos en Francisco II el derecho de recobrar sus Estados siempre que pueda hacerlo con hombres y elementos que le ofrezcan cuando menos algunas probabilidades de éxito. Francisco II debió convencerse que en la época actual no eran posibles los prodigios de Fra-Diávolo, y que hoy los soberanos de-

fienden ó reconquistan su reino por medio de la fuerza moral primero y la fuerza física despues; pero con la fuerza física representada por corazones grandes, nobles, por apellidos históricos asociados á las glorias nacionales, con hombres de honor.

Si el pueblo de Nápoles estaba descontento de su dinastía,—y tenia motivos para estarlo,— á él le tocaba hacerse justicia y no encargar la obra á un monarca extranjero haciéndole el sacrificio de su nacionalidad. En medio de los grandes cataclismos sociales y entre los desvarios de las naciones, Inglaterra y Francia conduciendo á sus soberanos al patíbulo empujadas por el vértigo revolucionario se presentan mas grandes á nuestros ojos que el pueblo de Nápoles aplaudiendo mientras que un vecino ambicioso le desembarazaba del peso de una dinastía, contra cuyo despotismo no supo alzarse en su tiempo de una manera digna. Hay asuntos domésticos que una nacion no puede encomendar á mano agena sin dejar gravemente comprometidos su buen nombre y su decoro. Todo lo que Nápoles ha permitido hacer á unos cuantos emigrados vengativos apoyados por un ejército extranjero estaria bien hecho, inclusa la anexion, siendo el resultado de un movimiento espontáneo verificado por la nacion.

Pero un pueblo que tiene historia y elementos de vida propia no debe sufrir que le impongan una esclavitud odiosa ni que le den una libertad interesada; que en nombre de un pensamiento ambicioso una nacion de ayer lo absorba hasta el punto de borrarle el nombre y los recuerdos de un pasado remoto y glorioso.

Y así como deploramos esa apatía de un país que renuncia indiferente á su nacionalidad, nos duele ver á un soberano destronado que, al abandonar su reino, deja que tremolen el estandarte de la legitimidad hombres como los que están al frente de las partidas que se titulan borbónicas y que combaten tomando el nombre de Francisco II. Si el hijo de Fernando II no podia contar con otros defensores, no debió pensar mas en la reconquista de un trono para cuya defensa no se desenvainó una espada ilustre, debió sepultar en la tumba del olvido una bandera que no quiso empuñar ninguna mano noble y honrada. Esto hace que se presente á nuestra mente asombrada un terrible dilema: ó la nacion fué indigna del monarca ó el monarca indigno de la nacion.

Al ver comparecer ante el Tribunal de los Assises de Santa María á Cipriano La Gala llamándose defensor de una dinastía, por la cual ha combatido tres años, comprendemos que esa dinastía no tenga otros defensores. Ningun hombre digno, militar ni civil, querrá encontrarse confundido ni por el lazo de una causa política con los hechos de los cabecillas napolitanos. Si se diese al público la historia de los actuales defensores de Francisco II en un proceso visto ante un Tribunal como el de Santa María, habria motivo para que todo napolitano se avergonzase de pertenecer al partido borbónico. Nosotros no somos napolitanos y casi se nos cae la pluma de las manos al ofrecer á nuestros lectores el extracto del proceso de los llamados prisioneros del *Aunis*.

Los cuatro procesados salieron de Roma con pasaportes en regla, viajando con el título de industriales. Presos y entregados con los pormenores que hemos referido, los cuatro borbónicos fueron conducidos á Nápoles; pero como habian cometido sus crímenes en otro distrito el Tribunal de apelacion los envió ante el Tribunal de los Assises de Santa María que presidió el señor Filipo Capone. Ocupó el asiento del ministerio fiscal el señor Pascal Giliberti, el mismo que sostuvo la acusacion contra la princesa Barberini-Sciarra.

Los acusados nada tenian en su aspecto que hiciese adivinar al célebre y característico bandolero napolitano; parecian mas bien obreros decentes vestidos en traje de día de fiesta. Sin embargo, el que podia examinarlos de cerca descubria en ellos cierta analogía entre su fisonomía y su estado moral.

Cipriano era un hombre de poca estatura, de mirada inquieta y frente movible; sus labios delgados estaban siempre cerrados con violencia y su voz tenia mucho de femenino. En el conjunto de este cabecilla habia algo propio de la raza felina.

Su hermano Giona era mas esbelto, pero su fisonomía era mucho mas repulsiva; acusábasele de actos terribles de crueldad.

D'Avanzo, el tercer acusado, fué gendarme en tiempo de la dinastía borbónica; este hombre conservaba todavía cierto aspecto militar, y al verle cualquiera hubiese creído que acababa de quitarse el uniforme para vestir un traje de paisano que desdecia de su persona.

Papa, con sus facciones prominentes cubiertas de una palidez que revelaba las fatigas de una vida azarosa, miraba con indiferencia al público y prestaba poca atención á los debates. Los acusados fueron colocados sobre un pequeño estrado cerrado con una verja de hierro, á la izquierda del presidente; custodiábanles un número considerable de gendarmes. Además de una escolta proporcionada, los acusados iban atados fuertemente de dos en dos al ser conducidos de la cárcel al Tribunal cuya distancia era bastante larga.

Después de las formalidades de costumbre abriéronse los debates, empezando por la lectura de la sentencia del Tribunal de apelación de Nápoles mandando que los acusados fuesen juzgados por el Tribunal de Assises de Santa María.

El Presidente hizo un resumen á los señores jurados de los capítulos de acusación que se referían á cuatro homicidios cometidos en cuadrilla; Papa debía responder de otro hecho especial, los hermanos La Gala de seis homicidios mas, de seis *gessationi* (robos ó violencias) y de otros robos y ataques á mano armada.

Los acusados iban á ser interrogados cuando sus defensores espusieron algunas dificultades respecto á la competencia del Tribunal apoyándose en el delito político que acompañaba el delito comun. Los defensores pidieron tambien que se aplazasen los debates en razon á que faltaba el acta de estradición de los acusados.

El fiscal pidió al Tribunal que se prosiguiesen los debates diciendo que trataría de presentar una copia cuando menos del documento que se echaba de menos; el Tribunal accedió á la súplica del fiscal.

Cipriano contestó con la seguridad de un hombre que tiene bien estudiada su defensa. Nada sabía de las acusaciones que pesaban sobre él. Dijo que si estos hechos habían existido realmente otro debía ser el responsable. Él habia tratado de vivir siempre honradamente. Tomó las armas para defender á su soberano, y si bien era verdad que habia exigido dinero á los particulares, era porque no se dejaba llegar á sus manos los fondos que se le remitían como defensor de la dinastía borbónica. Nunca tocó un solo cabello á nadie absolutamente ni era capaz de matar una mosca. Todo esto lo decía Cipriano en el lenguaje rústico de los habitantes de la montaña, con

una voz de falsete poco agradable, gesticulando y dándose el aire de víctima perseguida.

Su hermano Giona fué mas seco en sus negativas; los otros dos acusados siguieron el mismo sistema.

El dia 1.º de marzo, á las nueve de la mañana, continuó la vista del proceso. El público que asistia á este acto era numerosísimo y hasta los corredores estaban atestados de gente ansiosa de ver á los acusados. En el estrado del Tribunal habia muchas señoras confundidas con los periodistas y personas distinguidas que habian obtenido billete de entrada.

El Presidente leyó la lista de los jurados y en seguida advirtió á los acusados que prestasen atencion porque iba á continuar la vista de la causa.

Cipriano La Gala y su hermano Giona nacieron en Nola. Bajo el reinado de la dinastía borbónica habian cometido ya varios robos y algunos homicidios, y, aunque muy jóvenes, espieron estos crímenes con algunos años de presidio cuya condena estinguieron en Nisida y en Ischia.

Cuando estalló la revolucion de 1860 se encontraron en libertad. La primera diligencia que hicieron fue ir á asesinar á un testigo de su causa á quien hacian responsable de su primera condena. Esto les obligó á huir á la montaña y entonces era precisamente cuando el bandolerismo empezaba á levantar la cabeza en el reino de Nápoles. Los dos hermanos ingresaron en una partida y al poco tiempo se hicieron jefes y levantaron otra por cuenta suya.

Los hermanos La Gala eran campesinos sin instruccion, pero inteligentes. Cipriano, el mayor, de edad de treinta años, no sabia leer y firmaba con mucho trabajo. Giona escribia algo, pero ambos se espresaban bastante mal y en lenguaje toseo.

Unióseles en la montaña un campesino de pequeña estatura, pero que revelaba en su fisonomía una grande astucia y una crueldad impenetrable: este individuo era Papa: asesinó á un sacerdote que creia enemigo de su familia y fué á reunirse con los hermanos La Gala, con los cuales formó un triunvirato indisoluble, estableciéndose entre ellos una distribucion de poderes en la forma siguiente. Cipriano representaba el poder deliberativo, Giona el ejecutivo, mientras que

Papa servia activamente tan pronto al uno como al otro de los hermanos.

Faltaba á este triunvirato un secretario el cual encontraron pronto en la persona de Giovanni D'Avanzo, ex-gendarme borbónico. D'Avanzo poseia bastante instruccion; él era quien escribia las cartas de rescates y de vez en cuando componia algunas poesías en honor de su superior Cipriano. En el proceso D'Avanzo figuraba como el poeta de la partida.

Aun cuando D'Avanzo se encontraba presente en todos los crímenes cometidos por los tres jefes, él nunca hizo daño á ningun prisionero; al contrario, distraíales muchas veces refiriéndoles historias. Los de la partida le nombraban por el título de *secretario*.

La fuerza de Cipriano se componia de prófugos, de hombres sospechosos y de algunos jóvenes campesinos seducidos tal vez por la esperanza de tocar grandes beneficios. Cipriano llegó á reunir de esta manera una partida de cuatrocientos hombres que se fraccionaban y volvian á reunirse segun las expediciones que se proponian emprender. Cipriano sorprendió un dia la cárcel de Caserta y aumentó su partida con cincuenta presos que le siguieron deseosos de recobrar su libertad. Mas tarde se propuso dar un golpe de mano contra la misma cárcel de Santa María en la cual se encontraba preso á la vista de su causa, pero tropezó con tantos inconvenientes que esta empresa no pasó de proyecto.

Los hermanos La Gala desplegaron mucha actividad contra los piamonteses y consiguieron algunos triunfos sobre ellos. Un dia Cipriano estableció un gobierno provisional en Terrazano y hasta llegó á creerse que estaba llamado á representar un gran papel político. Cipriano era muy vanidoso y le gustaba mucho que los diarios se ocupasen de su persona; antes de mandar cortar las orejas á las personas que guardaba en cautiverio les preguntaba:

—¿Habeis oido hablar de Cipriano La Gala en los periódicos? pues bien, soy yo.»

En la defensa misma se advertia esta debilidad de Cipriano; atribuíase los hechos que él creia meritorios, los cuales referia con cierta complacencia, y achacaba los crímenes á inferiores suyos que ya habian dejado de existir. Sin embargo de que los crímenes de

que se acusaba á los hermanos La Gala eran muchos, citaremos solamente los mas notables y mas curiosos por su crueldad.

Cipriano, segun consta en el proceso, secuestró un jóven del pueblo de Avelta llamado Vincenzo d'Avanzo, hijo de un pobre zapatero: Cipriano pedia á su familia cuatrocientas piastras (unos 8,000 rs.) por su rescate. Hé ahí la primera carta que La Gala envió á la familia juntamente con la del hijo cautivo:

«Mi querido Domenico:

«Por esta segunda carta te hago saber que si por todo este dia no me envias la suma de 400 piastras te remitiré por el mismo dador, la cabeza de tu hijo, y si falta un solo sueldo lo mataré igualmente. Me presentaré en vuestra casa y sufrireis otros males.

«Cipriano La Gala.»

«Querido padre; os suplico que enviéis la suma pedida si me amais como se ama á un hijo. Sacadme de las penas en que me encuentro, pues quiero volver á mi casa. Quiero salir de las angustias que padezco. Hacedlo por piedad; pues no sé en qué sitio me encuentro. Beso vuestras manos y la de todos los de casa.

«Vincenzo d'Avanzo.»

El infeliz reunió cincuenta francos y algunas provisiones los cuales mandó á Cipriano por conducto de una mujer, especie de agente de negocios del cabecilla, á la que los testigos veian con frecuencia á su lado.

Este sacrificio no era bastante. El padre recibió otra carta escrita por el jóven prisionero que decia así:

«Querida madre: os suplico que enviéis la suma de cuatrocientas piastras. No me condeneis á morir de terror, pues esta gente tiene siempre el puñal en la mano para matarme. Si me amais como hijo no me dejéis en estos trabajos.»

Seguia esta posdata:

«Querido Domenico: si falta un grano á la suma de cuatrocientas piastras, y si hoy no recibo esta cantidad, pensad que esta noche recibireis la cabeza de vuestro hijo.»

Esta correspondencia iba dirigida á las manos de un hermano lego del convento de franciscanos de Avelta á quien se suplicaba que la enviase á los padres del cautivo. El hermano lego apenas

sabia leer y entregó la carta á su superior. Este mandó quemar la carta suplicatoria, diciendo despues que se devolviese la otra á la persona que la habia traído.

No pudiendo encontrarse el portador envióse la carta al padre del primero. Es inútil pintar la desesperacion de la familia del jóven d'Avanzo. Los padres del convento de San Francisco comparecieron como testigos; sus declaraciones fueron confusas y contradictorias; esto sucede casi con todos los testigos napolitanos. El presidente amonestó severamente al superior, diciéndole que debió haber presentado á la justicia una carta en la cual se amenazaba á un padre con enviarle la cabeza de su hijo.

Llegado el turno al jóven Vincenzo, el público le escuchaba con religioso silencio. El testigo contó con claridad y sin la menor turbacion todas las circunstancias de su captura. Seguía á los bandidos á todas partes; dijo que le trataban bien y hasta le entregaron un fusil con el cual le obligaron á hacer fuego un dia que una partida de nacionales acosaba á la gente de Cipriano. Sin embargo, d'Avanzo hizo observar que procuraba tirar alto, observacion que hizo reir al público. Un dia cogió un ramillete de fresas del cual hizo un presente al jefe. El jóven Vincenzo continuó este ejercicio hasta que un dia en vez de llevar las fresas á Cipriano se le ocurrió ir á presentarlas á su padre.

—*Presidente*: ¿Conoces á Cipriano?

—*Vincenzo*: ¡Vaya si le conozco!

—¿Quién te dijo que se llamaba Cipriano La Gala?

—Él y todos los demás que le llamaban cabo Cipriano.

—¿Está en esta sala?

—Sí, allí está, miradle.

—¿Conoces al otro?

—Sí, es su hermano, el cabo Giona.

—¿Y al tercero le conoces tambien? (era D'Avanzo.)

—No, señor.»

En efecto este acusado no formaba todavía parte de la partida ó estaba ausente durante el cautiverio del jóven Vincenzo.

Este era el hecho mas benigno que contenia el proceso. Ahora vienen los asuntos dramáticos y finalmente los trágicos.

Aurra es un pueblecillo rural distante algunas millas de Nápoles, situado en la llanura que atraviesa el camino de hierro de Roma. Los hechos que siguen ahora ocurrieron en el término del pueblecillo que acabamos de nombrar.

Magdalena Loffano se encontraba en la alquería rodeada de varias mujeres ocupadas en las múltiples tareas de una casa de labranza. De repente Magdalena vió delante de ella á Giona La Gala que le pidió un trago. La mujer iba á responderle cuando sin saber cómo se encontró cercada por otros cuatro individuos. Giona le arrebató el manajo de llaves que pendía de su cintura y se apoderó de cuantos objetos escitaron su codicia. Al mismo tiempo uno de los bandidos le arrancó los pendientes de las orejas y al marcharse obligáronla á seguirles á la montaña maltratándola mucho durante el camino. Magdalena permaneció cuatro días entre los bandidos y no recobró su libertad hasta que su marido hubo enviado en distintas veces una suma de 12,750 francos y varias provisiones.

Magdalena era una anciana de setenta y cinco años. Esta mujer declaró con una seguridad sorprendente los hechos que á ella se referían y respondía á las preguntas del juez con otras preguntas hechas con un movimiento de impaciencia pero lleno de convicción.

—*Presidente*: ¿Conoceis á Giona?

—*Magdalena*: ¡Cómo si le conozco! ¿No he de conocerle si fué él quien me prendió y me tuvo cuatro días y cuatro noches en la montaña?

—¿Quién os ha dicho que aquel hombre era Giona La Gala?

—¡Quién me lo ha dicho! Me lo ha dicho todo el mundo, oí como todos los suyos le llamaban cabo Giona.

—¿Le conoceríais si le vieséis?

—¡Vaya si le conocería!

—¡Lo veis en la sala!

—¿No he de verle? ¡es aquel!

—¿Cuál?

—Aquel, os digo.

—Y al otro ¿le conoceis?

—Aquel otro es el cabo Cipriano, hermano de Giona.»

Los acusados miraban á la pobre anciana con ojos amenazadores. Magdalena reconoció tambien á Papa á quien los de la partida llamaban *Zeppe-Zeppe*.

Despues de Magdalena Loffano entraron en la sala del tribunal una detrás de otra cuatro jóvenes de la misma casa que sufrieron aquel dia los mas bárbaros y brutales insultos de los bandidos. Estas jóvenes parecian atemorizadas y no se atrevian á mirar á los acusados; en este temor tomaba mas parte la vergüenza que el miedo. La uniformidad de sus declaraciones indicaba que habian estudiado antes lo que tenian que decir.

Antes de interrogar á estas jóvenes el presidente pidió perdon al público, diciendo que su deber le imponia la obligacion de hacer preguntas que le repugnaban, pero que eran necesarias para determinar los hechos. El presidente, dirigiéndose á las señoras que estaban á su alrededor, les advirtió que iban á oir ciertas cosas..... que hacen bajar cuando menos la vista y colorear las mejillas de las mujeres que estiman la preciosa jöya de su honor. El presidente decia esto á media voz sin duda para que las señoras le perdonasen la advertencia, mientras que ellas tomaban una actitud modesta y conveniente.

—*Presidente*: ¿Qué ocurrió en la alquería?

—*Testigo*: Me robaron los pendientes.

—¿Y qué mas?

—Nos pegaron. (Profundo silencio.)

—¿Os hicieron algo mas?

—Sí, señor.

—¿Qué os hicieron? ¡decid!

—Señor juez, todo lo que hicieron á Jesus crucificado.»

Esta fué la fórmula escogida por aquellas pobres jóvenes campesinas para hacer comprender las brutalidades cometidas contra su inocencia. El tribunal tuvo el buen gusto de no querer averiguar nada mas y la delicadeza de ahorrar á las víctimas el sonrojo de reconocer á sus verdugos. Al salir de la sala el público acompañó á aquellas jóvenes con miradas de compasiva benevolencia hasta perderlas de vista.

La última de estas jóvenes, que tenía solamente diez y siete años cuando los bandidos sorprendieron la alquería, fué la única que se libró de sus atropellos y la que en medio de este cuadro repugnante se presentó á los ojos del público como un tipo de inocencia. Su tez pálida, sus cabellos negros con el ébano partidos como los de una vírgen, su traje sencillo, su actitud modesta, y sus manos plegadas sobre el pecho le daban un aspecto casi sobrenatural. Esta joven salió con paso lento y tímido en medio de un profundo silencio, oyéndose tan solo el ruido que sus chinelas de madera hacían al tocar en el pavimento de la sala. El público la siguió con cierta emoción hasta que estuvo fuera de la sala.

La sesión se suspendió por breves instantes antes de proceder al exámen de los testigos mutilados. Estos crímenes fueron cometidos en las cercanías de Cervinara el 27 de noviembre y días sucesivos, siendo víctimas de ellas una familia respetable llamada Abbate.

La aparición del testigo Giuseppe Abbate en la sala del tribunal produjo una triste sensación. Este hombre, entrado ya en la edad madura y vestido con el traje que usan los campesinos de buena posición, tenía las orejas cortadas de raíz y refirió con calma y voz entera la manera como Giona lo había mutilado.

—«Tenemos cinco prisioneros, dijo Giona en su presencia, y todavía no ha venido del llano dinero ni víveres.»

El bandido sacó entonces un puñal de doble filo y cortó al testigo, que estaba arrodillado delante de él, una oreja que envió en seguida á su padre. Por la noche un criado trajo algun dinero y una gran cantidad de víveres. Giona no se dió por satisfecho y cortó la otra oreja al prisionero. El mensajero pidió á Giona un recibo de lo entregado.

—Toma, le dijo entregándole la oreja envuelta en un papel, y díles que si falta un sueldo á los seiscientos ducados mañana le mandaré la cabeza.»

El padre de Giuseppe refería al Tribunal, atemorizado por aquel recuerdo, como iba enseñando las orejas de su hijo á los amigos para que le prestasen la cantidad que debía salvarle la vida. Este hombre conmovió á los oyentes cuando dijo llorando que no era

rico; pero que no sentia los seiscientos ducados, puesto que habia recobrado á su hijo.

La mujer de Abbate era una aldeana vestida con cierto esmero. La emocion no la dejó hablar y pidió que se le permitiese respirar un momento; los jueces la hicieron sentar.

Preguntado por el presidente que tenia que responder á estas declaraciones, Giona contestó con la mayor sangre fria que se encontraba en Roma cuando ocurrieron aquellos hechos y que si los testigos pretenden reconocerle es porque todo el mundo lo señala al ser conducido de la cárcel á la sala del Tribunal. Giona negó que él hubiese hecho nunca semejantes cosas.

Domenico Abbate, notario de San-Martino, refirió tambien un principio de mutilacion, pues le cortaron media oreja. El notario trató de su rescate con Cipriano en persona y reconocióle tantas veces como quiso el presidente. Cipriano recibió de las manos de un mensajero enviado por la familia de Domenico los doscientos ducados que debian volverle la libertad.

El público admiró la declaracion clara y firme de este testigo. Era un jóven de elevada estatura, de fisonomía simpática y de maneras sencillas y nobles.

El interés subió de punto cuando se presentó á declarar un aldeano de semblante abierto y vivo que se encontraba entre los cautivos y que por lo mismo presenció todos estos hechos. Este jóven refirió con sorprendente llaneza que asistió á la estraña ejecucion verificada por Giona. El cabecilla llamaba á sus víctimas una despues de otra; cuando le llegó el turno á él no aguardó que le llamase sino que se adelantó espontáneamente. Entonces Giona le dijo una mala palabra...

El jóven aldeano recibió su despido, y como la partida carecia de víveres, Giona le dijo que le enviase los que pudiese reunir.

—Seria mas propio, contestó el aldeano, que vosotros me die-seis á mí algo para comer; ya veis que soy un pobre mozo de labranza que nada posee.»

Giona dijo entonces á su hermano Cipriano.»

—Dale cinco francos y que nos envíe pan.

El jóven tomó los cinco francos, pero en el camino encontró á un

individuo de la partida á quien entregó el dinero diciéndole que lo diese á su jefe.

Giona manifestaba cierta impaciencia al oír lo que decía el aldeano, lo cual observado por este le dijo:

—¡Cómo quieres que te desconozca cuando te ví toda una noche tendido junto á la lumbre con una gorra blanca, y te oí llamar cien veces, «¡cabo Giona! ¡cabo Giona!»

Despréndese de las declaraciones de los testigos que Giona era el mas desalmado de los dos hermanos á pesar de ser menor. Desempeñaba el poder ejecutivo, pero se le oía decir con frecuencia.— «Mi hermano no sabe ser bandido; yo debiera ser el jefe de la partida.»

En seguida vino la audición de los testigos relativos al asesinato de un sacerdote cometido por Papa. Observábase en el curso de este proceso que la presencia de los acusados ejercía todavía cierto terror sobre alguno de los testigos; éstos no se atrevían á mirarlos á la cara y pronunciaban su nombre á media voz.

En la audiencia del 6 de marzo el tribunal se ocupó de la muerte de un cabo de gendarmes acaecida el 6 de enero de 1862. Cipriano se retiraba á Roma perseguido de cerca por la fuerza pública. Los gendarmes de Grazianize supieron que los reaccionarios se encontraban en una casa de campo propiedad del príncipe Strongoli y se dirigieron á ella; era de noche. El cabo se acercó á la puerta y fué muerto de un tiro disparado por Cipriano que vigilaba en tanto que dormían su hermano y otros dos que iban con él.

Cuando ocurrió esta escena Cipriano estaba sentado á la orilla de la lumbre con uno de los testigos al cual preguntaba:

—¿Has oído lo que dicen los diarios acerca de Cipriano La Gala? pues soy yo.»

Cipriano oyó ruido á fuera y asomándose á la ventana gritó:

—¿Quien vive?

—Garibaldi, respondió el cabo.

—¡Hola! dijo Cipriano, ¡nos han vendido!

Cipriano dió la voz de alarma, y corrió hácia la puerta que el cabo tenía ya medio abierta, entonces fué cuando el cabecilla derribó al cabo de un tiro, en tanto que él recibía al mismo tiempo una herida grave en una mano.

Los bandidos consiguieron cerrar y atrancar la puerta y se escaparon saltando por detrás de la casa. Los fugitivos tuvieron la audacia de ir á llamar á la puerta de otra casa de campo no lejos de allí.

—¿Quién vá? respondieron de dentro.

—Unas mujeres estraviadas, dijeron los fugitivos.

—¡Cómo! ¿mujeres con fusiles!

—No temais; somos nacionales que vamos en persecucion de unos bandidos, traemos con nosotros un herido y os pedimos auxilio.»

Esto sucedía el 6 de enero, el dia de Reyes de 1862. Había en la casa de campo seis curas que se habian reunido allí para una partida de caza, y todos seis declararon que habian ayudado á curar á Cipriano, al que no conocieron ni supieron quien era hasta que se hubieron marchado.

Los acusados tenian que responder en seguida de la muerte de otros dos gendarmes asesinados en el camino de Cimitile, cerca de Nola. Los dos gendarmes escoltaban el correo, y al dia siguiente, fueron encontrados muertos y desnudos en la carretera. Probóse que la partida se habia dividido en dos grupos. [El primero, mandado por Cipriano y D'Avanzo marchó delante; el otro á las órdenes de Giona y Papa se quedó atrás, y fué el que encontró el correo. Giona hirió al conductor, mató los caballos y á los gendarmes y robó la correspondencia y los efectos que conducía el correo. Esto, sin embargo, tiene carácter político y por lo mismo pasaremos á los hechos privados ó atentados contra particulares.

Domenico Papa estaba acusado de un asesinato especial en el que no tomaron parte los hermanos La Gala. La víctima fué su vecino Mazzone.

Dijeron á Papa que el cura Mazzone, hermano del muerto, habia hablado muy mal de él. Papa toma su fusil y se hizo acompañar por un hermano suyo. En tanto que este tiraba piedras á una ventana para que la víctima se asomase á ver lo que era aquello, Papa se puso en acecho. Pascal Mazzone salió al umbral de la puerta con una hoz en la mano y el asesino le disparó un tiro que le dejó cadáver. Este crimen llevó á Papa á buscar un refugio en la partida

de Cipriano La Gala. Papa no negó el asesinato; dijo solamente que el tiro salió por casualidad, puesto que su objeto no era otro que hacer miedo á Mazzone, añadiendo que su muerte le causó un gran pesar.

Despues llegó su turno á un drama terrible, al asesinato lento de un anciano sacerdote llamado don Giacomo Viscusi. El testigo que declaró sobre este hecho era un sobrino de la víctima, jóven elegante y bien vestido que se espresaba en un italiano puro. He ahí lo que dijo en medio del profundo silencio que reinaba entre el auditorio.

«El 2 de setiembre de 1861 mi casa de campo fué invadida por Cipriano y Giona La Gala acompañados de ochenta y cinco hombres armados.

«Ví que mi cuñado corria hácia donde se encontraba mi tio gritando—¡huid! ¡huid! El pobre se arrojó por una ventana. Mi tio y yo fuimos cogidos y conducidos á la presencia de Cipriano; nos pidió dinero y ambos nos negamos á darlo. Casi desnudos, pues era al amanecer, los bandidos nos hicieron seguirles á la montaña. Al hacer alto, Cipriano nos pidió 12,000 ducados (mas de 9000-duros). Hicimosle observar que era imposible que nuestros parientes encontrasen esta enorme suma. Sin embargo, obligáronme á escribir una carta á la familia pidiendo esta cantidad.

«El portador de la carta fué Rafael Brigantino que habia sido preso con nosotros. Nuestra familia mandó repetidas veces dinero y provisiones, pero por eso no se nos ponía en libertad. Estábamos muy mal vestidos; mi tio marchaba por un terreno pedregoso en chancletas; hacíannos dormir al raso y esto era terrible para mi tio que contaba sesenta y tres años de edad.

«Un dia nos enviaron de casa pan de maiz en vez de pan blanco porque probablemente se les habia acabado la harina.

«Giona se enfureció; cogiendo á mi tio y colocándolo entre el señor Ruotelo (otro preso) y yo, le cortó la oreja derecha con un afilado puñal que sostenía entre sus dientes.

«Al ver esto, el señor Ruotelo se puso á temblar y le dieron convulsiones. Giona, irritado como un tigre, le dijo:—« ¡Por Dios! ¡aquí nadie tiembla!

«Mi pobre tio sufría mucho y de vez en cuando invocaba á la

Virgen del Cármen. Giona exclamó con ferocidad:—«¡Silencio! ¡aquí no se nombra á la Madona ni á los santos, sino al diablo!

«Viendo que habian transcurrido cuatro dias y que no se habia recibido todo el dinero que querian, les dije:—¿Cómo quereis que envíen dinero si nos teneis á todos aquí?» Entonces me dejaron en libertad. Dirigime á Arienzo y despues á mi pueblo y pude recojer 1750 ducados, cuya cantidad les remití.

«Esta suma hubiera bastado tal vez para salvar á mi tio, pero un bandido llamado Rafaniello dijo un dia:—¿Todavía no habeis muerto á ese carbonario?... y acompañó á este dicho algunas malas palabras. Supe despues que mi pobre tio recibió cien puñaladas, que le arrojaron dentro de una especie de pozo echándole finalmente en cima mas de dos carretadas de piedras.

—*El presidente:* ¿Dónde estaba Cipriano cuando cortaron la oreja á vuestro tio.

—*Testigo:* Estaba presente.

—¿Fué él quien dió la órden?

—Todo se hacia de acuerdo entre los dos hermanos, y cuando los bandidos nõ obedecian les daban de palos.

—¿Sabeis quien dió las cien puñaladas á vuestro tio?

—La primera se la dió Giona, y en seguida cada uno descargó la suya.»

El testigo dijo que conocia perfectamente á Papa y á D'Avanzo y que estaban presentes cuando Giona cortó la oreja á su tio. Papa mordió la oreja diciendo:—«¡Qué buen gusto tiene la carne de cura!»

—Cuando fuisteis conducido á la montaña ¿encontrásteis allí algunos otros cautivos?

—Sí, señor, al señor Alejandro Ruotelo, de Paolici, y al señor Josué Celestino, de Nápoles. Este decia;—«Soy un pobre abogado que procuro ganar la subsistencia para mis hijos.» Despues supe que no estaba mal de intereses y que entregó mil ducados por su libertad.

—¿Cómo supisteis la muerte de vuestro tio?

—La supe por una mujer de Arienzo; esta mujer cavaba muy cerca del sitio donde enterraron á mi tio y los bandidos se valieron de su azadon para abrir el hoyo donde arrojaron el cadáver.

—¿Contásteis las heridas cuando desenterrasteis á vuestro tío?

—Tenia muchísimas; un presidiario libertado á la entrada de Garibaldi y que se nos unió para perseguir á los bandidos me decia: —«Tenemos hecho un juramento y es, que cuando cojemos á uno para matarlo debemos darle cien puñaladas ó ninguna.

—¿Qué autoridad os acompañó cuando fuisteis á recojer el cuerpo de vuestro tío?

—Don Pascale Ambrogio, comandante de la guardia nacional de Arienzo.»

El testigo reconoció en seguida á los acusados. D'Avanzo fué el único que protestó. El testigo añadió que D'Avanzo escribió en su presencia un recibo de una de las cantidades entregadas y que habia perdido el recibo despues de haberlo conservado mucho tiempo.

—¿Conoceríais su letra si la viéseis?

—Sí, señor: es una letra redonda, clara y delgada.

—Aquí teneis una parte del proceso en la cual hay letra de D'Avanzo, el procurador lo hojeará delante de vos y avisad cuando veais letra del acusado.

Acercóse un abogado para certificar la prueba. Reinaba en la sala un profundo silencio interrumpido solamente por el ruido que hacian las hojas del proceso.

—Esa es letra suya, dijo el testigo.» Y en efecto era una lista de las diferentes partidas que operaban en la montaña, al mismo tiempo que la de Cipriano, que D'Avanzo habia escrito en la cárcel. Este incidente produjo gran sensacion en el auditorio.

He ahí ahora la última tragedia que reveló el proceso de los presos del Aunis.

Césare habia sido compañero de presidio de Cipriano y de Giona en Nisida, establecimiento penal situado cerca de Nápoles en la punta misma de Pausílipo.

Los dos hermanos abrigaban contra Césare un resentimiento de aquella fecha, pues parece que éste pegaba con frecuencia á Giona que era entonces muy jóven. Césare recobró su libertad como muchísimos otros en 1860 y vivia tranquilamente en su pueblo; decíase que alguna vez habia dado algunos consejos á las autoridades acerca de la manera de acabar con el bandolerismo. Un dia Césare recibió unos renglones que decian lo siguiente:

«He sabido que vives tranquilo en tu pueblo. Deseo verte y abrazarte y si vienes nos divertiremos un rato juntos en la montaña.»

Césare se aconsejó de varias personas y todas le dijeron que no fuese.

Césare á pesar de todo fué un día á la montaña del Taburno. Cipriano le habia hecho decir de palabra que llevase un paquete de cigarros y una gallina. Los hermanos La Gala salieron á su encuentro y le abrazaron. Lleváronle al sitio que les servia de morada y al llegar allí Giona le dijo:—«¡Ahora, prepárate á morir!

Césare lo tomó á broma. Sin embargo, cogiéronle y fusiláronle acto continuo. Césare cayó con el cuerpo atravesado por algunas balas y antes de espirar pudo decir todavía estas irónicas palabras, dirigidas á los hermanos La Gala:—«¡Siento morir á manos de unos *cochinos* á quienes tantas veces harté de bofetones y puntapiés en la cárcel!» Los asesinos destrozaron el cadáver de Césare; le cortaron la cabeza y le colocaron una pipa en la boca. Los miembros de Césare fueron espuestos en los árboles de los alrededores con cartelones alusivos á una supuesta traicion.

Los bandidos encendieron despues una hoguera en la que arrojaron el tronco del cuerpo de Césare mientras que en otro lado hacian asar los muslos y los brazos de la víctima. Cuando estuvieron asados todos comieron una tajada de aquella carne.

El señor Alejandro Ruotelo fué testigo ocular de este hecho horroroso y al rehusar un pedazo de carne humana que le ofreciera un bandido, este le dijo:—«Mañana comeremos de la tuya.»

La declaracion de este testigo produjo un incidente muy curioso. Sin pensar en las consecuencias de la revelacion que iba á hacer, el señor Ruotelo dijo que al dirigirse á Santa María para declarar en el proceso habia encontrado en Madaloni un bersagliere que servia en aquella fecha en la partida de Cipriano y que presencié todas estas escenas.

Un parte telegráfico hizo comparecer al soldado en la barra del tribunal. Era un jóven de veinte y cuatro años, bien parecido, de aire resuelto, con grandes ojos negros y los dientes blancos como perlas. El bersagliere declaró disfrazando los hechos porque ignoraba sin duda que el tribunal estaba al cabo de todo.

El presidente le advirtió que en el orden de los testigos hacia el número doscientos cuarenta y nueve; que su uniforme no le ponía á cubierto de la ley que castigaba á los perjuros, y que le quedaba toda aquella noche para reflexionar.

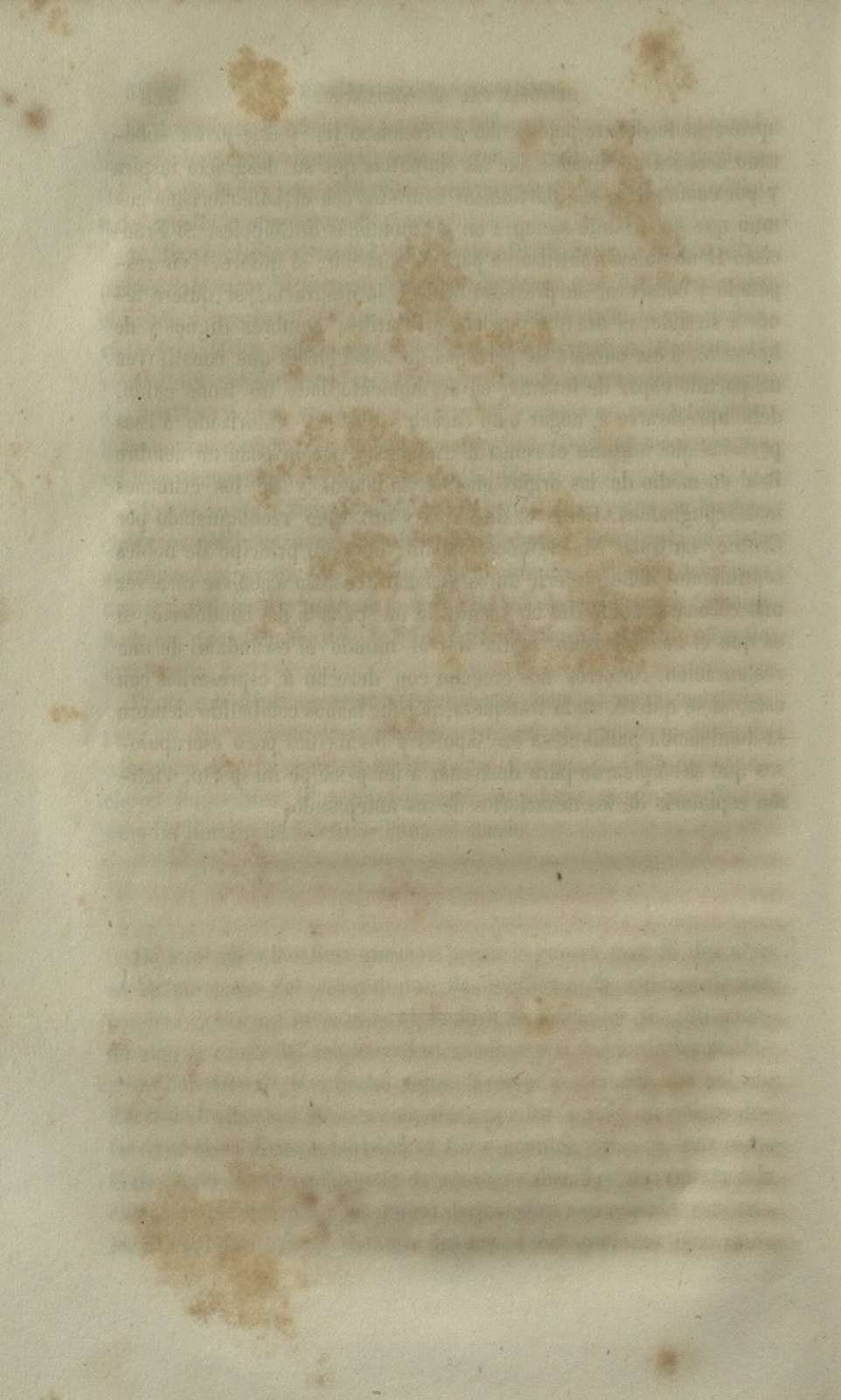
Al dia siguiente el soldado manifestó al tribunal que estaba dispuesto á declarar la verdad. Despues de decir que se habia visto obligado á seguir á Cipriano por fuerza, refirió todo lo que habia visto durante los ocho meses que sirviera en su partida. Conñrmó la verdad del asesinato del cura Viscusi, diciendo que la víctima cayó de espaldas y vivo en el hoyo y que hacia despues esfuerzos para levantar las piedras que le arrojaban encima. Dijo tambien que tuvo que comer carne de Césare como los demás.

El proceso duro todavía algunos dias mas, pero estos son los hechos mas célebres que contenia aquella causa. Terminada la vista el tribunal, en vista del veredicto de los jurados, condenó á los hermanos La Gala á la pena de muerte; á Domenico Papa á trabajos forzados por toda su vida, y á Giovanni D'Avanzo á veinte años de igual pena.

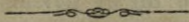
Dijose que Cipriano derramó algunas lágrimas al oír la sentencia, pero los que le observaron de cerca aseguraron que eran gotas de sudor que cayeron sobre su barba negra. Los dos La Gala permanecieron impasibles. D'Avanzo levantó la cabeza como para decir: «me he librado de buena.» Papa se sonrió.

Hé aquí unos hombres que han hecho la guerra mas de dos años en las montañas del reino de las Dos Sicilias á la sombra de una bandera política é invocando el nombre de Francisco II. ¿Ha ganado algo la causa del soberano destronado con el juicio de los prisioneros del *Aunis*? ¿Han hecho algun favor al desterrado del palacio Farnesio los hechos atroces cometidos por los que se llamában defensores de la dinastía borbónica? Unos cuantos procesos mas como el de Santa María, la historia de algunos cabecillas mas puesta á la evidencia pública por un tribunal de justicia, aun cuando este tribunal funcione bajo el dominio del rey ó del gobierno que se ha

aprovechado del despojo hecho á Francisco II, y este jóven soberano acabará por enagenarse las simpatías que su desgracia inspira y por confundir á sus partidarios honrados con el bandolerismo comun que ha existido siempre en las montañas de Nápoles. Si Francisco II no quiere inutilizarse para lo porvenir, si quiere vivir respetado y conservar su prestigio Real en la desgracia, si quiere tener á su lado, el dia que puedan serle útiles, hombres dignos y de buena fé, á ese cúmulo de personas de todas clases que constituyen un partido capaz de levantar en un momento dado un trono caido, debe apresurarse á negar todo carácter oficial y autorizado á esas partidas que infestan el reino de Nápoles y que invocan un nombre Real en medio de las orgías mas escandalosas y de los crímenes mas repugnantes. Entre el destierro y un trono reconquistado por Crocco, La Gala, Ninco-Nanco, Masini, etc., un príncipe de nobles sentimientos debe preferir un ostracismo decoroso á ceñirse otra vez una corona recibida de las manos de un puñado de bandoleros, si es que el bandolerismo podia dar al mundo el escándalo de una restauracion. Nosotros nos creemos con derecho á espresarnos con esta, si se quiere, ruda franqueza, porque hemos combatido siempre la dominacion piemontesa en Nápoles y los medios poco escrupulosos que se emplearon para destronar á un príncipe inesperto, víctima espiatoria de los desaciertos de sus antepasados.



LA CAMORRA.



LA CAMORRA

HISTORIA DE LA CAMORRA

Su origen.—La corte de los milagros.

Algunos autores extranjeros, y entre ellos Mr. Alejandro Dumas, han querido probar á fuerza de ingenio y de suposiciones mas ó menos gratuitas, que la Camorra es de origen español solamente porque la palabra es española y los españoles dominaron por espacio de algunos años en el reino de Nápoles. Sin embargo, á falta de pruebas, los autores mencionados se lanzaron con muy poco escrúpulo en el azaroso y vasto campo de las conjeturas dando al público sus asertos poco menos que por verdades históricas.

Uno de los escritores que mas hipótesis han hecho para atribuir á los españoles el origen de la secta camorrista, dice que se encuentran en las costumbres antiguas de nuestro país algunos vestigios de sociedades de esta especie. Estos vestigios el autor á que ahora nos referimos pretende haberlos descubierto en la novela de *Rincónete y Cortadillo* escrita por el inmortal Cervantes, y al efecto cita algunos trozos de la novela española mencionada relativos á la constitucion de la cofradía sevillana creyendo descubrir una grande analogía entre sus leyes y la secta napolitana. En seguida añade: —«¿Y no podia suponerse tambien que la sociedad de la Garduña, fundada en España en 1417, sociedad que tantos puntos de semejanza ofrece con la Camorra, siguió á los conquistadores de Nápoles y que se estableció con ellos en el país?»

Creemos que los autores que hacen datar el origen de la Camorra de la época de la conquista del reino de las Dos Sicilias por los españoles andan muy desacertados, y que tan solo su animosidad á ciertos períodos históricos y á determinadas personas les ha hecho atribuir el establecimiento de dicha secta al tiempo de la dominación española, así como quieren hacer recaer la culpa de su influencia y desarrollo sobre los soberanos de la dinastía borbónica.

Nosotros, á quien no deslumbra la pasión ni perturba la parcialidad por una causa determinada, no convertiremos la historia en comedia de nuestras afecciones políticas; buscaremos el origen de la Camorra en tiempos mucho mas remotos, y así esta secta como algunas otras que han existido en Europa, las consideraremos como uno de los tristes legados del feudalismo cuando su decadencia lanzó en medio de la sociedad una generacion corrompida por los malos ejemplos y los misteriosos vicios de la esclavitud.

Basta leer la historia de la mendicidad desde el siglo duodécimo en adelante para convencerse que ella es la madre de todas las sectas que engendraran la relajacion y la holgazanería. En aquel siglo, los ladrones, los asesinos, todos los que ejercian oficios infamantes, se reclutaban entre los mendigos. Su escesivo número, el peligro en que ponian á cada momento el orden público, los atentados que cometian contra las personas y las propiedades, hicieron necesaria la adopcion de medidas severas que repugnarian en la época presente. En nuestros tiempos la civilizacion no castiga el vicio con la dureza con que se hacia entonces, sino que la sociedad busca la manera de despojarlo de su carácter clandestino, de disciplinarlo y aislarlo para que pueda estarse á la vista de sus progresos y atajar el mal en cuanto sea posible.

Algunos siglos atrás la mendicidad tenia en las grandes capitales su barrio á parte, su soberano, su gerarquía, sus leyes y su justicia. En Paris y otras ciudades de Francia existía la célebre Corte de los Milagros, refugiada en esos lugares misteriosos y desconocidos, despreciados de la sociedad y respetados por la justicia, en donde se reunian de noche los mendigos para burlarse de la caridad que los mantenía y entregarse á las mas repugnantes y escandalosas orgías. Los mendigos formaban corporaciones á parte en

casi todas las capitales de Europa. En Bretaña convocaban periódicamente sus Estados generales en un sitio llamado el Pré-des-Gueux, y discutíase la manera de vivir en la holganza. Desde allí los mendigos se esparramaban por el país para continuar en ese género de vida que connaturaliza á las personas con toda clase de oprobio.

Los mendigos de Niort y de Parthenay se reunían para elegir un rey que era reconocido por todos los demás pordioseros de Francia. Estos reyes de la vagancia se sucedían sin interrupción, pues desde el siglo décimo cuarto al décimo séptimo se cuenta una serie continuada de noventa y dos reyes. Estos soberanos de la mendicidad eran electivos y revocables por los Estados generales á los cuales debían su investidura.

En el siglo décimo cuarto acusóse á los mendigos de Paris de envenenar las aguas; sus desórdenes habituales llegaron á inspirar tal repugnancia y prevención, que muchos de ellos fueron ajusticiados para poner un correctivo á los excesos de los demás. Estos hombres pedían limosna de día y robaban de noche, y era muy peligroso acercarse á los barrios donde habitaban.

Bajo el reinado de los Valois contábanse en Paris 40,000 mendigos é igual número en tiempo de Luis XIV. Los mendigos solían pedir también limosna con la espada ceñida, y secuestraban á los transeuntes en medio de la calle y á la luz del día.

Estas grandes sociedades de holgazanes existían en todas las naciones, en todas las capitales, lo mismo en Paris que en Lóndres, así en Madrid como en Nápoles. Las mismas causas debían producir los mismos efectos en toda la sociedad europea sin distinción de pueblos. Es probable, y casi seguro, que en la época de la conquista de Nápoles los españoles encontraron en el país esa plaga de mendigos que pululaba en todas partes. El carácter meridional, el génio vivo é impetuoso de los hombres que nacen bajo un clima ardiente, hacia que los mendigos napolitanos viviesen continuamente en medio de riñas y querellas, y de ahí que los españoles les diesen el nombre gráfico de Camorristas que tan bien se adapta á las personas provocadoras y pendercieras. En tiempo de la conquista de Nápoles los españoles constituían una nación digna y caballeresca, vigorizada por las grandes empresas y templada en los combates. Los soldados castellanos

estaban entonces demasiado ennoblecidos por la gloria de sus armas y enorgullecidos con el recuerdo de sus triunfos para ser los fundadores de una secta de vágabundos que ninguna afinidad podía ofrecer con la hidalguía de sus costumbres belicosas y la actividad de su génio militar.

En un país en cuyas montañas ha existido siempre el bandolerismo armado, alimentado por el crimen ó por imaginaciones aventureras inclinadas á los combates y á los peligros, era casi natural que hubiese también el bandolerismo de las ciudades obrando por medio del ingenio y de la astucia así como aquel empleaba la fuerza.

Un pueblo turbulento y desmoralizado por la falta de buenas leyes y de una recta administracion de justicia paga un gran tributo personal á las cárceles y á los establecimientos penales, y es por desgracia demasiado cierto que las cárceles y los presidios son las grandes escuelas de la perversidad. En todo establecimiento penitenciario existen maestros que ejercen el profesorado del crimen, que perfeccionan al preso novicio en el ejercicio de la maldad; tampoco falta en ninguno de ellos un tirano para imponer á los débiles exacciones inícuas que se encargan de realizar sus satélites. En el interior de las cárceles se cometen violencias y se perpetrán crímenes que espantan.

Los desmanes que en la segunda mitad del siglo décimo sexto se cometieron en las cárceles y presidios de Nápoles obligaron al cardenal Vela á publicar en 27 de setiembre de 1573 una pragmática que empezaba de la manera siguiente:—«Ha llegado á nuestra noticia que en las cárceles de la Vicaría se cometen gran número de estorsiones por los presos, y que los mas temibles se erigen en señores de los demás haciéndose pagar tributos ilícitos; en una palabra que son unos pequeños tiranos dentro de dichas cárceles.»

El cardenal imaginó un medio singular para domar la Camorra de su tiempo: sometía á los delincuentes á una especie de tortura que se llamaba «las dos vueltas de cuerda» (*i due tratti di corda*), suplicio que no produjo resultado alguno á pesar de los agudos dolores que hacia sufrir á los castigados.

Existe en la Biblioteca de Nápoles una memoria curiosa, titulada:

—«Relacion del estado de las cárceles de la Vicaría de Nápoles y de las reformas realizadas y mantenidas hasta el presente año de 1674 por medio de la mision perpétua instituida por los padres jesuitas.» En esta memoria se encuentra el pasaje siguiente:

«Eran tantos los robos que se hacian en las cárceles, que á la entrada de un preso sus vestidos estaban ya repartidos y hasta vendidos; y lo peor es que el paciente se encontraba desnudo sin advertirlo, y si se apercibia de ello tenia que callar por miedo de perder la vida, pues en las cárceles se cometian con mas facilidad los homicidios y los envenenamientos que en los parages públicos. El mal trato que se hacia sufrir á los presos que ingresaban en la cárcel era terrible, cuando no tenian algunas monedas para pagar la contribucion llamada «de la lámpara» y otras que callamos por decencia.»

Multitud de edictos y bandos prueban que en aquella fecha se cometian ya en Nápoles todas las violencias y crímenes que pone en práctica la Camorra actual, aunque este nombre no figura en los documentos de aquella época. Entonces la Camorra no era seguramente una asociacion única y regularizada por medio de leyes y reglamentos como lo es hoy, sino que cada individuo trabajaba por cuenta propia. Sin embargo, conociéronse ya entonces matones célebres que imponian su tiranía á los demás. El terrible Julio Monti fué ahorcado en 1529 por orden del cardenal Colonna, y su hermano Giovanni sufrió igual pena por haberse dedicado al mismo oficio y á la falsificacion de documentos. Giovanni Monti se encargaba también de venganzas ajenas.

Otros edictos de Annese, de Toraldo, y de Guisa, promulgados durante la insurreccion de 1647, prueban la costumbre inveterada de imponer á los habitantes de Nápoles contribuciones arbitrarias y de someterlos á las caprichosas violencias de esos bravos que no se conocian todavía entonces por el nombre de camorristas. Estos hombres enviaban esquelas á las personas ricas exigiéndoles la entrega de una cantidad proporcionada á su fortuna bajo pena de muerte, y, ¡pobre del que no cumplia el mandato!

En cuanto á la práctica de imponer una contribucion á los espendedores de las plazas y mercados, estaba en las costumbres de en-

tonces como está en las de la Camorra moderna; habia una pandilla encargada de exigir una parte de sus beneficios á los vendedores de comestibles, pero en cambio los protegian contra los agentes del Fisco en los diferentes engaños que se permitian contra el público tocante al peso y la calidad.

Estos son los vestigios que se encuentran en el pasado relativos á la Camorra, y esos vestigios son tan idénticos á los hechos de la Camorra actual, que puede decirse sin el menor escrúpulo que la secta es tan antigua como la sociedad napolitana. El gran número de hombres que adoptaban el oficio de explotar á una poblacion tímida y enervada les impuso la necesidad, á fin de no perjudicarse con la concurrencia, de concertarse y constituir una sociedad secreta, con título, reglamento, leyes, tribunales y gerarquía, sociedad que concluyó por regularizar y moralizar, por decirlo así, el oficio del robo en beneficio de la comunidad.

El nombre de Camorra no empieza á figurar en los anales de Nápoles hasta 1820. Los autores antes mencionados pretenden, como hemos dicho ya, que esta secta fué importada en el reino por los españoles, apoyándose en ciertas costumbres de nuestro país descritas por Cervantes. Sin embargo, es preciso remontarse mas en la antigüedad y buscar el origen de la Camorra en la Corte de los Milagros de Paris cuyas leyes y costumbres fueron trasmitidas á los demás pueblos por medio de la mendicidad ambulante y cosmopolita. Estudiando aquella sociedad y sus leyes, tal vez su analogía con las de la Camorra actual conduzca á descubrir el verdadero origen de una secta que otros han buscado á tientas en la oscuridad de ingeniosas conjeturas.

Dábase el nombre de Corte de los Milagros á los barrios habitados por los mendigos porque, al entrar en ellos, los que ejercian este oficio cambiaban completamente de trage y de figura. Los ciegos recobraban la vista, los cojos andaban derechos y listos, y los mancos hacian uso de sus brazos y manos hasta nueva orden.

Habia en Paris varias Cortes de los Milagros. Sauval cita la del rey Francisco, situada en la calle de San Dionisio; la de Santa Catalina en la calle de este nombre; la de Brisset, en la calle de la Mortellería; la de Gentien, en la de las Coquilles; la de Fussien, y otras.

La Corte de los Milagros por escelencia, que conservó su nombre por mucho tiempo, tenia su entrada por la calle Nueva de San Salvador, cogiendo el espacio que mediaba entre el callejon sin salida de la Estrella y las calles de Damieta y de las Forges. Sauval, que la habia visitado, hace de ella la siguiente descripcion:

«La Corte de los Milagros consistia originariamente en una plaza de mucha estension y en un largo callejon infecto, lleno de lodo, tortuoso y sin empedrar. Este callejon, situado al extremo de Paris, era como su cloaca. «Bajo el reinado de Luis XIV, época en que escribe Sauval, la Corte de los Milagros estaba como enclavada en uno de los barrios mas mal edificados, mas sùcios y apartados de la ciudad, entre las calles de San Salvador y Montorgueill.

Para llegar á ella el curioso se perdia en un laberinto de calles estrechas y sospechosas, y para penetrar en su interior era preciso bajar una larga cuesta tortuosa y de piso desigual. Sauval cuenta que vió en aquel sitio una casa de barro, llena de grietas y, amenazando ruina; apenas tenia cuatro toesas cuadradas, y sin embargo, hormigueaban en su interior unos cuarenta matrimonios con una gran multitud de chiquillos legitimos, naturales y robados. Esta casa era una de las covachas de la famosa Corte; pero habia otras nueve parecidas, casi enterradas, sombrías, disformes, construidas igualmente de tierra y lodo, y llenas de pobres de mala catadura. El total de esas habitaciones, segun apreciacion del cronista, ofrecia asilo á quinientas familias que, suponiendo que fuesen por término medio de seis personas, daban una poblacion de 3,000 almas solamente en la Corte de la calle de Montorgueill. Los habitantes de cada una de las demás Cortes de Paris podian calcularse en la mitad; por consiguiente, véase el gran número de bandidos mas ó menos peligrosos que contenia la capital en el siglo décimo séptimo. «La Corte de los Milagros, añade Sauval, habia sido en otro tiempo mucho mas numerosa.»

Ni los alguáciles, ni los municipales, ni los comisarios de policía se atrevian á entrar en la Côte de los Milagros en donde se les recibia con insultos, injurias y pedradas. Aquellos habitantes vivian del robo y vegetaban en la holganza y toda suerte de vicios, perfeccionándose en los crímenes. Sin cuidarse ni pensar en lo porve-

nir, cada cual trataba de disfrutar lo mejor que podia del momento presente; cada familia ó grupo comia sensualmente por la noche lo que recogiera durante el dia. Entre aquella gente llamábase *ganar* lo que nosotros llamaríamos robar. Era una de las bases fundamentales en las leyes de la Córte de los Milagros no guardar nada para el dia siguiente. Este era en efecto el principio generador de la mendicidad, cuyos seres degradados no tenian fé ni ley; no se conocia entre ellos el bautismo, ni el matrimonio, ni sacramento alguno. El reino de la pillería se perpetuaba en este lodazal in-mundo.

La Córte de los milagros admitia la existencia de un Ser Supremo lo que prueba que, no pasando del estado de teoría, eso no influia ni tenia consecuencia en las prácticas de la vida. En el extremo de la Córte los habitantes del barrio habian construido un gran nicho en el cual tenian colocada la imágen del Padre Eterno ante la cual iban á prosternarse diariamente.

Las mujeres menos feas comerciaban con su persona y las madres prestaban sus hijos por una cantidad ínfima para escitar la caridad pública. Cuadro es este, sin embargo, que se presenciaba todos los dias en Barcelona antes de la estincion de la mendicidad.

Jacobo Taureau habla de otras sociedades de mendigos á quienes da el nombre de *belitres*, las cuales tenian un rey que se llamaba Ragot. Su elocuencia y su arte para pedir limosna le hicieron rico y casó sus hijos con otros de familias distinguidas. Los súbditos del rey Ragot hablaban el *caló*, gerga innoble que se han venido transmitiendo los hombres de vida airada de todos los países; y que se conserva todavía en las cárceles y presidios.

El rey de los belitres tenia su córte; la sociedad estaba representada por una estensa gerarquía de funcionarios que gobernaban á los suyos en las provincias. Componíase el cuerpo de belitres de diferentes tribus ó secciones, cada una de las cuales tenia señaladas sus funciones segun el talento y aptitudes de los individuos; los unos se hacian pasar por personas arruinadas por la desgracia y con este pretesto pedian á la gente acomodada; otros cortaban los bolsillos; otros decian que eran militares mutilados por la guerra. Habia cuadrillas de chiquillos que se decian huérfanos y que recorrian en

grupos de cuatro ó cinco las calles de Paris medio desnudos. Los belitres tenian medios para hacerse librar certificados; unos se presentaban como comerciantes arruinados á consecuencia del asalto y saqueo de una ciudad, otros acreditaban que su fortuna habia sido devorada por las llamas. Estos individuos sabian imitar todas las enfermedades desde la hidropesía hasta la epilepsia, y tenian gran provision de llagas postizas.

¿No vemos retratada en este cuadro la mendicidad de nuestros tiempos? ¿Qué hacian los mendigos del siglo décimo quinto que no imiten los de la época actual? La mendicidad no ha hecho mas que cambiar de forma segun los adelantos mas ó menos rápidos que las naciones han hecho en el camino de la civilizacion y de las leyes económico-administrativas, en el de la beneficencia, la industria y la agricultura.

De la mendicidad reprimida por sabias disposiciones nació el bandolerismo que ejercia su oficio en despoblado en unos tiempos en que la abundancia de bosques y la falta de caminos le aseguraban la impunidad. Allí en donde el desarrollo de las vías de comunicacion y las buenas leyes de policia rural arrojaron al bandolerismo de sus guaridas favoritas, los bandoleros se refugiaron en las grandes poblaciones, trocando la agresion abierta y violenta por la encubierta astucia. Frecuentando los bandidos y la gente de vida airada los escasos lugares que les ofrecian asilo se pusieron en contacto, se contaron y organizaron; la seguridad mútua les obligó á moralizar entre ellos el crimen y á repartirse legalmente el fruto del robo para evitar las envidias y las delaciones. Como en toda reunion de personas que se juntan para un objeto cualquiera se establece luego una superioridad, que recae instintivamente en el mas idóneo para dirigir y mandar, en una sociedad organizada para el crimen y el mal el jefe debió ser indispensablemente el mas criminal y el mas malo.

En Nápoles, bajo un poder débil que no vigilaba sino determinadas ideas y determinados principios políticos; con un gobierno de moralidad dudosa; con una dinastía que levantaba incesantemente barreras contra la instruccion á fin de que no pudiesen invadir el reino las ideas civilizadoras; con soberanos que estudiaban la mane-

ra de mantener el pueblo en la pobreza y la ignorancia como una medida de salvacion; un pueblo que no recibia mas favores del monarca que algunos puñados de moneda cuando se precipitaba dando vivas al rededor de su carruaje; unos hombres educados tan pobremente y contentos con su envilecimiento no podian menos de vivir en una atmósfera de crímenes y de vicios. ¿Y estrañará nadie que en Nápoles fuese en estos últimos años tan influyente y poderosa una secta que existe mas ó menos misteriosamente en todas las grandes capitales de Europa? ¿Existe una ciudad populosa en Europa que no tenga aun hoy su Camorra y su Córte de los Milagros? Y si esas sociedades compuestas de hombres acostumbrados á medrar en la vagancia á costa de los tímidos; si esos centros de corrupcion en donde viven hacinados el vicio, la miseria y el crimen no han logrado todavía desterrarse de las capitales que se llaman cultas, en las cuales existen leyes y una policia activa, ¿cómo admirarse de que existiese la Camorra en Nápoles donde tan abandonado estaba este servicio público?

La Camorra no fué importada en Nápoles por los españoles; existia allí sin nombre como en todos los grandes centros de poblacion de Europa muchísimo antes de la conquista. Esas sectas, llámense Camorra ó como se quiera, no las creó nadie; brotaron espontáneamente de las costumbres corrompidas de una época de esclavitud como brotan de ciertas sustancias perniciosas de la naturaleza las plantas nocivas y los insectos venenosos. Prosperaron mas allí donde las condiciones de su existencia les fueron mas propicias, allí donde faltó una mano vigorosa que destruyese su tronco y sus ramas ya que no lograra arrancar sus raices. Solamente Nápoles podia tener en 1862 una Camorra tan pública, tan preponderante y numerosa como la que se conocia en la capital de las Dos Sicilias.

El gobierno de Víctor Manuel y el general La Mármora han desplegado en Nápoles contra la Camorra todo el rigor y la energía que permiten usar leyes estraordinarias. Sus jefes conocidos han sido presos y deportados juntamente con algunos centenares de individuos pertenecientes á dicha sociedad. Pero ¿han logrado por eso destruir la secta? Parece que nó; en un país en donde esta sociedad habia echado raices tan hondas que llegó á constituir en ella una

especie de poder, su destruccion es tan solo obra del tiempo auxiliado por una saludable modificacion de costumbres, y un cuidado asiduo, prudente é incesante por parte de la administracion. Al tratar mas adelante de los medios empleados por el gobierno de Turin para acabar con la Camorra examinaremos los efectos que sus medidas han producido hasta ahora sobre esta sociedad.

Traje.—Iniciacion.—Pruebas.

El Camorrista es fácil de reconocer en Nápoles. Cuando la vista del extranjero se fije en un hombre que lleva una chaqueta de terciopelo en forma de americana, corbata y chaleco de color chillon, que cruza su pecho una larga cadena de oro y vea sus dedos cubiertos de anillos, puede decir que tiene delante á un sectario. Pero todas esas alhajas que luce el camorrista no son suyas. Prestamista semanal, á un interés proporcionado á la elasticidad de su conciencia, se da tono con las jóyas que le pertenecen interinamente, las cuales pasan á ser su propiedad si su dueño no las rescata oportunamente ó deja de satisfacer el premio del dinero prestado. Este es el camorrista que ha alcanzado su puesto en la secta despues de pasar por los diferentes grados de iniciacion y de haber hecho sus pruebas de aptitud, el sectario que tiene derecho y cobra su parte semanal de la tesorería comun.

En un país tan pobre y al mismo tiempo tan favorecido de todos los dones de la naturaleza; entre un pueblo embrutecido por la ignorancia, la miseria y la holganza, desde que el niño se desprendía del pecho de su madre—hay mujeres que crían á sus hijos hasta que han cumplido tres años—se dedicaba á pedir limosna á los transeuntes, llorando á moco tendido y jurando por San Genáro que era huérfano y que se moría de hambre. Luego que la edad y las fuerzas se lo permitian, el pequeño mendigo se transformaba en pilluelo y escamoteador; sacaba con más ó menos limpieza los pañuelos de los bolsillos, hacia su provision diaria en los mercados, aprovechando alguna distraccion de los vendedores, y continuaba ejerciendo su industria hasta que la justicia intervenía y le encerraba un dia en la cárcel. En contacto con la gente de vida airada, aislado de la

sociedad por sus fechorías, era su víctima si carecía de valor, se afiliaba en la Camorra si desplegaba ánimo y travesura.

No obstante, el título de camorrista al cual aspiraba, era para él una esperanza lejana que debía realizar á fuerza de constancia, de peligros y de servicios prestados á la secta. Empezaba por la ínfima clase de *garzone di mala vita* (muchacho de vida airada) y con este título entraba á ser criado de los criados de los camorristas, servicio cansado, espuesto y poco productivo. El neófito no salía de este estado hasta que habia tenido ocasion de acreditar su celo y su valor. Entonces se le concedía el ascenso inmediato y era nombrado *picciotto di sgarro*. La palabra *picciotto* designa en el dialecto napolitano un pilluelo de esa edad en que ha dejado de ser chiquillo sin poderse llamar todavía hombre; *sgarro* no puede traducirse en el lenguaje de la Camorra sino por los servicios penosos que hacia el aspirante para los cuales debía desplegar discrecion, bravura y sagacidad.

El *picciotto di sgarro* tenia ya cierta importancia y formaba parte de la secta; empezaba á ser respetado de todo el mundo porque en su clase contaba ya con cierta proteccion entre la sociedad. En Nápoles la Camorra era un cuerpo respetable, precisamente porque se hacia respetar, pues nadie faltaba impunemente á uno de sus individuos. Ejercia el derecho de la fuerza, derecho bastante admitido en nuestros tiempos civilizados. Es preciso decir que la Camorra, como sociedad, se respetaba á sí misma, pues hacia que imperase en ella una moralidad *su generis*. Admitia solamente en su seno hombres relativamente honrados, esto es, vagabundos y holgazanes dotados de cierta reputacion. Dícese que en otro tiempo los ladrones eran excluidos de la secta. Para tener entrada en la Camorra era necesario proceder de una familia honrada, es decir acreditar que ni la madre ni ninguna hermana del aspirante habia sido mujer pública, y hacer constar por medio de testigos que no habia cometido ningun crimen contra la naturaleza. Era indispensable acreditar tambien que no habia pertenecido nunca á la policia ni á la marina de guerra. En los estatutos de la Camorra hay una prohibicion que excluye rigurosamente á los esbirros y hasta á los gendarmes licenciados. No podemos decir si ahora se necesitan todas estas condi-

ciones para ingresar en la sociedad, pero si que hoy mas que nunca se exige á los aspirantes la prueba de la abnegacion y del valor.

El que pretendia el título de *picciotto* debia estar dispuesto á llevar á efecto algun decreto sangriento de la secta, como por ejemplo cortar la cara á una persona—venganza muy usada en Nápoles—ó matarla si era necesario: la primera se llamaba *sfregio*, y el instrumento empleado era una navaja de afeitar. Cuando no se decretaba muerte ni *sfregio*, el candidato sufría la prueba de la *tirata* que consistia en tirar la navaja contra un *picciotto* de los admitidos designado por la suerte. Este combate era á primera sangre y los combatientes no debían herirse en el cuerpo. Luego que corría la sangre de uno de los antagonistas se abrazaban y el aspirante quedaba admitido.

Parece que las pruebas modernas se habían modificado algun tanto, pues antiguamente la prueba para obtener el grado de *picciotto* era mucho mas dura. Los camorristas formaban corro alrededor de una moneda de cinco sueldos colocada en el suelo; á una señal convenida todos se bajaban á la vez: los unos para picar la moneda con la punta de la navaja y el aspirante para cogerla. El candidato solía levantar la moneda con la mano desollada ó ahugereada, pero era nombrado *picciotto*.

El neófito pasaba un noviciado de algunos años durante los cuales soportaba alegre y resignado todas las fatigas y amarguras de la sociedad sin ningun derecho á sus beneficios. El *picciotto* se encargaba de las empresas mas difíciles y peligrosas, y hacia todo cuanto de él exigía el camorrista á cuyo servicio se le destinaba; su señor le daba de vez en cuando algunos sueldos por vía de limosna. El *picciotto* era buscado siempre que se había de derramar sangre y aceptaba sin murmurar las fatigas, las humillaciones y los peligros de su noviciado, esperando llegar un dia al grado supremo á que aspirára, sueño dorado de su infancia. Por su parte no desperdiciaba ninguna ocasion que pudiese adelantar la hora anhelada: ante esa idea desaparecían de su vista los obstáculos y no le arredraba ningun peligro. Cuando se trataba de dar un navajazo todos los *picciotti* se presentaban á solicitar este honor y despues de cometido el crimen todos querían apropiárselo y entregarse á la justicia en lu-

gar del culpable. Para no escitar celos era necesario entonces sor-tear á quien tocaria el honor de cometer el crimen y á quien la gloria de espiarlo. El *picciotto* favorecido por la suerte salia del paso con una condena desde cuatro á veinte años de presidio, pero obtenia el titulo de camorrista.

Si estos hechos no fuesen contemporáneos y no pudieran justificarse acudiendo á los archivos de la prefectura de policia, el escritor vacilaria en estampar en el papel lo que muchos tomarian quizá por exageraciones estravagantes. Y sin embargo, al comprobar estos hechos, el investigador filosófico se siente afectado cuando se convence de que algunos de esos *picciotti* no eran malhechores vulgares, malvados comunes que hacian el mal por el mal ó solamente por el deseo del lucro; nó—y es terrible tener que decirlo—descubriase en el fondo de sus malas acciones un sentimiento de pundonor, el gérmen de una intencion noble que hubiera levantado á aquel ser á una esfera muy distinta con otra educacion y otra escuela.

Esta observacion la han confirmado personas distinguidas y honradas á quienes una condena política obligó á pasar largos años entre los camorristas de las cárceles ó de los presidios; la han corroborado magistrados que los interrogaron, abogados que fueron sus defensores; han demostrado verdad la constancia y la abnegacion de los aspirantes siempre que se les presentaba una ocasion de realizar su sueño dorado, la gloria de adquirir el titulo de camorrista. Diríase que esos hombres se sentian alentados en esta senda de depravacion por una inconcebible aberracion de su ignorante conciencia.

En Nápoles las masas se prosternan siempre admiradas ante la supremacia de la navaja, y no es solamente en aquel país donde esta arma innoble y traidora impone leyes al pueblo; tambien en España la navaja goza por desgracia de mucha celebridad y hasta se ha aclimatado su uso en provincias cuyos habitantes, por carácter y por temperamento, sentian repugnancia en emplear unas armas que eran el distintivo peculiar de otros pueblos mas afeminados y de costumbres menos severas. Los estragos de la navaja progresan en Barcelona de una manera deplorable; apenas transcurre semana sin

que la crónica de la capital registre algunas víctimas ocasionadas por esta arma prohibida.

En Nápcles el dar un navajazo ó sufrir algunos años de presidio era solamente uno de los muchos medios de obtener el título de camorrista. El *picciotto* llegaba lentamente á esta clase á fuerza de celo y sumision durante los años que le tocaban de penoso noviciado; á medida que iba adquiriéndose la confianza de sus jefes, éstos, segun sus merecimientos, le iniciaban cada dia un poco mas en los secretos de la secta. El camorrista director del novicio, al dar cuenta de su comportamiento decia al jefe de la sociedad:—«Estoy satisfecho de él y lo he informado mejor» (l'ho meglio informato.) Llegaba finalmente el dia en que el aspirante solicitaba el título de camorrista por medio de un memorial dirigido á uno de los jefes. Este reunia entonces la parte de la sociedad de la cual era representante y se abria una discusion acerca de la moralidad y disposicion del candidato. Si se votaba su admision verificábase la recepcion del individuo con las ceremonias que vamos á describir.

La recepcion.

Cuentan los que han penetrado en los misterios de la Camorra, que antiguamente se mezclaba en la admision de los novicios una especie de fantasmagoría pseudo-masónica. Los sectarios se sentaban en derredor de una mesa sobre la cual se veia un puñal, una pistola cargada, y un vaso de agua que se suponía envenenada. Al lado de estos objetos figuraba tambien una lanceta. Introducíase a *picciotto* seguido de un barbero sangrador que generalmente pertenecía á la secta. El barbero picaba la vena al candidato y se retiraba en seguida. Desde este instante el paciente tomaba el nombre de *tamurro*. El neófito bañaba una mano en la sangre y la estendia hácia los camorristas jurando guardar hasta la muerte los secretos de la sociedad y ejecutar con sumision y lealtad las órdenes que en su nombre se le diesen. El aspirante cogia el puñal y lo clavaba en la mesa; tomaba despues la pistola y la preparaba, mientras que con la mano izquierda acercaba el vaso á sus labios. El novicio daba á entender con esto que estaba pronto á darse la muerte á una

simple señal del jefe. El presidente estendia entonces su mano para impedir el suicidio; levantábase, y despues de decir al *tamurro* que dejase el vaso y la pistola hacíale arrodillar delante del puñal. El presidente ponía la mano derecha sobre la cabeza del novicio y con la izquierda disparaba la pistola en el aire, despues cambiábala de mano y con la derecha arrojaba al suelo el vaso que contenía el veneno haciéndolo mil pedazos.

Tomadas estas precauciones el presidente arrancaba el puñal de la mesa, introducíalo en la vaina y lo regalaba al nuevo compañero dándole al mismo tiempo un abrazo. El neófito se levantaba y se hacia abrazar por todos los individuos de la reunion. El *tamurro* despues de estas ceremonias quedaba convertido en camorrista y tenía su parte en todos los derechos, privilegios y beneficios de la secta; anunciábase su nombramiento á las demás secciones y el jefe lo presentaba á todos diciendo:—«Reconocedle por camorrista.»

Este era seguramente el ceremonial de costumbre en cierta época y en ciertas lógiás, pero personas que han asistido á la recepcion de un camorrista aseguran que no vieron pistola, veneno ni sangría, ni nada del aparato teatral que acabamos de describir; esto sin embargo podría consistir tambien en las dificultades del local. Un testigo ocular añade que en la ocasion á que se refiere, despues de decretar la sociedad la admision del candidato, el jefe lo presentó á todos los sectarios y le exigió las pruebas de rutina diciéndole:—«Desde hoy sois compañero nuestro y participareis de los beneficios de la sociedad.»

—¿Sabeis cuáles son los deberes del camorrista? le preguntó.

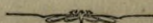
—Sí, debo batirme (*fare una tirata*;) jurar fidelidad á mis socios, ser enemigo de las autoridades públicas, no tener ninguna relacion con personas que pertenezcan á la policía, no denunciar á mis compañeros cuando cometan algun robo, sino al contrario, amarlos mas que á los otros porque esponen su vida.»

Despues de decir esto el candidato juró sobre dos navajas colocadas formando cruz, batióse con uno de los sectarios designado por la suerte, abrazó á los demás y fué proclamado camorrista.

Era costumbre muy generalizada el dar un banquete despues de la ceremonia de la recepcion. La fiesta se celebraba en el campo si

el agraciado era libre y en la cárcel misma si se encontraba preso. No puede darse nada mas alegre que esta clase de convites. El napolitano, ordinariamente sóbrio, come con esceso en dias de regocijo y bebe hasta caer en la embriaguez. Despues de comer opíparamente y de beber hasta la saciedad, los convidados regresaban juntos á ra ciudad y procuraban marchar derechos y erguidos como un soldado al desfilas por delante de su general despues de una gran padada.

ORGANIZACION DE LA CAMORRA.



Sus jefes y sus leyes.

Casi todos los autores que se han propuesto dar á conocer á la Camorra han caído en lamentables exageraciones segun la mira que les guiaba al ocuparse de la existencia y organizacion de esta secta. Los escritores novelistas han descrito la Camorra como una especie de sociedad gigantesca cuyo oculto poder se hacia sentir hasta en los actos del gobierno, mientras que su mano tenebrosa se encontraba tambien en el seno de la vida privada entre las familias que eran objeto de su codicia ó de su venganza. Segun ellos, este poder clandestino estaba constituido sobre bases seculares; dividiase en secciones y tenia su aristocracia, su clase media y su plebe; estas secciones se subdividian en *paranze*, es decir en pequeñas corporaciones cada una de las cuales se distinguia por su ocupacion especial. Toda esta gente, perfectamente organizada, dependia de un jefe único, nombrado por eleccion, el cual tomaba el título de general de la Camorra. Aseguraban algunos que el general debia ser elegido precisamente entre los presidarios mas feroces de la isla de Ponza, otros querian que el general perteneciese á la nobleza napolitana. Hasta hubo un libelista que atribuyó el mando supremo de la secta á un príncipe de la casa de Borbon. Respecto á esta secta es preciso estar tan prevenido contra la fábula como contra la calumnia.

En cambio los que por amor propio, por ser hijos de aquel país, se empeñan en negar la importancia de la Camorra, dicen que esta sociedad no es mas que una pandilla de malhechores violentos que se erigen en señores de los demás en las cárceles y presidios de Nápoles como sucede en los establecimientos penales de casi todas las naciones.

Huyendo de estos dos extremos, diremos lo que nos parece mas digno de crédito respecto á la organizacion de la Camorra despues de las diferentes versiones que hemos oido, de los datos que hemos consultado y de los hechos que nos ha sido dado presenciar.

La Camorra existe en todos los establecimientos penales y de detencion del reino de Nápoles y se constituye en todos los lugares donde se encuentran reunidos un cierto número de presos. La sociedad está organizada en grupos ó círculos independientes los unos de los otros, pero que no carecen de relacion entre sí; no depende tampoco de un jefe único, sino que está sometida á una especie de gerarquía tradicional que hace que un centro esté subordinado á otro. Así, por ejemplo, la Camorra de las cárceles de Nápoles reconoce la superioridad de la de Castel Capuano (Vicaría) y la de este establecimiento la del presidio de Prócida.

La Camorra de la capital no ejerce autoridad alguna sobre la de las provincias y con frecuencia se han visto ejemplos sangrientos de rivalidad entre los camorristas de Nápoles y los sectarios provincianos. Sin embargo, el camorrista afiliado, proceda de donde quiera, es recibido y considerado por los suyos en todas partes con una mera recomendacion de sus jefes: estos están en relaciones desde uno á otro extremo del reino, y se dan recíprocamente informes de sus individuos respectivos cuando estos se ausentan temporalmente ó cambian de domicilio.

La Camorra no solamente existia en las cárceles, sino en las ciudades populosas y sobre todo en la capital. Los camorristas libres estaban en relaciones con los de las prisiones y presidios, y unos y otros se ponian de acuerdo antes de admitir en la sociedad á un nuevo aspirante. En los asuntos de interés, la *piazza*, es decir la Camorra libre, nada podia exigir á la de los establecimientos penales y lugares de detencion. En Nápoles existian doce centros, uno

por barrio; cada uno de estos centros se dividía en *paranze* especiales (círculos,) y cada círculo obraba por cuenta propia y tenía su bolsa particular. Los doce centros tenían su jefe propio y todos reconocían por superior al que reinaba en el barrio de la Vicaría. El último jefe supremo de la Camorra napolitana, antes de la persecución que la sociedad sufrió de las autoridades piemontesas, se llamaba Aniello Ausiello y vivía cerca de la puerta Capuana. Cuando dió principio aquella persecución este jefe desapareció, siendo infructuosos todos los medios que la policía empleó para descubrir su paradero.

El jefe de cada centro era elegido por los que debían obedecerle, y aunque el poder que ejercía era muy considerable, no podía tomar ninguna resolución importante sin el consentimiento de sus subordinados. Todo camorrista tenía voz consultiva y deliberativa en las reuniones excepto cuando se encontraba sufriendo algún castigo impuesto por sus jefes. En sus reuniones reinaba una formalidad que rayaba en lo grotesco, pues veíase usar en ellas la palabra á hombres rudos y sin instrucción que decían los más grandes disparates con una imperturbable gravedad, discutiendo á veces las cosas más fútiles. Pero esas mismas discusiones tenían algo de solemne y hasta terrible cuando con la misma calma y sangre fría se ventilaban asuntos de vida ó de muerte.

El jefe de la Camorra era más poderoso y temible por su valor personal que por la importancia de sus atribuciones. Cuando se verificaba la elección, los votos se reunían en el hombre más imperioso y valiente entre los camorristas; sin embargo, elegíanle más para dirigirles que para mandarles. El elegido era una especie de presidente en las reuniones que se celebraban y el cajero del círculo. Como presidente tenía tan solo el derecho de convocación; pero como depositario de los fondos gozaba de un poder y prestigio considerables, pues él era quien distribuía la *Camorra*. Este nombre, que es el de la sociedad en general, designa asimismo los fondos de la caja común. El producto de los robos y escamoteos se llamaba también el *barattolo*.

Todo el dinero que reunían los individuos de un círculo en sus empresas particulares ó colectivas era entregado religiosamente al

jefe. Este tenia á su lado un *contarulo* (contador) á cuyo cargo estaban los libros de entradas y salidas. En algunos círculos habia además otro individuo encargado de guardar la caja y se llamaba *capo carusiello*. Finalmente, el jefe tenia un secretario elegido entre los pocos que sabian leer y escribir. El secretario juraba sobre una cruz ó sobre dos navajas colocadas en dicha forma—que para ellos era lo mismo—no revelar á nadie, ni á los mismos consocios, lo que el jefe le dictaba ó mandaba escribir. En los establecimientos penales existian además los empleos de cabo de cuadra (*capo di stanze*) y el de avisador.

La distribucion del *barattolo* se hacia todos los domingos por el jefe en persona, quien descontaba entonces á los castigados las multas que se les habia impuesto por faltas cometidas en el desempeño de su servicio y liquidaba las cuentas que tenian entre sí los asociados. Verificadas estas operaciones y despues de haber tomado su parte—que no era pequeña—distribuia entre ellos con la mayor equidad el producto de la Camorra.

Esta secta se parece á todas las sociedades secretas del mundo en que tiene ciertas costumbres y una germania ó lenguaje particular. Los jefes llevan el título de *masto*, *si masto*, ó *capo masto* (sinónimos de jefe y señor;) este último lo usan solamente los jefes mas notables. Todos los afiliados se dan recíprocamente el nombre de compañero ó hermano (*compagno*.) Cuando el camorrista encuentra á uno de sus jefes en la calle le pregunta haciéndole una especie de saludo militar:—«*Masto, ¿volite niente?*—Señor, ¿se le ofrece á V. algo?» En cuanto al simple hermano solo tiene derecho al título de *sí*, abreviado de señor.

En el lenguaje de la secta una *ubbidienza* (una obediencia) significa una órden. *Freddare* (enfriar) quiere decir matar. El *dormente*, (el durmiente) el muerto. El hombre robado se llama *l'agnello*, (el cordero.) El objeto robado *il morto* (el muerto.) La navaja, *martino*, *punta* ó *misericordia*. El arma de fuego, *bocca*, *tofa*, ó *buonbas*. El revolver, *tic-tac* ó *bo-botta*. Las patrullas, *gatti neri* ó *sorci*, (gatos negros ó ratones.) El catálogo de voces especiales es demasiado largo y por lo mismo lo omitimos.

Si dos hermanos se ponian á disputar, el altercado cesaba inme-

diatamente á la simple órden de un tercero y éste ponía el motivo de la disputa en conocimiento de su jefe. Si el arbitraje que éste proponía no satisfacía á las partes, los agraviados recurrían á la navaja. El desafío era en este caso un lance mas formal que la *tirata* que servía de prueba á los *picciotti*, puesto que los combatientes se herían en el cuerpo.

El camorrista podía renunciar su cualidad de hermano, pero no separarse completamente de la secta. Entonces cesaba de tener derechos y deberes; estaba exento de toda disciplina, pero no perdía nunca del todo su influencia y su consideracion entre los afiliados; guardaba el privilegio de dar consejos, que eran generalmente escuchados, y considerábase su retiro como una abdicacion voluntaria. La sociedad respetaba siempre en él á un antiguo compañero ó hermano.

Los camorristas ancianos recibían algun socorro de la secta, y la viuda ó los huérfanos del que perecía en algun acto del servicio cobraban puntualmente la pensión que se les señalaba; no faltaba asistencia á los enfermos, y los muertos eran vengados.

Lo que acabamos de decir es lo suficiente para comprender los lazos poderosos que unían á los diferentes círculos de la Camorra y á los camorristas entre sí; pero nada dá á conocer tanto la sólida organizacion de la secta como los derechos terribles que se abrogaba sobre todos sus individuos, derechos que ningun poder humano logró arrancarle nunca. La Camorra tenía su código particular por el cual se juzgaba á si misma.

Difícil sería decir si este código ha sido escrito alguna vez; en esto no están acordes los pareceres de los que han estudiado aquella sociedad. Sin embargo, como eran muy pocos los afiliados que sabían leer y escribir, lo mas probable es que se trasmitían de viva voz ciertas tradiciones esenciales y que abandonaban los pormenores al buen sentido y á las concienzudas prácticas de sus jefes.

En cuanto á las sentencias pronunciadas por los camorristas contra sus compañeros es imposible negarlas; estas sentencias eran demasiado ruidosas y sangrientas para dudar de ellas. La sociedad se constituía en tribunal á la órden de su jefe y este tribunal imponía castigos de los cuales no estaba escluida la pena de muerte. Esas

terribles ejecuciones las veremos realizadas al estudiar en otro capítulo á la Camorra en el interior de las cárceles y presidios.

Los impuestos de la Camorra.

Apenas el viajero pone el pié en la capital del antiguo reino de las Dos-Sicilias lo primero con que tropieza, tal vez sin saberlo, es con la Camorra. Las distancias son en Nápoles bastante largas y el viajero, tanto por conveniencia como por comodidad, elige entre los numerosos coches de plaza aquel cuyo exterior le hace digno de su preferencia. No bien el vehículo ha hechado á andar, el sugeto ve trepar ligero al pescante á un hombre desconocido que supone ser amigo del auriga á juzgar por la franqueza con que toma asiento á su lado. Aquel individuo es un camorrista que va á exigir el diezmo al cochero y que este le paga sin hacer la menor objecion. Esta contribucion es ya tan antigua que el conductor del vehículo la considera como una especie de ley tan legal como si procediera del gobierno.

Entra por cualquiera de las puertas de Nápoles un campesino que ha andado tal vez toda la noche para vender un miserable cesto de fruta ó un puñado de verdura: el camorrista se le acerca, cuenta los artículos, los evalúa y recibe la décima parte de su valor. Nápoles hizo una revolucion en tiempo de Masaniello porque el duque de Arcos impuso un derecho sobre la fruta, pero á nadie se le ha ocurrido siquiera intentár una revolucion contra los camorristas.

La Camorra tenia á contribucion todos los vicios y á todos los viciosos de Nápoles. Habia en los barrios populares y en las inmediaciones de la ciudad ciertas tabernas, que no gozaban de muy buena fama, en donde se reunian los jugadores de mala catadura, esos hombres holgazanes que pasaban el tiempo en cuclillas en torno de un círculo de jugadores ó sentados en el suelo jugando á su vez de dia y de noche con infatigable obstinacion. Veíase en cada uno de esos círculos de jugadores, en pié, inmóvil y con los ojos siempre fijos sobre los naipes, al inevitable camorrista que exigia al que ganaba una partida parte de su ganancia.

¿Cómo se habia arreglado la Camorra para imponerse de aquella

manera á los jugadores? Eso es lo que nadie puede decir. Los jugadores eran veinte, cuarenta y á veces mas; pues, sin embargo, bastaba un solo camorrista para tenerlos á raya y sacarles el diezmo: y cuando no se encontraba presente ningun camorrista bastaba un *puciotto* cualquiera para cobrar la contribucion á toda aquella gente. No solamente los jugadores sufrían la vigilancia del camorrista, sino que apelaban á él en las jugadas dudosas ó para evitar los fraudes. Este testigo de vista era una especie de Argos; nada absolutamente escapaba á su fina perspicacia; castigaba á los fulleros, zanjaba las dificultades, servía de árbitro en las disputas, evitaba las riñas y en caso de necesidad se interponía entre los combatientes cuando salían á relucir las navajas. La policía nada tenía que hacer en estos garitos peligrosos; sabía que la Camorra mantendría en ellos el orden y por lo mismo fiaba en su poder y en su activa vigilancia.

Un viajero que tenía interés en conocer las costumbres del pueblo bajo de Nápoles se hizo conducir un día á uno de esos garitos situado cerca de la fuente de Medina.—«Entré, dice, en una sala llena de una densa atmósfera de tabaco en la cual había una estraña concurrencia. Los sujetos que allí se veían no eran *lazzaroni* ni tampoco gente decente. Casi todos vestían paletó ó levita de esas que abandonan los hombres algo acomodados que se llaman en el país *mezzi galantuomini*, medio señores. Gracias á ese traje respetable no eran vigilados de cerca mientras jugaban, pero despues de terminada la partida se acercaba al círculo un individuo de chaqueta; este hombre, como una prueba de la deferencia que le merecían los jugadores llevaba su mano á la gorra, y tendiéndola despues al que había ganado pronunciaba estas dos palabras:—«La Camorra.» El individuo recibía su parte sin la menor objecion y volvía á ocupar su puesto.

Sin embargo, no era úpicamente en las casas sospechosas en donde la secta reclamaba su tributo, sino en todas las casas donde se manejaban los naipes. En Nápoles se vive casi en la calle y por consiguiente se hace todo al aire libre. Los jugadores modestos que mataban sus ratos de ocio jugando sentados al fresco en la puerta de su casa, veían aparecer á la mejor el tirano camorrista armado de

su recio baston. Aquel hombre tomaba asiento junto á ellos á pesar de no conocerles y ejercia sus funciones de recaudador como la cosa mas sencilla y legal, y tal vez se hubiera sorprendido si hubiese observado que su presencia causaba sorpresa ó novedad á los jugadores. En vano éstos le juraban que no mediaba interés, que jugaban por mero pasatiempo: todo era inútil, debian pagar la diversion y daban una gratificacion al camorrista para que se alejase y les dejara jugar en paz.

Hemos dicho ya que bastaba un *picciotto* para exigir la contribucion del juego, pero el aspirante no podia ejercer el oficio de recaudador sino en el caso de no encontrarse presente ningun camorrista. En el momento que se presentaba el sectario, el *picciotto* le entregaba el dinero que habia recogido y retirábase modestamente sin pedir un solo sueldo de gratificacion. Si por casualidad llegaba despues otro camorrista desconocido, es decir que no perteneciese á su círculo, y se empeñaba en cobrar el dinero, entonces uno de ellos sacaba dos navajas y presentando una de ellas á su antagonista le proponia un combate que terminaba á veces con la muerte de uno de los dos.

Esto ocurría en medio de la calle, á la luz del sol, y con frecuencia cerca de un cuerpo de guardia cuyos soldados presenciaban el lance con la mayor impasibilidad. La gente se agrupaba en torno de los combatientes, ávida de curiosidad, sin dirigirles una palabra, y cada cual echaba á correr por su lado desapareciendo lo mas pronto posible de aquel lugar cuando uno de los bravos caía anegado en su sangre.

En tiempo de la dinastía borbónica existía una ley prohibiendo recoger á ningun herido. Cuando llegaba la policia el vencido habia espirado quizá por falta oportuna de asistencia en tanto que el vencedor tenia contraído un nuevo mérito que sus jefes tomaban en cuenta haciéndolo constar en su hoja de servicios.

El tributo impuesto por la Camorra sobre el juego era como casi en todas las demás cosas de un diez por ciento. Todos los vicios pagaban una contribucion igual. La secta llevaba una estadística exacta de todas las casas de prostitucion del barrio y todas las personas que la habitaban pagaban su cuota semanal. En cambio la Ca-

morra se encargaba de mantener el orden en estos sitios y de que nadie molestase á las que arrastraban una existencia mísera é infeliz en medio de esos focos de vicio. Ocurrian de vez en cuando robos y raterías cuando aquellas casas eran frecuentadas por extranjeros procedentes del Norte, tan propensos á la embriaguez, pero rara vez se derramaba en ellas sangre ni por riña ni violencia de ninguna clase.

Sin embargo, la Camorra no reinaba esclusivamente en los lugares donde se cobijaba el vicio, sino que esplotaba tambien los defectos del pueblo y especialmente sus debilidades. La secta hacia el contrabando intimidando á los empleados de la Aduana, ó, mejor dicho, imponia un derecho sobre el comercio fraudulento, haciendo pagar á los que lo ejercian y á los que lucraban con él; esta contribucion era muy productiva para la Camorra, pues hubo tiempo en que nada ó muy poca cosa entraba en Nápoles por la Aduana. Cuando la policia no estaba organizada con la regularidad de los tiempos modernos, la Camorra la sustituia en la Aduana y en muchos otros sitios; ella era la que vigilaba las entradas y salidas de géneros. Habia comerciantes de primer orden que tenian camorristas asalariados á fin de asegurar sus transacciones mercantiles; las remesas de dinero eran á menudo garantidas por la vigilancia de esa policia irregular. Y lo mas singular es que esa inspeccion ilegal fué al poco tiempo organizada con una precision que no está en las costumbres del país, y hasta tuvo su tarifa especial. La Camorra se estableció en todas las puertas de Nápoles, en todas las oficinas de recaudacion, en la Aduana, en las estaciones de los caminos de hierro y en el puerto, poniendo á contribucion á los mozos de cordel y á los cocheros, á los carros y coches que trasportaban mercancías y viajeros de una parte á otra de la ciudad. El impuesto se exigia con regularidad y era satisfecho puntualmente; siempre el diez por ciento de todo. Los camorristas aguardaban á sus víctimas en las intersecciones del camino de ronda.

Los hortelanos y jardineros pagaban á la Camorra un sueldo por cada cesta; esta contribucion la satisfacian con gusto en razon á que no tenian que pasar despues el menor cuidado por sus artículos.

—«¡Hola! amigo decia un unitario en 1862 á un hortelano de las cercanías de Nápoles; ahora sí que estareis contentos.

—¿Por qué? preguntó el hortelano.

—Porque las autoridades de Nápoles suprimen la Camorra.

—¡Ah, caballero! esa medida causará nuestra ruina. La Camorra nos tenía á contribucion, pero se encargaba de vigilar al *bazzariota* (revendedor ambulante) á quien entregábamos nuestras frutas, nuestras hortalizas ó nuestras flores; todos esos espendedores callejeros que se cuidaban de pasear nuestros artículos por todas las calles de Nápoles entregaban al camorrista sin faltar un ochavo el producto de la venta. Ahora será necesaria la mano de la Providencia para atrapar á esos tunantes y exigirles cuentas. En vez de un ladron tendremos en adelante treinta que chuparán toda nuestra sangre.

—¿Y qué dices tú á eso? preguntó el unionista á un cochero que escuchaba los lamentos del campesino.

—¿Qué digo? ¡qué acaban de asesinarme! He comprado un caballo *muerto* que no conoce las calles, que pasa solamente por donde le acomoda, que resbala en las bajadas y tropieza en las subidas, que se asusta al oír un petardo y hasta del ruido de las campanillas; ayer mismo se me desbocó en el camino de Pausilipo atropellando un rebaño de cabras que le cerraban el paso. Un camorrista que me protegía y que tenía su *pizzo* (su puesto) en el mercado de los caballos me habría evitado este robo. Aquel hombre presidía las ventas y recibía su comision de los que cerraban el trato. El año pasado tuve que vender un caballo ciego que él hizo pasar por bueno porque me protegía. Mi protector acaba de ser preso y eso ha sido la causa de que yo haya cargado con ese penco que veis allí. ¡Mi protector era muy honrado!»

Otra industria, por cierto bastante curiosa, ejercida por los camorristas era la lotería clandestina. Esto merece una explicacion. La lotería del gobierno es en Nápoles semanal. La extraccion de los números se verificaba entonces todos los sábados en una de las salas de la Vicaría; ahora este acto se efectúa en el palacio de la Hacienda bajo la inspeccion del tribunal de cuentas. Primeramente un sacerdote bendecía la urna que contenía los números y en seguida un niño estraía de ella, en presencia de la muchedumbre allí reunida, los cinco números que debían ser premiados. La gente, y era muchísima, que no había encontrado cabida en la sala, permanecía

apiñada en frente de la puerta principal del edificio. Tan luego como habian salido los cinco números se publicaban en alta voz desde la ventana para que los oyese la gente de la calle. Esos cinco números eran esparcidos por diez mil bocas humanas y llegaban á los barrios mas apartados de la ciudad con la velocidad de una corriente eléctrica.

La lotería creaba una multitud de industrias: habia inspirados, brujos, adivinos, gitanos y frailes capuchinos que espendian combinaciones de números; habia estafas que explotaban la ignorancia popular, dando pruebas de su don de acierto. Decian por ejemplo al lazzarone:—«Vé á tomar tres números, los que tú quieras, cuando vuelvas ya los sabré porque siento llegar el espíritu que me los dirá al oído.» El creyente iba á comprar los tres números seguido de un amigo del adivino que se los veia tomar y que procuraba estar de vuelta antes que él. El comprador se acercaba; el adivino le decia el terno que traia y recibia su retribucion. Todo esto se hacia en medio de gestos, signos y genuflexiones cuyo resultado era hacer pagar un cirio al engañado para hacerlo arder delante de un santo en el momento de la estraccion. El jugador esperaba ansioso el dia del sorteo seguro de poseer una fortuna que le permitiera vivir sin trabajar el resto de sus dias. El terno no salia, y si el burlado se quejaba, el adivino le decia en tono irritado:

—«Tus pecados tienen la culpa; juraria que eres muy malo.»

Veamos ahora lo que era la lotería de los camorristas. El pueblo de Nápoles tiene toda la semana para jugar y antes del sábado se le admiten puestas de una *decinca* (diez céntimos y medio;) pero el sábado por la mañana, es decir el último dia, la jugada mas baja que se permite es de un franco y setenta céntimos. Es muy difícil que un artesano ó jornalero tenga esta cantidad el último dia de la semana habiendo jugado desde el lunes hasta el viénes todos sus ahorros diarios; el jugador se dirige entonces al camorrista de la esquina mas inmediata que espnde billetes de una lotería clandestina. El sectario admite jugadas pequeñas con las mismas condiciones, con las mismas ventajas y casi con las mismas garantías que el lotero oficial; los números estraidos en la sala de la Vicaria son reconocidos por la secta, y si alguno de los que juegan á la lotería

clandestina acierta la jugada, recibe puntualmente la cantidad que le corresponde. La Camorra hace gala de su probidad en todos sus negocios de contrabando.

Sucede con la lotería napolitana lo mismo que con la española. La lotería antigua (y bajo el punto de vista de la moralidad también la moderna) era una partida vergonzosamente desigual entre el Fisco y el público que producía al primero muchos millones sin exponer gran cosa. Era una rara casualidad que saliese una jugada en la que el jugador acertase todos los números. Aquella lotería, como todos los juegos autorizados, constituía una contribución repugnante impuesta sobre la perpétua ilusión del pobre. Sin embargo, el pobre está tan viciado que ni en Nápoles ni en España quiere que le supriman el gasto de una esperanza tan remota. En Nápoles, después de la anexión, el pueblo ha estado á punto de sublevarse solamente porque se hablaba de suprimir la lotería. ¿Qué haría el pueblo español si el gobierno acordaba una medida semejante? Garibaldi, con todo su prestigio y su poder, no pudo abolir la lotería en Nápoles. El pueblo napolitano, en caso de tener que elegir, preferiría la lotería á una buena constitución. Un plebiscito en que se preguntase á los napolitanos si querían á Víctor Manuel con la libertad ó á Francisco II con la lotería la votación favorecía al último.

La lotería clandestina era una de las grandes rentas de la Camorra. Además, los camorristas lucraban también con la lotería oficial. El sábado por la noche se instalaban en la puerta de todas las administraciones ortodoxas y hacían pagar el diez por ciento á los jugadores afortunados.

Y no paraban aquí los productos de la Camorra. En la temporada de los baños imponía una contribución á todos los establecimientos de esta clase. La Camorra era también usurera; los sectarios que se dedicaban á esta especulación se presentaban en la calle luciendo magníficas cadenas, alfileres, anillos, buenos relojes de oro; todas estas alhajas pertenecían á personas á quienes apuros apremiantes les habían obligado á empeñarlas. El camorrista se convertía así en una especie de Monte-pío ambulante que advertía al público la manera de remediar una necesidad perentoria.

La Camorra ejercía á la vez todas esas industrias que hemos citado; vivía á costa de los vicios, de las necesidades ó de las debilidades de la sociedad. La secta inspiraba tal terror en Nápoles, que las víctimas no se veían libres del poder de sus tiranos aun cuando estos estuviesen encerrados en la cárcel, puesto que allí iban los contribuyentes á llevarles el tributo que les habian impuesto los sectarios. Y no solamente los camorristas eran temidos, sino tambien respetados. Ora fuese que en su origen la Camorra tuviese por objeto proteger al débil contra el fuerte, como pretenden algunos, ora que la violencia sea todavía en nuestros tiempos el mayor medio de adquirirse la veneracion de la muchedumbre, es indudable que la secta era un poder oculto dentro del poder legal. La Camorra se erigia en tribunal popular y sus consejos ó sus fallos eran mas escuchados y mejor obedecidos que los de los jueces elegidos por Fernando II. El camorrista ejercia en su barrio el papel de juez de paz; sus fallos no tenian apelacion, eran casi siempre justos y nunca desobedecidos. Eso evitaba con frecuencia litigios dispendiosos.

Pero si por un lado el camorrista hacia algun bien, por otro ocasionaba muchísimo mal. Los vendedores de sandías, por ejemplo, pagaban cinco ó seis impuestos antes de poder ofrecer esta fruta al pueblo bajo de Nápoles que la come con un placer que raya en glotonería; eso se explica bien, sabiendo lo que es el clima de la Italia meridional. El pueblo necesita á todo trance hielo y sandías en abundancia. El que le privase de estos dos artículos le haria lanzarse á la revolucion. La Camorra cargaba la mano sobre las sandías porque su consumo es enorme. Recibia un derecho por el cargamento, otro por el transporte, otro por la venta al pormenor; en una palabra, estrujaba desapiadamente al pobre cultivador y al espendedor cuyos beneficios quedaban mermadísimos.

La revolucion creó un nuevo ingreso de bastante consideracion en las rentas de la Camorra. La secta, atenta á todas las innovaciones que llaman la atencion del público, comprendió en seguida que la prensa era un filon descubierto en la mina de sus productos. El *Pungolo* es el diario mas popular de Nápoles; apenas sale de la prensa, que es siempre á eso de la una de la noche, se dispersa por las principales calles un enjambre de pilluelos agitando en el aire el

número publicado y gritando con toda la fuerza de sus frescos pulmones:—«O Pungolo! ó Pungolo!—E asciuto ó Pungolo!—*Notizie e Roma!*—*E bello á leggere.*—O Pungolo!»

El público curioso arrebatava los números de las manos de los muchachos deduciendo de los gritos y de la celeridad de los jóvenes espendedores que el *Pungolo* debía contener noticias importantes. Esas carreras furiosas valian algunos sueldos á los chiquillos que se desgañitaban pregonando el *Pungolo*, mientras que los camorristas quietos en sus puestos recibian despues de la venta la parte principal de los beneficios.

En tiempo de Fernando II la Camorra especulaba tambien con los sustitutos del ejército. Estos pobres diablos, ajustados por una cantidad insignificante, eran despues vendidos á los ricos. Desde el momento que habian cerrado el trato con la Camorra, los sustitutos permanecian en un local cerrado con centinelas de vista. Los camorristas les daban poco pan y mucho palo, pues sufrían la mas terrible de todas las esclavitudes, la esclavitud de la avaricia.

Los mendigos no se escapaban tampoco de pagar su contribucion á la Camorra. Nadie podia ser cojo ó manco, tuerto ó ciego, ni fingir el mal de San Vito, ni exhibir al público una úlcera asquerosa sin dar al camorrista el diez por ciento de la limosna arrancada á la caridad pública. La Camorra habia dejado muy atrás al Fisco; solo ella hubiera podido poner á contribucion la mendicidad.

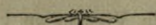
En los últimos tiempos de la dinastía borbónica la secta estableció tambien sus reales en el ejército. El gobierno napolitano no habia podido aclimatar nunca la quinta en la isla de Sicilia; todos sus ensayos en este sentido provocaron la resistencia armada de parte de los isleños y el gobierno en vez de engrosar las filas del ejército las mermaba combatiendo la insurreccion. Entonces el rey tuvo la infeliz idea de sacar la juventud de los presidios de la isla para alistarla forzosamente en los regimientos napolitanos. Al poco tiempo cada compañía tuvo su baratero, el ejército se desmoralizó y el mal ejemplo se propagó á las tripulaciones de los buques de guerra.

La Camorra llevó su audacia hasta el último extremo. En Frattamaggiore (provincia de Nápoles) existía un camorrista terrible llamado Sossio dell' Avesano, culpable de varios delitos. Este hombre

puso á contribucion á los sacerdotes, á quienes exigia tres sueldos por cada misa que decian! El miedo cerró la boca á los contribuyentes que nada se atrevieron á decir hasta que Sossio pereció á manos de otro individuo de su pueblo llamado Crescenso.

Cuando los restos del ejército napolitano se refundieron en el del Piamonte, la Camorra trató tambien de entronizarse en los regimientos italianos. Hubo por algun tiempo violencias y estorsiones en los cuerpos de los cuales eran las principales víctimas los débiles y los reclutas. El ministro de la guerra, que lo era entonces el general Fanti, se propuso que la Camorra militar muriese por las armas del ridículo, y mandó ejercer una activa vigilancia sobre los barateros y los individuos sospechosos. Los camorristas conocidos fueron presos un día y permanecieron sentados en medio del patio de cada cuartel con un gran cartelón pendiente del cuello en el cual se leía en grandes letras la palabra *¡Camorrista!* Esto produjo muy buen efecto y la Camorra tuvo que doblar la cerviz y esconderse ante la severidad de la ordenanza militar.

LA CAMORRA EN LAS CÁRCELES.



Cuando un crimen cualquiera, ó las opiniones políticas, conducian á un hombre á la cárcel de la Vicaría, apenas habia pasado la gran puerta principal de este palacio, mandado edificar por el rey Guillermo en el siglo duodécimo, y despues de haber dejado atrás los pórticos que circuyen el patio, el preso llegaba á una puerta muy baja guiado por una cómoda y espaciosa escalera. La altura de esa puerta ó de las dos puertas—pues hay dos iguales—no permite que un hombre, por baja que sea su estatura, penetre por ellas sin quitarse la gorra ó sombrero. Esas puertas, encima de las cuales se vé una Virgen y el ángel que libertó á San Pedro, dan entrada á los dos departamentos en los cuales el gobierno encerraba indistintamente á los ladrones y asesinos, á los conspiradores, víctimas á veces de una infame delacion, á los nobles y á los plebeyos.

Esto sucedia en tiempo de Fernando II, en una época en que sin saber el motivo, quizá porque le hacian sospechoso su talento, su posicion, sus amistades, ó sus supuestas opiniones, un hombre se encontraba en la cárcel sin saber cómo, permaneciendo en ella muchos meses sin que nadie le hiciera la menor pregunta.

Cuando el preso, segun su clase, habia entrado por una de aquellas dos puertas, llegaba á una pequeña habitacion en donde se encontraban reunidos los escribanos y un amanuense que anotaba la

entrada del recién llegado, preguntándole, como de costumbre, si pensaba recibir el pan y la sopa del gobierno. Hecha esta operación el alcaide acompañaba al preso á la sala que se le habia destinado.

Apenas el jefe del establecimiento volvia la espalda los camorristas se apoderaban del nuevo compañero que acababa de entrar. Acercábasele un bravo con la mano tendida pidiendo cuartos para alimentar la lámpara de la Madona. En Nápoles no solamente hay una Virgen en cada esquina, sino que se encuentra su efígie en los lugares mas profanos, en las tiendas, en los cafés, en las tabernas y en otros sitios peores.

No es pues extraño que la Virgen se vea tambien en las salas de las cárceles y que los malhechores y los camorristas se encargasen de procurarse aceite para la lámpara que debia alumbrarla de noche. Para conseguir tan piadoso objeto, los camorristas pedian una cantidad á cada preso que ingresaba; así podian alumbrar á la Virgen y habrian podido alumbrar la ciudad entera con lo que les sobraba. Esto es en Nápoles una costumbre inmemorial que se encuentra consignada en la época mas remota de su historia. El aceite de la Madona fué en todos tiempos un pretesto de los tiranos de las cárceles para poner á contribucion á los demás presos.

No por haber pagado el aceite el preso se veia libre de los camorristas, pues continuaba siendo su víctima hasta el momento de salir en libertad; no podia dar un paso sin llevar detrás un hombre fatal que le abrumaba con el peso de su infatigable vigilancia. El infeliz ni siquiera disfrutaba de esa pequeña libertad de accion que deja el mas repugnante y lóbrego calabozo; la mas insignificante de sus acciones era vigilada, y lo peor era que tenia que pagar por ella. No podia comer, beber, jugar ni fumar sin permiso de los camorristas, sin entregarles el diez por ciento de todo lo que gastaba. Pagaba por el derecho de comprar, por el de vender, por lo necesario y por lo superfluo; pagaba para obtener justicia y para alcanzar privilegios; y pagaba hasta cuando se quedaba pobre y pelado como las paredes que le tenian aprisionado, cuando se veia obligado á privarse de todo. Los que se negaban á pagar se esponian á morir apaleados. La mayor parte de los presos se resignaban á esta crue

esclavitud y dejábanse escamotear sueldo tras sueldo por la insaciable avaricia de esos tiranos, si bien es verdad que los protegían contra otros opresores mas débiles, y aun se batían en caso de necesidad por su víctima despues de haberle hecho soltar el último ochavo y de haberle privado del último harapo.

Todos estos hechos, todas estas infames tiranías han sido confirmadas por personas de posicion y honradas, cuyas opiniones políticas fueron causa de que el despotismo les hiciese conocer y estudiar las terribles costumbres de las cárceles de Nápoles. La Camorra imperaba en ellas, mandaba, concedía favores, facilitaba todo lo necesario á los presos y hasta autorizaba entre ellos el uso de armas para su defensa.

Cuando entraba en la Vicaría un preso de cierta categoría recibía de los camorristas, mas poderosos y sobre todo de mas utilidad que los carceleros, permiso para tener un arma. El señor Miguel Pérsico y el baron Carlos Poerio al poco tiempo de entrar en la cárcel recibieron la visita de un sectario quien presentó un puñal á cada uno de ellos haciéndoles un atento saludo.

—«Tomad, Escelencias, les dijo; os autorizamos para conservar estas armas.»

Además de la contribucion ordinaria que la Camorra imponía á las personas distinguidas les destinaba uno ó dos criados para que les sirvieran. Escusado es decir que estos criados partían su salario con los jefes.

Sin embargo, la Camorra ganaba mas con los pobres que con los ricos. A estos tenia que guardarles ciertas consideraciones y cierto respeto. Las buenas costumbres de las personas bien educadas no las hacia esclavas de los vicios innobles de los cuales no sabian ni podían prescindir los indigentes, y ya se ha visto que la Camorra lucraba con las debilidades ó las necesidades de los viciosos. Muchos de los presos vendían por una cantidad mezquina al camorrista no solamente el vestido que les daba el establecimiento cada medio año, sino su racion diaria. El sectario volvía á vender el traje y los víveres á los proveedores de la cárcel y éste comercio producía á unos y á otros pingües beneficios.

Aquellos infelices vendían su ropa y una parte de su racion para

fumar un cigarro ó beber un vaso de *asprino*; pero principalmente para jugar, única distraccion que tenian en la cárcel. El tabaco, el vino y el juego eran artículos estancados por la Camorra y resultaba que los sectarios volvian á recobrar al poco tiempo el dinero que habian dado para comprar á los viciosos su traje y su racion, pues los camorristas especulaban primeramente sobre las necesidades y luego sobre las diversiones. Los sectarios obligaban á jugar á todo el mundo y el que rehusaba era apaleado.

Uno de los juegos mas usados en la cárcel era el *tocco*; el *tocco* es la *morra* catalana, generalizada en el campo de Tarragona entre la gente que concurre á las tabernas. Los presos jugaban de este modo algunas botellas de vino que les vendia la Camorra despues de exigirles dos sueldos por cada partida terminada. Por este medio todo el dinero de los detenidos pasaba al cabo de algun tiempo á las manos de la secta. La Camorra entregaba una parte de sus beneficios al alcaide de la cárcel. Personas que han estudiado de cerca el comercio que la sociedad hacia en la Vicaría calculan que algunas semanas les producía cuatro mil reales.

Lo general era que los presos se dejasen despojar sin oponer resistencia; con todo, de vez en cuando habia alguno que sabia emanciparse de aquella tiranía y era respetado de todos si salía victorioso de la prueba. La Camorra era la primera en doblar la cerviz ante la ley que ella imponía á los demás; como sus víctimas lo hacian con ellos, los camorristas se inclinaban y reconocian la razon del mas fuerte.

Una imprudente intriga de amor llevó á la Vicaría á un pobre jóven, estudiante calabrés. Apenas quedó instalado en la cárcel se le acercó un camorrista á pedirle el dinero para la lámpara de la Madona; pero desgraciadamente el preso no poseía un solo sueldo. El camorrista irritado levantó su mano en ademan de castigar al jóven porque habia entrado en la cárcel sin dinero. Al ver la accion el estudiante, como buen calabrés, dijo al bravo:

—«Creo que no serias tan audaz si tuviese un arma en las manos.

—«Pues que no quede por eso,» contestó el camorrista cuyo amor propio habia picado la desdeñosa observacion del preso.

El camorrista fué corriendo á una sala contigua á pedir dos navajas á su jefe. Debe advertirse que en todas las cárceles de Nápoles la sociedad tiene su depósito de armas tan bien guardado que los carceleros no pueden dar casi nunca con él. Este depósito, llamado la *pianta*, esta á la disposicion y bajo el cuidado del jefe. Los hermanos se dirigen á él cuando necesitan una navaja, pues no las llevan encima temiendo algun registro imprevisto.

El camorrista volvió al poco rato con dos navajas y presentó una al jóven. Este, como hemos dicho, era vigoroso, ágil y calabrés; viendo que era preciso matar ó morir, resolvióse á conservar la vida. A los dos ó tres brincos dejó tendido á sus piés á su adversario. Entonces fué cuando el calabrés tuvo realmente miedo, puesto que á mas de la cuenta que tendria que dar á la justicia, conoció que la secta no dejaria de vengar al vencido; el estudiante se convenció que desde aquel momento pesaban sobre él dos sentencias de muerte. El calabrés escapó del compromiso mucho mejor de lo que pudiera figurarse. La Camorra, con el poder misterioso que ejercia en el establecimiento, echó tierra sobre aquel suceso, y por la noche, cuando el jóven fué á acostarse, encontró sobre la cama un monton de sueldos. La Camorra le hizo su parte al distribuir el *baratollo* y todo el tiempo de su prision el calabrés recibió su pension semanal como los demás afiliados.

Un provinciano salia una noche de un cafetin en donde habia ganado una cantidad bastante crecida jugando al billar. Acercósele á los pocos pasos un individuo atlético armado de un grueso baston, diciéndole que queria una parte de la ganancia.

—«¿Con qué derecho? respondió el provinciano.

—Con el que la Camorra tiene sobre todos los beneficios obtenidos en el juego.»

El provinciano se negó rotundamente á dar un cuarto. El hermano iba á levantar su baston, cuando advirtió que brillaba en la mano derecha del provinciano la hoja de un puñal. El camorrista echó á correr.

El dia siguiente, casi á la misma hora y en el mismo sitio, el provinciano vió acercársele otro individuo, no con el baston levantado, sino tendido hácia él; el desconocido le dijo estas palabras.

—«Tomad, Escelencia.

—¿Qué he de tomar!

—Este *baston animado* (baston de estoque) que tengo el honor de ofreceros por vuestro brillante comportamiento de anoche.»

En vano el provinciano se negaba á recibir aquel regalo singular; el hombre fué tan tenaz y pesado, que, por echárselo de encima, el solicitado se dejó poner el baston en la mano. El provinciano observaba despues que en la calle le saludaban respetuosamente hombres á quienes no conocia y que seguramente debian ser camorristas. Estos ejemplos de resistencia eran sin embargo muy raros, especialmente en las cárceles en donde nadie podia librarse de la opresion de la secta.

Era casi imposible que los presos no sufriesen resignados esa tiranía, cuando se veian obligados á invocarla como una proteccion. En la Vicaría, donde se encontraban confundidos inocentes y culpables; en las islas, en los presidios y en los calabozos, donde los hombres de opiniones liberales tenian que vivir entre los asesinos, esta proteccion era indispensable para estar á cubierto de las brutalidades de la gente de vida airada. Bajo este aspecto, aunque cara, la proteccion de la Camorra tenia un objeto laudable y no faltaba á los que la solicitaban y pagaban. En tiempo de Fernando II la secta mantenía el órden en los establecimientos penales y ofrecia seguridad á los presos. Tomando por su cuenta el monopolio de la violencia y del desórden, los afiliados prohibian imitar su ejemplo á los profanos y que les usurpasen unos derechos que ellos se habian apropiado. Los camorristas sacaban los cuartos á los presos valiéndose de mañas mas ó menos ingeniosas y repugnantes, pero delataban ó castigaban á los ladrones que empleaban la violencia; daban alguna puñalada cuando la necesidad les obligaba á ello, pero impedían los asesinatos. Por consiguiente, los presos que tenian dinero y querian conservarlo, así como los que tenian mucho apego á la vida, se ponian bajo la tutela de la Camorra y cada uno de ellos tenia un camorrista que guardaba su persona.

Hasta la autoridad se valia de la Camorra para mantener el órden en las cárceles. Cada mañana, á la hora de levantarse, los camorristas hacian que los presos abandonasen la cama que les habian

alquilado por el precio de un carlino diario, ó del miserable jergon que les facilitára el establecimiento, reuniéndolos para la lista; en una palabra, imponian á los detenidos una rígida disciplina, siendo mas respetados de ellos que los mismos carceleros.

Habia entrado un dia en la Vicaría uno de los asesinos mas feroces de Nápoles por haber robado, y asesinado despues, al capitán de un buque español en medio de la vía pública. El preso se permitió una infraccion contra el reglamento de la cárcel: hizo venir á su querida á la verja y estuvo hablando con ella largo rato.

—«Cuidado, le dijo uno de sus amigos, que el carcelero te está atisbando hace tiempo.»

El bandido no hizo caso de la advertencia y el carcelero se acercó á decirle que se retirase de allí. El preso le contestó con insultos y burlas. El carcelero no se atrevió á coger al preso por el cogote, como solia hacerlo cuando le desobedecian ó cuando no tenia miedo, y se acordó que aquel hombre estaba allí por haber asesinado á un español en medio de la calle y observó tambien que ostentaba un par de puños respetables. Para salir del paso llamó á un camorrista célebre, á Diego Zezza, uno de los muchachos mas vigorosos y dispuestos de la secta. Zezza tenia por arma una navaja de afeitar *ammanicata*, es decir, la hoja fijada en un mango de madera, con cuyo instrumento causaba horribles heridas en la luchas que sostenia. Hacia poco tiempo que Zezza habia llegado de la cárcel de Aversa en donde habia decapitado á un hombre con aquella arma terrible. El camorrista se acercó al feroz perdonavidas, y cogiéndolo por los cabellos á la vista de su querida (¡ultraje cruel!) golpeó su cabeza dos ó tres veces contra los hierros de la verja, arrojándolo despues casi sentido sobre un jergon del cual aquel hombre no se atrevió á moverse en largo rato.

Diego Zezza tuvo un fin desastroso. Encerrado mas tarde en Monte-Fusco, sus violencias provocaron contra él una verdadera sublevacion y pereció á manos de los demás presidiarios.

En el presidio de Santo-Stefano ocurrió otro hecho de esta especie. Encontrábase en este establecimiento un camorrista de los mas peligrosos llamado el *Caprariello* (cabrerillo). Sus abusos para con sus compañeros obligaron á estos á formar un complot para deshacerse

de su tirano. A una señal convenida todos se arrojaron sobre él con gritos de rabia. El camorrista se defendió desesperadamente hiriendo á nueve de sus contrarios de los cuales murieron cuatro; batióse como un leon corriendo de galería en galería hasta que finalmente, acorralado en un rincon y no queriendo caer en las manos de sus perseguidores, dió un brinco y se arrojó al patio quedando muerto en el acto.

Estos eran los servicios que la secta prestaba á las autoridades en el interior de las cárceles. En cuanto á los presos, segun su delito y la clase á que pertenecian, recibian tambien muy buenos servicios de la Camorra. Hé ahí un ejemplo: Un soldado napolitano abandonó en 1848 su cuerpo para ir á batirse en la Lombardia, ingresando en uno de los cuerpos francos italianos. Al regresar á Nápoles fué preso y conducido á la Vicaría. A las pocas horas de estar en la cárcel se encontró á faltar una cantidad en oro que llevaba encima. La Camorra se encargó de hacer restituir la presa al ladron. El dinero no se encontró en parte alguna; pero la Camorra, ducha en todas las tretas de la cárcel, comprendió que aquellas pequeñas moneditas de oro estaban depositadas en los estómagos de los que habian intervenido en el escamoteo. A la media hora la Camorra administraba un enérgico vomitivo á los presos, y el soldado recuperó por este medio el dinero robado.

Algunas cartas cogidas á los camorristas de las cárceles poco despues de la dominacion piemontesa arrojan bastante luz sobre los misteriosos actos interiores de la secta. Casi todos estos escritos estaban firmados por un individuo llamado Antonio Mormino ó Mormile, jefe de los camorristas presos en Cárcere Nuovo, departamento construido en un extremo de la Vicaría para encerrar en él á los presos pertenecientes á la secta. Dichas cartas iban dirigidas á Vincenzo Zingone que mandaba á los hermanos trasladados al hospital de San-Francesco por enfermedad real ó fingida. El estilo y la ortografía de esta correspondencia clandestina chocan por lo estravagantes. Las cartas eran escritas por una mano diferente lo cual prueba que el poderoso jefe Mormino, que tenia derecho de vida y muerte sobre sus subordinados, no sabia escribir. En algunos establecimientos penales el jefe tenia su secretario que entraba á ejercer

sus funciones despues de jurar el secreto; si el secretario faltaba al sigilo prometido una puñalada inevitable castigaba su debilidad ó su imprudencia.

La correspondencia camorrista estaba sujeta á fórmulas invariables, pues todas las cartas empezaban y terminaban de la misma manera. El encabezamiento decia siempre:—«*Caro compagno é compagni tutti*; mientras que el final terminaba de este modo:—«*Tutti i compagni con me salutano tutt' i compagni con voi.*» Las cartas estaban divididas por artículos ó párrafos cada uno de los cuales principiaba con la palabra *dippiu* (además,) adverbio que parecia indispensable. Cuando el jefe no tenia mas que decir concluia con la frase;— *E non altro* (y nada mas).»

El lenguaje y el estilo de la Camorra se parecian bastante al de nuestros presidiarios vulgares aunque Mormino usaba de mucha cortesía y respeto para con Zingone. Eso induce á creer que Zingone era superior ó que tenia algun derecho á la consideracion y respeto de Mormino. En cuanto al objeto de estas correspondencias casi versaban esclusivamente sobre asuntos interiores de la sociedad, como resoluciones adoptadas, castigos impuestos, gracias concedidas, cantidades distribuidas ó por distribuir, la salida ó llegada de algun hermano, intereses comunes y á veces intereses privados de los camorristas. Mormino referia detenidamente á su colega todo lo que ocurría en la cárcel, pedíale consejos ó le daba instrucciones, poníale sobre aviso respecto á ciertos afiliados sospechosos y le enviaba ó pedia dinero. Estas cartas descubrieron muchos nombres á la policía piamentesa, nombres que iban todos seguidos de un apodo ó alias.

Mormino hablaba con una gravedad y pompa ridiculas de las discusiones de la secta, citando con mucha frecuencia las máximas de sus predecesores y las tradiciones de otros jefes que pasaron por sabios y justicieros. No daba cuenta de ninguna sesion de las que él habia presidido sin decir antes:—«Mis deberes me han llamado á reunir la sociedad para discutir lo siguiente.»

Lo que mas sorprende es la exactitud y seguridad con que la correspondencia camorrista pasaba de una cárcel á otra, á pesar de la vigilancia de las autoridades, siendo de suponer que los portadores de

estas cartas eran estraños al establecimiento, que se dedicaban al oficio de correos, puesto que al dorso del sobre se leía el aviso:— «Pagad cinco sueldos al portador.»

— Copiaremos una carta de Mormino como una muestra de la correspondencia de la Camorra, dejando á parte los barbarismos y faltas de ortografía que la harían ininteligible hasta para un italiano.

— «Querido hermano:

Después de saludaros juntamente con todos los hermanos, os envío vuestras *tangentes* (vuestra parte de barattolo.)

Vos y el hermano Richezza tomareis diez carlinos menos dos granos. Ottaiano y Monaciello tienen derecho á seis carlinos y medio.

A Bascolo le tocan siete carlinos y medio.

A Simonetta se le retiene su parte.

La suma total asciende á cuatro ducados y dos granos.

Retendreis veinte y siete granos al hermano Richezza porque debe pagar dos carlinos y siete granos á Branchale.

La suma que queda ahora á vuestro favor importa treinta y siete carlinos y cuatro granos.

Además, esta mañana la sociedad se ha dignado decretar que *levantemos la mano* (perdonar) á todos los camorristas castigados, y todos han vuelto á entrar en la hermandad.

Además, los camorristas que estaban *á la izquierda* (privados temporalmente del voto) han vuelto á ocupar su lugar. Haced lo mismo con Cazzarola que se encuentra en el hospital.

Además, cuando vino Salvatore de Crescenzo pidió gracia para todos los camorristas que sufrían algun castigo. Todos nos opusimos respecto á Ciucciario en razon de la carta que envió á Pizzofalcone al hermano Andolfo, pues la tal carta perjudicaba á la sociedad. Hemos mandado llamar á Andolfo para enterarnos del mencionado escrito y Andolfo nos ha asegurado, jurándolo por su honor, que no lo había recibido.

Por eso esta mañana hemos discutido por cuenta de Ciucciario y no habiéndole encontrado en contravencion le hemos levantado la mano tambien á él, es decir lo hemos puesto á la izquierda de la sociedad.

E non altro.»

«Me repito siempre y firmo. —Vuestro hermano,
Antonio Mormino.»

Esta carta está llena de lecciones y ejemplos acerca de las interioridades de la Camorra, pero exige un largo comentario. Antonio Mormino empieza enviando á su colega Zingone la parte del *baratollo* que corresponde á los que tiene á sus órdenes en el hospital de San-Francesco. Por consiguiente se vé que los enfermos percibian su *tangente* con toda regularidad. La distribucion del dinero escamoteado se hacia semanalmente y se les daba su parte como á los demás. Las partes no eran iguales, pues se descontaba á uno de los camorristas una cantidad de su peculio para satisfacer la deuda que habia contraído con otro. Esta distribucion era el asunto ordinario y principal de la correspondencia entre los jefes de la secta.

Otra circunstancia notable en esta carta es el *levantamiento de mano* ó sea la gracia concedida á los individuos que sufrían algun castigo por la intercesion de uno de sus colegas. Por consiguiente, los que se encontraban á la *izquierda* fueron amnistiados; éstos sufrían la pena mas ligera que consistia en la suspension temporal del voto, pero no de los derechos pecuniarios. Existían además otros castigos mas duros de los cuales hablaremos despues.

Ocupémonos otra vez del perdon que se concedia, como se ha visto, á la súplica de un camorrista influyente por regla general recien salido de la cárcel, cuya bienvenida se celebraba con indulgencias plenarias. Cuando Nicolás Avitabile entró en «Carcere Nuovo» la sociedad reunida levantó la mano á Nicolás Furiano, llamado el Calabrés, á Cárlos Dilicher, llamado el Suizo, y á Ricciardelli, llamado Ciucciario, el mismo que hemos visto citado en la carta de Mormino. Al hablar de esta gracia en otra carta el jefe camorrista decia:—«Bien entendido que los hermanos de esta cárcel han perdonado á Ciucciario *con la cuerda al cuello* (contra su voluntad;) os suplico que le hagais saber que esta mañana recibirá la Camorra, pero decidle que á la mas leve falta ó exceso que cometa en ese hospital os autorizo para privarle otra vez de todos sus derechos y *ponerle en presidio* (hacerle vigilar).

La suspension de sueldo y la vigilancia eran penas mas fuertes en las leyes de la Camorra. Poner á un camorrista en presidio era

privarle de todos sus derechos por cierto espacio de tiempo que casi nunca escedia de uno ó dos meses si la falta era leve. En otra carta se leía que un individuo llamado Guiseppe Aiello quedaba privado de sus derechos por un mes por haber faltado al respeto al camorrista de servicio, mientras que otro, Ignacio Giglione, lo era por un año porque habia faltado á su deber estando de servicio.

Estos castigos rara vez llegaban al término fijado, pues las amnistías llovian á menudo sobre la Camorra. Cuando el célebre Salvatore de Crescenzo, el príncipe de los camorristas, el valiente y sabio por escelencia, el grande hombre, como le llamaba Mormino, hizo su entrada en la Vicaría, con el sombrero ladeado y la mano derecha apoyada en la cintura, mirando á todo el mundo de arriba abajo y afectando el aire de un poderoso, dió una amnistía general. Zingone quiso hacer alguna objecion acerca de dos *picciotti*, pero Mormino se apresuró á responderle.

—«Levantad la mano; Salvatore de Crescenzo ha proclamado un perdon general. Si los delincuentes vuelven á reincidir, pongo su suerte á la disposicion de vuestra sublime sabiduría (*alla sublima vostra sagezza*). Este *sublima* es uno de los muchos barbarismos empleados por la Camorra.

La amnistía acordada por de Crescenzo fué acogida con una entusiasta aclamacion de gratitud.

«Todas las lenguas humanas, escribia un camorrista agraciado á uno de sus amigos despues de este perdon general, no bastan para dar las gracias á la sociedad de «Carcere Nuovo» y á la de San Francesco por un acto de generosidad que no merecíamos.»

Hé ahí la humildad de un ladron ante las leyes de su secta. El camorrista robaba y asesinaba, y despreciaba á la concurrencia que acudia al tribunal á oír el fallo que le enviaba á presidio ó al cadalso. Si este hombre era absuelto por falta de pruebas creia que los jueces habian cumplido con un deber de conciencia. Retirábase de la presencia del tribunal sin hacerle siquiera un saludo para demostrarle su agradecimiento, y volvia la espalda al defensor como si nada le debiera. Pero faltar á los preceptos de la Camorra era un crimen atroz y un remordimiento para su conciencia, así es que el camorrista caia de rodillas y derramaba lágrimas de arrepentimiento

ante el hermano generoso que le perdonaba una falta cometida contra la secta.

Sentencias de muerte.—Ejecuciones.—Venganzas.—Rivalidades sangrientas.

Existía sin embargo en las leyes de la Camorra una pena mas terrible que la suspension temporal y que la espulsion definitiva: se imponía la pena de muerte. Esta pena alcanzaba al hermano desleal que engañaba ó hacia traicion á la sociedad, ora fuese con fraudes ó robos cometidos en perjuicio comun, ora por tentativa de adulterio contra la mujer de un camorrista, ora finalmente por denuncias ó simples indiscreciones. La secta castigaba tambien, aunque con penas menos severas, el robo, el *sfreggio* ó muerte ejecutados por instigacion de un individuo extraño á la sociedad.

La pena de muerte era pronunciada de una manera solemne despues de un debate durante el cual el acusado permanecía no léjos del tribunal esperando su sentencia. Un hermano hacia las veces de fiscal, otro defendía al acusado, y todos los demas afiliados concurrían á él para servir de testigos, jurados y jueces.

Pronunciada la sentencia de muerte se encargaba de su ejecucion un *picciotto* generalmente designado por la suerte. Si por un motivo cualquiera el ejecutor sorteado se negaba á ejercer su oficio era sentenciado á su vez y no podia evitar el castigo sino con la fuga, pues en el momento que desaparecia se espedían órdenes á los jefes de las capitales de provincia y cuando menos lo esperaba, y en el lugar que menos creía, encontraba un puñal que ponía fin á su existencia.

Entre las cartas ocupadas á Mormino se leían algunos párrafos relativos á los camorristas juzgados á su entrada en «Carcere Nuovo por no haber sabido cumplir con el deber que nos han enseñado nuestros predecesores.» «Estos hombres, añadía, despues de haber permanecido tanto tiempo en aquel sitio (referíase á otra cárcel) no acabaron con Pasquale Capozzo, el malvado que cometió una infamia muy conocida de la cual tuvo conocimiento la Europa entera. Por consiguiente, hemos deliberado y acordado lo siguiente.» A continuacion seguía la sentencia.

Pasquale Capozzo habia sido condenado á muerte por delito de infamia, por haber denunciado á varios camorristas. En cuanto á aquellos que encerrados en una misma prision con él no *acabaron con su existencia*, fueron sentenciados tambien por unanimidad, y aunque la carta de Mormino no decia á que pena déjase comprender que fué á la de muerte. Las leyes de la Camorra, diametralmente opuestas á los preceptos del evángelio dicen:—«El que se niegue á ser verdugo será víctima. El que no haga uso del cuchillo perecerá por el cuchillo.»

Giro Cozzolino y Agostino Angelino, los dos que no acabaron con Capozzo, fueron condenados á la pena de muerte cuya ejecucion pudo suspender el señor de los señores, el poderoso Salvatore de Crescenzo.

La sociedad volvió á reunirse y conmutó la pena. El camorrista fiscal decia que Agostino confesaba que habia hablado con Capozzo. Cualquiera que fuese el objeto de la conversacion era un crimen y una mancha de la cual no podia lavarse nunca; por consiguiente, en esta segunda vista Agostino fué *tolto di baratto*, es decir espulsado de la sociedad por traidor é infame.

Aquí se encuentra un ejemplo de indulgencia, pero esta conmutacion de pena era un caso raro debido á la influencia de un jefe poderoso, pues la sociedad no acostumbra á variar sus fallos. Capozzo pudo evitar la sentencia de muerte pronunciada contra él porque un inspector de policía lo tuvo algunos meses en un calabozo á parte. Su compañero de delacion, Antonio Lubrano, fué menos afortunado como se verá en lo que vamos á referir.

Lubrano guardaba un antiguo resentimiento contra el *gran Salvatore* de Crescenzo. Habíanle reconciliado con este jefe, pero el ódio no se habia borrado; esos hombres violentos no perdonan nunca. Los dos enemigos fueron encerrados juntos en la isla de Ponza donde les hicieron proposiciones de evasion si consentian en formar parte de una partida de reaccionarios para combatir contra los piemonteses. De Crescenzo aceptó y todo estaba dispuesto para la fuga cuando Lubrano, aprovechando esta ocasion para vengarse, denunció el plan á las autoridades de la isla. Este servicio le valió

la libertad concedida por el gobierno, pero al mismo tiempo fué condenado á muerte por el tribunal oculto de la secta.

Lubrano cometió además otro crimen gravísimo. Una vez en libertad se dedicó descaradamente al contrabando quedándose con todos los beneficios en lugar de repartirlos entre los individuos de la secta. Algunos meses despues los hermanos de la Vicaría le pidieron mil ducados y no quiso darles un cuarto. Lubrano fué condenado por segunda vez.

Cuando por órden del prefecto señor Avieta la policía de Nápoles hizo una *razzia* general de camorristas, Lubrano fué preso y conducido al local destinado á los afiliados. Apenas el preso entró en el establecimiento fué acometido por varios sectarios y cayó atravesado por ocho puñaladas diferentes. Salvatore de Crescenzo supo el arresto de Lubrano y envió á Zingone su sentencia de muerte escrita y firmada, sentencia que introdujo en la cárcel la mujer de un camorrista escondida en un cesto de uvas.

Aun cuando fueron varios los que acometieron á Lubrano uno solo se atribuyó el crimen como de costumbre. Este fué un *picciotto* llamado Nicolás Furiano conocido por el apodo de *Calabresse*. Furiano cargó con el asesinato de Lubrano deseando obtener cuanto antes el título de camorrista.

Esas substituciones eran muy frecuentes entre los sectarios; casi siempre se encontraba algun *picciotto* que se atribuía el crimen que no habia cometido para obtener un ascenso, y sucedía tambien que un individuo asesinaba á veces por cuenta de otro; pero con la condicion de que él debia denunciarse despues.

Bajo la dinastía caída no se castigaba con pena de muerte el asesinato si el asesino podia probar que habia mediado provocacion. Sucedia, pues, que cuando un camorrista ó un *picciotto* cometía un homicidio en el interior de una cárcel ó presidio se hería á sí mismo para hacer creer que habia sido atacado por su víctima.

Háse visto que las sentencias de los camorristas se llevaban á efecto irremisiblemente; pero tambien estaba prohibido á todo afiliado el matar á uno de sus compañeros sin mediar sentencia de la secta y así parece demostrarlo el hecho siguiente.

Un hombre muy notable de la secta, Antonio Forestiero, habia

sido condenado á presidio por un delito bastante grave. Antes de espirar el tiempo de su condena se fugó un día del establecimiento, pero fué cogido otra vez al poco tiempo por usar baston de estoque. Forastiero fué acusado por un camorrista llamado Doria de haber estafado doscientos ducados á un negociante. Advertido de la delacion, aquella misma noche Forastiero se acercó á la cama donde dormia el delator y le dió tres puñaladas sin autorizacion de los demás camorristas.

El herido fué conducido al hospital de San-Francesco donde murió á las pocas horas. Antes de espirar pudo decir que su asesino era el hermano Antonio Forastiero. Caccaviello, jefe de la Camorra del hospital, y los demás afiliados que se encontraban en este local pidieron en seguida su traslacion á la Vicaría cuya súplica les fué acordada dos dias despues. Llegados á la sala de los camorristas reunieron á todos los hermanos para deliberar.

El jefe que habia sustituido á Antonio Mormino, el cajero y el camorrista de servicio, fueron espulsados de la secta por haber permitido un homicidio en ausencia y sin permiso del jefe propietario. Los demás camorristas presentes quedaron suspensos de sus derechos por un año, en tanto que Forastiero fué sentenciado á muerte.

La misma noche del asesinato los hermanos presentes se reunieron en un rincon del departamento y estuvieron deliberando largo rato. Forastiero, adivinando de lo que se trataba, se situó al extremo opuesto de la sala rodeado de algunos amigos adictos. El alcaide, que observaba todas estas peripecias desde la verja, conoció que aquello acabaria de una manera trágica y separó á Forastiero de los demás camorristas.

Entre los hermanos suspensos por no haber impedido aquel homicidio habia dos llamados Gonfaroniello y Lombardi, quienes suplicaron á Mormino que les enviase al hospital de San Francesco en donde esperaban hacer méritos para alcanzar su perdón. Sin embargo. Caccaviello, jefe de la Camorra del hospital, nada quiso hacer por ellos echándoles en cara que habian tolerado un crimen bárbaro sin el consentimiento de sus superiores. Caccaviello pareció ablandarse á la vista de algunos escudos, pero al mismo tiempo que aceptaba el dinero hacia decir secretamente á

Mormino que no accediese á su peticion. Lombardi y Gonfaroniello se apercibieron de la treta y resolvieron vengarse. Encontramos pues aquí una historia complicadísima, llena de intereses encontrados, y propia para revelar muchas de las intrigas de la sociedad.

Un día el jefe Caccaviello llamó á un *picciotto* titulado Pelorosso mandándole que echase de la *udienza* (de la sala donde se permitia hablar á los presos) á varias personas que habian ido á visitar á los detenidos. Este acto de arbitrariedad produjo reclamaciones; Gonfaroniello y Lombardi quisieron sacar partido de aquel tumulto. Los dos camorristas idearon simular un principio de riña con la intencion de provocar una batalla general; creyeron que si lo lograban el jefe intervendria para poner paz y entonces Caccaviello podia recibir una puñalada... casual.

Las cosas sucedieron tal como se habian propuesto Gonfaroniello y Lombardi. Llamado por uno de los combatientes, Caccaviello se arrojó en medio de la pelea y cayó al suelo casi exámine á causa de una terrible herida recibida al querer apaciguar el desorden. Lombardi se jactó despues de haber descargado el golpe y todos los hermanos prestaron el debido homenaje á su inventiva. Era un señalado honor matar á un jefe sin incurrir en delito ni faltar á los estatutos de la secta. El afortunado vencedor obtuvo inmediatamente la gloriosa mision de asesinar á Forastiero.

Un afiliado de los del hospital regaló una magnífica navaja á Lombardi al tener noticia de la empresa que debia acometer. Convino en que el terrible camorrista que habia muerto ilegalmente á Doria, por cuyo hecho fuera sentenciado á muerte por la secta, seria atraído al hospital de San-Francesco por algun medio ingenioso. Lombardi debia esperarle en la tercera reja del corredor y matarle al pasar por ella.

Advertido de la conspiracion que se urdiera contra él, Forastiero suplicó al director que lo enviase á San-Francesco en medio de sus enemigos; hablaba nada menos que de acabar con todos y tal vez lo hubiera hecho. Para evitar una riña sangrienta entre enemigos tan feroces y ensañados Forastiero fué conducido á Pórtici, á la cárcel de Granatiello, donde debia espiar su último crimen.

Un camorrista no podia matar á ningun afiliado sin la autorizacion

de sus jefes y de los demás sectarios; en cambio fuera de la s6ciedad era due11o de satisfacer 6 su placer sus caprichos sanguinarios. El c6lebre Filippo Cirillo recibid mil felicitaciones por el crimen que hizo cometer unos doce a11os atr6s.

Cirillo habia prestado algunos servicios al inspector Ruggiero y un dia le pidi6 en recompensa un favor que el honrado funcionario no pudo 6 no quiso concederle. El inspector fu6 condenado 6 muerte por ingratitud en la mente del camorrista.

Un *picciotto* llamado Zellosiello se encarg6 de la ejecucion del crimen con la esperanza de que le valdr6a un ascenso. Cirillo supu que iban 6 cambiarlo de c6rcel y entonces, llamando al *picciotto* le dijo:

—Veinte y cuatro horas despues de mi traslacion, mata al inspector.»

Zellosiello cumpli6 puntualmente la 6rden del camorrista; 6 las veinte y cuatro boras el funcionario habia dejado de existir.

El *picciotto* fu6 preso, juzgado y sentenciado 6 la pena de muerte. Zellosiello se dej6 ahorcar sin pronunciar el nombre de Cirillo.

Hemos espuesto el lado bueno y el lado malo de la Camorra, manifestando los servicios que prestaba 6 los presos y 6 los empleados de las c6rceles y dando 6 conocer tambien sus cr6menes. En 1848 la secta respet6 dentro de las c6rceles y presidios 6 los presos pol6ticos. La sentencia de muerte pronunciada contra Forastiero por haber asesinado 6 un hermano es una prueba de la fraternidad que reinaba entre los afiliados. Sin embargo, es preciso decir tambien que estallaban 6 veces terribles enemistades entre estos hombres unidos por tantos intereses comunes.

Adem6s de los 6dios y venganzas particulares existian los 6dios y venganzas de pandilla. La Camorra tenia sus partidos formados de hombres que se agrupaban al rededor de un jefe influyente 6 ambicioso. Entre la Camorra habian ocurrido escenas horrorosas, dramas sangrientos que si no hubiesen sido descritos por autores contempor6neos dignos de todo cr6dito pudieran tomarse por concepciones de una imaginacion novelesca.

La polic6a condujo un dia 6 la carcel 6 un individuo 6 quien llamaban simplemente Giuseppe. En la primera sala el preso encontr6

á Antonio Ottaiano, jefe de la Camorra provinciana. Era este un hombre que rayaba en los cuarenta años, de estatura pequeña, delgado, de rostro enjuto y mirada feroz; su cabeza se asemejaba mucho por la forma á la de un ave de rapiña. Vestía una especie de traje de bandolero, y como distintivo, sin duda para que se conociese el puesto que ocupaba en la cárcel de la Vicaría, cubría su cabeza una gorra encarnada con varios bordados y ceñida de un galon de oro.

Acompañaban á Ottaiano otros dos camorristas vestidos á corta diferencia como él, solamente que los bordados de la gorra eran mas diminutos como para indicar la inferioridad de su graduacion.

Uno de aquellos dos camorristas cojió á Giuseppe por un brazo y lo presentó á su jefe diciéndole.

—Aquí teneis un nuevo huésped.

Giuseppe que conocia bien las costumbres de la cárcel por haberla habitado varias veces, se quitó la gorra con respeto y fué á besar la mano del jefe camorrista que le hizo estas preguntas.

—¿Cuándo has llegado?

—Ahora mismo.

—¿Y porqué has bajado aquí sin presentarte antes?

—He venido aquí para buscaros y cumplir con mi deber.

—Está bien. ¿De que provincia eres?

—Soy napolitano.

Antonio repitió el nombre «napolitano» con cierto desprecio mientras que uno de los que le acompañaban añadió en el mismo tono:

—Napolitano equivale á decir imbécil.

Giuseppe le miró con cierto aire de resentimiento, y esto le valió un bofetón del segundo camorrista que le dejó atontado por mas de una hora. Giuseppe se echó á llorar de dolor y de rabia. Después, tirando un bocado á la gorra añadió:

—Es una injusticia, porque no os he dado motivo.

—Tienes razon, le dijo el jefe con desden; vé á quejarte á tus valientes napolitanos para que vengan á vengarte.

Volviéndose á uno de los que le acompañaban, continuó:

—Darás á este marica uno de los puestos de la quinta sala, colócalo entre los desesperados.

—Sin embargo, observó Giuseppe, no me he negado á pagar el derecho... por consiguiente...

—Pagarás el derecho, y despues irás á donde te manden. ¡Lárgate de aquí cobardon!

Al decir esto, Antonio agregó al mandato un solemne puntapié, otro de los compañeros del jefe aplicó un puñetazo á Giuseppe, y el último añadió á esto un terrible codazo!...

Este hombre malo, oprimido por otros peores que él, se alejó temblando de ira y deseando una navaja, un arma cualquiera para vengarse.

En la sala de la cantina encontró á varios amigos antiguos, quienes viéndole llorar y reparando que tenia una mejilla hinchada y encendida le preguntaron que le habia sucedido..

Giuseppe les contó el ultraje que recibiera pidiéndoles una navaja para vengarse. Uno de los oyentes, mordiéndose la punta de los dedos en señal de despecho, exclamó:

—No tenemos ninguna; esos fanfarrones nos han quitado hasta los clavos y por eso chillan tanto.

—Dadme un pedazo de palo si no hay otra cosa: dádmelo que le haré una punta y le arrancaré el alma del cuerpo

—¿Y con que le harás la punta?

—Con un pedazo de vidrio, con los dientes.

Otro añadió:

—Por ahora prudencia; creo que nos llegarán pronto armas de arriba, pues el jefe de la sociedad nos las tiene ofrecidas.

—Sí, Filippo (era el jefe de la camorra de un departamento superior llamado de los nobles) promete mucho pero da muy poco; todo quisiera arreglarlo con palabras y lo que se necesita ahora es sangre.

—Tienes razon, es preciso escribir á Alberico; es el único hombre de alma que hay arriba y capaz de tomar una resolucíon. El presidio no le asusta. Hace el camorrista por afición y no por interés como los demás que solo son buenos para recibir su parte el sábado.

—Si, escríbele en nombre de todos y dile que no queremos sufrir una tiranía tan infame.

—Voy á hacerlo; pero que se ponga uno de centinela para que no pueda ser sorprendido.

—Vamos, dijo uno de los interlocutores.

Al decir esto todos echaron á andar.

Poco despues Giuseppe oyó que le llamaban; volvióse y vió que era un camorrista que se dirigia corriendo hácia él, quien al juntarse le dijo con desprecio:

—¿Acaso haces el sordo? Has bajado aquí con una mala idea, parece que estás cansado de vivir. Dame una piastra pronto.

—¿Una piastra? dijo Giuseppe.

—Sí, y de buen peso.

—¿Porqué?

—Por vida de... por tu entrada y por tu puesto.

—Es demasiado y no la doy.

—Vamos, pronto; pocas palabras y venga el dinero.

Al decir esto el camorrista cojió á Giuseppe por el cuello de la chaqueta y lo zarandéó con violencia.

—Te digo que no puedo darte nada ahora porque no tengo ni un sueldo; hoy vendrá mi madre y entonces lo cobrarás todo.

—Veo que te das á partido, dijo el camorrista quitándole la gorra de la cabeza y examinándola con mucha atencion.

—Este galon es fino, ¿quieres venderlo?

—No, no lo vendo.

—Bueno, te lo volveré cuando me darás la piastra.

El camorrista se fué llevándose la gorra y Giuseppe mas furioso que antes volvió á pedir á sus amigos una navaja para vengarse. Al mismo tiempo que éstos trataban de calmarle se dirigieron juntos al encuentro del que habia ido á escribir la carta para referirle el último incidente.

Escrita la carta, fué enviada á su destino por una persona de confianza. Alberico se la hizo leer por el secretario de la sociedad y al oír lo que contenia bramaba de cólera. En seguida corrió en busca del jefe obligándole á que convocase á todos los hermanos á consejo.

Cuando los hermanos estuvieron reunidos, el jóven Alberico tomó la palabra y repitió á sus compañeros el contenido de la carta. Su discurso fué enérgico y terminó con estas palabras:

—No podemos ni debemos sufrir por mas tiempo los abusos de

los provincianos. Si les dejamos pasar este hecho haremos un triste papel á los ojos de la secta. Nuestros hermanos de los presidios tendrán sobrados motivos para acusarnos y llamarnos viles é infames para toda nuestra vida».

Estas palabras electrizaron á los hermanos quienes decidieron por unanimidad convocar el consejo de las dos Camorras para resolver definitivamente sobre aquel suceso. Inmediatamente se mandó un aviso al jefe de la sociedad del departamento inferior para que dentro del término de una hora tuviese reunida su Camorra.

Entonces los aspirantes, los *picciotti*, armados de palos, hicieron salir primeramente á todos los presos de la sala de San Onofre en la que hay la gran verja que mira al patio. Los de abajo hicieron desocupar tambien el patio cuyos sitios quedaron despejados en pocos instantes.

Los provincianos, vestidos con todo lo mejor que tenían, bajaron al patio precedidos de sus jefes y sentáronse en frente de la gran verja; poco despues se presentaron á la parte opuesta los camorristas de Nápoles en traje de gala como los otros y como ellos precedidos por su jefe. Reunidas y puestas frente á frente las dos sociedades se abrió la discusion.

El jefe de los napolitanos preguntó si era verdad el contenido de aquella carta; el de los provincianos no negó una sola coma. Alberico tomó entonces la palabra para dirijir duros reproches á los contrarios, y concluyó reclamando una satisfaccion. El discurso del fogoso Alberico fué acogido con grandes aplausos por sus compañeros y estrepitosamente silbado por los otros.

A esta provocacion los napolitanos se abalanzaron como leones cautivos á las barras de hierro de la verja con ánimo de romperlas; sin embargo, la verja era demasiado sólida y sus impotentes esfuerzos no hicieron mas que aumentar la risa y las burlas de los prisioneros.

Al poco rato, á los gritos y amenazas de los jefes volvió á restablecerse el orden y el silencio. Las dos facciones ocuparon otra vez su sitio y continuaron las interrumpidas negociaciones.

Los napolitanos insistieron en pedir una satisfaccion y el jefe de los provincianos contestó con una gravedad imperturbable:

—La peticion es justa; se os dará la satisfaccion.

El jefe habló en seguida algunas palabras al oido á uno de los suyos que se alejó precipitadamente. A los pocos minutos el comisionado volvió á presentarse arrastrando casi por el brazo á un anciano de mas de setenta años, de aspecto enfermizo, descalzo y vestido de harapos asquerosos.

Cuando este miserable llegó delante del jefe hizole un respetuoso saludo; el jefe le preguntó con sonrisa siniestra:

—¿Cómo te llamas?

—Francesco Carozza, respondió el viejo temblando.

—¿De dónde eres?

—De Nápoles.

—¿De Nápoles mismo?

—Sí, señor, soy de la puerta Capuana.

—Bravo! del barrio de los valientes, de los hombres de corazon!»

El jefe se volvió hácia la verja y con una carcajada diabólica dijo estas palabras:

—Compañeros y hermanos de Nápoles: nos habeis pedido una satisfaccion... Nosotros, provincianos, os la acordamos; ¡ahí la tenéis!

Al decir esto el jefe enarboló una silla y descargó un silletazo tras otro sobre el anciano hasta que este rodó al suelo anegado en su sangre.

Este acto de barbarie se efectuó en medio de las amenazas y de las imprecaciones de los napolitanos. Los provincianos presenciaron este asesinato con la tranquilidad del desprecio.

Desde el primer silletazo Alberico rugió como un tigre herido y huyó en seguida como fuera de sí. Momentos despues el camorrista volvió á presentarse arrastrando por los cabellos al abogado Imbroglia, esclamando con una voz sofocada por la ira:

—Antonio Ottaiano: ahora me toca á mí, ¡mira! y le enseñó el hombre que tenia asido de los cabellos.

—¡Es el abogado! dijo el jefe provinciano con rabia.

—Sí, tu defensor, tu amigo, tu paisano!...

Alberico, sin cuidarse de las súplicas y lamentos de este infeliz,

desenvainó un puñal que llevaba oculto debajo de su chaqueta y le hizo varias heridas en el rostro.

A la vista de aquella sangre se oyó en el patio un grito de venganza. Los provincianos sacaron á relucir sus puñales y juraron la muerte de todos los napolitanos. A estas escenas sangrientas sucedieron otras mas crueles y feroces. Los hombres de los dos campos enemigos se precipitaron sobre todos los presos que no pertenecian á su provincia para asesinarlos. Oíanse desde la calle las amenazas y los gritos de los agresores, los ayes y gemidos de las víctimas. Esta batalla salvaje, esta carnicería feroz entre hombres que hablaban el mismo idioma, nacidos en el mismo país, gobernados por las mismas leyes, educados en la misma religion, duró cerca de una hora hasta que lograron ponerle fin los esfuerzos sobrehumanos de los carceleros, y el auxilio de la tropa y de la policia que acudieron á los primeros gritos.

Cuando la fuerza pública restableció el orden en los dos departamentos aquel sitio ofrecia un cuadro horrible y repugnante. El suelo estaba regado de sangre y en los rincones gemian grupos de heridos que pertenecian en su mayor parte á la clase de presos pobres y pacíficos. Los culpables fueron cogidos uno tras otro y encerrados en calabozos separados. Hé ahí algunos de los principales rasgos característicos de la Camorra en las cárceles de Nápoles.

LA CAMORRA POLÍTICA.

Conspiraciones.—Servicios de la secta.—Grandeza y decadencia de los camorristas.—Persecuciones.—Disolucion y reorganizacion de la Camorra.

A juzgar por el estado de marasmo político que se advertía á principios de 1839 en el reino de las Dos Sicilias, hubiérase dicho que el pueblo napolitano agotó toda su vitalidad en la malograda revolucion de 1848.

En medio de esta sociedad que vivía en la tranquilidad de la muerte, solamente un grupo daba señales de existencia: este grupo era la Camorra. Esta secta era la única que revelaba un resto de aquella energía que distinguía á los napolitanos del tiempo de Masaniello. Los jefes camorristas eran el poder reconocido y aceptado por la plebe. Su autoridad, como hemos dicho en otro capítulo, se estendía á los doce barrios de Nápoles, y aun cuando pesaba de una manera especial sobre la poblacion flotante de las cárceles, tabernas y lupanares de la ciudad, sentíanla tambien mas ó menos directamente las demás clases.

No debe olvidarse que la secta reemplazaba en muchos casos á la policia, y á la magistratura, y que cuando dos *lazaroni* tenían motivos de queja el uno del otro recurrían al camorrista con preferencia al juez, pues si el camorrista no era mas justo era al menos mucho mas económico. Por consiguiente, en un país donde la nobleza no se encontraba á la altura de su posicion, donde la clase media

estaba amedrentada, el partido liberal dispersado en la emigracion, los patriotas destruidos ó en los presidios, el ejército en las manos del soberano, los suizos en la puerta de su palacio; una dinastía que tenia por enemigas á la Francia y á la Inglaterra y que veia en todas partes la revolución ó el puñal de los asesinos; un país en semejantes condiciones tenia que despertar de ese letargo por medio de un ruidoso cataclismo ó desaparecer absorbido por el primer ambicioso que se dispusiese á apropiárselo. Habia en Nápoles algunos conspiradores, pero estos hombres, al mirar en torno suyo para ver con quien podian contar, no descubrian mas que un elemento único: la Camorra. Los conspiradores tendieron pues su mano á los camorristas.

Tomada esta resolucion, verificóse una entrevista singular entre un caballero napolitano y los doce semibribones que se erigian en jefes del pueblo. El lugar de la cita fué en un barrio apartado, detrás del «Albergo dei Poveri.» Todos los citados se dirigieron allí con desconfianza, el sombrero calado hasta las cejas, unos despues de otros, acercándose con precaucion y dándose á reconocer por medio de un sonido imperceptible parecido al ruido de un beso. Cuando todos estuvieron reunidos empezaron á destruir el gobierno del país.

Sin embargo, como los camorristas tuvieran la conciencia de su fuerza hablaron claro y presentaron sus condiciones. Dijeron al caballero que la revolucion de 1848 no se habia hecho por el pueblo ni para el pueblo, y que los ricos y los letrados solo se habian cuidado de sus intereses sin acordarse de los pobres; que si debia hacerse otra revolucion la santa canalla no queria abandonar todos los beneficios á los ricos; finalmente, que para poner en movimiento á la gente se necesitaba mucho dinero, y que para empezar cada jefe de los que estaban allí presentes queria una suma de diez mil ducados.

Esta franqueza hizo comprender al caballero conspirador que la causa de la civilizacion y de la humanidad no era el punto capital para los camorristas. Visto el sesgo positivista que habia tomado la discusion, el caballero incógnito casi se arrepintió de haber celebrado aquella conferencia con unos hombres un poco demasiado prácticos

y que consideraban la cuestion bajo un punto de vista tan esclusivo. El caballero sintió tanto mas esta entrevista cuanto que desde aquel dia se encontró hasta cierto punto á la discrecion de aquellos pícaros que le hicieron pagar algo cara su imprudencia.

Desde aquel dia cada jefe camorrista recibió una cantidad fija proporcionada al número de hombres con que contaba ó pretendia contar, pues en esta conspiracion, que no estalló nunca, cada iniciado representaba una fuerza segun su graduacion. Habia decuriones, centuriones, etc., que se daban á conocer por medio de una tarjeta de pergamino que llevaban consigo. Esta tarjeta que llevaba escrita en una cara la palabra *ordine* (el nombre del comité secreto) era una especie de letra de cambio permanente para los camorristas. La secta se llamó liberal y preparaba todos los dias una demostracion contra el gobierno; pero el preparativo no se traducia nunca en hecho. La Camorra queria que la cosa durase porque el oficio era productivo.

Habia sin embargo entre los hermanos algunos hombres de buena fé, pero especialmente una mujer muy célebre de la cual han hecho frecuente mencion los diarios extranjeros que se han ocupado de los motines de Nápoles; esta mujer era la *signora* Giovannara que, sin estar afiliada en la secta, conocia á todos sus individuos y los reunia en su casa donde se celebraban conciliábulos muy peligrosos. La Giovannara habia declarado la guerra á la policia; acogia en su domicilio á la gente sospechosa, ocultaba á los soldados desertores y metia mucho ruido para hacer bien á la santa causa. Esa agitacion popular tenia alarmado al gobierno. A fines de 1859 y á principios de 1860 se vieron en Nápoles cosas increíbles. Los camorristas vivian á costa de los conspiradores, y cuando el caballero antes mencionado fué preso sin órden, encarcelado sin ninguna explicacion, juzgado sin formacion de causa y desterrado de Nápoles, se presentaron con el mayor descaro á los demas iniciados á quienes conocian á pedirles la camorra política.

El señor Ajossa, que dirigia á la sazón la policia, en vez de comprar á los camorristas que arruinaban á los conspiradores sin hacer nada por la conspiracion les tenia un miedo cerval. Un dia hizo una *razzia* de camorristas y les envió á las islas: ¡golpe deplorable!

Desde aquel momento los ganapanes presos se hicieron pasar por víctimas políticas. Dos de entre ellos que lograron escaparse fueron acogidos, mantenidos y agasajados por personas honradas, y en el fondo de su escondrijo ignorado de la policía, pero conocido de sus hermanos, continuaron percibiendo su parte del *baratollo* semanal resultado de las operaciones de la secta. Todos los camorristas sabían donde se ocultaban los dos hermanos fugitivos y sin embargo no hubo un solo delator.

De los camorristas presos algunos fueron á presidio, y como se llamaron mártires de la tiranía, cuando salieron en libertad decían que habiendo participado de los sufrimientos de Settembrini, Spaventa y Poerio tenían derecho á una parte de su gloria y de sus beneficios. Hemos visto como el señor Ajossa hizo á la Camorra política, veamos ahora como entró en el poder.

Hacia un año que Francisco II ocupaba el trono de Nápoles.

Este príncipe tan maltratado por sus enemigos, que quisieron hacerle pasar por un monstruo, como por sus amigos, que lo presentaron como un héroe, no era más que un buen hijo. Llevaba el respeto filial hasta la veneracion y creía de buena fé que su padre había sido el primer soberano de los tiempos modernos. Obcecado por esta idea cometió la falta de decir, al ocupar el trono, que esperaba llegar á la sublimidad de su augusto padre.

Anunciada la publicacion de la Constitucion en junio de 1860, la amnistía promulgada en aquellos dias abrió de par en par la puerta de las cárceles. Entre los presos políticos salió una plaga de camorristas. Su primera hazaña fué pegar fuego á las oficinas de policía. Si les hubieran dejado hacer hubiesen pasado á Nápoles á sangre y fuego. El señor Liborio Romano acababa de ser nombrado prefecto de policía; el estado de la capital era crítico y el señor Liborio no podía contar con ninguna fuerza pública para salvarla. En tan terrible apuro el nuevo prefecto se echó en los brazos de la Camorra.

El señor Liborio quiso organizar la secta y convertirla en elemento de orden. Los *picciotti* sustituyeron á los antiguos agentes de policía y cada jefe fué trasformado en cabo de escuadra. El servicio de seguridad pública pasó por esta estraña trasformacion y de-

bemos decir, en honor de la verdad, que en los primeros meses dió buenos resultados.

La Camorra no solamente empleó su influencia para hacer abortar los motines, sino que hasta impidió los mas pequeños desmanes; nunca se cometieron en Nápoles menos robos que en la época en que se encargaron de impedirlos los mismos ladrones. Esta especie de guardia municipal formada por la Camorra no habia tenido tiempo para uniformarse, ni disciplinarse; pero, sin embargo, con su escarapela tricolor como distintivo, y sin mas armas que un grueso garrote, se hizo respetar y temer mas que los antiguos polizontes con sus fieros atavíos militares y el pequeño arsenal de armas que llevaban encima.

Para convencerse de la autoridad de la Camorra trasformada en cuerpo de policía bastará citar un solo hecho. En medio del período mas violento de la revolucion y pocos dias antes de la llegada de Garibaldi á Nápoles, el pueblo daba la caza á los antiguos agentes de policía como lo hizo el pueblo de Barcelona en 1854 con los individuos de la llamada Ronda de Terrés. Un dia, un ex-comisario de policía mal disfrazado y metido en el fondo de un cabriolé fué reconocido por algunos individuos de la clase popular. Detuvieron el caballo y empezaron á gritar para atraer la gente. El pueblo iba ya á pasar á vias de hecho contra el ex-comisario cuando afortunadamente un camorrista influyente pudo abrirse paso por entre la muchedumbre y llegar hasta el carruaje. El camorrista tomó asiento al lado del antiguo funcionario que temblaba de miedo, y dió orden al cochero para dirigirse á la prefectura. El ex-comisario creyó que iba á sufrir algun largo interrogatorio, pero quedóse asombrado cuando se le dijo que era libre y que podia irse cuando quisiera. El buen hombre, temiendo un nuevo tropiezo, contestó que preferia estar preso, ir á presidio si querian, pero que de ningun modo saldria á la calle. Los que le rodeaban consiguieron tranquilizarle y al fin pudieron hacerle salir de la prefectura escoltado por un camorrista muy conocido y respetado que lo dejó sano y salvo en su casa.

Sin embargo, á pesar de los útiles servicios que realmente prestára en aquel período crítico, la Camorra adquirió un poder y una autoridad alarmantes, y lo peor de todo es que acordándose de sus

antiguos hábitos empleó su influencia y su autoridad en cosas poco legales; la moralidad de la policía camorrista fué muy efímera.

Uno de los grandes abusos de la Camorra fué el de dedicarse al contrabando de una manera escandalosa. Antes de convertirse en fuerza pública una parte de la Camorra hacia aquel oficio y por medio de la corrupcion logró hacerse tolerar mas ó menos este tráfico fraudulento. Los comerciantes mas honrados no tenían inconveniente en recurrir á los camorristas para disputar sus derechos al fisco. Pero despues de la llegada de Garibaldi todo el contrabando que se hacia en la capital estaba en las manos de la Camorra. Habia dos clases de contrabando, el de tierra y el de mar dirigido cada uno de ellos por un jefe que se enriquecia á ojos vistas. Salvatore de Crescenzo, el grande hombre de la secta, era el generalísimo de los contrabandistas marinos; tenia á sus órdenes numerosas compañías de desembarco que por la noche introducían grandes cantidades de géneros en la ciudad. Los aduaneros no se atrevían á oponerse á este comercio fraudulento de la Camorra en un tiempo en que la secta habia alcanzado tanto poder; además, habia secciones de hombres armados y violentos que protegían estas operaciones. La aduana de Nápoles, que habia llegado á producir hasta 40,000 duros, no dió entonces mil.

Dirigia el contrabando de tierra otro camorrista no menos temible. Pasquale Merolla. El contrabando entraba libremente por todos los puertos de Nápoles escoltado por una partida de camorristas armados. Cuando llegaba un carro cargado y salían los individuos del resguardo para registrarlo y cobrar los derechos, los camorristas decían:

—Dejadlo pasar, es para Garibaldi, (è roba d'o signor Peppe.)»

Este escándalo llamó la atención del gobierno y resolviese á hacerlo cesar. Las autoridades adoptaron medidas enérgicas y una noche fueron arrestados noventa camorristas en el acto de ocuparse en su tarea ordinaria.

El señor Spaventa subió al poder así que se constituyó en Nápoles un gobierno regular encargándose del ministerio del interior y de la policía. Uno de los primeros actos del señor Spaventa fué separar á la Camorra del lado de la administracion. El ministro,

como hombre práctico y experimentado, no quiso obrar de ligero; aguardó una ocasion favorable, que se cometiese alguna escandalosa infraccion contra la disciplina establecida. El señor Spaventa no tuvo que esperar mucho tiempo. A consecuencia de un desembarco de contrabando en el cual se habia hecho fuego contra los aduaneros que quisieron impedirlo, el ministro hizo prender en una noche un centenar de camorristas de los mas temibles, que envió á las islas; en seguida disolvió el cuerpo formado por Liborio Romano reemplazándolo con una guardia de seguridad pública organizada de antemano.

Sin embargo, á pesar de las severas medidas del señor Spaventa la Camorra no quedó destruida; esto era difícil, puesto que la secta no consistia en un grupo mas ó menos numeroso de hombres, sino que estaba en las costumbres del país. Aunque los jefes fueron expulsados de Nápoles dejaron tras sí la secta que se reformó en seguida bajo la direccion de otros mandarines para continuar sin interrupcion su obra fatal. Los camorristas cayeron del poder sin perder un ápice de su fuerza. Los que fueron á los presidios salieron en libertad al poco tiempo; los de las islas se evadieron. Para vengarse del funcionario público que les perseguia, los camorristas organizaron contra él demostraciones populares. La Camorra lanzó á la calle toda la pillería de los barrios y viéronse bandadas de vagabundos y haraposos que recorrian la calle de Toledo gritando desafortadamente: «¡muera Spaventa!» Los amotinados atacaron impunemente, y en medio de un tumulto infernal, la oficina del ministro y despues su misma morada. La Camorra era pues fuerte todavía y se presentaba amenazadora.

Al descender del poder y del puesto honroso que le creára Liborio Romano, la secta se pasó á la oposicion; continuó haciendo política. En las elecciones defendia tal ó cual candidatura, dirigiendo con sus intrigas y amenazas la conciencia de los electores. Y no se contentaban los camorristas con enviar un diputado á la Cámara, sino que lo vigilaban, aunque de léjos, seguian sus pasos, observaban su conducta, y se hacian leer sus discursos. Sino quedaban satisfechos de su comportamiento, cuando regresaba de Turin le preparaban una silba espantosa capaz de hundir su reputacion.

Finalmente, los camorristas ejercieron un oficio todavía mas inmoral. La secta ponía á contribucion á las hombres de opiniones borbónicas amenazándoles con denunciarlos á la policía. Cuando algun individuo cometía la imprudencia de hablar mal del nuevo órden de cosas ó elogiaba á la dinastía caída, recibía la visita de una persona oficiosa que le decía en confianza.

—¡Corre V. un gran peligro! el gobierno tiene su vista fija sobre V.; se dice que V. da dinero para fomentar la reaccion y sostener el bandolerismo; esto puede llevarle á V. á presidio.»

El pobre hombre, pálido y temblando de miedo, suplicaba al agente misterioso que le sacase de apuros.

—No hay mas que un medio de salvar á V., decía el camorrista; y es ganar al que quiere denunciarle.»

El borbónico entregaba entonces una cantidad creyendo que habia evitado un peligro comprando á un agente de policía.

Esta era la situacion de la secta á la proclamacion del estado de sitio en julio de 1862.

En setiembre, aprovechando el estado escepcional á que habian sido sometidas las provincias de la Italia meridional y los latos poderes que le concediera el gobierno, el general La Mámara, de acuerdo con el señor Aveta que lo secundó con toda su energía y actividad, se propuso descargar un golpe mortal á la Camorra.

La ocasion era propicia y no debía despreciarse. Nunca la Camorra se habia manifestado mas audaz ni habia sido tan formidable para las autoridades, puesto que entonces no solamente ponía su mano en todos los asuntos políticos, sino que atentaba por todos los medios imaginables contra la seguridad de los ciudadanos. Su descaro habia llegado á tal extremo que se cometían actos de verdadero bandolerismo en el interior de la capital.

Un camorrista preso é interrogado en la prefectura confesó que una noche derribó la puerta de una tienda en el barrio de los *Mercanti* para apropiarse lo que habia dentro. La noche era muy oscura y el camorrista se encontró sin fósforos. El caso era apurado. En efecto, ¿cómo era posible que á tientas pudiese dar con el cajón del dinero y elegir los géneros de mas valor? El camorrista no sabia como salir de aquella dificultad cuando observó que un poco

mas abajo bamboleaba encima de una puerta el escudo de un estanco.

—Ah! dijo para sí, allí encontraré fósforos para alumbrarme.

El camorrista, como si estuviera en despoblado, derribó tambien la puerta del estanco y cogió una caja de fósforos y de paso algunos paquetes de cigarros; despues volvió á la tienda y pudo escoger á su placer los géneros que eran mas de su gusto.

Finalmente, la Camorra secuestraba personas mayores y niños en el interior de la ciudad como pudiera hacerlo el bandolerismo armado en los pueblos pequeños ó en las casas de campo.

Contra unos males tan terribles era preciso adoptar grandes remedios. Los camorristas eludian las leyes ordinarias porque amedrentaban á los que hubieran podido perseguirlos ó acusarlos. Resultaba, pues, que los ladrones intimidaban á los robados, que los malhechores imponian silencio á sus víctimas y que los hacian cómplices en sus delitos por medio del miedo. La autoridad no sabia como atacar á esos hombres, protegidos por los que podian entregarlos á la justicia, y para castigar violencias justificadas hasta cierto punto por el silencio de los que tuvieron que sufrirlas; no se encontraban acusadores ni testigos contra unos malvados á quienes todo el mundo temia. Los hombres del pueblo bajo robados ó heridos lo negaban todo y decian ante los tribunales que el acusado allí presente era un hombre honradísimo, y esto lo hacian no solamente por miedo á la Camorra, sino por no pasar por la vergüenza de confesar su cobardía al dejarse maltratar impunemente.

Sucedia algo peor que eso: no faltaban á los camorristas presos hombres influyentes que les libran certificados de buena conducta. Así que entraba un individuo de la secta en la Vicaría, el prefecto podia contar con que recibiria veinte esquelas firmadas por personas respetables, ¡interesándose *por aquel desgraciado!* La Camorra llegó á intimidar á los jueces que debian juzgar á sus hermanos, y la magistratura no se atrevia á fallar contra los acusados porque tambien tenia miedo!

Así, pues, para castigar á unos hombres que eludian las leyes ordinarias por el terror que inspirára su secta, era preciso recurrir á medidas extraordinarias. El gobierno aprovechó la coyuntura del estado de sitio: el prefecto señor Aveta inauguró contra los secta-

rios una guerra sin tregua, una campaña tan vigorosa como la que el general La Mármora había empezado contra el bandolerismo armado. El señor Aveta encontró algunos agentes de corazón que le secundaron enérgicamente, entre ellos los señores Fossa y Capuano; habiendo estado presos repetidas veces por sus opiniones políticas en tiempo de Fernando estos dos sujetos conocían personalmente á los camorristas de mas nota. El señor Fossa iba por una calle; al descubrir á uno de esos feroces perdonavidas que se creían inviolables, se le acercaba, y dándole un golpecito en el hombro le decia sin rodeos.

—¿No eres fulano de tal? y al recibir una respuesta afirmativa añadía:

—Toma diez pasos de delantera y marcha en derechura á la Vicaría.»

El camorrista sorprendido y desconcertado bajaba la cabeza y obedecía.

Un dia dijeron á este delegado infatigable que uno de los bandidos á quien perseguía hacia algunos dias vagaba por las inmediaciones de Capodimonte á un cuarto de hora de la capital. Fossa cogió una escopeta y tomó el camino del campo. Llegado á la quinta que le habian designado, el agente encontró un campesino á la entrada de un bosque que le dijo:

—Andad con cuidado que corre por estos sitios un bandido muy temible, y me parece que no ha de estar muy lejos de aquí.»

El delegado se colocó la escopeta como si fuese un cazador y se internó en el bosque, mirando á derecha é izquierda á través de los troncos de los árboles.

Al cabo de un buen rato descubrió al individuo á quien buscaba si bien hizo como que no habia reparado en él. Fossa fué dando vueltas mirando á las ramas como si persiguiese un pájaro hasta que estuvo á unos treinta pasos del camorrista. Entonces se detuvo y le dijo:

—¡Hola! amigo, si das un paso mueres!

—¡Ah! ¿con qué me buscas á mí?

Y al decir esto el camorrista se dirigió pistola en mano contra el delegado. Este se echó la escopeta á la cara y el bandido rodó al

fondo de un barranco herido en la cabeza. Fossa estuvo en cuatro saltos junto él y el camorrista exclamó con voz suplicante:

—¡Por Dios no me mateis!»

El delegado le dijo:

—Ponte diez pasos delante de mí y marcha en derechura á la Vicaría.

Estos dos hombres entraron juntos en Nápoles; el camorrista, herido y ensangrentado, marchaba diez pasos delante del delegado que le seguía con la escopeta en la mano. El pueblo miraba atento á aquellos dos hombres, pero no sabía de lo que se trataba.

Gracias á esta persecucion encarnizada, el prefecto de Nápoles pudo escribir en 23 de setiembre de 1862 al ministro del Interior la siguiente carta:

«V. E. sabe perfectamente que una de las plagas mas desastrosas que agobian á estas provincias es la llamada Camorra, y sabe tambien hasta que punto los camorristas, mezclándose con su tradicional astucia con partidos políticos fáciles de exaltar, habian alarmado á los habitantes de esta capital en los dias que precedieron á la publicacion del estado de sitio con sus violencias y perversidades. Las rentas del Estado corrian el peligro de ser completamente absorbidas por el contrabando que las mermaba por todos lados; la propiedad de los ciudadanos era objeto de continuas agresiones que amenazaban con mover las mas sólidas bases de la seguridad social si la autoridad no se hubiese decidido á destruir en sus raices este mal devorador. Necesitábanse medidas enérgicas que, sin transacciones ni trámites judiciales poco expeditivos, sometiesen de una vez á la autoridad de las leyes la infatigable obstinacion de los camorristas y restituyesen en poco tiempo su dignidad á los recaudadores de las rentas públicas y la seguridad de sus propiedades á los demas ciudadanos.

»Estas medidas enérgicas se han adoptado ya. En pocos dias han entrado en la cárcel trescientos camorristas de los mas audaces. ¿Ha habido algo injusto ni repugnante para la conciencia pública en la urgente ejecucion de estos arrestos? Que responda por nosotros el aplauso general con que han sido recibidos, y ademas, como una justificacion irrecusable, ahí están las rentas triplicadas y las de la

lotería llevadas á una cifra que nunca habian alcanzado, las agresiones casi completamente suprimidas, y el sentimiento de la seguridad personal levantado de la postracion en que habia caido.

»Sin embargo, para que estos beneficios no sean efimeros y que del fondo mismo de las cárceles de la ciudad donde están encerrados esos desenfrenados camorristas no intenten ningun movimiento de rebelion ó no le provoquen fuera del local por medio de pérfidas instigaciones, me parece urgente que V. E. se sirva designar, sea en la isla de Cerdeña ó en otra parte un lugar separado á donde puedan ser confinados lo mas pronto posible aquellos que gozan entre el público el concepto de ser los instigadores incorregibles de la Camorra, teniendo en consideracion el número de veces que han ocupado á la autoridad pública y que no podrian ponerse en libertad sin que volvieran á abandonarse de nuevo á sus perversas inclinaciones.

»Si se trasladase bajo otro cielo á ciento cuarenta ó ciento cincuenta de esos camorristas, la conciencia pública quedaria libre de las inquietudes que podria inspirarles el peligro de nuevos desórdenes provocados por la evasion de estos criminales ó el saber que están demasiado cerca del teatro de sus pérfidas acciones. Con esto se ofreceria á los demás un ejemplo eficaz, y tras algun tiempo de permanencia en paises apartados podria abrigarse la esperanza de que su moral experimentase un cambio favorable, que aprendiesen á observar las leyes y á respetar á la autoridad. Finalmente, esta medida produciria otra ventaja, no insignificante, cual seria la de disminuir en las cárceles el gran número de hombres perdidos que las llenan actualmente, y con eso se estableceria una garantía duradera de tranquilidad pública y de seguridad privada para todos los ciudadanos.

»En la seguridad de que mi proposicion merecerá la aprobacion de V. E. espero sus instrucciones á la mayor brevedad posible.»

Estas instrucciones eran muy necesarias, puesto que todas las medidas dictadas hasta entonces contra los camorristas no habian bastado para destruir la secta ni siquiera para disminuirla. La detencion de los afiliados en las cárceles era no solamente un embarazo y peligro para el gobierno, sino un rigor inútil. Encerrados en una sala aparte su peso no se hacia sentir tanto sobre los demás presos, pero

por eso seguían exigiendo sus contribuciones en la ciudad. Sus mujeres se presentaban á los contribuyentes y cobraban la *camorra* por sus maridos sin la menor dificultad. Los contribuyentes temblaban á la vista de las sayas de esas importunas descaradas como á la vista del garrote de sus maridos. Sabían que algún día los camorristas saldrían de la cárcel y que entonces pedirían á los morosos las deudas atrasadas. Además, la mujer del camorrista era de por sí un poder; los hijos que había puesto al mundo se hacían respetar desde la cuna. Estos futuros *picciotti* aprendían á manejar la navaja desde sus más tiernos años. Había lugares clandestinos de instrucción mútua en la ciudad y en las cárceles en los cuales se enseñaba esta terrible esgrima. Por eso el pueblo consideraba en esos chiquillos no solamente á los dignos hijos de sus padres, sino á unos bravos precoces instruidos para ejercer el asesinato.

Nada se conseguía pues con tener encerrados á los camorristas.

En cuanto á su deportación á ciertas islas demasiado próximas del continente, como por ejemplo Ponza, era una pena insuficiente que no corregía á los condenados como lo prueba la siguiente carta escrita por el comandante de esta isla al prefecto de Nápoles.

Ponza 12 de julio de 1862.

«He puesto en conocimiento de V. S. que en esta isla, puesta bajo mi mando, existe un camorrista deportado llamado Fortunato Auttieri, juntamente con otros, Francesco Espósito, Biagio Marino y Luigi Bottiglieri. Ninguna advertencia ni medida de rigor ha podido conducir á estos hombres al buen camino. Viendo pues que Auttieri, secundado por los antedichos compañeros, comete cada día abusos en la isla, y que hasta lleva su audacia al extremo de pisotear las leyes, y que con amenazas y obras, á veces á mano armada, exige la *camorra* á todos los deportados que llegan nuevamente á esta isla y á otros que ganan *algun óbolo con el sudor de su frente...* (No concluye la frase en el original sin duda porque el jefe de la isla de Ponza no era fuerte en las reglas gramaticales). Y, en efecto, hace algunos días que el deportado Michele Lucente, llegado á esta isla, fué apaleado á mi vista al dirigirse á mi habitación, hasta que arrojó sangre por la nariz y por la boca; y esto porque Auttieri quería que Lucente le diese dinero. Anteayer, el mismo camorrista se presentó de

improvisó á otro deportado llamado Fernando Ungaro, empleado en las obras del puerto, pidiéndole una parte del salario y del dinero ganado con la venta de frutas para la cual está autorizado. Y Auttieri llevó su insolencia hasta pegar á aquel hombre algunos garrotazos en la cabeza. Vime pues obligado á hacerle prender y á confinar á los demás á los cuarteles de esta isla. Pero como no podría tenerlos allí mucho tiempo, ni puedo tampoco dejarlos libres en la isla, y en la seguridad de que el referido Auttieri con su pandilla cometería nuevos abusos y desórdenes, suplico á V. S. que este perturbador, alejado de esta isla con Luigi Bottiglieri que le secunda en todo, sea conducido á Ventotene (otra isla vecina) ó á cualquiera otro lugar que V. S. crea conveniente, á fin de separarlo de esta sociedad en la cual ha establecido el desorden y el terror.»

Esta carta demuestra que la secta se aclimatava y ejercía su industria en los mismos sitios á donde se la enviaba con objeto de correjirla; era pues imposible acabar con ella por los medios ordinarios. Era necesario buscar un punto de deportacion mucho mas apartado, habitado por una poblacion mas vigorosa ó menos dispuesta á dejarse oprimir y vejár por una sociedad exótica. La isla de Cerdeña parecia llenar las condiciones que se proponian encontrar el prefecto de Nápoles y el general La Mármora; sin embargo, el gobierno de Turín se negó á hacer un regalo tan triste á los habitantes de aquella isla. Tratóse por un instante de obtener del rey de Portugal un rincon de territorio en Australia para deportar allí á esta colonia de tiranuelos incultos, pero estas negociaciones no tuvieron resultado. Interinamente fueron encerrados en los Murate, prision celular de Florencia, sesenta y tres camorristas de los mas feroces; ciento fueron deportados á Tremiti, colonia penitenciaria que ya hemos citado, y ciento cincuenta mas salieron para otros puntos.

¿Bastarán estos rigores para destruir la secta? Casi puede asegurarse que no. Vamos á publicar un documento que prueba la vitalidad de la Camorra, su cohesion indestructible, y su facilidad en reorganizarse aun despues de experimentar pérdidas tan considerables en su personal. El mismo dia que fueron deportados los camorristas á los puntos que hemos indicado, y á pesar de encontrarse entre ellos los de mas nota, por la noche la policía sorprendió la carta siguiente

enviada á los hermanos de «Carcere-Nuovo» por los del hospital de San Francesco:

«Carísimos hermanos:

«Después de saludaros á todos cariñosamente—como lo hacen todos los míos—os participo que el jefe y el cajero han salido de aquí. En consecuencia, los hermanos reunidos esta mañana en consejo han acordado nombrar á Scola por jefe, y por cajero á *Pie-di-Porco* (pié de puerco). Os hago saber todo esto; y, por nuestra parte, deseamos saber á quien habeis elegido por jefe, pues sabemos que Mormino ha marchado también. (Mormino fué de los primeros que salieron para Florencia). Os participo, como debíais presumirlo, que no debeis esperar nada porque nuestros hermanos se han llevado la caja. Sin embargo, por lo que hace á la semana corriente, recibireis como de costumbre el dinero que os corresponde. Aguardo contestacion, y saludándoos cariñosamente, como á todos los demas, me firmo vuestro hermano.»

«Giuseppe Scola.»

Asegúrase que los camorristas destinados á la cárcel de Florencia depositaron en manos del jefe del establecimiento siete mil monedas de oro de veinte francos. El jefe camorrista del barrio del Monte Calvario, que se encuentra en presidio actualmente, poseia una fortuna de treinta mil ducados. El período revolucionario de Nápoles y la anarquía que le siguió enriquecieron extraordinariamente á la Camorra.

La Camorra volvió á quedar organizada la misma noche de su dissolution. Giuseppe Scola, el nuevo jefe era un hombre de edad, antiguo soldado de Joaquin Murat y maestro de armas, que, traducido en lenguaje de la secta, queria decir profesor de navaja. Scola era además republicano y odiaba á los soberanos.

La deportacion de doscientos cincuenta ó trescientos camorristas, no era suficiente para acabar con una secta secular que habia echado profundas raices en el país, que formaba parte de las costumbres del pueblo bajo de Nápoles. Solamente el tiempo, la paciencia, y una fuer-

za de voluntad á toda prueba, pueden hacer que desaparezca poco á poco del mediodía de Italia esa plaga social. Que la Camorra no ha desaparecido de la antigua capital de las Dos Sicilias lo prueban hasta la evidencia esa série no interrumpida de motines que han ocurrido y ocurren en Nápoles á pesar de la deportacion de un número tan considerable de afiliados, los ataques á mano armada contra la propiedad, los frecuentes asesinatos que se perpetran dentro de la poblacion, los escándalos que se promueven en los teatros, los petardos, los robos, y finalmente la inseguridad que reina en Nápoles á pesar de la fuerza pública tan numerosa que allí existe para vigilar por el orden público. Las autoridades espulsaron de la capital doscientos cincuenta camorristas, pero ¿cuál es el número total de su fuerza en los doce barrios de Nápoles y en las capitales de provincia? He aqui seguramente lo que nadie sabe, incluso el mismo gobierno. La Camorra y el bandolerismo constituyen una hidra de cien cabezas cuya vida es difícil extinguir de un solo golpe. No bien el gobierno, despues de mucho trabajo, consigue cortar una cabeza á ese mónstruo social cuando asoma otra por otra parte y en esta fatigosa tarea emplearán muchos años el gobierno de Turín y las autoridades de Nápoles antes no logren asimilarse el gran reino anexionado, pues no se curan con un real decreto los vicios y los defectos de un pueblo, ni se cambian sus costumbres cuando este pueblo cuenta siglos de existencia propia. El bandolerismo y la Camorra serán todavía por largos años las dos nubes amenazadoras que seguirán oscureciendo de vez en cuando el porvenir dudoso de la Italia única.

Como complemento de nuestro trabajo ofrecemos á nuestros lectores la biografía de los jefes camorristas de mas celebridad formadas en vista de datos tomados de los archivos judiciales, de documentos de la prefectura y de informes dados por varias autoridades de Nápoles. En esas piezas justificativas, no es la Camorra la que se pone en juego, sino los camorristas. No se trata ya de las obras colectivas de la secta, sino de los hechos particulares de los afiliados. Estas biografías no prueban que la Camorra sea el robo y el asesinato tal como se practica en otros paises, sino que hacen ver que los principales jefes camorristas existentes todavía son ladrones y asesi-

nos individuales. Nosotros hemos presentado á la secta en sus diferentes actos, en sus variadas escenas, sin omitir sus males y sus beneficios; pero ahora vamos á describir á algunos sectarios á fin de que se vea lo que podia ser una capital que se encontró por tanto tiempo, bajo la férula de algunos hombres tan peligrosos y malvados.

Este jefe, de quien nos hemos ocupado repetidas veces en el hospital de San Francisco en tanto que el Camorrista Celebre...
A la edad de quince años...
En 1841 se batió por la libertad...
Este era el rey de la secta...
delitos: uno entre prohibidos...
Pero por estos delitos continuó sus batallas...
El salir en libertad en 1855...
De Crescenzo volvió á Nápoles...
Liborio Romano, jefe de escuadra...
Enlaces la Camorra se entrecruzó...
En 1855 volvió á Nápoles...
El salir en libertad en 1855...
De Crescenzo volvió á Nápoles...
Liborio Romano, jefe de escuadra...
Enlaces la Camorra se entrecruzó...
En 1855 volvió á Nápoles...
El salir en libertad en 1855...
De Crescenzo volvió á Nápoles...
Liborio Romano, jefe de escuadra...
Enlaces la Camorra se entrecruzó...

BIOGRAFÍAS DE CAMORRISTAS CÉLEBRES.

Salvatore de Crescenzo.

Este era el rey de la secta, el Lacenario de los camorristas. De Crescenzo debutó en febrero de 1849 haciéndose culpable de tres delitos: usó armas prohibidas, hizo resistencia á la fuerza pública y causó heridas graves á Bornei, cabo de marina.

Preso por estos delitos continuó sus hazañas en la cárcel, allí hirió á un preso y mató á otro (Luigi Salvatore) porque no quiso someterse á sus exigencias. A pesar de todos estos crímenes solo fué condenado á cinco años de encierro.

Al salir en libertad en 1855 volvió á ejercer la Camorra en la capital. Cogido por la policía fué llevado á la Vicaría, desde donde fué conducido á la cárcel central del principado de Nolisa.

De Crescenzo volvió á Nápoles y pasó algun tiempo en el depósito de la prefectura. Aquí cometió nuevas violencias y fué condenado á otros seis meses de cárcel. Puesto en libertad en tiempo de Liborio Romano, fué jefe de escuadra en la guardia municipal que este organizó con la Camorra, pero esta fuerza llenó tan mal su misión que fué suprimida y desarmada por el señor Silvio Spaventa.

Entonces la Camorra se entregó otra vez á sus antiguos desmanes. De Crescenzo, mas peligroso que todos sus colegas, fué encerrado nuevamente en la Vicaría y deportado a la isla de Ponza. Allí

empezó su animosidad contra Antonio Lubrano cuyo fin trágico hemos visto. Este fué el último crimen del llamado *grande hombre* hasta el día de su encierro en la cárcel celular de Florencia.

Vicenzo Zingone.

Este jefe, de quien nos hemos ocupado repetidas veces, reinaba en el hospital de San Francesco en tanto que de Crescenzo dirigia la Camorra de la Vicaría.

Hé aquí su vida en pocas palabras :

A la edad de quince años era una notabilidad para los robos de destreza (*furta di destreza*) y de 1837 á 1841 estuvo diferentes veces en la cárcel de Santa-María-Apparente por hechos de esta clase. En 1841 se batió por la secta y fué nombrado camorrista. Puesto en libertad, se condujo tan bien que el gobierno tuyo que deportarle á la isla de Tremiti. Indultado en 1848, continuó su carrera de violencias; fue preso y puesto en libertad varias veces, y en 1851 se vió encerrado otra vez como vagabundo y ladrón.

Estando en la Vicaría promovió un motin entre los camorristas con motivo de la distribucion del *baratollo* y fué condenado á veinte meses de detencion en la cárcel de Avellino. Estando en libertad, puso un café en el barrio del Mercado de Nápoles; su establecimiento se trasformó en cuartel general de la Camorra y en depósito de contrabando y objetos robados, y en asilo de todos los malhechores. La policía registró un día su casa y encontró un verdadero bazar de armas, municiones y artículos escamoteados. Zingone volvió á la cárcel de San Francesco en donde le encontramos en relaciones con Mormino y de Crescenzo, y pasó de allí á la cárcel de Florencia.

Vicenzo Attigenti.

Este individuo fué preso por primera vez en 1849 por robo y sentenciado á sufrir veinte y nueve días de encierro. Apenas estuvo en libertad, fué cogido otra vez por haber escamoteado un pañuelo de bolsillo á un oficial del ministerio de la Guerra. Attigenti fué

señalado á la policía como uno de los galopines mas astutos de Nápoles (piu callidi furfantelli). En 1850 fué arrestado por vagabundo y sospechoso, y en 1853 lo fué otra vez por suponérsele autor de un robo. Los años 1853 y 54 los pasó en la cárcel de imberbes de San-Agnelo. En 1855 estuvo preso en San Francesco. En 1858 fué preso por quinta vez y enviado por incorregible á las cárceles de Campobano. Al cabo de algun tiempo ofreció tener buena conducta y logró que se le pusiera en libertad. En 1860 la policía le detuvo por encontrarle encima un largo y afilado puñal. Volvió á la calle en 1861 y algunos meses despues fué detenido en el acto de robar á un caballero pistola en mano. Al ser registrado se le encontró en el bolsillo un reloj y varios anillos, fruto de robos anteriores, y en otra faltriquera un gran manojó de llaves falsas. El tribunal lo absolvió por falta de pruebas y á las pocos dias volvió á ser preso por octava vez por robo y por usar armas prohibidas. Estando en la cárcel hizo asesinar á un muchacho llamado Parisi por una historia femenina, una rivalidad amorosa. Attigenti fué tambien de los destinados á Florencia.

Pascuale Baschi ó Bascoli.

En 1849 fué condenado á presidio por robo á mano armada. Cumplió su condena y en 1859 fué preso otra vez acusado de haber hecho resistencia á la fuerza pública, de haber robado con violencia y herido á un sugeto llamado Alfonso Somma. Sufrió por todo esto un nuevo encierro en la cárcel de Castellamare. El 4 de abril de 1861 lo arrestaron los gendarmes por sospechoso; pero fué puesto en libertad por falta de pruebas. En 1862 fué preso otra vez por robo y por delito de violacion, y pasó á la cárcel celular de Florencia.

Tommaso Mazzola.—Antonio San-Giovanni.

Hé aquí lo que un informe de la prefectura de Nápoles dice acerca de estos dos individuos. Lo insertamos porque es una variedad de Camorra desconocida hasta ahora.

«Estos dos hombres, dice el informe, son dos camorristas de los mas perversos. Habian hecho de la plaza de los Plateros el teatro de sus hazañas. Bajo el pretexto de ejercer el oficio de corredores, metíanse de grado ó por fuerza en todos los negocios agenos relativos á la compra ó venta de artículos de oro y plata, exigiendo el tributo impuesto por su audacia. En 1858 los archivos judiciales recibieron numerosas pruebas de sus violencias.

»Entre otros hechos denunciados en dicho año se encuentra el siguiente:—Un dia San Giovanni tomó en casa de un platero llamado Luigi Talamo un par de pendientes, diciendo que iba á enseñarlos á una persona que queria comprar unos. Luego que los tuvo en su poder se negó categóricamente á restituirlos, manifestando que era Antonio San-Giovanni, hombre muy capaz de hacer pagar cara su resistencia a los que se atrevían á resistir su voluntad. El platero no se dejó intimidar por estas amenazas, y se fué á la policía á producir una acusacion de robo contra el camorrista que pasó á la cárcel á las pocas horas. Algunos meses despues la fuerza pública tuvo que intervenir en aquella plaza por otros abusos del mismo género cometidos por el mismo autor. Un dia medió en un trato, y aun cuando no llegó á cerrarse por no convenir en el precio el platero y el comprador, quiso exigirles ocho ducados de corretage.

»Tommaso Mazzola fué preso varias veces por abusos de la misma especie. El 23 de noviembre de 1848 fué denunciado á la policía y preso por vagabundo y perturbador de la tranquilidad pública. Mas tarde volvió á la cárcel por maltrato inferido á otra persona, y despues por usar armas prohibidas y por ultrajes á los agentes de la fuerza pública:»

Estos dos individuos tenían á sus órdenes una pandilla que continuaba sus estorsiones cuando ellos estaban en la cárcel, de modo que las violencias cometidas contra los plateros aumentaban, en vez de disminuir, con los castigos.

El tráfico no fué libre en la plaza de los plateros hasta el dia que desaparecieron de Nápoles Mazzola y San-Giovanni.

Felice de Meo ó Mele.

Arrestado en marzo de 1853 por robo agresivo contra Raffaele

Maiorini y por resistencia á la fuerza pública, fué juzgado y condenado á presidio. Estinguido su tiempo en 1855 se asoció con el célebre ladron Nicandro Mancini. Despues de haber cometido con éste un gran número de robos fué cogido el 11 de octubre de 1856 y figuró como complicado en un proceso instruido contra mas de treinta malhechores acusados de crímenes de toda especie. Esta vez fué absuelto por falta de pruebas, pero al año siguiente volvió á ser preso por heridas causadas á una cuñada suya y por vagabundo sospechoso. En la última revolucion salió de la Vicaría y se hizo garibaldino alistándose despues en la guardia movilizada; estando sirviendo en ambos cuerpos se unió con otro criminal llamado Domenico Sole y continuaron su oficio de ladrones. Camorrista terrible, su último arresto causó grande alegría en el barrio donde habitaba.

Luigi Mazzola.

En julio de 1844 fué acusado de robo, pero no pudo probarsele; el 7 de marzo de 1847 se le encausó por el mismo delito. En junio de 1849 compareció por cuarta vez ante el tribunal por robo y fué enviado á Tremiti. A los tres años regresó á Nápoles y á los dos meses volvió á ser cogido en el acto de cometer un robo; al irle á prender hizo armas contra la fuerza pública, siendo condenado por este hecho á seis meses de reclusion. En marzo de 1857 fué arrestado por sexta vez y puesto en libertad bajo fianza. En enero de 1862 fué arrestado por usar armas prohibidas y condenado á veinte y ocho meses de reclusion. La historia de todos estos pretendidos jefes del pueblo se asemeja tanto la una á la otra que apenas ofrece variacion.

Antonio Mormino.—Giuseppe Scola.—Antonio Caccaviello.—Nicola Accorso.—Ciro Cozzolino.—Domenico D'Onofrio, llamado el Puzzolano.—Carlo Dilicher, llamado el Svizzero.—Luigi Miletta, llamado Piede-di-Porco y Pasquale Espósito, llamado Cazzarola.

Todos estos camorristas y otros los hemos encontrado al escribir la historia de la secta, pues eran los que formaban la sociedad de la

Vicaría. Como conocemos la mayor parte de sus hechos reduciremos todo lo posible las biografías de los pocos que deben ocupar nuestra atención.

Antonio Mormino era soldado y fué echado del ejército por su mala conducta. Un año despues fué preso por falsificador y condenado á presidio por el tribunal criminal de Nápoles. Despues de salir en libertad era arrestado á cada momento por sus escesos y brutalidades como camorrista. Ultimamente fué encerrado en Florencia.

Antonio Caccaviello fué condenado á presidio siendo muy jóven, pero al presidio inmediato á la pena de muerte. En el presidio cometió otro delito por el cual volvió á ser juzgado. En 1861 se evadió apelando á la violencia y la policia lo capturó otra vez en mayo de 1862.

Domenico D'Onofrio fué deportado á Ponza en agosto de 1856 y despues condenado á presidio de donde se evadió. En noviembre de 1860 fué preso por su evasion anterior y por homicidio.

Pascuale Scarpati.

Respecto á este camorrista nos limitaremos á copiar los informes que tocante á su persona existian en la prefectura de Nápoles.

»Era el mas audaz perdonavidas de la Camorra, tan conocido como temido en Pórtici, Resina, San Sebastiano y en otros pueblos de las inmediaciones de Nápoles. ¡Pobre del que se atreveria á desobedecer sus mandatos! Los que le faltaban se esponian á un terrible castigo: el asesino afilaba su puñal y espiaba una ocasion propicia para vengarse. Scarpati tenia por compañeros á Carmine Minieri y á un hermano suyo llamado Fernando que rivalizaba con él en ferocidad. Fernando se hizo nombrar capitán de la guardia nacional de San Sebastiano, gracias al terror que infundia á los hombres del pueblo. Un dia, habiéndose puesto de acuerdo con los borbónicos, saqueó la habitacion del señor Miceli, y mas tarde secuestró en la montaña de Somma á un rico comerciante de cueros á quien exigió por su rescate la enorme cantidad de doce mil ducados. Los habitantes de esta comarca viven ahora tranquilos porque el sanguinario ex-capitán ha tenido que huir del país y su hermano

Pascuale ha sido preso. Mucha gente abandonaria su morada si cualquiera de los dos hermanos volviese á presentarse en el pueblo.

»Además de los informes de sus conciudadanos, los registros de las cárceles ofrecen datos mas que suficientes para conocer hasta donde llegan la astucia y perversidad de este hombre. El 4 de julio de 1849 fué acusado de haber cortado la cara (sfregio) á Antonio Abruzzese y compareció ante el tribunal de policía correccional. En 1850 fué juzgado por igual delito cometido en la persona de una mujer. Tres meses despues fué preso por tentativa de asesinato y condenado á dos años de cárcel.

»Al extinguir su pena no tan solamente no se habia corregido, sino que por el contrario se enorgullecía al ver el miedo que inspiraba á todo el mundo; entonces entregóse abiertamente al bandolerismo, recorrió la campiña, devastaba las propiedades, atacaba á los viajeros, destruía las diligencias y fatigaba á las fuerzas que le perseguían. En 1857 fué capturado y juzgado por robos y atropellos á mano armada, siendo condenado á diez y nueve años de presidio. Conducíanle en compañía de otros dos bandidos al presidio de Brindisi, y en medio del camino rompióse las manillas, atacó y desarmó á los gendarmes que los escoltaban, y volvió á presentarse en la comarca donde ejercía antes sus tropelías.

»Y sin embargo, este camorrista terrible, manchado con tantos crímenes, este hombre que señalaba cada dia de libertad con un nuevo delito, Scarpati, gracias á los protectores que habia encontrado en los mas elevados puestos de la majistratura y entre las personas que tenían influencia en la córte, encontró gracia en la clemencia del soberano y conmutósele la pena de presidio en la de destierro en un pueblecillo de la isla de Ischia.

»Ocurrió en 1860 la revolucion y con la perturbacion de aquellos dias logró abandonar sin la menor dificultad la isla y volvió á ser el azote de su antigua comarca al frente de una partida de bandoleros.

»Finalmente la fuerza pública pudo capturarlo un dia y entonces fué encerrado en un lugar seguro del cual le será difícil salir mas.»

Giovanni Pardi.—Nicola Frasca, llamado Saponariello.—Michele Gallo.

Giovanni Pardi vivía á costa de los vendedores de legumbres y frutas del mercado de San-Carlo all'Arena á quienes tenía á contribucion. Dicese de este camorrista que vivía en tan buenas relaciones con todos los malhechores de su barrio que se encargaba de encontrar los objetos robados por una cantidad conveniente. Una vez fué condenado á presidio por robo con agresion, y despues tomó plaza en una partida de bandidos. Permaneció algun tiempo en la cárcel y se le desterró despues á Aversa creyendo que alejándole de Nápoles tal vez se corregiria. No bien se vió en libertad cuando se dedicó con nueva fuerza al robo y al contrabando. A consecuencia de esto volvió á ser preso.

Sus compañeros Michele Gallo ó Gatto y Nicola Frasca, fueron presos tambien por robos, evasion violenta, estorsiones de Camorra, etc. Frasca habia sido capturado siete veces por matachin, estafa, fullero, ladron y homicida. Un dia tomó parte en una riña sangrienta ocurrida entre camorristas en la plaza de Pignaseca en donde se estuvieron dando de navajazos hasta que acudió la fuerza pública.

Pudiéramos continuar estas biografías todavía por mucho tiempo, pero fatigarían al lector como nos fatigan á nosotros. Los hechos de estos criminales repugnan y adolecen de monotonía. El robo bajo todas las formas y de vez en cuando el asesinato; he ahí la historia de todos los camorristas.

La Camorra no se ha estinguido ni se estinguirá probablemente en Nápoles en muchos años; pero los delitos han disminuido desde la deportacion de los doscientos cincuenta ó trescientos sectarios mas incorregibles que contaba la sociedad. Los siguientes datos oficiales son una prueba de que la mano piemontesa es mas á propósito que la del antiguo gobierno napolitano para libertar á los habitantes de Nápoles de la plaga social de la Camorra.

Desde principios de 1861 hasta octubre de dicho año se habian cometido en la capital de las Dos Sicilias 292 delitos. En octubre de 1862, despues de las medidas tomadas contra la secta, aquellos no habian pasado de 160.

En octubre de 1861 la recaudacion de consumos produjo en Nápoles 45,604 ducados y 82 granos. En octubre de 1862 la suma de dicha recaudacion-importó 68,216 ducados y 22 granos, esto á pesar de la rebaja hecha por el gobierno en la mayor parte de los artículos.

Despues de la abolicion de las administraciones fraudulentas y clandestinas, el producto de la lotería dió en octubre de 1862, en la capital de Nápoles solamente, la enorme suma de 544,831 ducados y 25 granos.

Toda la merma que sufrían antes las rentas públicas eran una parte de los pingües beneficios que se repartían los camorristas.

CONCLUSION

CONCLUSION.



El bendito...

Cardinali al sale de Napoli poco tempo che descritto se fare
en pos de si las simpatias y las ilusiones de los medicinos, dicen
do al reino de las Bas. segun las best. y bento de la realidad
plausibile. Entones al pueblo se pedia como se despartie de la
posibilidad de aquel estado. Unos dicen que se van a exami
ninar su nueva nacion. El torbellino de la revolucion podria
batarle un rey al qual guerra para, pero se dice que podria ser
bien de una antonemia que se dice en las Bas. segun las best. y bento
berano las napolitanas. En las Bas. segun las best. y bento de la
absolutismo de los Borbones se dice en las Bas. segun las best. y bento
inteligencia; el poder de la revolucion se dice en las Bas. segun las best. y bento
pols se masa. En las Bas. segun las best. y bento de la revolucion se dice en las Bas. segun las best. y bento
este se dice en las Bas. segun las best. y bento de la revolucion se dice en las Bas. segun las best. y bento
tan se bastan. En las Bas. segun las best. y bento de la revolucion se dice en las Bas. segun las best. y bento

Primo. Noia para de napolitanas da rey napol. Victor Na
nua ha que completamente desorceda. Para la gran masa del pue
blo de la revolucion se dice en las Bas. segun las best. y bento de la revolucion se dice en las Bas. segun las best. y bento

En octubre de 1867 la recaudación de consumos produjo en Nápoles 15,647 ducados y 84 granos. En octubre de 1868 la suma de dicha recaudación importó 15,216 ducados y 22 granos, esto a pesar de la rebaja hecha por el gobierno en la mayor parte de los artículos.

Después de la abolición de las administraciones feudales y estadales, el producto de la lotería en octubre de 1863, en la ciudad de Nápoles solamente, le produjo suma de 314,831 ducados y 24 granos.

Toda la riqueza que sufre en estas las rentas públicas es a un parte de los pingües beneficios que se reparten los comerciantes.

CONCLUSION.



CONCLUSION.

El bandolerismo y la Camorra revelan claramente el estado de las provincias de la Italia meridional. Estas dos plagas que todos los esfuerzos del gobierno de Turin no bastan á desarraigar del país representan desde el principio de la anexión la guerra civil en la montaña y la anarquía en las ciudades.

Garibaldi al salir de Nápoles poco menos que desterrado, se llevó en pos de sí las simpatías y las ilusiones de los napolitanos, dejando al reino de las Dos Sicilias frente á frente de la realidad del plebiscito. Entonces el pueblo napolitano como si despertase de la pesadilla de aquel período de agitacion revolucionaria se puso á examinar su nueva posicion. El torbellino de la revolucion pudo arrebatarse un rey al cual queria poco, pero en cambio le privaba tambien de una autonomía que amaba mucho. Respecto al cambio de soberano los napolitanos no tienen motivos para estar satisfechos: el absolutismo de los Borbones pesaba sobre un reducido número de inteligencias; el rigor de la libertad piemontesa oprime á todo el país en masa, á todas las clases, á todos los individuos sin distincion de sexo y edad que no aplauden la anexión, que no aparentan ser bastante piemonteses, que piensan en la independendencia del país.

Francisco II era para los napolitanos un rey nuevo: Víctor Manuel les era completamente desconocido. Para la gran masa del pueblo de la Península itálica la figura mas grande y sobresaliente del

país era Garibaldi. Aun hoy, si se sometiese á la votacion del pueblo napolitano un plebiscito preguntándole si queria á Victor Manuel ó á Garibaldi la eleccion no seria dudosa.

El héroe favorito del pueblo italiano salió de Nápoles disgustado de Víctor Manuel, reñido con Cavour y enemistado con muchos de los generales piemonteses especialmente con Cialdini y Fanti. El rey no habia querido acceder á su súplica de dejar á su disposicion por cierto tiempo los recursos del reino de las Dos Sicilias para marchar contra los Estados Pontificios; Cavour le contrarió siempre y fué el mas terrible obstáculo atravesado en el camino de sus proyectos de conquista unitaria; Cialdini le humilló dando cima á la conquista de Nápoles que él no pudo realizar, y Fanti como ministro de la Guerra se opuso á la fusion del ejército meridional garibaldino con el ejército regular del Piemonte y al reconocimiento de todos los empleos de los jefes y oficiales creados por la dictadura en el periodo revolucionario. Garibaldi fracasó tambien en su proyecto de armamento de la nacion, por cuyo medio se proponia arrastrar al gobierno á una guerra contra el Austria. El ministro de la Guerra no podia acceder á la pretension de introducir en el ejército regular el elemento revolucionario que se encontraba representado en las legiones de Garibaldi, ni podia hacer ingresar en la escala de jefes y oficiales del Piemonte á otros jefes y oficiales improvisados en perjuicio de largas y costosas carreras hechas por rigurosa antigüedad y á costa de largos años de buenos y honrosos servicios.

Garibaldi se retiró despedido á su posesion de Caprera en donde no le faltaron amigos ni consejeros interesados que, manteniendo viva su exasperacion, le predispusieron á otras empresas peligrosas y descabelladas.

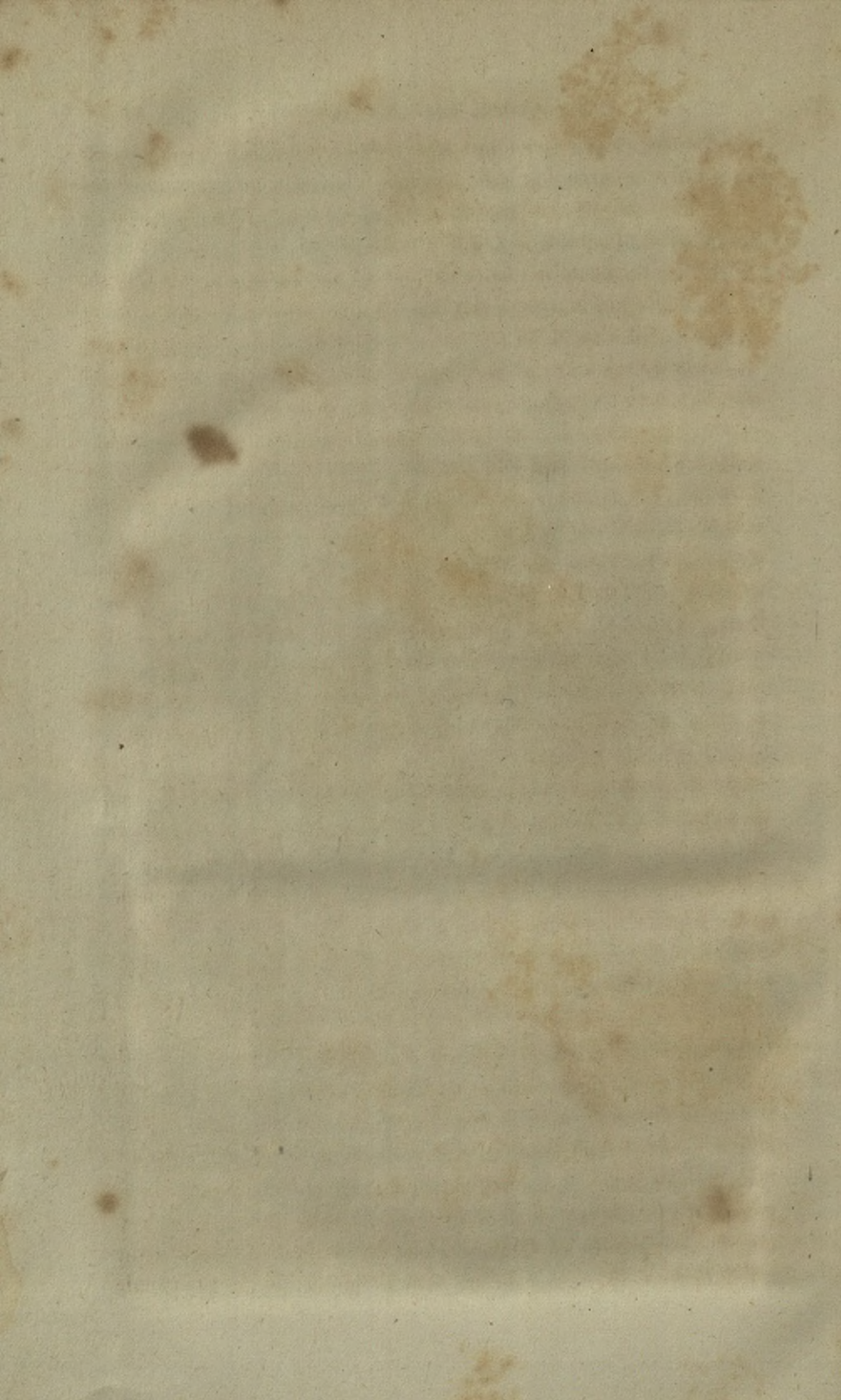
El año 1862 principiò sin que el gobierno de Turin consolidase nada en la Italia meridional. El bandolerismo continuaba en el mismo estado, la administracion en el mismo desorden, el país dividido y trabajado por las mismas antipatias políticas.

El gobierno tampoco habia hecho ningun progreso en el terreno de la unidad. Despues de la muerte del conde de Cavour, pérdida irreparable para Víctor Manuel, sucediòle en el ministerio el baron Ricasoli, hombre inflexible en sus propósitos, pero de escasa sutile-



Lit. Vazquez.

Fanti.



za diplomática. El nuevo ministro abordó demasiado resueltamente la política unitaria, haciendo concebir á los italianos esperanzas que no podía realizar; propúsose la adquisición de Roma y hacer de esta capital la cabeza de la Italia única.

Este pensamiento no podía llevarse á cabo sin la aquiescencia de la Francia y parece que el ministro italiano para nada contó con el beneplácito de las Tullerías. Los proyectos del baron Ricasoli disgustaron sobremanera al Emperador mientras que por otra parte el orgullo aristocrático del ministro se avenía poco con el carácter franco y poco ceremonioso de Victor Manuel que no tardó en descartarse de su inflexible ministro.

A principios del invierno el señor Ratazzi hizo una visita á Paris siendo recibido con grandes muestras de benevolencia y favor en el palacio de las Tullerías. Al poco tiempo, en un banquete que se le dió en Paris, Ratazzi pronunció un discurso en el cual manifestó los muchos motivos de agradecimiento que tenia la Italia por los grandes servicios que la Francia le prestara desde 1859. A su regreso á Turin el señor Ratazzi recibió de Victor Manuel merecidas pruebas de aprecio y confianza y no tardó en reemplazar en su puesto al baron Ricasoli.

La subida de Ratazzi al poder fué recibida con general disgusto en Italia, especialmente por el partido exaltado, porque creyeron ver en este nombramiento una intriga de política doméstica apoyada por la corte de las Tullerías. Sin embargo, Ricasoli no era un ministro popular ni se habia distinguido tampoco por su acierto en la administracion interior; unicamente le puso en buen lugar entre el partido de accion su idea respecto á Roma y el ver que era poco simpático á la Francia.

El señor Ratazzi era el primer orador de la cámara, el hombre mas hábil y experimentado en las controversias parlamentarias, y por consiguiente un caudillo temible en la oposicion. No obstante, el nuevo ministro encontró en el Parlamento la misma oposicion sistemática, los mismos obstáculos para gobernar que él oponia á su antecesor. El nuevo presidente del consejo, viendo que no podia contar con el apoyo de la Cámara y que le faltaban al mismo tiempo las simpatías del pais, buscó atraerse el partido de accion hala-

gando á Garibaldi y hasta haciéndole algunas promesas para lo futuro.

La armonía entre estos dos hombres no podia ser de larga duracion: era difícil aliar en cordial consorcio la franqueza militar con las sutilezas del hombre de Estado. El ex-dictador no tenia mas que un pensamiento esclusivo: la unidad y la completa emancipacion de Italia, su bello ideal; el ministro buscaba los medios de sostenerse en el poder apoyado por ausiliares que acallasen á las oposiciones.

Garibaldi recibia en Caprera emisarios del partido de accion; las frecuentes idas y venidas del continente á la residencia del general, los rumores de armamentos y alistamientos clandestinos alarmaron al ministerio, y especialmente á su presidente, quien en sus relaciones con el partido de accion no se proponia salir del terreno de las teorías. Si Ratazzi hubiese querido declarar la guerra al Austria, ó hacer un esfuerzo para conquistar el Véneto, el general se hubiese puesto á sus órdenes; pero no siendo así no era de esperar que el héroe unitario permaneciese mucho tiempo tranquilo en Caprera. Decian los amigos de Garibaldi que el rey apoyaba secretamente sus planes de conquista á pesar de la oposicion que les hacia su ministro.

Los trabajos de la revolucion estaban tan adelantados y se hicieron tan públicos que el gobierno tuvo que decretar la disolucion de un cuerpo de voluntarios destinados á atacar á los austríacos en el Véneto. Esta medida exasperó mucho á Garibaldi que habia dejado á la sazón la isla de Caprera para estar mas cerca de los preparativos revolucionarios que se hacian en el continente. Despues de aquella resolucion el general se dirigió á la isla de Sicilia, recibiendo en las poblaciones del tránsito, hasta el punto de embarque, calurosas y entusiastas demostraciones del pueblo movido por el partido de accion.

Creyendo calmar á Garibaldi, Ratazzi conservó en el mando civil de Palermo al señor Pallavicino partidario decidido y amigo íntimo del general. En una reunion celebrada por la sociedad del Tiro nacional Garibaldi se presentó en público al lado del príncipe Humberto, heredero de la corona de Italia, y en un vehemente discurso en el cual atacó de la manera mas brusca é inconsiderada al sobe-

rano de Francia, manifestó abiertamente su intencion de ponerse al frente de una espedicion armada que debia organizarse en la isla.

El punto amenazado por Garibaldi era un secreto para todo el mundo. Unos suponian que la espedicion se dirigiria á los Principados Danubianos, otros que desembarcaria en las provincias austríacas del Adriático, otros que iria á Grecia á dar la mano á los sublevados para derribar al rey Othon y sentar en el trono de Atenas á un hijo de Víctor Manuel, y otros, finalmente, y estos eran los mejor informados, aseguraban que Garibaldi y sus voluntarios se dirigirian á los Estados pontificios á pesar de los franceses.

No obstante esas amenazas y de los preparativos que se hacian para traducirlas en hecho, el gobierno de Turin trataba de contemporar con el ex-dictador temiendo precipitar los sucesos y poniendo al mismo tiempo en juego todas sus influencias para hacerle desistir de su propósito. Garibaldi no es hombre que ceda tan fácilmente despues de haber formado una resolucion. Además, habiendo conquistado dos años antes un reino en medio de los aplausos de algunas naciones enemigas de la dinastía borbónica de Nápoles, y habiendo esta conquista sido tan provechosa á su Soberano, creíase autorizado á faltar tambien esta vez á las leyes de su país y á olvidar el derecho internacional.

Sin embargo, habia llegado para el gobierno de Turin el momento de obrar y hacer algo para desvanecer los rumores que circulaban acerca de su complicidad en la próxima agresion que Garibaldi se proponia realizar. Las fuerzas espedicionarias estaban organizadas y dispuestas y fletados los buques que debian conducir las á su destino. El gobierno publicó entonces un manifiesto negando toda participacion directa ni indirecta en los proyectos de Garibaldi y envió tropas á la isla a fin de evitar su salida.

En efecto, la actitud del ex-dictador en Sicilia tenia en alarma á la Europa y en completa zozobra á la diplomacia, á causa del secreto que reinaba acerca de sus futuros proyectos. Despues de los gastos hechos por el general del pueblo y de haber comprometido á tanta gente, era un absurdo creer que no habia de utilizar en una parte ú otra los elementos de perturbacion que allegára con tanta facilidad. En relaciones con los revolucionarios de toda la Europa,

Garibaldi podía abordar las costas de cualquier nación. Calificando á todo gobierno constituido de opresión ó tiranía, el *condottiere* italiano tenia siempre á mano un pretexto para intentar la liberalización de Grecia, de Hungría, del Véneto, de Roma ó España, y hasta para apoyar un movimiento republicano en Francia.

El gobierno de Turin desplegó al principio muy poca energía para desbaratar los planes de Garibaldi y de ahí que muchos le atribuyeran una secreta participación en ellos, y que esperasen una segunda edición de Marsala. En vez de emplear desde luego la fuerza contra la fuerza, Ratazzi apeló á los manifiestos, llegando al impolítico extremo de comprometer la autoridad del rey con una prueba ineficaz, con un mandato que no habia de ser obedecido, con una carta que debia verse despreciada, puesto que Garibaldi no quiso recibir ninguno de los documentos que se le enviaron.

Después de estas humillaciones y desaires, el gobierno se decidió á dictar algunas medidas enérgicas para sofocar la revolución en Sicilia; concediéronse facultades muy latas al general Cugia, jefe de las fuerzas del gobierno, y la isla fué declarada en estado de sitio. Previendo tambien un desembarco de Garibaldi en las costas de Nápoles, el general La Marmora fué investido á su vez de facultades extraordinarias para obrar enérgicamente contra los espedicionarios. Finalmente el nombramiento del general Ciadini para el mando militar y político de Sicilia indicaba una actitud mas resuelta por parte de Ratazzi y parecia dispuesto á emplear la fuerza.

La decision del gobierno habia sido tardía y por lo mismo la lucha era ya inevitable. El ex-dictador no tan solo tuvo tiempo suficiente para poner en connoccion á todos los pueblos de la isla, sino de reunir y organizar voluntarios llegados de todas las provincias de Italia, y no pocos del extranjero, y de desembarcar armas y municiones; Garibaldi distribuyó su fuerza en tres columnas que recorrieron la isla en distintas direcciones para concentrarse últimamente en la importante ciudad de Catania.

La primera columna salió de Términi en direccion á Messina; la segunda, á las órdenes del ex-dictador, entró en Catania después de pasar por Vicari, Rocca Palumba, Alia, Vallelonga y Caltanissetta; y

la tercera llegó también al punto de reunión, habiendo visitado antes las ciudades de Chiusa, Bivona y Siracusa.

Las columnas garibaldinas verificaron estos movimientos á la vista de las tropas piemontesas, las cuales se contentaron con seguir-las á cierta distancia. Cialdini no había llegado todavía á la isla y el general Cugia parecía poco dispuesto á cargar con la responsabilidad de unas hostilidades que no debía continuar.

Ratazzi anunciaba entre tanto uno y otro día á la Europa que la revolución de Sicilia era un movimiento insignificante; que los voluntarios de Garibaldi desengañados y arrepentidos se retiraban á sus casas, y que el gran número de tropas enviadas á Sicilia cercarían á los pocos ilusos que seguían al ex-dictador de modo que no se atreverían á hacer resistencia. Veamos ahora lo que el pueblo y el ejército italiano opinaban de aquellos sucesos.

En los primeros días de la revolución hubo por parte del ministerio Ratazzi indecisión y falta de energía. Esto, en tanto que daba fuerza moral y material á Garibaldi, minó el poder de las autoridades, haciendo insostenible su actitud contemporizadora, é inspiró al pueblo esperanzas infundadas, al paso que introdujo la vacilación en el ejército. El soldado creía que el gobierno y el rey reprobaban la conducta del ex-dictador con intenciones tan inocentes como cuando este salió de las playas de Génova para entregar al poco tiempo á Víctor Manuel una nación arrebatada por la fuerza á un soberano amigo. Aquel ejemplo debía producir indispensablemente sus consecuencias, pues no impunemente se conculcan los principios del derecho internacional, ni se sientan precedentes inmorales en política.

Garibaldi se portó entre tanto hábilmente en Sicilia como militar y como político, y bajo este doble punto de vista su proceder es digno de ser conocido y estudiado. A fin de ganar tiempo para reunir gente y procurarse los medios de trasladarse al continente con una fuerza respetable, Garibaldi no quitó nunca al general Cugia la esperanza de una sumisión, y de ahí el plan de este general de aislar á los insurrectos sin atacarlos, para privarles de toda especie de recursos, y de ahí también las noticias que repetidas veces transmitió al gobierno de Turin de que el ex-dictador se sometería cuando se

convenciera de la imposibilidad de llevar á cabo su proyecto sin provocar un choque con las tropas del rey.

El general Cugia trasmitia á Turin las disposiciones al parecer transaccionistas de Garibaldi, y tan convencido estaba de su certeza que el almirante Albini habia puesto ya á la disposicion del ex-dictador el vapor *Ichnusa* que debia conducirlo á Caprera. Cugia confiaba tanto mas de buena fé en la resolucion de Garibaldi, cuanto que la creia hija de la necesidad y de la crítica posicion en que se encontraba, encerrado en el centro de tres columnas piemontesas cuyo objeto era evitar que pudiese ganar el litoral. Para esto el general en jefe piemontés hizo marchar una columna de 3,000 hombres de Girgenti en direccion á Catania, cuya fuerza llegó á Piazza el 17 de agosto; otra columna cortaba entre tanto la retirada á Garibaldi avanzando por el Norte hasta Leonforte, y la tercera establecia un campo en Aderno para defender el paso del rio Giaretta y cubrir el camino real de Catania.

Garibaldi se encontraba pues aislado en Regalbuto por estas tres columnas mandadas por los generales Locatelli, Boyle y Mella; parecia imposible que pudiese salir de su posicion sin tropezar con alguna de estas fuerzas, cada una de las cuales era superior á las del ex-dictador.

Garibaldi emprendió en la noche del 17 una marcha atrevida dirigiéndose á Cantorbi por senderos casi impracticables, y de Cantorbi, por la noche, continuó su marcha cortando por barrancos profundos y abismos espantosos, teniendo por último que vadear el Giaretta con agua á la cintura. Los voluntarios y su jefe llegaron á Paterno, ciudad situada á nueve leguas al Sur de Aderno, en donde encontraron medio batallon piemontés que trató de hacer frente á toda la division de Garibaldi. Sin embargo, el ex-dictador no quiso arrollar á esa pequeña fuerza y envió á decir á su comandante que no queria desobedecer al gobierno y que por lo mismo se abstenia de atacarle; pero que necesitaba raciones para sus voluntarios rendidos de hambre y de fatiga, despues de una marcha forzada de catorce horas. En tanto que mediaban estas negociaciones entre el comandante piemontés y el jefe de los sublevados, los habitantes salian

á recibirle con vivas y aclamaciones facilitándole la entrada en la población por las puertas falsas de los jardines.

Al tener noticia del movimiento de Garibaldi los generales Ricotti y Mella se dirigieron al valle del Etna para salirle al encuentro, pero antes de que pudiesen verificar su union el ex-dictador habia ya pasado, y el 19, á las tres de la mañana, sus fuerzas entraban en Catania de cuya ciudad huyeron las autoridades y la corta guarnicion piamontesa que en ella habia.

Establecido en Catania era indudable que Garibaldi pasaria a continente, á pesar de la escuadra piamontesa, y lo verificó en efecto yendo á desembarcar en Melito, pueblo de 2,800 almas situado en el extremo meridional de la Calabria, al otro lado del cabo Spartivento, á cuatro leguas y media al Sudeste de Reggio.

Garibaldi debia contar indispensablemente con la sublevacion de la capital de la Calabria, plaza fuerte con una población de 25,000 almas. El ex-dictador necesitaba aquella ciudad, puesto que sin ella se encontraba arrinconado en la Calabria citerior, país de escasos recursos y sin una base de operaciones. Garibaldi estaba pues condenado á sucumbir ó triunfar en Reggio, porque además de la dificultad de emprender una marcha á través de las escarpadas cordilleras de Aspromonte, se encontraba tambien detenido por la carretera de Palmi á Gerace que corta el promontorio meridional de la Calabria de Oeste á Este por lo mas estrecho de su gola, carretera que estaba ocupada por las tropas piamontesas.

Si Reggio se hubiese sublevado al tener noticia del desembarco de los voluntarios, Garibaldi estaba salvado y entonces tenia muchas probabilidades de llegar á Nápoles, pues en tanto que el ex-dictador se establecia en la capital de la Calabria y hacia de ella su base de operaciones contra el interior, las manifestaciones en las grandes ciudades de las Dos-Sicilias, las partidas de insurrectos que habia preparadas en las provincias, y los esfuerzos del partido del movimiento hubieran distraído á las tropas, y Garibaldi habria salido fácilmente del estrecho promontorio de la Calabria citerior. Habiéndole faltado Reggio, la única salvacion de Garibaldi era cruzar las cordilleras de Aspromonte para atravesar la carretera de Gerace, y aun así le quedaba mucho que hacer para salir de las Ca-

labrias y ganar la segunda gola del promontorio que termina en Nicastro, Squillace y Cantanzaro, puntos que hubieran ocupado los piemonteses como segunda línea y en los cuales el país se abre de repente en espacio inmenso.

Luego que supo que Garibaldi habia desembarcado en el continente, el gobierno envió al general Cialdini á Calabria para perseguir á los insurrectos. Cialdini era un militar activo y enérgico de quien los enemigos no debian esperar contemplacion alguna. Entre este general y Garibaldi mediaba una enemistad personal, enemistad cuyo origen se encontraria quizá en 1859, cuando estos dos jefes operaban en el Norte de Italia en la guerra contra el Austria, y que creció cuando volvieron á encontrarse mas tarde en Nápoles en las inmediaciones de Gaeta. Así, pues, Garibaldi podia estar convencido de que las tropas del gobierno obrarian con resolucion y actividad dirigidas por un jefe como Cialdini. Las instrucciones que este general dió á los comandantes de las columnas que envió en distintas direcciones eran terminantes: debian atacar á Garibaldi doquier que le encontrasen: debian perseguirle activamente hasta alcanzarle y no hacerle concesion alguna aun cuando propusiese someterse.

El coronel Pallavicino, como mas inmediato al punto donde desembarcaron los garibaldinos, era el que necesariamente debia avisarlos antes. No habiendo sido apoyado el desembarco de los sublevados por ningun movimiento en el interior no podian sostenerse mucho tiempo en un terreno escabroso, despoblado y falto de recursos.

La posicion de Garibaldi era muy crítica: para defenderse tenia poca gente, pero le sobraba fuerza si trataba de evitar la persecucion de las tropas por medio de marchas rápidas y vivir sobre el país. Por eso el ex-dictador habia ya dispuesto dividir su gente en tres columnas y dirigirse hácia la Basilicata por distintos caminos, pero la repentina aparicion de Pallavicino en su campamento no le dejó poner en práctica este proyecto.

Garibaldi habia situado sus fuerzas en la cúspide de una colina escarpada cuando al poco tiempo vió que las dos columnas enemigas desembocaban en la meseta de Aspromonte. Las dos columnas

marcharon resueltamente contra la posición de los insurrectos y rompieron el fuego á muy corta distancia. La descarga de las tropas fué contestada por los sublevados; sin embargo, la resistencia fué de muy corta duración, ya porque Garibaldi quedó herido desde los primeros tiros, ya porque los voluntarios volvieron las culatas anunciando su rendición. Preciso es decir que después de aquel corto combate los soldados se portaron generosamente con los vencidos. Garibaldi fué tratado con las mayores consideraciones por el coronel Pallavicino hasta que el gobierno dispuso que fuese conducido á Spezzia en calidad de prisionero en cuyo punto permaneció hasta que el estado de su herida y el perdón del rey le permitieron trasladarse á su posesión de Caprera.

El año 1863 se pasó sin ningún incidente político notable. El gobierno de Turin continuó luchando con las dificultades de la unificación, combatiendo el espíritu anárquico en las grandes poblaciones de las provincias anexionadas, el bandolerismo en el reino de Nápoles y en la isla de Sicilia, y sobre todo los trabajos del partido de acción encaminados á completar la unidad por medio de la liberación de Roma y el Véneto.

A principios de 1864 se anunciaron nuevos proyectos agresivos del partido de acción que no llegaron á realizarse por la vigilancia que sobre los conspiradores ejercía el gobierno. A primeros de abril Garibaldi se dirigió á Inglaterra en donde se le hizo un recibimiento ruidoso. La entusiasta acogida que el pueblo británico dispensó á un hombre del continente pudiera considerarse como una escandalosidad, sino se encontrase en el fondo de ella un pensamiento interesado. Sin desconocer las altas cualidades que distinguen al ciudadano de Niza, no son estas suficientes para hacer salir de quicio á un pueblo que solo se entusiasma por los hombres y las cosas propias. Son dignos del respeto la buena fé y el desinterés de Garibaldi, pero su pensamiento político no puede convenir sino á los unitarios italianos y á los ingleses á quienes no perjudica esa unidad, ora se la considere bajo el punto de vista político, ora bajo el mercantil, ora bajo el religioso. Para que no haya el menor obstáculo entre la persona del ex-dictador y la Gran Bretaña, esta potencia tiene hasta la ventaja de ser protestante.

¿Hubiera podido hacer ninguna otra nacion de alguna importancia el recibimiento que Inglaterra hizo al general extranjero? Póngase á Garibaldi con su idea unitaria enfrente de Austria, de Francia, de Rusia, de Prusia, de España, etc., y es imposible que no lastime con ella intereses políticos, mercantiles ó religiosos. ¿Hizo Inglaterra aquel recibimiento á Garibaldi como una eminencia militar? Como hombre de guerra este general ha dado repetidas pruebas de valor personal y de poseer conocimientos estratégicos no comunes, pero hay que tener presente que operó siempre en un país que conocia á palmos y contra enemigos extranjeros odiados de los habitantes. Garibaldi no ha mandado ningun cuerpo de ejército numeroso, ni en un campo de batalla debe créersele capaz de medir su ciencia militar con muchos de los generales de otras naciones. Ni la llamada conquista de Nápoles, ni las operaciones del Vulturno en 1860, deciden esta duda á favor del héroe unitario, porque allí donde no le abrieron paso la cobardía ó la traicion favorecióle poco su estrella. Como político, Garibaldi representará en la historia un triste papel; ahí están los hechos recientes, su dictadura de 1860, única vez que pudo exhibir su capacidad como hombre creador y de gobierno. En este terreno no dejó nada que imitar.

No siendo pues una eminencia militar ni política, ¿qué hizo Garibaldi para merecer las simpatias de la Inglaterra? Trabajó por la unidad de Italia. Pero ¿existe alguna idea política capaz de poner en efervescencia á un pueblo tan positivista? Tal vez Garibaldi en la Península itálica fué ciego instrumento de la política inglesa; tal vez el ódio que abriga contra la Francia desde la anexion de Saboya y Niza es el mayor título que puede presentar para hacerse admirar del pueblo inglés, porque es á sus ojos una gran virtud el ser rival y enemigo de la Francia.

Cuando en 1860 Garibaldi emancipó la Sicilia se propuso hacer de esta isla una pequeña nacion independiente como lo fué en 1812. En Sicilia hay muchos ingleses, muchos intereses ingleses, y por consiguiente la Inglaterra tiene allí grande influencia. Los sicilianos detestan actualmente á los piamonteses como detestaban en 1860 á los napolitanos. En Sicilia predomina el partido de la independencia; si algun dia este partido realiza sus deseos, la isla

será inglesa directa ó indirectamente. Ni las súplicas de sus amigos mas íntimos, ni los halagos de Víctor Manuel, ni la habilidad del conde de Cavour pudieron conseguir de Garibaldi en 1860 que consintiese en la anexión inmediata de Sicilia al Piamonte. Para que esto se verificase fué necesario que se convenciese de que su estrella iba á eclipsarse en las márgenes del Vulturno, que Francisco II iba á reconquistar su reino si el Piamonte no terciaba en la contienda. La anexión de la Sicilia al Piamonte fué pues un acto forzoso; la isla encuentra que el dominio de sus nuevos señores es mas pesado y caro que el de los Borbones; todo eso basta para que la Inglaterra no pierda las esperanzas de ver á la Sicilia independiente.

La Gran Bretaña, enemiga del pontificado y de la ocupación francesa en Roma, ha visto siempre en Garibaldi un poderoso auxiliar para secundar sus miras políticas en Italia. La unidad de la Península en nada perjudica á la Inglaterra y por eso se comprende que trate de ejercer su influencia en aquel país apoyando una idea que halaga al partido revolucionario italiano.

La visita del héroe unitario á las islas británicas podía ser fecunda en resultados, pues si bien es cierto que los ingleses están poco dispuestos á hacer sacrificios personales por una idea, dan sin embargo cierta fuerza moral á las causas que patrocinan con el bullicio de sus meetings.

Por la agitación que produjo en la Gran Bretaña la noticia de la visita de Garibaldi y los preparativos que se le hicieron de antemano era fácil adivinar que iba á exhibirse allí de una manera ruidosa y teatral. La sagaz aristocracia inglesa conoció desde luego la inconveniencia de dejar solos y entregados á sus propias inclinaciones á un héroe que es todo corazón y á un pueblo que discurre poco acertadamente en política exterior. La aristocracia británica, se encargó pues de aprisionar al ilustre huésped en un círculo de atenciones, fiestas y halagos donde le fuera fácil vigilar y dirigir sus acciones.

Sin embargo, Garibaldi, esa naturaleza libre, el hombre que ha vivido largos años en las inmensas pampas de la América y en los frondosos bosques de los Alpes y de los Apeninos, no se encontraba en su elemento en los dorados salones de la nobleza de Londres; no era aquel el aire que convenia á su ruda naturaleza de guerri-

llero, de cazador, de marino y de soldado. En medio de tanta pompa, de tanta etiqueta, de tanto fausto, el hombre de las montañas buscaba siempre una puerta benéfica que le permitiera hacer una escapatoria y correr en busca de otros elementos mas afines que no podía encontrar entre los nobles.

En cada una de esas evasiones, Garibaldi, como si sintiera la necesidad de dar expansion á sentimientos comprimidos, cometia alguna imprudencia, comprometia á sus obsequiosos anfitriones. El gobierno británico tenia motivos para estar alarmado con las escursiones de Garibaldi. La politica inglesa tiene sus visos de maquiavélica y esto es difícil de ocultar en un tiempo en que ha decaido bastante la virtud del secreto, en que son tan multiplicados los órganos de la publicidad y en que la curiosidad desentierra las cosas mas ocultas y reservadas. En Europa todo el mundo tenia la conviccion de que la mano misteriosa de lord Palmerston habia andado mezclada en los sucesos de Marsala, en la invasion de Nápoles y en la caida de la dinastía borbónica de Italia. Sin embargo, en medio de la evidencia de los hechos quedaba para muchos la duda que infunde la negativa: esa duda la desvaneció Garibaldi en una de sus malhadadas escapatorias. En un arranque de elocuencia inspirado por la gratitud, el general unitario declaró que lord Palmerston habia protegido la expedicion de los Mil, el paso del estrecho de Mesina y que le habia ayudado á derribar el trono de Francisco II. A los ojos del gobierno inglés, tan amigo de la nebulosidad en su politica, esta falta de tacto, esa expansion infantil de Garibaldi fué un yerro imperdonable.

En una visita que el general italiano hizo á casa de M. Hezern, republicano ruso emigrado en Lóndres, fijó su posicion politica que para algunos no era todavía bastante definida. Garibaldi declaró allí una cosa que no se habia atrevido á decir nunca; dijo que Mazzini era para él el hombre mas grande del mundo, su amigo íntimo, su consejero y maestro. Garibaldi coronó sus imprudencias politicas visitando á Ledru Rollin, á Luis Blanch, á Holyoake y á otros revolucionarios cosmopolitas de Lóndres. Con estas visitas Garibaldi comprometia las relaciones del gabinete de San James con las monarquías amigas del continente.

Todas esas manifestaciones disgustaron al gobierno británico. Sin embargo, lord Palmerston no podía tomar ninguna medida para poner coto á estas indiscreciones sin herir la susceptibilidad del pueblo bajo inglés que hubiera creído ver en ellas la certeza de los rumores que circulaban entre las masas. El gobierno de la reina Victoria se interesó de repente por la salud y la tranquilidad de Garibaldi, recomendándole los aires puros de Caprera, y envió á lord Clarendon á Paris á esplicar reservadamente al Emperador la situación crítica y anómala del gobierno ante la estraña agitacion que produjera en el pais la presencia del general unitario.

El gobierno inglés logró evitar que el ex-dictador visitase las ciudades que se habia propuesto. Allí hubiera ocurrido probablemente algun grave escándalo, puesto que la vena oratoria del general crecia por momentos y no era posible prever hasta donde hubieran llegado sus irresistibles expansiones en presencia de las sociedades obreras de Manchester, Birmingham, etc.

Garibaldi abandonó las playas británicas mucho antes de lo que pensára. Al despedirse del pueblo inglés le manifestó que volveria en mejor ocasion y desposeido de todo carácter público á fin de no verse atado por la tutela de nadie ni por las importunas atenciones del gobierno.

Despues de este incidente ningun hecho notable habia ocurrido en el estado de Italia hasta el mes de setiembre. El gobierno de Turin está luchando desde largo tiempo con las dificultades de una situación financiera precaria además de los inconvenientes de la situación política y administrativa. El aumento del ejército activo, el gran número de construcciones navales emprendidas y mas que todo la continuada lucha y agitacion de las provincias meridionales, desde la fecha de la anexion, han impuesto al país obligaciones tan pesadas que no podrá soportarlas mucho tiempo mas. Desde 1860 viene resultando un déficit considerable en el presupuesto italiano, déficit que no ha podido cubrirse ni con los muchos recursos extraordinarios de que ha echado mano el gobierno.

Las cámaras de Turin han dado demasiada importancia á la cuestion política mientras que han dedicado muy escaso tiempo á la rentística; por eso los presupuestos han estado allí siempre á la volun-

tad del ministerio, siendo confeccionados y funcionando uno y otro año de una manera irregular. Sin embargo, la desamortizacion, especialmente en las provincias meridionales, puede restablecer todavía el quebrantado crédito italiano y ofrecer recursos considerables al gobierno.

Por lo que toca á la situacion política actual de Italia no es tampoco muy satisfactoria. Dejando á parte los trabajos del partido de accion, que pueden producir muy fácilmente un conflicto entre Viena y Turin, el gobierno no logra restablecer la tranquilidad moral ni material en las provincias meridionales. El bandolerismo decae políticamente. Crocco, el cabecilla de mas importancia que quedaba últimamente en la Basilicata y que se venia sosteniendo en el país desde 1860, se ha visto obligado á refugiarse en los Estados Pontificios. Sin embargo, las partidas llamadas borbónicas tienen entretenida todavía una gran parte del ejército italiano y mantienen en las provincias el espíritu de rebelion y hostilidad hácia el nuevo orden de cosas. Las provincias napolitanas, que no han gozado de un momento de paz desde 1860, echan de menos su bienestar pasado. El rigor que los piamonteses han tenido que emplear constantemente desde que tomaron á su cargo el país ha desacreditado á los ojos de los napolitanos hasta la bondad del régimen constitucional que les ofrecieron. Despues de cuatro años de lucha y anarquía durante los cuales el gobierno ha ensayado allí todos los sistemas, desde la benignidad y la tolerancia del señor de San Martino hasta la dura aplicacion de la ley Pica, los sardos no han adelantado un solo paso en la estimacion del pueblo napolitano, no se han creado en él ninguna simpatía; al contrario, la sangre derramada, las violencias cometidas, las enemistades irreconciliables que nacen y medran á la sombra de las guerras civiles, ensanchan de dia en dia la valla que separa á las dos razas cuya fusion creyeron tan fácil algunos visionarios cegados por el interés ó preocupados por una ilusion política. La esperiencia de esos cuatro años debe haber desengañado á muchos hombres de buena fé acerca de la imposibilidad de amalgamar á dos pueblos de carácter, costumbres y hasta de intereses tan opuestos.

Sin entrar ahora en el exámen de todos los desaciertos político-

administrativos cometidos en Nápoles por los diferentes ministerios que se han sucedido en Turin, y haciendo caso omiso de su impaciencia por borrar por medio de reales decretos hasta el último vestigio de autonomía y todo el pasado del reino de las Dos-Sicilias, diremos algunas pocas palabras acerca de los resultados prácticos de su política, de la materialidad de la anexión, de esa parte trágica de las cosas á que se atiene la gran masa del pueblo á quien la falta de instrucción y de un sano criterio obliga á recurrir al terreno de las comparaciones en medio del caos que ofusca su razón.

Al hablar de libertad el pueblo napolitano no recuerda ni comprende otra que la que disfrutó bajo la corta dictadura del general Garibaldi. Los piemonteses solo fueron allí, en su concepto, á derribar de su elevado pedestal á su héroe favorito, y á imponerles el rígido militarismo que caracteriza á la casa de Saboya. En vez del bullicio y desorden de la dictadura, los sardos introdujeron en Nápoles la monótona regularidad de un cuartel y la severidad del régimen militar. El pueblo napolitano ha podido juzgar asimismo en estos cuatro años de la tan ponderada tiranía borbónica, y al cotejar el pasado con lo presente ha visto que el despotismo de la dinastía derrocada era una especie de gobierno patriarcal al lado del sistema piemontés basado en la ley Pica.

Si del terreno político los napolitanos se trasladan al económico-administrativo, encuentran que se les ha impuesto el sistema tributario del Piemonte con todas las necesidades contraidas por aquel país desde los sucesos de 1848, sin atender á la diferencia de riqueza y de producción, sin considerar el atraso agrícola é industrial de las Dos Sicilias y su exiguo espacio mercantil. Finalmente, y no es esto lo que ménos ha afectado á los napolitanos: el reino anexionado ha sido la tierra de promisión para la gran multitud de políticos italianos que esperaban vivir de la unidad. Todas estas cosas han contribuido mucho á que el piemontismo no haya podido aclimatarse en Nápoles y á que en la Península itálica sea tan grande la fuerza repulsiva entre los elementos del Norte y del Sur.

Después de una gran perturbación producida por acontecimientos fortuitos, las naciones buscan poco á poco su equilibrio para volverse á constituir bajo las condiciones normales de una existencia

duradera y natural: por eso no es de estrañar que en los momentos presentes la corriente de la opinion pública europea se dirija despues de cuatro años con nueva fé hacia la Confederacion italiana, así como la de Nápoles marcha desengañada en busca de su autonomía. La unidad italiana solo puede existir bajo un período mas ó menos largo de fuerza, uncida al carro victorioso de un caudillo afortunado, ó mantenida por la violencia: pero una vez rotos los lazos que encadenan los pueblos á los destinos caprichosos de la victoria ó al vértigo efímero de una utopia fascinadora, las grandes agrupaciones heterogéneas reunidas por fuerzas transitorias irresistibles se disuelven para volver á su centro de gravedad primitivo creado por el trabajo lento de los siglos. Para constituir una Italia única es necesario atropellar intereses y borrar creencias que cuentan una fecha tan larga como el cristianismo. Cosas que han atravesado ilesas las vicisitudes de tantos siglos y que han quedado en pié en medio de las ruinas de una sociedad tantas veces destruida y reedificada, es que tiene una base muy sólida, mas fuerte que el poder y la voluntad de los ambiciosos que se disputan el domino del mundo. El interés de la Italia, el equilibrio europeo, la seguridad y el porvenir de las naciones bañadas por el Mediterráneo piden la Confederacion italiana, y sin duda porque se tuvieron presentes todas esas necesidades se acordó en Villafranca la federacion de la Península.

A últimos de setiembre vino á sorprender á la Europa un tratado celebrado con el mayor sigilo entre la Francia y la Italia, Desde la anexion del reino de Nápoles el nuevo reino italiano se encontraba en una situacion anómala, sin límites ni fronteras determinadas, fluctuando en el espacio político sin poder llegar á ocupar un lugar fijo; era un cuerpo con una cabeza postiza, puesto que no sabia cual adoptar entre las varias que la guerra y las anexiones les habian regalado. La gran dificultad del nuevo reino italiano era la eleccion de capital, y como si no le embarazasen bastante las que tenia á su disposicion, los unitarios aspiraban todavía á la adquisicion de Roma, adquisicion que, á ser posible, no le hubiera sacado tampoco de apuros, porque Nápoles, Florencia, Milan, Módena y sobre todo Turín, hubieran manifestado su disgusto de una manera mas ó menos

ruidosa. Los grandes obstáculos morales y materiales que se oponían á la adquisicion de Roma, acallaban los recelos de Turín y mantenian al mismo tiempo vivas las esperanzas de las ciudades que se creian con derecho y títulos suficientes para ser la capital de Italia. La tranquilidad de las diferentes capitales del reino estaba pues basada en la interinidad: el día que esta cesase debian estallar los disgustos y el descontento.

Y sin embargo, era de absoluta necesidad que la Italia saliese de este estado transitorio que le impedia constituirse definitivamente, de esa situacion azarosa que no era la paz ni la guerra, que la arruinaba obligándola á tener un ejército permanente escesivo, en razon á que la desconfianza de sus vecinos mantenía siempre á la vista de sus fronteras un cuerpo de observacion pronto á sostener un ataque ó á rechazar una sorpresa. Era preciso que el gobierno de Turín abandonase el sistema de ambigüedades que habia seguido hasta ahora, que dijese franca y resueltamente lo que pensaba respecto á Roma, lo que pretendia en el Veneto. En tanto que no se resolviesen estas importantes cuestiones, la Italia no podia constituirse ni realizar su situacion política, ni era posible que desapareciese tampoco esa amenaza de guerra que con este motivo se cernia constantemente sobre la Europa.

El tratado del 15 de setiembre indica que el gobierno Italiano se ha decidido á fijar su situacion pasando por encima de todas las consideraciones que le habian hecho guardar silencio hasta ahora, desilusionando á los partidos respecto á Roma, desafiando las tempestades que debia levantar la eleccion de capital.

El testo público del tratado celebrado el 15 y ratificado el 20 de setiembre consta de los cinco artículos siguientes:

Art. 1.º La Italia se compromete á no atacar el territorio actual del Papa y á impedir hasta por medio de la fuerza cualquier ataque precedente del exterior.

Art. 2.º La Francia retirará sus tropas gradualmente á medida que vaya organizándose el ejército del Papa. La evacuacion deberá sin embargo haberse efectuado dentro de dos años.

Art. 3.º El gobierno italiano se abstiene de toda reclamacion contra la organizacion de un ejército pontificio aun que sea com-

puesto de voluntarios extranjeros y suficiente para sostener la autoridad del Padre Santo, y la tranquilidad tanto en el interior como en las fronteras de los Estados, con tal que esta fuerza armada no pueda degenerar en medio de ataque contra el gobierno italiano.

Art. 4.º La Italia se declara pronta á entrar en un arreglo para tomar á su cargo una parte proporcional de la deuda de los antiguos Estados de la Iglesia.

Art. 5.º El presente convenio se ratificará y las ratificaciones se cangearán en el término de quince dias ó ántes si es posible.—*Drouyn de Lhuys, —Nigra, Pepoli.*

He aquí el testo del protocolo que va anexo al convenio:

«El convenio no tendrá valor ejecutivo hasta que el Rey de Italia haya decretado la traslacion de la capital de su reino á un punto que determinará ulteriormente S. M.

Esta traslacion deberá efectuarse en el término de seis meses contaderos desde la fecha del convenio y se cangearán en el mismo tiempo sus ratificaciones.»

A este protocolo sigue la siguiente declaracion:

«Segun se estipula en el convenio de 15 de setiembre y el protocolo que lo acompaña, el plazo para la traslacion de la capital se ha fijado en seis meses contaderos desde la fecha del convenio, y la evacuacion de los Estados romanos deberá efectuarse en el espacio de dos años, después de la fecha del decreto ordenando la traslacion. Los plenipotenciarios italianos suponian entonces que esta medida podria tomarse en virtud del decreto que espediria inmediatamente el Rey de Italia.

«Bajo esta hipótesis el punto de partida de los dos plazos hubiera sido casi simultáneo, y el gobierno italiano hubiese dispuesto para trasladar la capital de los seis meses que se creian necesarios; pero el gobierno de Turín pensó por una parte que una medida tan importante reclamaba la cooperacion de las cámaras y que se presentase una ley, y por otra parte, el cambio del ministerio italiano ha hecho aplazar para el 24 de octubre la reunion del Parlamento.

«En tales circunstancias, el punto de partida primitivamente acordado no dejaria ya un plazo suficiente para la traslacion de la capital. El gobierno del Emperador, deseoso de prestarse á cualquiera

combinacion que sin alterar los arreglos del 15 de setiembre, contribuyera á facilitar su ejecucion, consiente en que el plazo de los dos años señalado para la evacuacion del territorio pontificio principie en la fecha del real decreto sancionando la ley de traslacion de la capital que se presentará al parlamento.

DROUYN DE LHUYS, NIGRA. »

Falta saber ahora si el convenio del 15 de setiembre es hijo de la buena fé por las dos partes contratantes, dictado por el deseo de resolver una de las mas graves complicaciones europeas, ó si al hacerlo cada una de las naciones firmantes espera de él y del tiempo la realizacion, ó mejor dicho, el triunfo de un pensamiento político oculto en el fondo de este convenio.

El gobierno italiano puede ver en este tratado el medio de alejar á los franceses de Roma dentro de un período determinado á fin de que quede entonces libre el campo al partido de accion. Si el gobierno de Italia no está de buena fé, no costaria gran trabajo arrojar al Papa de Roma, fomentando allí la revolucion, y anexionarse despues el patrimonio de San Pedro, apoyándose en la alevosa é inicua ley de los hechos consumados. De esta manera el partido unitario podría lograr lo que no lograria nunca recurriendo á la fuerza en tanto que la bandera francesa protejiese la persona y los Estados del Papa.

Dentro del plazo de dos años fijados por el gobierno francés para llevar á efecto la evacuacion de Roma, el emperador puede esperar tambien el triunfo de su idea política respecto á la Península itálica. la realizacion del pensamiento que predominó en la paz de Villafranca y en el tratado de Zurich.

La cuestion italiana ha entrado en una nueva fase: en primer lugar la renuncia de las pretensiones del gobierno de Turin respecto á Roma le pone frente á frente del partido revolucionario, con el cual tendrá que medir sus fuerzas, mientras que la eleccion de capital subleva contra él el espíritu de provincialismo en los territorios anexionados. El lazo de union de los Estados incorporados despues de la guerra de 1859 era Roma; todas las ciudades que aspiraban al orgullo de formar la cabeza del nuevo reino parecian callar ante la supremacia de la Ciudad Eterna.

La noticia de la traslacion de la capital promovió en Turin graves desórdenes. Este cambio perjudica numerosos intereses y trastorna todos los hábitos. Los turineses se habian acostumbrado á la idea de Roma con un plazo indefinido y el nombre de Roma agitó todos los ánimos.

El aspecto alarmante que presentaba la poblacion hizo que el Consejo municipal de Turin fuese convocado para el 20 de setiembre y se reunió en efecto bajo la presidencia del señor Rora, alcalde de la ciudad. El Consejo se propuso protestar contra la traslacion de la capital y naturalmente fué preciso buscar motivos políticos para esta protesta. Estos motivos se fundaban en dos cosas: en primer lugar decíase que la traslacion de la capital á Florencia era renunciar implícitamente á Roma, proclamada capital de Italia por una votacion solemne. Alegábase despues que la traslacion de la capital habia sido impuesta por la Francia y que la Italia no podia aceptar la intervencion del gobierno imperial en sus asuntos interiores.

El señor Menabrea defendió al gobierno diciendo que la idea del cambio de capital emanaba del señor Pepoli, uno de los plenipotenciarios italianos; que la Francia pedia garantías para retirar sus tropas de Roma; y que como garantía la Italia ofreció el cambio de capital, oferta que fué aceptada en las Tullerías.

Apesar de estas declaraciones, la propuesta fué aprobada por el Consejo municipal que se constituyó en sesion permanente hasta el siguiente dia. Aquel dia recorrieron las calles algunos grupos dando gritos subversivos.

El dia 21 un artículo publicado en la *Gaceta de Turin* sirvió de pretexto al desorden. La multitud se dirigió á la redaccion del periódico situada en la plaza de San Carlos en la cual hay tambien la prefectura de policía. Los agentes corrieron en auxilio de la redaccion, resultando heridas algunas personas.

En la misma noche se formaron grupos y hubo algunos conflictos entre los alborotadores y las tropas, siendo el mas grave el de la plaza del Castillo donde los gendarmes hicieron fuego y hubo de una y otra parte muertos y heridos. El dia 22 la capital presentaba un aspecto sombrío. El gobierno habia llamado algunos regimientos del campamento de San Mauricio los cuales puso á las órdenes del ge-

ral Della Rocca. Estas tropas ocuparon las calles principales. Por la noche volvieron á presentarse nuevos grupos trabándose una lucha en la plaza de San Carlos. El resultado fué quedar un número considerable de muertos y heridos á pesar de que el fuego no duró mas que diez minutos.

En vista de estas circunstancias el ministerio pidió al rey ámplios poderes para obrar ó retirarse. El rey optó por lo último y mandó llamar al general La Mármora para encargarle la formacion de un nuevo ministerio.

El partido de accion estuvo dos dias á la expectativa y acabó por decidirse en pró del convenio y en contra de la traslacion de la capital.

Así, pues, mientras que el tratado franco-italiano arreglaba las cuestiones esteriore de Italia promovia en el interior graves disturbios. Desde el momento que se privó al partido unitario del objeto que le tenia entretenido, su atencion se fijó en los asuntos interiores. Parecia que al cerrar el gobierno á los partidos estremos las puertas de la guerra y de la conquista le abria de par en par las de las luchas intestinas.

Este era el estado de Italia al dar cima á nuestro trabajo. Aun cuando el nuevo gobierno formado por el general La Mármora logre dominar la cuestion de órden público y salir bien de las pruebas que le impone el tratado del 15 de setiembre, el plazo señalado para la evacuacion de Roma es bastante largo para que en el intermedio no se produzcan incidentes inesperados, sucesos que pongan á la Francia y á la Italia en el caso de eludir sus compromisos presentes para buscar á la cuestion italiana una solucion mas en armonía con sus verdaderas miras personales y los intereses políticos creados por cualquier acontecimiento imprevisto.

FIN.

1773
The first of the year was a very cold one, and the
winter was unusually long and severe. The snow
lay on the ground for many weeks, and the
frost was very deep. The people were
greatly distressed by the cold, and many
died of the disease. The spring was also
very cold, and the crops were much
damaged. The summer was not much better,
and the autumn was very dry. The year
was a very bad one for the people.

The second of the year was a very warm one,
and the winter was unusually short and mild.
The snow lay on the ground for only a few
weeks, and the frost was very shallow. The
people were greatly pleased by the warm
weather, and many died of the disease.
The spring was also very warm, and the
crops were much damaged. The summer
was very hot, and the autumn was very
dry. The year was a very bad one for
the people.

The third of the year was a very cold one,
and the winter was unusually long and severe.
The snow lay on the ground for many weeks,
and the frost was very deep. The people
were greatly distressed by the cold, and
many died of the disease. The spring was
also very cold, and the crops were much
damaged. The summer was not much better,
and the autumn was very dry. The year
was a very bad one for the people.

The fourth of the year was a very warm one,
and the winter was unusually short and mild.
The snow lay on the ground for only a few
weeks, and the frost was very shallow. The
people were greatly pleased by the warm
weather, and many died of the disease.
The spring was also very warm, and the
crops were much damaged. The summer
was very hot, and the autumn was very
dry. The year was a very bad one for
the people.

Longitud del Meridiano de Madrid



ITALIA

per Johann Neuberger

AFRICA

MEDITERRANEA

AFRICA

AFRICA

AFRICA

EUROPA

TABLA

PARA LA COLOCACION DE LAS PLANTAS

1
80
85
87
102
104
111
119
120
128
138
143
147
151
152

TABLA

PARA LA COLOCACION DE LAS LÁMINAS.



	Pag.
PORTADA.	1.
FRANCISCO II.	80.
REINA DE NÁPOLES.	82.
GARIBALDI.	85.
VÍCTOR MANUEL.	102.
CIALDINI.	104.
CHIAVONE.	332.
BORGES.	349.
BORGES DESPUES DE FUSILADO.	425.
TRISTANY.	426.
EL GENERAL LA MÁRMORA.	486.
EL GENERAL FANTI.	612.
MAPA DE ITALIA.	AL FINAL DE LA OBRA.

ESTABLECIMIENTO

TIPOGRAFICO EDITORIAL

DE

SALVADOR MANERO

Rambla de Sta. Mónica, núm. 2, frente á Correos.

BARCELONA

OBRAS PUBLICADAS.

<i>La sabiduría de las naciones ó los evangelios abreviados.</i> Probable origen, etimología y razon histórica de muchos proverbios, refranes y modismos usados en España, por el Dr. D. V. Joaquín Bastús. Dos tomos en 4.º	40
Fuera de Barcelona.	48
<i>La Regeneracion de España</i> por D. Evaristo Ventosa. Un tomo en 4.º mayor prolongado adornado con los retratos, en láminas sueltas, de Garibaldi, Víctor Manuel, Napoleon III, Antonelli, Mazzini, Francisco José, marqués de Albaida y Sixto Cámara.	25
<i>Quevedo.</i> Novela histórica por D. Francisco José Orellana, ilustrada con 49 láminas litografiadas. Tercera edicion. Un volúmen.	54
<i>Cristóbal Colon.</i> Historia popular por D. Francisco J. Orellana. Un tomo en 4.º con 46 láminas sueltas. Segunda edicion.	45
<i>Flor de Oro,</i> por D. Francisco J. Orellana. Un tomo en 4.º mayor prolongado, adornado con 44 láminas y una preciosa portada tiradas á dos tintas. Segunda edicion.	33
<i>Historia de la Guerra de Africa</i> por D. Evaristo Ventosa. Dos tomos en 4.º mayor prolongado adornados con láminas en boj y en litografía, estampadas en negro y sobre fondos de color, y un mapa de Africa de gran tamaño.	72
<i>Lo Trovador de Montserrat,</i> poesías catalanas por D. Víctor Balaguer. Un tomo en 8.º impreso con magnífico papel.	42
Fuera de Barcelona.	80
<i>Ausias March.</i> Drama histórico en 4 actos, en prosa y verso, precedido de un prólogo y acompañado de una numerosa coleccion de notas por D. Víctor Balaguer. Segunda edicion.	8
<i>D. Juan de Serrallonga.</i> Drama en 4 actos y un prólogo, en prosa y verso, por D. Víctor Balaguer. Tercera edicion	8
<i>D. Juan de Serrallonga.</i> Novela por D. Víctor Balaguer. Un tomo en 4.º con hermosas láminas. Segunda edicion.	42
<i>La bandera de la muerte.</i> (Continuacion de D. Juan de Serrallonga) por el mismo autor. Un tomo en 4.º con láminas. Segunda edicion.	46
<i>Italia.</i> Coleccion de cantos en idioma catalán sobre la guerra de la independencia italiana, por D. Víctor Balaguer, ilustrada con numerosas notas en castellano, y adornada con dos láminas litografiadas con fondo de color.	47
<i>Album de la guerra de Africa.</i> Cuatro grandes láminas de 74 centímetros de ancho por 52 de alto, dibujadas en piedra por los Sres. Urrabieta, Planas y Felipó, y estampadas con fondos de colores.— <i>Batalla del 4 de febrero.</i> — <i>Carga de los husares.</i> — <i>Bombardeo de Larache.</i> — <i>Batalla de Wad-Ras.</i> Todo el Album.	36
<i>Obras escogidas</i> de Fernando Garrido, precedidas de un prólogo de D. Francisco Pi y Margall. Dos tomos con su retrato en acero.	46
<i>Biografía de Sixto Cámara,</i> por Fernando Garrido.	4

<i>Lindezas del despotismo</i> , por Fernando Garrido.	4
<i>La Democracia y sus adversarios</i> . Folleto de Fernando Garrido, con un prólogo de D. José M. Orense.	4
<i>El Alma de una madre. Quien mal anda mal acaba</i> , por doña María Mendoza de Vives. Ilustración de los primeros artistas españoles. Un tomo en 4.º	43
<i>Cálculo instrumental</i> aplicado sobre la regla calculatoria de Gravet Lenoir. Método útil y accesible á todas las clases industriales desde el director de un taller hasta el último operario, por D. Juan Monjo y Pons. Un tomo con un atlas.	5
Fuera de Barcelona	5 rs. 50 cs.
<i>El Patriarca del Valle</i> , por D. Patricio de la Escosura. Segunda edición. Dos tomos en 4.º mayor adornados con láminas sueltas ejecutadas por los primeros artistas españoles.	68
<i>Revista de Cataluña</i> . Redactada por los primeros escritores del país. Dos tomos en 4.º	72
Fuera de Barcelona.	90
<i>Los Misterios del Saladero</i> , novela filosófico-social por Ceferino Tresserra. Un grueso tomo en 4.º mayor prolongado de buen papel y esmerada impresión, adornado con 20 hermosas láminas sueltas y una portada litografiada, tirada á varias tintas.	60
<i>La Judía errante</i> . Novela por Ceferino Tresserra. Adornada con láminas.	
<i>El Poder negro</i> . Novela filosófico-social de D. Ceferino Tresserra ilustrada con láminas sueltas. Un tomo en 4.º mayor.	53
<i>¿Los anarquistas, los socialistas y los comunistas son demócratas?</i> Folleto por Ceferino Tresserra.	4
Fuera de Barcelona	4 rs. 50 cs.
<i>Carta á los doce Reverendos presbíteros de la ciudad de Barcelona, etc., etc.</i> , por Ceferino Tresserra.	50 cs.
<i>Contestación al opúsculo de D. Eduardo M. Vilarrasa, titulado: La Jurisdicción y las aspiraciones del clero sobre la enseñanza</i> , por Ceferino Tresserra.	4
<i>Ramon Berenguer (el Viejo) conde de Barcelona</i> , novela original por D. Juan de Dios de la Rada y Delgado, ilustrada con cuatro láminas sueltas.	42
<i>Cain y Abel ó la cabeza de Borrell II</i> : hermosa novela histórica adornada con seis láminas sueltas.	42
<i>El Príncipe de Viana</i> , por Alvar Mendez de Rivera, con seis hermosas láminas sueltas.	24
<i>Fueros y desfueros</i> . Drama en 4 actos y en verso, original de don Francisco Morera.	
<i>Los Trobadors nous</i> . Colección de poesías catalanas, escullidas de autores contemporáneos, per Antoni de Bofarull.	24
<i>Los Trobadors moderns</i> . Colección de poesías catalanas, compostas per ingenis contemporáneos.	45
<i>Jochs florals de Barcelona en 1859</i> . Un tomo en 4.º	24
<i>Jochs florals de Barcelona en 1860</i> . Un tomo en 4.º	49
<i>Jochs florals de Barcelona en 1861</i> . Un tomo en 4.º	24
<i>Jochs florals de Barcelona en 1862</i> . Un tomo en 4.º	49
<i>Jochs florals de Barcelona en 1863</i> . Un tomo en 4.º	49
<i>Los Cuarenta y cinco</i> , novela por Alejandro Dumas, correctamente vertida al castellano y adornada con hermosas láminas y una portada litografiada tirada á varias tintas. Segunda edición.	54
<i>Lecciones de Mecánica práctica</i> por Mr. Morin; traducidas al castellano por D. F. Arau y Sampons. Un tomo en 4.º mayor prolongado acompañado de un atlas de 28 láminas litografiadas.	60
<i>Recuerdos de Andalucía</i> , colección de romances por don José de Olona. Un tomo en 8.º de esmerada impresión; en Barcelona.	6
Fuera.	7
<i>La Silla de paja</i> . Novela por Mr. Hugo traducida al castellano. Un tomo en 8.º	5
Fuera de Barcelona.	6

Instrucciones de Antropología y Pedagogía por don Miguel Dubá y Navas.—
1863.—Un tomo en 4.º

42

Historia del bandolerismo y de la camorra en la Italia meridional, con las biografías de los guerrilleros catalanes Borges y Tristany, por D. Juan Mañé y Flaquer y D. Joaquín Mola y Martínez. Edición de lujo ilustrada con los retratos de los principales personajes históricos y un mapa de Italia. Un tomo en 4.º mayor prolongado.

40

Historia de Cataluña y de la Corona de Aragón, por D. Víctor Balaguer, cronista de Barcelona. Obra ilustrada con sesenta láminas abiertas en acero, sacadas de viñetas, de códices y manuscritos y de cuadros de trages, costumbres é historia, originales de famosos pintores antiguos y modernos, como Viladomat, Tramullas, Flaugé, Mayol, Lorenzale, Miravent, Fortuny, Puiggari, Rigalt y otros; copiadas exactamente por Urrabieta, Planas, Puiggari, Rigalt Cava y Padró; y grabadas en acero por Roca y Furnó.

Consta de cinco tomos en folio menor de buen papel y esmerada impresion.

En rústica.

350

» pasta.

395

» tela inglesa con planchas de oro fino.

412

» tela inglesa de colores finos con relieves y ricos dorados.

428

OBRAS EN PUBLICACION.

HISTORIA DE LAS PERSECUCIONES POLÍTICAS Y RELIGIOSAS

OCCURRIDAS EN EUROPA DESDE LA EDAD MEDIA HASTA NUESTROS DIAS.

POR

Don Alfonso Torres de Castilla.

Obra única en su género. Galería política, filosófica y humanitaria, imparcial y concienzudamente escrita; recopilada de la historia de todas las naciones de Europa, de las de sus religiones, sectas, escuelas, partidos, revoluciones, reacciones, procesos y tribunales célebres, publicadas por los mas sábios filósofos, estadistas é historiadores de todas las épocas y de los documentos que se encuentran en las principales bibliotecas de Europa. Se está publicando el tomo tercero.

LAS CLASES TRABAJADORAS REGENERADAS

por la Asociación.

HISTORIA DE LAS ASOCIACIONES OBRERAS EN EUROPA

POR

Fernando Garrido.

Esta obra constará de dos tomos en 8.º mayor de unas 400 páginas cada uno, adornados con el retrato del autor. Su precio será próximamente unos 25 rs.

CUENTOS DE MI TIERRA.

POR

Don Víctor Balaguer.

Coleccion de obritas que constará de dos tomos en 4.º mayor prolongado adornados con 32 láminas.

Se está publicando el 4.º

LOS HIPÓCRITAS.

Novela filosófico-social por Ceferino Tresserra. Un solo tomo adornado con láminas sueltas.

OBRAS EN PRENSA.

LAS CALLES DE BARCELONA.

Orígen de sus nombres antiguos y modernos.—Sus recuerdos.—Sus tradiciones y leyendas.—Biografías de los personajes ilustres que han dado nombre á algunas.—Historia de los sucesos y hechos célebres ocurridos en ellas y de los edificios mas notables, así públicos como particulares, que existen en cada una, con la reseña y noticia de todo lo mas importante relativo á la capital del Principado, por D. Víctor Balaguer.

Esta obra constará de dos tomos que se publicarán por entregas del mismo tamaño y forma que la *Historia de Cataluña*, adornados con magníficas láminas abiertas en acero debidas al buril de los primeros artistas españoles.

LA ESPAÑA CONTEMPORANEA,

por Fernando Garrido,

primera edicion española notablemente corregida y aumentada.

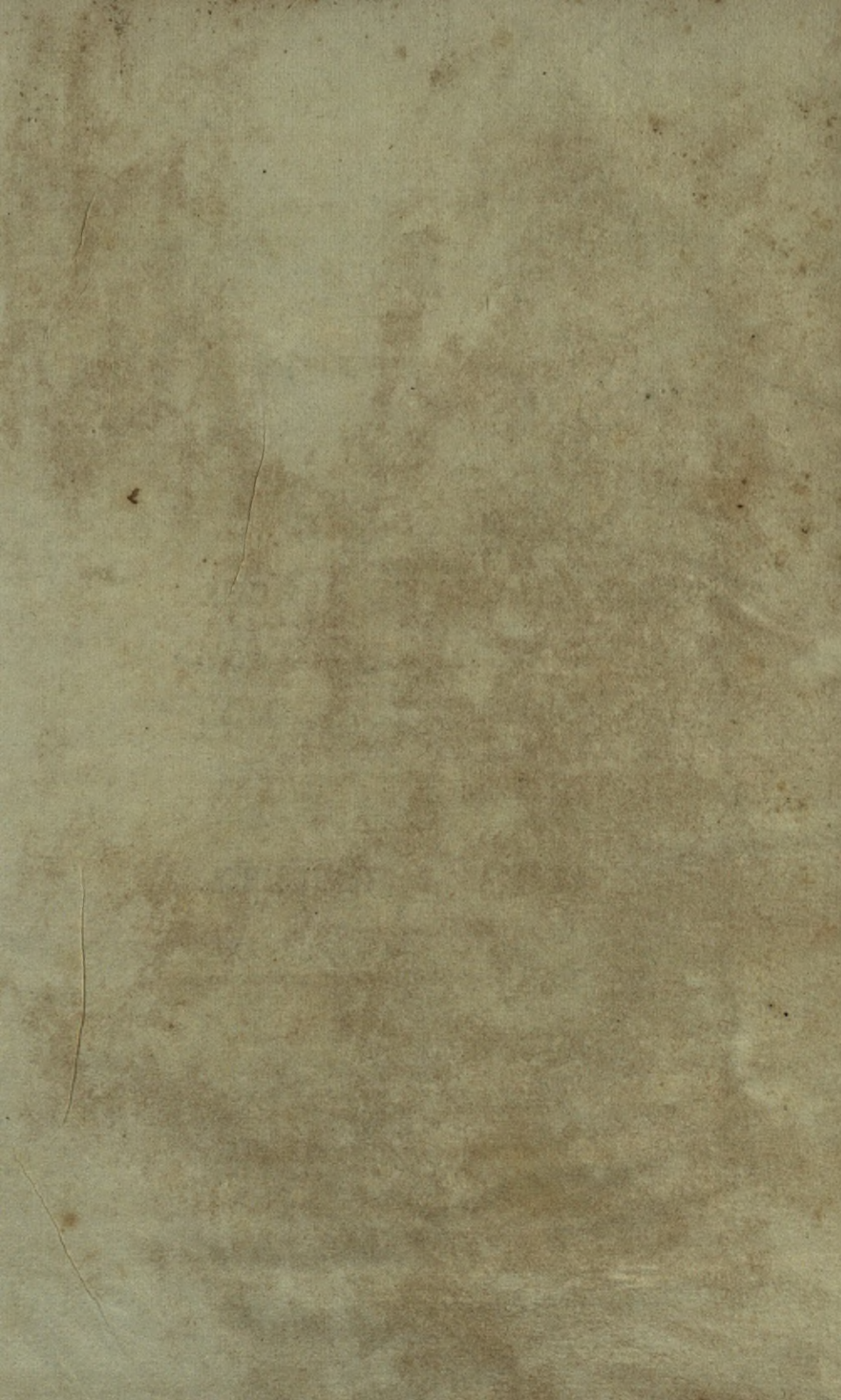
Esta obra que su autor ha publicado en Francia, que ha merecido ser traducida al inglés y aleman y de la que se ha hecho una numerosa tirada en los Estados-Unidos, vamos á darla á la luz en la lengua nativa de su autor.

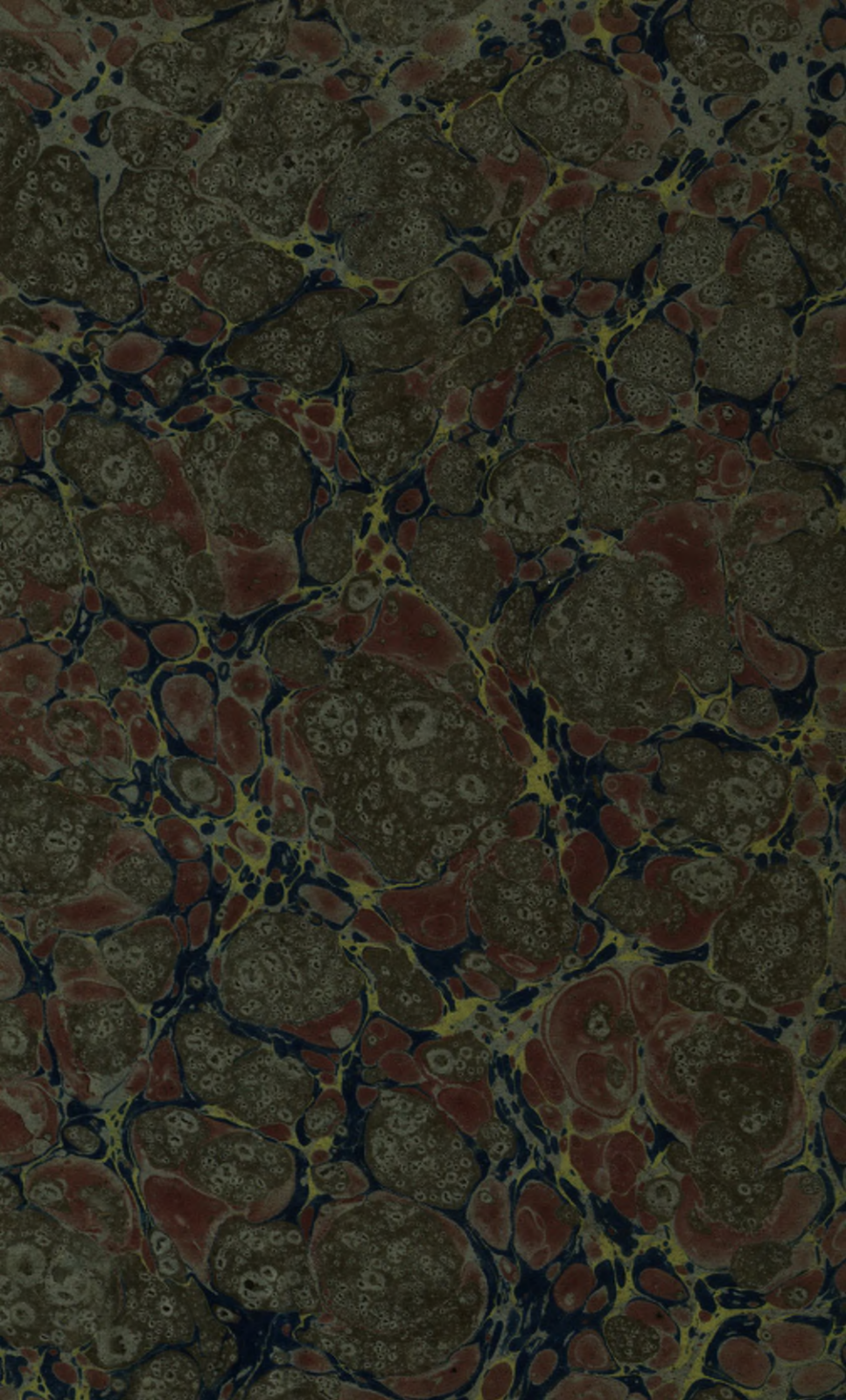
Formará un solo tomo en 4.º

Los Misterios de la Côte de Inglaterra,

novela de costumbres inglesas por G. Reynolds. Constará de dos tomos que se publicarán por entregas.

Su edicion será de lujo, adornada con bellísimas láminas abiertas en acero por los primeros artistas de Londres.





FUNDACION UNIVERSITARIA SAN PABLO CEU

CEU



10004535

